

FR. LUIS DE LEON

NOMBRES  
DE  
CRISTO





БИБЛИОТЕКА ЯМНА И МУСТУЦА



БІБЛІОТЕКА ЯМНА В ІНСТРУКЦІЯ

LIBRERIA CASTILLO  
S. Bernardo, 118  
MADRID

**HESPERIA**  
LIBROS HISPANICOS  
PLAZA LOS SITIOS, 10  
ZARAGOZA

250  
D G C L  
A  
BIBLIOTECA SALVATELLA—SECCION RELIGIOSA

---

EL MAESTRO

# FRAY LUIS DE LEON

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN

---

DE

## LOS NOMBRES DE CRISTO

AÑADIDO JUNTAMENTE RL

**NOMBRE DE CORDERO**

EDICION ILUSTRADA

con el retrato del autor y gran número de láminas sueltas, reproducciones  
zincográficas de originales famosísimos.

---

BARCELONA

ADMINISTRACION: NUEVA DE SAN FRANCISCO, 11 y 13



R.66565

C. 1105122  
t.88076

THE HISTORY OF THE

REIGN OF





FRAY LUIS DE LEON



## FRAY LUIS DE LEON

---

Si es verdad como debe serlo que “el poeta nace y no se hace,„ lo es indudablemente que el poeta por escelencia y por escelencia tambien místico y sublime hasta la santidad y la epopeya, admirado y enaltecido por igual, entre clásicos, sacros y profanos, con el venerable nombre de Fray Luis de Leon, nació para ser el primero entre los primeros que han cantado y enaltecido en la dulcísima, al par que majestuosa lengua española, el desprecio de las pompas mundanas, las escelencias de la vida contemplativa y de la religion del crucificado.

Las principales obras del tan sublime como infortunado traductor del *Cántico de los Cánticos*, son LOS NOMBRES DE CRISTO, *La perfecta casada* y *Exposicion de los Salmos*, escritos en encantadora y gallarda prosa, y las nunca bastante alabadas poesías *La vida retirada*, *La profesia del Tajo*, *Noche serena*, *La Ascencion*, *La Inmortalidad*, y diversas traducciones de Virgilio y de Horacio.

Es tambien verdad, y verdad innegable, que el estilo es el hombre, así que, mejor se ilustrará el lector saboreando al-

gunos rasgos del felicísimo ingenio de escritor tan esclarecido, que leyendo lo que pudiésemos nosotros decir de él.

Hélos aquí:

“*Malos* son los hipócritas puestos en gobierno y en poder: porque con título de justicia, ejecutan su violencia; y llamándose gobernadores, destruyen; y profesándose guardas de la comunidad y su ley, negocian sólo sus intereses.

---

La virtud no teme la luz; ántes desea siempre venir á ella: porque es hija de ella, y criada para resplandecer y ser vista.

---

Perseguir á un miserable, y dar pena al que nada en ella, y al caído y al dolorido acrecentarle más el dolor, es caso vilísimo y de corazones bajos, y villanos, y desnudos de toda humanidad y virtud..... Dios nos libre de un necio tocado de religioso y con celo imprudente, que no hay enemigo peor.

---

Pecado gravísimo es el del hipócrita, que siendo malo hace significaciones de bueno con apariencias de religion y oracion; preséntase á Dios religioso, y tiene el ánimo muy alejado de Dios; muéstrase por defuera siervo suyo, y aborrécele en el pecho; gotean las manos sangre inocente, y álzalas á él como límpias.

---

Quien mucho se enoja, lo primero recoge la ira en sí, y advirtiendo y allegando las causas del enojo, pone leña á la cólera, que bien encendida bulle luego con amenazas, y regaña los dientes, y aguza los ojos, y los enclava en el que padece,

y casi le traspasa con ellos, y le turba y le espanta. Como la ira embravece el corazón del enojado, así también le pone fiera la cara.

---

Las razones malas y blasfemas de la boca salidas pregonan y condenan al malo: porque nunca nace la blasfemia sino de grandes acojidas de mala y viciosa vida..... Y cuando calla la boca, sus ojos y el ardor de su rostro dan voces, y nos dicen su desesperada razón; porque lo que el corazón siente, y la lengua lo calla, lo vocea y pregonan el semblante corajoso y de soberbia lleno.

---

El madrugar es tan saludable, que la razón sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligación de la casa, había de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demás, la dulzura y suavidad de su sábio gobierno, en que aquello á que nos obliga es lo mismo que más conviene á nuestra naturaleza, y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho....

Y no contradice á esto el uso de las personas que agora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del día. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual ya por nuestros pecados, ó por sus pecados dellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en cosa digna de admiración, que siendo estos señores en todo lo demás grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto sólo se olvidan dél, y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida que es la mañana.

---

¡Que descansada vida  
 La del que huye el mundanal ruido,  
 Y sigue la escondida  
 Senda por dónde han ido  
 Los pocos sábios que en el mundo han sido!  
 Que no le enturbia el pecho  
 De los soberbios grandes el estado,  
 Ni del dorado techo  
 Se admira, fabricado  
 Del sábio moro, en jaspes sustentado.  
 No cura si la fama  
 Canta con voz su nombre pregonera:  
 Ni cura si encarama  
 La lengua lisonjera  
 Lo que condena la verdad sincera.

. . . . .

De la oda cuyas tres primeras estancias copiamos, dice un distinguido crítico:

“Bellísima composicion, llena de agrado, de seso y de dulzura; que deja muy atrás á todas las que se han hecho en alabanza de la vida rústica, sin exceptuar la de Horacio *Beatus ille*, que ha sido el modelo de todas. . . . .

“En la oda castellana resulta todo sencillo sin ambicion ni aparato. ¡Pero que raudal tan puro, tan copioso y tan fácil! ¡Cómo se conoce que el poeta tiene todo su placer en la mediana, en el estudio y en el retiro!.... Nada de más, nada de ménos, y todo en el modo propio y conveniente. Es una música suave y deliciosa que sale del corazon, y va derecha al corazon sin esfuerzo y sin estudio.”

Cuando contemplo el cielo  
 De innumerables luces adornado,

Y miro cabe el suelo  
 De noche rodeado,  
 En sueño y en olvido sepultado;  
 El amor y la pena  
 Despiertan en mi pecho un ansia ardiente;  
 Despiden larga vena  
 Los ojos hechos fuente,  
 O loarte, y digo al fin con voz doliente:  
 Morada de grandeza,  
 Templo de claridad y de hermosura,  
 El alma que á tu alteza  
 Nació, ¿qué desventura,  
 La tiene en esta cárcel baja, oscura?

.....  
 ¿Es más que un breve punto  
 El bajo y torpe suelo, comparado  
 Con este gran trasunto  
 Do vive mejorado  
 Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

---

## ODA IV <sup>(1)</sup>

### A LA ASCENSION

¿Y dejas, Pastor santo,  
 Tu grey en este valle hondo, oscuro,  
 En soledad y llanto,  
 Y tú, rompiendo el puro  
 Aire, te vas al inmortal seguro?

---

(1) No hemos podido resistir al deseo de copiar entera esta oda, en cuyas cinco breves estancias se encierra todo un poema.

Los ántes bienhadados,  
 Y los agora tristes, y aflijidos,  
 A tus pechos criados,  
 De tí desposeidos  
 ¿A dó convertirán ya sus sentidos?  
     ¿Qué mirarán los ojos  
 Que vieron de tu rostro la hermosura,  
 Que no les sea enojos?  
 Quien oyó tu dulzura,  
 ¿Qué no tendrá por sordo y desventura?  
     ¿Aqueste mar turbado  
 Quien le pondrá ya freno? ¿quien concierto  
 Al viento fiero airado?  
 ¿Estando tú cubierto,  
 Qué norte guiará la nave al puerto?  
     ¡Ay! nube envidiosa  
 Aún de este breve gozo, ¿qué te aquejas?  
 ¿Dó vuelas presurosa?  
 ¡Cuán rica tú te alejas!  
 ¡Cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas!

De esta sentidísima oda, dice el propio crítico de quien hemos hablado antes:

“.....Aquí el poeta desaparece enteramente; óyense las quejas lastimeras de los discípulos que lloran su desamparo, se ve al maestro divino subir por los aires, desaparecer entre las nubes, y ellos quedar como en tinieblas sin la luz que los guiaba. El cuadro es grande y completo, y sólo consiste en unas pocas pinceladas dadas con gusto y maestría. El sabor que de estos cortos lamentos queda en la fantasía y en el oído, es verdaderamente exquisito.

Una de las dotes más apreciables de todos estos poemas líricos es el tino y economía con que los pensamientos y las

imágenes se producen y se distribuyen; sin que, una vez dado el fin á que aspira el poeta, haya nada que falte al desempeño, ni nada que descomponga el efecto por exceso ó redundancia, ó por mala colocacion...,,

Para terminar, citaremos como otro importantísimo modelo de grandeza y concision el siguiente:

## EPITAFIO

### AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE DON CÁRLOS

Aquí yacen de Cárlos los despojos;  
La parte principal volvióse al cielo,  
Con ella fué el valor; quedóle al suelo  
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

\*  
\* \*

Quien así sentia y así se expresaba, nació en la bellísima y poética Granada por los años de 1527. Estudió en Salamanca en cuyo convento de Agustinos tomó el hábito de la Orden, profesando el 29 de enero de 1544. Continuó allí sus estudios con gran aprovechamiento, admiracion y aplauso, graduándose de doctor en teología por aquella famosísima Universidad, ganando en reñida oposicion al año siguiente de tomar el grado, (1561) la cátedra llamada entónces de Durando, y despues de algun tiempo la de Escritura. Sus profundos y vastos conocimientos en las lenguas orientales, su grande erudicion, la asombrosa claridad de su talento y la simpática atraccion de su angelical trato, conquistáronle general veneracion y respeto, teniéndosele por uno de los primeros expositores de los sagrados textos.

La justa fama y reputacion de que gozaba el sabio Agustino, despertó la envidia de los que pretendian en vano ser sus dignos émulos, quienes le acusaron de haber traducido al caste-

llano el *Libro de los Cantares* pretestando para enjuiciarle, la prohibicion que habia entónces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, logrando que la Inquisicion de Valladolid le formase causa como sospechoso en la fé. Tuviéronle preso en las cárceles de dicho tribunal por espacio de cinco largos años, espacio necesario á la formacion y desvanecimiento de los cargos que se le hicieron, de los cuales logró sincerarse, saliendo libre y triunfante de tan dura é inicua prueba.

Vuelto á la Universidad y restituido en su cátedra y honores con gran contentamiento y júbilo de todos, y perdonando como Jesús á sus delatores y verdugos, es fama que al ocupar nuevamente su cátedra supo hacer caso omiso del largo paréntesis de sus infortunios, comenzando con estas palabras: "Segun digimos en nuestra última conferencia, etc.,"

Su religion le confirió diversos cargos y empleos importantes, el último de los cuales fué el de provincial, de cuyo servicio le privó una agudísima enfermedad que le llevó al sepulcro rodeado de llanto y bendiciones, á los 23 dias del mes de Agosto de 1591, á los 64 años de edad.

\*  
\* \*

Cuarenta años despues de su muerte se imprimian sus famosísimas poesías en un libro rotulado "Obras propias y traducciones latinas, griegas y italianas; con la paráfrasis de algunos psalmos y capítulos de Job: autor, el doctísimo y reverendísimo padre FRAY LUIS DE LEON, de la gloriosa orden del grande doctor y patriarca san Agustin. Sacadas de la librería de don Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo de la magistral de la Santa Iglesia de Sevilla.—Dadas á la impresion DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, caballero de la orden de Santiago. *Madrid imprenta de la Reina 1631.*"

Esta edicion que fué la primera que se hizo de las poesías de tan esclarecido autor, está dedicada por Quevedo "al EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DUQUE, GRAN CANCELLER MI SEÑOR, etc.", de cuya extensa dedicatoria tomamos los siguientes párrafos.

"Por sí hablan, excelentísimo Señor, las obras del reverendísimo FRAY LUIS DE LEON, con mejor pluma y lengua que lo podrá hacer algun apasionado suyo. Son en nuestro idioma el singular ornamento y el mejor blason de la habla castellana; con inclinacion tan severa á los estudios varoniles, que aún en el desenfado de las vigiliass positivas y escolásticas, desto le sirvieron los consonantes. Nos dió fácil y docta la filosofía de las virtudes; y dispuso tan apacibles á la memoria los tesoros de la verdad (que con logro del entendimiento ocupa su recordacion) que, faltos deste decoro, embarazan escritos, ó vanos ó escandalosos.

En la parte primera, que es toda de intentos que eligió la madurez de su seso, la diction es grande, propia y hermosa, con facilidad; de tal casta, que ni se desautoriza con lo vulgar, ni se hace peregrina con lo impropio. Todo su estilo con majestad estudiada es decente á lo magnífico de la sentencia, que ni ambiciosa se descubre fuera del cuerpo de la oracion, ni tenebrosa se esconde; mejor diré, que se pierde en la confusion afectada de figuras, y en la inundacion de palabras forasteras. La locucion esclarecida hace tratables los retiramientos de las ideas, y da luz á lo escondido y ciego de los conceptos. Esto mandaron con imperio los que escribieron artes de poesía, y escribieron desta suerte los que tienen el imperio de los poemas. Y en todas lenguas, aquellos solos merecieron aclamacion universal, que dieron luz á lo oscuro, y facilidad á lo dificultoso, que obscurecer lo claro, es borrar, y no escribir; y quien habla de lo que otros no entienden, primero confiesa que no entiende lo que habla. Séneca, epístola

XXII, lib. 2: *Irridenda facundia, quæ rem non explicat, sed involvit.* „Hase de menospreciar la facundia que ántes envuelve la sentencia, que la declara.“

Y si los que afectan esta noche en sus obras, quieren alabanza, por decir tiene dificultad el escribir nudos ciegos, y no ser inteligibles,—San Jerónimo *ad Nepotianum facilé quàm vilem plebiculam, et indoctam concionem linguæ volubilitate decipere, quæ quidquid non intelegit plus miratur:* „No hay cosa tan fácil como engañar la indocta plática y la vil plebe con la taravilla de la lengua; porque la gente baja é ignorante más admira lo que menos entiende.“

„Largo ha sido mi discurso, y con todo no llega á medirse con la raíz que ha echado esta zizaña de nuestra habla. No hago cargo á la grandeza de vuestra excelencia, de que por eleccion mia le dedico escritos de tanto precio, Señor; ántes ha sido necesidad forzada, porque no conozco otro que con tal afecto y estimacion haya admitido autores desta nota, ni quien deje de molestar la atencion ajena, hablando ó escribiendo, con estas demasías mendigadas, si no es vuestra excelencia.

Estas obras se dividen en propias, y estas en morales ó espirituales. Las ajenas, en traducciones de Horacio, Pindaro, Virgilio, Petrarca, Monseñor de la Casa, que es la parte segunda. La tercera, en perifrasis de psalmos y cánticos, y capítulos de *Job* y de los *Proverbios*. Tan decente volúmen obligacion fué darle á vuestra excelencia, que con sólo recibirle aniquilará la licencia en escribir; pues moderando esta desorden sabrosa, y acogiendo obras como estas (todas de virtud, y todas verdaderamente doctas), la esclarecida memoria de vuestra excelencia tendrá pública aclamacion; y el estilo descaminado y extraño, castigo autorizado y eficaz, que en los que hallase vergüenza dejará enmienda.

---

Dé Dios á vuestra excelencia su gracia y larga vida, con buena salud, y le defienda de todo mal. En Madrid, 21 de julio de 1629.—Excelentísimo señor.—Besa á vuecelencia la mano.—*Don Francisco de Quevedo Villegas.*„







# FRAY LUIS DE LEON

LIBRO PRIMERO

## DE LOS NOMBRES DE CRISTO

AÑADIDO JUNTAMENTE EL NOMBRE DE CORDERO

---

*A D. Pedro Portocarrero, del Consejo de S. M., y del de la santa y general Inquisición.*

### I

De las calamidades de nuestros tiempos, que como vemos, son muchas y muy graves, una es, y no la menor de todas, muy Ilustre Señor, el haber venido los hombres á disposicion, que les sea ponzoña, lo que les solia ser medicina y remedio. Que es también claro indicio de que se les acerca su fin, y de que el mundo está vecino á la muerte, pues la halla en la vida.

Notoria cosa es, que las Escrituras que llamamos sagradas, las inspiró Dios á los Profetas que las escribieron, para que nos fuesen en los trabajos desta vida consuelo, y en las tinieblas y errores della clara y fiel luz; y para que en las llagas, que hacen en nuestras almas la pasion y el pecado, allí como en oficina general, tuviésemos para cada una proprio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, tambien es manifiesto que pretendió, que el uso dellas fuese comun á todos, y así cuanto es de su parte, lo hizo: porque las compuso con palabras llanísimas, y en lengua que era vulgar á aquellos á quien las dió primero. Y despues, quando de aquellos juntamente con el verdadero conocimiento de Jesucristo, se comunicó y traspasó tambien este

tesoro á las gentes, hizo que se pusiesen en muchas lenguas, y casi en todas aquellas, que entonces eran mas generales y mas comunes, porque fuesen gozadas comunmente de todos.

Y así fué, que en los primeros tiempos de la Iglesia, y en no pocos años despues, era gran culpa en cualquier de los fieles, no ocuparse mucho en el estudio y lición de los libros divinos. Y los eclesiásticos, y los que llamamos seglares, así los doctos, como los que carecian de letras, por esta causa trataban tanto deste conocimiento, que el cuidado de los vulgares despertaba el estudio de los que por su oficio son maestros, quiero decir, de los perlados y obispos: los cuales de ordinario en sus iglesias casi todos los dias declaraban las santas Escrituras al pueblo, para que la lición particular, que cada uno tenia dellas en su casa, alumbrada con la luz de aquella doctrina pública, y como regida con la voz del maestro, careciese de error, y fuese causa de mas señalado provecho. El cual á la verdad fué tan grande, quanto aquel gobierno era bueno: y respondió el fruto á la sementera, como lo saben los que tienen alguna noticia de la historia de aquellos tiempos. Pero, como decia, esto que de suyo es tan bueno, y fué tan útil en aquel tiempo, la condicion triste de nuestros siglos, y la experiencia de nuestra grande desventura nos enseñan, que nos es ocasion agora de muchos daños. Y así los que gobiernan la Iglesia, con maduro consejo, y como forzados de la misma necesidad, han puesto una cierta y debida tasa en este negocio; ordenando, que los libros de la sagrada Escritura no anden en lenguas vulgares, de manera que los ignorantes los puedan leer; y como á gente animal y tosca, que ó no conocen estas riquezas, ó si las conocen, no usan bien dellas, se las han quitado al vulgo de entre las manos. Y si alguno se maravilla, como á la verdad es cosa que hace maravillar, que en gentes que profesaban una misma religion haya podido acontecer, que lo que antes les aprovechaba, les dañe agora, y mayormente en cosas tan substanciales; y si desea penetrar á la origen de aqueste mal, conociendo sus fuentes; digo, que á lo que yo alcanzo, las causas de esto son dos, ignorancia y soberbia, y mas soberbia que ignorancia; en los cuales males ha venido á dar poco á poco el pueblo cristiano, decayendo de su primera virtud.

La ignorancia ha estado de parte de aquellos á quienes incumbe el saber y el declarar estos libros; y la soberbia de parte de los mismos, y de los demás todos, aunque en diferente manera. Porque en estos la soberbia y el pundonor de su presuncion, y el título de maestros, que se arrogaban sin

merecerlo, les cegaba los ojos; para que ni conociesen sus faltas, ni se persuadiesen á que les estaba bien poner estudio y cuidado en aprender lo que no sabian, y se prometian saber. Y á los otros á questo humor mismo no solo les quitaba la voluntad de ser enseñados en estos libros y letras, mas les persuadia tambien, que ellos las podian saber y entender por si mismos. Y así presumiendo el pueblo de ser maestro, y no pudiendo, como convenia, serlo los que lo eran, ó debian de ser; convertíase la luz en tinieblas, y leer las Escrituras el vulgo, le era ocasion de concebir muchos y muy perniciosos errores, que brotaban y se iban descubriendo por horas. Mas si como los perlados eclesiásticos pudieron quitar á los indoctos las Escrituras, pudieran tambien ponerlas y asentarlas en el deseo, y en el entendimiento, y en la noticia de los que las han de enseñar; fuera menos de llorar aquesta miseria. Porque estando estos, que son como cielos, llenos y ricos con la virtud de aqueste tesoro, derivárase dellos necesariamente gran bien en los menores, que son el suelo sobre quien ellos influyen. Pero en muchos es esto tan al revés, que no solo no saben aquestas letras, pero desprecian, ó á lo menos muestran preciarse poco, y no juzgar bien de los que las saben. Y con un pequeño gusto de ciertas cuestiones contentos é hinchados, tienen titulos de maestros teólogos, y no tienen la teología: de la cual, como se entiende, el principio son las cuestiones de la escuela; y el crecimiento la doctrina, que escriben los Santos; y el colmo y perfeccion, y lo mas alto della, las letras sagradas: á cuyo entendimiento todo lo de antes, como á fin necesario, se ordena.

Mas dejando estos, y tornando á los comunes del vulgo, á este daño, de que por su culpa y soberbia se hicieron inútiles para la lición de la Escritura divina, háseles seguido otro daño, no sé si diga peor, que se han entregado sin rienda á la lición de mil libros no solamente vanos, sino señaladamente dañosos: los cuales como por arte del demonio, como faltaron los buenos, en nuestra edad mas que en otra han crecido. Y nos ha acontecido, lo que acontece á la tierra, que cuando no produce trigo, da espinas. Y digo que este segundo daño en parte vence al primero, porque en aquel pierden los hombres un grande instrumento para ser buenos, mas en este le tienen para ser malos: allí quitásele á la virtud algun gobierno, aquí dase cebo á los vicios. Porque si, como alega San Pablo, *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*; el libro torpe y dañado, que conversa con el que le lee á todas horas y á todos tiempos, ¿que no hará? ¿ó cómo

será posible, que no crie viciosa y mala sangre el que se mantiene de malezas y ponzoñas? Y á la verdad, si queremos mirar en ello con atencion, y ser justos jueces, no podemos dejar de juzgar sino que de estos libros perdidos y desconcertados, y de su licion, nasce gran parte de los reveses y perdicion, que se descubren continuamente en nuestras costumbres; y de un sabor de gentilidad, de infidelidad, que los celosos del servicio de Dios sienten en ellas, que no sé yo si en edad alguna el pueblo cristiano se ha sentido mayor, á mi juicio, el principio, y la raiz, y la causa toda, son estos libros. Y es caso de gran compasion, que muchas personas simples y puras se pierden en este mal paso, antes que se adviertan de él; y como sin saber de dónde, ó de qué, se hallan emponzoñadas, y quiebran simple y lastimosamente en esta roca encubierta. Porque muchos de estos malos escritos ordinariamente andan en las manos de mujeres dóncellas y mozas, y no se recatan dello sus padres; por donde las mas veces les sale vano y sin fruto todo el demas recato que tienen. Por lo qual como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas, que despierten las almas, ó las encaminen á la virtud; en este tiempo es así necesario, que á mi juicio todos los buenos ingenios, en quien puso Dios partes y facultad para semejante negocio, tienen obligacion á ocuparse en él, componiendo en nuestra lengua para el uso comun de todas algunas cosas, que, ó como nascidas de las sagradas letras, ó como allegadas y conformes á ellas, suplan por ellas, cuanto es posible, con el comun menester de los hombres; y juntamente les quiten de las manos, sucediendo en su lugar dellos, los libros dañosos, y de vanidad.

Y aunque es verdad, que algunas personas doctas y muy religiosas han trabajado en aquesto bien felizmente en muchas escrituras, que nos han dado, llenas de utilidad y pureza; mas no por eso los demás que pueden emplearse en lo mismo, se deben tener por desobligados, ni deben por eso alanzar de las maños la pluma. Pues en caso que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello seria mucho menos, no solo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que conforme á nuestra necesidad, es menester que se escriba: así por ser los gustos de los hombres, y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya, y tan recibidas las escrituras malas, contra quien se ordenan las buenas. Y lo que en las baterias y cercos de los lugares fuertes se hace en la guerra, que los tientan por todas las partes, y con todos los ingenios que nos enseña la facultad militar; eso

mismo es necesario que hagan todos los buenos y doctos ingenios agora, sin que uno se descuide con otro en un mal uso tan torreado y fortificado, como es este de que vamos hablando. Yo así lo juzgo, y juzgué siempre. Y aunque me conozco por el menor de todos los que en esto que digo pueden servir á la Iglesia, siempre la deseé servir en ello como pudiese: y por mi poca salud, y mis muchas ocupaciones no lo he hecho hasta agora.

Mas ya que la vida pasada ocupada y trabajosa me fué estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecucion; no me parece que debo perder la ocasion deste ocio, en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto. Porque aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado; pero el favor largo del cielo que Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio de la consciencia, en medio de todos ellos, han serenado mi ánima, con tanta paz, que no solo en la enmienda de mis costumbres, sino tambien en el negocio y conoscimiento de la verdad, veo agora, y puedo hacer lo que antes no hacia. Y hame convertido este trabajo el Señor en mi luz y salud. Y con las manos de los que me pretendian dañar ha sacado mi bien. A cuya excelente y divina merced en alguna manera no responderia yo con el agradescimiento debido, si agora que puedo, en la forma que puedo, y segun la flaqueza de mi ingenio y mis fuerzas, no pusiese cuidado en aquesto, que á lo que yo juzgo, es tan necesario para el bien de sus fieles. Pues á este propósito me vinieron á la memoria unos razonamientos, que en los años pasados tres amigos míos, y de mi Orden, los dos de ellos hombres de grandes letras é ingenio, tuvieron entre sí por cierta ocasion acerca de los Nombres, con que es llamado Jesu Cristo en la sagrada Escritura. Los cuales me refirió á mí poco despues el uno de ellos, y yo por su eualidad no los quise olvidar,

Y deseando yo agora escribir alguna cosa, que fuese útil al pueblo de Cristo, hame parecido, que comenzar por sus Nombres, para principio es el más feliz y de mejor anuncio; y para utilidad de los letores la cosa de más provecho; y para mi gusto particular, la materia mas dulce y mas apacible de todas. Porque así como Cristo nuestro Señor es como fuente, ó por mejor decir, como Océano que comprehende en sí todo lo provechoso y lo dulce, que se reparte en los hombres; así el tratar dél, y como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conoscimiento, dulce y provechoso mas que otro ninguno. Y por orden de buena razon se presupone á los demas trata-

dos y conocimientos aqieste conocimiento. Porque es el fundamento de todos ellos, y es como el blanco adonde el cristiano endereza todos sus pensamientos y obras.

Y así lo primero á que debemos dar asiento en el ánima es á su deseo, y por la misma razon á su conocimiento, de quien nasce, y con quien se enciende y acrecienta el deseo. Y la propia y verdadera sabiduría del hombre, es saber mucho de Cristo: y á la verdad es la mas alta y mas divina sabiduría de todas. Porque entenderle á él, es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que como dice San Pablo (1), estan en él encerrados, y es entender el infinito amor que Dios tiene á los hombres, y la majestad de su grandeza, y el abismo de sus consejos sin suelo, y de su fuerza invencible el poder inmenso, con las demás grandezas y perfecciones que moran en Dios, y se descubren y resplandecen, mas que en ninguna parte, en el misterio de Cristo. Las cuales perfecciones todas, ó gran parte dellas, se entenderán, si entendiéremos la fuerza y la significacion de los Nombres que el Espíritu Santo le da en la divina Escritura. Porque son estos Nombres como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca desto el humano entendimiento puede entender, y le conviene que entienda. Pues lo que en ella se platicó entonces, recorriendo yo la memoria dello despues, casi en la misma forma como á mi me fué referido, y lo mas conforme que ha sido posible al hecho de la verdad, ó á su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envio agora á Vm. á cuyo servicio se enderezan todas mis cosas.

Era por el mes de junio, á las vueltas de la fiesta de San Juan, á tiempo que en Salamanca comienzan á cesar los estudios, quando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré á los demás) despues de una carrera tan larga, como es la de un año, en la vida que allí se vive, se retiró, como á puerto sabroso, á la soledad de una granja, que como Vm. sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tormes, y fuéronse con él, por hacerle compañía, y por el mismo respecto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos dias, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol San Pedro, despues de haber dado al culto divino lo que se le debia; todos tres juntos se salieron de la casa á la huerta que se hace delante della. Es la huerta grande, y

---

(1) Ad Coloss. cad. II. v. 3.

estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacia deleite en la vista, y sobre todo la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un espacio pequeño se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos á la sombra de unas parras, y junto á la corriente de una pequeña fuente en ciertos asientos. Nasce la fuente de la cuesta que tiene la casa á las espaldas que entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando, parecia reirse. Tenian tambien delante de los ojos, y cerca dellos, una alta y hermosa alameda. Y mas adelante, y no muy lejos, se veia el rio Tormes, que aun en aquel tiempo hinchando bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega.

El dia era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca. Ansi que sentándose, y callando por un pequeño tiempo después de sentados, Sabino, (que ansi me place llamar al que de los tres era el mas mozo) mirando hácia Marcelo, y sonriéndose comenzó á decir ansi: Algunos hay á quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condicion de espíritus de entendimiento profundo, mas yo como los pájaros en viendo lo verde, deseo ó cantar ó hablar.

Bien entiendo porque lo decís, respondió al punto Marcelo, y no es alteza de entendimiento, como dais á entender por lisonjearme, ó por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes que nos predominan, y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mi de melancolía. Mas sepamos, dice de Juliano (que este será el nombre del otro tercero) si es pájaro tambien, ó si es de otro metal. No soy siempre de uno mismo, respondió Juliano aunque agora al humor de de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede agora razonar consigo mismo, mirando la belleza del campo, y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito, y no muy grande, aquí, dice, está mi deseo y mi esperanza. Marcelo que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo vuelto á sabino. y riéndose: No os atormentará mucho el deseo á lo menos Sabino, pues tan en la mano teneis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel. Si fueren pobres, dijo Sabino, menos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre. ¿En qué manera, respondió Marcelo, ó que parte soy yo para satisfacer á vuestro deseo, ó que deseo es el que decís? Entonces Sabino, desple-

gando el papel, leyó el título que decia: *De los Nombres de de Cristo*; y no leyó más, y dijo luego: Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los Nombres con que Cristo es llamado en la sagrada Escritura, y los lugares della, adonde es llamado así. Y como le ví, me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento; y por eso dije, que mi deseo estaba en este papel. Y está en él mi esperanza tambien; porque como parece dél, este es argumento, en que Marcelo, ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua: y así no podrá decirnos agora, lo que suele decir cuando se escusa, si le obligamos á hablar, que le tomamos despercebido. Por manera que pues le falta esta escusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan á propósito de pláticas semejantes; no nos será dificultoso el rendir á Marcelo, si vos Juliano, me favoreceis. En ninguna cosa me hallaréis más á vuestro lado, Sabino, respondió Juliano.

Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se escusaba mucho, ó á lo menos pedia que tomase Juliano su parte, y dijese tambien, y quedando asentado, que á su tiempo, cuando pareciese, ó si pareciese ser menester, Juliano haria su oficio; Marcelo, vuelto á Sabino, dijo así: Pues el papel ha sido el despertador desta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él estuviere, y conforme á su orden, así iremos diciendo, si no os parece otra cosa. Antes nos parece lo mismo, respondieron como á una Sabino y Juliano; y luego Sabino, poniendo los ojos en el escrito, con clara y moderada voz leyo así:

## II.

*Los nombres, que en la escritura se dan á Cristo, son muchos, así como son muchas sus virtudes y oficios; pero los principales son diez, en los cuales se encierran, y como reducidos se recogen los demás; y los diez son estos.*

Primero que vengamos á eso, dijo Marcelo alargando la mano hácia Sabino para que se detuviese, convendrá que digamos algunas cosas, que se presuponen á ello, y convendrá que tomemos el salto, como dicen, de mas atrás: y que guiando el agua de su primer nacimiento, tratemos que cosa es esto que llamamos nombre, y que, oficio tiene, y porque fin se introdujo, y en que manera se suele poner; y aun

antes de todo esto hay otro principio. Qué otro principio, dijo Juliano, hay que sea primero, que el ser de lo que se trata, y la declaracion dello breve, que la escuela llama, definicion? Que como los que quieren hacerse á la vela, respondió Marcelo, y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro: así agora en el principio de una semejante jornada, yo por mi, ó por mejor decir, todos para mí, pidamos á ese mismo de quien habemos de hablar, sentidos y palabras, cuales convienen para hablar dél. Porque si las cosas menores, no solo acabarlas no podemos bien, más ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca; ¿quién podrá decir de Cristo, y de cosas tan altas, como son las que encierran los Nombres de Cristo, si no fuere alentado con la fuerza de su espíritu? Por lo cual desconfiando de nosotros mismos, y confesando la insuficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los corazones supliquemos con humildad á aquesta divina luz, que nos amanezca, quiero decir, que envíe en mi alma los rayos de su resplandor, y la alumbre, para que en esto que quiero decir dél, sienta lo que es digno dél; y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la lengua en la forma que debe.

Porque, Señor, sin ti, ¿quién podrá hablar como es justo de tí? ¿ó quién no se perderá en el inmenso Océano de tus excelencias metido, si tú mismo no le guías al puerto? Luce pues ó solo verdadero Sol, en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo della juntamente, y mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, á lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y solo á fin de que tú seas glorioso y ensalzado en todo tiempo, y de todos. Y dicho esto calló: y los otros dos quedaron suspensos y atentos mirándole: y luego tornó á comenzar en aquesta manera.

El nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se substituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento. Porque se ha de entender, que la perfeccion de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razon, consiste en que cada una dellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas, quanto le fuere po-

sible. Porque en esto se avecina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto mas en esto creciere, tanto se allegará mas á él, haciéndosele semejante, la cual semejanza es si conviene decirlo así, el pio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco á donde envian sus deseos todas las criaturas.

Consiste pues la perfeccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos el ser mio, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean: y para que extendiéndose, y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine, y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura á Dios de quien mana, que en tres personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprehensibles, una sola perfecta y sencilla excelencia. Pues siendo nuestra perfeccion aquesta que digo, y deseando cada uno naturalmente su perfeccion, y no siendo escasa la naturaleza en proveer á nuestros necesarios deseos; proveyó en esto, como en todo lo demás, con admirable artificio: y fué, que porque no era posible que las cosas, así como son materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dió á cada una de ellas, de mas del ser real que tiene en sí, otro ser semejante á este mismo, pero mas delicado que él, y que nasce en cierta manera dél; con el cual estuviesen y viviesen cada una dellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas, y todas en cada una.

Y ordenó tambien, que de los entendimientos por semejante manera saliesen con la palabra á las bocas. Y dispuso que las que en su ser material piden cada una dellas su propio lugar, en aquel espiritual ser pudiesen estar muchas, sin embarazarse, en un mismo lugar en compañía juntas: y aun, lo que es mas maravilloso, una misma en un mismotiempo en muchos lugares. De lo cual puede ser como ejemplo, lo que en el espejo acontece: que si juntamos muchos espejos, y los ponemos delante los ojos, la imágen del rostro que es una, reluce una misma, y en un mismo tiempo en cada uno dellos; y de ellos todas aquellas imágenes sin confundirse, se tornan juntamente á los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusion de lo dicho, todas las cosas viven y tienen ser en nuestro entendimiento, cuando las

entendemos, y cuando las nombramos, en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, esa misma razon de ser tienen en nosotros, si nuestras bocas y entendimientos son verdaderos.

Digo esa misma en razon de semejanza, aunque en cualidad de modo diferente, conforme á lo dicho. Porque el ser que tienen en sí, es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable, y que así permanece; pero en el entendimiento que las entiende, hácese á la condicion dél, y son espirituales y delicadas: y para decirlo en una palabra, en sí son la verdad, más en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad, esto es, de sí mismas, é imagenes que substituyen y tienen la vez de sus mismas cosas, para el efecto y fin que está dicho: y finalmente en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento, sus nombres. Y así queda claro lo que al principio dijimos, que el nombre es como imagen de la cosa de quien se dice, ó la misma cosa disfrazada de otra manera que substituye por ella, y se toma por ella, para el fin y propósito de perfeccion y comunidad que dijimos.

Y desto mismo se conoce tambien, que hay dos maneras ó dos diferencias de nombres; unos que estan en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son, el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que, como las entiende, las declara y saca á luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, substitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay tambien esta desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir, que la imagen y figura que está en el alma, substituye por aquellas cosas, cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas: mas las palabras porque nosotros que fabricamos las voces señalamos para cada cosa la suya, por eso substituyen por ellas. Y cuando decimos nombres, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y así nosotros hablaremos de aquellos, teniendo los ojos en estos.

Y habiendo dicho Marcelo esto, y queriendo proseguir su razon, díjole Juliano: Paráceme que habeis guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guie en todo aquello que se dice, para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres cosas que en el principio nos propusistes, habeis ya dicho las dos, que son, lo que es el nombre, y el oficio para cuyo fin se ordenó: resta decir lo

tercero, que es la forma que se ha de guardar, y aquello á que se ha de tener respecto cuando se pone.

Antes de eso, respondió Marcelo, añadirémos esta palabra á lo dicho, y es, que como de las cosas que entendemos, unas veces formamos en el entendimiento una imágen que es imágen de muchos, quiero decir, que es imágen de aquello en que muchas cosas, que en lo demás son diferentes, convienen entre sí, y se parecen; y otras veces la imágen que figuramos es retrato de una cosa sola, y así propio retrato della, que no dice con otra, por la misma manera hay unas palabras ó nombres que se aplican á muchos, y se llaman nombres comunes, y otros que son propios de solo uno, y estos son aquellos de quien hablamos agora. En los cuales cuando de intento se ponen, la razon y naturaleza dellos pide que se guarde esta regla, que pues han de ser propios, tengan significacion de alguna particular propiedad, y de algo de lo que es propio á aquello de quien se dicen; y que se tomen, y como nazcan y manen de algun minero suyo y particular. Porque si el nombre, como habemos dicho, sustituye por lo nombrado, y si su fin es hacer que lo ausente que significa, en él nos sea presente, y cercano, y junto lo que nos es alejado; mucho conviene que en el sonido, en la figura, ó verdaderamente en la orígen y significacion de aquello de donde nasce, se avecine y asemeje á cuyo es, cuanto es posible avecinarse á una cosa de tomo y de ser, el sonido de una palabra. No se guarda esto siempre en las lenguas. Es grande verdad. Pero si queremos decir la verdad, en la primera lengua de todas casi siempre se guarda. Dios á lo menos así lo guardó en los nombres que puso, como en la Escritura se vé. Porque si no es esto ¿qué es lo que se dice en el Génesi (1) que Adam inspirado por Dios puso á cada cosa su nombre, y que lo que él las nombró, ese es el nombre de cada una? esto es decir, que á cada una les venia como nascido aquel nombre; y que era así suyo por alguna razon particular y secreta, que si se pusiera á otra cosa, no le viniera ni cuadrara tan bien. Pero como decia, esta semejanza y conformidad se atiende en tres cosas, en la figura, en el sonido, y señaladamente en la orígen de su derivacion y significacion. Y digamos de cada una, comenzando por aquesta postrera.

Atiéndese pues aquesta semejanza en la orígen y significacion de aquello de donde nasce: que es decir, que cuando el nombre que se pone á alguna cosa, se deduce y deriva de

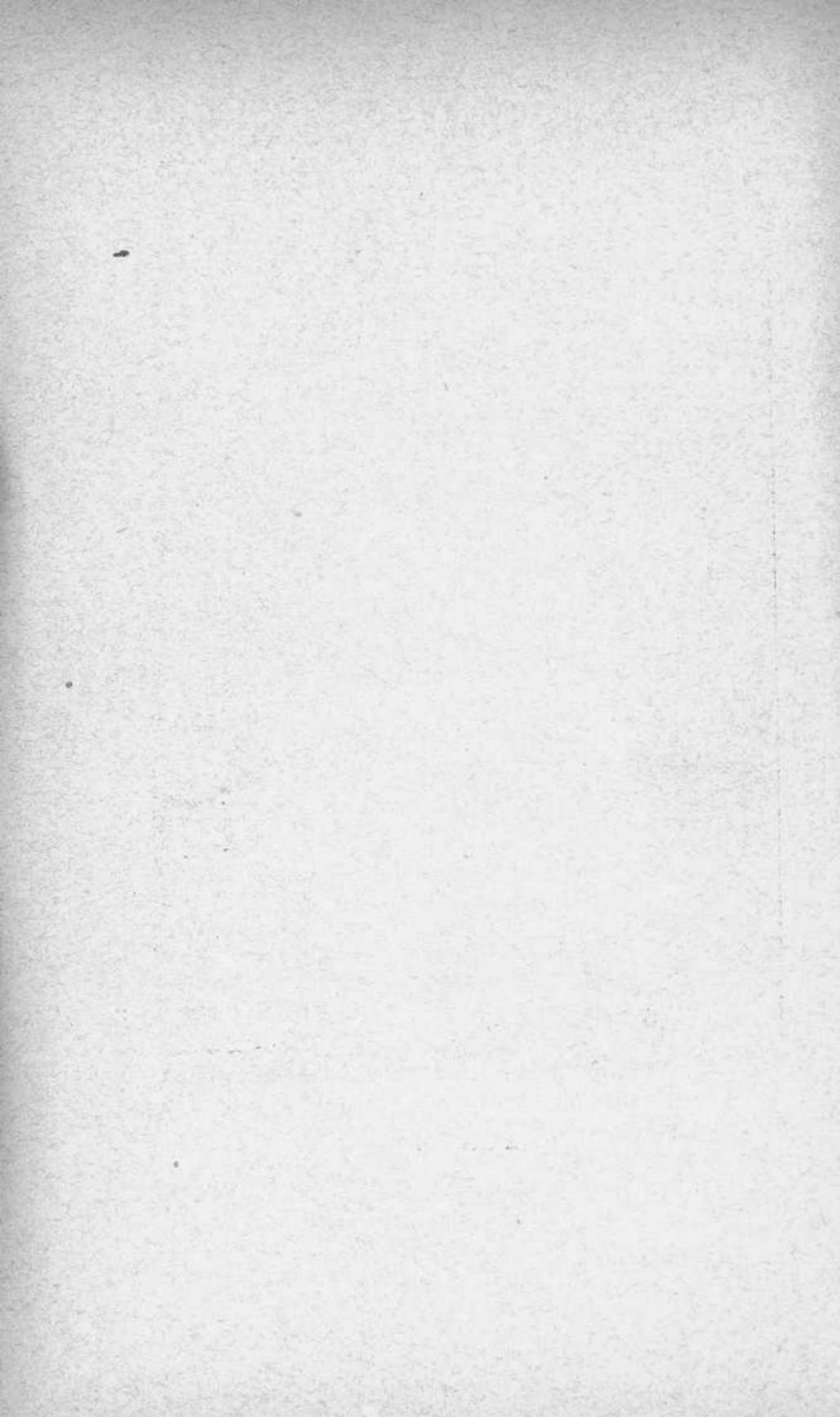
(1) Genes. cap. II. v. 19.



La creacion.

Génesis.





alguna otra palabra y nombre, aquello de donde se deduce, ha de tener significacion de alguna cosa que se avecine á algo de aquello que es propio al nombrado; para que el nombre saliendo de allí luego que sonare, ponga en el sentido del que le oyere, la imágen de aquella particular propiedad. Esto es, para que el nombre contenga en su significacion algo de lo mismo que la cosa nombrada contiene en su esencia. Como por razon de ejemplo, se ve en en nuestra lengua en el nombre con que se llaman en ella los que tienen la vara de justicia en alguna ciudad, que los llamamos *Corregidores*, que es nombre que nasce y se toma de lo que es corregir; porque el corrègir lo malo es su oficio dellos, ó parte de su oficio muy propia. Y así quien lo oye, en oyéndolo, entiende lo que hay ó haber debe en el que tiene este nombre. Y tambien á los que entrevienen en los casamientos, los llamamos en castellano *casamenteros*, que viené de lo que es hacer mencion ó mentar; porque son los que hacen mencion del casar, entreviniendo en ello, y hablando dello, y tratándolo. Lo cual en la sagrada Escritura se guarda siempre en todos aquellos nombres, que ó Dios puso á alguno, ó por su inspiracion se pusieron á otros. Y esto en tanta manera, que no solamente ajusta Dios los nombres que pone con lo propio que las cosas nombradas tienen en sí; mas tambien todas las veces que dió á alguno, y le añadió alguna cualidad señalada, demás de las que de suyo tenia, le ha puesto tambien algun nuevo nombre que se conformase con ella: como se ve en el nombre que de nuevo puso á Abraham, y en el de Sarra su mujer se ve tambien, y en el de Jacob su nieto, á quien llamó Israel, y en el de Josué el capitán, que puso á los Judíos en la posesion de su tierra, y así en otros muchos.

No ha muchas horas, dijo entonces Sabino, que oimos acerca de eso un ejemplo bien señalado, y aun oyéndole yo se me ofreció una pequeña duda acerca dél. ¿Qué ejemplo es ese? respondió Marcelo. El nombre de Pedro, dijo Sabino, que le puso Cristo (1), como agora nos fué leído en la misa. Es verdad, dijo Marcelo, y es bien claro ejemplo. ¿Mas qué duda teneis en él? La causa porque Cristo le puso, respondió Sabino, es mi duda, porque me parece que debe contener en sí elgun misterio grande. Sin duda, dijo Marcelo, muy grande. Porque dar Cristo á san Pedro aqueste nuevo y público nombre, fué cierta señal que en lo secreto del alma le infun-

---

(1) Habla del nombre que le puso Cristo la primera vez que le vió, (Joan. cap. I. vers. 42.)

dia á él, mas que á ninguno de sus compañeros, un don de firmeza no vencible.

Eso mismo, replicó luego Sabino, es lo que se me hace dudoso. Porque ¿cómo tuvo mas firmeza que los demás Apóstoles, ni infundida ni suya, el que solo entre todos negó á Cristo por tan ligera ocasion? si no es firmeza prometer osadamente, no cumplir flacamente despues. No es así, respondió Marcelo, ni se puede dudar en manera alguna de que fué este glorioso Príncipe en este don de firmeza, de amor, y fe para con Cristo muy aventajado entre todos. Y es claro argumento de esto aquel celo y apresuramiento que siempre tuvo para adelantarse en todo lo que parecia tocar, ó á la honra, ó al descanso de su Maestro. Y no solo despues que recibió el fuego del Espiritu Santo, sino antes tambien (cuando (1) Cristo, preguntándole tres veces si le amaba mas que los otros, y respondiéndole él que le amaba, le dió á pacer sus ovejas) testificó Cristo con el hecho, que su respuesta era verdadera, y que se tenia por amado dél con firmísimo y fortísimo amor. Y si negó en algun tiempo bien es de creer, que cualquiera de sus compañeros, en la misma pregunta y ocasion de temer, hicieran lo mismo si se les ofreciera: y por no haberseles ofrecido, no por eso fueron mas fuertes. Y si quiso Dios que se le ofreciese á solo san Pedro, fué con grande razon. Lo uno para que confiase menos de sí de allí adelante el que hasta entonces, de la fuerza de amor que en sí mismo sentia, tomaba ocasion para ser confiado. Y lo otro, para que quien habia de ser pastor, y como padre de todos los fieles, con la experiencia de su propia flaqueza se condoliese de las que despues viese en sus súbditos, y supiese llevarlas. Y últimamente, para que con el lloro amargo que hizo por esta culpa, mereciese mayor acrescentamiento de fortaleza. Y así fué, que despues se le dió firmeza para sí y para otros muchos en él, quiero decir, para todos los que le son sucesores en su silla apostólica. En la cual siempre ha permanecido firme y entera, y permanecerá hasta la fin la verdadera doctrina y confesion de la Fe.

Mas tornando á lo que decia, quede esto por cierto, que todos los nombres que se ponen por orden de Dios, traen consigo significacion de algun particular secreto que la cosa nombrada en sí tiene, y que en esta significacion se asemejan á ella. Que es la primera de las tres cosas en que, como dijimos, esta semejanza se atiende. Y sea la segunda, lo que to-

(1) Joan. cap. XXI. vs. 15. 16, 17.





...y respondiéndolo él que le amaba le dió á pacer sus ovejas...

Juan, cap. XXI, vs. 15, 16, 17.

ca al sonido, esto es, que sea el nombre que se pone de tal cualidad, que cuando se pronunciare, suene como suele sonar aquello que significa, ó cuando habla, si es cosa que habla, ó en algun otro accidente que le acontezca. Y la tercera, es la figura, que es la que tienen las letras con que los nombres se escriben, así en el número como en la disposicion de sí mismas; y la que, cuando las pronunciamos, suelen poner en nosotros. Y destas dos maneras postreras en la lengua original de los libros divinos, y en esos mismos libros hay infinitos ejemplos. Porque del sonido casi no hay palabra de las que significan alguna cosa, que ó se haga con voz, ó que envíe son alguno de sí que pronunciada bien no nos ponga en los oídos, ó el mismo sonido, ó algun otro muy semejante dél. Pues lo que toca á la figura, bien considerado, es cosa maravillosa los secretos y los misterios que hay acerca desto en las letras divinas. Porque en ellas en algunos nombres se añaden letras para significar acrescentamiento de buena dicha en aquello que significan; y en otros se quitan algunas de las debidas, para hacer demostracion de calamidad y pobreza. Algunos sí lo que significan por algun accidente, siendo varon, se ha afeminado y enmollecido, ellos tambien toman letras de las que en aquella lengua son, como si dijésemos, afeminadas y mujeriles.

Otros al revés significando cosas femeninas de suyo, para dar á entender algun accidente viril, toman letras viriles. En otros mudan las letras su propia figura, y las abiertas se cierran, y las cerradas se abren y mudan el sitio, y se trasponen y disfrazan con visajes y gestos diferentes. Y como dicen del camaleon, se hacen á todos los accidentes de aquellos cuyos son los nombres que constituyen. Y no pongo ejemplos de aqueste, porque son cosas menudas, y á los que tienen noticia de aquella lengua, como vos, Juliano y Sabino, la teneis, notorias mucho: y señaladamente porque pertenecen propriamente á los ojos, y así para dichas y oidas son cosas oscuras. Pero si os parece, valga por todos la figura y cualidad de letras con que se escribe en aquella lengua el nombre propio de Dios, que los Hebreos llaman *inefable* (1), porque no teman por lícito el traerle comunmente en la boca, y los griegos le llaman *nombre de cuatro letras* porque son tantas las letras de que se compone. Porque si miramos al sonido con que se pronuncia, todo él es vocal, así como lo es aquel á quien significa, que todo es ser, y vida, y espíritu, sin ningun-

(1) El nombre propio que dan los Hebreos á Dios es *Jehovah*.

na mezcla de composicion ó de materia : y si atendemos á la condicion de las letras hebreas con que se escribe, tienen esta condicion, que cada una de ellas se puede poner en lugar de las otras, y muchas veces en aquella lengua se ponen, y así en virtud cada una dellas es todas, y todas son cada una ; que es como imágen de la sencillez que hay en Dios por una parte, y de la infinita muchedumbre de perfecciones que por otra tiene, porque todo es una gran perfeccion, y aquella una es todas sus perfecciones. Tanto que si hablamos con propiedad, la perfecta sabiduria de Dios no se diferencia de su justicia infinita, ni su justicia de su grandeza ni su grandeza de su misericordia: y el poder y el saber y el amar en él, todo es uno; y en cada uno destos sus bienes por mas que le desviemos y alejemos del otro, están todos juntos; y por cualquiera parte que le miremos, es todo, y no parte. Y conforme á esta razon es, como habemos dicho, la condicion de las letras que componen su nombre. Y no solo en la condicion de las letras, sino aun lo que parece maravilloso, en la figura y disposicion tambien le retrata este nombre en una cierta manera.

Y diciendo esto Marcelo, é inclinándose hácia la tierra, en la arena con una vara delgada y pequeña formó unas letras como estas ,‘, y dijo luego : Porque en las letras caldaicas este santo nombre siempre se figura así. Lo cual, como veis, es imágen del número de las divinas personas, y de la igualdad dellas, y de la unidad que tienen las mismas en una esencia, como estas letras son de un figura y de un nombre. Pero a questo dejémoslo así. Y iba Marcelo á decir otra cosa, mas atravesándose Juliano, dijo desta manera: Antes que paseis, Marcelo, adelante, nos habeis de decir, ¿cómo se compadece con lo que hasta agora habeis dicho, que tenga Dios nombre propio? y desde el principio deseaba pedirlo, y dejélo por no romperos el hilo. Mas agora antes que salgais dél, nos decid, si el nombre es imágen que sustituye por cuyo es, que nombre de voz, ó que concepto de entendimiento puede llegar, á ser imágen de Dios? ¿y si no puede llegar en que manera dirémos que es su nombre propio? Y aun hay en esto otra gran dificultad, que si el fin de los nombres es, que por medio dellos las cosas cuyos son, esten en nosotros, como dijistes ; escusada cosa fué darle á Dios nombre : el cual está tan presente á todas las cosas, y tan lanzado como si dijésemos en sus entrañas, y tan infundido y tan íntimo como está su ser dellas mismas.

Abierto habiades la puerta, Juliano, respondió Marcelo, para razones grandes y profundas, si no la cerrara lo mucho que hay que decir en lo que Sabino ha propuesto. Y así no

os responderé más de lo que basta, para que esos vuestros ñudos queden desatados y sueltos. Y comenzando de lo postrero, digo que es grande verdad que Dios está presente en nosotros, y tan vecino, y tan dentro de nuestro ser, como él mismo de sí. Porqué en él, y por él no solo nos movemos y respiramos, sino tambien vivimos y tenemos ser, como lo confiesa y predica san Pablo (1). Pero así nos está presente, que en esta vida nunca nos es presente. Quiero decir, que está presente y junto con nuestro ser, pero muy lejos de nuestra vista, y del conocimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo cual convino, ó por mejor decir, fué necesario, que entre tanto que andamos peregrinos dél en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta, ni se junta con nuestra alma su cara, tuviésemos en lugar della en la boca algun nombre y palabra, y en el entendimiento alguna figura suya; como quiera que ella sea imperfecta y oscura, y como san Pablo llama enigmática. Porque cuando volare desta cárcel de tierra en que agora nuestra alma presa trabaja y afana como metida en tinieblas, y saliere á lo claro y á lo puro de aquella luz; el mismo que se junta con nuestro ser agora, se juntará con nuestro entendimiento entonces: y él por sí, y sin medio de otra tercera imágen, estará junto á la vista del alma: y no será entonces su nombre otro que él mismo, en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere dél, esto es con el mismo EL, así y de la misma manera como lo conociere. Y por esto dice san Juan en el libro del Apocalipsi que Dios á los suyos en aquella felicidad, demás de que les enjugará las lágrimas, y les borrará de la memoria los duelos pasados les dará á cada uno una pedrecilla menuda, y en ella un nombre escrito, el cual solo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su esencia, que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados: que con ser uno en todos, con cada uno será en diferente grado y por una forma de sentimiento cierta y singular par cada uno. Y finalmente este nombre secreto que dice san Juan, y el nombre con que entonces nombraremos á Dios, será todo aquello que entonces en nuestra alma será Dios; el cual, como dice san Pablo, será en todos todas las cosas.

Así que en el cielo, donde veremos, no tendremos necesidad para con Dios de otro nombre mas que del mismo

(1) Actor. cap. XVII v. 28.

Dios: más en esta obscuridad, adonde con tenerle en casa no le echamos de ver, esnos forzado ponerle algun nombre. Y no se le pusimos nosotros, sino él por su grande piedad se le puso luego que vió la causa y la necesidad. En lo cual es cosa digna de considerar el amaestramiento secreto del Espíritu Santo, que siguió el santo Moisés acerca desto en el (1) libro de la creacion, de las cosas. Porque tratando allí la historia de la creacion y habiendo escrito todas las obras della, y habiendo nombrado en ellas á Dios muchas veces; hasta que hubo criado al hombre, y Moisés lo escribió, nunca le nombró con este su nombre: como dando á entender, que antes de aquel punto no habia necesidad de que Dios tuviese nombre, y que nascido el hombre que le podia entender y no le podria ver en esta vida, era necesario que se nombrase. Y como Dios tenia ordenado de hacerse hombre despues, luego que salió á luz el hombre, quiso humanarse nombrándose. Y á lo otro, Juliano, que propusistes, que siendo Dios un abismo de ser y de perfeccion infinita, y habiendo de ser el nombre imágen de lo que nombra; como se podia entender, que una palabra limitada alcanzase á ser imágen de lo que no tiene limitacion: algunos dicen que este nombre, como nombre que se le puso Dios á sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dijo, y que suena en nuestros oidos, es señal que nos explica aquella palabra eterna é incomprehensible que nace y vive en su seno; así como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazon. Pero como quiera que aquesto sea cuando decimos que Dios tiene nombres propios, ó que aqueste es nombre propio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre, ó nombre que abraza, y que nos declara todo aquello que hay en él. Porque uno es el ser propio, y otro es el ser igual ó cabal.

Para que sea propio basta que declare de las cosas que son propias á aquella de quien se dice algunos dellas, mas sino las declara todas entera y cabalmente no será igual. Y así á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale: como tampoco le podemos entender como quien él es, entera y perfectamente. Porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y así no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega. Y para que ya nos vamos acercando á lo

(1) Genes. II.

proprio de nuestro propósito, y á lo que Sabino leyó del papel; esta es la causa porque á Cristo nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene á saber, su mucha grandeza, y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios, y de los demás bienes que nacen dél y se derraman sobre nosotros. Los cuales así como no pueden ser abrazados con una vista del alma, así mucho menos pueden ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algun vaso del cuello largo y estrecho, la envia poco á poco y no toda de golpe; así el Espíritu Santo, que conoce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento, no nos representa así toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciéndonos uuas veces algo della debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces.

Y así bienen á ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da á Cristo. Porque le llama Leon, y Corde-ro, y Puerta, y Camino y Pastor, y Sacerdote, y Sacrificio, y Esposo, y Vid, y Pimpollo, y Rey de Dios, y Cara suya, y Piedra, y Lucero, y Oriente, y Padre, y Príncipe de paz, y Salud, y Vida, y Verdad, y así otros nombres sin cuento. Pero de aquestos muchos escogió solos diez el papel como mas sustanciales, porque, como en él se dice, los demás todos se reducen ó pueden reducir á estos en cierta manera.

Mas conviene, antes que pasemos adelante, que advirtamos primero que así como Cristo es Dios, así tambien tiene nombres que por su divinidad le convienen; unos propios de su persona, y otros comunes á toda la Trinidad. Pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora tocarémos en ellos: porque aquellos propiamente pertenecen á los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen á Cristo en quanto hombre, conforme á los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme á las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante Y Sabino leyó luego.

### III.

*EL primer Nombre puesto en castellano se dirá bien PIMPOLLO, que en la lengua original es Cemah, y el texto latino de la sagrada Escritura, unas veces lo traslada diciendo Gërmen, y otras diciendo, Oriens. Así le llamó el Espiritu santo*

*en el capítulo cuarto del Profeta Esaias.* En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza, y el fruto de la tierra muy ensalzado. *Y por Hieremias en el cap. 33:* Y haré que nazca á David PIMPOLLO de justicia, y haré justicia y razon sobre la tierra. *Y por Zacarias en el cap. III consolando al pueblo judaico recién salido del captiverio de Babilonia.* Yo haré, dice, venir á mi siervo el PIMPOLLO. *Y en el cap. VI.* Veis un varon cuyo nombre es PIMPOLLO.

Y llegando aquí Sabino cesó. Y Marcelo, sea este, dijo, el primer nombre, pues la órden del papel nos lo da. Y no carece de razon que sea este el primero. Porque en él, como veremos despues, se toca en cierta manera la cualidad y órden del nascimiento de Cristo, y de su nueva y maravillosa generacion: que en buena órden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele decir. Pero antes que digamos qué es ser PIMPOLLO, y qué es lo que significa este nombre, y la razon porque Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo, y si es verdad que le nombra así la divina Escritura: que será ver si los lugares della agora alegados hablan propiamente de Cristo. Porque algunos ó infiel, ó ignorante nos lo quieren negar. Pues viniendo al primero, cosa clara es que habla de Cristo, así porque el texto caldaico, que que es de grandisima autoridad y antigüedad, en aquel mismo lugar adonde nosotros leemos: *En aquel día será el PIMPOLLO del Señor,* dice él; *En aquel día será el Mesias del Señor:* como tambien porque no se puede entender aquel lugar de otra alguna manera.

Porque lo que algunos dicen del príncipe Zorobabel, y del estado feliz de que gozó debajo de su gobierno el pueblo judaico, dando á entender que fué este el PIMPOLLO del Señor de quien Esaiás dice: *En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza,* es hablar sin mirar lo que dicen. Porque quien leyere lo que las letras sagradas en los libros de Neemias y Esdras cuentan del estado de aquel pueblo en aquella sazón, verá mucho trabajo, mucha pobreza, mucha contradicion, y ninguna señalada felicidad, ni en lo temporal, ni en los bienes del alma, que á la verdad es la felicidad de que Esaiás entiende, cuando en el lugar alegado dice: *En aquel día será el PIMPOLLO del señor en grandezay en gloria.* Y cuando la edad de Zorobabel y el estado de los Judíos en ella hubiera sido feliz, cierto es que no lo fué con el extremo que el Profeta aquí muestra: porque ¿qué palabra hay aquí que no haga significacion de un bien divino y rarísimo? Dice, *del Señor,* que es palabra que á todo lo que en aquella lengua se

añade lo suele subir de quilates. Dice, *gloria, y grandeza, y magnificencia*, que es todo lo que encareciendo se puede decir. Y porque salgamos enteramente de duda, alarga, como si dijésemos, el dedo el Profeta, y señala el tiempo y el día mismo del señor, y dice de aquesta manera: *En aquel día. ¿Mas qué día? Sin duda ninguno otro sino aquel mismo de quien luego antes de aquesto decia: En aquel día quitará al redropelo el Señor á las hijas de Sion el chapin que cruge en los pies, y los garvines de la cabeza, las lunetas y los collares, las ajorcas y los rebozos: las botillas y los calzados altos: las argollas, los apretadores, los zarcillos, las sortijas, las cotonias, las almalafas, las escarcelas, los volantes, y los espejos: y les trocará el ámbar en hendiondez, y la cintura rica en el andrajo, y el enrizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado, y tus valientes morirán á cuchillo.*

Pues en aquel día mismo, cuando Dios puso por el suelo toda la alteza de Jerusalem con las armas de los Romanos que asolaron la ciudad, y pusieron á cuchillo sus ciudadanos, y los llevaron captivos; en ese mismo tiempo el fruto y el PIMPOLLO del Señor descubriéndose y saliendo á luz, subirá á gloria y honra grandisima. Porque en la destruicion que hicieron de Jerusalem los Caldeos (si alguno por caso quisiese decir que habla aquí della el Profeta) no se puede decir con verdad que creció el fruto del Señor, ni que fructificó gloriosamente la tierra al mismo tiempo que la ciudad se perdió. Pues es notorio que en aquella calamidad no hubo alguna parte ó alguna mezcla de felicidad señalada, ni en los que fueron captivos á Babilonia, ni en los que el vencedor caldeo dejó en Judea y en Jerusalem para que labrasen la tierra. Porque los unos fueron á servidumbre miserable, y los otros quedaron en miedo y desamparo, como en el libro de Hieremias se lee. Mas al revés con aquesta otra caída del pueblo judaico se juntó, como es notorio, la claridad del nombre de Cristo. Y cayendo Jerusalem, comenzó á levantarse la Iglesia. Y aquel á quien poco antes los miserables habian condenado y muerto con afrentosa muerte, y cuyo nombre habian procurado escurecer y hundir, comenzó entonces á enviar rayos de sí por el mundo, y á mostrarse vivo y señor, y tan poderoso, que castigando á sus matadores con azote gravísimo, y quitando luego el gobierno de la tierra al demonio, y deshaciendo poco á poco su silla, que es el culto de los ídolos en que la Gentilidad le servía; como cuando el sol vence las nubes y las deshace, así él solo y clarísimo relumbró por toda la re-

dondez. Y lo que he dicho deste lugar se ve claramente tambien en el segundo de Hieremias, de sus mismas palabras. Porque decirle á David y prometerle que le nasceria ó fruto, ó PIMPOLLO de justicia, era propia señal de que el fruto habia de ser Jesu Cristo; mayormente añadiendo lo que luego se sigue, y es, que este fruto haria justicia y razon sobre la tierra: que es la obra propia suya de Cristo, y uno de los principales fines para que se ordenó su venida, y obra que él solo, y ningun otro enteramente la hizo.

Por donde las mas veces que se hace memoria dél en las Escrituras divinas, luego en los mismos lugares se le atribuye esta obra, como obra sola dél, y como su propio blason. Así se ve en el psalmo setenta y uno, que dice: *Señor, da tu vara al Rey, y el ejercicio de justicia al hijo-del Rey, para que juzgue á tu pueblo conforme á justicia, y á los pobres segun fuero. Los montes altos conservarán paz con el vulgo, y los collados les guardarán ley. Dará su derecho á los pobres del pueblo, y será amparo de los probrecitos, y hundirá al violento opresor.* Pues en el tercero lugar de Zacarias los mismos Hebreos lo confiesan, y el texto caldeo que he dicho, abiertamente le entiende. y le declara de Cristo. Y así mesmo entendemos el cuarto testimonio, que es del mismo Profeta. Y no nos impide lo que algunos tienen por inconveniente, y por donde se mueven á declararle en diferente manera, que es decir luego, que este PIMPOLLO fructificará despues, ó debajo de sí, y que edificará el templo de Dios, pareciéndoles que esto señala abiertamente á Zorobabel, que edificó el templo, y fructificó despues de sí por muchos siglos a Cristo verdadero fruto. Así que esto no impide, antes favorece y esfuerza mas nuestro intento. Porque el fructificar debajo de sí, ó como dice el original en su rigor, acerca de sí, es tan propio de Cristo, que de ninguno lo es mas. ¿Por ventura no dice él de sí mismo (1): *Yo soy vid, y vosotros sarmientos?* Y en el psalmo que agora decia, en el cual todo lo que se dice son propiedades de Cristo, ¿no se dice tambien (2): *Y en sus dias fructificarán los justos?* Ó si queremos confesar la verdad, ¿quién jamás en los hombres perdidos engendró hombres santos y justos? ¿ó que fruto jamás se vió que fuese mas fructuoso que Cristo? Pues esto mismo sin duda es lo que aqui nos dice el Profeta. El cual porque le puso á Cristo nombre de fruto, y porque dijo señalándole como á singular fruto: *Veis aqui un varon que es fruto su nombre;* porque no se pensase que se acababa su fruto

(1) Joan cap. XV. vers. 5.

(2) Psalm. LXXI. vers. 7.

en él, y que era fruto para sí, y no árbol para dar de sí fruta, añadió luego diciendo: *Y fructificará acerca de sí*: como si con mas palabras dijera, y es fruto que dará mucho fruto, porque á la redonda dél, esto es, en él, y de él, por todo cuanto se extiende la tierra, nascerán nobles y divinos frutos sin cuento; y aqueste PIMPOLLO enriquecerá el mundo con pimpollos no vistos.

De manera que este es uno de los nombres de Cristo, y segun nuestra orden el primero dellos, sin que en ello pueda haber duda ni pleito. Y son como vecinos y deudos suyos otros algunos nombres, que tambien se ponen á Cristo en la santa Escritura. Los cuales, aunque en el sonido son diferentes, pero bien mirados todos se reducen á un intento mismo, y convienen en una misma razon. Porque si en el capítulo treinta y cuatro de Ezequiel es llamado *Planta nombrada*, y si Esaías en el capítulo once le llama unas veces *Rama*, y otra *Flor*, y en el capítulo cincuenta y tres *Tallo* y *Raiz*, todo es decirnos lo que el nombre de PIMPOLLO ó de fruto nos dice. Lo cual será bien que declaremos ya, pues lo primero que pertenece á que Cristo se llama así, está suficientemente probado, si no se os ofrece otra cosa.

Ninguna, dijo al punto Juliano, antes ha rato ya que el nombre y esperanza deste fruto ha despertado en nuestro gusto golosina dél. Merecedor es de cualquier golosina y deseo, respondió Marcelo, porque es dulcísimo fruto, y no menos provechoso que dulce, si ya no le menoscaba la pobreza de mi lengua é ingenio. Pero idme respondiendo, Sabino, que lo quiero haber agora con vos.

Esta hermosura del cielo y mundo que vemos, y la otra mayor que entendemos, y que nos esconde el mundo invisible, ¿fué siempre como es agora, ó hizose ella á sí misma, ó Dios la sacó á luz y la hizo? Averiguado es, dijo Sabino, que Dios crió el mundo con todo lo que hay en él, sin presuponer para ello alguna materia, sino solo con la fuerza de su infinito poder, con que hizo, donde no habia ninguna cosa, salir á luz esta beldad que decís. ¿Mas qué duda hay en esto? Ninguna hay, replicó prosiguiendo Marcelo. Mas decidme más adelante: ¿nació esto de Dios, no advirtiéndolo Dios en ello, sino como por alguna natural consecuencia, ó hizolo Dios porque quiso, y fué su voluntad libre de hacerlo? Tambien es averiguado, respondió luego Sabino, que lo hizo con propósito y libertad. Bien decís, dijo Marcelo, y pues conoscois eso, tambien conoscois que pretendió Dios en ello algun grande fin. Sin duda grande, respondió Sabino, porque siempre que se obra con juicio y libertad, es á fin de algo que se pretende. Pretenderia

desa manera, dijo Marcelo, Dios en esta su obra algun interés y acrescentamiento suyo? En ninguna manera, respondió Sabino. ¿Por qué? dijo Marcelo.

Y sabino respondió: Porque Dios, que tiene en sí todo el bien, en ninguna cosa que haga fuera de sí, puede querer ni esperar para sí algun acrescentamiento ó mejoría. Por manera, dijo Marcelo, que Dios porque es bien infinito y perfecto, en hacer el mundo, no pretendió recibir bien alguno dél, y pretendió algun fin como está dicho. Luego si no pretendió recibir, sin ninguna duda pretendió dar: y si no lo crió para añadirse á sí algo, criólo sin ninguna duda para comunicarse él á sí, y para repartir en sus criaturas sus bienes. Y cierto este solo es fin digno de la grandeza de Dios, y propio de quien por su naturaleza es la misma bondad: porque á lo bueno su propia inclinacion le lleva al bien hacer; y cuanto es mas bueno uno, tanto se inclina mas á esto. Pero si el intento de Dios en la creacion y edificio del mundo, fué hacer bien á lo que criaba, repartiendo en ello sus bienes; ¿qué bienes, ó que comunicacion dellos fué aquella á quien como á blanco enderezó Dios todo el oficio desta obra suya? No otros respondió Sabino, sino esos mismos que dió á las criaturas, así á cada una en particular, como á todas juntas en general. Bien decís, dijo Marcelo, aunque no habeis respondido á lo que os pregunto. ¿En qué manera? respondió. Porque, dijo Marcelo, como aquesos bienes tengan sus grados, y como sean unos de otros de diferentes quilates, lo que pregunto es, ¿á qué bien, ó á qué grado de bien entre todos enderezó Dios todo su intento principalmente? Qué grados, respondió Sabino, son esos? Muchos son, dijo Marcelo, en sus partes, mas la escuela los suele reducir á tres generos, á naturaleza, y á gracia, y á union personal.

A la naturaleza pertenescen los bienes con que se nasce: á la gracia pertenescen aquellos que despues de nascidos nos añade Dios: el bien de la union personal, es haber juntado Dios en Jesu Cristo su persona con nuestra naturaleza. Entre los cuales bienes es muy grande la diferencia que hay. Porque lo primero, aunque todo el bien que vive y luce en la criatura, es bien que puso en ella Dios; pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su ser, y lo que dello se sigue: y estos decimos que son bienes de naturaleza, porque los plantó Dios en ella, y se nasce con ellos, como es el ser, y la vida, y el entendimiento y lo demás semejante. Otros bienes no los plantó Dios en lo natural de la criatura, ni en la virtud de sus natu-

rales principios, para que dellos nasciesen ; sino sobrepúso-los él por sí solo á lo natural, y así no son bienes fijos ni arraigados en la naturaleza como los primeros, sino movedizos bienes, como son, la gracia, y la caridad, y los demás dones de Dios ; y aquesto llamamos bienes sobrenaturales de gracia.

Lo segundo, dado como es verdad, que todo este bien comunicado es una semejanza de Dios, porque es hechura de Dios, y Dios no puede hacer cosa que no le remede, porque en cuanto hace se tiene por dechado á sí mismo ; mas aunque esto es así, todavía es muy grande la diferencia que hay en la manera del remedarle. Porque en lo natural remedan las criaturas el ser de Dios ; mas en los bienes de gracia remedan el ser, y la condicion, y el estilo, y com si dijésemos, la vivienda y bienandanza suya ; y así se avecinan y juntan mas á Dios por esta parte las criaturas que la tienen, cuanto es mayor esta semejanza, que la semejanza primera ; pero en la union personal no remedan, ni se parecen á Dios las criaturas, si no vienen á ser el mismo Dios, porque se juntan con él en una misma persona.

Aquí Juliano atravesándose dijo : ¿ Las criaturas todas se juntan en una persona con Dios ? Respondió Marcelo riendo : hasta agora no trataba del número, si no trataba del cómo ; quiero decir que no contaba quienes y cuantas criaturas se juntan con Dios en estas maneras, sino contaba la manera como se juntan, y le remedan, que es, ó por naturaleza, ó por gracia, ó por union de persona : que cuanto al número de los que se le ayuntan, clara cosa es, que en los bienes de naturaleza todas las criaturas se avecinan á Dios ; y solas, y no todas, las que tienen entendimiento en los bienes de gracia ; y en la union personal sola la humanidad de nuestro Redentor Jesu Cristo. Pero aunque con sola aquesta humana naturaleza se haga la union personal propriamente, en cierta manera tambien, en juntarse Dios con ella es visto juntarse con todas las criaturas, por causa de ser el hombre como un medio entre lo espiritual y lo corporal, que contiene y abraza en sí lo uno y lo otro, y por ser, como dijeron antiguamente, un menor mundo, ó un mundo abreviado.

Esperando estoy, dijo Sabino entonces, á que fin se ordena aqueste vuestro discurso. Bien cerca estamos ya dello, respondió Marcelo. Porque preguntóos, si el fin porque crió Dios todas las cosas, fué solamente por comunicarse con ellas, y si esta dádiva y comunicacion acontece en diferentes maneras, como habemos ya visto, y si unas de estas maneras son

mas perfectas que otras ; no os parece que pide la misma razon, que un tan grande artífice, y en una obra tan grande tuviese por fin de toda ella hacer en ella la mayor y mas perfecta comunicacion de sí que pudiese? Así parece, dijo Sabino. Y la mayor, dijo siguiendo Marcelo, así de las hechas, como de las que se pueden hacer, es la union personal que se hizo entre el Verbo divino, y la naturaleza humana de Cristo, que fué hacerse con el hombre una misma persona. No hay duda, respondió Sabino, sino que es la mayor. Luego, añadió Marcelo necesariamente se sigue, que Dios, á fin de hacer esta union bienaventurada y maravillosa, crió todo cuanto se parece, y se esconde. Que es decir, que el fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mundo, fué por sacar á luz este compuesto de Dios y hombre, ó por mejor decir, este juntamente Dios y hombre, que es Jesu Cristo. Necesariamente se sigue, respondió Sabino. Pues, dijo entonces Marcelo, esto es ser Cristo fruto : y darle la Escritura este nombre á él, es darnos á entender á nosotros, que Cristo es el fin de las cosas, y aquel para cuyo nascimiento feliz fueron todas criadas y enderezadas. Porque así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni menos el tronco, que nasce y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas, y la flor, y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que dél sale, que es el fin y como remate suyo ; así por la misma manera estos cielos extendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz que todo lo alumbra, redonda y bellissima ; la tierra pintada con flores, y las aguas pobladas de peces ; los animales y los hombres, y este universo todo, cuan grande y cuan hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo, y para producir á la luz este único y divino fruto, que es Cristo, que con verdad lo podemos llamar el parto comun y general de todas las cosas.

Y así como el fruto, para cuyo nacimiento se hizo en el árbol la firmeza del tronco y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas nascido contiene en sí y en su virtud todo aquello que para él se ordenaba en el árbol, ó por mejor decir, al árbol todo contiene ; así tambien Cristo, para cuyo nascimiento crió primero Dios las raices firmes y hondas de los elementos, y levantó sobre ellas despues esta grandeza del mundo, con tanta variedad como si dijésemos de ramas y hojas, lo contiene todo en sí, y lo abarca, y se resume en él, y como dice san Pablo (1), se recapitula todo

(1) Ad Colos. cap. I. vers. 16.

lo no criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso. Y como de ser cristo llamado fruto por excelencia, entendemos que todo lo criado se ordenó para él; así tambien desto mismo ordenado, podemos rastreando entender el valor inestimable que hay en el fruto, para quien tan grandes cosas se ordenan. Y de la grandeza, y hermosura, y cualidad de los medios argüiremos la excelencia sin medida del fin. Porque si cualquiera que entra en algun palacio ó casa real rica y sumtuosa, y vee primero la fortaleza y firmeza del muro ancho y torneado, y las muchas órdenes de las ventatanas labradas, y las galerías, y los chapiteles que deslumbran la vista; y luego la entrada alta y adornada con ricas labores, y despues los zaguanes y patios grandes y diferentes, y las columnas de mármol, y las largas salas, y las maras ricas, y la diversioad, y muchedumbre, y órden de los aposentos hermoseados todos con peregrinas y escogidas pinturas, y con el jasje, y el pórfiro, y el marfil, y el oro que luce por los suelos, y paredes, y techos; y vee juntamente con esto la muchedumbre de los que sirven en él, y la disposicion y rico aderezo de sus personas, y el órden que cada uno guarda en su ministerio y servicio, y el concierto que todos conservan entre sí; y oye tambien los menestriales, y dulzura de música; y mira la hermosura y regalo de los lechos, y la riqueza de los aparadores que no tienen precio; luego conoce que es incomparablemente mejor y mayor aquel para cuyo servicio todo aquello se ordena: así debemos nosotros tambien entender, que si es hermosa y admirable esta vista de la tierra y del cielo, es sin ningun término muy mas hermoso y maravilloso aquel por cuyo fin se crió. Y que si es grandísima, como sin ninguna duna lo es, la majestad deste templo universal, que llamamos mundo nosotros; Cristo, para cuyo nascimiento se ordenó desde su principio, y á cuyo servicio se ejecutará todo despues, y á quien agora sirve y obedece, y obedecerá para siempre, es incomparablemente grandísimo, gloriosísimo, perfectísimo, mas mucho de lo que ninguno puede, ni encarecer, ni entender. Y finalmente que es tal, cual inspirado y alentado por el Espíritu Santo san Pablo dice, escribiendo á los Colosenses: *Es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas. Porque para él se fabricaron todas, así en el cielo, como en la tierra, las visibles, y las invisibles; así digamos los tronos, como las dominaciones como los principados, y potados; todo por él y para él fué criado: y el es el adelantado entre todos, y todas*

*las cosas tienen ser por él. Y él también del cuerpo de la Iglesia es la cabeza, y él mismo es el principio y el primogénito de los muertos, para que en todo tenga las primicias. Porque le plugo al Padre, y tuvo por bien que se aposentase en él todo lo sumo y cumplido.*

Por manera que Cristo es llamado *fruto*, porque es el fruto del mundo, esto es, porque es el fruto para cuya producción se ordenó y fabricó todo el mundo. Y así Esaiás deseando su nacimiento, y sabiendo que los cielos y la naturaleza toda vivía y tenía ser principalmente para este parto, á toda ella se le pide diciendo: *Derramad rocío, cielos, desde vuestras alturas, y vos, nubes, lloviendo envidnos al Justo, y la tierra se abra, y produzga y brote al Salvador.* Y no solamente por aquesta razón que habemos dicho Cristo se llama *fruto*, sino también porque todo aquello que es verdadero fruto en los hombres, digo fruto que merezca parecer ante Dios y ponerse en el cielo, no solo nasce en ellos por virtud deste fruto que es Jesu Cristo, sino en cierta manera también es el mismo Jesus.

Porque la justicia y santidad que derrama en los ánimos de sus fieles, así ella como los demás bienes y santas obras que nascen della, y que nasciendo della despues la acrecientan, no son sino como una imágen y retrato vivo de Jesu Cristo, y tan vivo que es llamado Cristo en las letras sagradas, como parece en los lugares adonde nos amonesta san Pablo (1), que nos visitamos de Jesu Cristo: porque el vivir justa y santamente es imágen de Cristo. Y así por esto, como por el espíritu suyo que comunica Cristo, é infunde en los buenos, cada uno dellos se llama Cristo: y todos ellos juntos, en la forma ya dicha, hacen un mismo Cristo. Así lo testificó San Pablo diciendo: *Todos los que en Cristo os habeis bautizado, os habeis vestido de Jesu Cristo, que elli no hay judío, ni gentil, ni libre ni esclavo, ni hembra ni varón, porque todos sois uno en Jesu Cristo.* Y en otra parte: *Hijos de mios, que os engendró otra vez, hasta que Cristo se forme en vosotros.* Y amonestando á los Romanos á las buenas obras, les dice y escribe: *Desechemos pues las obras oscuras, y vistamos armas de luz, y como quien anda de día, andemos vestidos y honestos. No en convites y embriagueces, no en desordenado sueño, y en deshonestas torpezas, ni menos en competencias é invidias; sino vestios del Señor Jesu Cristo.* Y que todos estos Cristos son un Cristo solo,

(1) Ad Rom. cap. XIII. vers. 14.

dicelo él mismo á los Corinthios por estas palabras: *Como un cuerpo tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo, así también Cristo.* Donde, como advierte san Agustín, no dijo concluyendo la semejanza, así es Cristo y sus miembros, sino *así es Cristo*, para nos enseñar, que Cristo nuestra cabeza está en sus miembros, y que los miembros y la cabeza son un solo Cristo, como por aventura dirémos mas largamente despues. Y lo que decimos agora, y lo que de todo lo dicho resulta, es, conocer cuan mercedamente Cristo se llama *fruto*, pues todo el fruto bueno y de valor que mora y fructifica en los hombres, es Cristo y de Cristo, en cuanto nasce dél, y en cuanto le parece y remeda, así como es dicho. Y pues habemos platicado ya lo que basta acerca de aquesto, proseguid, Sabino, en vuestro papel Deteneos, dijo Juliano alargando contra Sabino la mano, que si olvidado no estoy, os falta Marcelo, por descubrir lo que al principio nos propusistes, de lo que toca á la nueva y maravillosa concepcion de Cristo, que como dijistes, este nombre significa.

Es verdad, é hicistes muy bien, Juliano, en ayudar mi memoria, respondió al punto Marcelo, y lo que pedis es aquesto.

Este nombre, que una vez llamamos PIMPOLLO, y otras veces llamamos *fruto*, en la palabra original no es fruto como quiera, sino es propiamente el fruto que nasce de suyo sin cultura ni industria. En lo cual al propósito de Jesucristo, á quien agora se aplica, se nos demuestran dos cosas. La una que no hubo ni saber, ni valor, ni merecimiento, ni industria en el mundo, que mereciese de Dios que se hiciese hombre, esto es, que produjese este fruto: la otra, que en el vientre purísimo y santísimo, de donde aqueste fruto nació, anduvo solamente la virtud y obra de Dios, sin ayuntarse varon.

Mostró, como oyó esto, moverse de su asiento un poco Juliano, y como acostándose hácia Marcelo, y mirándole con alegre rostro le dijo: Agora me place mas el haberos, Marcelo, acordado lo que olvidáades, porque me deleita mucho entender, que el artículo de la limpieza y entereza virginal de nuestra comun madre y señora, está significado en las letras y profecías antiguas, y la razon lo pedia. Porque adonde se dijeron y escribieron, tantos años antes que fuesen, otras cosas menores, no era posible que se callase un misterio tan grande. Y si se os ofrecen algunos otros lugares que pertenezcan á esto, que sí ofrecerán, mucho holgaria que lo dijédes, si

no recibis pesadumbre. Ninguna cosa, respondió Marcelo, me puede ser menos pesada que decir algo que pertenezca al loor de mi única Abogada y Señora, que aunque lo es generalmente de todos, mas atrévome yo á llamarla mia en particular, porque desde mi niñez me ofrecí todo á su amparo. Y no os engañais nada, Juliano, en pensar que los libros y letras del Testamento viejo no pasaron callando por una extrañeza tan nueva, y señaladamente tocando á personas tan importantes. Porque ciertamente en muchas partes la dicen con palabras para la Fe muy claras, aunque algo obscuras para los corazones, á quien la infidelidad ciega, conforme á como se dicen otras muchas cosas de las que pertenecen á Cristo, que como san Pablo dice es misterio escondido: el cual quiso Dios decirle y esconderle por justísimos fines, y uno dellos fué para castigar así con la ceguedad y con la ignorancia de cosas tan necesarias á aquel pueblo ingrato por sus enormes pecados. Pues viniendo á lo que pedís, clarísimo testimonio es á mi juicio para aqueste propósito aquello de Isaias, que poco antes decíamos *Derramad, cielos, rocío, y lluevan las nubes al justo*. Adonde aunque, como veis, va hablando del nascimiento de Cristo como de una planta que nasce en el campo; empero no hace mencion, ni de arado, ni de azada, ni de agricultura, sino solamente de cielo, y de nubes, y de tierra, á los cuales atribuye todo su nascimiento.

Y á la verdad el que cotejare aquestas palabras que aquí dice Isaias, con las que acerca de aquesta misma razon dijo á la beditísima Virgen el arcángel Gabriel, verá que son casi las mismas, sin haber entre ellas mas diferencia, de que lo que dijo el Arcángel con palabras propias, porque trataba de negocio presente, Isaias lo significó con palabras figuradas y metafóricas, conforme al estilo de los Profetas. Allí dijo el Angel (1): *El Espiritu Santo vendrá sobre ti*: aquí dice Isaias: *Enviaréis, cielos, vuestro rocío*: Allí dice, que *la virtud del alto le hará sombra*: aquí pide que se extiendan las nubes. Allí, *y lo que nacerá de ti santo, será llamado hijo de Dios*: aquí, *á brase la tierra y produzga al Salvador*. Y sácanos de toda duda lo que luego añade, diciendo: *Y la justicia florecerá juntamente, y yo el Señor le crié*. Porque no dice, *y yo el Señor la crié*, conviene saber, á la justicia, de quien dijo que habia de florecer juntamente; sino, *yo le crié*, conviene á saber, al Salvador, esto es, á Jesus, porque Jesus es el nombre que el original allí pone. Y dice, *yo le crié*, y atribúyese á sí

(1) Luc. cap. I. v. 35.



El Espíritu Santo vendrá sobre tí...

Luc. cap. I, v. 35.



la creacion y nascimiento desta bienaventurada salud, y preciase della como de hecho singular y admirable; y dice, *yo, yo*, como si dijese, yo solo, y no otro conmigo. Y tambien no es poco eficaz para la prueba desta misma verdad la manera como habla de Cristo en el capitulo cuarto de su Escritura aqueste mismo Profeta, quando usando de la misma figura de plantas y frutos, y cosas del campo, no señala para su nascimiento otras causas mas de á Dios y á la tierra, que es á la Virgen y al Espíritu Santo. Porque, como ya vimos, dice: *En aquel dia será el PIMPOLLO de Dios maynifico y glorioso, y el fruto de la tierra subirá á yrandisima alteza*. Pero entre otros para este propósito hay un lugar singular en el psalmo ciento y nueve, aunque algo oscuro segun la letra latina, mas segun la original manifiesto y muy claro: en tanto grado que los Doctores antiguos que florecieron antes de la venida de Jesu Cristo, conocieron de allí y así lo escribieron, que la madre del Mesía habia de concebir virgen por virtud de Dios, y sin obra de varan. Porque vuelto el lugar que digo á la letra dice desta manera: *En resplandores de santidad del vientre, y del aurora, contigo el rocío de tu nascimiento*. En las cuales palabras, y no por una dellas, sino casi por todas, se dice y se descubre aqueste misterio que digo. Porque lo primero, cierto es que habla en este psalmo con Cristo el Profeta (1); y lo segundo tambien es manifiesto que habla en este verso de su concepcion y nascimiento; y las palabras, *vientre y nascimiento*, que segun la propiedad original tambien se puede llamar generacion, lo demuestra abiertamente. Mas que Dios solo, sin ministerio de hombre, haya sido el hacedor de aquesta divina y nueva obra en el virginal y purísimo vientre de nuestra Señora, lo primero se vee en aquellas palabras, *en resplandores de santidad*. Que es como decir que habia de ser concebido Cristo, no en ardores deshonestos de carne y de sangre, sino en resplandores santos del cielo: no con torpeza de sensualidad, sino con hermosura de santidad y de espíritu.

Y demás desto lo que luego se sigue, de *aurora* y de *rocío*, por galana manera declara lo mismo. Porque es una comparacion encubierta, que si la descubrimos sonará así: en el vientre, conviene á saber, de tu madre, serás engendrado como en la aurora, esto es, como lo que en aquella sazón de tiempo se engendra en el campo con solo el rocío que entonces descende del cielo, no con riego ni con sudor humano. Y

---

(1) Vid. Epist. ad Hebrae. cap. I. v. 13.

últimamente, para decirlo del todo, añadió: *contigo el rocío de nascimiento*. Que porque había comparado al aurora el vientre de la madre, y porque en el aurora cae el rocío con que se fecunda la tierra; prosiguiendo en su semejanza, á la virtud de la generacion llamóla rocío tambien. Y á la verdad así es llamada en las divinas letras en otros muchos lugares esta virtud vivifica y generativa con que engendró Dios al principio el cuerpo de Cristo, y con que despues de muerto le reengendró y resucitó, y con que en la comun resurreccion tornará á la vida nuestros cuerpos deshechos, como en el capítulo veinte y seis de Esaias se vee. Pues dice á Cristo David, que este rocío y virtud que formó su cuerpo y le dió vida en las virginales entrañas, no se la prestó otro, ni la puso en aquel santo vientre alguno que viniere de fuera, sino que él mismo la tuvo de su cosecha, y la trujo sonsigo.

Porque cierto es que el Verbo divino, que se hizo hombre en el sagrado vientre de la santa Virgen, él mismo formó allí el cuerpo y la naturaleza de hombre de que se vistió. Y así para que entendiésemos esto, David dice bien que tuvo Cristo consigo el rocío de su nascimiento. Y aun así como decimos nascimiento en este lugar, podemos tambien decir niñez, que aunque viene á decir lo mismo que nascimiento, todavía es palabra que señala mas el ser nuevo y corporal que tomó Cristo en la Virgen; en el cual fué niño primero, y despues mancebo, y despues perfecto varon: porque en el otro nascimiento eterno que tiene de Dios, siempre nació Dios eterno, y perfecto, é igual con su Padre.

Muchas otras cosas pudiera alegar á propósito de aquesta verdad, mas porque no falte tiempo para lo demás que nos resta baste por todas, y con esta concluyo, la que en el capítulo cincuenta y tres dice de Cristo Esaias: *Subirá creciendo como pimpollo delante de Dios y como ratz, ó arbolico nascido en tierra seca*. Poaque si va á decir la verdad, para decirlo como suele hacer el Profeta con palabras figuradas y oscuras, no pudo decirlo con palabras que fuesen mas claras que estas. Llama á Cristo arbolico, y porque le llama así, siguiendo el el mismo hilo y figura, á su santísima Madre llámala tierra conforme á razon; y habiéndola llamado así, para decir que concibió sin varon, no habia una palabra que mejor ni con mas significacion lo dijese, que era decir que fué tierra seca. Pero si os parece, Juliano, prosiga ya Sabino adelante. Prosi-ga, respondió Juliano, y Sabino leyó:

## IV.

*Tambien es llamado Cristo* **FACES de Dios**, como parece en el *psalmo ochenta y ocho*, que dice: La misericordia y la verdad precederán tus **FACES**. *Y dicelo porque con Cristo nació la verdad y la justicia, y la misericordia, como lo testifica Esaias diciendo: Y la justicia nacerá con él juntamente. Y tambien el mismo David cuando en el psalmo ochenta y cuatro, que es todo del advenimiento de Cristo, dice: La misericordia y la verdad se encontraron. La justicia y la paz se dieron paz. La verdad nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo. El Señor por su parte fué liberal, y la tierra por la suya respondió con buen fruto. La justicia va delante dél, y pone en el camino sus pisadas. Item, dásele á Cristo este mismo nombre en el psalmo noventa y cuatro, á donde David convidando á los hombres para el recibimiento de la buena nueva del Evangelio, les dice: Ganemos por la mano á su FAZ en confesion y loor. Y mas claro en el psalmo sesenta y nueve Conviértenos, dice, Dios de nuestra salud, muéstranos tus FACES, y serémos salvos. Y asi mismo Esaias en el capitulo sesenta y cuatro le da este nombre diciendo: Descendiste, y delante de tus FACES se derrieron los montes. Porque claramente habla allí de la venida de Cristo, como en él se parece.*

Demás destes lugares que ha leído Sabino, dijo entonces Marcelo, hay otro muy señalado que no le puso el papel, y merece ser referido. Pero antes que diga dél, quiero decir que en el psalmo setenta y nueve aquellas palabras que se acaban agora de leer, *conviértenos Dios de nuestra salud*, se repiten en él tres veces, en el principio, y en el medio, y en el fin del psalmo: lo cual no carece de misterio, y á mi parece hizo por una de dos razones. De las cuales la una es, para hacernos saber que hasta acabar Dios, y perficionar del todo al hombre, pone en él sus manos tres veces. Una criándole del polvo, y llevándole del no ser al ser que le dió en el paraíso. Otra, reparándole despues de estragado, haciéndose él para este fin hombre tambien. Y la tercera, resuscitándole despues de muerto para no morir ni mudarse jamás. En señal de lo cual en el libro del *Génesi*, en la historia de la creacion del hombre, se repite tres veces esta palabra *criar*. Porque dice desta manera: *Y crió Dios al hombre á su imágen y semejanza, á la imágen de Dios le crió, criólos hembra y varon.* Y la segunda razon, y lo que por mas cierto tengo es, que en este psalmo de que hablamos, pide el Profeta á Dios en tres

lugares, que convierta su pueblo á si, y le descubra sus FACES, que es á Cristo, como habemos ya dicho, porque son tres veces las que señaladamente el Verbo divino se mostró y mostrará al mundo, y señaladamente á los del pueblo judaico para darles luz y salud.

Porque lo primero se les mostró en el monte, adonde les dió ley, y les notificó su amor y voluntad; y cercado, y como vestido de fuego, y de otras señales visibles, les habló sensiblemente, de manera que le oyó hablar todo el pueblo; y comenzó á humanarse con ellos entonces, como quien tenia determinado de hacerse hombre dellos y entre ellos despues, como lo hizo. Y este fué el aparecimiento segundo, cuando nació rodeado de nuestra carne, y conversó con nosotros, y viviendo y muriendo negoció nuestro bien. El tercero será cuando en el fin de los siglos tornará á venir otra vez para entera salud de su Iglesia. Y aun, si yo no me engaño, estas tres venidas del Verbo, una en apariencias y voces sensibles, otras dos hecho ya verdadero hombre, significó y señaló el mismo Verbo en la zarza, cuando Moisen le pidió señas de quien era, y él para dárselas le dijo así: *El que seré, seré, seré*, repitiendo esta palabra de tiempo futuro tres veces, y como diciéndoles: Yo soy el que prometí á vuestros padres venir agora para libraros de Egipto; y nacer despues entre vosotros para redimiros del pecado; y tornar últimamente en la misma forma de hombre para destruir la muerte y perficionaros del todo. Soy el que seré vuestra guia en el desierto, y el que seré vuestra salud hecho hombre, y el que seré vuestra entera gloria hecho juez.

Aquí Juliano atravesándose, dijo: No dice el texto *seré*, sino *soy*, de tiempo presente: porque aunque la palabra original en el sonido sea *seré*, mas en la significacion es *soy*, segun la propiedad de aquella lengua. Es verdad, respondió Marcelo, que en aquella lengua las palabras apropiadas al tiempo futuro se ponen algunas veces por el presente, y en aquel lugar podemos muy bien entender que se pusieron así, como lo entendieron primero san Gerónimo y los intérpretes griegos. Pero lo que digo agora es, que sin sacar de sus términos á aquellas palabras, sino tomándolas en su primer sonido y significacion, nos declaran el misterio que he dicho. Y es misterio, que para el propósito de lo que entonces Moisen queria saber, convenia mucho que se dijese. Porque yo os pregunto, Juliano, ¿no es cosa cierta que comunicó Dios con Abraham este secreto, que se habia de hacer hombre, y nacer de su linaje dél?

Cosa cierta es, respondió, y así lo testifica él mismo en el Evangelio, diciendo (1): *Abraham deseó ver mi día: viole, y gozóse.*

¿Pues no es cierto también, prosiguió Marcelo, que este mismo misterio lo tuvo Dios escondido hasta que lo obró, no solo de los demonios, sino aun de muchos de los Angeles? Así se entiende, respondió Juliano, de lo que escribe san Pablo (2). Por manera, dijo Marcelo, que era caso secreto a queste, y cosa que pasaba entre Dios y Abraham y algunos de sus sucesores, conviene saber los sucesores principales, y las cabezas del linaje; con los cuales, de uno en otro, como de mano en mano, se habia comunicado este hecho y promesa de Dios. Así, respondió Juliano, parece. Pues siendo así añadió Marcelo, y siendo también manifiesto que Moisen en el lugar de que hablamos, cuando dijo á Dios (3): *Yo, Señor, iré, como me lo mandas, á los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me envia á vosotros ¿Mas si me preguntaren, cómo se llama ese Dios, qué les responderé?* Así que siendo manifiesto que Moisen por estas palabras que he referido pidió á Dios alguna seña cierta de sí, por la cual así el mismo Moisen, como los principales del pueblo de Israel á quien habia de ir con aquella embajada, quedasen saneados que era su verdadero Dios, el que le habia aparecido, y le enviaba, y no algun otro espíritu falso y engañoso: por manera que pidiendo Moisen á Dios una seña como esta, y dándosela Dios en aquellas palabras, diciéndole: *Diles, el que seré, seré, seré, me envia á vosotros;* la razon misma nos obliga á entender, que lo que Dios dice por estas palabras, era cosa secreta y encubierta á cualquier otro espíritu: y seña que solo Dios y aquellos á quien se habia de decir la sabian: y que era como la tesera militar, ó lo que en la guerra decimos, dar nombre, que está secreto entre solos el capitan, y los soldados que hacen cuerpo de guarda.

Y por la misma razon se concluye, que lo que dijo Dios á Moisen en estas palabras, es el misterio que he dicho, porque este solo misterio era el que sabian solamente Dios y Abraham y sus sucesores, y el que solamente entre ellos estaba secreto. Que lo demás que entienden algunos haber significado y declarado Dios de sí á Moisen en este lugar, que es su perfeccion infinita, y ser él el mismo ser por esencia; notorio era, no solamente á los Angeles, pero también á los demo-

(1) Joan. cap. VIII. v. 56

(2) Ad Colos. cap. I. v. 26.

(3) Exod. cap. III. v. 13.

nios: y aun á los hombres sabios y doctos es manifiesto que Dios es ser por esencia, y que es ser infinito; porque es cosa que con la luz natural se conoce. Y así cualquier otro espíritu que quisiera engañar á Moisen, y vendérsele por su Dios verdadero, lo pudiera mintiendo decir de sí mismo: y no tuviera Moisen, con oír esta seña, ni para salir de duda bastante razon, ni cierta seña para sacar della á los príncipes de su pueblo, á quien iba. Mas el lugar que dije al principio, del cual el papel se olvidó, es lo que en el capítulo sexto del libro de los Números mandó Dios al Sacerdote que dijese sobre el pueblo cuando le bendijese, que es esto: *Descubra Dios sus FACES á ti, y haya piedad de ti. Vuelta Dios sus FACES á ti, y déte paz.* Porque no podemos dudar sino que Cristo, y su nacimiento entre nosotros son estas FACES que el Sacerdote pedía en este lugar á Dios que descubriese á su pueblo, como Teodoreto (1), y como san Cirilo (2) lo afirman, doctores santos y antiguos. Y demás de su testimonio, que es de grande autoridad, se convence lo mismo de que en el psalmo sesenta y seis, en el cual, según todos lo confiesan, David pide á Dios que envíe al mundo á Jesu Cristo, comienza el Profeta con las palabras de aquesta bendición, y casi la señala con el dedo, y la declara, y no le falta sino decir á Dios claramente: La bendición que por orden tuya echa sobre el pueblo el Sacerdote, eso, Señor, es lo que te suplico y te pido, que nos descubras ya á tu Hijo y salvador nuestro, conforme á como la voz pública de tu pueblo lo pide. Porque dice desta manera. *Dios haya piedad de nosotros y nos bendiga. Descubra sobre nosotros sus FACES, y haya piedad de nosotros.*

Y en el libro del Eclesiástico, después de haber el Sabio pedido á Dios con muchas y muy ardientes palabras la salud de su pueblo, y el quebrantamiento de la soberbia y pecado, y la libertad de los humildes oprimidos, y el allegamiento de los buenos esparcidos, y su venganza y honra, y su deseado juicio, con la manifestación de su ensalzamiento sobre todas las naciones del mundo, que es puntualmente pedirle á Dios la primera y la segunda venida de Cristo; concluye al fin y dice: *Conforme á la bendición de Aaron, así, Señor, haz con tu pueblo, y enderézanos por el camino de tu justicia.* Y sabida cosa es que el camino de la justicia de Dios es Jesu Cristo, así como él mismo lo dice: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.* Y pues san Pablo dice, escribiendo á los de Efeso. *Bendito sea el Padre, y Dios de nuestro señor Jesu Cristo, que*

(1) Select. Sac. Script. quæst. in Num. cap. 6.

(2) Ciril. Alex. in Joan Evang. lib. IX. cap. 40.

*nos ha bendecido con toda bendicion espiritual y sobrecelestial en Jesu Cristo; viene maravillosamente muy bien, que en la bendicion que se daba al pueblo antes que Cristo viniese, no se demandase ni desease de Dios otra cosa sino á solo Cristo, fuente y origen de toda feliz bendicion: y viene muy bien que consuenen y se respondan ansi estas dos Escrituras, nueva y antigua. Ansi que las FACES de Dios que se piden en aqueste lugar son Cristo sin duda. Y concierta con esto ver que se piden dos veces, para mostrar que son dos sus venidas. En lo cual es digno de considerar lo justo y lo proprio de las palabras que el Espiritu santo da á cada cosa. Porque en la primera venida dice, *descubrir*, diciendo: *Descubra sus FACES Dios*; porque en ella comenzó Cristo á ser visible en el mundo. Mas en la segunda dice, *volver*, diciendo: *Vuelva Dios sus FACES*; porque entonces volverá otra vez á ser visto.*

En la primera, segun otra letra dice, *lucir*: porque la obra de aquella venida fué desterrar del mundo la noche de error, y como dijo san Juan resplandescer en las tinieblas la luz. Y ansi Cristo por esta causa es llamado Luz y Sol de justicia. Mas en la segunda dice, *ensalzar*: porque el que vino antes humilde, vendrá entonces alto y glorioso; y vendrá, no á dar ya nueva doctrina, sino á repartir el castigo y la gloria. Y aun en la primera dice: *Haya piedad de vosotros*; conociendo, y como señalando que se habian de haber ingrata y cruelmente con Cristo; y que habian de merecer por su ceguedad é ingratitud ser por él consumidos: y por esa causa le pide, que se apiade de ellos y que no los consuma. Mas en la segunda dice, que Dios les dé paz, esto es, que dé fin á su tan luengo trabajo, y que los guie á puerto de descanso despues de tan fierá tormenta: y que los meta en el abrigo y sosiego de su Iglesia, y en la paz de espirtu que hay en ella, y en todas sus espirituales riquezas. Ó dice lo primero, porque entonces vino Cristo solamente á perdonar lo pecado, y á buscar lo perdido, como él mismo lo dice (1) Y segundo, porque á de venir despues á dar paz y reposo al trabajo santo, y á remunerar lo bien hecho. Mas pues Cristo tiene este nombre, es de ver agora porque le tiene. En lo cual conviene advertir, que aun que Cristo se llama y es cara de Dios por donde quiera que le miremos; porque segun que es hombre se nombra ansi, y segun que es Dios, y en cuanto es el Verbo, es tambien propria y perfectamente imágen y figura del Padre, como san Pablo le llama (2) en diversos lugares: pero lo que tratamos agora

(1) Mattn. XVIII. v. 11.

(2) Ad Hebr. cap. I. v. 3.

es lo que toca á el ser de hombre; y lo que buscamos es el título por donde la naturaleza humana de Cristo merece ser llamada **SUS** **FACES**.

Y para decirlo en una palabra, decimos, que Cristo hombre es **FACES** y cara de Dios; porque como cada uno se conoce en la cara, así Dios se nos representa en él, y se nos demuestra quien es clarísima y perfectísimamente. Lo cual en tanto es verdad, que por ninguna de las criaturas por sí, ni por la universidad dellas juntas, los rayos de las divinas condiciones y bienes relucen y pasan á nuestros ojos ni mayores, ni mas claros, ni en mayor abundancia que por el ánima de Cristo, y por su cuerpo, y por todas sus inclinaciones, hechos y dichos, con todo lo demás que pertenece á su oficio. Y comencemos por el cuerpo, que es primero y mas descubierto: en el cual, aunque no le vemos, mas por la relacion que tenemos dél, y entre tanto que viene aquel bienaventurado dia, en que por su bondad infinita esperamos verle amigo para nosotros, y alegre: así que dado que no le veamos, pero pongamos agora con la fe los ojos en aquel rostro, divino, y en aquellas figuras dél, figuradas con el dedo del Espíritu Santo; y miremos el semblante hermoso, y la postura grave y suave, y aquellos ojos y boca, aquesta nadando siempre en dulzura, y aquellos muy mas claros y resplandecientes que el sol; y miremos toda la compostura del cuerpo, su estado, su movimiento, sus miembros concebidos en la misma pureza, y dotados de inestimable belleza.

Mas para que voy menoscabando este bien con mis pobres palabras, pues tengo las del mismo Espíritu que le formó en el vientre de la sacatísima Virgen, que nos le pintan en el libro de los Cantares por la boca de la enamorada Pastora diciendo: *Blanco, y colorado, trae bandera entre los millares. Su cabeza oro de Tíbar. Sus cabellos enriscados y negros. Sus ojos como los de las palomas, junto á los arroyos de las aguas, bañadas en leche. Sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confeccion. Sus labios violetas que destilan preciada mirra. Sus manos rollos llenos de oro de Tarsis. Su vientre bien como el marfil adornado de zafiros. Sus piernas columnas de mármol, fundadas sobre basas de oro fino. El su semblante como el del Libano, erquido como los cedros. Su paladar dulzuras, y todo él deseos.*

Pues pongamos los ojos en aquesta acabada beldad, y contemplémosla bien, y conocerémos que todo lo que puede caber de Dios en un cuerpo, y cuanto le es posible participar dél, y retraerle, y figurarle, y asemejársele, todo esto con

ventajas grandisimas entre todos los otros cuerpos resplandesce en aqueste; y verémos que en su género y condicion es como un retrato vivo y perfecto. Porque lo que en el cuerpo es color (que quiero, para mayor evidencia, cotejar por menudo cada una cosa con otra, y señalar en este retrato suyo, que formó Dios de hecho, habiéndole pintado muchos años antes con las palabras, cuan enteramente responde todo con su verdad, aunque por no ser largo diré poco de cada cosa, ó no la diré, sino tocarla he solamente por manera) que el color en el cuerpo, el cual resulta de la mezcla de las cualidades y humores que hay en él, y que es lo primero que se viene á los ojos, responde á la liga, ó si lo podemos decir así, á la mezcla y tejido que hacen entre si las perfecciones de Dios. Pues así como se dice de aquel color, que se tiñe de colorado y de blanco; así toda aquesta mezcla secreta se colora de sencillo y amoroso. Porque lo que luego se nos ofrece á los ojos, cuando los alzamos á Dios, es una verdad pura y una perfeccion simple y sencilla que ama. Y así mismo la cabeza en el cuerpo dice con lo que en Dios es la alteza de su saber.

Aquella pues es de oro de Tíbar, y aquesta son tesoros de sabiduría. Los cabellos que de la cabeza nascen, se dicen ser enriscados y negros: los pensamientos y consejos que proceden de aquel saber, son ensalzados y oscuros. Los ojos de la providencia de Dios y los ojos de aqueste cuerpo son unos: que estos miran como palomas bañadas en leche las aguas; aquellos atienden y proveen á la universidad de las cosas con suavidad y dulzura grandísima, dando á cada una su sustento, y como digamos, su leche. ¿Pues qué diré de las mejillas, que aquí son eras olorosas de plantas, y en Dios son su justicia y su misericordia, que se descubren y se le hechan mas de ver, como si dijésemos, en el uno y en el otro lado del rostro? ¿y que esparcen su olor por todas las cosas? Que como es escrito: *Todos los caminos del señor son misericordia y verdad.* Y la boca y los labios, que son en Dios los avisos que nos da, y las Escrituras santas donde nos habla, así como en este cuerpo son violetas y mirra, así en Dios tienen mucho de encendido y de amargo, con que encienden á la virtud, y amargan y amortiguan el vicio. Y ni mas ni menos, lo que en Dios son las manos que son el poderío suyo para obrar, y las obras hechas por el, son semejantes á las deste cuerpo, hechas como rollos de oro rematados en Tarsis, estos, son perfectas y hermosas, y todas muy buenas, como la Escritura lo dice: *Vió Dios todo lo que hiciera, y todo era muy*

*bueno*. Pues para las entrañas de Dios, y para la fecundidad de su virtud, que es como el vientre donde todo se engendra; ¿qué imágen será mejor que este vientre blanco y como hecho de marfil, y adornado de záfiro? Y las piernas del mismo, que son hermosas y firmes como mármoles sobre basas de oro, clara pintura sin duda son de la firmeza divina no mudable, que es como aquello en que Dios estriba. Es también su semblante como el del Libano, que es como la altura de la naturaleza divina, llena de majestad y belleza. Y finalmente es dulzura su paladar, y deseos todo él: para que entendamos del todo cuan mercedamente este cuerpo es llamado imágen, y *FACES*, y cara de Dios, el cual es dulcísimo y amabilísimo por todas partes, así como es escrito (1) *Gustad y ved cuan dulce es el Señor. Y cuan grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, que escondiste para los que te aman*. Pues si en el cuerpo de Cristo se descubre y reluce tanto la figura divina; ¿cuánto más expresa imágen suya será su santísima ánima, la cual verdaderamente así por la perfección de su naturaleza, como por los tesoros de sobrenaturales riquezas que Dios en ella ayuntó, se asemeja á Dios, y le retrata más vecina y acabadamente que otra criatura ninguna? Y después del mundo original, que es el Verbo, el mayor mundo, y el más vecino al original, es aquesta divina alma: y el mundo visible comparado con ella, es pobreza y pequeñez. Porque Dios sabe y tiene presente delante los ojos de su conocimiento todo lo que es y puede ser; y el alma de Cristo ve con los suyos todo lo que fué, es, y será.

En el saber de Dios están las ideas, y las razones de todo, y en esta alma el conocimiento de todas las artes y ciencias. Dios es fuente de todo el ser, y el alma de Cristo de todo el buen ser, quiero decir, de todos los bienes de gracia y justicia, con que lo que es se hace justo, y bueno, y perfecto. Porque de la gracia que hay en él mana toda la nuestra. Y no solo es gracioso en los ojos de Dios para sí, sino para nosotros también. Porque tiene justicia, con que parece en el acatamiento de Dios, amable sobre todas las criaturas; y tiene justicia poderosa para hacerlas amables á todas, infundiendo en sus vasos de cada una algún efecto de aquella su grande virtud, como es escrito: *De cuya abundancia recibimos todos gracia por gracia*: esto es, de una gracia otra gracia; de aquella gracia que es fuente, otra gracia que es como su arroyo; y de aquel dechado de gracia que está en él, un traslado de gracia,

---

(1) Psalm. XXXIII. v. 9.





Gustad y ved cuán dulce es el Señor...

Psalm. xxxiii.

ó una otra gracia trasladada que mora en los justos. Y finalmente Dios cria y sustenta al universo todo, y le guia y endereza á su bien : y el alma de Cristo recria, y repara, y defiende, y continuamente va alentando é inspirando para lo bueno y lo justo, cuanto es de su parte, á todo el género humano.

Dios se ama á sí, y se conoce infinitamente ; y ella le ama y le conoce con un conocimiento y amor en cierta manera infinito. Dios es sapientísimo, y ella de inmenso saber : Dios poderoso, y ella sobre toda fuerza natural poderosa. Y como si pusiésemos muchos espejos en diversas distancias delante de un rostro hermoso, la figura y facciones dél, en el espejo que le estuviese mas cerca, se demostraria mejor: así esta alma santísima como está junta, y si lo tenemos de decir así, apegadísima por union personal al Verbo divino, recibe sus resplandores en sí, y se figura dellos mas vivamente que otro ninguno.

Pero vamos mas adelante, y pues tenemos dicho del cuerpo de Cristo, y de su alma por sí, digamos de lo que resulta de todo junto, y busquemos en sus inclinaciones, y condicion, y costumbres aquestas *FACES*, é imágen de Dios. Él dice de sí que es manso y humilde, y nos convida á que aprendamos á serlo dél. Y mucho antes el Profeta Esaías viéndolo en espíritu nos le pintó con las mismas condiciones diciendo : *No dará voces, ni será aceptador de personas, y su voz no sonará á fuera. A la caña quebrantada no quebrantará, ni sabrá hacer mal, ni aun á una poca de estopa que hecha humo. No será acedo, ni revoltoso.*

Y no se ha de entender que es Cristo manso y humilde por virtud de la gracia que tiene solamente: sino así como por inclinacion natural son bien inclinados los hombres, unos á una virtud, y otros á otra, así tambien la humanidad de Cristo de su natural compostura, es de condicion llena de llaneza y mansedumbre. Pues con ser Cristo así por la gracia que tenia, como por la misma disposicion de su naturaleza, un dechado de perfecta humildad ; por otra parte tiene tanta alteza y grandeza de ánimo que cabe en él, sin desvanecerle, el ser Rey de los hombres, y Señor de los Angeles, y cabeza y gobernador de todas las cosas, y el ser adorado de todas ellas, y el estar á la diestra de Dios unido con él, y hecho una persona con él. ¿Pues que es esto sino *FACES* del mismo Dios? El cual con ser tan manso, como la enormidad de nuestros pecados, y la grandeza de los perdones suyos, y no solo de los perdones, sino de las maneras que ha usado para nos per-

donar, lo testifican y enseñan; es tambien tan alto y tan grande, como lo pide el nombre de Dios, y como lo dice Job por galana manera: *Alturas de cielos, ¿qué farás? honduras de abismo, ¿cómo le entenderás? longura mas que tierra medida suya, y anchura allende del mar.* Y juntamente con esta inmensidad de grandeza y celsitud podemos decir que se humilla tanto, y se allana con sus criaturas, que tiene cuenta con los pajaricos, y provee á las hormigas, y pinta las flores, y descende hasta lo mas bajo del centro, y hasta los mas viles gusanos. Y lo que es mas claro argumento de su llana bondad, mantiene y acaricia á los pecadores, y los alumbrá con esta luz hermosa que vemos: y estando altísimo en sí, se abaja con sus criaturas, y como dice el psalmo (1), estando en el cielo, está tambien en la tierra. ¿Pues qué diré del amor que nos tiene Dios, y de la caridad para con nosotros que arde en el alma de Cristo? ¿de lo que Dios hace por los hombres, y de lo que la humanidad de Cristo ha padecido por ellos? ¿Cómo los podré comparar entre sí, ó qué podré decir cotejándolos, que mas verdadero sea, que es llamar á esto, *FACES*, é imagen de aquello.

Cristo nos amó hasta darnos su vida; y Dios inducido de nuestro amor, porque no puede darnos la suya, danos la de su hijo Cristo. Porque no padezcamos infierno, y porque gocemos nosotros del cielo, padece prisiones y azotes, y afrentosa y dolorosa muerte; y Dios por el mismo fin, ya que no era posible padecerla en su misma naturaleza, buscó y halló orden para padecerla por su misma persona. Y aquella voluntad ardiente y encendida que la naturaleza humana de Cristo tuvo de morir por los hombres, no fué sino como una llama que se prendió del fuego de amor y deseo que ardan en la voluntad de Dios, de hacerse hombre para morir por ellos. No tiene fin este cuento: y quanto mas desplego las velas, tanto hallo mayor camino para andar, y se me descubren nuevos mares quanto mas navego: y quanto mas considero estas *FACES*, tanto por mas partes se me descubren en ellas el ser y las perfecciones de Dios. Mas conviémeme ya recojer: y hacerlo he con decir solamente, que así como Dios es trino y uno, trino en personas, y uno en esencia; así Cristo y sus fieles, por representar en esto tambien á Dios, son en personas muchos y diferentes; mas como ya comenzamos á decir, y dirémos mas largamente despues, en espíritu y en unidad secreta, que se se explica mal con palabras, y

(1) Psalm. CÍ. v. 20.

que se entiende bien por los que la gustan, son uno mismo.

Y dado que las cualidades de gracia y de justicia, y de los demás dones divinos que estan en los justos, sean en razon semejantes, y divididos y diferentes en número: pero el espíritu que vive en todos ellos, ó por mejor decir, el que los hace vivir vida justa, y el que los alienta y menea, y el que despierta y pone en obra las mismas cualidades y dones que he dicho, es en todos uno; y solo, y el mismo de Cristo. Y así vive en los suyos él, y ellos viven por él, y todos en él, y son uno mismo multiplicado en personas, y en cualidad y substancia de espíritu simple y sencillo, conforme á lo que pidió á su Padre diciendo *Para que sean todos una cosa, así como somos una cosa nosotros.* Dicese tambien Cristo *FACES* de Dios, porque como por la cara se conoce uno, así Dios por medio de Cristo quiere ser conocido. Y él que sin este medio le conoce, no le conoce; y por esto dice él de si mismo, que manifestó el nombre de su Padre á los hombres. Y es llamado puerta y entrada por la misma razon; porque él solo nos guia y encamina, y hace entrar en el conocimiento de Dios, y en su amor verdadero. Y baste haber dicho hasta aquí de lo que toca á este nombre. Y dicho esto, Marcelo calló, y Sabino prosiguió luego.

## V.

*Llámase tambien CAMINO Cristo en la sagrada Escritura. El mismo se llama así en san Juan en el capítulo catorce. Yo, dice, soy CAMINO, verdad y vida. Y puede pertenecer á esto mismo lo que dice Esaias en el capítulo treinta y cinco: Habrá entonces senda y CAMINO, y será llamado CAMINO santo, y será para vosotros CAMINO derecho. Y no es ageno dello lo del psalmo quince: Hiciste que me sean manifestos los CAMINOS de vida. Y mucho menos lo del psalmo setanta y seis. Para que conozcan en la tierra tu CAMINO. Y declara luego que camino: En todas las gentes tu salud, que es el nombre de Jesus.*

No será necesario, dijo Marcelo luego que Sabino hubo leído esto, probar que CAMINO es nombre de Cristo, pues él mismo se le pone. Mas es necesario ver y entender la razon porque se le pone, y lo que nos quiso enseñar á nosotros, llámándose á sí CAMINO nuestro. Y aunque esto en parte está ya dicho por el parentesco que este nombre tiene con el que acabamos de decir agora; porque ser *FACES* y ser CAMINO, en

una cierta razon es lo mismo; mas porque demás de aquello encierra este nombre otras muchas consideraciones en sí, será conveniente que particularmente digamos dél. Pues para esto lo primero se debe advertir, que CAMINO en la sagrada Escritura se toma en diversas maneras. Que algunas veces camino en ellas significa la condicion y el ingenio de cada uno, y su inclinacion y manera de proceder, y lo que suelen llamar *estilo* en romance, ó lo que llaman *humor* agora. Conforme á esto es lo de David en el psalmo, cuando hablando de Dios dice: *Manifestó á Moisen sus caminos*. Porque los CAMINOS de Dios que llama allí, son aquello que el mismo psalmo dice luego, que es, lo que Dios manifestó de su condicion en el Exodo, cuando se le demostró en el monte y en la peña, y poniéndole la mano en los ojos pasó por delante dél, y en pasando le dijo: *Yo soy amador entrañable, y compasivo mucho, y muy sufrido, largo en misericordia, y verdadero, y que castigo hasta lo cuarto, y uso de piedad hasta lo mil*.

Así que estas buenas condiciones de Dios, y estas entrañas suyas son allí sus CAMINOS. Camino se llama en otra manera la profesion de vivir que escoge cada uno para sí mismo, y su intento, y aquello que pretende, ó en la vida ó en algun negocio particular, y lo que se pone como por blanco. Y en esta significacion dice el psalmo: *Descubre tu camino al Señor, y él lo hará*. Que es decirnos David; que pongamos nuestros intentos y pretensiones en los ojos y en las manos de Dios, poniendo en su providencia confiadamente el cuidado dellos, y que con esto quedemos seguros dél, que los tomará á su cargo, y les dará buen suceso. Y si los ponemos en sus manos, cosa debida es que sean cuales ellas son, esto es, que sean de cualidad que se pueda encargar dellos Dios, que es justicia y bondad. Así que de una vez; y por unas mismas palabras nos avisa allí de dos cosas el psalmo. Una, que no pretendamos negocios, ni prosigamos intentos en que no se pueda pedir la ayuda de Dios. Otra que despues de así apurados y justificados, no los fiemos de nuestras fuerzas, sino que los echemos en las suyas, y nos remitamos á él con esperanza segura.

La obra que cada uno hace, tambien es llamada CAMINO suyo. En los Proverbios dice la Sabiduría de sí: *El Señor me crió en el principio de sus CAMINOS*, esto es, soy la primera cosa que procedió de Dios. Y del elefante se dice en el libro de Job. (1), que es *el principio de los CAMINOS de Dios*: por-

(1) Job. cap. XL. v. 14.

que entre las obras que hizo Dios cuando crió los animales, es obra muy aventajada. Y en el Deuteronomio dice Moisen, que *son juicio los CAMINOS de Dios*: queriendo decir, que sus obras son santas y justas. Y el justo desea y pide en el psalmo (1), que sus caminos, esto es, sus pasos y obras se enderecen siempre á cumplir lo que Dios le manda que haga. Dicese mas camino el precepto y la ley. Ansi lo usa David: *Guardé los CAMINOS del Señor, y no hice cosa mala contra mi Dios*. Y mas claro en otro lugar: *Corri por el CAMINO de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazon*. Por manera que este nombre CAMINO, demás de lo que significa con propiedad, que es aquello por donde se va á algun lugar sin error, para su significacion á otras cuatro cosas por semejanza, á la inclinacion, á la perfeccion, á las obras de cada uno, á la ley y preceptos: porque cada una destas cosas encamina al hombre á algun paradero: y el hombre por ellas, como por camino, se endereza á algun fin. Que cierto es que la ley guia, y las obras conducen, y la profesion ordena y la inclinacion lleva cada cual á su cosa.

Esto así presupuesto, veamos porque razon de estas Cristo es dicho CAMINO; ó veamos si por todas ellas lo es, como lo es sin duda por todas. Porque quanto á la propiedad del vocablo, así como aquel camino (y señaló Marcelo con el dedo, porque se parecia de allí) es el de la Corte, porque lleva á la Corte, y á la morada del Rey á todos los que enderezan sus pasos por él: así Cristo es el CAMINO del cielo, porque si no es poniendo las pisadas en él, y siguiendo su huella, ninguno va al cielo. Y no solo digo que habemos de poner los piés donde él puso los suyos, y que nuestras obras, que son nuestros pasos, han de seguir á las obras que el hizo; sino que lo que es propio al camino, nuestras obras han de ir andando sobre él, porque si salen dél van perdidas. Que cierto es, que el paso y la obra en Cristo no estriba, y cuyo fundamento no es él, no se adelanta, ni se allega hácia el cielo.

Muchos de los que vivieron sin Cristo abrazaron la pobreza, y amaron la castidad, y siguieron la justicia, modestia, y templanza; por manera que quien no lo mirara de cerca, juzgara que iban por donde Cristo fué, y que se parecian á él en los pasos: mas como no estribaban en él, no siguieron camino, ni llegaron al cielo.

La oveja perdida, que fueron los hombres, el pastor que

(1) Psalm. CXVIII. v. 5.

la halló, como se dice en san Lucas (1), no la trujo al rebaño por sus piés della, ni guiándola delante de sí, sino sobre sí y sobre sus hombros. Porque sino es sobre él, no podemos andar, digo, no será de provecho para ir al cielo, lo que sobre otro suelo anduviéremos. ¿No habeis visto algunas madres, Sabino, que teniendo con sus dos manos las dos de sus niños, hacen que sobre sus piés dellas pongan ellos sus piés, y así los van allegando á sí, y los abrazan, y son juntamente su suelo y su guia? ¡Oh piedad la de Dios! Esta misma forma guardais, Señor, con nuestra flaqueza y niñez. Vos nos dais la mano de vuestro favor. Vos haceis que pongamos en vuestro bien guiados pasos los nuestros. Vos haceis que subamos, vos que nos adelantemos. Vos sustentais nuestras pisadas siempre en vos mismo, hasta que avecinados á vos en la manera de vecindad que os contenta, con ñudo estrecho nos ayuntais en el cielo. Y porque, Juliano, los caminos son en diferentes maneras, que unos son llanos y abiertos, y otros estrechos y de cuesta; y unos mas largos, y otros que son como sendas de atajo: Cristo, verdadero camino y universal, cuanto es de su parte, contiene todas estas diferencias en sí. Que tiene llanezas abiertas, y sin dificultad de estropiezos, por donde caminan descansadamente los flacos; y tiene sendas mas estrechas y altas para los que son de más fuerza; y tiene rodeos para unos, porque así les conviene, y ni mas ni menos por donde atajen y abrevien los que se quisieren apresurar.

Mas veamos lo que escribe deste nuestro camino Esaias: *Y habrá allí senda y camino, y será llamado camino santo. No caminará por él persona no limpia y será derecho este camino para vosotros: los ignorantes en él no se perderán. No habrá leon en él, ni bestia fiera, ni subirá por él ninguna mala alimaña. Caminarle han los librados, y los redemidos por el Señor volverán, y vendrán á Sion con loores y gozo sobre sus cabezas sin fin. Ellos asirán del gozo y del alegría, y el dolor y el gemido huirá dellos.*

Lo que dice *senda*, la palabra original significa todo aquello que es paso por donde se va de una cosa á otra; pero no como quiera paso, sino paso algo mas levantado que lo demás del suelo que le está vecino; y paso llano, ó porque está enlosado, ó porque está limpio de piedras, libre de estropiezos. Y conforme á esto unas veces significa esta palabra las gradas de piedra por donde se sube, y otras la calzada empedrada y levantada del suelo, y otras la senda que se vee

(1) Luc. cap. XV. v. 3.

ir limpia en la cuesta, dando vueltas desde la raíz á la cumbre. Y todo ello dice con Cristo muy bien. Porque es calzada, y sendero, y escalon llano y firme. Que es decir, que tiene dos cualidades este camino, la una de alteza, y la otra de desembarazo; las cuales son proprias, así á lo que llamamos gradas, como á lo que decimos sendero, ó calzada. Porque es verdad que todos los que caminan por Cristo van altos, y van sin estropezos. Van altos, lo uno porque suben: suben, digo, porque su caminar es propriamente subir. Porque la virtud cristiana siempre es mejoramiento, y adelantamiento del alma. Y así los que andan y se ejercitan en ella, forzosamente crecen; y el andar mismo es hacerse de continuo mayores: al revés de los que siguen la vereda del vicio, que siempre descienden. Porque el ser vicioso es deshacerse, y venir á menos de lo que es: y cuanto va más, tanto más se menoscaba y disminuye, y viene por sus pasos contados primero á ser bruto, y después á menos que bruto, y finalmente á ser casi nada. Los hijos de Israel, cuyos pasos desde Egipto hasta Judea fueron imágen de aquesto, siempre fueron subiendo, por razón del sitio y disposición de la tierra. Y en el templo antiguo, que también fué figura, por ninguna parte se podía entrar sin subir. Y así el Sabio, aunque por semejanza de resplandor y de luz, dice lo mismo, así de los que caminan por Cristo, como de los que no quieren seguirle.

De los unos dice: *La senda de los justos, como luz que resplandesce, y crece, y va adelante hasta que sube á ser dia perfecto.* De los otros en un particular que los comprehende: *Desciende, dice, á la muerte su casa, y á los abismos sus sendas.* Pues esto es lo uno. Lo otro, van altos porque van siempre lejos del suelo, que es lo más bajo. Y van lejos dél, porque lo que el suelo ama, ellos lo aborrecen; lo que sigue huyen; y lo que estima desprecian. Y lo último, van así, porque huelan sobre lo que el juicio de los hombres tiene puesto en la cumbre, las riquezas, los deleites, las honras. Y esto cuanto á la primera cualidad de la alteza. Y lo mismo se vee en la segunda de llaneza, y de carecer de estropezos. Porque el que endereza sus pasos conforme á Cristo, no se encuentra con nadie, á todos les da ventaja, no se opone á sus pretensiones, no les contramina sus designios, sufre sus iras, sus injurias, sus violencias: y si le maltratan y despojan los otros, no se tiene por despojado, sino por desembarazado y más suelto para seguir su viaje. Como al revés hallan los que otro camino llevan, á cada paso innumerables estorbos. Porque

pretenden otros lo que ellos pretenden, y caminan todos á un fin: y á fin en que los unos á los otros se estorban, y así se ofenden cada momento, y estropeizan entre sí mismos, y caen, y paran, y vuelven atrás desesperados de llegar á donde iban.

Mas en Cristo como habemos dicho, no se halla estropeizo; porque es como CAMINO real en que todos los que quieren, caben sin embarazarse. Y no solamente es Cristo grada, y calzada, y sendero, por estas dos cualidades dichas, que son comunes á todas estas tres cosas; sino tambien por lo proprio de cada una de ellas comunican su nombre con él. Porque es grada para la entrada del templo del cielo; y sendero que guia sin error á lo alto del monte. adonde la virtud hace vida; y calzada enjuta y firme en quien nunca, ó el paso engaña, ó desliza ó titubea el pié. Que los otros caminos mas verdaderamente son deslizaderos ó despeñaderos, que cuando ménos se piensa, ó estan cortados, ó debajo de los piés se sumen ellos, y echa en vacío el pié el miserable que caminaba seguro. Y así Salomon dice: *El camino de los malos, barranco, y abertura honda.* ¿Cuántos en las riquezas, y por las riquezas que buscaron y hallaron, perdieron la vida? ¿Cuántos caminando á la honra hallaron su afrenta? Pues del deleite, ¿qué podemos decir sino que su remate es dolor? Pues no desliza así ni hunde los pasos el que nuestro CAMINO sigue, porque los pone en piedra firme de continuo. Y por eso dice David: *Está la ley de Dios en su corazon: no padecerán engaño sus pasos.* Y Salomon: *El camino de los malos como valladar de zarzas: la senda del justo sin cosa que le ofenda.* Pero añade Esaiás: *Senda y CAMINO, y será llamado santo.*

En el original la palabra camino se repite tres veces, en esta manera: *Y será CAMINO, y CAMINO, y CAMINO llamado santo.* Porque Cristo es CAMINO para todo género de gente, y todos ellos, los que caminan en él, se reducen á tres. A principiantes que llaman en la virtud; á aprovechado en ellas; á los que nombran perfectos. De los cuales tres órdenes se compone todo lo escogido de la Iglesia; así como su imágen, en el templo antiguo, se componia de tres partes, portal, y palacio y y sagrario: y como los aposentos que estaban apegados á él, y le cercaban á la redonda por los dos lados y por las espaldas, se repartian en tres diferencias; que unas eran piezas bajas, y otras entresuelos, y otras sobrados. Es pues Cristo tres veces CAMINO, porque es calzada allanada y abierta para los imperfectos; y CAMINO para los que tienen mas fuerza; y

CAMINO SANTO para los que son ya perfectos en él. Dice mas: *No pasará por él persona no limpia.*

Porque aunque en la Iglesia de Cristo, y en su cuerpo místico hay muchas no limpias; mas los que pasan por él todos son limpios, quiero decir, que el andar en él siempre es limpieza. Porque los pasos que no son limpios no son pasos hechos sobre aqueste CAMINO. Y son limpios tambien todos los que pasan por él; no todos los que comienzan en él, sino todos los que comienzan, y demedian, y pasan hasta llegar al fin. Porque el no ser limpio es parar, ó volver atrás, ó salir del CAMINO. Y así el que no parare, sino pasare como dicho es, forzosamente ha de ser limpio. Y parece aun más claro de lo que sigue: *Y será CAMINO cierto para vosotros.* Á donde el original dice puntualmente. *Y él les andará el CAMINO ó él á ellos les es el CAMINO que andan.* Por manera que Cristo es el CAMINO nuestro, y el que anda tambien el camino. Porque anda él andando nosotros: ó por mejor decir andamos nosotros porque anda él, y porque su movimiento nos mueve.

Y así el mismo es el CAMINO que andamos, y el que anda con nosotros, y el que nos incita para que andemos. Pues cierto es que Cristo no hará compañía á lo que no fuere limpieza. Así que no camina aquí lo sucio, ni se adelanta lo que es pecador; porque ninguno camina aquí, si Cristo no camina con él. Y desto mismo nasce lo que viene luego: *Ni los ignorantes se perderán en él.* ¿Porque quién se perderá con tal guia? Mas que bien dice, *los ignorantes.* Porque los sabios confiados de sí, y que presumen valerse, y abrir camino por sí, fácilmente se pierden, antes de necesidad se pierden, si confían en sí. Mayormente que si cristo es el mismo guia y CAMINO. bien se convence que es CAMINO, claro y sin vueltas, y que nadie lo pierde sino lo quiere perder de propósito. *Esta es la voluntad de mi Padre,* dice él mismo *que no pierda ninguno de los que me dió, sino que los traiga á vida en el día postrero.*

Y sin duda, Juliano, no hay cosa mas clara á los ojos de la razon, ni mas libre de engaño que el CAMINO de Dios. Bien lo dice David: *Los mandamientos del Señor,* que son sus CAMINOS *lucidos, y que dan luz á los ojos: los juicios suyos verdaderos, y que se abonan á si mismos.* Pero ya que el CAMINO carece de error, ¿hácenlo por ventura peligroso las fieras, ó saltean en él? Quien lo allana y endereza, ese tambien lo asegura; y así añade el Profeta: *No habrá leon en él, ni andará por él bestia fiera.* Y no dice *andaré,* sino *subirá,* porque si, ó la fiereza de la pasion, ó el demonio leon enemigo, acomete á los

que caminan aquí, si ellos perseveran en el CAMINO, nunca los sobrepuja, ni viene á ser superior suyo, antes queda siempre caído y bajo. Pues si estos no, ¿quién andará? *Y andarán dice, en él los redemidos*. Porque primero es ser redemidos que caminantes; primero es, que Cristo por su gracia, y por la justicia que pone en ellos, los libre de la culpa á quien servían captivos, y les desate las prisiones con que estaban atados, y despues es que comiencen á andar. Que no somos redemidos por haber caminado primero, ni por los buenos pasos que dimos; ni venimos á la justicia por nuestros piés *No por las obras justas que hicimos, dice sino segun su misericordia nos hizo salvos*. Así que no nasce nuestra redempcion de nuestro camino y merescimiento; sino redemidos una vez, podemos caminar y merescer despues, alentados con la virtud de aquel bien. Y es en tanto verdad, que solos los redemidos y libertados caminan aquí, y que primero que caminan son libres; que ni los que son libres y justos caminan y se adelantan, sino con solos aquellos pasos que dan como justos y libres. Porque la redempcion, y la justicia, y el espíritu que la hace encerrado en el nuestro, y el movimiento suyo, y las obras que deste movimiento, y conforme á este movimiento hacemos, son para en este CAMINO los piés. Pues han de ser redemidos. ¿Mas por quien redemidos? La palabra original lo descubre, porque significa aquello á quien otro alguno por via de parentesco y de deudo lo rescata, y como lo solemos decir, lo saca por el tanto. De manera que si no caminan aquí sino aquellos á quien redime su deudo, y por via de deudo; clara cosa será que solamente caminan los redemidos por Cristo; el cual es deudo nuestro por parte de la naturaleza nuestra de que se vistió: y nos redime por serlo; porque como hombre padeció por los hombres; y como hermano y cabeza dellos, pagó segun todo derecho lo que ellos debian, y nos rescató para sí, como cosa que le perteneciamos por sangre y linaje, como se dirá en su lugar.

Añade: *Y los redemidos por el Señor volverán á andar por él*. Esto toca propriamente á los del pueblo judaico, que en el fin de los tiempos se han de reducir á la Iglesia, y reducidos comenzarán á caminar por este nuestro CAMINO con pasos largos, confesándole por Mesías. Porque, dice, tornarán á este CAMINO, en el cual anduvieron verdaderamente primero, cuando sirvieron á Dios en la fe de su venida que esperaban, y le agradaron; y despues se salieron dél, y no lo quisieron conocer cuando lo vieron, y así agora no andan en él: más

está profetizado que han de tornar. Y por eso dice que volverán otra vez al CAMINO los que el Señor redimió. Y tiene cada una destas palabras su particular razon, que demuestra ser así lo que digo. Porque lo primero, en el original, en lugar de lo que decimos *Señor*, está el nombre de Dios proprio, el cual tiene particular significacion de una entrañable piedad y misericordia. Y lo segundo, lo que decimos *redemidos*, al pié de la letra suena *redempciones ó rescatas*: en manera que dice, que los rescates ó redempciones del piadosísimo tornarán á volver. Y llama rescates ó redempciones á los deste linaje; porque no los rescató una sola vez de sus enemigos, sino muchas veces, y en muchas maneras, como las sagradas letras lo dicen.

Y llámase en este particular misericordiosísimo á sí mismo: lo uno, porque aunque lo es siempre con todos, mas es cosa que admira el extremo de regalo y de amor con que trató Dios á aquel pueblo desmereciéndolo él. Lo otro, porque teniéndole tan desechado agora y tan apartado de sí, y desechado y apartado con tan justa razon, como á infiel y homicida; y pareciendo que no se acuerda ya dél, por haber pasado tantos siglos que le dura el enojo: despues de tanto olvido y de tan luengo desecho, querer tornarle á su gracia, y de hecho tornarle, señal manifiesta es de que su amor para con él es entrañable y grandísimo; pues no lo acaban, ni las vueltas del tiempo tan largas, ni los enojos tan encendidos, ni las causas dellos tan repetidas y tan justas. Y señal cierta es que tiene en el pecho de Dios muy hondas raices aqueste querer; pues cortado, y al parecer seco, torna á brotar con tanta fuerza. De arte que Esaías llama rescates á los Judíos, y á Dios le llama piadoso; porque solo su no vencida piedad para con ellos, despues de tantos rescates de Dios, y de tantas y tan malas pagas dellos, los tornará últimamente á librar: y libres y ayuntados á los demás libertados que estan agora en la Iglesia, los pondrá en el CAMINO della, y los guiará derechamente por él. ¿Mas qué dichosa suerte, y qué gozoso y bienaventurado viaje, adonde el CAMINO es Cristo, y la guía dél es él mismo, y la guarda, y la seguridad, ni mas ni menos es él? y adonde los que van por él son sus hechuras, y rescatados suyos: y así todos ellos son nobles y libres; libres, digo, de los demonios, y rescatados de la culpa, y favorecidos contra sus reliquias, y defendidos de cualesquier acontecimientos malos, y alentados al bien con prendas y gustos dél y llamados á premios tan ricos, que la esperanza sola dellos los hace bienandantes en cierta manera. Y así

concluye diciendo: *Y vendrán á Sion con loores y alegría no perecedera en sus cabezas: aspirán del gozo, y aspirán á el placer y huirá dellos el gemido y dolor.* Y por esta manera es llamado CAMINO Cristo, segun aquello que con propiedad significa: y no menos lo es segun aquellas cosas que por semejanza son llamados así. Porque si el camino de cada uno son, como decíamos, las inclinaciones que tiene, y aquello á que le lleva su juicio y su gusto; Cristo con gran verdad es CAMINO de Dios; porque es, como poco antes dijimos, imágen viva suya, y retrato verdadero de sus inclinaciones y condiciones todas: ó por decirlo mejor, es como una ejecucion y un poner por la obra todo aquello que á Dios le place y agrada mas. Y si es camino el fin y el propósito que se pone cada uno á si mismo para enderezar sus obras; CAMINO es sin duda Cristo de Dios, pues como decíamos hoy al principio, despues de si mismo, Cristo el fin principal á quien Dios mira en todo cuanto produce. Y finalmente, ¿cómo no será Cristo CAMINO, si se llama CAMINO todo lo que que es ley, y regla, y mandamiento que ordena y endereza la vida, pues es él solo la ley? Porque no solamente dice lo que tenemos de obrar, mas obra lo que nos dice que obremos, y nos da fuerzas para que ebreemos, lo que nos dice. Y así no manda solamente á la razon, sino hace en la voluntad ley de lo que manda, y se lanza en ella, y lanzando allí, es su bien y su ley. Mas no digamos agora desto, porque tiene su propio lugar, adonde despues lo diremos. Y dicho esto calló Marcelo, y Sabino abrió su papel, y dijo:

## VI

*Llámase tambien Cristo PASTOR. El mismo dice en san Juan: Yo soy buen PASTOR. Y en la Epistola á los Hebreos dice san Pablo de Dios: Que resucitó á Jesus, PASTOR grande de ovejas. Y san Pedro dice del mismo: Cuando apareciere el Principe de los PASTORES. Y por los Profetas es llamado de la misma manera. Por Esaiás en el capitulo cuarenta. Por Ezequiel en el capitulo treinta y cuatro. Por Zacharias en el capitulo once.*

Y Marcelo dijo luego: Lo que dije en el nombre pasado puedo tambien decir en este, que es escusado probar que es nombre de Cristo, pues él mismo se le pone. Mas como esto es fácil, así es negocio de mucha consideracion el traer á luz todas las causas porque se pone este nombre. Porque en esto que llamamos PASTOR se pueden considerar muchas cosas, unas que miran propriamente á su oficio, y otras que perte-

necen á las condiciones de su persona y su vida. Porque lo primero, la vida pastoril es vida sosegada, y apartada de los ruidos de las ciudades, y de los vicios y deleites dellas. Es inocente así por esto, como por parte del trato y granjería en que se emplea. Tiene sus deleites, y tanto mayores, cuanto nascen de cosas mas sencillas, y mas puras, y mas naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del verdor de las yerbas, y de la belleza de las rosas, y de las flores. Las aves con su canto, y las aguas con su frescura le deleitan y sirven. Y así por esta razón es vivienda muy natural, y muy antigua entre los hombres, que luego en los primeros dellos hubo pastores: y es muy usada por los mejores hombres que ha habido; que Jacob y los doce Patriarcas la siguieron, y David fué PASTOR: y es muy alabada de todos, que como sabeis, no hay poeta, Sabino, que no la cante y alabe (1). Cuando ninguno la loara, dijo Sabino entonces, basta para quedar muy loado lo que dice della el Poeta latino (2), que en todo lo que dijo venció á los demás, y en aquello parece que vence á sí mismo: tanto son escogidos y elegantes los versos con que lo dice.

Mas porque, Marcelo, decís de lo que es ser PASTOR, y del caso que de los pastores la poesía hace, mucho es de maravillar, con que juicio lo poetas siempre que quisieron decir algunos accidentes de amor, los pusieron en los pastores, y usaron mas que de otros, de sus personas para representar aquesta pasión en ellas, que así lo hizo Teócrito, y Virgilio. ¿Y quien no lo hizo, pues el mismo Espíritu Santo en el libro de los Cantares, tomó dos personas de pastores, para por sus figuras dellos, y por su boca, hacer representacion del increíble amor que nos tiene? Y parece por otra parte que son personas no convenientes para esta representacion los pastores, porque son toscos y rústicos. Y no parece que se conforman, ni que caben las finezas que hay en el amor, y lo muy agudo y proprio dél, con lo tosco y villano. Verdad es, Sabino, respondió Marcelo, que usan los poetas de lo pastoril para decir dél amor; mas no teneis razón en pensar que para decir dél hay personas mas á propósito que los pastores, ni en quien

(1) Virgilio Ecl. II. v. 59, traducido por nuestro Autor.

. . . . . La espesura  
Del bosque moró Apolo; ¿qué huyes ciego?  
y el París en el bosque halló ventura.  
Pastas more sus techos sumptuosos.  
nosotros por los bosques deleitosos.

(2) En las *Bucólicas*, que son *Eclogas* pastoriles, en varios lugares. Ecl. I. 52. y sig. II. 45. y sig. IV. 18. y sig. VII. 49. y sig. VIII. 21. y sig. X. 17. y sig.

se represente mejor. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la fineza del sentir es del campo, y de la soledad. Y á la verdad los poetas antiguos, y cuanto mas antiguos tanto con mayor cuidado, atendieron mucho á huir de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cria, que tiene poco de verdad, y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos, y no contaminados con vicios, es puro y ordenado á buen fin: y como gozan del sosiego y libertad de negocios, que les ofrece la vida sola del campor, no habiendo en él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales á ello tambien la vista desembarazada de que contino gozan, del cielo y de la tierra, y de los demás elementos, que es ella en sí una imágen clara, ó por mejor decir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los demuestra á todos amistados entre sí, y puestos en órden, y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose á veces, y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros, y ayuntándose, y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de contino á luz, y produciendo los frutos que hermosean el aire y la tierra. Ansi que los pastores son en esto aventajados á los otros hombres.

Y así sea esta la segunda cosa que señalamos en la condicion del PASTOR, que es muy dispuesta al bien querer. Y sea la tercera lo que toca á su oficio, que aunque es oficio de gobernar y regir, pero es muy diferente de los otros gobiernos. Porque lo uno, su gobierno no consiste en dar leyes, ni en poner mandamientos; sino en apacentar y alimentar á los que gobierna. Y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos, y en todos los tiempos; sino en cada tiempo, y en cada ocasion ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el suyo que se reparte, y ejercita por muchos ministros; sino él solo administra todo lo que á su grey le conviene: que él la apasta, y la abreva, y la baña, y la trasquila, y la cura, y la castiga, y la reposa, y la recrea y hace música, y la ampara y defiende. Y últimamente es proprio de su oficio recoger lo esparcido, y traer á un rebaño á muchos que de suyo cada uno dellos caminará por sí. Por donde las sagradas letras, de lo esparcido y descarriado y perdido, dicen siempre que son como ovejas que no tienen PASTOR, como en San Mateo (1) se vee, y en el libro de los Reyes (2), y en otros lugares. De manera que la vida del PAS-

(1) Matth. cap. IX. v. 36.

(2) III. Reg. cap. XXII. v. 17.

TOR es inocente, y sosegada, y deleitosa, y la condicion de su estado es inclinada al amor, y su ejercicio es gobernar dando pasto, y acomodando su gobierno á las condiciones particulares de cada uno, y siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necesario, y enderezando siempre su obra á esto, que es hacer rebaño y grey.

Veamos pues agora si Cristo tiene esto, y las ventajas con que lo tiene; y así veremos cuan merescidamente es llamado PASTOR. Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto él su deleite. Porque así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo, y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla; así aquella region de vida, adonde vive aqueste nuestro glorioso Bien, es la pura verdad, y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene ser, y las raices firmes de donde nascen, y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir así, aquellos son los elementos puros, y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde exsentes de toda injuria gloriosamente florecen la haya, y la oliva, y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece. Con la cual region si comparamos aqueste nuestro miserable destierro, es comparar el desasosigo con la paz, y el desconcierto, y la turbacion, y el bullicio y disgusto de la mas inquieta ciudad, con la misma pureza, y quietud y dulzura. Que aquí se afana, y allí se descansa. Aquí se imagina y allí se ve. Aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran, allí la verdad asosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno. Bien y con razon le conjura á este PASTOR la esposa pastora, que le demuestre aqueste lugar de su pasto. *Demuéstrame, dice, ó querido de mi alma, adonde apacientas, y adonde reposas en el medio dia.* Que es con razon medio dia aquel lugar que pregunta, adonde está la luz no contaminada en su colmo, y adonde en sumo silencio de todo lo bullicioso, solo se oye la voz dulce del Cristo, que cercado de su glorioso rebaño, suena en sus oídos dél, sin ruido, y con incomparable deleite, en que traspasadas las almas santas, y como enagenadas de sí, solo viven en su PASTOR.

Así que es PASTOR Cristo por la region donde vive, y tambien lo es por la manera de vivienda que ama, que es el sosiego de la soledad; como lo demuestra en los suyos, á los cuales llama siempre á la soledad y retiramiento del campo. Dijo á Abraham (1): *Sal de tu tierra y de parentela, y haré de tí grandes gentes.* A Elias, para mostrársele, le hizo penetrar el desierto (2). Los hijos de los Profetas vivian en la soledad del Jordan (3). De su pueblo dice él mismo por el Profeta, que le sacará al campo, y le retirará á la soledad, y allí le enseñará. Y en forma de esposo, ¿qué otra cosa pide á su esposa, sino aquesta salida? *Levántate, dice, amiga mia, y apresúrate, y ven, que ya se pasó el invierno, pasóse la lluvia, fuese: ya han parecido en nuestra tierra las flores, y el tiempo del podar es venido. La voz de la tortolilla se oye, y brota ya la higuera sus higos, y la uva menuda uva da olor. Levántate, hermosa mia, y ven.* Que quiere que les sea agradable á los suyos aquello mismo que él ama: y así como él, por ser PASTOR, ama el campo; así los suyos, porque han de ser sus ovejas, han de amar el campo tambien, que las ovejas tienen su pasto y su sustento en el campo. Porque á la verdad, Juliano, los que han de ser apacentados por Dios, han de desechár los sustentos del mundo, y salir de sus tinieblas y lazos á la libertad clara de la verdad, y á la soledad poco seguida de la virtud, y al desembarazo de todo lo que pone en alboroto la vida; porque allí nasce el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestra alma, y que no se agosta jamás. Que adonde vive y se goza el PASTOR, allí han de residir sus ovejas, segun que alguna dellas decia: *Nuestra conversacion es en los cielos.* Y como dice el mismo PASTOR: *Las ovejas reconocen su voz, y le siguen.* Mas si es PASTOR Cristo por el lugar de su vida, ¿cuánto con mas razon lo será por el ingenio de su condicion, por las amorosas entrañas que tiene? á cuya grandeza no hay lengua, ni encarecimiento que allegue. Porque demás de que todas sus obras son amor; que en nacer nos amó, y viviendo nos ama, y por nuestro amor padeció muerte; y todo lo que en la vida hizo, y todo lo que en el morir padeció y quanto glorioso agora, y asentado á la diestra del Padre negocia y entiende, lo ordena todo con amor para nuestro provecho: así que demás de que todo su obrar es amar, la aficion y la terneza de entrañas, y la solicitud y cuidado amoroso, y el encendimiento é intension de voluntad con

(1) Genes. cap. XII. v. 1.

(2) III Reg. cap. XIX. v. 4.

(3) IV. Reg. cap. VI. v. 2.

que siempre hace esas mismas obras de amor que por nosotros obró, excede todo cuanto se puede imaginar y decir.

No hay madre así solícita, ni esposa así blanda, ni corazón de amor así tierno y vencido, ni título ninguno de amistad así puesto de fineza, que le iguale, ó le llegue. Porque antes que le amemos, nos ama; y ofendiéndole y despreciándole localmente, nos busca, y no puede tanto la ceguedad de mi vista, ni mi obstinada dureza, que no pueda mas la blandura ardiente de su misericordia dulcísima. Madruga, durmiendo nosotros, descuidados del peligro que nos amenaza. Madruga, digo, antes que amanezca, se levanta; ó por decir verdad, no duerme, ni reposa, sino asido siempre á la aldaba de nuestro corazón, de continuo y á todas horas le hiere, y le dice, como en los Cantares se escribe. *Abreme, hermana mia, amiga mia, esposa mia, ábreme, que la cabeza la traigo llena de rocío, y las quedejas de mis cabellos llenas de las gotas de la noche. No duerme, dice David, ni se adormece, el que guarda á Israel.* Que en la verdad, así como en la divinidad es amor, conforme á san Juan (1): *Dios es caridad*; así en la humanidad que de nosotros tomó, es amor y blandura. Y como el sol, que de suyo es fuente de luz, todo cuanto hace perpetuamente es lucir, enviando sin nunca cesar rayos de claridad de sí mismo: así Cristo, como fuente viva de amor, que nunca se agota, mana de continuo en amor; y en su rostro, y en su figura siempre está bullendo este fuego, y por todo su traje, y persona traspasan, y se nos viene á los ojos sus llamas; y todo es rayos de amor, cuanto dél se parece. Que por esta causa, cuando se demostró primero á Moisen, no le demostró sino unas llamas de fuego, que se emprendía en una zarza (2). Como haciendo allí figura de nosotros y de sí mismo; de las espinas de la aspereza nuestra, y de los ardores vivos y amorosos de sus entrañas. Y como mostrando en la apariencia visible el fiero encendimiento que le abrasaba lo secreto del pecho con amor de su pueblo.

Y lo mismo se ve en la figura dél, que san Juan en el principio de sus revelaciones nos pone, á dó dice (3): Que vió una imágen de hombre, cuyo rostro lucía como el sol, y cuyos ojos eran como llamas de fuego, y sus piés, como oriámbar encendido en ardiente fornaza, y que le centelleaban siete estrellas en la mano derecha, y que se ceñía por

(1) 1. Joan cap. IV. v. 8.

(2) Exod. cap. III. v. 2.

(3) Apocal. cap. I. vs. 13. 16.

junto á los pechos con cinto de oro, y que le cercaban en derredor siete antorchados encendidas en candeleros. Que es decir de Cristo, que espiraba llamas de amor, que se le descubrian por todas partes, y que le encendian la cara, y le salian por los ojos, y le ponian fuego á los piés, y le lucian por las manos, y le rodeaban en torno resplandeciendo. Y que como el oro, que es señal de la caridad en la sagrada Escritura, le ceñia las vestiduras junto á los pechos; así el amor de sus vestiduras que en las mismas letras significan los fieles que se allegan á Cristo, le rodeaba el corazon. Mas dejemos esto que es llano, y pasemos al oficio del PASTOR, y á lo propio que le pertenesce. Porque si es del oficio del PASTOR gobernar apacentando, como agora decia, solo Cristo es PASTOR verdadero, porque él solo es entre todos cuantos gobernaron jamás, el que pudo usar, y el que usa deste género de gobierno. Y así en el psalmo David, hablando deste PASTOR, juntó como una misma cosa el apacentar y el regir. Porque dice: *El Señor me rige, no me faltará nada, en lugar de pastos abundantes me pone.* Porque el proprio gobernar de Cristo, como por ventura despues dirémos, es darnos su gracia, y la fuerza eficaz de su espíritu: la cual así nos rige, que nos alimenta; ó por decir la verdad, su regir principal es darnos alimento y sustento. Porque la gracia de Cristo es vida del alma, y salud de la voluntad, y fuerzas de todo lo flaco que hay en nosotros, y reparo de lo que gastan los vicios, y antidoto eficaz contra su veneno y ponzoña, y restaurativo saludable, y finalmente mantenimiento que cria en nosotros inmortalidad resplandeciente y gloriosa.

Y así todos los dichosos que por este PASTOR se gobiernan, en todo lo que movidos dél ó hacen ó padescen, crescen, y se adelantan, y adquieren vigor nuevo; y todo les es virtuoso, y jugoso, y sabrosísimo pasto. Que esto es lo que él mismo dice en san Juan: *El que por mí entrare, entrará y saldrá, y siempre hallará pastos.* Porque el entrar, y el salir, segun la propiedad de la sagrada Escritura, comprehende toda la vida, y las diferencias de lo que en ella se obra. Por donde dice, que en el entrar y en el salir, esto es, en la vida y en la muerte, y en el tiempo próspero, y en el turbio y adverso, en la salud y en la flaqueza, en la guerra, y en la paz, hallarán sabor los suyos á quien él guia, y no solamente sabor, sino mantenimiento de vida, y pastos substanciales y saludables. Conforme á lo cual es tambien lo que Esaias profetiza de las ovejas deste PASTOR, quando dice: *Sobre los caminos serán apascentados y en todos los llanos pastos para ellos: no tendrán hambre, ni sed;*

*ni los fatigará el bochorno, ni el sol. Porque el piadoso dellos los rige, y los lleva á las fuentes del agua.* Que como veis, en decir que serán apascentados sobre los caminos, dice que les son pasto los pasos que dan, y los caminos que andan.

Y que los caminos que en los malos son barrancos, y estropezos y muerte, como ellos lo dicen, que anduvieron caminos dificultosos y ásperos; en las ovejas deste PASTOR, son apastamiento y alivio. Y dice, que así en los altos ásperos, como en los lugares llanos y hondos; esto es, como decia, en todo lo que en la vida sucede, tienen sus cebos y pastos seguros de hambre, y defendidos del sol. ¿Y esto por qué? Porque dice, el que se apiadó dellos, ese mismo es el que los rige: que es decir, que porque los rige Cristo, que es el que solo con obra y con verdad se condolió de los hombres. Como señalando lo que decimos, que su regir es dar gobierno y sustento, y guiar siempre á los suyos á las fuentes del agua, que es en la Escritura, á la gracia del espíritu, que refresca, y cria, y engruesa, y sustenta. Y tambien el Sabio miró á esto á dó dice, que *la ley de la sabiduria es fuente de vida*. Adonde, como parece, juntó la ley y la fuente: lo uno, porque poner Cristo á sus ovejas ley, es criar en ellas fuerzas y salud para ella por medio de la gracia, así como he dicho. Y lo otro, porque eso mismo que nos manda, es aquello de que se ceba nuestro descanso, y nuestra verdadera vida. Porque todo lo que nos manda, es que vivamos en descanso, y que gocemos de paz, y que seamos ricos y alegres, y que consigamos la verdadera nobleza. Porque no plantó Dios sin causa en nosotros los deseos destes bienes, ni condenó lo que él mismo plantó. Sinó que la ceguedad de nuestra miseria, movida del deseo, y no conociendo el bien á que se endereza el deseo, y engañada de otras cosas, que tienen apariencia de aquello que se desea, por apetecer la vida, sigue la muerte; en lugar de las riquezas y de la honra, va desalentada empós de la afrenta y de la pobreza.

Y así Cristo nos pone leyes, que nos guien sin error á aquello verdadero que nuestro deseo apetece. De manera que sus leyes dan vida, y lo que nos manda es nuestro puro sustento: y apasciéntanos con salud, y con deleite, y con honra, y descanso, con esas mismas reglas que nos pone con que vivamos. Que como dice el Profeta: *Acerca de ti esta la fuente de la vida, y en tu lumbre veremos la lumbre*. Porque la vida y el ver, que es el ser verdadero, y las obras que á tal ser le convienen, nascen y manan, como de fuente, de la lumbre de Cristo, esto es, de las leyes suyas, así las de gracia que nos da, como las de mandamientos que nos escribe. Que es tam-

bien la causa de aquella querella contra nosotros cuya tan justa y tan sentida, que pone por Jeremias diciendo : *Dejáronme á mi fuente de agua viva, y caváronse cisternas quebradas, en que el agua no para.* Porque guiándonos él al verdadero pasto, y al bien, escogemos nosotros por nuestras manos lo que nos lleva á la muerte. Y siendo fuente él, buscamos nosotros pozos. Y siendo manantial su corriente, escogemos cisternas rotas, adonde el agua no se detiene.

Y á la verdad así como aquello que Cristo nos manda, es lo mismo que nos sustenta la vida, así lo que nosotros por nuestro error escogemos, y los caminos que seguimos, guiados de nuestros antojos, no se pueden nombrar mejor que como el Profeta los nombra. Lo primero, cisternas cavadas en tierra con increíble trabajo nuestro : esto es, bienes buscados entre la vileza del polvo con diligencia infinita. Que si consideramos lo que suda el avariento en su pozo, y las ansias con que anhela el ambicioso á su bien, y lo que cuesta de dolor al lascivo el deleite : no hay trabajo ni miseria que con la suya se iguale. Y lo segundo, nómbralas cisternas secas y rotas, grandes en apariencia, y que convidan á sí á los que de lejos las veen, y les prometen agua que satisfaga á su sed; mas en la verdad son hoyos hondos, y oscuros, y vemos de aquel mismo bien que prometen, ó por mejor decir, llenos de lo que le contradice y repugna. Porque en lugar de agua dan cieno. Y la riqueza del avaro le hace pobre. Y al ambicioso su deseo de honra le trae á ser apocado y vil siervo. Y el deleite deshonesto, á quien lo ama, le atormenta y enferma.

Mas si Cristo es PASTOR, porque rige apastando, y porque sus mandamientos son mantenimientos de vida; tambien lo será, porque en su regir no mide á sus ganados por un mismo rasero, sino atiende á lo particular de cada uno que rige. Porque rige apascentando, y el pasto se mide segun la hambre y necesidad de cada uno que pascen. Por donde entre las propiedades del buen PASTOR pone Cristo en el Evangelio (1), que llama por su nombre á cada una de sus ovejas; que es decir, que conoce lo particular de cada una de ellas, y la rige y llama al bien, en la forma particular que mas le conviene, no á todas por una forma, sino á cada cual por la suya. Que de una manera pascen Cristo á los flacos, y de otra á los crecidos en fuerza; de una á los perfectos, y de otra á los aprovechan, y tiene con cada uno su estilo : y es negocio maravilloso el secreto trato que tiene con sus ovejas, y sus diferentes y admirables maneras. Que así como en el tiempo

( ) Joan. cap. X. v. 3.

que vivió con nosotros, en las curas y beneficios que hizo, no guardó con todos una misma forma de hacer, sino á unos curó con su sola palabra, á otros con su palabra y presencia, á otros tocó con la mano, á otros no los sanaba luego despues de tocados, sino cuando iban su camino, y ya dél apartados, les enviaba salud, á unos que se la pedian, y á otros que le miraban callando: así en este trato oculto, y en esta medicina secreta, que en sus ovejas continuo hace, es extraño milagro ver la variedad de que usa, y como se hace y se mide á las figuras y condiciones de todos. Por lo cual llama bien San Pedro *multiforme* á su gracia, porque se transforma con cada uno en diferentes figuras.

Y no es cosa que tiene una figura sola, ó un rostro; antes como al pan que en el templo antiguo se ponía ante Dios, que fué clara imágen de Cristo, le llama pan de faces la Escritura divina; así el gobierno de Cristo, y el sustento que da á los suyos, es de muchas faces, y es pan. Pan, porque sustenta; y de muchas faces, porque se hace con cada uno segun su maneras. Y como en el maná dice la Sabiduria (1), que hallaba cada uno su gusto; así diferencia sus pastos Cristo conformándose con las diferencias de todos. Por lo cual su gobierno es gobierno extremadamente perfecto. Porque, como dice Platon (2): No es la mejor gobernacion la de leyes escritas; porque son unas, y no se mudan, y los casos particulares son muchos, y que se varian, segun las circuntancias, por horas. Y así acaece no ser justo en este caso lo que en comun se estableció con justicia. Y el tratar con sola la ley escrita, es como tratar con un hombre cabezudo por una parte, y que no admite razon, y por otra poderoso para hacer lo que dice, que es trabajoso y fuerte caso. La perfecta gobernacion es de ley viva, que entienda siempre lo mejor, y que quiera siempre aquello bueno que entiende. De manera que la ley sea el bueno y sano juicio del que gobierna, que se ajusta siempre con lo particular de aquel á quien rige. Mas porque este gobierno no se halla en el suelo, porque ninguno de los que hay en él es ni tan sabio, ni tan bueno, que ó no se engañe, ó no quiera hacer lo que ve que no es justo; por eso es imperfecta la gobernacion de los hombres; y solamente no lo es la manera con que Cristo nos rige: que como está perfectamente dotado de saber y bondad, ni yerra en lo justo, ni quiere lo que es malo: y así siempre ve lo que á cada uno conviene, y á eso mismo le guia, y como S. Pablo de sí dice:

(1) Sap. cap. XVI. v. 20.

(2) *De regno*. hácia el fin.

*A todos se hace todas las cosas, para ganarlos á todos.* Que toca ya en lo tercero y propio de este oficio, segun que dijimos, que es, ser un oficio lleno de muchos oficios, y que todos los administra el PASTOR.

Porque verdaderamente es así, que todas aquellas cosas que hacen para la felicidad de los hombres, que son diferentes y muchas, Cristo principalmente las ejecuta y las hace. Que él nos llama, y nos corrige, y nos lava, y nos sana, y nos santifica, y nos deleita, y nos viste de gloria. Y de todos los medios, de que Dios usa para guiar bien un alma, Cristo es el mercedor, y el autor. Mas ¿qué bien y qué copiosamente dice desto el Profeta? *Porque el Señor Dios dice así: Yo mismo buscaré mis ovejas, y las rebuscaré: como reovee el pastor su rebaño cuando se pone en medio de sus desparcidas ovejas, así yo buscaré mi ganado. Sacaré mis ovejas de todos los lugares á dó se esparcieron en el día de la nube y de la oscuridad, y sacarélas de los pueblos, y recogerlas he de las tierras, y tornarélas á meter en su pátria, y las apacentaré en los montes de Israel. En los arroyos, y en todas las moradas del suelo las apacentaré con pastos muy buenos, y serán sus pastos en los montes de Israel mas erguidos. Allí reposarán en pastos sabrosos, y pascarán en los montes de Israel pastos gruesos. Yo apacentaré á mi rebaño, y yo le haré que repose, dice Dios el Señor. A la oveja perdida buscaré, á la absentada tornaré á su rebaño: ligaré á la quebrada, y daré fuerza á la enferma, y á la gruesa y fuerte castigaré, pascereá en juicio.*

Porque dice, que él mismo busca sus ovejas, y que las guía si estaban perdidas; y si captivas las redime, y si enfermas las sana; y él mismo las libra del mal, y las mete en el bien, y las sube á los pastos mas altos. En todos los arroyos, y en todas las moradas las apascienta. Porque en todo lo que les sucede les halla pastos, y en todo lo que permanece, ó se pasa. Y porque todo es por Cristo, añade luego el Profeta: *Yo levantaré sobre ellas un Pastor, apacentarélas mi siervo David: él las apacentará, y él será su Pastor. Y yo el señor seré su Dios. Y en medio dellas ensalzado mi siervo David.* En que se consideran tres cosas. Una, que para poner en ejecución todo esto que promete Dios á los suyos, les dice que les dará á Cristo Pastor, á quien llama siervo suyo, y David, porque es descendiente de David, segun la carne, en que es menor, y sujeto á su Padre. La segunda, que para tantas cosas promete un solo Pastor: así para mostrar que Cristo puede con todo, como para enseñar, que en él es siempre uno el que

rige. Porque en los hombres, aunque sea uno solo el que gobierna á los otros, nunca acontece que los gobierne uno solo; porque de ordinario viven en uno muchos, sus pasiones, sus afectos, sus intereses, que manda cada uno su parte. Y la tercera, es que este Pastor que Dios promete, y tiene dado á su Iglesia, dice que ha de estar levantado en medio de sus ovejas: que es decir, que ha de residir en lo secreto de sus entrañas, enseñoreándose dellas, y que las ha de apascentar dentro de sí. Porque cierto es, que el verdadero pasto del hombre está dentro del mismo hombre, y en los bienes de que es señor cada uno. Porque es sin duda el fundamento del bien aquella division de bienes en que Epícteto filósofo comienza su libro. Porque dice desta manera: *De las cosas, unas están en nuestra mano, y otras fuera de nuestro poder. En nuestra mano están los juicios, los apetitos, los deseos y los desvíos, y en una palabra, todas las que son nuestras obras. Fuera de nuestro poder estan el cuerpo, y la hacienda, y las honras, y los mandos y en una palabra, todo lo que no es obras nuestras. Las que están en nuestra mano, son libres de suyo, y que no padescen estorbo, ni impedimento: mas las que van fuera de nuestro poder son flacas y siervas, y que nos pueden ser estorbadas y al fin son ajenas todas. Por lo cual conviene que adviertas, que si lo que de suyo es siervo, lo tuvieres por libre tú, y tuvieres por proprio lo que es ageno; serás embarazado fácilmente, y caerás en tristeza y en turbacion, y reprehenderás á veces á los hombres y á Dios. Mas si solamente tuvieres por tuyo lo que de veras lo es, y lo ageno por ageno, como lo es en verdad; nadie te podrá hacer fuerza jamás, ninguno estorbará tu designio, no reprehenderás á ninguno, ni tendrás queja dél, no harás nada forzado, nadie te dañará, ni tendrás enemigo, ni padesceras detrimento.*

Por manera que por quanto la buena suerte del hombre consiste en el buen uso de aquellas obras y cosas, de que es señor enteramente, todas las cuales obras y cosas tiene el hombre dentro de sí mismo, y debajo de su gobierno, sin respeto á fuerza exterior: por eso el regir, y el apascentar al hombre, es el hacer que use bien desto que es suyo, y que tiene encerrado en sí mismo. Y así Dios con justa causa pone á Cristo, que es su PASTOR, en medio de las entrañas del hombre, para que poderoso sobre ellas guie sus opiniones, sus juicios, sus apetitos y deseos, al bien con que se alimente, y cobre siempre mayores fuerzas el alma, y se cumpla desta manera lo que el mismo Profeta dice: que serán apascentados en todos los mejores pastos de su tierra

propria: esto es, en aquello que es pura y propriamente buena suerte, y buena dicha del hombre. Y no en esto solamente sino tambien en los montes altísimos de Israel, que son los bienes soberanos del cielo, que sobran á los naturales bienes sobre toda manera; porque es señor de todos ellos aquese mismo PASTOR que los guía, ó para decir la verdad, porque los tiene todos, y amontonados en sí. Y porque los tiene en sí, por esa misma causa, lanzándose en medio de su ganado, mueve siempre á sí sus ovejas: y no lanzándose no solamente, sino levantándose, y encumbrándose en ellas, segun lo que el Profeta dél dice. Porque en sí es alto, por el amontonamiento de bienes soberanos que tiene; y en ellas es alto tambien, porque apascentándolas las levanta del suelo, y las aleja cuanto mas va de la tierra; y las tira siempre hácia sí mismo, y las enrisca en su alteza, encumbrándolas siempre mas, y entrañándolas en los altísimos bienes suyos.

Y porque él uno mismo está en los pechos de cada una de sus ovejas; y porque sus pascercas es ayuntarlas consigo, y entrañarlas en sí, como agora decia: por eso le conviene tambien lo postrero, que pertenescen al Pastor, que es hacer unidad y rebaño. Lo cual hace Cristo por maravilloso modo, como por ventura dirémos despues. Y bástenos decir agora, que no está la vestidura tan allega al cuerpo del que la viste, ni ciñe tan estrechamente por la cintura la cinta, ni se ayuntan tan conformemente la cabeza y los miembros, ni los padres son tan deudos del hijo, ni el esposo con su esposa tan uno; quanto Cristo nuestro divino PASTOR consigo, y entre sí hace una su grey. Ansi lo pide, y ansi lo alcanza, y ansi de hecho lo hace. Que los demás hombres, que antes dél, y sin él introdujeron en el mundo leyes y sectas, no sembraron paz, sino division; y no vinieron á reducir á rebaño, sino como Cristo dice en san Juan, fueron ladrones y mercenarios, que entraron á dividir, y desollar, y dar muerte al rebaño.

Que aunque la muchedumbre de los malos haga contra las ovejas de Cristo bando por sí; no por eso los malos son unos, ni hacen un rebaño suyo en que esten adunados, sino quanto son sus deseos, y sus pasiones, y sus pretendencias, que son diversas y muchas, tanto están diferentes contra sí mismos. Y no es rebaño el suyo de unidad y de paz, sino ayuntamiento de guerra, y gavilla de muchos enemigos que entre sí mismos se aborrecen y dañan, porque cada uno tiene su diferente querer. Mas Cristo nuestro PASTOR, porque es verdaderamente PASTOR, hace paz y rebaño. Y aun por esto, allende de lo que dicho tenemos, le llama Dios PASTOR uno en

el lugar alegado: porque su oficio todo es hacer unidad. Así que Cristo es PASTOR por todò lo dicho; y porque si es del pastor el desvelarse para guardar y mejorar su ganado, Cristo vela sobre los suyos siempre, y los rodea solícito. Que como David dice: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos en sus ruegos.* Y aunque la madre se olvide de su hijo; *yo, dice, no me olvido de ti.* Y si es del Pastor trabajar por su ganado al frío y al hielo; ¿quién cual Cristo trabajó por el bien de los suyos? Con verdad Jacob como en su nombre decia: *Gravemente laceré de noche y de dia, unas veces al calor, y otras veces al hielo, y huyó de mis ojos el sueño.*

Y si es del Pastor servir abatido, vivir en hábito despreciado, y no ser adorado y servido; Cristo, hecho al traje de sus ovejas, y vestido de su bajeza y su piel, sirvió por ganar su ganado. Y porque habemos dicho como le conviene á Cristo todo lo que es del Pastor, digamos agora las ventajas que en este oficio Cristo hace á todos los otros pastores. Porque no solamente es PASTOR, sino PASTOR como no lo fue otro ninguno: que así lo certificó él cuando dijo (1): *Yo soy el buen PASTOR.* Que el bueno allí es señal de excelencia, como si dijese, el PASTOR aventajado entre todos. Pues sea la primera ventaja, que los otros lo son, ó por caso, ó por suerte; mas Cristo nació para ser PASTOR, y escogió antes que nasciese, nacer para ello: que como de sí mismo dice (2), abajó del cielo, y se hizo PASTOR hombre, para buscar al hombre oveja perdida. Y así como nació para llevar á pascer, dió luego que nació á los pastores nueva de su venida. Demás desto, los otros pastores guardan el ganado que hallan, mas nuestro PASTOR él se hace el ganado que ha de guardar. Que no solo debemos á Cristo que nos rige, y nos apascienta en la forma ya dicha; sino tambien y primeramente, que siendo animales fieros, nos da condiciones de ovejas; y que siendo perdidos, nos hace ganados suyos; y que creia en nosotros el espíritu de sencillez, y de mansedumbre, y de santa y fiel humildad, por el cual pertenescemos á su rebaño. Y la tercera ventaja es, que murió por el bien de su grey, lo que no hizo algun otro pastor: y que por sacarnos de entre los dientes del lobo consistió que hiciesen en él presa los lobos. Y sea lo cuarto, que es así PASTOR, que es pasto tambien: y que su apascentar es darse á sí á sus ovejas. Porque el regir Cristo á los suyos, y el llevarlos al pasto, no es otra cosa sino hacer que se lance en ellos, y que se embeba, y que se incorpore su vida. Y ha-

(1) Joan. cap. X. v. 11. 14.

(2) Luc. cap. XV. v. 4. seqq.

cer que con encendimientos fieles de caridad le traspasen sus ovejas á sus entrañas, en las cuales traspasado, muda él sus ovejas en sí. Porque cebándose ellas dél, se desnudan á sí, de sí mismas, y se visten de sus cualidades de Cristo; y creciendo con éste dichoso pasto el ganado, viene por sus pasos contados á ser con su PASTOR una cosa. Y finalmente como otros nombres y oficios le convengan á Cristo, ó desde algun principio, ó hasta un cierto fin, ó segun algun tiempo; este nombre de Pastor en el carece de término. Porque antes que nasciese en la carne, apascentó á las criaturas luego que salieron á luz: porque él gobierna y sustenta las cosas, y él mismo da cebo á los ángeles, y todo espera dél su mantenimiento á su tiempo, como en el psalmo se dice (1). Y ni mas ni menos nascido ya hombre, con su espíritu y con su carne apascenta á los hombres; y luego que subió al cielo, llovió sobre el suelo su cebo; y luego, y agora, y despues, y en todos los tiempos y horas, secreta y maravillosamente, y por mil maneras los ceba: en el suelo los apascenta, y en el cielo será tambien su PASTOR, cuando allá los llevare, y en cuanto se revolvieren los siglos, y en cuanto vivieren sus ovejas, que vivirán eternamente con él, él vivirá en ellas, comunicándoles su misma vida, hecho su PASTOR y su pasto. Y calló Marcelo aquí, significando á Sabino que pasase adelante, que luego desplegó el papel, y leyó.

## VII.

*Llámase Cristo MONTE, como en el capitulo segundo de Daniel, adonde se dice: Que la piedra que hirió en los piés de la estatua, que vió el Rey de Babilonia, y la desmenuzó y deshizo, se convirtió en un MONTE muy grande que ocupaba toda la tierra. Y en el capitulo segundo de Esaias: Y en los postreros dias será establecido el MONTE de la casa del Señor sobre la cumbre de todos los montes. Y en el psalmo sesenta y siete, el MONTE de Dios monte enriscado, y lleno de grosura.*

Y en leyendo esto cesó. Y dijo Juliano luego: Pues que este vuestro papel, Marcelo, tiene la condicion de Pitágoras, que dice, y no da razon de lo que dice; justo será que nos la deis vos por él. Porque los lugares que agora alega, mayormente los dos postreros, algunos podrian dudar si hablan de Cristo ó no. Muchos dicen muchas cosas, respondió Marcelo, pero el papel siguió lo mas cierto y lo mejor; porque en el lugar de Esaias casi no hay palabra, así en él, como en lo que le

(1) Psal. CIII. v. 27.

antecede, ó se le sigue, que no señale á Cristo como con el dedo. Lo primero dice: *En los dias postreros*; y como sabeis, lo postrero de los dias, ó los dias postreros en la santa Escritura, es nombre que se dá al tiempo en que Cristo vino, como se parece en la profecía de Jacob, en el capítulo último del libro de la creacion, y en otros muchos lugares. Porque el tiempo de su venida, en el cual juntamente con Cristo comenzó á nacer la luz del Evangelio, y el espacio que dura el movimiento desta luz, que es el espacio de su predicacion, que va como un sol cercando el mundo, y pasando de unas naciones en otras: así que todo el discurso, y suceso, y duracion de aqueste alumbramiento se llama un dia, porque es como el nascimiento y vuelta que da el sol en un dia; y llámase postrero dia, porque en acabando el sol del Evangelio su curso, que será en habiendo amanescido á todas las tierras, como este sol amanesce, no ha de sucederle otro dia. *Y será predicado*, dice Cristo *aqueste Evangelio por todo el mundo, y luego vendrá el fin*. Demás desto dice: *Será establecido*: y la palabra original significa un establecer y afirmar no mudable, ni como si dijésemos, movidizo ó sujeto á las injurias y vueltas del tiempo. Y así en el psalmo con esta misma palabra se dice: *El señor afirmó su trono sobre los cielos* ¿Pues qué monte otro hay, ó que grandeza no sujeta á mudanza, sino es Cristo solo, cuyo reino no tiene fin, como dijo á la Virgen(1) el ángel ¿Pues qué se sigue tras esto? *El MONTE*, dice, *de la casa del Señor*. Adonde la una palabra es como declaracion de la otra: como diciendo, el MONTE, esto es, la casa del Señor. La cual casa entre todas por excelencia es Cristo nuestro redentor, en quien reposa y mora Dios enteramente, como es escrito: *En el cual reposa todo lo lleno de la divinidad*. Y dice mas: *Sobre la cumbre de los montes*; que es cosa que solamente de Cristo se puede con verdad decir.

Porque monte en la Escritura, y en la secreta manera de hablar, de que en ella usa el Espiritu santo, significa todo lo eminente, ó en poder temporal, como son los principes, ó en virtud y saber espiritual, como son los Profetas y los Prelados: y decir montes sin limitacion, es decir todos los montes, ó (como se entiende de un artículo que está en el primer texto en aqueste lugar) es decir los montes mas señalados de todos así por altura de sitio, como por otras cualidades y condiciones suyas. Y decir que será establecido sobre todos los montes, no es decir solamente que este monte es mas le-

(1) Luc. cap. I. v. 32.

vantado que los demás, sino que está situado sobre la cabeza de todos ellos; por manera que lo mas bajo dél está sobrepuesto, á lo que es en ellos mas alto. Y así juntando con palabras descubiertas todo aquesto que he dicho, resultará de todo ello aquesta sentencia: Que la raíz, ó, como llamamos, la falda deste monte, que dice Esaias, esto es, lo menos y mas humilde dél, tiene debajo de si á todas las alteza mas señaladas y altas que hay, así temporales, como espirituales. ¿Pues qué alteza ó encumbramiento será aqueste tan grande, si Cristo no es? ¿O á qué otro monte de los que Dios tiene, convendrá una semejante grandeza? Veamos lo que la santa Escritura dice, cuando habla con palabras llanas y sencillas de Cristo, y cotejémoslo con los rodeos de aqueste lugar: y si halláramos que ambas partes dicen lo mismo, no dudemos de que es uno mismo aquel de quien hablan. ¿Qué dice David? *Dijo el Señor á mi Señor, asíéntate á mi mano derecha, hasta que ponga por escaño de tus pies á tus enemigos.* Y el Apóstol san Pablo: *Para que al nombre de Jesus doblen las rodillas todos, así los del cielo como los de la tierra, y los del infierno.* Y el mismo hablando propriamente del misterio de Cristo dice: *Lo flaco de Dios, que parece, es mas valiente que la fortaleza toda. Y lo inconsiderado, mas sabio que cuanto los hombres saben.*

Pues allí se pone el monte sobre los montes: y aquí la alteza toda del mundo y del infierno por escaño de los piés de Jesu Cristo. Aquí se le arrodilla lo criado: allí todo lo alto le está sujeto. Aquí su humildad, su desprecio, su cruz se dice ser mas sabia, y más poderosa que cuanto pueden y saben los hombres: allí la raíz de aquel monte se pone sobre las cumbres de todos los montes. Así que no debemos dudar de que es Cristo aqueste MONTE de que habla Esaias. Ni menos de que es aquel de quien canta David en las palabras del psalmo alegado. El cual psalmo todo es manifiesta profecía, no de un misterio solo, sino casi de todos aquellos que obró Cristo para nuestra salud. Y es obscuro psalmo al parecer, pero obscuro á los que no dan en la vena del verdadero sentido, y siguen sus imaginaciones propias, con las cuales como no dice el psalmo bien, ni puede decir, para ajustarle con ella revuelven la letra, y escurescen y turban la sentencia; y al fin se fatigan en balde: mas al revés; si se toma una vez el hilo dél, y su intento, las mismas cosas se van diciendo, y llamándose unas á otras, y trabándose entre sí con maravilloso artificio. Y lo que toca agora á nuestro propósito (porque sería apartarnos mucho dél, declarar todo el psalmo) an-

si que lo que toca al verso que de este psalmo alega el papel, para entender que el MONTE, de quien el verso habla, es Jesu Cristo, basta verlo que luego se sigue, que es: *Monte en el cual le aplació á Dios morar en él y morará en él eternamente.* Lo cual sino es de Jusu Cristo, de ningun otro se puede decir. Y son muy de considerar cada una de las palabras, así de este verso como del verso que le antecede: pero no turbe- mos ni confundamos el discurso de nuestra razon.

Digamos primero, qué quiere decir, que Cristo se llame MONTE: y dicho, y volviendo sobre estos mismos lugares, dire- mos algo de las cualidades que da en ellos el Espiritu Santo á este monte. Pues digo así, que demás de la eminencia seña- lada que tienen los montes sobre lo demás de la tierra, como Cristo la tiene en cuanto hombre sobre todas las criaturas; la mas principal razon porque se llama MONTE, es por la abun- dancia, ó digámoslo así, por la preñez riquísima de bienes diferentes que atesora, y comprehende en sí mismo. Porque, como sabeis, en la lengua hebrea, en que los sagrados libros en su primera origen se escriben, la palabra con que el monte se nombra, segun el sonido della, suena en nuestro castella- no, *el preñado*; por manera que los que nosotros llamamos montes, llama el hebreo por nombre proprio, preñados. Y dí- celes aqueste nombre muy bien, no solo por la figura que tie- ne alta y redonda, y como hinchada sobre la tierra, por lo cual parecen el vientre della, y no vacío ni flojo vientre, mas lleno y preñado; sino tambien porque tienen en sí como con- cebido, y lo paren, y sacan á luz á sus tiempos, casi todo aquello que en la tierra se estima. Producen árboles de dife- rentes maneras, unos que sirven de madera para los edificios, y otros que con sus frutos mantienen la vida. Paren yerbas mas que ninguna otra parte del suelo, de diversos géneros, y de secretas y eficaces virtudes. En los montes por la mayor parte se conciben las fuentes, y los principios de los rios, que nasciendo de allí, y cayendo en los llanos despues, y torciendo el paso por ellos, fertilizan y hermocean las tierras. Allí se cria el azogue, y el estaño, y las venas ricas de la plata, y del oro, y de los demás metales, todas las minas, las piedras preciosas, y las canteras de las piedras firmes que son mas provechosas, con que se fortalecen las ciudades con muros, y se ennoblecen con sumptuosos palacios. Y finalmente son como un arca los montes, y como un depósito de todos los mayores tesoros del suelo.

Pues por la misma manera Cristo nuestro Señor, no sólo en cuanto Dios: que segun esta razon, por ser el Verbo divino

por quien el Padre cria todas las cosas, las tiene todas en sí de mejores quilates y ser que son en sí mismas; mas tambien segun que es hombre, es un MONTE, y un amontonamiento y preñez de todo lo bueno, y provechoso, y deleitoso y glorioso que en el deseo y en el seno de las criaturas cabe y de muchas que no cabe. En él está el remedio del mundo, y la destrucción del pecado, y la victoria contra el demonio: y las fuentes y mineros de toda la gracia y virtudes, que se derraman por nuestras almas y pechos, y los hacen fértiles, en él tienen su abundante principio: en él tienen sus raíces, y del nascen y crecen con su virtud, y se visten de hermosura y de fruto las hayas altas, y los soberanos cedros, y los árboles de la mirra, como dicen los Cantares, y del incienso, los Apóstoles, y los Mártires, y Profetas, y Virgenes. El mismo es el sacerdote y el sacrificio, el pastor y el pasto, el doctor y la doctrina, el abogado y el juez, el premio y el que da el premio, la guía y el camino, el médico, la medicina, la riqueza, la luz, la defensa, y el consuelo es él mismo, y solo él. En él tenemos la alegría en las tristezas, el consejo en los casos dudosos, y en los peligrosos y desesperados el amparo y la salud. Y por obligarnos mas á sí, y porque buscando lo que nos es necesario en otras partes, no nos divertiésemos dél, puso en sí la copia y la abundancia, ó si decimos, la tienda y el mercado, ó será mejor decir, el tesoro abierto y liberal de todo lo que nos es necesario, útil y dulce, así en lo próspero, como en lo adverso, así en la vida, como en la muerte tambien, así en los años trabajosos de aqueste destierro, como en la vivienda eterna y feliz á dó caminamos.

Y como el monte alto en la cumbre se toca de nubes, y las traspasa, y parece que llega hasta el cielo; y en las faldas cria viñas y mieses, y da pastos saludables á los ganados: así lo alto y la cabeza de Cristo es Dios, que traspasa los cielos, y es consejos altísimos de sabiduría, adonde no puede arribar ingenio ninguno mortal; mas lo humilde dél, sus palabras llanas, la vida pobre, y sencilla y santísima que morando entre nosotros vivió, las obras que como hombre hizo, y las pasiones y dolores que de los hombres, y por los hombres sufrió, son pastos de vida para sus fieles ovejas. Allí hallamos el trigo, que esfuerza el corazon de los hombres; y el vino que les da verdadera alegría; y el olio hijo de la oliva, y engendrador de la luz, que destierra nuestras tinieblas. *El risco*, dice el psalmo *es refrigerio de los conejos*. Y en tí, ¡ó verdadera guarida de los pobrecitos amedrentados, Cristo Jesus! y

en tí, ¡ó amparo dulce y seguro, ó acogida llena de fidelidad! los afligidos y acosados del mundo nos escondemos. Si vertieran agua las nubes, y se abrieren las canales del cielo, y saliendo la mar de madre si enegare las tierras, y sobrepujaren como en el diluvio sobre los montes las aguas, en este MONTE, que se asienta sobre la cumbre de todos los montes, no las tememos.

Y si los montes, como dice David (1), trastornados de sus lugares cayeren en el corazon de la mar, en este MONTE no mudable enriscados carecemos de miedo. ¿Mas qué hago yo agora? ¿ó á donde me lleva el ardor? Tornemos á nuestro hilo, y ya que habemos dicho el porque es MONTE Cristo, digamos, segun que es MONTE, las cualidades que le da la Escritura.

Decia pues Daniel (2), que una piedra sacada sin manos, hirió en los piés de la estatua, y la volvió en polvo, y la piedra creciendo se hizo monte tan grande, que ocupó toda la tierra. En lo cual primeramente entendemos, que este grandísimo monte era primero una pequeña piedra. Y aun que es así que Cristo es llamado piedra por diferentes razones, pero aquí la piedra dice fortaleza y pequeñez. Y así es cosa digna de considerar, que no cayó hecha monte grande sobre estatua, y la deshizo, sino hecha piedra pequeña. Porque no usó Cristo, para destruir la alteza y poder tirano del demonio, y la adoracion usurpada, y los ídolos que tenian en el mundo, de la grandeza de sus fuerzas; ni derrocó sobre él el brazo y el peso de su divinidad encubierta; sino lo humilde que habia en él, y lo bajo, y lo pequeño, su carne santa, y su sangre vertida y el ser preso, condenado, y muerto crudelísimamente. Y esa pequeñez, y flaqueza fue fortaleza dura: y toda la soberbia del infierno, y su monarquía quedó rendida á la muerte de Cristo. Por manera que primero fué piedra, y despues de piedra monte.

Primero se humilló, y humilde venció: y despues vencedor glorioso descubrió su claridad, y ocupó la tierra y el cielo con la virtud de su nombre. Mas lo que el Profeta significó por rodeos, ¿cuan llanamente lo dijo el Apóstol? *El haber subido*, dice hablando de Cristo, *qué es, sino por haber descendido primero, hasta lo bajo de la tierra? El que descendió, ese mismo subió sobre todos los cielos, para henchir todas las cosas.* Y en otra parte: *Fué hecho obediente hasta la muerte,*

(1) Psal. XLV. v. 3.

(2) Dan. c. 11 vs. 31. 35.

*y muerte de cruz, por lo cual ensalzó su nombre Dios sobre todo nombre.* Y como dicen del árbol, que cuanto lanza las raíces mas en lo hondo, tanto en lo alto cresce, y sube mas por el aire; así á la humildad y pequeñez desta piedra correspondió la grandeza sin medida del monte; y cuanto primero se desminuyó, tanto despues fue mayor. Pero acontecete, que la piedra que se tira, hace gran golpe aunque sea pequeña, si el brazo que la envia es valiente: y pudiérase por ventura pensar, que si esta piedra pequeña hizo pedazos la estatua, fue por la virtud de alguna fuerza extraña y poderosa que la lanzò.

Mas no fué así, ni quiso que se imaginase así el Espíritu Santo; y por esta causa añadió, que hirió á la estatua sin manos: conviene á saber, que no la hirió con fuerza mendigada de otro, ni con poder ageno, sino con el suyo mismo hizo tan señalado golpe. Como pasó en la verdad. Porque lo flaco y lo despreciado de Cristo, su pasion y su muerte, aquel humilde escupido y escarnecido fué tan de piedra, quiero decir, tan firme para sufrir, y tan fuerte y duro para herir, que cuanto en el soberbio mundo es tenido por fuerte, no pudo resistir á su golpe, mas antes cayó todo quebrantado y deshecho, como si fuera vidrio delgado. Y aun lo que es mas de maravillar, no hirió aquesta piedra la frente de aquel bulto espantable, sino solamente los piés, adonde nunca la herida es mortal: mas sin embargo desto, con aquel golpe dado en los piés, vinieron á menos los pechos, y hombros, y el cuello y cabeza de oro. Porque fue así, que el principio del Evangelio, y los primeros golpes que Cristo dió para deshacer la pujanza mundana, fueron en los piés della, y en lo que andaba como rastreando en el suelo: en las gentes bajas y viles, así en oficio, como en condicion. Y heridos estos con la verdad, y vencidos, y quebrados del mundo, y como muertos á él, y puestos debajo la piedra: las cabezas y los pechos, esto es, los sabios y los altos cayeron todos, unos para sujetarse á la piedra, y otros para quedar quebrados y desmenuzados della: unos para dejar su primero y mal ser, y otros para crescer, para siempre en su mal. Y así unos destruidos, y otros convertidos, la piedra transformándose en MONTE, ella sola ocupó todo el mundo. Es tambien MONTE hecho, y como nascido de piedra: porque entendamos, que no es terreno ni movedizo este MONTE, ni tal que pueda ser menoscabado ó disminuido en alguna manera. Y con esto pasemos á ver lo demás, que decia dél el santo David.

*El MONTE, dice, del Señor, MONTE cuajado, MONTE grueso.*

Quiere decir, fértil y abundante MONTE, como á la buena tierra solemos llamarla tierra gruesa. Y la condicion de la tierra gruesa es ser espesa, y tenaz, y maciza, y no delgada y arenisca; y ser tierra que bebe mucha agua, y que no se anega ó deshace con ella, sino antes la abraza toda en sí, y se engruesa é hinche de jugo: y así despues son conformes á aquesta grosura las mieses que produce, espesas y altas, y las cañas gruesas, las espigas grandes. Bien es verdad, que adonde decimos grueso, el primer texto dice *Basan*, que es nombre proprio de un monte llamado así en la Tierra Santa, que está de la otra parte del Jordan en la suerte que cupo á los de Gad y Ruben, y á la mitad del tribu de Manasé. Pero era señaladamente abundante este monte, y así nuestro texto, aunque calló el nombre, guardó bien el sentido, y puso la misma sentencia, y en lugar de *Basan* puso *monte grueso*, cual lo es el *Basan*. Pues es Cristo, ni mas ni menos, no como arena flaca y movediza, sino como tierra de cuerpo y de tomo, y que bebe y contiene en sí todos los dones del Espiritu Santo, que la Escritura suele muchas veces nombrar con nombre de aguas: y así el fruto que deste monte sale, y las mieses que se crian en él, nos muestran bien á la clara si es grueso y fecundo este monte. De las cuales mieses David en el psalmo setenta y uno, debajo de la misma figura de trigo, y de mieses, y de frutos del campo, hablando á la letra del reino de Cristo, nos canta diciendo: *Y será de un puñado de trigo echado en la tierra en las cumbres de los montes y el fruto suyo mas levantado que el Libauo, y por las villas florecerán, como el heno de la tierra*. O, porque en este punto, y diciendo esto me vino á la memoria, quiérollo decir como nuestro comun amigo lo dijo, traduciendo en verso castellano este psalmo.

..... Ó siglos de oro,  
 Cuando tan sola una  
 Espiga sobre el cerro tal te-oro  
 Producira sembrada  
 De mieses ondeando. cual la cumbre  
 Del Libano ensalzada  
 Cuando con mas largueza y muchedumbre,  
 Que el heno en las ciudades,  
 El trigo crecerá.

Y porque se viese claro que este fruto, que se llama trigo, no es trigo, y que aquesta abundancia no es buena disposicion de tierra, ni templanza de cielo clemente, sino que es fruto de

justicia, y mieses espirituales nunca antes vistas, que nascen por la virtud deste monte, añade luego:

. . . . . Por dô desplega  
 La fama en mil edades  
 El nombre deste rey, y al cielo llega.

¿Mas nació por ventura con este fruto su nombre, ó era ya, y vivía en el seno de su Padre, primero que la rueda de los siglos comenzase á moverse? Dice:

El nombre, que primero  
 Que el sol manase luz resplandecia:  
 En quien hasta el postrero  
 Mortal será bendito: á quien de dia,  
 De noche celebrando  
 Las gentes darán loa, y bienandanza;  
 Y dirán alabando:  
 Señor Dios de Israel, ¿quién lengua alcanza  
 Á tu debida gloria?

Salido he de mi camino, llevado de la golosina del verso: mas volvamos á él. Y habiendo dicho esto Marcelo, y tomando un poco de aliento, queria pasar adelante; mas Juliano, deteniéndole, dijo: Antes que digais mas, me decid, Marcelo, este comun amigo nuestro que nombrastes, cuyos son estos versos, ¿quién es? porque aunque yo no soy muy poeta, hanme parecido muy bien: y debe hacerlo, ser el sujeto cual es, en quien solo á mi juicio se emplea la poesía, como debe.

Gran verdad, Juliano, es, respondió al punto Marcelo, lo que decis. Porque este es solo digno sugeto de la poesía; y los que la sacan dél, y forzándola la emplean, ó por mejor decir, la pierden en argumentos de liviandad, habian de ser castigados, como públicos corrompedores de dos cosas santísimas, de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres, para con el movimiento y espíritu della levantarlos al cielo, de donde ella procede. Porque poesía no es sino una comunicacion del aliento celestial y divino. Y así en los Profetas cuasi todos, así los que fueron movidos verdaderamente por Dios, como los que incitados por otras causas sobrehumanas hablaron, el mismo espíritu que los despertaba, y levantaba á ver lo que que los otros hombres no vian, les ordenaba, y componia, y como metrificaba en la boca las palabras con número y consonancia debida, para que hablasen por mas subida manera, que las otras gentes hablan; y para que el estilo del decir se asemejase al sentir, y las palabras y las cosas fuesen confor-

mes. Así que corrompen esta santidad, y corrompen tambien, lo que es mayor mal, las santas costumbres. Porque los vicios y las torpezas disimuladas, y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recibense en los oidos con mejor gana, y dellos pasan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánzanse en él poderosisimamente, y hechas señoras dél, y desterrando de allí todo buen sentido, y respeto, corrompenlo, y muchas veces sin que él mismo que es corrompido lo sienta. Y es, iba á decir donaire, y no es donaire, sino vituperable inconsideracion, que las madres celosas del bien de sus hijas, les vedan las pláticas de algunas otras mujeres, y no les vedan los versos, y los cantarcillos de argumentos livianos, los cuales hablan con ellás á todas horas: y sin recatarse dellos, antes aprendiéndolos y cantándolos, las atraen á sí, y las persuaden secretamente, y derramándoles su ponzoña poco á poco por los pechos, las inficionan y pierden. Porque así como en la ciudad, perdido el alcázar della, y puesto en las manos de los enemigos, toda ella es perdida; así ganado una vez, quiero decir, perdido el corazón, y aficionado á los vicios, y embelesado con ellos, no hay cerradura tan fuerte, ni centinela tan veladora y despierta que baste á la guarda. Pero esto es de otro lugar, aunque la necesidad, ó el estrago, que el uso malo introducido mas agora que nunca, hace en las gentes, hace tambien que se pueda tratar dello á propósito en cualquiera lugar.

Mas dejándolo agora, espántome, Juliano que me preguntéis quien es el comun amigo que dije; pues no podeis olvidaros, que aunque cada uno de nosotros dos tenemos amistad con muchos amigos, uno solo tenemos que la tiene conmigo y con vos cuasi en igual grado: porque á mi me ama como á sí, y á vos en la misma manera, como yo os amo, que es muy poco menos que á mí. Razon teneis, respondió Juliano, en condenar mi descuido: y ya entiendo muy bien por quien decis. Y pues tendréis en la memoria algunos otros psalmos de los que ha puesto en verso aqueste amigo nuestro, mucho gustaria yo, y Sabino gustará dello, si no me engaño, tambien, que en los lugares que se os ofrecieren de aqui adelante useis dellos, y nos los digais. Sabino, respondió Marcelo, no sé yo si gustará de oír lo que sabe: porque como mas mozo, y mas aficionado á los versos, tiene cuasi en la lengua estos psalmos que pedis. Pero haré vuestro gusto, y aun Sabino podrá servir de acordámelos, si yo me olvidare, como será posible olvidarme. Así que él me los acordará; ó si mas le pluguiere, dirálos él mismo, y aun

es justo que le plega, porque lo sabrá decir con mejor gracia. Desto postrero se rieron un poco Juliano y Sabino.

Y diciendo Sabino que lo haria ansi, y que gustaria de hacerlo, Marcelo tornó á seguir su razon y dijo: Decíamos pues, que este sagrado monte, conforme á lo del psalmo, era fértil señaladamente. Y probamos su grosura por la muchedumbre, y por la grandeza de las mieses, que dél han nascido. Y referimos, que David (1) hablando dellas decia, que de un puño de trigo esparcido sobre la cumbre del monte serian el fruto y cañas que nascerian dél tan altas y gruesas, que igualarian á los cedros altos del Libano. De manera que cada caña y espiga sería como un cedro, y todas ellas vestirian la cumbre de su monte, y maneadas del aire ondearian sobre él, como ondean las copas de los cedros, y de los otros árboles soberanos de que el Libano se corona. En lo cual David dice tres cualidades muy señaladas. Porque lo uno dice: que son mieses de trigo, cosa útil y necesaria para la vida; y no árboles mas vistosos en ramas y hoja, que provechosos en fruto, como fueron los antiguos filósofos, y los que por su sola industria quisieron alcanzar la virtud. Y lo otro afirma, que estas mieses, no solo por ser trigo son mejores, sino en alteza tambien son mayores mucho que la arboleda del Libano. Que es cosa que se vee por los ojos, si cotejamos la grandeza de nombre que dejaron despues de sí los sabios y grandes del mundo, con la honra merecida que se da en la Iglesia á los santos, y se les dará siempre, floreciendo cada dia mas, en quanto el mundo durare. Y lo tercero dice, que tiene origen aqueste fruto de muy pequeños principios, de un puñado de trigo sembrado sobre la cumbre de un monte, adonde de ordinario cresce el trigo mal: porque ó no hay tierra sino peña en la cumbre, ó si la hay, es tierra muy flaca, y el lugar muy frio, por razon de su alteza. Pues esta es una de las mayores maravillas que vemos en la virtud que nasce, y se aprende en la escuela de Cristo, que de principios al parecer pequeños, y que cuasi no se echan de ver, no sabréis como, ni de que manera nasce y cresce, y sube; en brevísimo tiempo á incomparable grandeza. Bien sabemos todos lo mucho que la antigua filosofia se trabajó por hacer virtuosos los hombres, sus preceptos, sus disputas, sus revueltas cuestiones; y vemos cada hora en los libros la hermosura y el dulzor de sus escogidas y artificiosas palabras: mas tambien sabemos, con todo

(1) Psal. LXXI. v. 16.

aqueste aparato suyo, el pequeño fruto que hizo, y cuan menos fué lo que dió, de lo que se esperaba de sus largas promesas.

Mas en Cristo no pasó así. Porque si miramos lo general, del mismo que se llama no muchos granos, sino un grano de trigo muerto, y de doce hombres bajos y simples, y de su doctrina, en palabras tosca, y en sentencias breve, y al juicio de los hombres amarga, y muy áspera: se hinchó el mundo todo de incomparable virtud: como dirémos despues en su proprio y mas conveniente lugar. Y por semejante manera, si ponemos los ojos en lo particular que cada dia acontece en muchas personas, ¿quién es el que lo considera que no salga de sí? El que ayer vivia como sin ley, siguiendo empós de sus deseos, sin rienda y que estaba ya como encañado en el mal; el que servia al dinero, y cogia el deleite, soberbio con todos, y con sus menores soberbio y cruel; hoy con una palabra que le tocó en el oido, y pasando de allí al corazón, puso en él su simiente tan delicada y pequeña que apenas él mismo la entiende, ya comienza á ser otro, y en pocos dias, cundiendo por toda el alma la fuerza secreta del pequeño grano, es otro del todo, y cresce así en nobleza de virtud y buenas costumbres que la hojarasca seca que poco antes estaba ordenada al infierno, es ya árbol verde y hermoso lleno de fruto y de flor; y el leon es oveja ya, y el que robaba lo ageno, derrama ya en los agenos sus bienes, y el que se revolcaba en la hediondez, esparce al derredor de sí, y muy lejos de sí, por todas partes la pureza del buen olor. Y como dije, si tornando al principio, comparamos la gradeza de aquesta planta, y su hermosura, con el pequeño grano de donde nació, y con el breve tiempo en que ha venido á ser tal; verémos en extraña pequeñez, admirable y no pensada virtud. Y así Cristo, en unas partes dice, que es como el grano de mostaza, que es pequeño y trasciende: y en otras se asemeja á la perla oriental, pequeña en cuerpo, y grande en valor: y parte hay donde dice, que es levadura, la cual en sí es poca, y parece muy vil; y escondida en una gran masa, cuasi súbitamente, cunde por ella toda, y la inficiona. Escusado es ir buscando ejemplos en esto, adonde la muchedumbre nos puede anegar.

Mas entre todos es clarísimo el apóstol san Pablo (1), á quien hacemos hoy fiesta. ¿Quién era, y quién fué? y cuán en breve, y cuán con una palabra se convirtió de tinieblas en luz, y de ponzoña en árbol de vida para la Iglesia? Pero va-

(1) Act. Apóst. cap. VII. y cap. IX.

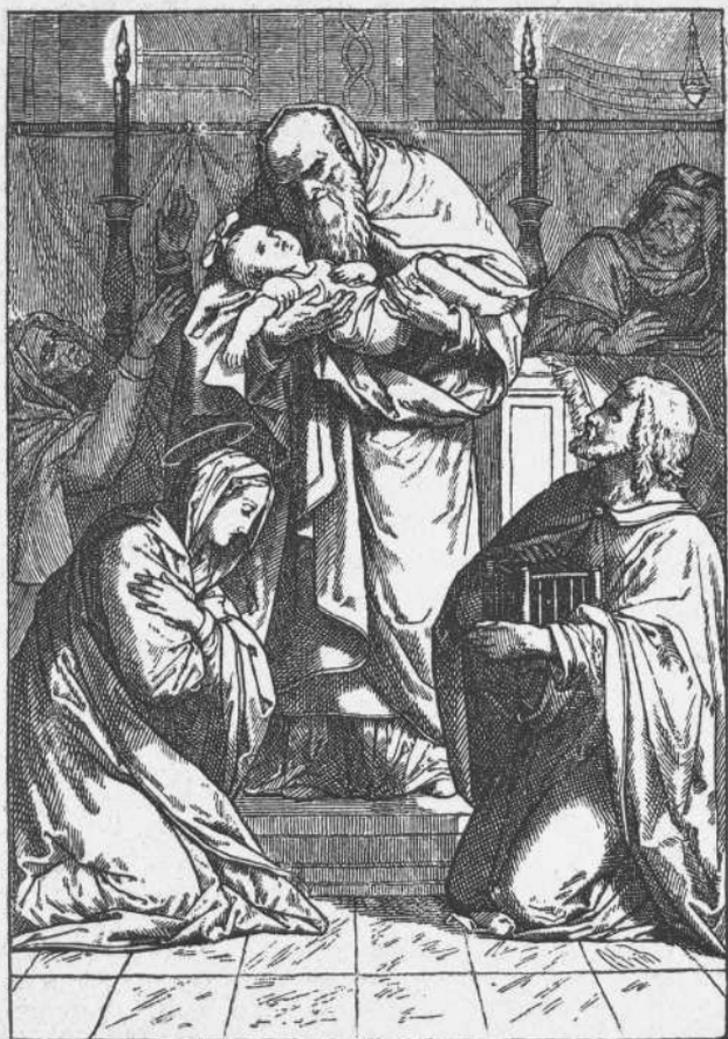
mos mas adelante. Añade David : *Monte cuajado*. La palabra original quiere decir el queso, y quiere tambien decir lo corcobado, y propriamente y de su origen significa todo lo que tiene en sí algunas partes eminentes é hinchadas sobre las demás que contiene. Y de aquí el queso, y lo corcobado se llama con aquesta palabra. Pues juntando esta palabra con el nombre de monte, como hace David aquí, y poniéndola en el número de muchos, como está en el primero texto, suena, como leyó san Agustin (1), *monte de quesos*; ó como trasladan agora algunos, *monte de corcobas*, y de la una y de la otra manera viene muy bien. Porque en decir lo primero, se declara y especifica mas la fertilidad deste monte. El cual no solo es de tierra gruesa y aparejada para producir mieses, sino tambien es monte de quesos, ó de cuajados, esto es significando por el efecto la causa, monte de buenos pastos para el ganado, digo monte bueno para pan llevar, y para apacentar ganados no menos bueno. Y como dice bien san Agustin (2), el pan y la grosura del monte que le produce, es el mantenimiento de los perfectos: la leche que se cuaja en el queso, y los pastos que la crian, es el propio manjar de los que comienzan en la virtud, como dice san Pablo: *Como á niños os di leche, y no manjar macizo*. Y así conforme á esto se entiende, que este monte, es general sustento de todos, así de los grandes en la virtud con su grosura, como de los recién nacidos en ella, con sus pastos y leche.

Mas si decimos de la otra manera, *monte de corcobas*, ó de hinchazones, dicese una señalada verdad. Y es, que como hay unos montes que suben seguidos hasta lo alto, y en lo alto hacen una punta sola y redonda; y otros que hacen muchas puntas, y que están como compuestos de muchos cerros: así Cristo no es MONTE como los primeros, eminente y excelente en una cosa sola, sino MONTE hecho de MONTES, y una grandeza llena de diversas é incomparables grandezas, y como si dijésemos, MONTE que todo él es MONTES: *para que, como escribe divinamente san Pablo, tenga principado y eminençia en todas las cosas*. Dice mas: *¿Que sospechais, MONTES de cerros? este es el MONTE que Dios escogió para su morada: y ciertamente el Señor mora en él para siempre*. Habla con todo lo que se tiene á sí mismo por alto, y que se opone á Cristo, presumiendo de traer competencias con él, y díceles: *¿qué sospechais?* ó como en otro lugar san Hierónimo (3) pu-

(1) In Psalm. CXVIII, Serm. XVII. n. 8 etc. in Psal. LXVII. vs 22. tom. 1V.

(2) Enarrat. in Psalm. CXXXI. v. 24. tom. IV.

(3) In Psalm. LXVIII. *juxta Hebr.*



Ves este niño, será caída y levantamiento para muchos...

Luc. cap. II.



so, ¿ qué pleiteais, ó qué peleais contra este MONTE? Y es como si mas claro dijese: ¿ Qué presuncion, ó qué pensamiento es el vuestro, ó montes, cuanto quiera que seais, segun vuestra opinion, eminentes, de oponeros con este MONTE, pretendiendo ó vencerle, ó poner en vosotros lo que Dios tiene ordenado de poner en él, que es su morada perpetua? Como si dijese, muy en balde, y muy sin fruto os fatigais. De lo cual entendemos dos cosas. La una, que este MONTE es envidiado y contradecido, de muchos montes; y la otra, que es escogido de Dios entre todos.

Y de lo primero que toca á la envidia y contradiccion, es, como si dijésemos, hado de Cristo, el ser siempre envidiado: que no es pequeño consuelo para los que le siguen, como se lo pronosticó el viejo Simeon, luego que lo vió niño en el templo, y hablando con su madre lo dijo (1): *Ves este niño, será caída y levantamiento para muchos en Israel, y como blanco á quien contradirán muchos.* Y el psalmo segundo en este mismo propósito: *¿ Porqué, dice, bramaron las gentes, y los pueblos trataron consejos vanos? Pusiéronse los reyes de la tierra, y los principes se hicieron á una contra el Señor, y contra su Cristo.* Y fué el suceso bien conforme al pronóstico, como se pareció en la contradiccion que hicieron á Cristo las cabezas del pueblo hebreo por todo el discurso de su vida, y en la conjuracion que hicieron entre sí para traerle á la muerte. Lo cual si se considera bien, admira mucho sin duda. Porque si Cristo se tratará como pudo tratarse, y conforme á lo que se debia á la alteza de su persona; si apeteciera el mando temporal sobre todos, ó si en palabras, ó si en hechos fuera altivo y deseoso de enseñorearse; si pretendiera no hacer bienes, sino enriquecerse de bienes, y sujetando á las gentes, vivir con su sudor y trabajo dellas, en vida de descanso abundante; si le envidiaran, y si se le opusieran muchos, movidos por sus intereses: ninguna maravilla fuera, antes fuera lo que cada dia acontece. Mas siendo la misma llaneza, y no anteponiéndose á nadie, ni queriendo derrocar á ninguno de su preminencia y oficio, viviendo sin fausto y humilde, y haciendo bienes jamás vistos generalmente á todos los hombres, sin buscar ni pedir, ni aun querer recibir por ello, ni honra, ni interés; que le aborreciesen las gentes, y que los grandes desamasen á un pobre, y los potentados y pontificados á un humilde bienhechor, es cosa que espanta. Pues acabóse esta envidiosa oposicion con su muerte, ¿ y á

(1) Luc. cap. II. v 34.

sus Discipulos dél, y á su doctrina no contradijeron despues, ni se opusieron contra ellos los hombres?

Lo que fué en la cabeza, eso mismo aconteció por los miembros. Y como él mismo lo dijo: *No es el discipulo sobre el maestro: si me persiguieron á mi, tambien os persiguirán á vosotros.* Así puntualmente les aconteció con los emperadores, y con los reyes, y con los príncipes de la sabiduría del mundo. Y por la manera que nuestra bienaventurada luz, debiendo segun toda buena razon ser amado, fué perseguido; así á los suyos, y su doctrina, con quitar todas las causas y ocasiones de envidia y de enemistad, les hizo toda la grandeza del mundo enemiga cruel. Porque los que enseñaban, no á engrandescer las haciendas, ni á caminar á la honra y á las dignidades, sino á seguir el estado humilde, y ageno de envidia, y á ceder de su proprio derecho con todos, y á empobrecerse á sí para el remedio de la agena pobreza, y á pagar el mal con el bien, y los que vivian así, como lo enseñaban, hechos unos públicos bienhechores; ¿quién pensará jamás que puedieran ser aborrescidos y perseguidos de nadie? ó quando lo fueran de alguno, ¿quién creyera que lo habian de ser de los reyes, y que el poderío y grandeza habia de tomar armas, y mover guerra contra una tan humilde bondad? Pero era aquesta la suerte que dió á este MONTE Dios para mayor grandeza suya. Y aun si queremos volver los ojos al principio, y á la primera origen de aqueste aborrescimiento y envidia; hallaremos, que mucho antes que comenzase á ser Cristo en la carne, comenzó aqueste su odio; y podremos venir en conocimiento de su causa dél en esta manera. Porque el primero que le envidió y aborresció fué Lucifer, como lo afirma, y muy conforme á la doctrina verdadera, el glorioso Bernardo (1): y comenzóle á aborrescer luego que habiéndoles á él y á algunos otros ángeles revelado Dios alguna parte deste su consejo y misterio, conoció que disponia Dios de hacer príncipe universal de todas las cosas á un hombre. Lo cual conoció luego al principio del siglo, y antes que cayese, y cayó por aventura por aquesta ocasion. Porque volviendo los ojos á sí, y considerando soberbiamente la perfeccion altísima de sus naturales, y mirando juntamente con esto el singular grado de gracias y dones, de que le habia dotado Dios, mas que á otro ángel alguno; contento de sí, y miserablemente desvanecido; apetesció para sí aquella excelencia y de apetescerla vino á no sujetarse á la órden y decreto de Dios, y á salir de su santa obediencia, y á trocar la gracia en soberbia; por

(1) In Cantica, serm. XVII núm. 5.

donde fué hecho cabeza de todo lo arrogante y soberbio, así como lo es Cristo de todo lo llano y humilde.

Y como del que en la escalera bajando pierde algún paso, no para su caída en un escalon, sino de uno en otro llega hasta el postrero cayendo; así Lucifer de la desobediencia para con Dios cayó en el aborrecimiento de Cristo, concibiendo contra él, primero envidia, y después sangrienta enemistad: y de la enemistad nació en él absoluta determinación de hacerle guerra siempre con todas sus fuerzas. Y así lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos cuanto fué en sí, toda la sucesión de los hombres, y después en su persona misma de Cristo, persiguiéndole por sus ministros, y trayéndole á muerte: y de allí en los Discípulos y seguidores dél, de unos en otros, hasta que se cierran los siglos, encendiendo contra ellos á sus principales ministros, que es á todo aquello que se tiene por sabio y por alto en el mundo. En la cual guerra y contienda, peleando siempre contra la flaqueza el poder, y contra la humildad la soberbia, y la maña, y la astucia contra la sencillez y bondad; al fin quedan aquellos vencidos, pareciendo que vencen. Y contra este enemigo propriamente endereza David las palabras de que vamos hablando. Porque á este Angel, y á los demás Angeles que le siguieron, en tantas maneras de naturales y graciosos bienes enriscados é hinchados, llama aquí; *corcobados y enriscados montes*, ó por decirlo mejor, *montes montuosos*, y á estos les dice así: ¿Porqué, ó montes soberbios, ó envidiais la grandeza del hombre en Cristo, que os es revelada; ó le moveis guerra pretendiendo estorbarla; ó sospechais que se debia esta gloria á vosotros; ó que será parte vuestra contradicción para quitársela? que yo os hago seguros, que será vano este trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta pelea en mayor acrescentamiento suyo; y que por mucho que os empiñéis, él pisará sobre vosotros, y la divinidad reposará en él dulce y agradablemente por todos los siglos sin fin. Y habiendo Marcelo dicho aquesto, callóse: y luego Sabino, entendiendo que habia acabado, y desplegando de nuevo el papel, y mirando en él, dijo: Lo que se sigue agora es asaz breve en palabras; mas sospecho que en cosas ha de dar bien que decir, y dice así:

## VIII.

*El sexto nombre es PADRE DEL SIGLO FUTURO. Así le lla-*

*ma Esaias en el capítulo nueve diciendo:* Y será llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO.

Aun no me habia despedido del monte, respondió Marcelo entonces; mas pues Sabino ha pasado adelante y para lo que me quedaba por decir habrá por ventura despues otro mejor lugar, sigamos lo que Sabino quiere. Y dice bien, que lo que agora ha propuesto es breve en palabras, y largo en razon: á lo menos, sino es largo, es hondo y profundo, porque se encierra en ello una gran parte del misterio de nuestra redempcion. Lo cual, si como ello es, pudiese caber en mi entendimiento, y salir por mi lengua vestido con las palabras y sentencias que se le deben; ello solo hinchiria de luz y de amor celestial nuestras almas. Pero confiados del favor de Jesu Cristo, y ayudándome en ello vuestros santos deseos, comencemos á decir lo que él nos diere, y comencemos desta manera.

Cierta cosa es, y averiguada en la santa Escritura, que los hombres, para vivir á Dios, tenemos necesidad de nacer segunda vez, demás de aquella que nascemos cuando salimos del vientre de nuestras madres. Y cierto es que todos los fieles nascen este segundo nascimiento, en el cual está el principio y origen de la vida santa y fiel. Así lo afirmó Cristo á Nicodemus, que siendo maestro en la ley, vino una noche á ser su discípulo. Adonde como por fundamento de la doctrina que le habia de dar, presupuso esto diciendo: *Ciertamente te digo, que ningun hombre, si no torna á nacer segunda vez, no podrá ver el reino de Dios.* Pues por la fuerza de los términos correlativos, que entre si se responden, se sigue muy bien, que donde hay nascimiento, hay hijo; y donde hijo, hay tambien padre. De manera que si los fieles, nasciendo de nuevo, comenzamos á ser nuevos hijos, tenemos forzosamente algun nuevo padre, cuya virtud nos engendra: el cual PADRE es Cristo. Y por esta causa es llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO: porque es el principio original desta generacion bienaventurada y segunda; y de la multitud innumerable de descendientes que nascen por ella.

Mas porque esto se entienda mejor, en quanto puede ser de nuestra flaqueza entendido, tomemos de su principio toda esta razon, y digamos lo primero, de donde vino á ser necesario, que el hombre nasciese segunda vez: y dicho esto, y procediendo de grado en grado ordenadamente, dirémos todo lo demás que á la claridad de todo este argumento, y á su entendimiento conviene, llevando siempre, como en estrella de guia, puestos los ojos en la luz de la Escritura sagrada, y siguiendo las pisadas de los Doctores y Santos antiguos. Pues

conforme á lo que yo agora decia, como la infinita bondad de Dios, movida de su sola virtud, ante todos los siglos se determinase de levantar á sí la naturaleza del hombre, y de hacerla particionera de sus mayores bienes, y señora de todas sus criaturas; Lucifer luego que lo conoció, encendido de envidia, se dispuso á dañar é infamar el género humano en cuanto pudiese, y á estragarle en el alma y en el cuerpo, por tal manera que hecho inhábil para los bienes del cielo, no viniese á efecto, lo que en su favor habia ordenado Dios. *Por envidia del demonio*, dice el Espiritu Santo en la Sabiduría (1), *entró la muerte en el mundo*. Y fué así, que luego que vió criado al primer hombre, y cercado de la gracia de Dios, y puesto en lugar deleitoso, y en estado bienaventurado, y como en un vecino y cercano escalon para subir al eterno y verdadero bien; echó tambien juntamente de ver, que le habia Dios vedado la fruta del árbol, y puéstole, si la comiese, pena de muerte, en la cual incurriese, cuanto á la vida del alma, luego, y cuanto á la del cuerpo, despues: y sabia por otra parte el demonio, que Dios no podia por alguna manera volverse de lo que una vez pone. Y así luego se imaginó, que si él podia engañar al hombre, y acabar con él, que traspasase aquel mandamiento; lo dejaba necesariamente perdido y condenado á la muerte, así del alma, como del cuerpo; y por la misma razon lo hacia incapaz del bien para que Dios le ordenaba. Mas porque se le ofreció, que aunque pecase aquel hombre primero, en los que despues dél nasciesen, podría Dios traer á efecto lo que tenia ordenado en favor de los hombres; determinóse de poner en aquel primero; como en la fuente primera, su ponzoña, y las semillas de su soberbia y profanidad y ambicion, y las raíces y principios de todos los vicios: y poner un atizador contino dellos, para que juntamente con la naturaleza, en los que nasciesen de aquel primer hombre, se derramase y extendiese este mal; y así nasciesen todos culpados, y aborrescibles á Dios, é inclinados á continuas y nuevas culpas, é inútiles todos para ser lo que Dios habia ordenado que fuesen.

Así lo pensó, y como lo pensó, lo puso por obra, y sucedióle su pretension. Porque inducido y persuadido del demonio el hombre pecó: y con esto tuvo por acabado su hecho, esto es, tuvo al hombre por perdido á remate, y tuvo por desbaratado y deshecho el consejo de Dios. Y á la verdad quedó extrañadamente dificultoso y revuelto todo este negocio del hom-

---

(1) Sapient. cap. II. v. 24.

bre. Porque se contradecian, y como hacian guerra entre sí dos decretos y sentencias divinas, y no parecia que se podia dar corte, ni tomar medio alguno que bueno fuese. Porque por una parte habia decretado Dios de ensalzar el hombre sobre todas las cosas. Y por otra parte habia firmado, que si pecase, le quitaria la vida del alma y del cuerpo: y habia pecado. Y así, si cumplia Dios el decreto primero, no cumplia con el segundo; y al revés cumpliendo el segundo dicho, el primero se deshacia y borraba: y juntamente con esto no podia Dios, así en lo uno como en lo otro, no cumplir su palabra. Porque no es mudable Dios en lo que una vez dice, ni puede nadie poner estorbo á lo que él ordena que sea. Y cumplirlo en ambas cosas, parecia imposible. Porque si á alguno se ofrece, que fuera bueno criar Dios otros hombres no descendientes de aquel primero; y cumplir con estos la ordenacion de su gracia, y la sentencia de su justicia ejecutarla en los otros; Dios lo pudiera hacer muy bien, sin ninguna duda: pero todavía quedaba falta, y como menor la verdad de la promesa primera. Porque la gracia della no se prometia á cualesquiera, sino á aquellos hombres que criaba Dios en Adam, esto es, á los que dél descendiesen. Por lo cual en esto, que no parecia haber medio, el saber no comprehensible de Dios lo halló: y dió salida á lo que por todas partes estaba con dificultades cerrado. Y el medio y la salida fue, no criar otro nuevo linaje de hombres, sino dar órden como aquellos mismos ya criados, y por órden de descendencia nascidos, nasciesen de nuevo otra vez: para que ellos mismos, y unós mismos, segun el primer nascimiento muriesen, y viviesen segun el segundo: y en lo uno ejecutase Dios la pena ordenada, y la gracia y grandeza prometida cumpliese Dios en lo otro: y así quedase en todo verdaderado y glorioso. Mas que bien, aunque brevemente, san Leon Papa (1) dice aquesto que he dicho.

*Porque se alababa, dice, el demonio, que el hombre por su engaño inducido al pecado habia ya de carecer de los dones del cielo, y que desnudado del don de la inmortalidad quedaba sujeto á dura senteneia de muerte; y porque decia, que habia hallado consuelo de sus caidas y males con la compañía del nuevo pecador, y que Dios tambien, pidiéndolo así la razon de su severidad y justicia para con el hombre, al cual crió para honra tan grande, habia mudado su antiguo y primer parecer: pues por esto fué necesario que usase Dios de nueva y*

(1) *In Nativit. ad. Domini*, serm. II. cap. I.

*secreta forma de consejo: para que Dios, que es inmutable, y cuya voluntad no puede ser impedida en los largos bienes que hacer determina, cumpliese con misterio mas secreto el primer decreto y ordenacion de su clemencia, y para que el hombre, por haber sido inducido á culpa por el engaño y astucia de la maldad infernal, no peresciese, contra lo que Dios tenia ordenado.*

Esta pues es la necesidad que tiene el hombre de nacer segunda vez. Á lo cual se sigue saber, que es, ó que fuerza tiene, y en que consiste este nuevo y segundo nascimiento. Para lo cual presupongo, que cuando nascemos, juntamente con la substancia de nuestra alma y cuerpo con que nascemos, nasce tambien en nosotros un espíritu y una infeccion infernal, que se extiende y derrama por todas las partes del hombre, y se enseñorea de todas, y las daña y destruye. Porque en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desórden de las leyes de Dios, y en los apetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y en todo el cuerpo desamamiento y flaqueza y penalidad y finalmente muerte y corrupcion. Todo lo cual san Pablo suele comprehender con un solo nombre, y lo llama *pecado, y cuerpo de pecado*: y Santiago dice, que *la rueda de nuestro nascimiento* (esto es, el principio dél, ó la substancia con que nascemos) *está encendida con fuego del infierno.*

De manera que en la substancia de nuestra alma y cuerpo nasce, cuando ella nasce, impresa y apegada esta mala fuerza, que con muchos nombres apenas puede ser bien declarada; la cual se apodera della así, que no solamente la inficiona y contamina y hace casi otra, sino tambien la mueve y enciende, y lleva por donde quiere, como si fuese alguna otra substancia ó espíritu asentado y engerido en el nuestro, y poderoso sobre él. Y si quiere saber alguno la causa porque nascemos así, para entenderlo, hase de advertir lo primero, que la substancia de la naturaleza del hombre, ella de sí, y de su primer nascimiento, es substancia imperfecta, y como si dijésemos, comenzada á hacer; pero tal, que tiene libertad y voluntad para poder acabarse y figurarse del todo, en la forma, ó mala ó buena, que mas le pluguiere, porque de suyo no tiene ninguna, y es capaz para todas, y maravillosamente fácil, y como de cera para cada una de ellas. Lo segundo, hase tambien de advertir, que esto que le falta y puede adquirir el hombre, que es como cumplimiento y fin de la obra, aunque no le da cuando lo tiene el ser, y el vivir, y el moverse;

pero daleel se bueno ó ser malo, y dale determinadamente su bien y figur<sup>a</sup> propria, y es como el espíritu y la forma de la misma ánima, y la que la lleva y determina á la cualidad de sus obras, y lo que se extiende y trasluce por todas ellas, para que obre como vive, y para que sea lo que hace conforme al espíritu que la cualifica, y la mueve á hacer. Pues aconteciéndonos así, que Dios cuando formó al primer hombre, y formó en él á todos los que nascemos dél, como en su simiente primera; porque le formó con sus manos solas, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada ó perfecta; sobrepuso luego á la substancia natural del hombre los dones de su gracia, y figurólo particularmente con su sobrenatural imágen y espíritu, y sacólo como si dijésemos de un golpe, y de una vez acabado del todo, y divinamente acabado. Porque al que segun su facilidad natural se podia figurar en condiciones y mañas, ó como bruto, ó como demonio, ó como ángel, figuróle él como Dios, y puso en él una imágen suya sobrenatural, y muy cercana á su semejanza: para que así él, como los que estábamos en él, nasciendo despues, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primero padre no la perdiere. Mas perdióla presto, porque traspasó la ley de Dios, y así fué despojado luego de aquesta perfeccion de Dios que tenia; y despojado della, no fué su suerte tal, que quedase desnudo, sino como dicen (1) del truco de Glauco y Diomedes, trocando desigualmente las armas, juntamente fué desnudado y vestido. Desnudado del espíritu y figura sobrenatural de Dios, y vestido de la culpa y de su miseria, y del traje y figura y espíritu del demonio, cuyo inducimiento siguió. Porque así como perdió lo que tenia de Dios, porque se apartó dél; así porque siguió y obedeció á la voz del demonio, concibió luego en si su espíritu y sus mañas: permitiendo por esta razon Dios justísimamente, que debajo de aquel manjar visible; por via y fuerza secreta pusiese en él el demonio una imágen suya, esto es, una fuerza malvada muy semejante á él. La cual fuerza, unas veces llamamos *ponzoña*, porque se presentó el demonio en figura de sierpe; otras *ardor y fuego*, porque nos enciende y abrasa con no creibles ardores; y otras *pecado*, porque consiste toda ella en desórden y desconcierto, y siempre inclina á desórden. Y tiene otros mil nombres, y son pocos todos para decir lo malo que ella es: y el mejor es llamarla un otro demonio, porque tiene y encierra en si las condiciones todas del demonio, soberbia, arrogancia, envidia, desacato de Dios, aficion á bienes sensibles, amor de deleites, y de menti-

(1) Hom. *Iliad.* lib. 6.

ra, y de enojo y engaño, y de todo lo que es vanidad. El cual mal espíritu así como sucedió al bueno, que el hombre tenía antes; así en la forma del daño que hizo, imitó al bien y al provecho que hacia el primero. Y como aquel perfeccionaba al hombre no solo en la persona de Adam, sino tambien en la de todos los que estábamos en él; y así como era bien general, que ya en virtud y en derecho lo teníamos todos, y lo tuviéramos cada uno en real posesion en nasciendo: así aquesta ponzoña emponzoña no á Adam solamente, sino á todos nosotros sus sucesores, primero á todos en la raiz y semilla de nuestro origen, y despues en particular á cada uno cuando nascemos, nasciendo juntamente con nosotros, y apegada á nosotros. Y esta es la causa porque nascemos, como dije al principio, inficionados y pecadores.

Porque así como aquel espíritu bueno, siendo hombres, nos hacia semejantes á Dios: así aqueste mal y pecado, añadido á nuestra substancia, y nasciendo con ella, la figura, y hace que nazca, aunque en forma de hombre, pero acondicionada como demonio, y serpentina verdaderamente, y por el mismo caso culpada, y enemiga de Dios, y hija de ira y del demonio, y obligada al infierno. Y tiene aun además destas otras propiedades esta ponzoña y maldad, las cuales iré refiriendo agora, porque nos servirán mucho para despues. Y lo primero, tiene que entre aquestas dos cosas, que digo, de las cuales la una es la substancia del cuerpo y del alma, y la otra esta ponzoña y espíritu malo, hay esta diferencia, quanto á lo que toca á nuestro propósito, que la substancia del cuerpo y del alma ella de sí es buena, y obra de Dios; y si llegamos la cosa á su principio, la tenemos de solo Dios. Porque el alma él solo la cria; y del cuerpo, quando al principio lo hizo de un poco de barro, él solo fué el hacedor: y ni mas ni menos, quando despues lo produce de aquel cuerpo primero, y como van los tiempos, lo saca á luz en cada uno que nasce, él tambien es el principal de la obra. Mas el otro espíritu ponzoñoso y soberbio en ninguna manera es obra de Dios, ni se engendra en nosotros con su querer y voluntad, sino es obra toda del demonio y del primer hombre: del demonio, inspirando y persuadiendo; del hombre, voluntaria y culpablemente rescibiéndolo en sí.

Y así esto solo es lo que la santa Escritura llama en nosotros, *viejo hombre* y *viejo Adam*; porque es propria hechura de Adam, esto es, porque es, no lo que tuvo Adam de Dios, sino lo que él hizo en sí por su culpa, y por virtud del demonio. Y llámase, *vestidura vieja*, porque sobre la naturaleza

que Dios puso en Adam, él se revistió despues con esta figura, y hizo que nasciésemos revestidos della nosotros. Y llámase, *imágen del hombre terreno*, porque aquel hombre que Dios formó de la tierra, se transformó en ella por su voluntad; y cual él se hizo entonces, tales nos engendra despues, y le parecemos en ella, ó por decir verdad, en ella somos (del todo sus hijos, porque en ella somos hijos solamente de Adam. Que en la naturaleza, y en los demás bienes naturales con que nascemos, somos hijos de Dios, ó sola ó principalmente, como arriba está dicho; y sea aquesto lo primero. Lo segundo, tiene otra propiedad aqueste mal espíritu, que su ponzoña y daño dél nos toca de dos maneras; una en virtud, otra formal y declaradamente. Y porque nos toca virtualmente de la primera manera, por eso nos toca formalmente despues. En virtud nos tocó, cuando nosotros aun no teníamos ser en nosotros, sino en el ser y en la virtud de aquel, que fué padre de todos. En efecto y realidad, cuando de aquella preñez venimos á esta luz.

En el primero tiempo este mal no se parecia claro, sino en Adam solamente; pero entendiase, que lanzaba su ponzoña con disimulacion en todos los que estábamos en él tambien como disimulados: mas en el segundo tiempo, descubierta y expresamente nasce con cada uno. Porque si tomásemos agora la pepita de un melocoton, ó de otro árbol cualquiera, en la cual están originalmente encerrados la raíz del árbol, y el tronco, y las hojas, y flores, y frutos dél; y si imprimiésemos en la dicha pepita, por virtud de alguna infusion, algun color y sabor extraño, en la pepita misma luego se vee y siente aqueste color y sabor; pero en lo que está encerrado en su virtud della, aun no se vee, así como ni ello mismo aun no es visto; pero entiéndese que está ya lanzado en ello aquel color y sabor, y que le está impreso en la misma manera que aquello todo está en la pepita encerrado, y verse ha abiertamente despues en las hojas y flores y frutos que digo, cuando del seno de la pepita ó grano, donde estaban cubiertos, se descubrieren y salieren á luz: pues así y por la misma manera pasa en aquesto, de que vamos hablando. La tercera propiedad, y que se consigue á lo que agora decíamos, es, que esta fuerza ó espíritu, que decíamos, nasce al principio en nosotros, no porque nosotros por nuestra propia voluntad y persona la hicimos y merecimos, sino por lo que hizo y mereció otro, que nos tenía dentro de sí, como el grano tiene la espiga; y así su voluntad fué habida por nuestra voluntad, y queriendo él, como quiso, inficionarse en la forma como habemos dicho,

fuimos vistos nosotros querer para nosotros, lo mismo. Pero dado que al principio esta maldad, ó espíritu de maldad, nasce en nosotros sin merecimiento nuestro proprio; mas despues, queriendo nosotros seguir sus ardores, y dejándonos llevar de su fuerza, cresce, y se establece, y confirma mas en nosotros por nuestros desmerecimientos. Y así nasciendo malos, y siguiendo el espíritu malo con que nascemos, merecemos ser peores, y de hecho lo somos. Pues sea lo cuarto y postrero, que esta mala ponzoña y simiente, que tantas veces ya digo, que nasce con la substancia de nuestra naturaleza, y se extiende por ella, quanto es de su parte, la destruye y trae á perdicion, y la lleva por sus pasos contados á la suma miseria; y quanto cresce y se fortifica en ella, tanto mas la enflaquece y desmaya, y si debemos usar de esta palabra aqui, la anhila.

Porque aunque es verdad, como habemos ya dicho, que la naturaleza nuestra es de cera, para hacer en ella lo que quisiéremos; pero como es hechura de Dios, y por el mismo caso buena hechura, la mala condicion, y mal ingenio, y mal espíritu que le ponemos, aunque le recibe por su facilidad y capacidad, pero recibe daño con él, por ser, como obra de buen maestro, buena ella de suyo, é inclinada á lo que es mejor. Y como la carcoma hace en el madero, que nasciendo en él lo consume; así esta maldad, ó mal espíritu, aunque se haga á él, y se envista del nuestra naturaleza, la consume casi del todo. Porque asentado en ella, y como royendo en ella continuamente, pone desórden y desconcierto en todas las partes del hombre. Porque pone en alborato todo nuestro reino, y lo divide entre sí, y desata las ligaduras con que esta compostura nuestra de cuerpo y de alma, se ata y se trava; y así hace que ni el cuerpo esté sujeto al alma, ni el alma á Dios, que es camino cierto y breve para atraer, así el cuerpo, como el alma á la muerte. Porque como el cuerpo tiene del alma su vida toda, vive mas quanto le está mas sujeto; y por el contrario se va apartando de la vida, como va saliéndose de su sujecion y obediencia: y así aqueste dañado furor, que tiene por oficio sacalle della, en sacándole, que es desde el primer punto que se junta á él, y que nasce con él, le hace pasible y sujeto á enfermedades y males: y así como va creciendo en él, le enflaquece mas y debilita, hasta que al fin le desata y aparta del todo del alma, y le torna polvo, para que quede para siempre hecho polvo, quanto es de su parte. Y lo que hace en el cuerpo, eso mismo hace en el alma, que como el cuerpo, vive

della, así ella vive de Dios, del cual este espíritu malo lo aparta, y va cada día apartándola más, cuanto mas va creciendo; y ya que no puede gastarla toda, ni volverla en nada porque es de metal que no se corrompe, gástala hasta no dejarle mas vida de la que es menester para que se conozca por muerta, que es la muerte que la Escritura santa llama segunda muerte, y la muerte mayor, ó la que es sola verdadera muerte; como se pudiera mostrar agora aquí con razones, que lo ponen delante los ojos: pero no se ha de decir todo en cada lugar. Mas lo proprio deste que tratamos agora, y lo que decir nos conviene, es lo que dice Santiago, el cual como en una palabra esto todo que he dicho lo comprehende diciendo. *El pecado, cuando llega á su colmo, engendra muerte.*

Y es digno de considerar, que cuando amenazó Dios al hombre con miedos, para que no diese entrada en su corazón á aqueste pecado, la pena que le denunció, fué eso mismo que él hace, y el fruto que nasce dél, segun la fuerza y la eficacia de su cualidad, que es una perfecta y acabada muerte: como no queriendo él por sí poner en el hombre las manos, ni ordenar contra él extraordinarios castigos, sino dejarle el azote de su proprio querer, para que fuese verdugo suyo eso mismo que habia escogido. Mas dejando esto aquí, y tornando á lo que al principio propuse, que es, decir aquello en que consiste aqueste postrer nascimiento, digo, que consiste, no en que nazca en nosotros otra substancia de cuerpo y de alma; porque eso no fuera nacer otra, vez, sino nacer otros, con lo cual, como está dicho, no se conseguia el fin pretendido: sino consiste en que esta nuestra substancia nazca sin aquel mal espíritu y fuerza primera, y nazca con otro espíritu y fuerza contraria y diferente della. La cual fuerza y espíritu, en que, segun decimos, consiste el segundo nacer, es llamado *hombre nuevo* y *Adán nuevo* en la santa Escritura; así como el otro su contrario y primero se llama *hombre viejo*, como habemos ya dicho.

Y así como aquel se extendia por todo el cuerpo, y por toda el alma del hombre, así el bueno tambien extiende por todo; y como lo desordenaba aquel, lo ordena este y lo santifica y trae últimamente á vida gloriosa y sin fin; así como aquel lo condenaba á muerte miserable y eterna. Y es por contraria manera del otro, luz en el ánimo, y acuerdo de Dios en la memoria, y justicia en la voluntad, y templanza en los deseos, y en los sentidos guía, y en las manos y en las obras provechoso mérito y fruto, y finalmente vida, y paz general de todo.

el hombre, é imagen verdadera de Dios, y que hace á los hombres sus hijos. Del cual espíritu, y de los buenos efectos que hace, y de toda su eficacia y virtud, los sagrados escritores, tratando dél debajo de diversos nombres, dicen mucho en muchos lugares. Pero baste por todos san Pablo en lo que escribiendo á los Galatas dice desta manera: *El fruto del Espíritu Santo son caridad, gozo, paz, largueza de ánimo, bondad, fee, mansedumbre y templanza.* Y el mismo en el capítulo tercero á los Colosenses: *despojándoos del hombre viejo, vestíos el nuevo, el renovado para conocimiento, segun la imagen del que le crió.* Aquesto pues es nascer los hombres segunda vez, conviene á saber, vestirse dea questo espíritu, y nascer, no con otro ser y substancia, sino cualificarse y acondicionarse de otra manera, y nascer con otro aliento diferente. Y aunque prometí solamente decir que nascimiento era este, en lo que he dicho he declarado, no solo lo que es el nascer, sino tambien cual es lo que nasce, y las condiciones del espíritu que en nosotros nos nasce, así la primera vez como la segunda.

Resta agora que pasando adelante digamos, que hizo Dios, y la forma que tuvo para que nasciésemos de aquesta segunda manera; con lo cual, si lo llegamos al cabo, quedara casi acabado todo lo que á esta declaracion pertenesce. Callóse Marcelo luego que dijo esto, y comenzábase á apereibir para tornar á decir. Mas Juliano, que desde el principio le habia oido atentísimo, y por algunas veces con significaciones y meneos habia dado muestras de maravillarse, tomando la mano dijo: Estas cosas, Marcelo, que agora decis, no las sacais de vos, ni menos sois el primero que las traeis á luz; porque todas ellas están como sembradas y esparcidas, así en los libros divinos, como en los doctores sagrados, unas en unos lugares, y otras en otros; pero sois el primero de los que he visto y oido yo, que juntando cada una cosa con su igual cuya es, y como pareándolas entre sí, y poniéndolas en sus lugares, y trabándolas todas, y dándoles orden, habeis hecho como un cuerpo, y como un tejido de todas ellas. Y aunque es verdad que cada una destas cosas por sí, cuando en los libros donde estan las leemos, nos alumbran y enseñan; pero no sé en que manera y juntas ordenadas, como vos agora las habeis ordenado, hinchen el alma juntamente de luz y de admiracion; y parece que le abren como una nueva puerta de conocimiento.

No sé lo que sentirán los demás: de mí os afirmo, que mirando aqueste bulto de cosas, y este concierto tan trabado del consejo divino, que vais agora diciendo, y aun no habeis di-

cho del todo, pero aquesto solo, que hasta aquí habeis platicado, mirándolo, me hace ya ver, á lo que me parece, en las letras sagradas muchas cosas, no digo que no las sabia, sino que no las advertia antes de agora, y que pasaba fácilmente por ellas. Y aun se me figura tambien, no sé si me engaño, que este solo misterio, así todo junto bien entendido, él por sí solo basta á dar luz en muchos de los errores que hacen en este miserable tiempo guerra á la Iglesia, y basta á desterrar sus tinieblas malos. Porque en esto solo que habeis dicho, y sin ahondar mas en ello, ya se me ofrece á mí, y como se me viene á los ojos, ver como este nuevo espíritu, en que el segundo y nuevo nascimiento nuestro consiste, es cosa metida en nuestra alma, que la transforma y renueva; así como su contrario de aqueste, que hace el nascimiento primero, vivia tambien en ella, y la inficionaba; y que no es cosa de imaginacion, ni de respeto exterior, como dicen los que desatinan agora: porque si fuera así, no hiciera nascimiento nuevo, pues en realidad de verdad no ponía cosa alguna nueva en nuestra substancia, antes la dejaba en su primera vejez. Y veo tambien, que este espíritu y criatura nueva, es cosa que recibe crecimiento como todo lo demás que nasce: y veo que cresce por la gracia de Dios, y por la industria y buenos méritos de nuestras obras, que nascen de ella: como al revés su contrario, viviendo nosotros en él, y conforme á él, se hace cada dia mayor, y cobra mayores fuerzas, cuanto son nuestros desmerescimientos mayores. Y veo tambien, que obrando cresce este espíritu, quiero decir, que las obras que hacemos movidos dél, merecen su crecimiento dél, y son como su cebo y proprio alimento: así como nuestros nuevos pecados ceban y acrescientan á ese mismo espíritu malo y dañado que á ellos nos mueve.

Sin duda es así, respondió entonces Marcelo, que aquesta nueva generacion, y el consejo de Dios acerca della, si se ordena todo junto, y se declara y entiende bien, destruye las principales fuentes del error luterano, y hace su falsedad manifiesta. Y entendido bien esto de una vez, quedan claras y entendidas muchas escrituras, que parecen revueltas y obscuras. Y si tuviese yo lo que para esto es necerario de ingenio y de letras, y si me concediese el Señor el ocio y el favor que yo le suplico; por ventura emprenderia servir en este argumento á la Iglesia, declarando este misterio y aplicándole á lo que agora entre nosotros y los herejes se alterca, y con el rayo de aquesta luz sacando de cuestion la verdad, que á mi juicio seria obra muy provechosa; y así como puedo, no me

despido de poner en ella mi estudio á su tiempo. ¿Cuándo no es tiempo para un negocio semejante? respondió Juliano.

Todo es buen tiempo, respondió Marcelo, mas no está todo en mi poder, ni soy mio en todos los tiempos. Porque ya veis cuantas son mis ocupaciones, y la flaqueza grande de mi salud. Como si en medio de aquehas ocupaciones y poca salud, dijo ayudando á Juliano Sabino, no supiésemos que teneis tiempo para otras escrituras, que no son menos trabajosas que esa, y son de mucho menos utilidad. Esas son cosas, respondió Marcelo, que dado que son muchas en número, pero son breves cada una por sí: mas esta es larga escritura, y muy trabada, y de grandísima gravedad: y que comenzada una vez, no se podia, hasta llegarla al fin, dejar de la mano. Lo que yo deseaba era el fin destos pleitos y pretendencias de escuelas, con algun mediano y reposado asiento. Y si al Señor le agradare servirse en esto de mí, su piedad lo dará. Él lo dará, respondieron como á una Juliano y Sabino, pero esto se debe anteponer á todo lo demás. Que se anteponga, dijo Marcelo, en buena hora, mas eso será despues, agora tornemos á proseguir lo que está comenzado. Y callando con esto los dos, y mostrándose atentos, Marcelo tornó á comenzar así. Hemos dicho como los hombres nascemos segunda vez, y la razon y necesidad porque nascemos así, y aquello en que este nascimiento consiste. Quédanos por decir la forma que tuvo y tiene Dios para hacerle, que es decir, lo que ha hecho para que seamos los hombres engendrados segunda vez. Lo cual es breve y largo juntamente. Breve, porque con decir solamente que hizo un otro hombre, que es Cristo hombre, para que nos engendrarse segunda vez, así como el primero hombre nos engendró la primera; queda dicho todo lo que es ello en sí: mas es largo, porque para que esto mismo se entienda bien y se conozca, es menester declarar lo que puso Dios en Cristo, para que con verdad se diga ser nuestro PADRE, y la forma como él nos engendra. Y así lo uno como lo otro no se puede declarar brevemente. Mas viniendo á ello, y comenzando de lo primero, digo que queriendo Dios, y placiéndole por su bondad infinita dar nuevo nascimiento á los hombres, ya que el primero por culpa dellos era nascimiento perdido; porque de su ingenio es traer á su fin todas las cosas con suavidad y dulzura, y por los medios que su razon dellas pide y demanda: queriendo hacer nuevos hijos, hizo convenientemente un nuevo PADRE, de quien ellos nasciesen; y hacerle fué poner en él todo aquello que para ser PADRE universal es necesario y conviene. Porque

lo primero, porque habia de ser PADRE de hombres, ordenó que fuese hombre; y porque habia de ser PADRE de hombres ya nascidos, para que tornasen á renascer, ordenó que fuese del mismo linaje y metal dellos. Pero porque en esto se ofrecia una grande dificultad, que por una parte, para que renasciese deste nuevo PADRE nuestra substancia mejorada, convenia que fuese él del mismo linaje y substancia: y por otra parte estaba dañada é inficionada toda nuestra substancia en el primero PADRE, y por la misma causa tomándola dél el segundo PADRE, parecia que la habia de tomar así mismo dañada; y si la tomaba así, no pudiéramos nascer dél segunda vez, puros y limpios, y en la manera que Dios pretendia que nasciésemos: así que ofreciéndose aquesta dificultad, el sumo saber de Dios, que en las mayores dificultades resplandescemas, halló forma como este segundo PADRE fuese hombre del linaje de Adam, y no nasciese con el mal y con el daño con que nascen los que nascemos de Adam. Y así le formó de la misma masa y descendencia de Adam, pero no como se forman los demás hombres, con las manos y obra de Adam, que es todo lo que daña y estraga la obra; sino formóle con las suyas mismas, y por sí solo, y por la virtud de su Espíritu, en las entrañas purísimas de la soberana Virgen descendiente de Adam. Y de su sangre y substancia santísima, dándola ella sin ardor vicioso, y con amor de caridad encendido, hizo el segundo Adam, y PADRE nuestro universal, de nuestra substancia y ageno del todo de nuestra culpa, y como panal vírgen, hecho con las manos del cielo, de materia pura, ó por mejor decir, de la flor de la pureza misma y de la virginidad.

Y esto fué lo primero. Y demás desto, procediendo Dios en su obra, porque todas las cualidades que se descubren en la flor y en el fruto, conviene que estén primero en la semilla, de donde la flor nasce y el fruto; por eso en este, que habia de ser la origen desta nueva y sobrenatural descendencia, asentó y colocó abundantísima, ó infinitamente, por hablar mas verdad, todo aquello bueno en que habíamos de renascer todos los que nasciésemos dél, la gracia, la justicia, el espíritu celestial, la caridad, el saber, con todos los demás dones del Espíritu Santo: y asentólos como en principio con virtud y eficacia, para que nasciesen dél en otros, y se derivasen en sus descendientes, y fuesen bienes, que pudiesen producir de sí otros bienenes. Y porque en el principio no solamente están las cualidades de los que nascen dél, sino tambien esos mismos que nascen, antes que nazcan en sí, están en su principio como en virtud; por tanto convino tambien, que los que

nascemos deste divino PADRE, estuviésemos primero puestos en él como en nuestro principio, y como en simiente, por secreta y divina virtud, y Dios lo hizo así. Porque se ha de entender, que Dios por una manera de union espiritual é inefable juntó con Cristo en cuanto hombre, y como encerró en él á todos sus miembros; y los mismos que cada uno en su tiempo vienen á ser en sí mismos, y á renacer y vivir en justicia, y los mismos que despues de la resurreccion de la carne justos y gloriosos, y por todas partes deificados, diferentes en personas, serémos unos en espíritu, así entre nosotros, como con Jesu Cristo, ó por hablar con mas propiedad, serémos todos un Cristo; esos mismos, no en forma real, sino en virtud original, estuvimos en él antes que renasciésemos, por obra y por artificio de Dios, que le plugo ayuntarnos á sí secreta y espiritualmente con quien habia de ser nuestro principio, para que con verdad lo fuese, y para que procediésemos dél, no nasciendo segun la substancia de nuestra humana naturaleza, sino renasciendo segun la buena vida della, con el espíritu de justicia y de gracia. Lo cual demás de que lo pide la razon de ser PADRE, consiguiese necesariamente á lo que antes desto dijimos.

Porque si puso Dios en Cristo espíritu y gracia principal, esto es, en sumo y eminente grado, para que de allí se engendrarse el nuevo espíritu y la nueva vida de todos; por el mismo caso nos puso á todos en él, segun aquesta razon. Como en el fuego que tiene en sumo grado el calor, y es por eso la fuente de todo lo que es en alguna manera, caliente, está todo lo que lo puede ser, aun antes que lo sea, como en su fuente y principio. Mas por sacarlo de toda duda, será bien que lo probemos con el dicho y testimonio del Espíritu Santo. San Pablo, movido por él, en la carta que escribe á los Efesios dice lo que ya he alegado antes de agora (1): Que Dios en Cristo recapituló todas las cosas. Adonde la palabra del texto griego es palabra propria de los contadores, y significa lo que hacen cuando muchas y diferentes partidas las reducen á una, lo cual llamamos en castellano *sumar*. Adonde en la suma estan las partidas todas, no como antes estaban ellas en sí divididas, sino como en suma y virtud. Pues de la misma manera dice San Pablo, que Dios sumó todas las cosas en Cristo, ó que Cristo es como una suma de todo, y por consiguiente está en él puesto todo y ayuntado por Dios espiritual y secretamente, segun aquella manera, y segun aquel ser en que todo puede ser par él reformado, y como si dijésemos, reen-

(1) Ad Ephes. cap. I. v. 10.

gendrado otra vez; como el efecto está unido á su causa antes que salga della, y como el ramo en su raiz y principio. Pues aquella consecuencia que hace el mismo san Pablo diciendo: *Si Cristo murió por todos, luego todos morimos*; notoria cosa es que estriba, y que tiene fuerza en aquesta union que decimos. Porque muriendo él, por eso morimos, porque estábamos en él todos en la forma que he dicho.

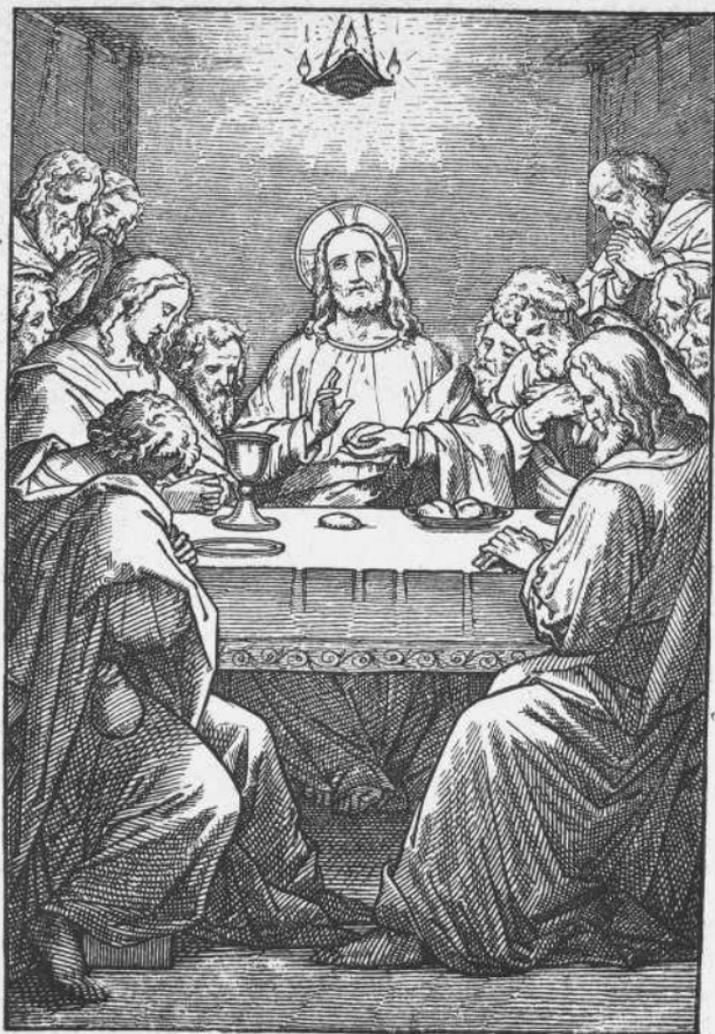
Y aun esto mismo se colige mas claro de lo que á los Romanos escribe. *Sabemos, dice, que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con él*. Si fué crucificado con él, estaba sin duda en él, no por lo que tocaba á su persona de Cristo, la cual fué siempre libre de todo pecado y vejez; sino porque tenia unidas y juntas consigo mismo nuestras personas, por secreta virtud. Y por razon desta misma union y ayuntamiento se escribe en otro lugar (1) de Cristo, que nuestros pecados todos los subió en sí, y los enclavó en el madero. Y lo que á los Efesios escribe san Pablo *que Dios nos vivificó en Cristo, y nos resucitó con él juntamente, y nos hizo sentar juntamente con él en los cielos*; aun antes de la resurreccion y glorificacion general, se dice y escribe con grande verdad, por razon de aquesta unidad. Dice Esaías, que *puso Dios en Cristo las maldades de todos nosotros*, y que *su cardenal nos dió salud*. Y el mismo Cristo, estando padeciendo en la cruz, con alta y lastimera voz dice (2): *Dios mio, Dios mio, por qué me desamparaste? léjos de mi salud las voces de mis pecados*; así como tanto antes de su pasion lo habia profetizado y cantado David (3). ¿Pues cómo será aquesto verdad, sino es verdad que Cristo padescia en persona de todos, y por consiguiente que estábamos en él ayuntados todos por secreta fuerza, como están en el PADRE los hijos, y los miembros en la cabeza? ¿No dice el Profeta (4), que trae este rey sobre sus hombros su impeiro? ¿Mas qué imperio? pregunta. El mismo Rey lo declara, cuando en la parábola de la oveja perdida dice, que para reducirla la puso sobre sus hombros. De manera que su imperio son los suyos, sobre quien él tiene mando, los cuales trae sobre sí, porque para reengendrarlos y salvarlos los ayuntó primero consigo mismo. San Agustin sin duda dicelo así escribiendo sobre el psalmo veinte y uno alegado, y dice desta manera: *¿Y por qué dice eso, sino porque nosotros estábamos allí tambien en él?* Mas

(1) I. Petr. cap. II. v. 24.

(2) Matth. cap. XXVII. v. 46. Marc. cap. XV 34.

(3) Psalm. XXL. v. 2.

(4) Esai. cap. IX. v. 4.



..en aquel dia conoceris que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí...

Juan, cap. XIV.



escusados son los argumentos, adonde la verdad ella misma se declara á sí misma. Oigamos lo que Cristo dice en el sermón de la Cena (1). *En aquel día conoceréis* (y hablaba del día en que descendió sobre ellos el Espíritu Santo) así que *en aquel día conoceréis, que yo estoy en mi PADRE, y vosotros en mí*. De manera que hizo Dios á Cristo PADRE deste nuevo linaje de hombres, y para hacerle PADRE, puso en él todo lo que al ser padre se debe, la naturaleza, conforme á los que dél han de nacer; y los bienes todos que han de tener los que en esta manera nasceren; y sobre todo á ellos mismos, los que así nascerán, encerrados en él, y unidos con él como en virtud y en origen.

Mas ya que habemos dicho como puso Dios en Cristo todas las partes y virtudes de PADRE, pasemos á lo que nos queda por decir, y habemos prometido decirlo, que es la manera como aqueste PADRE nos engendró. Y declarando la forma desta generacion, quedará mas averiguado y sabido el misterio secreto de la union sobredicha: y declarando como nascemos de Cristo, quedará claro, como es verdad que estábamos en él primero.

Pero convendrá para dar principio á aquesta declaracion, que volvamos un poco atrás con la memoria, y que pongamos en ella, y delante de los ojos del entendimiento, lo que arriba dijimos del espíritu malo con que nascemos la primera vez, y de como se nos comunicaba primero en virtud, cuando nosotros tambien teníamos el ser en virtud, y estábamos como encerrados en nuestro principio, y despues en expresa realidad, cuando saliendo dél, y viniendo á esta luz, comenzamos á ser en nosotros mismos. Porque se ha de entender, que este segundo PADRE, como vino á deshacer los males que hizo el primero, por las pisadas que fué dañando el otro, por esas mismas procede él haciéndonos bien. Pues digo así, que Cristo nos reengendró y cualificó primero en sí mismo como en virtud, y segun la manera como en él estábamos juntos, y despues nos engendra y renueva á cada uno por sí, y segun el efecto real. Y digamos de lo primero. Adam puso en nuestra naturaleza y en nosotros, segun que en él estábamos, el espíritu del pecado y la desórden, desordenándose él á sí mismo, y abriendo la puerta del corazon á la ponzoña de la serpiente, y aposentándola en sí y en nosotros. Y ya desde aquel tiempo, quanto fue de su parte dél, comen-

(1) Joan cap. XIV. v. 20.



zamos á ser, en la forma que entonces éramos, inficionados y malos. Cristo nuestro bienaventurado PADRE dió principio á nuestra vida y justicia, haciendo en sí primero lo que en nosotros habia de nacer y parecer despues. Y como quien pone en el grano la calidad con que desea que la espiga nasca; así teniéndonos á todos juntos en sí, en la forma que habemos ya dicho; con lo que hizo en sí, cuanto fué de su parte, nos comenzó á hacer, y á calificar en origen tales, cuales nos habia de engendrar despues en realidad y en efecto. Y porque este nascimiento y origen nuestra, no era primer origen, sino nascimiento despues de otro nascimiento, y de nascimiento perdido y dañado; fué necesario hacer, no solo lo que convenia para darnos buen espíritu y buena vida, sino padecer tambien lo que era menester para quitarnos el mal espíritu con que habíamos venido á la vida primera.

Y como dicen del maestro que toma para discípulo al que está ya mal enseñado, que tiene dos trabajos; uno en desarraigat lo malo, y otro en plantar lo bueno: así Cristo nuestro bien y Señor hizo dos cosas en sí, para que hechas en sí, se hiciesen en nosotros los que estamos en él; una para destruir nuestro espíritu malo, y otra para criar nuestro espíritu bueno, Para matar el pecado, y para destruir el mal y la desorden de nuestra origen primera, murió él en persona de todos nosotros, y cuanto es de su parte, en él recibimos todos muerte, así como estábamos todos en él, y quedamos muertos en nuestro PADRE y cabeza, y muertos para nunca vivir mas en aquella manera de ser y de vida. Porque segun aquella manera de vida pasible, y que tenia imágen y representacion de pecado, nunca tornó Cristo nuestro PADRE y cabeza á vivir, como el Apóstol lo dice: *Si murió por el pecado, ya murió de una vez; si vive, vive ya á Dios.* Y de aquesta primera muerte del pecado, y del viejo hombre, que se celebró en la muerte de Cristo, como general y como original para los demás, nasce la fuerza de aquello que dice y arguye san Pablo, cuando escribiendo á los Romanos, les amonestaba que no pequen, y les extraña mucho el pecar; porque dice: *¿Pues qué diremos? ¿contendrá perseverar en el pecar, para que se acreciente la gracia? En ninguna manera. Porque los que morimos al pecado, ¿cómo se compadesce que vivamos en él todavía?* Y despues de algunas palabras declarándose mas: *Porque habeis de saber esto, que nuestro hombre viejo fué juntamente crucificado, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y para que no sirvamos mas al pecado.* Que es como decirles, que cuande Cristo murió á la vida pa-

sible, y que tiene figurá de pecadora, murieron ellos en él para todo lo que es esa manera de vida. Por lo cual, que pues murieron allí á ella por haber muerto Cristo, y Cristo no tornó despues á semejante vivir; si ellos estan en él, y si lo que pasó en él, eso mismo se hizo en ellos, no se compadesce en ninguna manera, que ellos quieran tornar á ser lo que, segun que estuvieron en Cristo, dejaron de ser para siempre.

Y á esto mismo pertenesce y mira lo que dice en otro lugar: *Ansi que, hermanos, vosotros ya estais muertos á la ley por medio del cuerpo de Cristo. Y poco despues: Lo que la ley no podia hacer, y en lo que se mostraba flaca por razon de la carne; Dios enviando á su Hijo en semejanza de carne de pecado, del pecado condenó el pecado en la carne.*

Porque como habemos ya dicho, y conviene que muchas veces se diga, para que repitiéndose se entienda mejor, procedió Cristo á esta muerte y sacrificio aceptisimo que hizo de sí, no como una persona particular, sino como en persona de todo el linaje humano, y de toda la vejez dél, y señaladamente de todos aquellos á quien de hecho habia de tocar el nacimiento segundo, los cuales por secreta union del espíritu habia puesto en sí, y como sobre sus hombros, y así lo que hizo entonces en sí cuanto es de su parte, quedó hecho en todos nosotros. Y que Cristo haya subido á la cruz como persona pública, y en la manera que digo, aunque está ya probado, pruébase mas con lo que Cristo hizo, y nos quiso dar á entender en el sacramento de su cuerpo, que debajo de las especies de pan y vino consagró ya vecino á la muerte. Porque tomando el pan, y dándolo á sus Discipulos, les dijo desta manera (1): *Este es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros.* Dando claramente á entender, que su cuerpo verdadero estaba debajo de aquellas especies, y que estaba en la forma que se habia de ofrecer en la cruz, y que las mismas especies de pan y vino declaraban y eran como imágen de la forma en que se habia de ofrecer. Y que así como el pan es un cuerpo compuesto de muchos cuerpos, esto es, de muchos granos, que perdiendo su primera forma, por la virtud del agua y del fuego hacen un pan: así nuestro pan de vida, habiendo ayuntado á sí por secreta fuerza de amor y de espíritu la naturaleza nuestra, y habiendo hecho como un cuerpo de sí y de todos nosotros, de sí en realidad de verdad, y de los demás en virtud; no como una persona sola, sino como un principio que las contenia todas, se ponía en la cruz.

(1) Matth. cap. XXXI. v. 26.

Y que como iba á la cruz abrazado con todos, así se encerraba en aquellas especies, para que ellas con su razon, aunque ponian velo á los ojos, alumbrasen nuestro corazon de continuo, y nos dijesen que contenian á Cristo debajo de sí, y que lo contenian, no de cualquiera manera, sino de aquella como se puso en la cruz, llevándonos á nosotros en sí, y hecho con nosotros por espiritual union uno mismo; así como el pan, cuyas ellas fueron, era un compuesto hecho de muchos granos. Así que aquellas unas y mismas palabras dicen juntamente dos cosas: una, este que parece pan es mi cuerpo, el que será entregado para vosotros: otra, como el pan que al parecer está aquí, así es mi cuerpo que está aquí, y que por vosotros será á la muerte entregado. Y esto mismo como en figura declaró el santo mozo Isaac (1), que caminaba al sacrificio, no vacío, sino puesta sobre sus hombros la leña que habia de arder en él. Porque cosa sabida es, que en el lenguaje secreto de la Escritura, el leño seco es imágen del pecador. Y ni mas ni menos en los cabrones que el Levítico (2) sacrifica por el pecado, que fueron figura clara del sacrificio de Cristo, todo el pueblo pone primero sobre las cabezas dellos las manos; porque se entienda, que en este otro sacrificio nos llevaba á todos en sí nuestro PADRE y cabeza. ¿Mas qué digo de los cabrones? porque si buscamos imágenes de aquesta verdad, ninguna es mas viva ni mas cabal, que el sumo Pontifice de la Ley vieja, vestido de pontifical para hacer sacrificio. Porque como en san Hierónimo dice, ó por decir verdad, como el Espíritu Santo lo declara en el libro de la Sabiduría (3), aquel pontifical así en la forma dél, como en las partes de que se componia, y en todas sus colores y cualidades era como una representacion de la universidad de las cosas: y el sumo Sacerdote vestido dél, era un mundo-universo: y como iba á tratar con Dios por todos, así los llevaba todos, sobre sus hombros. Pues de la misma manera. Cristo, sumo y verdadero Sacerdote, para cuya imágen servia todo el sumo sacerdocio pasado, cuando subió al altar de la Cruz á sacrificar por nosotros, fué vestido de nosotros mismos en la forma que dicho es, y sacrificándose á sí, y á nosotros en sí, dió fin desta manera á nuestra vieja maldad.

Habemos dicho lo que hizo Cristo para desarraigar de nosotros nuestro primero espíritu malo: digamos agora lo que hizo en sí, para criar en nosotros el hombre nuevo, y el espí-

(1) Gen cap. XXII. v. 6.

(2) Levit. cap. VIII. v. 14.

(3) Sapient. cap. XVIII. v. 24.

ritu bueno, esto es, para despues de muertos á la vida mala, tornarnos á vida buena, y para dar principio á nuestra segunda generacion. Por virtud de su divinidad, y porque segun ley de justicia no tenia obligacion á la muerte, por ser su naturaleza humana de su nascimiento inocente, no pudo Cristo quedar muerto muriendo: y como dice san Pedro (1), no fué posible ser detenido de los dolores de la sepultura, y así resucitó vivo el dia tercero: y resucitó no en carne pasible, y que tuviese representacion de pecado, y que estuviese sujeta á trabajos, como si tuviera pecado, que aquello murió en Cristo para jamás no vivir; sino en cuerpo incorruptible y glorioso, y como engendrado por solas las manos de Dios.

Porque así como en el primer nascimiento suyo en la carne cuando nació de la Virgen, por ser su PADRE Dios sin obra de hombre, nació sin pecado; mas por nacer de madre pasible y mortal, nació él semejantemente hábil á padecer y morir, asemejándose á las fuentes de su nascimiento, á cada una en su cosa: así en la resurreccion suya que decimos agora, la cual la sagrada Escritura tambien llama nascimiento ó generacion, como en ella no hubo hombre que fuese padre ni madre, sino Dios solo, que la hizo por sí, y sin ministerio de alguna otra causa segunda, salió todo como de mano de Dios, no solo puro de todo pecado, sino tambien de la imagen dél, esto es libre de la pasibilidad y de la muerte, y juntamente dotado de claridad y de gloria. Y como aquel cuerpo fue reengendrado solamente por Dios, salió con las calidades, y con los semblantes de Dios, quanto le son á un cuerpo posibles. Y así se precia Dios deste hecho, como de hecho solamente suyo. Y así dice en el psalmo: *Yo soy el que hoy te engendré.*

Pues decimos agora, que de la manera que dió fin á nuestro viejo hombre muriendo; porque murió él por nosotros, y en persona de nosotros, que por secreto misterio nos contenia en sí mismo, como nuestro PADRE y cabeza: por la misma razon, tornando él á vivir, renació con él nuestra vida. Vida llamo aquí la de justicia y de espíritu, la cual comprehende no solamente el principio de la justicia, cuando el pecador que era, comienza á ser justo, sino el crecimiento della tambien, con todo su proceso y perfeccion, hasta llegar el hombre á la inmortalidad del cuerpo, y á la entera libertad del pecado.

Porque cuando Cristo resucitó, por el mismo caso que él resucitó, se principió todo esto en los que estábamos en él

(1) Actor. cap. 11. v. 24.

como en nuestro principio. Y así lo uno como lo otro lo dice breve y significativamente san Pablo diciendo: *Murió por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación*. Como si mas extendidamente dijera, tomónos en sí, y murió como pecador, para que muriésemos en él los pecadores; y resucitó á vida eternamente justa é inmortal y gloriosa, para que resucitásemos nosotros en él á justicia, y á gloria, y á inmortalidad. ¿Mas por ventura no resucitamos nosotros con Cristo? El mismo Apóstol lo diga: *Y nos dió vida, dice hablando de Dios, juntamente con Cristo: y nos resucitó con él, y nos asentó sobre las cumbres del cielo*. De manera que lo que hizo Cristo en sí, y en nosotros, segun estábamos entonces en él, fué aquesto que he dicho. Pero no por eso se ha de entender, que por esto solo quedamos de hecho, y en nosotros mismos ya nuevamente nacidos, y otra vez engendrados, muertos al viejo pecado, y vivos al espíritu del cielo y de la justicia: sino allí comenzamos á nacer, para nacer de hecho despues. Y fué aquello como el fundamento de aqueste otro edificio. Y para hablar con mas propiedad, del fruto noble de justicia y de inmortalidad que se descubre en nosotros, y se levanta y cresce, y traspasa los cielos, aquellas fueron las simientes y las raices primeras. Porque así como no embargante que cuando pecó Adam todos pecamos en él, y concebimos espíritu de ponzoña y de muerte, para que de hecho nos inficione el pecado, y para que este mal espíritu se nos infunda, es menester que tambien nosotros nazcamos de Adam por orden natural de generacion: así por la misma manera, para que de hecho en nosotros muera el espíritu de la culpa, y viva el de la gracia y el de la justicia, no basta aquel fundamento, y aquella semilla y origen; ni con lo que fué hecho en nosotros en la persona de Cristo, con eso, sin mas hacer ni entender en las nuestras, somos ya en ellas justos y salvos, como dicen los que desatinan agora; sino es menester que de hecho nazcamos de Cristo, para que por este nacimiento actual se derive á nuestras personas, y se asiente en ellas aquello mismo que ya se principió en nuestro origen. Y aunque usemos de una misma semejanza mas veces, como á la espiga, aunque está cual ha de ser en el grano, para que tenga en sí aquello que es, y sus cualidades todas, y sus figuras, le conviene que con la virtud del agua y del sol salga del grano nasciendo: así mismo tambien no comenzaremos á ser en nosotros, cuales en Cristo somos, hasta que de hecho nazcamos de Cristo.

Mas preguntará por caso alguno, ¿en qué manera nasceré-

mos? ¿ó cuál será la forma de aquesta generacion? Hemos de tornar al vientre de nuestras madres de nuevo, como maravillado de aquesta nueva doctrina preguntó Nicodemus? ¿O vueltos en tierra, ó consumidos en fuego, renasceremos como el ave Fénix de nuestras cenizas? este nascimiento nuevo fuera nascer en carne y en sangre, bien fuera necesaria alguna destas maneras: mas como es nascer en espíritu, hácese con espíritu, y con secreta virtud. *Lo que nasce de la carne*, dice Cristo en este mismo propósito, *carne es; y lo que nasce del espíritu, espíritu es*. Y así lo que es espíritu, ha de nascer por orden y fuerza de espíritu. El cual celebra esta generacion en esta manera. Cristo por la virtud de su espíritu pone en efecto actual en nosotros aquello mismo que comenzamos á ser en él, y que él hizo en sí para nosotros, esto es, pone muerte á nuestra culpa quitándola del alma; y aquel fuego ponzoñoso que la sierpe inspiró en nuestra carne, y que nos solicita á la culpa, amortiguale, y pónale freno agora, para despues en el último tiempo matarle del todo: y pone tambien simiente de vida, y como si dijésemos, un grano de su espíritu y gracia, que encerrado en nuestra alma, y siendo cultivado como es razon, vaya despues creciendo por sus términos, y tomando fuerzas, y levantándose hasta llegar á la medida, como dice san Pablo (1), de varon perfecto. Y poner Cristo en nosotros esto, es nosotros nascer de Cristo en realidad y verdad. Mas está en la mano la pregunta y la duda.

Pone por aventura Cristo en todos los hombres aquesto? ¿ó pónelo en todas las sazones y tiempos? ¿ó en quien y cuándo lo pone? Sin duda no lo pone en todos, ni en cualquiera forma y manera, sino solo en los que nascen dél, y nascen dél los que se bautizan: y en aquel sacramento se celebra y pone en obra aquesta generacion. Por manera que tocando al cuerpo el agua visible, y obrando en lo secreto la virtud de Cristo invisible, nasce el nuevo Adam, quedando muerto y sepultado el antiguo. En lo cual, como en todas las cosas, guardó Dios el camino seguido y llano de su providencia. Porque así como para que el fuego ponga en un madero su fuego, esto es, para que el madero nazca fuego encendido, se avecina primero al fuego el madero, y con la vecindad se le hace semejante en las cualidades que recibe en sí de sequedad y calor, y cresce en esta semejanza hasta llegarla á su punto, y luego el fuego se lanza en él, y le da su forma; así para que Cristo

---

(1) Ad Ephes. cap. IV. v. 13.

ponga é infunda en nosotros de los tesoros de bienes y vida, que atesoró muriendo y resuscitando, la parte que nos conviene, y para que nazcamos Cristos, esto es, como sus hijos; ordenó que se hiciese en nosotros una representacion de su muerte y de su nueva vida, y que desta manera hechos semejantes á él, él como en sus semejantes influyese de sí lo que responde á su muerte, y lo que responde á su vida. Á su muerte responde el borrar y el morir de la culpa, y á su resurreccion la vida de gracia. Porque el entrar en el agua, y el sumirnos en ella, es como ahogándonos allí, quedar sepultados, como murió Cristo, y fué en la sepultura puesto, como lo dice san Pablo: *En el bautismo sois sepultados y muertos juntamente con él.* Y por consiguiente, y por la misma manera, el salir despues del agua, es como salir del sepulcro vi- viendo.

Pues á esta representacion responde la verdad juntamente, y asemejándonos á Cristo en esta manera, como en materia y sugeto dispuesto, se nos infunde luego el buen espíritu, y nasce Cristo en nosotros; y la culpa, que como en origen y en general destruyó con su muerte, destrúyela entonces en particular en cada uno de los que mueren en aquella agua sagrada. Y la vida de todos, que resuscitó en general con su vida, pónela tambien en cada uno y en particular, cuando saliendo del agua parece que resuscitan. Y así en aquel hecho juntamente hay representacion y verdad. Lo que parece por defuera, es representacion de muerte y de vida: mas lo que pasa en secreto, es verdadera vida de gracia, y verdadera muerte de culpa. Y si os place saber, pudiendo esta representacion de muerte ser hecha por otras muchas maneras, porque entre todas escogió Dios esta del agua; conténtame mucho lo que dice el glorioso mártir Cípriano, y es, que la culpa que muere en esta imágen de muerte, es culpa que tiene ingenio y condicion de ponzoña, como la que nació de mordedura y de aliento de sierpe, y cosa sabida es, que la ponzoña de las sierpes se pierde en el agua, y que las culebras, si entran en ella, dejan su ponzoña primero. Así que morimos en agua, para que muera en ella la ponzoña de nuestra culpa, porque en el agua muere la ponzoña naturalmente. Y esto es cuanto á la muerte que allí se celebra. Pero cuanto á la vida es de advertir, que aunque la culpa muere del todo, pero la vida que se nos dá allí no es del todo perfecta. Quiero decir, que no vive luego en nosotros el hombre nuevo cabal y perfecto, sino vive como la razon del segundo nascimiento lo pide, como niño flaco y tierno. Porque no pone luego Cristo en nosotros todo el ser

de la nueva vida que resucitó con él, sino pone, como dijimos, un grano della, y una pequeña semilla de su espíritu y de su gracia, pequeña, pero efficacísima, para que viva, y se adelante, y lance del alma las reliquias del viejo hombre contrario suyo, y vaya pujando y extendiéndose hasta apoderarse de nosotros del todo, haciéndonos perfectamente dichosos y buenos.

Mas ¡ cómo es maravillosa la sabiduría de Dios! y ¡ como es grande la orden que pone en las cosas que hace, travándolas todas entre sí, y templándolas por extraña manera! En la filosofía se suele decir, que como nasce una cosa, por la misma manera cresce y se adelanta. Pues lo mismo guarda Dios en este nuevo hombre, y en este grano de espíritu y de gracia, que es semilla de nuestra segunda y nueva vida. Porque así como tuvo principio en nuestra alma, cuando por la representación del bautismo nos hicimos semejantes á Cristo, así cresce siempre, y se adelanta cuando nos asemejamos mas á él, aunque en diferente manera. Porque para recibir el principio desta vida de gracia, le fuimos semejantes por representación; porque por verdad no podíamos ser sus semejantes antes de recibir esta vida: mas para el acrescentamiento della conviene que le remedemos con verdad en las obras y hechos. Y va así en esto, como en todo lo demás que arriba dijimos, este nuevo hombre y espíritu respondidamente contraponiéndose á aquel espíritu viejo y perverso. Porque así como aquel se diferenciaba de la naturaleza de nuestra substancia, en que siendo ella hechura de Dios, él no tenia nada de Dios, sino era todo hechura del demonio y del hombre, así este buen espíritu todo es de Dios y de Cristo. Y así como allí hizo el primer Padre, obedesciendo al demonio, aquello con lo que él, y los que estábamos en él quedamos perdidos; de la misma manera aquí padesció Cristo nuestro PADRE segundo, obedesciendo á Dios, con lo que en él, y por él, los que estamos en él, nos habemos cobrado. Y así como aquel dió fin al vivir que tenia, y principio al morir que mereció por su mala obra; así este por su divina paciencia dió muerte á la muerte, y tornó á la vida la vida. Y así como lo que aquel traspasó, no lo quisimos de hecho nosotros; pero por estar en él como en PADRE, fuimos vistos quererlo: así lo que padesció y hizo Cristo para bien de nosotros, si se hizo y padesció sin nuestro querer; pero no sin lo que en virtud era nuestro querer, por razon de la union y virtud que está dicha.

Y como aquella ponzoña, como arriba dijimos, nos tocó é

inficionó por dos diferentes maneras, una en general y en virtud, cuando estábamos en Adam todos generalmente encerrados, y otra en particular y en expresa verdad, cuando comenzamos á vivir en nosotros mismos siendo engendrados: así esta virtud y gracia de Cristo, como habemos declarado arriba tambien, nos cualificó primero en general y en comun, segun fuimos vistos estar en él, por ser nuestro PADRE: y despues de hecho, y en cada uno por sí cuando comienza cada uno á vivir en Cristo, nasciendo por el bautismo. Y por la misma manera así como al principio cuando nascemos, incurrimos en aquel daño y gran mal, no por nuestro merecimiento proprio, sino por lo que la cabeza que nos contenia hizo en sí mismo; y si salimos del vientre de nuestras madres culpados, no nos forjamos la culpa nosotros antes que saliésemos dél: así cuando primeramente nascemos en Cristo, aquel espíritu suyo, que en nosotros comienza á vivir, no es obra ni premio de nuestros merecimientos. Y conforme á esto, y por la misma forma y manera, como aquella ponzoña, aunque nasce al principio en nosotros sin nuestro proprio querer, pero despues queriendo nosotros usar della, y obrar conforme á ella, y seguir sus malos siniestros é inclinaciones, la acrescentamos y hacemos peor por nuestras mismas malas mañas y obras; y aunque entró en la casa de nuestra alma, sin que por su propria voluntad ninguno de nosotros la abriese la puerta, despues de entrada, por nuestra mano, y guiándola nosotros mismos, se lanza por toda ella, y la tiraniza y la convierte en sí misma en una cierta manera; así esta vida nuestra, y aqueste espíritu que tenemos de Cristo, que se nos da al principio sin nuestro merecimiento, si despues de recibido, oyendo su inspiracion, y no resistiendo á su movimiento, seguimos su fuerza; con eso mismo que obramos siguiéndole, lo acrescentamos y hacemos mayor; y con lo que nasce de nosotros y dél, merecemos que crezca él en nosotros. Y como las obras que nascian del espíritu malo, eran malas ellas en sí, y acrescentaban, y engrosaban y fortalecian ese mismo espíritu de donde nascian: así lo que hacemos guiados y alentados con esta vida que tenemos de Cristo, ello en sí es bueno y delante de los ojos de Dios agradable y hermoso, y merescedor de que por ello suba á mayor grado de bien y de pujanza el espíritu de dó tuvo origen.

Aquel veneno asentado en el hombre, y perseverando y cundiendo por él poco á poco: así le contamina y le corrompe, que le trae á muerte perpetua. Esta salud si dura en nosotros haciéndose de cada dia mas poderosa y mayor, nos

hace sanos del todo. De arte que siguiendo nosotros el movimiento del espíritu con que nascemos, el cual lanzado en nuestras almas las despierta é incita á obrar conforme á quien él es, y al origen de donde nasce, que es Cristo; así que obrando aquello á que este espíritu y gracia nos mueve, somos en realidad de verdad semejantes á Cristo, y cuanto mas así obráremos, mas semejantes. Y así haciéndonos nosotros vecinos á él, él se avecina á nosotros, y merecemos que se infunda mas en nosotros, y viva mas, añadiendo al primer espíritu mas espíritu, y á un grado otro mayor, acrescentando siempre en nuestras almas la semilla de vida que sembró, y haciéndola mayor y mas esforzada, y descubriendo su virtud mas en nosotros: que obrando conforme al movimiento de Dios, y caminando por largos y bien guiados pasos por este camino, merecemos ser mas hijos de Dios, y de hecho lo somos. Y los que cuando nascimos en el bautismo, fuimos hechos semejantes á Cristo en el ser de gracia, antes que en el obrar; esos, que por ser ya justos obramos como justos, esos mismos, haciéndonos semejantes á él en lo que toca al obrar, crescemos merescidamente en la semejanza del ser. Y el mismo espíritu, que despierta y atiza á las obras, con el mérito dellas cresce y se esfuerza, y va subiendo y haciéndose señor de nosotros, y dándonos mas salud y mas vida, y no para hasta que en el tiempo último nos le de perfecta y gloriosa, habiéndonos levantado del polvo. Y como hubo dicho esto Marcelo, callóse un poco, y luego tornó á decir. Dicho he como nascemos de Cristo, y la necesidad que tenemos de nacer dél, y el provecho y misterio de este nascimiento: y de un abismo de secretos, que acerca desta generacion y parentesco divino en las sagradas letras se encierra, he dicho lo poco que alcanza mi pequeñez, habiendo tenido respeto al tiempo, y á la ocasion, y á la cualidad de las cosas que son delicadas y obscuras. Agora como saliendo de entre estas zarzas y espinas á campo mas libre, dijo que ya se conoce bien cuan justamente Esaias da nombre de PADRE á Cristo, y le dice, que es PADRE del siglo futuro: entendiendo por este siglo la generacion nueva del hombre, y los hombres engendrados así, y los largos y no finibles tiempos, en que ha de perseverar aquesta generacion. Porque el siglo presente, el cual en comparacion del que llama Esaias venidero, se llama primero siglo, que es el vivir de los que nascemos de Adam, comenzó con Adam, y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus decendientes postreros, y en particular no durará en ninguno mas de lo

que él durare en esta vida presente. Mas el siglo segundo desde Abel, en quien comenzó, extendiéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin reforzándose él mas; perseverará para siempre. Y llámase *siglo futuro*, dado que ya es en muchos presente, y cuando le nombró el Profeta lo era tambien, porque comenzó primero el otro siglo mortal. Y llámase *siglo* tambien, porque es otro mundo por sí semejante y diferente deste otro mundo viejo y visible. Porque de la manera que cuando produjo Dios el hombre, primero hizo cielos y tierra, y los demás elementos; así en la criacion del hombre segundo y nuevo, para que todo fuese nuevo como él, hizo en la Iglesia sus cielos y su tierra y vistió á la tierra con frutos, y á los cielos con estrellas y luz.

Y lo que hizo en aquesto visible, eso mismo ha obrado en lo nuevo invisible, procediendo en ambos por unas mismas pisadas, como lo debujó cantando divinamente David en un psalmo, y es dulcísimo y elegantísimo psalmo. Adonde por unas mismas palabras, y como con una voz, cuenta alabando á Dios la criacion y gobernacion de aquestos dos mundos y diciendo lo que se vee, significa lo que se absconde, como san Agustin lo descubre lleno de ingenio y de espíritu. Dice que extendió los cielos Dios, como quien despliega tienda de campo, y que cubrió los sobrados dellos con aguas, y que ordenó las nubes y que en ellas como en caballos discurre volando sobre las alas del aire, y que le acompañan los truenos, y los relámpagos y el torbellino. Aquí ya vemos cielos, y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo: oimos tambien el trueno á su tiempo, y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hiere los ojos. ¡Allí, esto es, en el nuevo mundo y la Iglesia por la misma manera, los cielos son los Apóstoles, y los sagrados Doctores, y los demás Santos altos en virtud, y que influyen virtud; y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros, se torna en lluvia. En ella anda Dios, y discurre volando, y con ella viene el soplo de su espíritu, y el relámpago de su luz, y el tronido y el estampido con que el sentido de la carne se aturde. Aquí, como dice prosiguiendo el Psalmista, fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, adonde permanece, y nunca se mueve: y como primero estoviese anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales obedeciendo á esta voz, se apartaron á su lugar, adonde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas huyeron, la tierra descubrió su figura, humilde en los valles,

y soberana en los montes. Allí el cuerpo firme y macizo de la Iglesia, que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubria y como anegaba la gentilidad, y aquel mar grande y tempestuoso de tiranos y de idolos la tenia cuasi sumida: mas sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud, y arredró della la amargura y violencia de aquellas olas, y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda; con lo cual descubrió su forma y su concierto la Iglesia, alta en los obispos y ministro espirituales, y en los fieles legos y humildes humilde. Y como dice David, subieron sus montes, y parecieron en lo hondo sus valles. Allí como aquí, conforme á lo que el mismo psalmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios, que entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad, y lo medio derechamente: en ellas se bañan las aves espirituales, y en los frutales de virtud que florecen dellas, y junto á ellas, cantan dulcemente asentadas. Y no solo las aves se bañan aquí, mas tambien los otros fieles, que tienen mas de tierra, y menos de espíritu, si no se bañan en ellas, á lo menos beben dellas y quebrantan su sed. El mismo, como en el mundo así en la Iglesia, envia lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí juntas en arroyos, y descendiendo bañan los campos. Con ellas cresce para los mas rudos, así como para las bestias su heno, y á los que viven con mas razon, de allí les nasce su mantenimiento.

El trigo que fortifica, y el olio que alumbra, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros; y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y dieron en sí reposo, y dulce y saludable nido á los que volaron á ellos huyendo del mundo. Y no solo proveyó Dios de nido á aquestos huidos, mas para cada un estado de los demás fieles hizo sus proprias guaridas. Y como en la tierra los riscos son para las cabras y monteses, y los conejos tienen sus víveras entre las peñas; así acontece en la Iglesia. En ella luce la luna, y luce el sol de justicia, y nasce y se pone á veces, agora en los unos, y agora en los otros, y tiene tambien sus noches de tiempos duros y ásperos en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros hálle su sazón para salir y bramar, y para ejutar su fiereza; mas tambien á las noches sucede en ella despues en la aurora, y

amanesce despues, y encuévase con la luz la malicia, y la razon y la virtud resplandesce. ¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor! y como nos admiras con esta órden corporal y visible, mucho mas nos pones en admiracion con la espiritual é invisible. No falta allí tambien otro Océano, ni es de mas cortos brazos, ni de mas angostos senos que es este, que ciñe por todas partes la tierra: cuyas aguas, aunque son fieles, son no obstante eso aguas amargas, y carnales, y movidas tempestuosamente de sus violentos deseos: cria peces sin número, y la ballena infernal se espacia por él. En él y por él van mil navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y santo propósito: mas dichosos aquellos que llegan salvos al puerto. Todos, Señor, viven por tu liberalidad y largueza: mas como en el mundo, así en la Iglesia abscondes, y como encoges cuando te parece la mano, y el alma en faltándole tu amor y tu espíritu, vuélvesa en tierra. Mas si nos dejas caer para que nos conozcamos; para que te alabemos y celebremos, despues nos renuevas. Así vas criando, y gobernando, y perficionando tu Iglesia hasta llegarla á lo último, cuando consumida toda la liga del viejo metal, la saques toda junta pura y luciente, y verdaderamente nueva del todo.

Quando viniere este tiempo (¡ay amable y bienaventurado tiempo, y no tiempo ya sino eternidad sin mudanza!) así que quando viniere, la arrogante soberbia de los montes estremesciéndose vendrá por el suelo, y desaparecerá hecha humo, y obrándolo tu Majestad, toda la pujanza, y deleite y sabiduría mortal: y sepultarás en los abismos juntamente con esto á la tiranía, y el reino de la tierra nueva será de los tuyos. Ellos cantarán entonces de continuo tus alabanzas, y á tí el ser alabado por esta manera te será cosa agradable. Ellos vivirán en tí, y tú vivirás en ellos, dándoles riquísima y dulcísima vida. Ellos serán reyes, y tú rey de reyes. Serás tu en ellos todas las cosas, y reinarás para siempre. Y dicho esto, Marcelo calló, y Sabino dijo luego: Este psalmo en que, Marcelo, habeis acabado, vuestro amigo le puso tambien en verso, y por no romperos el hilo, no os lo quise acordar. Mas pues me distes este oficio, y vos le olvidastes, decirle he yo, si os parece. Entonces Marcelo y Juliano juntos respondieron, que les parecia muy bien, y que luego le dijese. Y Sabino, que era mancebo así en el alma como en el cuerpo muy compuesto y de pronunciacion agradable, alzando un poco los ojos al cielo, y lleno el rostro de espíritu, con templada voz, dijo desta manera:

Alaba, ó alma, á Dios: Señor, tu alteza  
 ¿qué lengua hay que la cuente?  
 Vestido estas de gloria y de belleza  
 y luz resplandeciente.  
 Encima de los cielos desplegados  
 al agua diste asiento.  
 Las nubes son tu carro, tus alados  
 caballos son el viento.  
 Son fuego abrasador tus mensajeros,  
 y trueno y torbellino.  
 Las tierras sobre asientos duraderas  
 mantienes de continuo.  
 Los mares las cubrían de primero  
 por cima los collados:  
 Mas visto de tu voz el trueno fiero,  
 huyeron espantados;  
 Y luego los subidos montes crescen,  
 humillanse los valles.  
 Si ya entre si hinchados se embravescen,  
 no pasarán las calles,  
 Las calles que les diste, y los linderos,  
 ni anegarán las tierras.  
 Descubres minas de aguas en los oteros,  
 y corre entre la sierras.  
 El gamo, y las salvajes alimañas  
 allí la sed quebrantan.  
 Las aves nadadoras allí bañas,  
 y por las ramas cantan.  
 Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,  
 y das hartura al llano.  
 Así das heno al buey, y mil legumbres  
 para el servicio humano.  
 Así se espiga el trigo, y la vid cresce  
 para nuestra alegría.  
 La verde oliva así nos resplandece,  
 y el pan da valentía.  
 De allí se viste el bosque, y la arboleda,  
 y el cedro soberano:  
 Adonde anida la ave, adonde enreda  
 su cámara el milano.  
 Los riscos á los corzos dan guarida,  
 al conejo la peña.  
 Por tí nos mira el sol, y su lucidá  
 hermana nos enseña  
 Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,  
 en que salen las fieras:  
 El tigre, que racion con hambre dura  
 te pide, y voces fieras.  
 Despiertas el aurora, y de consuno  
 se van á sus meradas.  
 Da el hombre á su labor sin miedo alguno  
 las horas situadas.  
 ¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos  
 de tu sabiduría!  
 ¿Pues quién dirá el gran mar, sus anchos senos,  
 y cuantos peces cria?

¿Las naves que en él corren, la espantable  
 ballena que la azota?  
 Sustento esperen todos saludable  
 De tí, que el bien no agota.  
 Tomamos si tú das, tu larga mano  
 nos deja satisfechos.  
 Si huyes, desfallece el ser liviano,  
 quedamos polvo hechos.  
 Mas tornará tu soplo, y renovado  
 repararás el mundo.  
 Será sin fin tu gloria, y tú alabado  
 de todo: sin segundo.  
 Tú que los montes ardes, si los tocas,  
 y al suelo das temblores,  
 Cient vidas que tuviera, y cient mil bocas  
 dedico á tus loores.  
 Mi voz, te agradará y á mi este oficio  
 será mi gran contento.  
 No se verá en la tierra maleficio,  
 ni tirano sangriento.  
 Sepulturá el olvido su memoria:  
 tú, alma, a Dios da gloria.

Como acabó Sabino aquí, dijo Marcelo luego: No parece justo, despues de un semejante fin, añadir mas. Y pues Sabino ha rematado tan bien nuestra plática, y habemos ya platicado asaz luengamente, y el sol parece que por oirnos levantado sobre nuestras cabezas nos ofende ya; sirvamos á nuestra necesidad agora reposando un poco, y á la tarde caída la siesta, de nuestro espacio, sin que la noche aunque sobrevenga lo estorbe, dirémos lo que nos resta. Sea así, dijo Juliano. Y Sabino añadió: y yo sería de parecer, que se acabase aqueste sermon en aquel soto y isleta pequeña que el rio hace en medio de sí, y que de aquí se parece. Porque yo miro hoy al sol con ojos, que si no es aquel, no nos dejará lugar que de provecho sea. Bien habeis dicho, respondieron Marcelo y Juliano, y hágase como decís. Y con esto puesto en pié Marcelo, y con él los demás, cesó la plática por entonces.





## LIBRO SEGUNDO

---

*A D. Pedro Portocarrero, del Consejo de S. M., y del de la santa y general Inquisicion*

### I

En ninguna cosa se conoce mas claramente la miseria humana, MUY ILUSTRE SEÑOR, que en la facilidad con que pecan los hombres, y en la muchedumbre de los que pecan, apeteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del pecado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente filosofaron, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideracion; ella misma les descubriera, que en nuestra naturaleza habia alguna enfermedad y daño encubierto: y entendieran por ella, que no estaba pura, y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, ó por desastre, ó por voluntad. Porque si miraran en ello, ¿ cómo pudieran creer que la naturaleza, madre, y diligente proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, habia de formar al hombre por una parte tan mal inclinado, y por otra tan flaco y desarmado para resistir y vencer á su perversa inclinacion? ¿ O cómo les pareciera que se compadescia, ó que era posible que la naturaleza, que guia como vemos los animales brutos, y las plantas, y hasta las cosas mas viles, tan derecha y eficazmente á sus fines, que los alcanzan todas ó casi todas, criase á la mas principal de sus obras tan inclinada al pecado, que por la mayor parte no alcanzando su fin, viniese á extrema miseria? Y si se seria notorio desatino entregar las riendas

de dos caballos desbocados y furiosos á un niño flaco y sin arte, para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos; y si cometerle á este mismo en tempestad una nave para que contrastase los vientos, sería error conocido; por el mismo caso pudieran ver, no haber en razon, que la providencia sumamente sabia de Dios, en un cuerpo tan indomable y de tan malos siniestros, y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos como en nosotros sentimos, pusiese para su gobierno una razon tan flaca, y tan desnuda de toda buena doctrina, como es la nuestra cuando nascemos. Ni pudieran decir, que en esperanza de la doctrina venidera, y de las fuerzas que con los años podia cobrar la razon, le encomendó Dios aqueste gobierno, y la colocó en medio de sus enemigos, sola contra tantos, y desarmada contra tan poderosos y fieros.

Porque sabida cosa es, que primero que despierte la razon en nosotros, viven en nosotros, y se encienden los deseos bestiales de la vida sensible, que se apoderan del ánima, y haciéndola á sus mañas, la inclinan mal, antes que comience á conocerse. Y cierto es, que en abriendo la razon los ojos, estan como á la puerta, y como aguardando para engañarla, el vulgo ciego, y las compañías malas, y el estilo de la vida llena de errores perversos, y el deleite, y la ambicion, y el oro, y las riquezas que resplandescen. Lo cual cada uno por sí es poderoso á oscurecer y á vestir de tinieblas á su centella recién nascida; cuanto mas todo junto, y como conjurado y hecho á una para hacer mal. Y así de hecho la engañan: y quitándole las riendas de las manos, la sujetan á los deseos del cuerpo, y la inducen á que ame y procure lo mismo que la destruye. Así que este desconcierto é inclinacion para el mal, que los hombres generalmente tenemos, él solo por sí bien considerado nos puede traer en conocimiento de la corrupcion antigua de nuestra naturaleza. En la cual naturaleza, como en el libro pasado se dijo, habiendo sido hecho el hombre por Dios enteramente señor de sí mismo, y del todo cabal y perfecto; en pena de que él por su grado sacó su ánima de la obediencia de Dios, los apetitos del cuerpo, y sus sentidos se salieron del servicio de la razon: y rebelando contra ella, la sujetaron oscureciendo su luz, y enflaqueciendo su libertad, y encendiéndola en el deseo de sus bienes dellos, y engendrando en ella apetito de lo que le es ageno y la daña, esto es, del desconcierto y pecado. En lo cual es extrañamente maravilloso, que como en las otras cosas que son tenidas por malas, la experiencia de ellas haga escarmiento

para huir de ellas despues; y el que cayó en un mal paso, rodea otra vez el camino, por no tornar á caer en él: en esta desventura, que llamamos pecado, el probarla, es abrir la puerta para meterse en ella mas; y con el pecado primero se hace escalon para venir al segundo; y quanto el alma en este género de mal se destruye mas, tanto parece que gusta mas de destruirse. Que es de los daños que en ella el pecado hace, sino el mayor, sin duda uno de los mayores y mas lamentables. Porque por esta causa (como por los ojos se vee) de pecados pequeños nascen, eslabonándose unos con otros, pecados gravísimos, y se endurescen, y crian callos, y hacen como incurables los corazones humanos en en este mal del pecar; añadiendo siempre á un pecado otro pecado, y á un pecado menor sucediéndole otro mayor de contino, por haber comenzado á pecar.

Y vienen así continuamente pecando á tener por hacedero, y dulce, y gentil, lo que no solo en sí y en los ojos de los que bien juzgan, es aborrecible y feísimo, sino lo que esos mismos que lo hacen, cuando de principio entraron en el mal obrar, huyeran el pensamiento de ello, no solo el hecho, mas que la muerte. Como se ve por infinitos ejemplos, de que así la vida comun, como la historia, está llena. Mas entre todos es claro y muy señalado ejemplo el del pueblo hebreo antiguo y presente. El cual por haber desde su primero principio comenzado á partarse de Dios, prosiguiendo despues en esta su primera dureza, y casi por años volviéndose á él, y tornándole luego á ofender, y amontonando á pecados pecados, mereció ser autor de la mayor ofensa que se hizo jamás, que fué la muerte de Jesu Cristo. Y porque la culpa siempre ella misma se es pena; por haber llegado á esta ofensa, fué causa en sí mismo de un extremo de calamidad. Porque dejando aparte el perdimiento del reino, y la ruina del templo, y el asolamiento de su ciudad, y la gloria de la Religion y verdadero culto de Dios traspasada á las gentes; y dejados aparte los robos, y males y muertes innumerables que padecieron los Judíos entonces, y el eterno captiverio en que viven agora en estado vilísimo entre sus enemigos, hechos como un ejemplo comun de la ira de Dios: así que dejando esto aparte, ¿puedese imaginar mas desventurado suceso, que habiéndoles prometido Dios que nasceria el Mesias de su sangre y linaje; y habiéndole ellos tan luengamente esperado y esperando en él y por él la suma riqueza; y en durísimos males y trabajos que padecieron, habiéndose sustentado siempre con esta esperanza; cuando le tuvieron entre sí, no

le querer conocer, y cegándose hacerse homicidas y destruidores de su gloria y de su esperanza, y de su sumo bien ellos mismos? A mí verdaderamente cuando lo pienso, el corazon se me enternese en dolor.

Y si contamos bien toda la suma de este exceso tan grave, hallaremos que se vino á hacer de otros excesos, y que del abrir la puerta al pecar, y del entrarse continuamente mas adelante por ella, alejándose siempre de Dios, vinieron á quedar ciegos en mitad de la luz. Porque tal se puede llamar la claridad que hizo Cristo de sí, así por la grandeza de sus obras maravillosas, como por el testimonio de las letras sagradas que le demuestran. Las cuales le demuestran así claramente, que no pudiéramos creer, que ningunos hombres eran tan ciegos, si no supiéramos haber sido tan grandes pecadores primero. Y ciertamente lo uno y lo otro, esto es, la ceguedad y maldad dellos, y la severidad y rigor de la justicia de Dios contra ellos, son cosas maravillosamente espantables. Yo siempre que las pienso me admiro, y trújome-las á la memoria agora lo restante de la plática de Marcelo que me queda por referir, y es ya tiempo que lo refiera. Porque fué así que los tres, despues de haber comido, y habiendo tomado algun pequeño reposo, y aque la fuerza del calor comenzaba á caer, saliendo de la granja, y llegados al rio que cerca della corria, en un barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al soto, que se hacia en medio dél, en una como isleta pequeña, que apegada á la presa de unas haceñas se descubria.

Era el soto aunque pequeño espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba muy lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba, tenia tambien algunos árboles puestos por industria, y dividiale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacia el agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del rio, y corria cuasi toda junta. Pues entrados en él Marcelo y sus compañeros, y metidos en lo mas espeso dél, y mas guardado de los rayos del sol, junto á un álamo alto que estaba cuasi en el medio, teniéndole á las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y cuasi juntando al agua los pies, se sentaron. Adonde diciendo entre sí del sol de aquel dia, que aun se hacia sentir, y de la frescura de aquel lugar, que era mucha, y alabando á Sabino su buen consejo, Sabino dijo así: Mucho me huelgo de haber acertado tan bien, y principalmente por vuestra causa, Marcelo, que por satisfacer á mi deseo tomais hoy tan grande trabajo, que segun lo mucho

que esta mañana dijisteis, temiendo vuestra salud, no quisiera que agora dijérades más, si no me asegurara en parte la cualidad y frescura de aqueste lugar. Aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres liciones en las escuelas muchos dias arreo, bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un dia, ó por mejor decir, no habrá maldad que no haga. Razon tiene Sabino, respondió Marcelo, mirando hácia Juliano, que es género de maldad ocuparse uno tanto, y en tal tiempo en la escuela. Y de aquí veréis, cuan malvada es la vida que así nos obliga. Así que bien podeis proseguir, Sabino, sin miedo, que demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos agora, es sin comparacion muy mas dulce que lo que leemos allí; y así con ello mismo se alivia el trabajo. Entonces Sabino, desplegando el papel, y prosiguiendo su lectura, dijo desta manera:

## II.

*Otro nombre de Cristo es BRAZO DE DIOS, Esaias en el capitulo cincuenta y tres: ¿Quién dará crédito á lo que habemos oido, y su BRAZO Dios á quién lo descubrirá? Y en el capitulo cincuenta y dos: Aparejó el Señor su BRAZO santo ante los ojos de las todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra. Y en el cántico de la Virgen: Hizo poderio en su BRAZO, y derramó los soberbios. Y abiertamente en el psalmo setenta, adonde en persona de la Iglesia dice David: En la vejez mia, ni menos en mi senectud, no me desampares, Señor, hasta que publique tu BRAZO á toda la generacion que vendrá. Y en otros muchos lugares.*

Cesó aquí Sabino, y disponiase ya Marcelo para comenzar á decir. Mas Juliano, tomando la mano, dijo: No sé yo, Marcelo, si los Hebreos nos darán que Esaias en el lugar que el papel dice, hable de Cristo. No lo darán ellos, respondió Marcelo, porque estan ciegos; pero dánoslo la misma verdad. Y como hacen los malos enfermos, que huyen mas de lo que les da mas salud, así estos perdidos en este lugar, el cual solo bastaba para traerlos á luz, derraman con mas estudio las tinieblas de su error para escurecerle; pero primero perderá su claridad este sol. Porque si no habla de Cristo Esaias allí, pregunto, ¿de quién habla? Ya sabeis lo que dicen, respondió Juliano. Ya sé, dijo Marcelo, que lo declaran de sí mismos, y de su pueblo en el estado de agora. ¿Pero pareceos á vos, que hay necesidad de razones para convencer un desati-

no tan claro? Sin duda clarísimo, respondió Juliano, y cuando no hubiera otra cosa, hace evidencia de que no es así lo que dicen, ver que la persona de quien Esaías habla allí, el mismo Esaías dice que es inocentísima y agena de todo pecado, y limpieza y satisfacción de los pecados de todos: y el pueblo hebreo que agora vive, por ciego y arrogante que sea, no se osará atribuir á sí aquesta inocencia y limpieza. Y cuando osase él, la palabra de Dios le condena en Oseas, cuando dice, que en el fin y despues deste largo captiverio, en que agora están los Judíos, se convertían al Señor. Porque si se convertirán á Dios entonces, manifiesto es que agora estan apartados dél, y fuera de su servicio.

Mas aunque este pleito esté fuera de duda, todavía si no me engaño, os queda pleito con ellos en la declaracion deste nombre. El cual ellos tambien cofiesan que es nombre de Cristo, y cofiesan como es verdad, que ser BRAZO es ser fortaleza de Dios y victoria de sus enemigos: mas dicen que los enemigos que por el Mesías como por su BRAZO y fortaleza vence y vencera á Dios, son los enemigos de su pueblo, esto es, los enemigos visibles de los Hebreos, y los que los han destruido y puesto en captividad; como fueron los Caldeos, y los Griegos, y los Romanos y las demás gentes sus enemigas, de las cuales esperan verse vengados por mano del Mesías, que engañados aguardan; y le llaman BRAZO DE DIOS por razon de aquesta victoria y venganza. Así lo sueñan, respondió Marcelo, y pues habeis movido el pleito, comencemos por él. Y como en la cultura del campo primero arranca el labrador las yerbas dañosas, y despues planta las buenas, así nosotros agora desarraiguemos primero ese error, para dejar despues su campo libre y desembarazado á la verdad. Mas decidme, Juliano, ¿prometió Dios alguna vez á su pueblo, que les enviaria su BRAZO y fortaleza para darles victoria de algun enemigo suyo; y para ponerlos, no solo en libertad, sino tambien en mando y señorío glorioso? ¿y dijoles en alguna parte, que habia de ser su Mesías un fortísimo y belicosísimo capitan, que venceria por fuerza de armas sus enemigos, y extenderia por todas las tierras sus esclarecidas victorias, y que sujetaria á su imperio las gentes?

Sin duda así se lo dijo y prometió, respondió Juliano. ¿Y prometióselo por ventura, siguió luego Marcelo, en un solo lugar, ó una vez sola, y esa acaso, y hablando de otro propósito? No sino en muchos lugares, respondió Juliano, y de principal intento, y con palabras muy encarescidas y hermosas. ¿Qué palabras, añadió Marcelo, ó qué lugares son esos? refirió algunos, si los teneis en la memoria. Largos son de con-

tar, dijo Juliano, y aunque preguntais lo que sabeis, y no sé para que fin, diré los que se me ofrescen. David en el psalmo, hablando propriamente con Cristo, le dice: *Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderosísimo, tu hermosura y tu gentileza. Sube en el caballo, y reina prósperamente, por tu verdad y mansedumbre, y por tu justicia, tu derecha te mostrará maravillas. Tus saetas agudas (los pueblos caerán á tus pies) en los corazones de los enemigos del Rey.* Y en otro psalmo dice él mismo: *El Señor reina, haga fiesta la tierra, alégrense las islas todas: nube y tiniebla en su derredor, justicia y juicio en el trono de su asiento. Fuego va delante dél, que abrasará á todos sus enemigos.* Y Esaias en el capítulo once: *Y en aquel día extenderá el Señor segunda vez su mano, para poseer lo que de su pueblo ha escapado de los Asirios y de los Egipcios, y de las demás gentes. Y levantará su bandera entre las naciones, y allegará los fugitivos de Israel, y los esparcidos de Judá de las cuatro partes del mundo. Y los enemigos de Judá perescerán, y volará contra los filisteos por la mar: captivará á los hijos de Oriente, Edon le servirá, y Moab le será sujeto, y los hijos de Amon sus obedientes.* Y en el capítulo cuarenta y uno por otra manera: *Pondrá ante sí en huida las gentes, perseguirá los reyes. Como polvo los hará su cuchillo, como astilla arrojada su arco. Perseguirlos ha, y pasará en paz; no entrará ni polvo en sus pies,* Y poco despues el mismo: *Yo, dice: te pondré como carro y como nueva trilladera con dentales de hierro, trillarás las montes, y desmenuzarlos has, y á los collados dejarás hechos polvo: ablenaráslos, y llevarlos ha el viento, y el torbellino los esparcerá.*

Y cuando el mismo Profeta introduce al Mesías teñida la vestidura con sangre, y á otros que se maravillan de ello, y le preguntan la causa, dice que él les responde: *Yo solo he pisado un lagar, en mi ayuda no se halló gente, pisélos en mi ira, y pateélos en mi indignación, y su sangre salpicó mis vestidos, y he ensuciado mis vestiduras todas.* Y en el capítulo cuarenta y dos: *El Señor como valiente saldrá, y como hombre de guerra despertará su coraje, guerreará, y levantará alarido, y esforzarse ha sobre sus enemigos.* Mas es nunca acabar. Los mismo aunque por diferentes maneras, dice en el capítulo sesenta y tres, y senta y seis: y Joel dice lo mismo en el capítulo último: y Ambos Profeta tambien en el mismo capítulo: y en los capítulos cuarto, y quinto, y último lo repite Micheas. ¿Y qué Profeta hay que no celebre cantando en diversos lugares este capitán, y aquesta victoria? Así es verdad, dijo Marcelo: mas tambien me decid, ¿los Asirios, y los Babilonios

fueron hombres señalados en armas, y hubo reyes belicosos y victoriosos entre ellos, y sujetaron á su imperio á todo, ó á la mayor parte del mundo? Así fué, respondió Juliano. Y los Medos y los Persas, que vinieron despues, añadió luego Marcelo, ¿no menearon tambien las armas asaz valerosamente, y enseñorearon la tierra, y floresció entre ellos el esclarecido Ciro, y el poderosísimo Jerjes? Concedió Juliano que era verdad.

Pues no menos verdad es, dijo prosiguiendo Marcelo, que las victorias de los Griegos sobranon á estos, y que el no vencido Alejandro con la espada en la mano, y como un rayo, en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado de sí, que vencido: y muerto él, sabemos que el trono de sus sucesores tuvo el sceptro por largos años de toda Asia, y de mucha parte de Africa y de Europa. Y por la misma manera los Romanos que le sucedieron en el imperio y en la gloria de las armas, tambien vemos que venciéndo lo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. El cual señorío aunque disminuido y compuesto de partes, unas flacas y otras muy fuertes, como lo vió Daniel (1) en los pies de la estatua, hasta hoy día persevera por tantas vueltas de siglos. Y ya que callemos los príncipes guerrreadores y victoriosos, que florescieron en él en los tiempos mas vecinos al nuestro, notorios son los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, los Césares de los siglos antepasados, á cuyo valor y esfuerzo y felicidad fué muy pequeña la redondez de la tierra. Espero, dijo Juliano, donde vais é parar. Presto lo veréis, dijo Marcelo, pero decidme: Esta grandeza de victorias é imperio que he dicho, ¿dióse la Dios á los que he dicho, ó ellos por sí y por sus fuerzas puras, sin órden ni ayuda dél la alcanzáron? Fuera está eso de toda duda, respondió Juliano, acerca de los que conocen y confiesan la providencia de Dios. Y en la Sabiduría dice él mismo de sí mismo: *Por mi reinan los Principes*. Decis la verdad, dijo Marcelo: mas todavía os pregunto, ¿si conocian y adoraban á Dios aquellas gentes? No le conocian, dijo Juliano, ni le adoraban.

Decidme mas, prosiguió diciendo Marcelo, ¿antes que Dios les hiciese aquesa merced, prometió de hacérsela? ¿ó vendióles muchas palabras acerca dello? ¿ó envié muchos mensajeros, encareciéndoles la promesa, por largos días, y por diversas maneras? Ninguna de esas cosas hizo

---

(1) Daniel. cap. II. vs. 31.

Dios con ellos, respondió Juliano: y si de alguna destas cosas, antes que fuesen, se hace mencion en las letras sagradas, como á la verdad se hace de algunas, hácese de paso, y como de camino, y á fin de otro propósito. Pues en qué juicio de hombres cabe, ó pudo haber, añadió Marcelo encontinente, pensar que lo que daba Dios, y cada dia lo da á gentes ajenas de sí, y que viven sin ley, bárbaras y fieras, y llenas de infidelidad y de vicios feísimos, digo, el mando terreno, y la victoria en la guerra, y la gloria, y la nobleza del triunfo sobre todos, ó cuasi todos los hombres: ¿pues quién pudo persuadirse que lo que da Dios á estos, que son como sus esclavos, y que se lo da sin prometérselo, y sin venderse con encarecimientos, y como si no les diese nada ó les diese cosas de breve y de poco momento, como á la verdad lo son todas ellas en sí; eso mismo, ó su semejante, á su pueblo escogido, y al que solo, adorando ídolos todas las otras gentes, le conocia y servia, para dárselo, si se lo queria dar como los ciegos pensaron, se lo prometia tan encarecidamente, y tan de atrás, envidiándoles cuasi cada siglo nueva promesa dello por sus Profetas, y se lo vendia tan caro, y hacia tanto esperar, que el dia de hoy, que es mas de tres mil años despues de la primera promesa, aun no está cumplido ni vendrá á cumplimiento jamás, porque no es eso lo que Dios prometia? Gran donaire, ó por mejor decir, ceguedad lastimera es, creer que los encarecimientos y amores de Dios habian de parar en armas y en banderas, y en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados, y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo y en la sangre, y en el asalto y captiverio de mil inocentes. Y creer, que el BRAZO DE DIOS extendido y cercado de fortaleza invencible que Dios promete en sus letras, y de quien él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitan esforzado, que rodeado de hierro, y esgrimiendo la espada, y llevando consigo innumerables soldados, habia de meter á cuchillo las gentes, y desplegar por todos las tierras sus victoriosas bandéras. Mesias fué de esa manera Ciro, y Nabucodonosor, y Artajerjes: ¿ó que le faltó para serlo? Mesias fué, si ser Mesias es eso, César el dictador, y el grande Pompeyo; y Alejandro en esa manera fué mas que todos Mesias.

Tan grande valentia es dar muerte á los mortales y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea á Dios ó conveniente ó glorioso, hacer para ello BRAZO tan fuerte, que por este hecho le llame su fortaleza? ¡ Oh como es verdad aquello que en persona de Dios les dijo Esaias:

*Cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros!* Que son palabras que se me vienen luego á los ojos todas las veces que en este desatino pongo atencion. Otros vencimientos, gente ciega y miserable, y otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios os promete. Otro es su BRAZO, y otra su fortaleza, muy diferente, y muy mas aventajada de lo que pensais. Vosotros esperais tierra que se consume y peresce: y la Escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amais y pedis libertad del cuerpo, y en vida abundante y pacifica, con la cual libertad se compadesce servir el ánima al pecado y al vicio: y destos males; que son mortales, os prometia Dios libertad. Vosotros esperábades ser señores de otros: Dios no prometia sino haceros señores de vosotros mismos. Vosotros os teneis por satisfechos con un sucesor de David, que os reduzga á vuestra primera tierra, y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios: mas Dios, que es sin comparacion muy mas liberal y mas largo, os prometia, no hijo de David solo, sino hijo suyo, y de David hijo tambien, que enriquecido de todo el bien que Dios tiene, os sacase del poder del demonio, y de las manos de la muerte sin fin; y que os sujetase debajo de vuestros piés todo lo que de veras os daña; y os llevase santos, inmortales, gloriosos á la tierra de vida y de paz que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios: y semejantes dádivas, y no otras, hinchen el encarescimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

Y á la verdad, Juliano, entre los demás inconvenientes que tiene este error, es uno grandisimo, que los que se persuaden dél, forzosamente juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazon como los hombres tenemos: y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos, y que están fuera del hombre, y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan. Y así ni hace alarde destos bienes Dios, ni se precia del repartimiento dellos, y las mas veces los envia á quien no los maresce, por los fines que él se sabe: y á los que tiene por desechados de sí, y que son delante de sus ojos como viles captivos y esclavos, á esos les dá aqueste breve consuelo. Y al revés con sus escogidos y con los que como á hijos ama, en esto comunmente es escaso; porque sabe nuestra flaqueza, y la facilidad con que nuestro corazon se derrama en el amor

destas prendas exteriores, teniéndolas; y sabe que cuasi siempre ó cortan ó enflaquecen los nervios de la vitud verdadera. Mas dirán, esperamos lo que las sagradas letras nos dicen, y con lo que Dios promete nos contentamos, y eso tenemos por mucho. Leemos capitan, oimos guerras, y caballos, y saetas, y espadas: vemos victorias y triunfos: prométennos libertad y venganza: dícenos que nuestra ciudad y nuestro templo sera reparado, que las gentes nos servirán, y que seremos señores de todos. Lo que oimos, eso esperamos y con la esperanza dello vivimos contentos.

Siempre fué flaca defensa asirse á la letra, cuando la razon evidente descubre el verdadero sentido; mas aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito alguna color, si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intencion. Porque, pues Esais cuando habla sin rodeo y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera (1): *Veis dice, á mi siervo, en quien descanso, aquel en quien se contenta y satisface mi ánima: puse sobre él mi espíritu: él hará justicia á las gentes: no voceará, ni será aceptador de personas, ni será oida en las plazas su voz: la caña quebrantada no quebrará; y la estopa que humea, no la apagará; no será áspero, ni bullicioso*; manifestamente se muestra, que este BRAZO y fortaleza de Dios, que es Jesu Cristo, no es fortaleza militar, ni coraje de soldado; y que los hechos hazañosos de un cordeiro tan humilde y tan manso, como es el que en este lugar Esaiás pinta, no son hechos desta guerra que vemos, adonde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio, y la cólera, y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá, dice, cólera para hacer mal ni á una caña quebrada; y antójasele el error vano de aquestos mezquinos, que tiene de trastornar el mundo con guerras. Y no es menos claro lo que el mismo Profeta dice en otro capítulo: *Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios quitará la vida al malvado*. Porque si las armas con que hierre la tierra, y con que quita la vida al malo, son vivas y ardientes palabras; claro es que su obra de aqueste BRAZO no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y así conforme á esto le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar diciendo: *Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza: vistióse por vestiduras venganza, y el zelo se le cubijó como capa,*

(1) Esai cap. XLII. vs. 1. 3.

Por manera que las saetas, que antes decia, que enviadas con el vigor del BRAZO traspasan los cuerpos, son palabras agudas y enerboladas con gracia, que pasan el corazon de claro en claro: y su espada famosa no se templó con acero en las fraguas de Vulcano para derramar la sangre cortando: ni es hierro visible, sino rayo de virtud invisible, que pone á cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios: y sus lorigas, y sus petos, y sus arneses por el consiguiente son virtudes heróicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se embotan. Piden á Dios la palabra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió. ¿Cómo piden cosa desta vida mortal, y que cada dia las vemos en otros, y que comprehendemos lo que valen y son; pues dice Dios por su Profeta, que el bien de su promesa, y la caulidad y grandeza della, ni el ojo la vió, ni llegó jamás á los oidos, ni cayó nunca en el pensamiento del hombre? Vencer unas gentes á otras, bien sabemos que es: el valor de las armas cada dia lo vemos: no hay cosa que mas entienda, ni mas desee la carne que las riquezas y que el señorío: no promete Dios esto; pues lo que promete excede á todo nuestro deseo y sentido. Hacerse Dios hombre, eso no lo alcanza la carne: morir Dios en la humanidad que tomó, para dar vida á los suyos, eso vence el sentido: muriendo un hombre, al demonio que tiranizaba los hombres, hacerle sujeto y esclavo dellos, quien nunca lo oyó? Los que servian al infierno, convertialos en ciudadanos del cielo, y en hijos de Dios; y finalmente hermosear con justicia las almas, desarraigando dellas mil malos siniestros, y hechas todas luz y justicia, á ellas y á los cuerpos vestirlos de gloria y de inmortalidad; ¿en qué deseo cupo jamás, por mas que alargarse la rienda al deseo? ¿Mas en qué me detengo? El mismo Profeta ¿no pone abiertamente, y sin ningun rodeo ni velo, el oficio de Cristo y su valentia, y la cualidad de sus guerras, en el capitulo sesenta y uno de su profecia, adonde introduce á Cristo, que dice: *El espíritu del Señor está sobre mi, á dar buena nueva á los mansos me envió?* ¿No veis lo que dice? ¿Qué? Buena nueva á los mansos, no asalto á los muros. Mas: *A curar los de corazon quebrantado.* Y dice el error que á pasar por los filos de su espada á las gentes. *A predicar á los captivos perdon.* A predicar, que no á guerrear. No á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia, y *predicar el año en que se aplaca el Señor; y el dia en que,* como si se viese vengado, queda mansa su ira. *A consolar á los que lloran, y á dar fortaleza á los que se lamentan. A darles guirnalda en*

*lugar de ceniza, y unción de gozo en lugar de duelo, y manto de loor en vez de la tristeza de espíritu.* Y para que no quedase duda ninguna, concluye: *Y serán llamados fuertes en justicia.* Dónde están agora los que engañándose á sí mismos, se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?

Aquí Juliano, mirando alegremente á Marcelo, parésceme, dijo Marcelo, que os he metido en calor, y bastaba el del día. Mas no me pesa de la ocasion que os he dado, porque me satisface mucho lo que habeis dicho; y porque no queda nada por decir, quiéroos tambien preguntar: ¿qué es la causa por donde Dios, ya que hacia promesa deste tan grande bien á su pueblo, sé la encubrió debajo de palabras y bienes carnales y visibles sabiendo que para ojos tan flacos, como los de aquel pueblo, era velo que los podia cegar? ¿y sabiendo que para corazones tan aficionados al bien de la carne, como son los de aquellos, era cebo que los habia de engañar y enredar? No era cebo ni velo, respondió al punto Marcelo, pues juntamente con ello estaba luego la voz y la mano de Dios, que alzaba el velo, y avisaba del cebo, descubriendo por mil maneras lo cierto de su promesa. Ellos mismos se cegaron, y se enredaron de su voluntad.

Por ventura yo no me he declarado, dijo entónces Juliano, porque eso mismo es lo que pregunto. Que pues Dios sabia que se habian de cegar, tomando de aquel lenguaje ocasion; ¿porqué no cortó la ocasion del todo? Y pues les descubria su voluntad y determinacion, y se la descubria para que la entendiesen; ¿porqué no se la descubrió, sin dejar escondrijo donde se pudiese encubrir el error? Porque no diréis que no quiso ser entendido; porque si eso quisiera, callara: ni menos que no pudo darse entender. Los secretos de Dios, respondió Marcelo encogiéndose en sí, son abismos profundos. Por donde en ellos es ligero el dificultar, y el penetrar muy dificultoso. Y el ánimo fiel y cristiano mas se ha de mostrar sabio en conocer que sería poco saber de Dios, si lo comprendiese nuestro saber, que ingenioso en remontar dificultades sobre lo que Dios hace y ordena. Y como sea esto así en todos los hechos de Dios, en este particular que toca á la ceguedad de aquel pueblo, el mismo san Pablo se encoge, y parece que se retira: y aunque caminaba con el soplo del Espíritu Santo, coge las velas del entendimiento, y las inclina diciendo (1): *¡O honduras de las riquezas y sabiduría y conoci-*

(1) Ad Rom. cap XI. v. 3.

*miento de Dios! cuan no penetrables son sus juicios, y cuan dificultosos de rastrear sus caminos!* Mas por mucho que se esconda la verdad, como es luz, siempre echa algunos rayos de sí, que dan bastante lumbre al ánimo humilde. Y así digo agora, que no porque algunos toman ocasion de pecar, conviene á la sabiduria de Dios mudar, ó en el lenguaje con que nos habla, ó en la órden con que nos gobierna, ó en la disposicion de las cosas que creia, lo que es en sí conveniente y bueno para la naturaleza en comun. Bien sabeis, que unos salen á hacer mal con la luz, y que á otros la noche con sus tinieblas los convida á pecar: porque ni el cosario correría á la presa, si el sol no amaneciese; ni si no se pusiese, el adulterio macularia el lecho de su vecino. El mismo entendimiento y agudeza de ingenio de que Dios nos dotó, si atendemos á los muchos que usan mal dél, no nos le diera, y dejara al hombre no hombre. ¿No dice san Pablo (1) de la Doctrina del Evangelio, que á unos es olor de vida para que vivan, y á otros de muerte para que mueran? ¿Qué fuera del mundo, si porque no se acrescentára la culpa de algunos, quedáramos todos en culpa?

Esta manera de hablar, Juliano, adonde con semejanzas y figuras de cosas que conoscemos y vemos y amamos, nos da Dios noticia de sus bienes, y nos los promete; para la cualidad y gusto de nuestro ingenio y condicion, es muy útil y muy conveniente. Lo uno, porque todo nuestro conocimiento así como comienza de los sentidos, así no conoce bien lo espiritual, sino es por semejanza de lo sensible que conoce primero. Lo otro, porque la semejanza que hay de lo uno á lo otro, advertida y conocida, aviva el gusto de nuestro entendimiento naturalmente, que es inclinado á cotejar unas cosas con otras discurriendo por ellas: y así cuando descubre alguna gran consonancia de propiedades entre cosas que son en naturaleza diversas, alégrase mucho, y como saboreábase en ello, é imprimelo con mas firmeza en las mientes. Y lo tercero, porque de las cosas que sentimos, sabemos por experiencia lo gustoso y lo agradable que tienen; mas de las cosas del cielo no sabemos cual sea, ni cuanto su sabor y dulzura. Pues para que cobremos aficion y concibamos deseo de lo que nunca habemos gustado, preséntanoslo Dios debajo de lo que gustamos y amamos; para que entendiendo que es aquello mas y mejor que lo conocido, amemos en lo no conocido, el deleite y contento que ya conoscemos.

Y como Dios se hizo hombre dulcísimo y amorosísimo, pa-

(1) 1. ad Corinth. cap II, v. 16.

ra que lo que no entendíamos de la dulzura y amor de su natural condicion, que no víamos, lo experimentásemos en el hombre que vemos, y de quien se vistió, para comenzar allí á encender nuestra voluntad en su amor; así en el lenguaje de sus Escrituras nos habla como hombre á otros hombres, y nos dice sus bienes espirituales y altos con palabras y figuras de cosas corporales, que les son semejantes: y para que los amemos los enmiela con esta miel nuestra, digo con lo que él sabe que tenemos por miel. Y si en todos es esto, en la gente de aquel pueblo de quien hablamos, tiene mas fuerza y razon, por su natural y no creible flaqueza, y como divinamente dijo san Pablo, por su infinita niñez. La cual demandaba, que como el ayo al muchacho pequeño le induce con golosinas á que aprenda el saber; así Dios á aquellos los levantase á la creencia, y al deseo del cielo, ofreciéndoles y prometiéndoles al parecer bienes de tierra. Porque si en acabando de ver el infinito poder de Dios, y la grandeza de su amor para con ellos en las plagas de Egipto, y en el mar Bermejo dividido por medio; y si teniendo casi presente en los ojos el fuego y la nube del Sina, y la habla misma de Dios que les decia la Ley, sonando en sus oidos entonces: y si teniendo en la boca el maná que Dios les llovía; y si mirando ante sí la nube que los guiaba de dia, y les lucia de noche, venidos á la entrada de la tierra de Canaán, adonde Dios los llevaba, en oyendo que la moraban hombres valientes, temieron y desconfiaron, y volvieron atrás llorando fea y vilmente, y no creyeron que quien pudo romper el mar en sus ojos, podria derrocar unos muros de tierra; y ni la riqueza y abundancia de la tierra que veian y amaban, ni la experiencia de la fortaleza de Dios, los pudo mover adelante: si luego y de primera instancia, y por sus palabras sencillas y claras les prometiera Dios la encarnacion de su Hijo, y lo espiritual de sus bienes, y lo que ni sentian, ni podian sentir, ni se les podia dar luego, sino en otra vida, y despues de haber dado luengas vueltas los siglos; ¿cuándo, me decid, ó cómo, ó en qué manera aquellos, ó lo creyeran, ó lo estimaran? Sin duda fuera cosa sin fruto. Y así todo lo grande y apartado de nuestra vista que Dios les promete, se lo pone tratable y deseable, saboreandoselo desta manera que he dicho. Y particularmente en este misterio y promesa de Cristo, para asentársela en la memoria y en la aficion, se la ofresce en los libros divinos cuasi siempre vestida con una de dos figuras. Porque lo que toca á la gracia, que descende de Cristo en las almas, y á lo que en ellas fructifica esta gracia, diceselo

debajo de semejanzas tomadas de la cultura del campo, y de la naturaleza dél.

Y como vimos esta mañana, para figurar aqueste negocio, hace sus cielos y su tierra, y sus nubes y lluvia, y sus montes, y valles, y nombra trigo y vides, y olivas, con grande propiedad y hermosura. Mas lo que pertenesce á lo que antes desto hizo Cristo, venciendo al demonio en la Cruz, y despojando el infierno, y triunfando dél y de la muerte, y subiéndose al cielo para juntar despues á sí mismo todo su cuerpo, representásele con nombres de guerras y victorias visibiles: y alza luego la bandera, y suena la trompa, y relumbra la espada, y píntalo á las veces con tanta demonstracion, que cuasi se oye el ruido de las armas, y el alarido de los que huyen, y la victoria alegre de los que vencen cuasi se vee. Y demás desto, si va á decir lo que siento, la dureza, Juliano, de aquella gente, y la poca confianza, que siempre tuvieron en Dios, y los pecados grandes contra él que della nascieron en aquel pueblo luego en su primero principio y se fueron despues siempre con él continuando y creciendo, feos, ingratos enormes pecados dieron á Dios causa justísima para que tuviese por bueno el hablarles así figurada y revueltamente. Porque de la manera que en la luz de la profecía da Dios mayor ó menor luz, segun la disposicion y capacidad y cualidad del Profeta, y una misma verdad á unos se la descubre por sueños, y á otros despiertos, pero por imágenes corporales y obscuras, que se les figuran en la fantasia, y á otros por palabras puras y sencillas, y como un mismo rostro en muchos espejos, mas ó menos claros y verdaderos, se muestra por diferente manera: así Dios esta verdad de su Hijo, y la historia y cualidad de sus hechos, conformé á los pecados y mala disposicion de aquella gente, así se la dijo algo encubierta y obscura.

Y quiso hablarles así, porque entendió, que para los que entre ellos eran y habian de ser buenos y fieles, aquello bastaba, y que á los contumaces perdidos no se les debia mas luz. Por manera que vió que á los unos aquella medianamente encubierta verdad les serviria de honesto ejercicio buscándola, y de santo deleite hallándola: y que eso mismo seria estropiezo y lazo para los otros, pero merecido estropiezo por sus muchos y graves pecados. Por los cuales caminando sin rienda, y aventajándose siempre á sí mismos, como por grados que ellos perdidamente se edificaran, llegaron á merecer este mal, que fué el sumo de todos: que teniendo delante de los ojos su vida, abrazasen la muerte, y que aborres-

ciesen á su único suspiro y deseo, cuando le tuvieron presente; ó por mejor decir, que viéndole no le viesen, ni le oyesen oyéndole, y que palpasen en las tinieblas estando rodeados de luz. Y merecieron pecando, pecar mas, y llegar á cegarse, hasta poner las manos en Cristo, y darle muerte y negarle, y blasfemar dél: que fue llegar al fia del pecado. ¿Levántose-lo agora yo, ó no se lo dijo por Esafas Dios mucho antes? *Cegaré el corazon deste pueblo, y ensordecerles he los oidos, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan, y no se conviertan á mi, ni los sane yo.* Y que sirviese para esta ceguedad y sordez, el hablarles Dios en figuras y en parábolas, maniéstalo Cristo, diciendo: *A vosotros es dado conocer el misterio del reino, pero á los demás en parábolas, para que viéndolo no lo vean, y oyéndolo no lo oigan.*

Mas pues estos son ciegos y sordos, y porfian en serlo, dejémoslos en su ceguedad, y pasemos á declarar la fuerza deste BRAZO invencible. Y diciendo esto Marcelo, y mirando, hácia Sabino, añadió, si á Sabino no le parece que queda alguna otra cosa por declarar. Y dijo esto Marcelo, porque Sabino, en cuanto él hablaba, ya por dos veces habia hecho significacion de quererle preguntar algo, inclinándose á él con el cuerpo, y enderezando el rostro y los ojos en él. Mas Sabino le respondió, cosa era lo que se me ofrecia de poca importancia, y ya me parecia dejarla. Mas pues me convidais á que la diga decidme, Marcelo, si fué pena de sus pecados en los Judíos el hablarles Dios por figuras, y se cegaron en el entendimiento dellas por ser pecadores, y si por haberse cegado desconocieron y trujeron á Jesu Cristo á la muerte, ¿podréisme por aventura mostrar en ellos algun pecado primero tan malo y tan grande, que mereciese ser causa deste último y gravísimo pecado que hicieron despues? Excusado es buscar uno respondió Marcelo, adonde hubo tan enormes pecados y tantos. Mas aunque esto es así, no carece de razon vuestra pregunta, Sabino. Porque si atendemos bien á lo que por Moisen está escrito, podrémos decir que en el pecado de la adoracion del becerro merecieron, como en culpa principal, que permitiéndolo Dios, desconociesen, y negasen á Cristo despues. Y podrémos decir, que de aquella fuente manó aquesta mala corriente, que creciendo con otras avenidas menores, vino á ser un abismo de mal. Porque si alguno quisiere pesar con peso justo y fiel todas las cualidades de mal, que en aquel pecado juntas concurren; conocerá luego, que fué justamente merecedor de un castigo tan señalado, como es la ceguedad en que están, no cono-

ciendo á Jesus por Mesias, y como son los males y miserias en que han incurrido por causa della. No quiero decir agora que los habia Dios sacado de la servidumbre de Egipto, y que les habia abierto con nueva maravilla la mar, y que la memoria destes beneficios la tenian reciente.

Lo que digo, para verdadero conoscimiento de su grave maldad, es aquesto, que en ese tiempo y punto volvieron las espaldas á Dios, quando le tenian delante de los ojos presente encima de la cumbre del monte, quando ellos estaban alojados á la falda del Sina; quando vian la nube y el fuego, testigos manifestos de su presencia; quando sabian que Moisen estaba hablando con él; quando acababan de recibir la ley, la cual ellos comenzaron á oír de su misma boca de Dios, y movidos de un temor religioso, no se tuvieron por dignos para oirla del todo, y pidieron que Moisen por todos la oyese. Así que viendo á Dios, se olvidaron de Dios; y mirándole le negaron; y teniéndole en los ojos, le borraron de la memoria. ¿Mas porqué le borraron? No se puede decir mas breve, ni mas encarescidamente que la Escritura lo dice. Por un becerro que comía heno. Y aun no por becerro vivo que comía; sino por imagen de becerro, que parecia comer, hecha por sus mismas manos en aquel punto. A aquellos desatinados dijeron (1): *Este, este es tu Dios, Israel, el que te sacó de la servidumbre de Egipto.* ¿Qué flaqueza, pregunto, ó qué desamor habian hallado en Dios hasta entonces? ¿O qué mayor fortaleza esperaban de un poco de oro mal figurado? ¿O qué palabras encarecen debidamente tan grande ceguedad y maldad? Pues los que tan de balde, y tan por su sola malicia y liviandad increíble se cegaron allí, justísimo fué, y Dios derechamente lo permitió, que se cegasen aquí en el conoscimiento de su único bien. Y porque no paresca que lo adivinamos agora nosotros, Moisen en su cántico y en persona de Dios, y hablando de aqueste mismo becerro, de que hablamos, tan mal adorado, se lo profetiza, y dice de aquesta manera: *estos me provocaron á mi en lo que no era Dios: pues yo los provocaré á ellos* (conviene á saber á envidia y dolor) *llamando á mi gracia, y á la rica posesion de mis bienes, á una gente vil, y que en su estima dellos no es gente.* Como diciéndoles, que por quanto ellos le habian dejado por adorar un metal; él los dejaria á ellos, y abrazaria á la Gentilidad, gente muy pecadora y muy despreciada. Porque sabida cosa es, así como lo enseña

(1) Exod. cap. XXXII. v. 4.

san Pablo (1), que el haber desconocido á Cristo aquel pueblo, fué el medio por donde se hizo aqueste trueque y traspaso, en que él quedó desechado, y despojado de la Religion verdadera, y se pasó la posesion della á las gentes.

Mas traigamos á la memoria, y pongamos delante della, lo que entoces pasó, y lo que por orden de Dios hizo Moisen, que el mismo hecho será pintura viva, y testimonio expreso de aquesto que digo. No dice la Escritura en aquel lugar, que abajando Moisen del monte, habiendo visto y conocido el mal recaudo del pueblo, quebró, dando en el suelo con ellas, las tablas de la Ley, que traia en las manos? Y qué el tabernáculo, adonde descendia Dios, y hablaba con Moisen, le sacó Moisen luego del real, y de entre las tiendas de los Hebreos, y lo asentó en otro lugar muy apartado de aquel? ¿Pues qué fué esto, sino decir y profetizar figuradamente lo que en castigo y pena de aquel exceso habia de suceder á los Judios despues? ¿Qué el tabernáculo donde mora perpetuamente Dios, que es la naturaleza humana de Jesu Cristo, que habia nascido dellos, y estaba residiendo entre ellos, se habia de alejar por su desconocimiento de entre los mismos, y que la ley que les habia dado, y que ellos con tanto cuidado guardan agora, les habia de ser, como es, cosa perdida y sin fruto, y que habian de mirar, como ven agora, sin menearse de sus lugares y errores, las espaldas de Moisen, esto es, la sombra y la corteza de su Escritura? La cual siendo de ellos, no vive con ellos, antes los deja, y se pasa á otra parte delante de sus ojos, y mirándolo con grave dolor. Ansi que por sus pecados todos, y entre todos, por este del becerro, que digo, fueron merecedores de que ni Dios les hablase á la clara, ni ellos tuviesen vista para entender lo que se les hablaba. Mas pues habemos dicho acerca deste todo lo que convenia decir; digamos ya la cualidad deste BRAZO, y aquello á que se extiende su fuerza.

Y como se callase Marcelo aquí un poco, tornó luego á decir: De Lactancio Firmiano se escribe, como sabeis, que tuvo mas vigor escribiendo contra los errores gentiles, que eficacia confirmando nuestras verdades; y que convenció mejor el error ageno, que probó su propósito. Mas yo, aunque no le conviene á ninguno prometer nada de sí, confiado de la naturaleza de las mismas cosas, oso esperar, que si acertare á decir con palabras sencillas las hazañas que hizo Dios por medio de Cristo, y las obras de fortaleza, por cuya causa se

(1) Ad Rom. cap. IX. v. 32.

llama su BRAZO, que por él acabó; ello mismo hará prueba de sí tan eficaz, que sin otro argumento se esforzará á sí mismo, y se demostrará que es verdadero, y vencerá de falso á lo contrario. Y para que yo pueda agora, refiriendo aquestas obras, mostrar la fuerza dellas mejor; antes que las refiera, me conviene presuponer, que á Dios que se infinitamente fuerte y poderoso, y que para él hacer, le basta solo el querer, ninguna cosa que hiciese le seria contada á gran valentia, si la hiciese usando de su poder absoluto, y de la ventaja que hace á todas las demás cosas en fuerzas. Por donde lo grande y lo que mas espanto nos põe, y lo que mas nos demuestra lo inmenso de su no comprehensible poder y saber, es, cuando hace sus cosas, sin parecer que las hace; y cuando trae á debido fin lo que ordena, sin romper alguna ley ordenada, y sin hacer violencia; y cuando sin poner él en ello, á lo que parece, su particular cuidado, ó sus manos, ello de sí mismo se hace: antes con las manos mismas, y con los hechos de los que lo desean impedir, y se trabajan en impedirlo, no sabréis como, ni de que manera viene ello cuasi de suyo á hacerse. Y es propria manera esta de la fortaleza, á quien la prudencia acompaña. Y en la prudencia lo mas fino de ella, y en lo que mas es señala, es el dar orden, como se venga á fines extremados y altos y dificultosos, por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en lo demás el buen orden.

Y Dios se precia de hacerlo así siempre; porque es en lo que mas se descubre y resplandesce su mucho saber. Y entre los hombres, los que gobernaron bien, siempre procuraron, cuanto pudieron, avvicinar á esta imágen de gobierno sus ordenanzas. La cual imágen apenas la imitan ni conocen los que el día de hoy gobiernan. Y con otras muchas cosas divinas, de las cuales agora tenemos solamente la sombra, tambien se ha perdido la fineza de aquesta virtud en los que nos rigen, que atentos muchas veces á un fin particular que pretenden, usan de medios, y ponen leyes que estorban otros fines mayores, y hacen violencia á la buena gobernacion en cien cosas, por salir con una cosa sola que les agrada. Y aun estan algunos tan ciegos en esto, que entonces presumen de sí, cuando con leyes, que, cada una de ellas quebrantan otras leyes mejores, estrechan el negocio de tal manera, que reducen á lance forzoso lo que pretenden. Y cuando suben, como dicen, el agua por una torre, entonces se tienen por la misma prudencia, y por el dechado de toda la buena gobernacion: como (si sirviera para nuestro propósito) lo pudiera yo agora mostrar por muchos ejemplos. Pues quedando esto así, para

conocer claramente las grandezas que hizo Dios por este BRAZO suyo, convendrá poner delante los ojos la dificultad y la muchedumbre de las cosas que convenia, y era necesario que fuesen hechas por Dios para la salud de los hombres. Porque conocido lo mucho y lo dificultoso que se habia de hacer, y la contrariedad que ello entre sí mismo tenia; y conocido como las unas partes dello impedian la ejecucion de las otras; y vista la forma y facilidad, y si conviene decirlo así, la destreza con que Dios por Cristo proveyó á todo, y lo hizo como de un golpe; quedará manifiesta la grandeza del poder de Dios, y la razon justisima que tiene para llamar á Cristo BRAZO suyo, y valentia suya.

Deciamos pues hoy, que Lucifer enamorado vanamente de sí, apesetió para sí lo que Dios ordenaba para honra del hombre en Jesu Cristo. Y deciamos, que saliendo de la obediencia y de la gracia de Dios por esta soberbia, y cayendo de felicidad en miseria, concibió enojo contra Dios, y mortal envidia contra los hombres. Y deciamos que movido y aguzado de aquestas pasiones, procuró poner todas sus mañas é ingenio en que el hombre, quebrantando la ley de Dios, se apartase de Dios, para que apartado dél, ni el hombre viniese á la felicidad que se le aparejaba, ni Dios trujese á fin próspero su determinacion y consejo: y que así persuadió al hombre que pasase el mandamiento de Dios, y que el hombre le trapasó; y que hecho esto, el demonio se tuvo por vencedor, porque sabia que Dios no podia no cumplir su palabra, y que su palabra era que muriese el hombre el dia que traspasase su ley. Pues digo agora, añadiendo sobre esto lo que para aquesto de que vamos hablando conviene, que destruido el hombre, y puesto por esta manera en desórden y en confusion el consejo de Dios, y quedando contento de sí y de su buen suceso el demonio; pertenescia al honor y á la grandeza de Dios que volviese por sí, y que pusiese en todo conveniente remedio: y ofrecianse juntamente grande muchedumbre de cosas diferentes, y quasi contrarias entre sí, que pedian remedio. Porque lo primero, el hombre habia de ser castigado, y habia de morir; porque de otra manera no cumplia Dios, ni con su palabra, ni con su justicia. Lo segundo, para que no careciese de efecto el consejo primero, habia de vivir el hombre, y habia de ser remediado. Lo tercero, convenia tambien que Lucifer fuese tratado conforme á lo que merecia su hecho y osadia, en la cual habia mucho que considerar. Porque lo uno fué soberbio contra Dios, lo otro fué envidioso del hombre. Y en lo que con el hombre hizo, no solo no preten-

dió apartarle de Dios, sino sujetarle á su tiranía, haciéndose él señor y cabeza por razon del pecado. Y demás desto procedió en ello con maña y engaño, y quiso como en cierta manera competir con Dios en sabiduría y consejo, y procuró como atarle con sus mismas palabras, y con sus mismas armas vencerle.

Por lo cual para que fuese conveniente el castigo destes excesos, y para que se fuesen respondiendo bien la pena y la culpa; la pena justa de la soberbia que Lucifer tuvo, era, que al que quiso ser uno con Dios, le hiciese Dios siervo y esclavo del hombre. Y así mismo porque el dolor de la envidia es la felicidad de aquello que envidia; la pena propia del demonio envidioso del hombre, era hacer al hombre bienaventurado y glorioso. Y la osadía de haber cutido (1) con Dios en el saber y en el aviso, no rescebia su debido castigo, sino haciendo Dios que su aviso y su astucia del demonio fuese su mismo lazo, y que perdiese á sí y á su hecho por aquello mismo por donde lo pensaba alcanzar, y que se destruyese pensando valerse. Y en consecuencia desto, si se podia hacer, convenia mucho á Dios hacerlo, que el pecado y la muerte, que puso el demonio en el hombre para quitarle su bien, fuesen lo uno ocasion, y lo otro causa de su mayor bienandanza; y que viviese verdaderamente el hombre, por haber habido muerte; y por haber habido miseria, y pena y dolor, viesiese á ser verdaderamente dichoso; y que la muerte y la pena, por donde á los hombres les viniese este bien, la ordenase y la trujese á debida ejecucion el demonio, poniendo en ella todas sus fuerzas, como en cosa que segun su imaginacion le importaba. Y sobre todo cumplia, que en la ejecucion y obra de todo aquesto que he dicho, no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazon de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viesiese haciendo ello mismo.

Esto pues habia en la maldad del demonio, y en la miseria y caída del hombre, y en el respeto de la honra de Dios; y cada una destas cosas para ser debidamente ó castigada, ó remediada, pedia la orden que he dicho, y no cumplia consigo misma y con su reputacion y honor la Potencia divina, si en algo de esto faltaba, ó si usaba en la ejecucion dello de su poder absoluto. Mas pregunto, ¿qué hizo? ¿Enfadóse por aventura de un negocio tan enredado, y apartó su cuidado del enfadándose? En ninguna manera. ¿Dió por caso salida y reme-

---

(1) *Cutido*, como si dijera. *competido*

dio á lo uno, y dejó sin medicina á lo otro, impedido de la dificultad de las cosas? Antes puso recaudo en todas. ¿Usó de su absoluto poder? No, sino de suma igualdad y justicia. ¿Fueron por dicha grandes ejércitos de ángeles los que juntó para ello? ¿Movi6 guerra al demonio á la descubierta, y en batalla campal y partida le venció, y le quitó la presa? Con solo un hombre venció. ¿Qué digo un hombre? con solo permitir que el demonio pusiese á un hombre en la Cruz, y le diese allí muerte, trujo á felicísimo efecto todas las cosas que arriba dije, juntas y enteras.

Porque verdaderamente fué así, que solo el morir Cristo en la Cruz, adonde subió por su permission, y por las manos del demonio y de sus ministros, por ser persona divina la que murió, y por ser la naturaleza humana en que murió inocente, y de todo pecado libre, y santísima y perfectísima naturaleza, y por ser naturaleza, de nuestro metal y linaje, y naturaleza dotada de virtud general, y de fecundidad para engendrar nuevo ser y nacimiento en nosotros, y por estar nosotros en ella por esta causa como encerrados: así que aquella muerte por todas aquestas razones y títulos, conforme á todo rigor de justicia, bastó por toda la muerte, á que estaba el linaje humano obligado por justa sentencia de Dios; y satisfizo cuanto es de su parte por todo el pecado; y puso al hombre no solo en libertad del demonio, sino tambien en la inmortalidad, y gloria, y posesion de los bienes de Dios. Y porque puso el demonio las manos en el inocente, y en aquel que por ninguna razon de pecado le estaba sujeto, y pasó ciego la ley de su orden, perdió justísimamente el vasallaje que sobre los hombres por su culpa dellos tenia, y le fueron quitados, como de entre las uñas, mil queridos despojos, y él mereció quedar por esclavo sujeto de aquel que mató; y el que murió, por haber nacido sin deber nada á la muerte, no solo en su persona, sino tambien en las de sus miembros, acocia como á siervo rebelde y fugitivo al demonio.

Y quedó desta manera por pura ley aquel soberbio, y aquel orgulloso, y aquel enemigo y sangriento tirano abatido y vencido. Y el que mala y engañosamente al sencillo y flaco hombre, prometiéndole bien, habia hecho su esclavo, es agora pisado y hollado del hombre, que es ya su señor, por el merecimiento de la muerte de Cristo. Y para que el malo reviente de envidia, aquellos mismos á quien envidió y quitó el paraíso en la tierra, en Cristo los ve hechos una misma cosa con Dios en el cielo. Y porque presumia mucho de su saber, ordenó Dios que él por sus mismas manos se hiciese á sí mismo

aqueste gran mal; y con la muerte que él habia introducido en el mundo, dándola á Cristo, dió muerte á sí, y dió vida al mundo. Y cuando mas el desventurado rabiare, y se despechare, y ansioso se volviere á mil partes, no podrá formar queja sino es de sí solo, que buscando la muerte á Cristo, á sí se derrocó á la miseria extrema; y al hombre que aborrecia, sacándole de esta miseria, le levantó á gloria soberana; y esclareció y engrandesció por extremo el poder y saber de Dios, que es lo que mas al enemigo le duele. ¡Ó grandeza de Dios nunca oida! ¡ó sola verdadera muestra de su fuerza infinita, y de su no medido saber! ¿Qué puede calumniar aquí agora el Judío? ¿ó qué armas le quedan con que pueda defender mas su error? ¿Puede negar que pecó el primer hombre? ¿No estaban todos los hombres sujetos á muerte y á miseria, y y como captivos de sus pecados? ¿Negará que los demonios tiranizaban el mundo? ¿Ó dirá por ventura que no le tocaba al honor y bondad de Dios poner remedio en este mal, y volver por su causa, y derrocar al demonio, y redimir al hombre, y sacarle de una cárcel tan fiera? ¿Ó será menor hazaña y grandeza vencer este leon, ó menos digna de Dios, que poner en huida los escuadrones humanos, y vencer los ejércitos de los hombres mortales? ¿Ó hallará, aunque mas se desvele, manera mas eficaz, mas cabal, mas breve, mas sabia, mas honrosa, ó en quien mas resplandezca toda la sabiduria de Dios que esta de que, como decimos, usó y de que usó en realidad de verdad por medio del esfuerzo, y de la sangre, y de la obediencia de Cristo? Ó si son famosos entre los hombres, y de claro nombre los capitanes que vencen á otros, ¿podrá negar á Cristo, infinito y esclarecidísimo nombre de virtud y valor, que acometió por sí solo una tan alta empresa, y al fin le dió cima? Pues todo aquesto que habemos dicho, obró y mereció Cristo muriendo.

Y despues de muerto, poniéndolo en ejecucion, despojó luego el infierno abajando á él, y pisó la soberbia de Lucifer, y encadenóle: y volviendo el tercero dia á la vida, para no morir mas, rodeado de sus despojos, subió triunfando al cielo, de donde el soberbio cayera: y colocó nuestra sangre y nuestra carne en el lugar, que el malvado apeteció, á la diestra de Dios. Y hecho señor, en cuanto hombre, de todas las criaturas, y juez y salud dellas, para poner en efecto en ellas y en nosotros mismos la eficacia de su remedio, y para llevar á sí, y subir á su mismo asiento á sus miembros, y para al fuerte tirano, que encadenó y despojó en el infierno, quitarle de la posesion malvada, y de la

adoracion injusta que se usurpaba en la tierra, envió desde el cielo al suelo su Espíritu sobre sus humildes y pequeños discípulos, y armándolos con él, les mandó mover guerra contra los tiranos y adoradores de los idolos, y contra los sabios vanos y presumptuosos, que tenia por ministros suyos el demonio en el mundo.

Y como hacen los grandes maestros, que lo mas dificultoso y mas principal de las obras lo hacen ellos por sí, y dejan á sus obreros lo de menos trabajo; así Cristo, vencido que hubo por sí y por su persona al espíritu de la maldad, dió á los suyos que moviesen guerra á sus miembros. Los cuales Discípulos la movieron osadamente, y la vencieron mas esforzadamente, y quitaron la posesion de la tierra al principe de las tinieblas, derrocando por el suelo su adoracion y su silla. ¿Mas cuántas proezas comprehende en sí aquesta proeza? ¿Y aquesta nueva maravilla cuántas maravillas encierra? Pongamos delante de los ojos del entendimiento, lo que ya vieron los ojos del cuerpo; y lo que pasó en hecho de verdad en el tiempo pasado, figurèmoslo agora. Pongamos de una parte doce hombres desnudos de todo lo que el mundo llama valor, bajos de suelo, humildes de condicion, simples en las palabras, sin letras, sin amigos, y sin valedores; y luego de la otra parte pongamos toda la monarquía del mundo, y las religiones, ó persuasiones de religion que en él estaban fundadas por mil siglos pasados, y los sacerdotes dellas, y los templos, y los demonios que en ellos eran servidos, y las leyes de los principes, y las ordenanzas de las repúblicas y comunidades, y los mismos principes y repúblicas. Que es poner aquí doce hombres humildes, y allí todo el mundo, y todos los hombres, y todos los demonios, con todo su saber y poder. Pues una maravilla es, y maravilla que si no se viera por vista de ojos jamás se creyera, que tan pocos osasen mover contra tantos: y ya que movieron, otra maravilla es que en viendo el fuego que contra ellos el enemigo encendia en los corazones contrarios, y en viendo el corajé, y fiereza y amenazas dellos, no desistiesen de su pretension.

Y maravilla es, que tuviese ánimo un hombre pobrecillo y extraño de entrar en Roma, digamos agora, que entonces tenia el sceptro del mundo, y era la casa y la morada donde se sentaba el imperio; así que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre, y decir á voces en sus plazas della, que eran demonios sus ídolos, y que la religion y manera de vida que recibieron de sus antepasados, era vanidad y maldad. Y maravilla es, que una tal osadía tuviese suceso; y

que el suceso fuese tan feliz como fué, es maravilla que vence el sentido. Y si estuvieran las gentes obligadas por sus religiones á algunas leyes dificultosas y ásperas, y si los Apóstoles los convidaran con deleite y soltura; aunque era dificultoso mudarse todos los hombres de aquello en que habian nascido, y aun que el respeto de los antepasados de quien lo heredaron, y la autoridad y dicho de muchos excelentes en elocuencia y en letras que lo aprobaron, y toda la costumbre antigua inmemorial, y sobre todo el comun consentimiento de las naciones todas que convenian en ello, les hacia tenerlo por firme y verdadero: pero aunque romper con tantos respetos y obligaciones era extrañamente difícil, todavía se pudiera creer, que el amor demasiado con que la naturaleza lleva á cada uno á su propria libertad y contento, habia sido causa de una semejante mudanza.

Mas fué todo al revés, que ellos vivian en vida y religion libre, y que alargaba la rienda á todo lo que pide el deseo; y los Apóstoles, en lo que toca á la vida, los llamaban á una suma aspereza, á la continencia, al ayuno, á la pobreza, al desprecio de todo cuanto se vee; y en lo que toca á la creencia, les anunciaban lo que á la razon humana parece increíble, y decianles, que no tuviesen por dioses á los que les dieron por dioses sus padres, y que tuviesen por Dios, y por hijo de Dios á un hombre, á quien los Judíos dieron muerte de cruz. Y el muerto en la cruz dió vigor no creible á aquesta palabra. Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso; maravilloso en el poco aparato con que se principió; maravilloso en la presteza con que vino á crecimiento; y mas maravilloso en el grandísimo crecimiento á que vino; y sobre todo maravilloso la forma y manera como vino. Porque si sucediera así que algunos persuadidos al principio por los Apóstoles, y por aquellos persuadiéndose otros, y todos juntos, y hechos un cuerpo, y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y de allí peleando sujetaran á sí la comarca, y poco á poco cobrando mas fuerzas ocuparan un reino, y como á Roma le aconteció, que hecha señora de Italia, movió guerra á toda la tierra, así ellos hechos poderosos, y guerreando vencieran el mundo, y le mudaran sus leyes; si así fuera menos fuera de maravillar.

Así subió Roma á su imperio: así tambien la ciudad de Cartago vino á alcanzar grande poder: muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios: la secta de Mahoma falsísima por este camino ha cundido: y la potencia

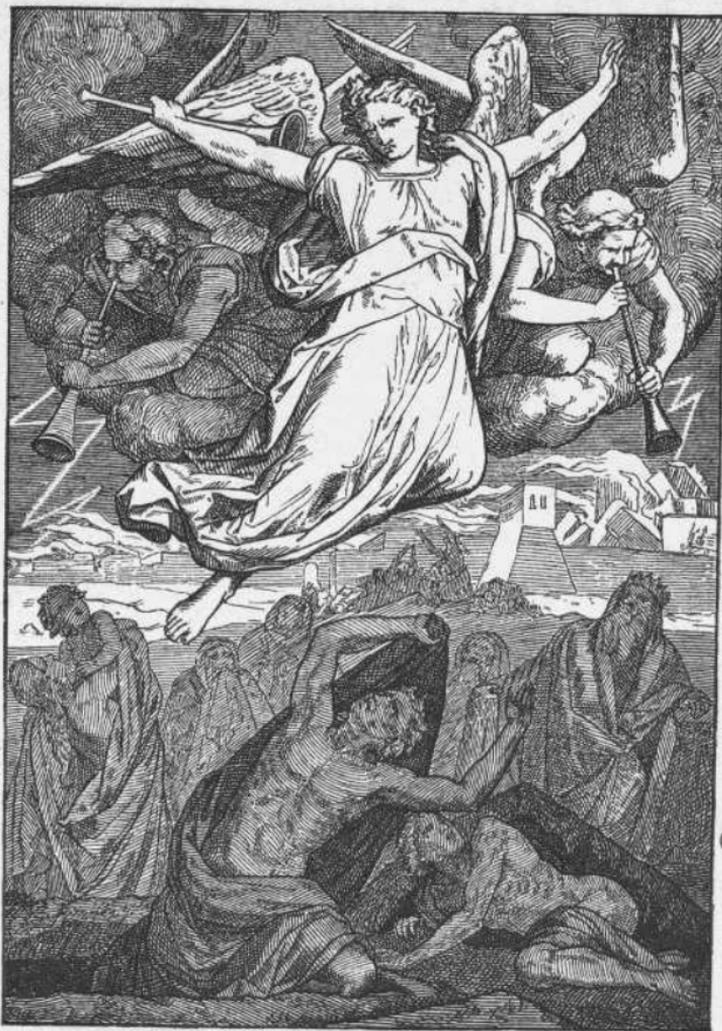
del turco, de quien agora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones mas flacas: y finalmente desta manera se esfuerzan, y crescen y sobrepujan los hombres unos á otros. Mas nuestro hecho, porque era hecho verdaderamente de Dios, fué por muy diferente camino. Nunca se juntaron los Apóstoles, y los que creyeron á los Apóstoles para acometer, sino para para padecer y sufrir. Sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oida. Morian, y muriendo vencian. Cuando caian en el suelo degollados nuestros maestros, se levantaban nuevos discipulos. Y la tierra, cobrando virtud de su sangre, producía nuevos frutos de fe. Y el temor y la muerte, que espanta naturalmente y aparta, atraía y acodiaba á las gentes á la Fe de lu Iglesia. Y como Cristo muriendo venció, así para mostrarse BRAZO y valentía verdadera de Dios, ordenó que hiciese alarde el demonio de todos sus miembros, y que los encendiese en crueldad cuanto quisiese, armándolos con hierro y con fuego: y no les embotó las espaldas como pudiera, ni se las quitó de las manos, ni hizo á los suyos con cuerpos no penetrables al hierro, como dicen de Aquiles; sino antes se los puso como suelen decir en las uñas, y les permitió que ejecutasen en ellos toda su crueza y fiereza. Y lo que vence á toda razon, muriendo los fieles, y los infieles dándoles muerte, diciendo los infieles matemos, y los fieles diciendo muramos, pereció totalmente la infidelidad, y creció la Fe, y se extendió cuanto es grande la tierra. Y venciendo siempre, á lo que parescia, nuestros enemigos, quedaron no solo vencidos, sino consumidos del todo y deshechos, como lo dice por hermosa manera Zacarias profeta: *Y será este el azote con que herirá el Señor á todas las gentes que tomaron armas contra Hierusalem. La carne de cada uno, estando él levantado y sobre sus piés, deshecha se consumirá, y tambien sus ojos dentro de sus cuencas sumidos serán hechos marchitos, y secaráseles la lengua dentro de la boca.*

Adonde como veis, no se dice que habia de poner otro alguno las manos en ellos para darles la muerte, sino que ellos de suyo se habian de consumir, y secar y venir á menos, como acontece á los éticos, y que habian de venir á caerse de suyo, y esto al parescer no derrocados por otros, sino estando levantados y sobre sus piés. Porque siempre los enemigos de la Iglesia ejecutaron su crueldad contra ella, y quitaron á los fieles cuantas veces quisieron las vidas, y pisaron victoriosos sobre la sangre cristiana: mas tambien aconteció siempre, que cayendo los mártires, venian al suelo los idolos,

y se consumian los martirizadores gentiles, y multiplicándose con la muerte de los unos la fe de los otros, se levantaban y acrescentaban los fieles, hasta que vino á reinar en todos la Fe. Vengan agora pues los que se ceban de solo aquello que el sentido aprende, y los que esclavos de la letra muerta esperan batallas, y triunfos, y señoríos de tierra, porque algunas palabras lo suenan así; y si no quieren creer la victoria secreta y espiritual, y la redempcion de las ánimas que servian á la maldad y al demonio, que obró Cristo en la cruz, porque no se vee con los ojos, y porque ni ellos para verlo tienen los ojos de fe que son menester; esto á lo menos que pasó y pasa publicamente, y que lo vió todo el mundo, la caída de los ídolos, y la sujecion de todas las gentes á Cristo, y la manera como las sujetó y las venció: ¿pues vengan y digannos si les parece aqueste hecho pequeño, ó usado, ó visto otra vez? ¿ó siquiera inimaginado como posible el poder deste hecho, antes que por el hecho se viese? ¿Digannos, si responde mejor con las promesas divinas, y si las hinche mas este vencimiento, y si es mas digno de Dios que las armas que fantasea su desatino? ¿Qué victoria, aunque junten en uno todo lo próspero en armas, y lo victorioso y valeroso que ha habido, traída con esta victoria á comparacion, tiene ser? ¿Qué triunfo, ó qué carro vió el sol que iguale con este? ¿Qué color les queda ya á los miserables, ó qué apariencia para perseverar en su error?

Yo persuadido estoy para mi, y téngolo por cosa evidente, que solo esta conversion del mundo, considerada como se debe, pone la verdad de nuestra Religion fuera de toda duda y cuestion, y hace argumento por ella tan necesario, que no deja respuesta á ninguna infidelidad, por aguda y maliciosa que sea; sino que por mas que se aguce y esfuerce, la doma, y la ata, y la convence; y es argumento breve y clarísimo y que se compone todo él de lo que toca el sentido. Porque ruégoos, Juliano y Sabino, que me digais (y si mi ingenio por su flaqueza no pasa adelante, tended vosotros la vista aguda de los vuestros, que quizá veréis mas) así que decidme, hablando agora de Cristo, y de las cosas y obras suyas, que á todas las gentes así fieles como infieles fueron notorias, así las que hizo él por sí en su vida, como las que hicieron sus Discípulos dél despues de su muerte; decidme, ¿no es evidente á todo entendimiento, por mas ciego que sea, que aquello se hizo ó por virtud de Dios, ó por virtud del demonio, y que ninguna fuerza de hombre, no siendo favorecido de alguna otra mayor, no era poderosa para hacer lo que





...cuando diere fin al pecado y acabare la muerte...

I. ad. Corint. cap. xv.

viéndolo todos hicieron Cristo y los suyos? Evidente es esto sin duda. Porque aquellas obras maravillosas que las historias de los mismos infieles publican, y la conversion de toda la Gentilidad que es notoria á todos ellos, y fue la mas milagrosa obra de todas; así que estas maravillas y milagros tan grandes, necesaria cosa es decir, que fueron ó falsos, ó verdaderos milagros: y si falsos, que los hizo el demonio, y si verdaderos, que los obró Dios.

Pues siendo esto así como es, si fuere evidente que no los hizo el poder del demonio, quedará convencido que Dios los obró. Y es evidente que no los hizo el demonio, porque por ellos, como todas las gentes lo vieron, fue destruido el demonio y su poder, y el señorío que tenia en el mundo, derrocándole los hombres sus templos, y negándole el culto y servicio que le daban antes, y blasfemando dél. Y lo que pasó entonces en toda la redondez del orbe romano, pasó en la edad de nuestros padres, y pasa agora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado. En el cual, desplegando por él su victoriosa bandera la palabra del Evangelio, destierra, por donde quiera que pasa, la adoracion de los ídolos. Por manera que cristo ó es BRAZO DE DIOS, ó es poder del demonio. Y no es poder del demonio, como es evidente, porque deshace y arruina el poder del demonio. Luego evidentemente es BRAZO DE DIOS. ¡Oh! ¡cómo es luz la verdad, y como ella misma se dice, y defiende, y sube en alto, y resplandesce, y se pone en lugar seguro y libre de contradicion! ¿No veis con cuán simples y breves palabras la pura verdad se concluye? que torno á decirlo otra y tercera vez: Si Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios. Porque entre ello no hay medio. Y si Cristo destruyó el ser, y saber, y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué ministro ni fautor del demonio.

Humílese pues á la verdad la infidelidad, y convencida confiese, que Cristo nuestro bien no es invención del demonio, sino verdad de Dios, y fuerza suya, y su justicia, y su valentía, y su nombrado y poderoso BRAZO. El cual si tan valeroso nos parece en esto que ha hecho, en lo que resta por hacer, y nos tiene prometido de hacerlo, ¿qué nos parecerá cuando lo hiciere? ¿y cuando, como escribe san Pablo (1), dejare vacías, esto es, depusiere de su ser y valor á todas las potestades y principados, sujetando á si y á su poder en-

(1) I. ad Corinth. cap. XV. v. 24.

teramente todas las cosas, para que reine Dios en todas ellas? ¿cuándo diere fin al pecado, y acabare la muerte, y sepultare en el infierno para nunca salir de allí la cabeza y el cuerpo del mal? Mucho mas es lo que se pudiera decir acerca deste propósito: mas para dar lugar á lo que nos resta, basta lo dicho, y aun sobra, á lo que parece, segun es grande la priesa que se da el sol en llevarnos el dia. Aquí Juliano, levantando los ojos miró hácia el sol que ya se iba á poner, y dijo: Huyen las horas, y cuasi no las habemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones. Mas para decir lo demás que os placiere, no será menos conveniente la noche templada, que ha sido el dia caluroso. Y más, dijo en continente Sabino, que como el sol se fuere á su oficio, vendrá luego en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio, y callando con la noche todo, y hablando solo vos, os escucharán atetisimas. Vos mirad no os halle desapercibido un auditorio tan grande. Y diciendo esto, y desplegando el papel, sin atender mas respuesta, leyó.

### III.

*Nómbrose Cristo tambien REY DE DIOS. En el psalmo segundo dice él de sí, segun nuestra letra: Yo soy REY constituido por él, esto es por Dios, sobre Sion su monte santo. Y segun la letra original dice Dios dél: Yo constituí á mi REY sobre el monte de Sion, monte santo mio. Y segun la misma letra en el capitulo catorce de Zacarias. Y vendrán todas las gentes, y adorarán al REY del Señor Dios.*

Y leído esto, añadió el mismo Sabino diciendo: Mas es poco todo lo demás que en este papel se contiene; y así, por no desplegarle mas veces, quiérola leer de una vez, y dijo:

*Nómbrese tambien PRÍNCIPE DE PAZ, y nómbrese ESPOSO. Lo primero se vee en el capitulo nueve de Esaias, donde hablando dél el Profeta dice: Y será llamado PRÍNCIPE DE PAZ. De lo segundo él mismo en el Evangelio de san Juan en el capitulo tercero dice: El que tiene esposa, esposo es, y su amigo oye la voz del ESPOSO, y gózase. Y en otra parte (1): Vendrán dias, cuando les será quitado el ESPOSO, y entonces ayunarán.*

Y con esto calló. Y Marcelo comenzó por esta manera: En confusion me pusiera, Sabino, lo que habeis dicho, si ya no estuviera usado á hablar en los oidos de las estrellas, con las

(1) Matth. cap. IX. v. 15.

cuales comunico mis cuidados y mis ansias las mas de las noches; y tengo para mí que son sordas, y si no lo son, y me oyen, estas razones de que agora tratamos, no me pesará que las oigan, pues son tuyas, y de ellas las aprendimos nosotros, segun lo que en el psalmo se dice (1): *Que el cielo pregona la gloria de Dios, y sus obras las anuncia el cielo estrellado.* Y la gloria de Dios, y las obras, de que él señaladamente se precia, son los hechos de Cristo, de que platicamos agora. Así que oiga en buena hora el cielo lo que nos vino del cielo, y lo que el mismo cielo nos enseñó. Mas sospecho, Sabino, que segun es baja mi voz, el ruido que en esta presa hace el agua cayendo, que crecerá con la noche, les hurtará de mis palabras las mas. Y como quiera que sea, viniendo á nuestro propósito, pues Dios, en lo que habeis agora leído, llama á Cristo REY suyo, siendo así que todos los que reinan son reyes por mano de Dios; claramente nos da á entender y nos dice, que Cristo no es REY como los demás reyes, sino REY por excelente y no usada manera. Y segun lo que yo alcanzo, á solas tres cosas se puede reducir todo lo que engrandece las excelencias y alabanzas de un rey. Y la una consiste en las cualidades que en su misma persona tiene convenientes para el fin del reinar. Y la otra está en la condicion de los súbditos sobre quien reina. Y la manera como los rige, y lo que hace con ellos el rey es la tercera y postrera. Las cuales cosas en Cristo concurren y se hallan como en ninguno otro, y por esta causa es él solo llamado por excelencia REY hecho por Dios. Y digamos de cada una dellas por sí.

Y lo primero que toca á las cualidades que puso Dios en la naturaleza humana de Cristo para hacerle REY, comenzándolas á declarar y á contar, una dellas es humildad y y mansedumbre de corazon: como él mismo de sí lo testifica diciendo (2): *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazon.* Y como decíamos poco ha, Esaiás canta dél: *No será bullicioso, ni apagará una estopa que humee, ni una caña quebrantada la quebrará.* Y el Profeta Zacarías tambien: *No quieras temer, dice, hija de Sion, que tu REY viene á ti justo, y salvador, y pobre ó como dice otra letra, manso, y asentado sobre un pollino.* Y parecerá al juicio del mundo que esta condicion de ánimo no es nada decente al que ha de reinar: mas Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los

(1) Psal. XVIII. v. 2.

(2) Matth. -ap. XI. v. 29.

demás reyes á Cristo su REY, y que quiso hacer en él un REY de su mano que respondiese perfectamente á la idea de su corazón, halló, como es verdad, que la primera piedra desta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio tan soberano y tan alto no se podia sustentar sino sobre cimientos tan hondos. Y como en la música no suenan todas las voces agudo, ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente; y lo alto se tiempla y reduce á consonancia en lo bajo: así conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma convenia mucho para hacer armonia con la alteza y universalidad de saber y poder, con que sobrepuja á todas las cosas criadas. Porque si tan no medida grandeza cayera en un corazón humano, que de suyo fuera airado y altivo, aunque la virtud de la persona divina era poderosa para corregir este mal, para ello de sí no podia prometer ningun bien.

Demás de que, cuando de sí no fuera necesario que un tan soberano poder se templara en llaneza, ni á Cristo, por lo que á él y á su ánima toca, le fuera necesaria ó provechosa esta mezcla; á los súbditos y vasallos suyos nos convenia que este REY nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno, y toda la muchedumbre de no estimables bienes que de su gobierno nos vienen, se nos comunican á todos por medio de la fe y del amor que tenemos con él, y nos junta con él. Y cosa sabida es, que la majestad y grandeza, y toda la excelencia que sale fuera de competencia, en los corazones mas bajos no engendra aficion, sino admiracion y espanto y mas arriedra que allega ó atrae. Por lo cual no era posible que un pecho flaco y mortal, que considerase la excelencia sin medida de Cristo, se le aplicase con fiel aficion, y con aquel amor familiar y tierno con que quiere ser de nosotros amado, para que se nos comunice su bien, si no le considerara tambien no menos humilde que grande, y si como su majestad nos encoge, su inestimable llaneza, y la nobleza de su perfecta humildad no despertara osadia y esperanza en nuestra alma. Y á la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningun afecto ni arreo es mas digno de los reyes, ni mas necesario, que lo manso y lo humilde: sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio dellas, y su verdadero conocimiento: y como siempre vemos altivez, y severidad, y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar

los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente, y (si este nombre de humilde puede caber en ella y en la manera que puede caber) humildísima: pues como vemos, descende á poner su cuidado y sus manos ella por si misma, no solo en la obra de un vil gusano, sino tambien en que se conserve y que viva; y matiza con mil graciosos colores sus plumas al pájaro, y vista de verde hoja los árboles, y eso mismo que nosotros despreciando hollamos, los prados y el campo, aquella Majestad no se desdeña de irlo pintando con yerbas y flores. Por donde con voces llenas de alabanza y de admiracion le dice David (1): *¿Quién es como nuestro Dios, que mora en las alturas, y mira con cuidado hasta las mas humildes bajezas, y él mismo juntamente está en el cielo y en la tierra?*

Ansí que si no conoscemos ya aquesta condicion en los príncipes, ni se la pedimos, porque el mal uso rescebido y fundado daña las obras, y pone tinieblas en la razon, y porque á la verdad ninguna cosa son menos que lo que se nombran señores y príncipes; Dios en su Hijo, á quien hizo príncipe de todos los príncipes, y solo verdadero REY entre todos, como cualidad necesaria y preciada la puso. ¿Mas en qué manera la puso? ¿ó qué tanta es y fue su dulce humildad? Mas pasemos á otra condicion que se sigue, que diciendo della, dirémos en mejor lugar la grandeza de aquesta que habemos llamado mansedumbre y llaneza: porque son entre sí muy vecinas, y lo que diré es como fruto de aquesto que he dicho. Pues fué Cristo, demas de ser manso y humilde, mas ejercitado que ninguno otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre á su Hijo, porque le habia de hacer REY verdadero, y para que en hecho de la verdad fuese perfectísimo REY, como San Pablo lo escribe: *Fué decente, que aquel de quien, y por quien, y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar á la gloria, al Principe de la salud dellos le perfeccionase con pasion y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal.* Y entreponiendo ciertas palabras, luego poco mas abajo torna y prosigue: *Por donde convino que fuese hecho semejante á sus hermanos en todo, para que fuese cabal, y fiel, y misericordioso pontifice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. Que por quanto padesció él siendo tentado, es poderoso para favorecer á los que fueren tentados.*

(1) Psalm cap. CXII, vs. 5, 6.

En lo cual no sé cual es mas digno de admiracion, el amor entrañable con que Dios nos amó, dándonos un REY para siempre, no solo de nuestro linaje, sino tan hecho á la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo, y tan ejercitado en toda pena y dolor; ó la infinita humildad, y obediencia y paciencia deste nuestro perpetuo REY, que no solo para animarnos á los trabajos, sino tambien para saber él condolerse mas de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba él en sí primero de todos. Y como unos hombres padezcan en una cosa, y otros en otra; Cristo, porque así como su imperio se extendia por todos los siglos, así la piedad de su ánimo abrazase á todos los hombres, probó en sí cuasi todos las miserias de pena. Porque ¿qué dejó de probar? Padescen algunos pobreza: Cristo la padesció mas que otro ninguno. Otros nacen de padres bajos y oscuros, por donde son tenidos por menos: el padre de Cristo, á la opinion de los hombres, fue un oficial carpintero. El destierro y el huir á tierra agena fuera de su natural, es trabajo: y la niñez de aqueste Señor huye su natural, y se esconde en Egipto.

Apenas ha nascido la luz, y ya el mal la persigue. Y si es pena el ser ocasion de dolor á los suyos; el infante pobre huyendo, lleva en pos de sí por casas agenas á la doncella pobre y bellissima, y al ayo santo y pobre tambien. Y aun por no dejar de padecer la angustia que el sentido de los niños mas siente, que es perder á sus padres; Cristo quiso ser y fué niño perdido. Mas vengamos á la edad de varon. ¿Qué lengua podrá decir los trabajos y dolores que Cristo puso sobre sus hombros? ¿El no oido sufrimiento y fortaleza con que los llevo? ¿Las invenciones, y los ingenios de nuevos males, que él mismo ordenó como saboreándose en ellos? ¿Cuán dulce le fue el padecer? ¿Cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto? ¿Cómo quiso que con su grandeza compitiese en él su humildad y paciencia? Sufrió hambre, padesció frio, vivió en extremada pobreza, cansóse y desvelóse, y anduvo muchos caminos, solo á fin de hacer bienes de incomparable bien á los hombres. Y para que su trabajo fuese trabajo puro, ó por mejor decir, para que llegase creciendo á su grado mayor; de todo aqueste afan, el fruto fueron muy mayores afanes; y de sus tan grandes sudores, no cogió sino dolores, y persecuciones y afrentas; y sacó del amor, desamor; del bien hacer, mal padecer; del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa: que es todo lo amargo y lo duro á que en este género de calamidad se puede subir. Porque si es dolor pasar

uno pobreza y desnudez, y mucho desvelamiento y cuidado; ¿qué será cuando por quien se pasa no lo agradece? ¿qué cuando no lo conoce? ¿qué cuando lo desconoce, lo desagrada, lo maltrata y persigue? Dice David en el psalmo xxxvii. *Si quien me debia enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar: mas mi amigo, y mi conocido, y el que era un alma conmigo, el que comia á mi mesa, y con quien comunicaba mi corazon.* Como si dijese, que el sentimiento de un semejante caso vencia á cualquiera otro dolor. Y con ser así, pasa un grado mas adelante el de Cristo. Porque no solo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibian dél, estaban obligados á serlo; y lo que es mas, tomando ocasion de enojo y de odio, de aquello mismo que con ningun agradescimiento podian pagar, como se querella en su misma persona dél el Profeta Esaias diciendo: *Y dije: trabajado he por demás, consumido he en vano mi fortaleza, por donde mi pleito es con el Señor, y mi obra con el que es Dios mio.*

Sería negocio infinito, si quisiésemos por menudo decir en dada una obra de las que hizo Cristo, lo que sufrió y padesció. Vengamos al remate de todas ellas, que fué su muerte, y veremos cuanto se preció de beber puro este cáliz, y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera, llegando hasta lo último dél. Mas ¿quién podrá decir ni una pequeña parte de aquesto? No es posible decirlo todo, mas diré brevemente lo que basta para que se conozcan los muchos quilates de dolor con que calificó Cristo aqueste dolor de su muerte, y los innumerables males que en un solo mal encerró. Siéntese mas la miseria, cuando sucede á la prosperidad; y es género de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en algun tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz, quiso ser rescebido, y lo fué de hecho con triunfo glorioso. Y sabiendo cuan mal tratado habia de ser dende á poco, para que el sentimiento de aquel tratamiento malo fuese mas vivo, ordenó que estuviese reciente y como presente la memoria de aquella divina honra, que aquellos mismos que agora le despreciaban, ocho dias antes le hicieron. Y tuvo por bien que cuasi se encontrasen en sus oidos las voces de, *Osana hijo de David,* y de *bendito el que viene en el nombre de Dios;* con las de *crucificalo, crucificalo,* y con las de *veis el que destruia y reedificaba el templo de Dios en tres dias, no puede salvarse á si, y pudo salvar á los otros.* Para que lo desigual dellas, y la contradiccion que entre sí tenian con las unas las otras, causase

mayor pena en su corazón. Suele ser descanso á los que desta vida se parten, no ver las lágrimas y los sollozos, y la tristeza afligida de los que bien quieren: Cristo la noche á quien sucedió el día último de su vida mortal, los juntó á todos, y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida, y vió su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese mas amarga la suya. ¿Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche? ¿Qué enternescimiento de amor? Que si á los que agora los vemos escritos, el oírlos nos enternesciese; ¿qué sería lo que obraron entonces en quien los decia? Pero vamos adonde ya él mismo, levantando de la mesa, y caminando por el huerto nos lleva. ¿Que fué cada uno de los pasos de aquel camino sino un clavo nuevo que le heria, llevándole al pensamiento y á la imaginacion la prision y la muerte, á que ellos mismos le acercaban buscándola? Mas ¿qué fué lo que hizo en el huerto, que no fuese acrescentamiento de pena?

Escogió tres de sus Discípulos para su compañía y conorte, y consintió que se venciesen del sueño, para que con ver su descuido dellos, su cuidado y su pena dél creciese mas. Derrocóse en oracion delante del Padre pidiéndole que pasase dél aquel cáliz, y no quiso ser oido en aquesta oracion. Dejó desear á su sentido lo que no queria que se le concediese, para sentir en sí la pena que nasce del desear, y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijésemos, vigilia della, y morir antes que muriese, ó por mejor decir morir dos veces, la una en el hecho, y la otra en la imaginacion dél. Porque desnudó por una parte á su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representacion de los males de su muerte, y de las ocasiones della, tan viva, tan natural, tan expresa, y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginacion y figura por sí misma y sin armas ningunas lo hizo. Que le abrió las venas, y sacándole la sangre dellas, bañó con ella el sagrado cuerpo y el suelo. ¿Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano! ¡Qué hambre, ó digamos, qué codicia de padecer! No se contentó con sentir el morir, sino quiso probar tambien la imaginacion y el temor del morir lo que puede doler.

Y porque la muerte súbita, y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa; quiso entregarse

á ella antes que fuese. Y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla él á su alma, y mirar su figura triste, y tender el cuello á su espada, y sentir por menudo y de espacio sus heridas todas, y avivar mas sus sentidos, para sentir mas el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cuanto duele la muerte, esto es, el morir y el temor del morir, y aunque digo el temor de morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entendí acerca desta agonía de Cristo, no entiendo que fué el temor el que le abrió las venas, y le hizo sudar gotas de sangre. Porque aunque de hecho temió, porque él quiso temer, y temiendo probar los accidentes ásperos que trae consigo al temor; pero el temor no abre el cuerpo, ni llama á fuera la sangre, antes la recoge á dentro, y la pone á la redonda del corazon, y deja frio lo exterior de la carne, y por la misma razon aprieta los poros de ella. Y así no fué el temor el que sacó á fuera la sangre de Cristo, sino si lo habemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su ánima, con que salió al encuentro, y con que al temor resistió, ese, con el teson que puso, le abrió todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en sí, para que despues fuesen por nosotros mas facilmente vencidos; armó contra sí en aquella noche, todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello de tropel, y como en un escuadron moviese guerra á su alma. Porque figurándolo todo con no creible viveza, puso en ella como vivo y presente, lo que otro dia habia de padecer, así en el cuerpo con dolores, como en esa misma alma con tristeza y congojas.

Y juntamente con esto hizo tambien que considerase su alma las causas, por las cuales se sujetaba á la muerte, que eran las culpas pasadas, y por venir de todos los hombres, con la fealdad y graveza dellas, y con la indignacion grandísima, y la encendida ira que Dios contra ellas concibe: y ni mas ni menos consideró el poco fruto, que tan ricos y tan trabajados trabajos habian de hacer en los mas de los hombres. Y todas estas cosas juntas, y distintas, vivísimamente consideradas le acometieron á una, ordenándolo él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyó, ni rindió á estos temores y fatigas apocadamente su alma, ni para vencerlas les embotó, como pudiera, las fuerzas; antes como he dicho, cuanto fué posible, se las acrescentó: ni menos armó á sí mismo y á su santa alma, ó con insensibilidad para no sentir, antes despertó en ella más sus sentidos; ó con la defensa de su Divinidad, ba-

ñándola en gozo, con el cual no tuviera sentido el dolor; ó á lo menos con el pensamiento de la gloria y bienaventuranza divina, á la cual por aquellos males caminaba su cuerpo, apartando su vista dellos, y volviendola á aquesta otra consideracion; ó templando siquiera la una consideracion con la otra: vino desnudo de todo esto, y con solo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razon el respeto de su Padre, y el deseo de obedecerle, les hizo á todos cara, y luchó, como dicen, á brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo, y lo sujetó debajo sus piés. Mas la fuerza que puso en ello, y el estribar la razon contra el sentido, y como dije, el teson generoso con que aspiró á la victoria, llamó á fuera los espíritus y la sangre, y la derramó.

Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse á nuestros dolores haciendo en sí pruebas dellos, segun esta manera de decir, aun se cumple mejor. Porque no solo sintió el mal del temor, y la pena de la congoja, y el trabajo que es sentir uno en sí diversos deseos, y el desear algo que no se cumple; pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio, y contra su misma imaginacion, y el resistir á las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venian espantosamente á los ojos para hogarle, y el hacerles cara, y el peleando uno contra tantos valerosamente vencerlos con no oido trabajo y sudor, tambien lo experimentó. Mas ¿de qué no hizo experiencia? Tambien sintió la pena que es ser vendido y traído á muerte por sus mismos amigos, como él lo fué en aquella noche de Judas: el ser desamparado en su trabajo de los que le debian tanto amor y cuidado: el dolor del trocarse los amigos con la fortuna: el verse no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente. La calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma, y la sed de la sangre inocente asentada en el sobarano tribunal por juez: males, que solo quien los ha probado los siente.

La forma de juicio, y el hecho de cruel tiranía, el color de religion, adonde era todo impiedad y blasfemia. El aborrescimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. Con todas estas amarguras templó Cristo su cáliz, y añadió á todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las befas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo, el ser traído por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles; y lo que entre estas co-

sas se encubre, y es dolorosísimo para el sentido, que fué el llegar tantas veces aquel día de su prision la causa de Cristo mejorándose á dar buenas esperanzas de sí, y habiendo llegado á este punto, el tornar súbitamente á empeorarse después. Porque cuando Pilato despreció la calumnia de los fariseos, y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oído que era hijo de Dios, y se recogió á tratar dello con Cristo, resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento del pleito Pilato á Herodes, que por oídas juzgaba divinamente de Cristo, ¿quien no esperó breve y feliz conclusion? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilato en la eleccion del pueblo, á quien con tantas buenas obras Cristo tenia obligado: cuando les dió poder que librasen al homicida, ó al que restituia los muertos á vida: cuando avisó su mujer al Juez de lo que habia visto en vision, y le amonestó que no condenase á aquel justo: ¿que fué sino un llegar casi á los umbrales el bien? Pues este subir esperanzas alegres, y caer dellas al mismo momento; este abrirse el día del bien, y tornar á escurecerse de súbito; el despintarse improvisamente la salud que ya ya se tocaba: digo pues, que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de las olas diversas que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luego, y de revivir para luego morir, y de venirles el bien, y desaparecerse, deshaciéndoseles entre las manos cuando les llega, probó tambien en sí mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas quiso gustar de lo que es ser uno infeliz. Infinito es lo que acerca desto se ofrece: mas cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer.

Dejo la sentencia injusta, la voz del pregon, los hombros flacos, la cruz pesada, el verdadero y proprio sceptro de aqueste nuestro gran REY, los gritos del pueblo, alegres en unos, y en otros llorosos, que todo ello traia consigo su proprio y particular sentimiento. Vengo al monte Calvario.

Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa; Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro por las partes mas sensibles del cuerpo, es tormento grandísimo; con clavos fueron allí atravesados los piés y las manos de Cristo. Y porque fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las mas viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo; antes en

una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel. Porque lo que la piedad natural, y el afecto humano y comun, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenia ordenado para menos tormento de los que morian en cruz; ofreciéndoselo á Cristo, lo desechó. Porque daban á beber á los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino conficionado con mirra y incienso, que tiene virtud de ensordecer el sentido, y como embotarle al dolor, para que no sienta: y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenia de padecer, no lo quiso beber. Ansi que desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello con que se pudiera defender en aquel desafio, el cuerpo desnudo, y el corazon armado con fortaleza, y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro REY en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo él solo la pena que merecia padecer el mundo por sus delitos; padesció lo que decir no se puede. Porque ¿en qué parte de Cristo, ó en qué sentido suyo no llegó el dolor á lo sumo? Los ojos vieron lo que visto traspasó el corazon, la Madre viva y muerta presente. Los oidos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dió licencia á su sangre, que como deseosa de lavar nuestras culpas salia corriendo abundante y presurosa. Y comenzó á sentir nuestra Vida despojada de su calor, lo que solo le quedaba ya por sentir, los frios tristísimos de la muerte, y al fin sintió y probó la muerte tambien.

Pero ¿para qué me detengo yo en esto? Lo que agora Cristo que reina glorioso y señor de todo en el cielo, nos sufre, muestra bien claramente cuan agradable le fué siempre el sujetarse á trabajos. ¿Cuantos hombres, ó por decir verdad, cuantos pueblos y cuantas naciones enteras; sintiendo mal de la pureza de su doctrina, blasfeman hoy de su nombre? Y con ser así que él en sí está extento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien, de, en la opinion de los hombres, padecer esta afrenta, en cuanto su cuerpo místico, que vive en este destierro, padesce, para compadecerse así dél, y para conformarse siempre con él. Nuevo camino para ser uno REY, dijo aquí Sabino vuelto á Juliano, es este que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo, si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza é institucion de los príncipes; aunque bien se, que

los que agora viven, no le sigue. Por que en él no saber padescer, tiene puesto lo principal del ser REY.

Algunos dijo al punto Juliano, de los antiguos quisieron, que el que se criaba para ser REY, se criase en trabajos; pero en trabajos de cuerpo, con que saliese sano y valiente: mas en trabajos de ánimo, que le enseñesen á ser compasivo, ninguno, que yo sepa, lo escribió ni enseñó. Mas si fuera aquesta enseñanza de hombres, no fuera aquesta REY de Marcelo, REY propriamente hecho á la traza y al ingenio de Dios: el cual camina siempre por caminos verdaderos, y por el mismo caso contrarios á los del mundo, que sigue el engaño. Así que no es maravilla, Sabino, que los reyes de agora no se precien para ser reyes de lo que se preció Jesu Cristo, porque no siguen en el ser reyes un mismo fin. Porqué Cristo ordenó su reinado á nuestro provecho, y conforme á esto se cualificó á sí mismo, y se dotó de todo aquello que parecia ser necesario para hacer bien á sus subditos: mas estos que agora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nuestro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño. Mas aunque ellos, quanto á lo que les toca, desechen de sí este amestramiento de Dios: la experiencia de cada dia nos enseña, que no son los que deben, por carecer dél. Porque ¿de donde pensais que nasce, Sabino, el poner sobre sus subditos tan sin piedad tan pesadimosos yugos, el hacer leyes rigurosas, el ponerlas en ejecucion con mayor crueldad y rigor; sino de nunca haber hecho experiencia en sí de lo que duele la afficcion y pobreza? Así es, dijo Sabino: ¿pero qué ayo osaria exercitar en dolor y necesidad á su príncipe? ó si osase alguno, ¿como seria recebido y sufrido de los demás? Esa es, respondió Juliano, nuestra mayor ceguedad, que aprobamos lo que nos daña, y que tendríamos por bajeza, que nuestro príncipe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso, como habeis oido, que lo supiese. Mas si no se atreven á esto los ayos, es porque ellos, y los demás que crian á los Príncipes, los quieren emponer en el animo, á que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura á sus subditos; y en el cuerpo á que ensanche el estómago cada dia con quatro comidas, y á que aun la seda les sea áspera, y la luz enojosa.

Pero aquesto, Sabino, es de otro lugar, y quitamos en ello á Marcelo el suyo, ó por mejor decir, á nosotros mismos el de oír enteramente las qualidades de aqueste verdadero REY nuestro. A mí, dijo Marcelo, no me habeis, Juliano, quitado ningun lugar; sino antes me habeis dado espacio, para que

con mas aliento prosiga mejor mi camino. Y á vos, Sabino, dijo volviéndose á él, no os pase por la imaginacion, querer concertar, ó pensar que es posible que se concierten las condiciones que puso Dios en su REY, con las que tienen estos reyes que vemos. Que si no fueran tan diferentes del todo, no le llamara Dios señaladamente su REY: ni su reino dellos, se acabara con ellos, y el de nuestro REY fuera sempiterno, como es. Ansí que pongan ellos su estado en la altivez, y no se tengan por reyes, si padescen alguna pena: que Dios procediendo por camino diferente, para hacer en Jesu Cristo un REY que mereciese ser suyo, le hizo humildísimo, para que no se desvaneciese en soberbia con la honra; y le sujetó á miseria y dolor para que se compadeciese con lástima de sus trabajados y doloridos súbditos. Y demás desto, y para el mismo fin de buen REY, le dió un verdadero y perfecto conocimiento de todas las cosas, y de todas las obras dellas, ansí las que fueron, como las que son y serán; porque el rey, cuyo oficio es juzgar, dando á cada uno su merecido, y repartiendo la pena y el premio, si no conoce él por sí la verdad, traspasará la justicia: que el conocimiento que tienen de sus reinos los principes por relaciones y pesquisas ajenas, mas los ciega, que los alumbrá. Porque demás de que los hombres, por cuyos ojos y oídos veen y oyen los reyes, muchas veces se engañan; procuran ordinariamente engañarlos por sus particulares intereses é intentos. Y ansí por maravilla entra en el secreto real la verdad.

Mas nuestro REY, porque su entendimiento como clarísimo espejo le representa siempre cuanto se hace y se piensa, no juzga, como dice Esaías, ni reprehende, ni premia por lo que al oído le dicen, ni segun lo que á la vista parece, porque el un sentido y el otro sentido puede ser engañado: ni tiene de sus vasallos la opinion que otros vasallos suyos oficionados ó engañados le ponen, sino la que pide la verdad, que él claramente conoce. Y como puso Dios en Cristo el verdadero conocer á los suyos, ansí mismo le dió todo el poder para hacerles mercedes. Y no solamente le concedió que pudiese, mas tambien en él mismo, como en tesoro, encerró todos los bienes y riquezas que pueden hacer ricos y dichosos á los de su reino: de arte que no trabajaran remitidos de unos á otros ministros con largas. Mas lo que es principal, hizo para perfeccionar este REY, que sus súbditos todos fuesen sus deudos, ó por mejor decir, que nasciesen dél todos, y que fuesen hechura suya, y figurados á su semejanza. Aunque esto sale ya de lo primero que toca á las cualidades del REY, y entra en lo

segundo que propusimos, de las condiciones de los que en este reino son súbditos. Y digamos ya dellas. Y á la verdad casi todas ellas se reducen á esta, que es ser generosos y nobles todos, y de un mismo linaje.

Porque aunque el mando de Cristo universalmente comprehende á todos los hombres, y á todas las criaturas, así las buenas, como las malas, sin que ninguna dellas pueda eximirse de su sujecion, ó se contente dello, ó le pese: pero el reino suyo, de que agora vamos hablando, y el reino en quien muestra Cristo sus nobles condiciones de REY, y el que ha de durar perpetuamente con él descubierto y glorioso (porque á los malos tendrállos encerrados y aprisionados y sumidos en eterno olvido y tinieblas) así que este reino son los buenos y justos solos, y destos decimos agora, que son generosos todos, y de linaje alto, y todos de uno mismo. Porque dado que sean diferentes en nascimientos; mas, como esta mañana se dijo, el nascimiento en que se diferencian, fué nascimiento perdido, y de quien caso no se hace para lo que toca á ser vasallos en este reino, el cual se compone todo de lo que san Pablo llama nueva criatura, cuando á los de Galiacia escribe diciendo (1): *Acerca de Cristo Jesu, ni es de estima la circuncision ni el prepucio, sino la criatura nueva.* Y así todos son hechura y nascimiento del cielo, y hermanos entre sí, y hijos todos de Cristo en la manera ya dicha. Vió David esta particular excelencia deste reino de su nieto divino, y dejóla escrita breve y elegantemente en el psalmo ciento y nueve segun una leccion que así dice: *Tu puebla principes, en el dia de tu poderio.* Adonde lo que decimos *principes*, la palabra original que es *Nedaboth*, significa al pié de la letra liberales, dadivosos, ó generosos de corazon. Y así dice, que en el dia de su poderío, que llama así el reino descubierto de Cristo, cuando vencido todo lo contrario, y como deshecha con los rayos de su luz toda la niebla enemiga, que agora se le opone, viniere en el último tiempo, y en la regeneracion de las cosas, como puro sol, á resplandescer, claro, solo, y poderoso en el mundo: pues en este su dia, cuando él, y lo apurado y escogido de sus vasallos resplandecerá solamente, quedando los demás supultados en obscuridad y tinieblas, en este tiempo, y en este dia su pueblo serán principes. Esto es, todos sus vasallos serán reyes, y él, como con verdad la Escritura le nombra, REY DE REYES será, y señor de señores.

---

(1) Ad Galat. cap. VI. v 15.

Aquí Sabino, volviéndose á Juliano: Nobleza es, dijo, grande de reino aquesta, Juliano, que nos va diciendo Marcelo, adonde ningun vasallo es, ni vil en linaje, ni afrentado por condicion, ni menos bien nascido el uno que el otro. Y parésceme á mí, que esto es ser REY propria y honradamente, no tener vasallos viles y afrentados. En esta vida, Sabino, respondió Juliano, los reyes de ella, para el castigo de la culpa, estan como forzados á poner nota y afrenta en aquellos á quien gobiernan. Como en la órden de la salud y en el cuerpo conviene á las veces maltratar una parte, para que las demás no se pierdan. Y así quanto á esto no son dignos de reprehension nuestros príncipes. No los reprehendo yo agora, dijo Sabino, sino duélome de su condicion, que por esa necesidad, que, Juliano, decís, vienen á ser forzosamente señores de vasallos ruines y viles. Y débeseles tanto mas lástima, quanto fuere mas precisa la necesidad. Pero si hay algunos príncipes que lo procuran, y que les parece que son señores, cuando hallan mejor órden, no solo para afrentar á los suyos, sino tambien para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta, y que nunca se acabe; destos, Juliano ¿qué me diréis? ¿Qué? respondió Juliano, que ninguna cosa son menos que Reyes. Lo uno, porque el fin adonde se endereza su officio, es hacer á sus vasallos bienaventurados: con lo cual encuentra por maravillosa manera el hacerlos apocados y viles. Y lo otro, porque quando no quieran mirar por ellos á sí mismos se hacen daño y se apocan. Porque si son cabezas, ¿qué honra es ser cabeza de un cuerpo disforme y vil? Y si son pastores, ¿qué les vale un ganado roñoso? Bien dijo un poeta trágico (1): *Mandar entre lo ilustre es bella cosa*. Y no solo dañan á su honra propria, quando buscan invenciones para manchar la de los que son gobernados por ellos; mas dañan mucho sus intereses, y ponen en manifiesto peligro la paz y la conservacion de sus reinos. Porque así como dos cosas que son contrarias, aunque se junten, no se pueden mezclar; así no es posible que se añude con paz el reino, cuyas partes estan tan opuestas entre sí, y tan diferenciadas, unas con mucha honra, y otras con señalada afrenta. Y como el cuerpo que en sus partes está maltratado, y cuyos humores se conciertan mal entre sí, está muy ocasionado, y muy vecino á la enfermedad y á la muerte; así por la misma manera el reino, adonde muchas órdenes y suertes de hombres, y muchas casas particulares estan como sentidas y heridas,

(1) Séneca, in *Octav.* v. 463.

y adonde la diferencia, que por estas causas pone la fortuna y las leyes, no permite que se mezclen y se concierten bien unas con otras, está sujeto á enfermar, y á venir á las armas con cualquiera razon que se ofrece.

Que la propria lástima é injuria de cada uno encerrada en su pecho, y que vive en él, los despierta y los hace velar siempre á la ocasion y á la venganza. Mas dejemos lo que en nuestros reyes y reinos, ó pone la necesidad, ó hace el mal consejo y error: y acábenos Marcelo de decir, por qué razon estos vasallos todos de nuestro único REY son llamados liberales, y generosos, y príncipes. Son, dijo Marcelo, respondiendo encontinente, así por parte del que los crió, y la forma que tuvo en criarlos, como por parte de las cualidades buenas que puso en ellos, cuando así fueron criados. Por parte del que los hizo; porque son efectos y frutos de una suma liberalidad. Porque en solo el ánimo generoso de Dios, y en la largueza de Cristo no medida pudo caber el hacer justos y amigos suyos, y tan privados amigos, á los que de sí no merecian bien, y merecian mal por tantos y tan diferentes títulos. Porque aunque es verdad, que el ya justo puede merecer mucho con Dios; mas esto que es venir á ser justo el que era aborrescido enemigo, solamente nasce de las entrañas liberales de Dios: y así dice Santiago, que nos engendro voluntariamente. Adonde lo que dijo en la palabra griega que significa, *de su voluntad*, quiso decir, lo que en su lengua materna, si en ella lo escribiera, se dice, *Nadib*, que es palabra vecina y nascida de la palabra, *Nedaboth*, que, como dijimos, significa á estos que llamamos liberales y príncipes.

Así que dice, que nos engendró liberal y principalmente, esto es, que nos engendró, no solo porque quiso engendrar-nos, y porque le movió á ello su voluntad; sino porque le plugo mostrar en nuestra creacion para la gracia y justicia, los tesoros de su liberalidad y misericordia. Porque á la verdad, dado que todo lo que Dios cria nasce dél, porque él quiere que nazca, y es obra de su libre gusto, á la cual nadie le fuerza, el sacar á luz á las criaturas; pero esto que es hacer justos, y poner su ser divino en los hombres, es no solo voluntad, sino una extraña liberalidad suya. Porque en ello hace bien, y bien el mayor de los bienes, no solamente á quien no se lo merece, sino señaladamente á quien del todo se lo desmerece. Y por no ir alargándome por cada uno de los particulares, á quien Dios hace estos bienes; miremos lo que pasó en la cabeza de todos, y como se hubo con ella Dios,

cuando sacándola del pecado, crió en ella aqueste bien de justicia, y en uno como en ejemplo, conocerémos cuan illustre prueba hace Dios de su liberalidad cuando cria los justos. Peca Adam, y condénase á sí y á todos nosotros; y perdónale despues Dios, y hácele justo. ¿Quién podrá decir las riquezas de liberalidad que descubrió Dios, y que derramó en aqueste perdon? Lo primero, perdona al que por dar fe á la serpiente, de cuya fe y amor para consigo no tenia experiencia, le dejó á él, criador suyo, cuyo amor y beneficios experimentaba en sí siempre. Lo segundo, perdona al que estimó mas una promesa vana de un pequeño bien, que una experiencia cierta, y una posesion grande de mil verdaderas riquezas. Lo tercero, perdona al que no pecó, ni apretado de la necesidad, ni ciego de la pasion, sino movido de una liviandad, y desagradescimiento infinito. Lo otro, perdona al que no buscó ser perdonado, sino antes huyó, y se escondió de su perdonador; y perdónale, no mucho despues que pecó y laceró miserablemente por su pecado, sino cuasi luego luego como hubo pecado. Y lo que no cabe en sentido, para perdonarle á él, hizose á sí mismo deudor. Y cuando la gravísima maldad del hombre despertaba en el pecho de Dios ira justísima para deshacerle, reinó en él, y sobrepujó la liberalidad de su misericordia, que por rehacer al perdido, determinó de disminuirse á sí mismo, como san Pablo (1) lo dice, y de pagar él lo que el hombre pecaba; y para que el hombre viviese, de morir él hecho hombre.

Liberalidad era grande perdonar al que habia pecado tan de balde, y tan sin causa; y mayor liberalidad perdonarle tan luego despues del pecado; y mayor que ambas á dos, buscarle para darle perdon antes que él le buscasse: pero lo que vence á todo encarecimiento de liberalidad, fué cuando le reprehendia la culpa, prometerse á sí mismo y á su vida para su satisfacion y remedio. Y porque el hombre se apartó dél por seguir al demonio, hacerse hombre él para sacarle de su poder. Y lo que pasó entonces, digámoslo así, generalmente con todos, porque Adam nos encerraba á todos en sí, pasa en particular con cada uno continua y secretamente. Porque ¿quién podrá decir ni entender, sino es el mismo que en sí lo experimenta y lo siente, las formas piadosas de que Dios usa con uno para que no se pierda, aun cuando él mismo se procura perder? Sus inspiraciones continuas: su nunca cansarse, ni darse por vencido de nuestra ingratitud tan continua; el ro-

(1) Ad Philipp. cap. II. v. 7.

dearnos por todas partes, y como en castillo torreado y cercado el tentar la entrada por diferentes maneras; el tener siempre la mano en la aldaba de nuestra puerta; el rogarnos blanda y amorosamente que le abramos, como si á él le importara alguna cosa, y no fuera nuestra salud y bienandanza toda al abrirle; el decirnos por horas y por momentos con el Esposo (1): *Abreme, hermana mia, esposa mia, paloma mia, y mi amada y perfeta, que traigo llena de rocío mi cabeza, y con las gotas de las noches las mis guedejas.*

Pues sea esto lo primero, que los justos son dichos ser generosos y liberales, porque son demostraciones y pruebas del corazón liberal y generoso de Dios. Son lo segundo llamados así, por las cualidades que pone Dios en ellos haciéndoles justos. Porque á la verdad no hay cosa mas alta ni mas generosa, ni mas real, que el ánimo perfectamente cristiano. Y la virtud mas heróica que la filosofía de los estoicos antiguamente imaginó ó soñó, por hablar con verdad, comparada con la que Cristo asienta con su gracia en el alma, es una poquedad y bajaza. Porque si miramos el linaje de donde desciende el justo y cristiano, es su nascimiento de Dios, y la gracia que le da vida, es una semejanza viva de Cristo. Y si atendemos á su estilo y condicion, y al ingenio y disposicion de ánimo, y pensamientos y costumbres que deste nascimiento le vienen, todo lo que es menos que Dios, es pequeña cosa para lo que cabe en su ánimo. No estima lo que con amor ciego adora únicamente la tierra, el oro y los deleites: huella sobre la ambicion de las honras, hecho verdadero señor y REY de sí mismo: pisa el vano gozo, desprecia el temor, no le mueve el deleite, ni el ardor de la ira le enoja: y riquísimo dentro de sí, todo su cuidado es hacer bien á los otros. Y no se extiende su ánimo liberal á sus vecinos solos, ni se contenta con ser bueno con los de su pueblo ó de su reino; mas generalmente á todos los que sustenta y comprehende la tierra, él tambien los comprehende y abraza. Aun para con sus enemigos sangrientos, que le buscan la afrenta y la muerte, es él generoso y amigo: y sabe y puede poner la vida, y de hecho la pone alegremente por esos mismos que aborrescen su vida. Y estimando por vil y por indigno de sí á todo lo que está fuera dél, y que se viene y se va con el tiempo; no apetece menos que á Dios, ni tiene por dignos de su deseo menores bienes que el cielo. Lo sempiterno, lo soberano el trato con Dios familiar y amigable, el enlazarse amando, y hacer-

(1) Cantte. cap. V. v. 2.

se cuasi uno con él, es lo que solamente satisface á su pecho: como lo podemos ver á los ojos en uno destes grandes justos.

Y sea aqueste uno san Pablo. Dice en persona suya y de todos los buenos, escribiendo á los Corinthios así: *Tenemos nuestro tesoro en vasos de tierra: porque la grandeza y alteza nazca de Dios, y no de nosotros. En todas las cosas padescemos tribulacion, pero en ninguna somos afligidos. Somos metidos en congoja, mas no somos desamparados. Padescemos persecucion, mas no nos falta el favor. Humillamos, pero no nos avergüenzan. Somos derribados, mas no perescemos.* Y á los romanos lleno de ánimo generoso en el capitulo octavo: *¿Quién, dice, nos apartará de la caridad y amor de Dios? La tribulacion por aventura? ó la angustia? ó la hambre ó la desnudez? o el peligro? ó la persecucion? ó el cuchillo?* Dicho he en parte lo que puso Dios en Cristo para hacerle REY, y lo que hizo en nosotros para hacernos sus súbditos; que de tres cosas, á las cuales se reducen todas las que pertenecen á un reino, son las primeras dos. Resta agora que digamos algo de la tercera y postrera, que es, de la manera como este REY gobierna á los suyos; que no es menos singular manera, ni menos fuera del comun uso de los que gobiernan, que el Rey y los súbditos en sus condiciones y cualidades, las que habemos dicho, son singulares. Porque cosa clara es, que el medio con que se gobierna el reino, es la ley, y que por el cumplimiento della consigue el rey, ó hacerse rico á sí mismo, si es tirano, y las leyes son de tirano, ó hacer buenos y prosperados á los suyos, si es rey verdadero.

Pues acontece muchas veces desta manera, que por razon de la flaqueza del hombre, y de su encendida inclinacion á lo malo, las leyes por la mayor parte traen consigo un inconveniente muy grande: que siendo la intencion de los que las establecen, enseñando por ellas lo que se debe hacer, y mandando con rigor que se haga, retraer al hombre de lo malo, é inducirle á lo bueno; resulta lo contrario á las veces, y el ser vedada una cosa despierta el apetito della. Y así el hacer y dar leyes es muchas veces ocasion de que se quebranten las leyes, y de que, como dice san Pablo (1), se peque mas gravemente, y de que se empeoren los hombres con la ley que se ordenó é inventó para mejorarlos. Por lo qual Cristo nuestro Redemptor y Señor en la gobernacion de su reino halló una nueva manera de ley extrañamente libre y agena de aquestos inconvenientes, de la qual usa con los suyos, no

(1) Ad. Rom. cap. V., v. 20.

solamente enseñándoles á ser buenos, como lo enseñaron otros legisladores, mas de hecho haciéndolos buenos, lo que ninguno otro rey legislador pudo jamás hacer. Y esto es lo principal de su ley evangélica, y lo propio della, digo aquello en que notablemente se diferencia de las otras sectas y leyes. Para entendimiento de lo cual conviene saber, que por cuanto el oficio y ministerio de la ley es llevar los hombres á lo bueno, y apartarlos de lo que es malo; así como esto se puede hacer por dos diferentes maneras, ó enseñando el entendimiento, ó aficionando á la voluntad, así hay dos diferencias de leyes. La primera es de aquellas leyes que hablan con el entendimiento, y le dan luz en lo que conforme á razon se debe, ó hacer, ó no hacer; y le enseñan lo que ha de seguir en las obras, y lo que ha de escusar en ellas mismas. La segunda es de la ley, no que alumbra el entendimiento, sino que aficiona la voluntad, imprimiendo en ella inclinacion y apetito de aquello que merecse ser apetescido por bueno; y por el contrario engendrándole aborrescimiento de las cosas torpes y malas.

La primera ley consiste en mandamientos y reglas. La segunda en una salud y cualidad celestial; que sana la voluntad, y repara en ella el gusto bueno perdido, y no solo la sujeta, sino la amista y reconcilia con la razon; y como dicen de los buenos amigos, que tienen un no querer y querer, así hace, que lo que la verdad dice en el entendimiento que es bueno, la voluntad aficionadamente lo ame por tal. Porque á la verdad en la una y en la otra parte quedamos miserablemente lisiados por el pecado primero; el cual escureció el entendimiento, para que las menos veces conosciere lo que convenia seguir; y estragó perdidamente el gusto y el movimiento de la voluntad, para que casi siempre se aficionase á lo que la dañaba mas. Y así para remedio y salud destas dos partes enfermas, fueron necesarias estas dos leyes, una de luz y de reglas para el entendimiento ciego, y otra de espíritu y buena inclinacion para la voluntad estragada. Mas como arriba decíamos diferenciáanse aquestas dos maneras de leyes en esto, que la ley que se emplea en dar mandamientos y en luz, aunque alumbra el entendimiento, como no corrige el gusto corrupto de la voluntad, en parte le es ocasion de mas daño; y vedando y declarando, despierta en ella nueva golosina de lo malo que le es prohibido. Y así las mas veces son contrarios en esta ley el suceso y el intento. Porque el intento es encaminar el hombre á lo bueno, y el suceso á las veces es dejarle mas perdido y estragado. Pretende afeár lo que es

malo, y sucédele por nuestra mala ocasion hacerlo mas deseable y mas gustoso. Mas la segunda ley corta la planta del mal de raíz, y arranca, como dicen, de cuajo, lo que mas nos puede dañar. Porque inclina é induce, y hace apetitosa y como golosa á nuestra voluntad de todo aquello que es bueno; y junta en uno lo honesto y lo deleitable, y hace que nos sea dulce lo que nos sana; y lo que nos daña, aborrescible y amargo.

La primera se llama ley de mandamientos, porque toda ella es mandar y vedar. La segunda es dicha ley de gracia y de amor, porque no nos dice que hagamos esto ó aquello, sino hácenos que amemos á aquello mismo que debemos hacer. Aquella es pesada y áspera, porque condena por malo lo que la voluntad corrompida apesce por bueno: y así hace que se encuentren el entendimiento y la voluntad entre sí, de donde se enciende en nosotros mismos una guerra mortal de contradicción. Mas esta es dulcísima por extremo: porque nos hace amar lo que nos manda, ó por mejor decir, porque el plantar y engerir en nosotros el deseo y la afición á lo bueno, es el mismo mandarlo. Y porque aficionándonos, y como si dijésemos, haciéndonos enamorados de lo que manda, por esa manera, y no de otra nos manda. Aquella es imperfecta, porque á causa de la contradicción, que despierta ella por sí, no puede ser perfectamente cumplida: y así no hace perfecto á ninguno. Esta es perfectísima, porque trae consigo, y contiene en sí misma la perfección de sí misma. Aquella hace temerosos, aquesta amadores. Por ocasion de aquella, tomándola á solas, se hacen en la verdad secreta del ánimo peores los hombres; mas por causa desta son hechos enteramente santos y justos. Y como prosigue san Agustín largamente en los libros *de la Letra y del espíritu* (1), poniendo siempre sus pisadas en lo que dejó hollado san Pablo, aquella es perezosa, aquesta es eterna: aquella hace esclavos, esta es propia de hijos: aquella es ayo triste y azotador, aquesta es espíritu de regalo y consuelo: aquella pone en servidumbre, aquesta en honra y libertad verdadera. Pues como sea esto así como de hecho lo es, sin que ninguno en ello pueda dudar, digo, que así Moisés como los demás que antes ó despues le dieron leyes, y ordenaron repúblicas, no supieron ni pudieron usar sino de la primera manera de leyes que consiste mas en poner mandamientos, que en inducir buenas inclinaciones en aquellos que son gobernados. Y así

---

(1) Cap. 28 Oper. edit. Maur. tom. X.

su obra de todos ellos fué imperfecta, y su trabajo careció de sucesos, y lo que pretendian, que era hacer á la virtud á los suyos, no salieron con ello por la razon que está dicha.

Mas Cristo nuestro verdadero Redemptor y legislador, aunque es verdad que en la doctrina de su Evangelio puso algunos mandatos, y renovó y mejoró otros algunos que el mal uso los tenia mal entendidos; pero lo principal de su ley, y aquello en que se diferenció de todos los que pusieron leyes en los tiempos pasados, fué, que meresciendo por sus obras, y por el sacrificio que hizo de sí, el espíritu y la virtud del cielo para los suyos, y criándola él mismo en ellos, como Dios y Señor poderoso, trató no solo con nuestro entendimiento, sino tambien con nuestra voluntad; y derramando en ella este espíritu y virtud divina que digo; y sanándola así, esculpió en ella una ley eficaz y poderosa de amor, haciendo que todo lo justo que las leyes mandan, lo apeteciése, y por el contrario aborresciése todo lo que prohiben y vedan. Y añadiendo continuamente deste su espíritu, y salud y dulce ley en el alma de los suyos, que procuran siempre ayuntarse con él, cresce en la voluntad mayor amor para el bien, y disminúyese de cada dia mas la contradiccion que el sentido le hace; y de lo uno y de lo otro se esfuerza de continuo mas aquesta santa y singular ley que decimos, y echa sus raíces en el alma mas hondas, y apoderáse della hasta hacer que le sea cuasi natural lo justo y el bien. Y así trae para sí Cristo, y gobierna á los suyos, como decia un Profeta (1), con cuerdas de amor, y no con temblores de espanto, ni con ruido temeroso, como la ley de Moisen. Por lo cual dijo breve y significativamente san Juan: *La ley fué dada por Moisen, mas la gracia por Jesu-Cristo.* Moisen dió solamente ley de preceptos, que no podia dar justicia, porque hablaban con el entendimiento, pero no sanaban el alma: de que es como imágen la zarza del Exodo, que ardia y no quemaba, porque era cualidad de la Ley vieja, que alumbraba el entendimiento, mas no ponía calor á la voluntad. Mas Cristo dió ley de gracia, que lanzada en la voluntad, cura su dañado gusto, y la sana, y la aficiona á lo bueno, como Hiremías lo profetizó divinamente diciendo: *Dias vendrán, dice el Señor, y traeré á perfeccion sobre la casa de Israel, y sabre la casa de Judá un nuevo Testamento, no en la manera del que hice con sus padres en el dia que los así de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porqué ellos no perseveraron en él, y yo los desprecié á ellos dice el señor. Este pues es el Testamento que yo asentaré con.*

---

Hierem. cap. XXX, v. 8.

*la casa de Israel despues de aquellos dias, dice el Señor. Asentaré mis leyes en su alma dellos, y escribirélas en sus corazones. Y yo les seré Dios, y ellos me serán pueblo sujeto: y no enseñará alguno de allí delante á su prójimo, ni á su hermano diciéndole, conoce al señor; porque todos tendrán conoscimiento de mi, desde el menor hasta el mayor dellos, porque tendré piedad de sus pecados, y de sus maldades no tendré mas memoria de allí en adelante.*

Pues estas son las nuevas leyes de Cristo, y su manera de gobernacion particular y nueva. Y no será menester que loe agora yo lo que ello se loe: ni me será necesario que refiera los bienes, y las ventajas grandes de aquesta gobernacion, adonde guia el amor, y no fuerza el temor: adonde lo que se manda se ama, y lo que se hace se desea hacer: adonde no se obra sino lo que da gusto, ni se gusta sino de lo que es bueno: adonde el querer el bien, y el entender son conformes: adonde para que la voluntad ame lo justo, en cierta manera no tiene necesidad que el entendimiento se lo diga y declare. Y ansi desto, como de todo lo demás que se ha dicho hasta aquí, se concluye, que este REY es sempiterno, y que la razon porque Dios le llama propriamente REY suyo, es porque los otros reyes y reinos, como llenos de faltas, al fin han de perecer, y de hecho perecen; mas este, como reino que es libre de todo aquello que trae á perdicion á los reinos, es eterno y perpetuo.

Porque los reinos se acaban, ó por tirania de los reyes, porque ninguna cosa violenta es perpetua; ó por la mala cualidad de los súbditos, que no les consiente que entre sí se concierten; ó por la dureza de las leyes y manera áspera de la gobernacion; de todo lo cual, como por lo dicho se vee, este rey y este reino carecen. ¿Qué como será tirano el que para ser compasivo de los trabajos y males que pueden suceder á los suyos, hizo primero experiencia en sí de todo lo que es dolor y trabajo? ¿Ó cómo aspirará á la tiranía, quien tiene en sí todo el bien que puede caber en sus súbditos; y que así no es rey para ser rico por ellos, sino todos son ricos y bienaventurados por él? ¿Pues los súbditos entre sí no estarán por aventura añudados con ñudo perpetuo de paz, siendo todos nobles, y nascidos de un padre, y dotados de un mismo espíritu de paz y nobleza? Y la gobernacion y las leyes ¿quién las desechará como duras siendo leyes de amor? quiero decir, tan blandas leyes, que el mandar no es otra cosa sino hacer amar lo que se manda. Con razon pues dijo el ángel de aquesto REY á la Virgen: *Y reinará en la casa*

de Jacob, y su reino no tendrá fin. Y David tanto antes deste su glorioso descendiente cantó en el psalmo setenta y dos, lo que sabino, pues ha tomado este oficio, querrá decir en el verso en que lo puso su amigo. Y Sabino dijo luego: Debe ser la parte, segun sospecho, adonde dice de aquesta manera,

Serás temido tú, mientras luциere  
El sol y luna, y cuanto  
La rueda de los siglos se volviere.

Y de lo que toca á la blandura de su gobierno, y á la felicidad de los suyos, dice:

influirá amoroso,  
Cual la menuda lluvia, y cual rocío  
En prado deleitoso.  
Florescerá en su tiempo el poderío  
Del bien, y una pujanza  
De paz, que durará no un siglo solo.

Y prosiguiendo luego Marcelo añadió: Pues obra que dura siempre, y que ni el tiempo la gasta, ni la edad la envejece, cosa clara es, que es obra propria y digna de Dios, el cual como es sempiterno, así se precia de aquellas cosas que hace, que son de mayor duracion. Y pues los demás reyes y reinos son por sus defectos sujetos á fenescer, y á la fin miserablemente fenescen, y aqueste REY nuestro floresce, y se aviva más con la edad; sean todos los reyes de Dios, pero este solo sea propriamente su REY, que reina sobre todos los demás, y que pasados todos ellos y consumidos, tiene de permanecer para siempre.

Aquí Juliano, pareciéndole que Marcelo concluía ya su razon, dijo: Y aun podeis, Marcelo, ayudar esta verdad que decís, confirmándola con la diferencia que la sagrada Escritura pone cuando significa los reinos de la tierra, ó cuando habla de aqueste reino de Cristo, porque dice como ella muy bien. Eso mismo queria añadir, dijo entonces Marcelo, para con ello no decir mas deste nombre. Y así decís muy bien, Juliano, que la manera diferente como la Escritura nombra estos reinos, ella misma nos dice la condicion y perpetuidad del uno, y la mudanza y fin de los otros. Porque estos reinos que se levantan en la tierra, y se extienden por ella, y la enseñorean y mandan, los Profetas cuando quieren hablar dellos, significarlos por nombres de vientos, ó de bestias brutas y fieras: mas á Cristo y á su reino llámanle *Monte*.

Daniel, hablando de las cuatro monarquías que ha habido

en el mundo, los Caldeos, los Persas, los Romanos, los Griegos, dice, que vió los cuatro vientos que peleaban entre sí, y luego pone por su órden cuatro bestias, unas de otras diferentes, cada una en su significacion. Y Zacarías ni mas ni menos en el capítulo seis, despues de haber profetizado é introducido para el mismo fin de significacion, cuatro cuadregas de caballos diferentes en colores y pelo, dice: *Aquestos son los cuatro vientos*, con los demás que despues de aquesto se sigue. Porque á la verdad todo este poder temporal y terreno que manda en el mundo, tiene mas de estruendo que de substancia: y pásase como el aire volando, y nasce de pequeños y ocultos principios. Y como las bestias carecen de razon, y se gobiernan por fiereza y por crueldad, así lo que ha levantado y levanta estos imperios de tierra, es lo bestial que hay en los hombres: la ambicion fiera, y la cobdicia desordenada del mundo, y la venganza sangrienta, y el coraje, y la braveza, y la cólera, y lo demás que como esto es fiero y bruto en nosotros y así finalmente perecen. Mas á Cristo, y á su reino, el mismo Daniel una vez le significa por nombre de *Monte*, como en el capítulo segundo; y otras le llama *Hombre*, como en el capítulo séptimo de que agora decíamos. Donde se escribe, que vino uno como hijo de hombre, y se presentó delante del anciano de dias, al cual el anciano dió pleno y sempiterno poder sobre las gentes todas. Para en lo primero del *Monte* mostrar la firmeza y no mudable duracion deste reino: y en lo segundo del *Hombre* declarar, que esta santa monarquía no nasce ni se gobierna, ni por afectos bestiales, ni por inclinaciones del sentido desordenadas, sino que todo ello es obra de juicio y de razon: y para mostrar que es monarquía adonde reina, no la crueldad fiera, sino la clemencia humana en todas las maneras que he dicho. Y habiendo dicho esto Marcelo, calló, como disponiéndose para comenzar otra plática,

Mas Sabino, antes que comenzase le dijo: Si me dais licencia, Marcelo, y no teneis mas que decir acerca deste nombre, os preguntaré das cosas que se me ofrecen; y de la una ha gran rato que dudo, y de la otra me puso agora duda aquesto que acabais de decir. Vuestra es la licencia respondió entonces Marcelo, y gustaré mucho de saber que dudais. Comenzaré por lo postrero, respondió Sabino, y la duda que se me ofrece es, que Daniel y Zacarías, en los lugares que habeis alegado, ponen solamente cuatro imperios ó monarquias terrenas, y en el hecho de la verdad parece que hay cinco: porque el imperio de los Turcos y de los Moros, que agora

floresce, es diferente de los cuatro pasados, y no menos poderoso que muchos dellos. Y si Cristo con su venida, y levantando su reino, habia de quitar de la tierra cualquier otra monarquía, como parece haberlo profetizado Daniel en la piedra que hirió en los pies de la estatua, ¿cómo se compadece, que despues de venido Cristo, y despues de haberse derramado su doctrina y su nombre por la mayor parte del mundo, se levante un imperio ageno de Cristo en él, y tan grande como es aqueste que digo? Y la segunda duda es acerca de la manera blanda y amorosa con que habeis dicho, que gobierna su reino Cristo. Porque en el psalmo segundo, y en otras partes se dice dél, que regirá con vara de hierro, y que desmenuzará á sus súbditos, como si fuesen vasos de tierra. No son pequeñas dificultades, Sabino, las que habeis movido, dijo Marcelo entonces; y señaladamente la primera es cosa revuelta y de duda, y adonde quisiera yo mas oír el parecer ageno, que no dar el mio. Y aun es cosa, que para haberse de tratar de raíz, pide mayor espacio del que al presente tenemos. Pero por satisfacer á vuestra voluntad, diré con brevedad lo que al presente se ofrece, y lo que podrá bastar para el negocio presente. Y luego, volviéndose á Sabino, y mirándole dijo: Algunos, Sabino, que vos bien conocéis, y á quien todos amamos y preciamos mucho por la excelencia de sus virtudes y letras, han querido decir que este imperio de los Moros y de los Turcos, que agora se esfuerza tanto en el mundo, no es imperio diferente del romano, sino parte que procede dél, y le constituye y compone.

Y lo que dice Zacarías de la cuadrega cuarta, cuyos caballos dice que eran manchados y fuertes, lo declaran así, que sea aquesta cuadrega este postrero imperio de los Romanos, el cual por la parte dél, que son los Moros y Turcos, se llama fuerte, y por la parte del occidental que está en Alemaña, adonde los emperadores no se suceden, sino se eligen de diferentes familias, se nombra vario ó manchado. Y á lo que yo puedo juzgar, Daniel en dos lugares parece que favorece algo á aquesta sentencia. Porque en el capítulo segundo, hablando de la estatua, en que se significó el proceso y cualidades de todos los imperios terrenos, dice que las canillas della eran de hierro, y los pies de hierro y de barro mezclados: y las canillas y los pies, como todos confiesan, no son imágenes de dos diferentes imperios, sino del imperio romano solo, el cual en sus primeros tiempos fue todo de hierro, por razon de la grandeza y fortaleza suya, que puso á toda la redondez debajo de sí; mas agora en lo último lo occidental dél es flaco

y comó de barro, y lo oriental, que tiene en Constantinopla su silla, es muy fuerte y muy duro. Y que este hierro duro de los pies, que segun aqueste parecer, representa á los Turcos, nazca y proceda del hierro de las canillas, que son los antiguos Romanos, y que así estos como aquellos pertenezcan á un mismo reino; parece que lo testificó Daniel en el mismo lugar, cuando, segun el texto latino, dice que del tronco, ó como si dijésemos, de la raíz del hierro de las canillas, nascia el hierro que se mezclaba con el barro en los pies. Y ni mas ni menos el mismo Profeta en el capítulo siete, en la cuarta bestia terrible, que sin duda son los Romanos, parecé que afirma lo mismo. Porque dice, que tenia diez cuernos, y que despues le nació un otro cuerno pequeño, que creció mucho, y quebrantó tres de los otros. El cual cuerno parece que es el reino del Turco, que comenzó de pequeños y bajos principios, y con su gran crecimiento tiene ya quebrantadas y sujetadas á si dos sillas poderosas del imperio romano, la de Constantinopla, y la de los Soldanes de Egipto, y anda cerca de hacer lo mismo en alguna de las otras que quedan. Y si este cuerno es el reino del turco, cierto es que este reino es parte del reino de los Romanos, y parte que se encierra en él, pues es cuerno, como dice Daniel, que nasce de la cuarta bestia, en la cual se representa el imperio romano, como dicho es.

Así que algunos hay, á quien esto parece, segun los cuales se responde fácilmente, Sabino, á vuestra cuestion. Pero si tengo de decir lo que siento, yo hallé siempre en ello grandísima dificultad. Porque ¿qué hay en los Turcos por donde se puedan llamar Romanos, ó su imperio pueda ser habido por parte del imperio romano? ¿Linaje? Por la historia sabemos que no lo hay. ¿Leyes? son muy diferentes. ¿Forma de gobierno y de república? No hay cosa en que menos convengan. ¿Lengua, hábito, estilo de vivir, ó de religion? No se podrán hallar dos naciones que mas se diferencien en esto. Porque decir que pertenesce al imperio romano su imperio, porque vencieron á los emperadores romanos, que tenian en Constantinopla su silla, y derrocándolos della les sucedieron; si juzgamos bien, es decir, que todos los cuatro imperios no son cuatro diferentes imperios, sino solo un imperio. Porque á los Caldeos vencieron los Persas, y les sucedieron en Babilonia que era su silla: en la cual los Persas estuvieron asentados por muchos años, hasta que sucediendo los Griegos, y siendo su capitán Alejandro, se la dejaron á su pesar; y á los Griegos despues los Romanos los depusieron. Y así si el





...y le fué concedido poderío sobre todos pueblos y tribus...

Apocalipsis.

suceder en el imperio y asiento mismo, hace que sea uno mismo el imperio de los que suceden, y de aquellos á quien se sucede, no ha habido mas de un imperio jamás.

Lo cual, Sabino, como vos veis, ni se puede entender bien, ni decir. Por donde algunas veces me inclino á pensar, que los Profetas del viejo Testamento hicieron mencion de cuatro reinos solos, como, Sabino, decís, y que no encerraron en ellos el mando y poder de los Turcos, ni por caso tuvieron luz dél: porque su fin acerca deste artículo era profetizar el órden y sucesion de los reinos que habia de haber en la tierra, hasta que comenzase en ella á descubrirse el reino de Cristo, que era el blanco de su profecía, y aquello de cuyo feliz principio y suceso querian dar noticia á las gentes. Mas si despues del nascimiento de Cristo y de su venida y del comienzo de su reinar, y en el mismo tiempo en que va agora reinando con la espada en la mano, y venciendo á sus enemigos, y escogiendo de entre ellos á su Iglesia querida, para reinar él solo en ella gloriosa y descubiertamente por tiempo perpetuo; así que si en este tiempo que digo, desde que Cristo nasció hasta que se cierran los siglos, se habia de levantar en el mundo algun otro imperio terreno fuerte y poderoso, y no menor que los cuatro pasados, de eso, como de cosa que no pertenescia á su intento, no dijeron nada los que profetizaron antes de Cristo; sino dejólo eso la providencia de Dios para descubrirlo á los Profetas del Testamento nuevo, y para que ellos lo dejasen escrito en las escrituras que dellos la Iglesia tiene. Y así san Juan en el Apocalipsi, si yo no me engaño mucho, hace clara mencion, clara digo quanto le es dado al Profeta, deste imperio del turco: y no como de imperio que pertenesce á ninguno de los cuatro, de quien en el Testamento viejo se dice; sino como de imperio diferente dellos, y quinto imperio.

Porque dice en el capítulo trece (1), que vió una bestia que subia de la mar con siete cabezas y diez cuernos, y otras tantas coronas, y que ella era semejante á uu pardo en el cuerpo, y que los piés eran como de oso, y la boca semejante á la del leon: y no podemos negar sino que esta bestio es imágen de algun grande reino é imperio, así por el nombre de bestia, como por las coronas, y cabezas y cuernos que tiene, y señaladamente porque, declarándose el mismo san Juan, dice poco despues (2), que le fué concedido á esta bestia que

(1) Apocal. cap. XIII. v. 1.

(2) *Ibid.* v. 7.

moviese guerra á los santos, y que los venciese, y que le fué dado poderío sobre todos los tribus y pueblos, y lenguas, y gentes. Y así como es averiguado esto, así tambien es cosa evidente y notoria, que esta bestia no es alguna de las cuatro que vió Daniel, sino muy diferente de todas ellas; así como la pintura que della hace san Juan es muy diferente. Luego si esta bestia es imágen de reino, y es bestia desemejante de las cuatro pasadas; bien se concluye que habia de haber en la tierra un imperio quinto despues del nascimiento de Cristo, demás de los cuatro que vieron Zacarías y Daniel, que es este que vemos. Y á lo que, Sabino, decís, que si Cristo nasciendo y comenzando á reinar por la predicacion de su dichoso Evangelio, habia de reducir á polvo y á nada los reinos y principados del suelo, como lo figuró Daniel en la piedra que hirió y deshizo la estatua; ¿cómo se compadescia, que despues de nascido él, no solo durase el imperio romano, sino nasciese y se levantase otro tan poderoso y tan grande? A esto se ha de decir, y es cosa muy digna de que se advierta y entienda, que este golpe que dió en la estatua la piedra, y este herir Cristo, y desmenuzar los reinos del mundo, no es golpe que se dió en un breve tiempo, y se pasó luego, ó golpe que hizo todo su efecto junto en un mismo instante; sino golpe que se comenzó á dar cuando se comenzó á predicar el Evangelio de Cristo, y se dió despues en el discurso de su predicacion, y se va dando agora, y que durará golpeando siempre, y venciendo, hasta que todo lo que le ha sido adverso, y en lo venidero le fuere, quede deshecho y vencido.

De manera que el reino del cielo, comenzando y saliendo á luz, poco á poco va hiriendo la estatua, y persevera hiriéndola por todo el tiempo que tardare el de llegar á su perfecto crecimiento, y de salir á su luz gloriosa y perfecta. Y todo aquesto es un golpe, con el cual ha ido deshaciendo, y continuamente deshace el poder que Satanás tenia usurpado en el mundo, derrocando agora en una gente, agora en otra sus idolos, y deshaciendo su adoracion. Y como va venciendo aquesta dañada cabeza, va tambien juntamente venciendo sus miembros: y no tanto deshaciendo el reino terreno que es necesario en el mundo, quanto derrocando todas las condiciones de reinos y de gentes que le son rebeldes, destruyendo á los contumaces, y ganando para sí, y para mejor y mas bienaventurada manera de reino, á los que se le sujetan y rinden. Y de aquesta manera, y de las caidas y ruinas del mundo, saca él, y allega su Iglesia, para en teniéndola entera, como decíamos, todo lo demás, como á paja inútil, en-

viarlo al eterno fuego, y él solo con ella sola, abierta y descubiertamente reinar glorioso y sin fin. Y con aquesto mismo, Sabino, se responde á lo que últimamente preguntastes. Porque habeis de entender, que este reino de Cristo tiene dos estados, así respecto de cada un particular en quien reina secretamente, como respecto de todos en comun, y de lo manifesto dél, y de lo público. El un estado es de contradiccion y de guerra: el otro será de triunfo y de paz. En el uno tiene Cristo vasallos obedientes, y tiene tambien rebeldes: en el otro todo le obedecerá y servirá con amor. En este quebranta con vara de hierro á lo rebelde, y gobierna con amor á lo súbdito: en aquel todo le será súbdito de voluntad.

Y para declarar esto mas, y tratando del reino que tiene Cristo en cada un ánima justa, decimos, que de una manera reina Cristo en cada uno de los justos aquí, y de otra manera reinará en él mismo despues; no de manera que sean dos reinos, sino un reino, que comenzando aquí dura siempre, y que tiene, segun la diferencia del tiempo, diversos estados. Porque aquí lo superior del alma está sujeto de voluntad á la gracia, que es como una imágen de Cristo, y lugarteniente suyo hecho por él, y puesto en ella por él, para que la presida, y la dé vida, y la rija y gobierne. Mas rebélase contra ella, y pretende hacerle contradiccion, siguiendo la vereda de su apetito, la carne y sus malos deseos y afectos. Mas pelea la gracia, ó por mejor decir, Cristo en la gracia contra estos rebeldes: y como el hombre consienta ser ayudado della, y no resista á su movimiento, poco á poco los doma y los sujeta, y va extendiendo el vigor de su fuerza insensiblemente por todas las partes y virtudes del alma: y ganando sus fuerzas, derrueca sus malos apetitos della y á sus deseos, que eran como sus idolos, se los quita y deshace, y finalmente conquista poco á poco todo aqueste reino nuestro interior, y reduce á su sola obediencia todas las partes dél, y queda ella hecha señora única, y reina resplandeciendo en el trono del alma. Y no solo tiene debajo de sus piés á los que le eran rebeldes, mas desterrándolos del alma, y desarraigándolos della, hace que no sean, dándoles perfecta muerte; lo cual se pondrá por obra enteramente en la resurreccion postrera, adonde tambien se acabará el primer estado de aqueste reino, que habemos llamado estado de guerra y de pelea, y comenzará el segendo estado de triunfo y de paz. Del cual tiempo dice bien san Macario. *Porque entonces dice, se descubrirá por defuera en el cuerpo, lo que agora tiene atesorado el alma dentro de si: ansi como los árboles en pasando el invierno, y*

*habiendo tomado calor la fuerza que en ellos se encierra, con el sol y con la blandura del aire arrojan á fuera hojas, y flores y frutos. Y ni mas ni menos como las yerbas en la misma sazón sacan á fuera sus flores, que tenían encerradas en el seno del suelo, con que la tierra y las yerbas mismas se adornan. Que todas estas cosas son imágenes de lo que será en aquel día en los buenos Cristianos. Porque todas las almas amigas de Dios, esto es, todos los Cristianos de veras tienen su mes de abril, que es el día cuando resucitaren á vida. Adonde con la fuerza del sol de justicia saldrá á fuera la gloria del Espiritu Santo, que cobijará á los justos sus cuerpos, la cual gloria tienen agora encubierta en el alma: que lo que agora tienen, eso sacarán entonces á la clara en el cuerpo. Pues digo, que este es el primero mes del año; este el mes con que todo se alegra: este viste los desnudos árboles desatando la tierra: este en todos los animales produce deleite: y este es el que regocija todas las cosas: pues este por la misma manera es en la resurrección su verdadero abril á los buenos, que les vestirá de gloria los cuerpos, de la luz que agora contienen en sí mismas sus almas: esto es, de la fuerza y poder del espíritu, el cual entonces les será vestidura rica, y mantenimiento, y bebida, y regocijo, y alegría, y paz y vida eterna.*

Esto dice Macario. Porque de allí en adelante toda el alma y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente á la gracia, la cual así como será señora entera del alma, así mismo hará que el alma se enseñoree del todo del cuerpo. Y como ella infundida hasta lo mas íntimo de la voluntad y razón y embebida por todo su ser y virtud le dará ser de Dios, y la transformará cuasi en Dios: así también hará, que lanzándose el alma por todo el cuerpo, y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espíritu, y cuasi le transforme en espíritu. Y así el alma vestida de Dios verá á Dios, y tratará con él conforme al estilo del cielo; y el cuerpo cuasi hecho otra alma quedará dotado de sus cualidades della, esto es, de inmortalidad, y de luz, y de ligereza, y de un ser impassible: y ambos juntos el cuerpo y el alma no tendrán ni otro ser, ni otro querer, ni otro movimiento alguno, mas de lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica. Pues lo que toca á lo público y universal de este reino va también por la misma manera. Porque agora, y cuanto durare la sucesión de estos siglos, reina en el mundo Cristo con contradicción, porque unos le obedescen, y otros se le rebelan: y con los sujetos es dulce, y con los rebeldes contradicentes tiene guerra perpetua; por

medio de la cual, y segun las secretas y no comprehensibles formas de su infinita providencia y poder, los ha ido y va deshaciendo.

Primero, como decia, derrocando las cabezas, que son los demonios, que en contradiccion de Dios y de Cristo se habian levantado con el señorío de todos los hombres, sujetándolos á sus vicios é ídolos. Así que primero derrueca á estos, que son como los caudillos de toda la infidelidad y maldad, como lo vimos en los siglos pasados, y agora en el nuevo mundo lo vemos. Porque sola la predicacion del Evangelio, que es decir, la virtud y la palabra de solo Cristo, es lo que siempre ha deshecho la adoracion de los ídolos. Pues derrocados estos, lo segundo, á los hombres que son sus miembros dellos, digo á los hombres que siguen su voz y opinion, y que son en las costumbres y condiciones como otros demonios, los vence tambien, ó reduciéndolos á la verdad, ó si perseveran en la mentira duros, quebrándolos y quitándolos del mundo y de la memoria. Así ha ido siempre desde su principio el Evangelio. Y como el sol, que moviéndose siempre, y enviando siempre su luz, cuando amanesce á los unos, á los otros se pone: así el Evangelio y la predicacion de la doctrina de Cristo, andando siempre, y corriendo de unas gentes á otras, y pasando por todas, y amanesciendo á las unas, y dejando á las que alumbraba antes en obscuridad, va levantando fieles, y derrocando imperios, ganando escogidos, y asolando los que no son ya de provecho ni fruto. Y si permite que algunos reinos infieles crezcan en señorío y poder, hácelo para por su medio dellos traer á perfeccion las piedras que edifican su Iglesia. Y así aun cuando estos vencen, él vence, y vencerá siempre, é irá por esta manera de continuo añadiendo nuevas victorias, hasta que cumpliéndose el número determinado de los que tiene señalados para su reino, todo lo demás, como á desaprovechado é inútil, vencido ya, y convencido por sí, lo encadene en el abismo, donde no parezca sin fin. Que será cuando tuviere fin este siglo, y entonces tendrá principio el segundo estado deste gran reino; en el cual desechadas y olvidadas las armas solo se tratará de descanso y de triunfo: y los buenos serán puestos en la posesion de la tierra y del cielo, y reinará Dios en ellos solo y sin término: que será estado mucho mas feliz y glorioso de lo que ni hablar ni pensar se puede.

Y del uno y del otro estado escribió san Pablo maravillosamente, aunque con breves palabras. Dice á los de Corinto: *Conviene que reine él, hasta que ponga á todos sus enemigos*

*debajo de sus pies. Y á la postre de todos será destruida la muerte enemiga. Porque todo lo sujetó á sus pies. Mas cuando dice que todo le está sujeto, sin duda se entiende todo, excepto aquel que se lo sujetó. Pues cuando todo le estuviese sujeto, entonces el mismo Hijo estará sujeto á aquel que le sujetó á él todas las cosas, para que Dios sea en todas las cosas. Dice que conviene que reine Cristo hasta que ponga debajo de sus pies á sus enemigos, y hasta que deje en vacío á todos los demás señorios: y quiere decir, que conviene que el reino de Cristo, en el estado que decimos de guerra y de contradiccion, dure hasta que habiéndolo sujetado todo, alcance entera victoria de todo. Y dice, que cuando hubiere vencido á lo demás, lo postrero de todo vencerá á la muerte, último enemigo: porque cerrados los siglos, y deshechos todos los rebeldes, dará fin á la corrupcion y á la mudanza, y resucitará á los suyos gloriosos para mas no morir.*

Y con esto se acabará el primer estado de su reino de guerra, y nacerá la vida y la gloria; y lleno de despojos y de vencimientos presentará su Iglesia á su Padre, que reinará en ella juntamente con su Hijo en felicidad sempiterna. Y dice que entonces, esto es, en aquel estado segundo, será Dios en todas todas las cosas por dos razones. Una, porque todos los hombres, y todas las partes y sentidos é inclinaciones que en cada uno dellos hay, le estarán obedientes y sujetos, y reinará en ellos la ley de Dios sin contienda: que como vemos en la oracion que el Señor nos enseña, estas dos cosas andan juntas, ó casi son una misma, el reinar Dios, y el cumplir nosotros su voluntad y su ley enteramente, así como se cumple en el cielo. Y la otra razon es, porque será Dios entonces él solo y por sí para su reino, todo aquello que á su reino fuere necesario y provechoso. Porque él les será el príncipe, y el corregidor, y el secretario, y el consejero: y todo lo que agora se gobierna por diferentes ministros, él por sí solo lo administrará con los suyos: y él mismo les será la riqueza, y el dador della, el descanso, el deleite, la vida. Y como Platon dice del oficio del Rey, que ha de ser de pastor, así como llama Homero á los Reyes, porque ha de ser para sus súbditos todo, como el pastor para sus ovejas lo es, porque él las apacienta, y las guía, y las cura, y las lava, y las tresquila, y las recrea: así Dios será entonces con su dichoso ganado muy mas perfecto pastor, ó será alma en el cuerpo de su Iglesia querida. Porque junto entonces y enlazado con ella, y metido por toda ella por manera maravillosa hasta lo intimo, así como ago-

ra por nuestra alma sentimos, así en cierta manera entonces verémos, y sentiremos, y entenderémos, y nos moverémos por Dios, y Dios echará rayos de sí por todos nuestros sentidos, y nos resplandecerá por los rostros.

Y como en el hierro encendido no se ve sino fuego; así lo que es hombre, casi no será sino Dios, que con su Cristo reinará enseñoreado perfectamente de todo. De cuyo reino, ó de la felicidad deste su estado postrero, ¿qué podemos mejor decir que lo que dice el Profeta? (1) *Di alabanzas, hija de Sion, gózate con júbilo, Israel, alégrate y regocíjate de todo tu corazón, hija de Hierusalem, que el Señor dió fin á tu castigo, apartó de ti su azote, retiró tus enemigos el REY de Israel..... El Señor en medio de ti, no temerás mal de aquí adelante.* O como otro Profeta lo dijo (2): *No sonará ya de allí adelante en tu tierra maldad, ni injusticia, ni asolamiento, ni destruicion en tus términos: la salud se enseñoreará por tus muros, y en las puertas tuyas sonará voz de loor. No te servirás de allí adelante del sol, para que te alumbre en el día, ni el resplandor de la luna será tu lumbrera: mas el Señor mismo te valdrá por sol sempiterno, y será tu gloria y tu hermosura tu Dios. No se pondrá tu sol jamás, ni tu luna se menguará, porque el Señor será tu luz perpetua, que ya se fenecieron de tu lloro los días. Tu pueblo todo serán justos todos: herederán la tierra sin fin, que son fruto de mis posturas, obra de mis manos para honra gloriosa. El menor valdrá por mil, y el pequeñito mas que una gente fortísima: que yo soy el Señor, y en su tiempo yo lo haré en un momento.* Y en otro lugar (3): *Serán allí en olvido puestas las congojas primeras, y ellas se les esconderán de los ojos. Porque yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, y los pasados no serán lembrados, ni subirán á las mientes. Porque yo criaré á Hierusalem regocijo, y alegría su pueblo, y me regocijaré yo en Hierusalem, y en mi pueblo me gozaré. Voz de lloro, ni voz lamentable de llanto no será ya allí mas oída, ni habrá mas en ella niño en días, ni anciano que no cumpla sus años, porque el de cient años mozo parecerá, y el que de cient años pecador fuere será maldito. Edificarán, y morarán: plantarán viñas, y comerán de sus frutos. No edificarán, y morarán otros: no plantarán: y será de otro comido. Porque conforme á los días del árbol de vida: será el tiempo del vivir de mi pueblo. Las obras de sus manos se envejecerán por mil siglos. Mis escogidos no traba-*

(1) Sophon. cap. III. vs. 14. 15.

(2) Esai. cap. LX. vs. 18. 22.

(3) Esai. cap. LXV. vs. 16. 25.

*jarán en vano, ni engendrarán para turbacion y tristeza. Porque ellos son generaciones de los benditos de Dios, y es lo que dellos nasce, cual ellos. Y será que antes que levanten la voz, admitiré su pedido, y en el menear de la lengua yo los oiré. El lobo y el cordero serán apascentados como uno, y el leon comerá heno así como el buey, y polvo será su pan de la sierpe. No maleficiarán, no contaminarán, dice el Señor, en toda la santidad de mi monte.* Calló Marcelo un poco luego que dije esto, y luego tornó á decir: Bastará, si os parece, para lo que toca al nombre de REY, lo que habemos agora dicho, dado que mucho mas se pudiera decir: mas es bien que repartamos el tiempo con lo que resta. Y tornó luego á callar. Y descansando, y como recogién dose todo en sí mismo por un espacio pequeño, alzó despues los ojos al cielo que ya estaba sembrado de estrellas, y teniéndolos en ellas como enclavados, comenzó á decir así:

#### IV.

Quando la razon no lo demonstrara, ni por otro camino se pudiera entender, cuan amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del cielo que se nos descubre agora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan dello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz, ó ciertamente una imágen perfecta de paz, esto que agora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene á los ojos? Que si la paz es, como san Augustin breve y verdaderamente concluye, una órden sosegada, ó un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen órden; eso mismo es lo que nos descubre agora esta imágen. Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vicina, ni la turba en su oficio, ni menos olvidada del suyo rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia: antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templan á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspecto diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera.

Y si así se puede decir, no solo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregon y un loor que con voces

manifiestas y encarescidas nos notifica, cuan excelentes bienes son los que la paz en si contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregon sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace, se vee y entiende bien la eficacia suya, y lo mucho que las persuade. Porque luego como convencidas de cuanto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en si mismas, y á poner á cada una de sus partes en órden. Porque si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, verémos que este concierto y órden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego: y verémos que con solo tener los ojos enclavados en él con atencion, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros, y las afecciones turbadas, que confusamente movian ruido en nuestros pechos de dia, se van quietando poco á poco, y como adormesciéndose se reposan, tomádo cada una su asiento; y reduciéndose á su lugar proprio, se ponen sin sentir en sujecion y concierto. Y verémos que así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razon, se levanta, y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de si, y como en una cierta manera se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre ello. Y así puesta ella en su trono como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacifico. Mas ¿qué digo de nosotros, que tenemos razon? Esto insensible, y aquesto rudo del mundo, los elementos, y la tierra, y el aire, y los brutos se ponen todos en órden, y se quietan luego que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora todas las cosas, y como parece que mirándose en este espejo bellissimo se componen todas ellas, y hacen paz entre si, vueltas á sus lugares y officios, y contentas con ellos? Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz, y así donde quiera que la veen, la aman.

Y no solo ella, mas la vista de su imágen della las enamora, y las enciende en cobdicia de asemejársele, porque todo se inclina fácil y dulcemente á su bien. Y aun si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de todos, mas sola ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz: y este es el blanco adon-

de enderezan su intento, y el bien á que aspiran todas las cosas. Porque si navega el mercader, y si corre las mares, es por tener paz con su cobdicia que le solicita y guerrea. Y el labrador en el sudor de su cara, y rompiendo la tierra, busca paz, alejando de sí, cuanto puede, al enemigo duro de la pobreza. Y por la misma manera el que sigue el deleite, y el que anhela á la honra, y el que brama por la venganza, y finalmente todos y todas las cosas buscan la paz en cada una de sus pretensiones. Porque ó siguen algun bien que les falta, ó huyen algun mal que los enoja.

Y porque así el bien que se busca, como el mal que se padesce ó se teme, el uno con su deseo y el otro con su miedo y dolor, turban el sosiego del alma, y son como enemigos suyos que le hacen guerra; coligese manifestamente, que es huir la guerra, y buscar la paz, todo cuanto se hace. Y si la paz es tan grande y tan unico bien, ¿quién podrá ser Príncipe della, esto es, causador della y principal fuente suya, sino ese mismo que nos es el principio y el autor de todos los bienes, Jesu Cristo señor y Dios nuestro? Porque si la paz es crecer de mal que affige, y de deseo que atormenta, y gozar de reposado sosiego; solo él hace exentas las almas del temer, y las enriquece por tal manera, que no les queda cosa que poder desear. Mas para que esto se entienda, será bien que digamos por su orden, qué cosa es paz, y las diferentes maneras que de ella hay, y si Cristo es PRÍNCIPE y autor della en nosotros segun todas sus partes y maneras, y de la forma en como es su autor y su PRÍNCIPE. Lo primero desto que proponeis, dijo entonces Sabino, parésceme, Marcelo, que está ya declarado por vos en lo que habeis dicho hasta agora, adonde lo probastes con la autoridad y testimonio de san Augustin.

Es verdad que dije, respondió luego Marcelo, que la paz, segun dice san Augustin, es no otra cosa, sino una orden sossegada, ó un sosiego ordenado. Y aunque no pienso agora determinarla por otra manera, porque esta de san Augustin me contenta, todavía quiero insistir algo acerca desto mismo que san Augustin dice, para dejarlo mas enteramente entendido. Porque como veis, Sabino, segun esta sentencia, dos cosas diferentes son las de que se hace la paz, conviene á saber, sosiego, y orden. Y hácese dellas así, que no será paz, si alguna dellas, cualquiera que sea, le faltare. Porque lo primero, la paz pide orden, ó por mejor decir, no es ella otra cosa, sino que cada una cosa guarde y conserve su orden. Que lo alto esté en su lugar, y lo bajo por la misma ma-

nera : que obedezca lo que ha de servir, y lo que es de suyo señor, que sea servido y obedescido : que haga cada uno su oficio, y que responda á los otros con el respecto que á cada uno se debe. Pide lo segundo sosiego la paz. Porque aunque muchas personas en la república, ó muchas partes en el alma y en el cuerpo del hombre conserven entre sí su debido órden, y se mantengan cada una en su puesto ; pero si las mismas estan como bulliendo para desconcertarse, y como forcejando entre sí para salir de su órden ; aun antes que consigan su intento, y se desordenen, aquel mismo bullicio suyo, y aquel movimiento destierra la paz de ellas ; y el moverse, ó el caminar á la desórden, ó siquiera el no tener en la órden estable firmeza, es sin dubda una especie de guerra. Por manera que la órden sola, sin el reposo, no hace paz ; ni al revés el reposo y sosiego, si le falta la órden. Porque una desórden sosegada, si puede haber sosiego en la desórden, pero sí le hay, como de hecho le parece haber en aquellos en quien la grandeza de la maldad, confirmada con la larga costumbre, amortiguando el sentido del bien, hace asiento : así que el reposo en la desórden y mal, no es sosiego de paz, sino confirmacion de guerra ; y es como en las enfermedades confirmadas del cuerpo, pelea, y contienda, y agonía incurable.

Es pues la paz sosiego y concierto. Y porque así el sosiego como el concierto dicen respecto á otro tercero, por eso propriamente la paz tiene por sujeto á la muchedumbre : porque en lo que es uno, y del todo sencillo, sino es refiriéndolo á otro, y por respeto de aquello á quien se refiere, no se asienta propriamente la paz. Pues cuanto á este propósito pertenesce, podemos comparar el hombre y referirlo á tres cosas. Lo primero á Dios : lo segundo á ese mismo hombre, considerando las partes diferentes que tiene, y comparándolas entre sí : y lo tercero á los demás hombres y gentes con quien vive y conversa. Y segun estas tres comparaciones entendemos luego, que puede haber paz en él por tres diferentes maneras.

Una, si estuviere bien concertado con Dios : otra, si él dentro de sí mismo viviere en concierto : y la tercera, si no se atravesare, ni encontrare con otros. La primera consiste en que el alma esté sujeta á Dios y rendida á su voluntad, obediendo enteramente sus leyes ; y en que Dios, como en sujeto dispuesto, mirándola amorosa y dulcemente, influya el favor de sus bienes y dones. La segunda está en que la razon mande, y el sentido y los movimientos dél obedezcan á sus

mandamientos: y no solo en que obedezcan sino en que obedezcan con presteza y con gusto, de manera que no ha ya alboroto entre ellos ninguno, ni rebeldia, ni procure ninguno porque la haya; sino que gusten así todos del estar á una, y les sea así agradable la conformidad, que ni traten de salir della, ni por ella forcejen. La tercera es dar su derecho á todos cada uno, y rescibir cada uno de todos aquello que se le debe, sin pleito ni contienda. Cada una destas paces es para el hombre de grandisima utilidad y provecho, y de todas juntas se compone y fabrica toda su felicidad y bienandanza. La utilidad de la postrera manera de paz, que nos ajunta estrechamente, y nos tiene en sosiego á los hombres unos con otros, cada dia hacemos experiencia della; y los llorosos males que nascen de las contiendas, y de las diferencias, y de las guerras, nos la hacen mas conocer y sentir. El bien de la segunda, que es vivir concertada y pacíficamente consigo mismo, sin que el miedo nos estremezca, ni la aficion nos inflame, ni nos saque de nuestros quicios la alegría vana, ni la tristeza, ni menos el dolor nos envilezca y encoja, no es bien tan conocido por la experiencia (porque por nuestra miseria grande, son muy raros los que hacen experiencia dél) mas convéncese por razon, y por autoridad claramente. Porque ¿qué vida puede ser la de aquel, en quien sus apetitos y pasiones, no guardando ley ni buena órden alguna se mueven conforme á su antoja? ¿La de aquel que por mementos se muda con aficiones contrarias? ¿y no solo se muda, sino muchas veces apetece y desea juntamente, lo que en ninguna manera se compadece estar junto? ya alegre, ya triste, ya confiado ya temeroso, ya vil, ya soberbio. O ¿qué vida será la de aquel en cuyo ánimo hace presa todo aquello que se le pone delante? ¿del que todo el que se le ofrece al sentido desea? ¿del que se trabaja por alcanzarlo todo? ¿y del que revienta con rabia y coraje, porque no lo alcanza? ¿del que lo que alcanza hoy, lo aborrece mañana, sin tener perseverancia en ningnna cosa mas de en ser inconstante? ¿Qué bien puede ser bien entre tanta desigualdad? O ¿cómo será posible, que un gusto tan turbado halle sabor en ninguna prosperidad ni deleite? O por mejor decir, ¿cómo no turbará, y volverá de su cualidad malo y desabrido todo aquello que en él se infundiere? No dice esto mal, Sabino, vuestro Poeta (1).

(1) Horat. Epist. lib. I. epist. II. vs. 51. 54.

A quien teme ó desea sin mesura,  
 su casa y su riqueza así le agrata,  
 como á la vista enferma la pintura:  
 Como á la gota el ser muy fomentada,  
 o como la vihuela en el oido,  
 que la podre atarmenta amontonada.  
 Si el vaso no está limpio, corrompido  
 acceda todo aquello que infundieres.

Y mejor mucho y mas brevemente el Profeta diciendo (1): *El malo como mar que hierbe, que no tiene sosiego.* Porque no hay mar brava en quien los vientos mas furiosamente ejecuten su ira, que iguale á la tempestad y á la tormenta, que yendo unas olas, y viniendo otras, mueven en el corazon desordenado del hombre sus apetitos y sus pasiones. Las cuales á las veces le escurescen el dia, y le hacen temerosa la noche y le roban el sueño, y la cama se la vuelven dura, y la mesa se la hacen trabajosa y amarga, y finalmente no le dejan una hora de vida dulce y apacible de veras. Y así concluye diciendo (2): *Dice el Señor, no cabe en los malos paz.* Y si es tan dañosa aquesta desórden, el carecer della, y la paz que la contradice, y que pone órden en todo el hombre, sin duda es gran bien. Y por semejante manera se conoce cuan dulce cosa es, y cuan importante es el andar á buenas con Dios, y el conservar su amistad, que es la tercera manera de paz, que decíamos, y la primera de todas tres. Porque de los efectos que hace su ira en aquellos contra quien mueve guerra, vemos por vista de ojos, cuan provechosa é importante es su paz. Hieremías en nombre de Hierusalem encaresce con lloro el estrago que hizo en ella el enojo de Dios, y las miserias á que vino por haber trabado guerra con él: *Quebrantó, dice, con ira y bravesza toda la fortaleza de Israel, hizo rolover atrás su mano derecha delante del enemigo y encendió en Jacob como una llama de fuego abrasante en derredor. Flechó su arco como contrario, refirmó su derecha como enemigo, y puso á cuchillo todo lo hermoso, y todo lo que era de ver en la morada de la hija de Sion, derramó como fuego su gran coraje. Volvióse Dios enemigo: despeñó á Israel, asoló sus muros, deshizo sus reparos; colmó á la hija de Judá de bajeza y miseria.* Y va por aquesta manera prosiguiendo muy largamente.

Mas en el libro de Job se ve como dibujado el miserable mal, que pone Dios en el corazon de aquellos contra quien se

(1) Esai. cap. LVII. v. 20.

(2) Esai. cap. LVII. v. 21.

muestra enojado. *Sonido*, dice, *de espanto siempre en sus orejas y cuando tiene paz, se recela de alguna celada, no cree poder salir de tinieblas, y mira en derredor recatándose por todas partes de la espada.. atemorizale la tribulacion, y cércale á la redonda la angustia* Y sobre todo refiriendo Job sus dolores, pinta singularmente en si mismo el estrago que hace Dios en los que se enoja. Y decirlo he en la manera que nuestro comun amigo en verso castellano lo dijo. Dice pues:

Veo que Dios los pasos me ha tomado,  
cortándome la senda, y con escura  
tinieb a mis caminos ha cerrado.  
Quitó de mi cabeza la hermosura  
del rico resplandor con que iba al cielo,  
desnudo me dejó con mano dura.  
Cortóme en derredor, y vine al suelo  
cual árbol derrocado: mi esperanza  
el viento la llevó con presto vuelo.  
Mostró de su furor la gran pujanza  
airado, y triste yo, como si fuera  
contrario, ansi de si me aparta y lanza.  
Corrió como en tropel su escuadra fiera.  
y vino y pnsó y cercó á mi morada,  
y abrió por medio della gran carrrea.

Y si del tener por contrario á Dios, y del andar en bandos con él nascen estos daños; bien se entiende que carecerá dellos el que se conservare en su paz y amistad y no solo carecerá destos daños, mas gozará de señalados provechos. Porque como Dios enojado y enemigo es terrible, así amigo y pacífico es liberal y dulcísimo. Como se vee en lo que Esaias en su persona dél dice, que hará con la congregacion santa de sus amigos y justos. *Alegraos con Hierusalem, dice, y regocijaos con ella todos los que la quereis bien: gozaos, gozaos mucho con ella todos los que la lloráades, para que á los pechos de su contento puestos los gustéis, y os hartéis, para que los exprimais, y tengais sobra de los deleites de su perfecta gloria. Porque el Señor dice ansi: Yo derivaré sobre ella como un rio de paz, y como una avenida creciente la gloria de las gentes de que gozareis traer os han á los pechos, y sobre las rodillas puestos os harán regalos: como si una madre acariciase á su hijo, ansi yo hos consolaré á vosotros: con Hierusalem seréis consolados.* Así que cada una destas tres paces es de mucha importancia. Las cuales aunque parecen diferentes, tienen entre si cierta conformidad y orden, y nascen de la una dellas las otras por aquesta manera. Porque del estar uno concertado y bien compuesto dentro de sí, y del tener paz consigo mismo, no habiendo en él cosa rebelde que á la

razon contradiga, nasce como de fuente, lo primero el estar en concordia con Dios, y lo segundo el conservarse en amistad con los hombres. Y digamos de cada una cosa por sí. Porque quanto á lo primero, cosa manifesta es, que Dios, quando se nos pacifica, y de enemigo se amista, y se desenoja y ablanda, no se muda él, ni tiene otro parescer ó querer de aquel que tuvo dende toda la eternidad sin principio, por lo cual perpetuamente aborresce lo malo, y ama lo bueno, y se agrada dello: sino el mudarnos nosotros, usando bien de sus gracias y dones, y el poner en orden á nuestras almas, quitando lo torcido dellas, y lo contumaz, y rebelde, y pacificando su reino, y ajustándolas con la ley de Dios; y por este camino, el quitarnos del cuento y de la lista de los perdidos y torcidos que Dios aborresce, y traspasarnos al bando de los buenos que Dios ama, y ser del número dellos, eso quita á Dios de enejo, y nos torna en su buena gracia. No porque se mude ni altere él, ni porque comience á amar agora otra cosa diferente de lo que amó siempre; sino porque mudándonos nosotros, venimos á figurarnos en aquella manera y forma, que á Dios siempre fue agradable y amable.

Y así él quando nos convida á su amistad por el Profeta, no nos dice que se mudará él; sino pidenos que nos convirtamos á él nosotros, mudando nuestras costumbres. *Convertios á mí*, dice (1), *y yo me convertiré á vosotros*. Como diciendo, volveos vosotros á mí, que haciendo vosotros esto, por el mismo caso yo estoy vuelto á vosotros, y os miro con los ojos y con las entrañas de amor, con que siempre estoy mirando á los que debidamente me miran. Que como dice David en el psalmo xxxiii. *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos en sus ruegos dellos*. Así que él mira siempre á lo bueno con vista de aprobacion y de amor. Porque, como sabeis, Dios y lo que es amado de Dios, siempre se estan mirando entre sí, y como si dijésemos. Dios en el que ama, y el que ama á Dios en ese mesmo Dios tiene siempre enclavados los ojos. Dios mira por él con particular providencia, y él mira á Dios para agradecerle con solicitud y cuidado. De lo primero dice David en el psalmo: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos á sus ruegos dellos*. De lo segundo dicen ellos tambien dicho: *Como los ojos de los siervos miran con atencion á las manos y á los semblantes de sus señores, así nuestros ojos los tenemos fijados en Dios* Y en los Cantares (2) pide el

(1) Zachar. cap. I. v. 3.

(2) Cantic. cap. II. v. 14.

Esposo al ánima justa que le muestre la cara, porque ese es oficio del justo. Y á muchos justos en las sagradas letras en particular, para decirles Dios que sean justos, y que perseveren y se adelanten en la virtud, les dice así, y les pide que no se abscondan dél, sino que anden en su presencia, y que le traigan siempre delante. Pues cuando dos cosas en esta manera juntamente se miran, si es así que la una dellas es inmutable, y si con esto acontece que se dejen de mirar algun tiempo; eso de necesidad avendrá, porque la otra, que se podia torcer, usando de su poder volvió á otra parte la cara: y si tornaren á mirarse despues, será la causa, porque aquella misma que se torció y abscondió, volvió otra vez su rostro hácia la primero, mudándose. Y de aquesta misma manera estándose Dios firme é inmutable en sí mismo, y no habiendo mas alteracion en su querer y entender, que la hay en su vida y en su ser, porque en él todo es una misma cosa, el ser y el querer nuestra mudanza miserable, y las veces de nuestro albedrío, que como vientos diversos juegan con nosotros, y nos vuelven al mal por momentos, nos llevan á la gracia de Dios ayudados della, y nos sacan della con su propia fuerza mil veces. Y mudándome yo, hago que parezca Dios mudarse conmigo, no mudándose él nunca. Así que por el mismo caso que lo torcido de mi alma se destuerce, y lo alborotado della se pone en paz, y se vuelve, vencidas las nieblas y la tempestad del pecado, á la pureza, y á lo sereno de la luz verdadera; Dios luego se desenoja con ella. Y de la paz della consigo misma, criada en ella por Dios, nasce la paz segunda, que, como dijimos, consiste en que Dios y ella, puestos aparte los enojos, se amen y quieran bien. Y de la misma manera el tener uno paz consigo, es principio certísimo para tenerla con todos los otros.

Porque sabida cosa es, que lo que nos diferencia, y lo que nos pone en contienda y en guerra á unos con otros, son nuestros deseos desordenados: y que la fuente de la discordia y rencilla siempre es y fue la mala cobdicia de nuestro vicioso apetito. Porque todas las diferencias y enojos que los hombres entre si tienen, siempre se fundan sobre la pretension de alguno destos bienes, que llaman bienes los hombres, como son, ó el interés, ó la honra, ó el pasatiempo y deleite: que como son bienes limitados, y que tienen su cierta tasa, habiendo muchos que los pretendan sin órden, no bastan á todos ó vienen á ser para cada uno menores, y así se emborazan y se estorban los unos á los otros aquellos que sin rienda los aman. Y del estorbo nasce el desgusto, y dél el

enojo, y al enojo, se le siguen los pleitos, y las diferencias, y finalmente las enemistades capitales, y las guerras. Como lo dice Santiago cuasi por estas mismas palabras: *¿De donde hay en vosotros pleitos y guerras sino por causa de vuestros deseos malos?* Y al revés el hombre de ánimo bien compuesto, y que conserva paz y buena orden consigo, tienen atajadas y como cortadas cuasi todas las ocasiones, y cuanto es de su parte sin dubda todas las que le pueden encontrar con los hombres. Que si los otros se desentrañan por estos bienes, y si á rienda suelta y como desalentados siguen en pos del deleite, y se desuelan por las riquezas, y se trabajan y fatigan por subir á mayor grado y á mayor dignidad adelantándose á todos; este que digo, no se les pone delante para hacerles dificultad, ó para cerrarles el paso: antes haciéndose á su parte, y rico y contento con los bienes que posee en su ánimo, les deja á los demás campo ancho, y cuanto es de su parte bien desembarazado, adonde su contento se espacien. Y nadie aborresce al que en ninguna cosa le daña. Y el que no ama lo que los otros aman, y ni quiere ni pretende quitar de las manos y de las uñas á ninguno su bien, no daña á ninguno.

Así que como la piedra que en el edificio está asentada en su debido lugar, ó por decir cosa mas propria, como la cuerda en la música debidamente templada en sí misma, hace música dulce con todas las demás cuerdas sin disonar con ninguna; así el ánimo bien concertado dentro de sí, y que vive sin alboroto, y tiene siempre en la mano la rienda de sus pasiones; y de todo lo que en él puede mover inquietud y bullicio, consueña con Dios, y dice bien con los hombres; y teniendo paz consigo mismo, la tiene con los demás. Y como dijimos, aquestas tres paces andan eslabonadas entre sí mismas, y de la una dellas nascen como de fuentes las otras, y esta de quien nascen las demás, es aquella que tiene su asiento en nosotros. De la cual san Agustin dice bien en esta manera: *Vienen á ser pacíficos en sí mismos, los que poniendo primero en concierto todos los movimientos de su ánima, y sujetándolos á la razon, esto es, á lo principal del alma y espíritu, y teniendo bien domados los deseos carnales, son hechos reino de Dios, en el cual todo está ordenado así que mande en el hombre, lo que en él es mas excelente, y lo demás en que convenimos con los animales brutos, no le contradiga; y eso mismo excelente, que es la razon, esté sujeta á lo que es mayor que ella, esto es, á la verdad misma, y al Hijo unigénito de Dios, que es la misma verdad.*

*Porque no le será posible á la razon tener sujeto lo que es inferior, si ella á lo que superior le es, no sujetare á si misma. Y esta es la paz que (1) se concede en el suelo á los hombres de buena voluntad, y la en que consiste la vida del sabio perfecto.*

Mas dejando esto aquí averigüemos agora y veamos, que ya el tiempo lo pide, que hizo Cristo para poner el reino de nuestras almas en paz, y por donde es llamado PRINCIPE della. Que decir que es PRINCIPE de aquesta obra, es decir, no solo que él la hace, mas que es solo él el que puede hacer, y que es el que se aventaja entre todos aquellos que han pretendido el hacer este bien: lo cual ciertamente han pretendido muchos, pero no les ha sucedido á ninguno. Y así habemos de asentar por muy ciertas dos cosas: una, que la Religion, ó la policia, ó la doctrina ó maestría que no engendra en nuestras ánimas paz, y composicion de efectos y de costumbres, no es Cristo, ni Religion suya por ninguna manera. Porque como sigue la luz al sol, así este beneficio acompaña á Cristo siempre, y es infalible señal su virtud y eficacia. La otra cosa es, que ninguno jamás, aunque lo pretendieron muchos, pudo dar aqueste bien á los hombres, sino Cristo y su ley. Por manera que no solamente es obra suya esta paz, mas obra que él solo la supo hacer: que es la causa por donde es llamado su PRINCIPE: Porque unos atendiendo á nuestro poco saber, é imaginando, que el desórden de nuestra vida nascia solamente de la ignorancia; parecióles que el remedio era desterrar de nuestro entendimiento las tinieblas del error, y así pusieron su cuidado y diligencia en solamente dar luz al hombre con leyes, y en ponerle penas que le indujesen con su temor á aquello que le mandaban las leyes. Desto, como agora decíamos, trató la Ley vieja, y muchos otros hombres que ordenaron leyes atendieron á esto, y mucha parte de los antiguos filósofos escribieron grandes libros acerca deste propósito. Otros considerando la fuerza que en nosotros tiene la carne y la sangre, y la violencia grande de sus movimientos; persuadiéronse, que de la compostura y complexion del cuerpo manaban como de fuente la destemplanza y turbaciones del ánima, y que se podria atajar este mal con solo cortar esta fuente. Y porque el cuerpo se ceba y se sustenta con lo que se come, tuvieron por cierto, que con poner en ello órden y tasa, se reduciría á buena órden el alma, y se conservaria siempre en paz y

(1) Luc. cap. II. v. 14.

salud. Y así vedaron unos manjares, los que les pareció que comidos, con su vicioso jugo acrescentarian las fuerzas desordenadas y los malos movimientos del cuerpo, y de otros señalaron cuando y cuanto dellos se podía comer: y ordenaron ciertos ayunos, y ciertos lavatorios con otros semejantes ejercicios, enderezados todos á adelgazar el cuerpo, criando en él una santa y limpia templanza.

Tales fueron los filósofos indios, y muchos sabios de los bárbaros siguieron por este camino, y en las leyes de Moisen algunas de ellas se ordenaron para esto tambien: mas ni los unos ni los otros salieron con su pretension. Porque puesto caso que estas cosas sobredichas, todas ellas son útiles para conseguir este fin de paz que decimos, y algunas dellas muy necesarias; mas ninguna dellas, ni juntas todas no son bastantes ni poderosas para criar en el alma esta paz enteramente, ni para desterrar della, ó á lo menos para poner en concierto en ella aquestas olas de pasiones y movimientos furiosos, que la alteran y turban. Porque habeis de entender, que en el hombre en quien hay alma y hay cuerpo, y en cuya alma hay voluntad y razon, por el grande estrago que hizo en él el pecado primero, todas estas tres cosas quedaron miserablemente dañadas. La razon con ignorancias, el cuerpo y la carne con sus malos siniestros dejados sin rienda, y la voluntad, que es la que mueve en el reino del hombre, sin gusto para el bien, y golosa para el mal, y perdidamente inclinada, y como despojada del aliento del cielo, y como revestida de aquel malo y ponzoñoso espíritu de la serpiente, de quien esta mañana tantas veces y tan largamente decíamos. Y con esto, que es cierto, habeis tambien de entender, que destos tres males y daños el de la voluntad es como la raíz y el principio de todos. Porque como en el primer hombre se vee, que fué el autor destos males, y el primero en quien ellos hicieron prueba y experiencia de sí mismos, el daño de la voluntad fué el primero, y de allí se extendió cundiendo la pestilencia al entendimiento y al cuerpo. Porque Adam no pecó, porque primero se desordenase el sentido en él, ni porque la carne con su ardor violento llevase en pos de sí la razon; ni pecó por haberse cegado primero su entendimiento con algun grave error (que como dice san Pablo, en aquel artículo *no fué engañado* el varon) sino pecó, porque quiso lisamente pecar: esto es, porque abriendo de buena gana las puertas de su voluntad, recibió en ella al espíritu del demonio, y dándole á él asiento, la sacó á ella de la obediencia de Dios, y de su santa orden, y de la luz y favor de su gracia. Y hecho una por una

este daño, luego dél le nació en el cuerpo desórden, y en la razon ceguedad. Ansi que la fuente de la desventura y guerra comun es la voluntad dañada, y como emponzoñada con esta maldad primera. Y porque los que pusieron leyes para alumbrar nuestro error, mejoraban la razon solamente; y los que ordenaron la dieta corporal, vedando y concediendo manjares, temblaban solamente lo dañado del cuerpo; y la fuente del desconcierto del hombre y de aquestas desórdenes todas no tenia asiento, ni en la razon, ni en el cuerpo, sino, como habemos dicho, en la voluntad maltratada: como no atajaban la fuente, ni atinaban, ni podian atinar á poner medicina en aquesta podrida raíz, por eso careció su trabajo del fruto que pretendian. Solo aquel lo consiguió, que supo conocer esta origen, y conocida tuvo saber y virtud para poner en ella su medicina propia, que fué Jesu-Cristo nuestra verdadera salud. Porque lo que remedia este mal espíritu, y y aqueste perverso brio, con que se corrompió en su primero principio la voluntad, es un otro espíritu santo, y del cielo: y lo que sana esta enfermedad y malatía della, es el don de la gracia, que es salud y verdad. Y esta gracia, y aqueste espíritu, solo Cristo pudo merecerlo, y solo Cristo lo da. Por que como deciamos acerca del nombre pasado, y es bien que torne á decir para que se entienda mejor, porque es punto de grande importancia; no se puede falsear, ni contrastar lo que dice San Juan: *Moisen hizo la ley, mas la gracia es obra de Cristo*. Como si en mas palabras dijera: Esto que es hacer leyes, y dar luz con mandamientos al entendimiento del hombre, Moisen lo hizo, y muchos otros legisladores y sabios lo intentaron hacer, y en parte lo hicieron.

Y aunque Cristo tambien en esta parte sobró á todos ellos con mas ciertas y mas puras leyes que hizo; pero lo que puede enteramente sanar al hombre, y lo que es sola y propia obra de Cristo, no es eso; que muy bien se compadescen entendimiento claro, y voluntad perversa, razon desengañada, y mal inclinada voluntad; mas es sola la gracia y espíritu bueno, en el cual ni Moisen, ni ningun otro sabio, ni criatura del mundo tuvo poder para darlo, sino es solo Cristo Jesus. Lo cual es en tanta manera verdad, no solo que Cristo es el que nos da esta medicina eficaz de la gracia, sino que sola ella es la que nos puede sanar enteramente, y que los demás medios de luz y ejercicios de vida jamás nos sanaron, que muchas veces aconteció, que la luz que alumbraba el entendimiento, y los leyes que le eran como antorchas para descubrirle en camino justo, no solo no remediaron el mal de los

hombres, mas antes, por la disposicion dellos mala, les acarrearon daño y enfermedad notablemente mayor. Y lo que era bueno en sí, por la calidad del sujeto enfermo y mal sano, se les convertia en ponzoña que los dañaba mas, como lo escribe expresamente san Pablo en una parte diciendo, que la ley le quitó la vida del todo; y en otra, que por ocasion de la ley se acrecentó y salió el pecado como de madre; y en otra, dando la razon desto mismo, porque, dice, el pecado que se comete habiendo ley es pecado en manera superlativa: esto es, porque se peca, cuando así se peca, mas gravemente, y viene así á llegar á sus mayores quilates la malicia del mal.

Porque á la verdad, como muestra bien Platon en el segundo Alcibiades, á los que tienen dañada la voluntad, ó no bien aficionada acerca del fin último, y acerca de aquello que es lo mejor, la ignorancia les es útil las mas de las veces, y el saber peligroso y dañoso: porque no les sirve de freno para que no se arrojen al mal, porque sobrepuja sobre todo el desenfrenamiento, y como si dijésemos, el desbocamiento de su voluntad estragada; sino antes les es ocasion unas veces para que pequen mas sin desculpa, y otras para que de hecho pequen los que sin aquella luz no pecaran. Porque por su grande maldad, que la tienen ya como embebida en las venas, usan de la luz, no para encaminar sus pasos bien, sino para hallar medios é ingenios para traer á ejecucion sus perversos deseos mas fácilmente: y aprovéchanse de la luz y del ingenio, no para lo que ello es, para guia del bien, sino para adalid, ó para ingeniero del mal: y por ser mas agudos y mas sabios, vienen á corromperse mas, y hacerse peores. De lo cual todo resulta, que sin la gracia no hay paz ni salud, y que la gracia es obra nascida del merescimiento de Cristo. Mas porque esto es claro y certisimo, veamos agora, que cosa es gracia, ó que fuerza es la suya, y en que manera, sanando la voluntad, cria paz en todo el hombre interior y exterior.

Y diciendo esto Marcelo, puso los ojos en el agua, que iba sosegada y pura, y relucian en ello como en espejo todas las estrellas y hermosura del cielo, y parecia como otro cielo sembrado de hermosos luceros: y alargando la mano hácia ella, y como mostrándola, dijo luego así: Aquesto mismo que agora aquí vemos en esta agua, que parece como un otro cielo estrellado, en parte nos sirve de ejemplo para conocer la condicion de la gracia. Porque así como la imágen del cielo, rescebida en el agua, que es cuerpo dispuesto para ser como espejo, al parecer de nuestra vista la hace seme-

jante á sí mismo : así, como sabeis, la gracia venida al alma, y asentada en ella, no al parecer de los ojos, sino en el hecho de la verdad, la asemeja á Dios, y la da sus condiciones dél, y la trasforma en el cielo, quanto le es posible á una criatura, que no pierde su propia substancia, ser transformada. Porque es una cualidad, aunque criada, no de la cualidad ni del metal ne ninguna de las criaturas que vemos, ni tal, cuales son todas las que la fuerza de la naturaleza produce: que ni es aire, ni fuego, ni nascida de ningun elemento, y la materia del cielo y los cielos mismos le reconocen ventaja en orden de nascimiento, y en grado mas subido de origen. Porque todo aquello es natural, y nascido por ley natural; mas está es sobre todo lo que la naturaleza puede y produce. En aquella manera nascen las cosas con lo que les es natural y proprio, y como debido á su estado y á su condicion: mas lo que la gracia da, por ninguna manera puede ser natural á ninguna substancia criada. Porque como digo, traspasa sobre todas ellas, y es como un retrato de lo mas proprio de Dios, y cosa que le retrae y remeda mucho: lo cual no puede ser natural sino á Dios. De arte que la gracia es una como deidad, y una como figura viva del mismo Cristo, que puesta en el alma se lanza en ella y la deifica, y si va á decir verdad, es el alma del alma.

Porque así como mi alma abrazada á mi cuerpo, y extendiéndose por todo él, siendo caedizo y de tierra, y de suyo cosa pesadísima y torpe, le levanta en pié, y le menea, y le da aliento y espíritu, y así le enciende en calor, que le hace como una llama de fuego, y le da las condiciones del fuego de manera que la tierra anda, y lo pesado discurre ligero, y lo torpísimo y muerto vive, y siente, y conoce: así en el alma, que por ser criatura tiene condiciones viles y bajas, y que por ser el cuerpo adonde vive de linaje dañado, está ella aun mas dañada y perdida, entrando la gracia en ella, y ganando la llave della, que es la voluntad, y lanzándosele en su seno secreto, y como si dijésemos, penetrándola toda, y de allí extendiendo su vigor y virtud por todas las demás fuerzas del ánimo; la levanta de la afición de la tierra, y convirtiéndola al cielo, y á los espíritus que se gozan en él, le da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento, y valor, y alteza generosa de lo celestial y divino, y en una palabra la asemeja mucho á Dios, en aquellas cosas que le son á él mas propias y mas suyas, y de criatura que es suya la hace hija suya muy su semejante, y finalmente la hace un otro Dios así adoptado por Dios, que parece nascido y engendrado de

Dios. Y porque, como dijimos, entrando la gracia en el alma, y asentándose en ella, adonde primero prende es la voluntad; y porque en Dios la voluntad es la misma ley de todo lo justo, y eso es bien lo que Dios quiere, y solamente quiere aquello que es bueno: por eso lo primero que en la voluntad la gracia hace, es hacer della una ley eficaz para el bien, no diciéndole lo que es bueno, sino inclinándola, y como enamorándola dello. Porque, como ya habemos dicho, se debe entender, que esto llamamos ó *ley* ó *dar ley*, puede acontecer en dos diferentes maneras. Una es la ordinaria y usada que vemos, que consiste en decir y señalar á los hombres, lo que les conviene hacer ó no hacer, escribiendo con pública autoridad mandamientos y ordenaciones dello, y pregonándolas públicamente. Otra es que consiste, no tanto en aviso, como en inclinacion: que se hace, no diciendo, ni mandando lo bueno, sino imprimiendo deseo y gusto dello. Porque el tener una inclinacion y prontitud para alguna otra cosa que le conviene es ley suya de aquel que está en aquella manera inclinado, y así la llama la filosofía: porque es lo que le gobierna la vida, y lo que le induce á lo que le es conveniente, y lo que le endereza por el camino de su provecho, que todas son obras propias de ley. Así es ley de la tierra, la inclinacion que tiene á hacer asiento en el centro; y del fuego el apetecer lo subido y lo alto; y de todas las criaturas sus leyes son aquello mismo á que las lleva su naturaleza propia.

La primera ley aunque es buena, pero como arriba está dicho, es poco eficaz cuando lo que se avisa es ageno de lo que apesce el que rescibe el aviso: como lo es en nosotros por razon de nuestra maldad. Mas la segunda ley es en grande manera eficaz, y esta pone Cristo con la gracia en nuestra alma. Porque por medio della escribe en la voluntad de cada uno con amor y aficion aquello mismo que las leyes primeras escriben en los papeles con tinta; y de los libros de pergamino, y de las tablas de piedra, ó de bronce, las leyes que estaban esculpidas en ellas con cincel ó buril, las traspasa la gracia, y las esculpe en la voluntad. Y la ley que por defuera sonaba en los oidos del hombre, y le affigia el alma con miedo, la gracia se la encierra dentro del seno, y se la derrama, como si dijésemos, tan dulcemente por las fuerzas y apetitos del alma, que se la convierten en su único deleite y deseo: y finalmente hace que la voluntad del hombre torcida y enemiga de ley ella misma quede hecha una justísima ley y como en Dios, así en ella su querer sea lo justo, y lo justo sea todo su deseo y querer, cada uno segun su manera, como

maravillosamente lo profetizó Hieremías en el lugar que está dicho. Queda pues concluido, que la gracia, como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma, y prendiendo luego su fuerza en la voluntad della, la hace por participacion, como de suyo es la de Dios, ley é inclinacion y deseo de todo aquello que es justo, y que es bueno. Pues hecho esto, luego por orden secreta y maravillosa se comienza á pacificar el reino del alma, y á concertar lo que en ella estaba encontrado, y á ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosegado que la turbaba: y descúbrase entonces la paz, y muestra la luz de su rostro, y sube, y cresce, y finalmente queda reina y señora. Porque lo primero, en estando aficionada por virtud de la gracia en la manera que habemos dicho la voluntad, luego calla, y desaparece el temor horrible de la ira de Dios, que le movia cruda guerra, y que poniéndosele cada momento delante la traia sobresaltada y atónita.

Así lo dice san Pablo (1): *Justificados con la gracia, luego tenemos paz con Dios.* Porque no le miramos ya como á juez airado, sino como á padre amoroso: ni le concebimos ya como á enemigo nuestro poderoso y sangriento, sino como á amigo dulce y blando. Y como por medio de la gracia nuestra voluntad se conforma y se asemeja con él, amamos á lo que se nos parece, y confiamos por el mismo caso que nos ama él, como á sus semejantes. Lo segundo, la voluntad y la razon, que estaban hasta aquel punto perdidamente discordes, hacen luego paz entre sí. Porque de allí adelante lo que juzga la una parte, eso mismo desea la otra: y lo que la voluntad ama, eso mismo es lo que aprueba el entendimiento. Y así cesa aquella amarga y continúa lucha, y aquel alboroto fiero, y aquel continuo reñir, con que se despedazan las entrañas del hombre, que tan vivamente san Pablo con sus divinas palabras pintó cuando dice (2): *No hago el bien que juzgo, sino el mal que aborrezco y condeno... Juzgo bien de la ley de Dios, segun el hombre interior; pero veo otra ley en mi mismo apetito, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva captivo en seguimiento de la ley de pecado, que en mis inclinaciones tiene asiento. ¡Desventurado yo! ¿y quién me podrá librar de la maldad mortal deste cuerpo?*

Y no solamente convienen en uno de allí adelante la razon y la voluntad, mas con su bien guiado deseo della, y con el fuego ardiente de amor con que apetece la bueno, enciende

(1) Ad Rom. cap. V. v. 1.

(2) Ad Rom. cap. VII. vs. 19. 22. 24.

en cierta manera luz con que la razon viene mas enteramente en el conocimiento del bien : y de muy conformes, y de muy amistados los dos, vienen á ser entre sí semejantes, y casi á trocar entre sí sus condiciones y oficios : y el entendimiento levanta luz que aficione, y la voluntad enciende amor que guie y alumbre ; y casi enseña la voluntad, y el entendimiento apetece. Lo tercero, el sentido y las fuerzas del alma mas viles, que nos mueven con ira y deseos, con los demás apetitos y virtudes del cuerpo reconocen luego el nuevo huésped que ha venido á su casa, y la salud y nuevo valor que para contra ellos le ha venido á la voluntad ; y reconociendo que hay justicia en su reino, y quien levante vara en él, poderosa para escarmentar con castigo á lo revoltoso y rebelde, recógense poco á poco, y como atemorizados se retiran, y no se atraven ya á poner unas veces fuego, y otras veces hielo, y continamente alboroto y desórden, bulliciosos y desasosegados como antes solian ; y si se atreven, con una sofrenada la voluntad santa los pacifica y sosiega. Y cresce ella cada dia mas en vigor, y creciendo siempre, y entrañándose de continuo en ella mas los buenos y justos deseos, y haciéndolos como naturales á sí, pega su aficion y talante á las otras fuerzas menores, y apartándolas insensiblemente de sus malos siniestros, y como desnudándolas dellas, las hace á su condicion é inclinacion della misma: y de la ley santa de amor en que está transformada por gracia, deriva tambien, y comunica á los sentidos su parte. Y como la gracia apoderándose del alma, hace como un otro Dios á la voluntad ; ansi ella deificada, y hecha del sentido como reina y señora, cuasi le convierte de sentido en razon. Y como acontece en la naturaleza, y en las mudanzas de la noche y del dia, que como dice David en el psalmo (ciii) en viniendo la noche salen de sus moradas las fieras, y esforzadas y guiadas por las tinieblas, discurren por los campos, y dan estrago á su voluntad en ellos ; mas luego que amanesce el dia, y que apunta la luz, esas mismas se recogen y encuevan: así el desenfrenamiento fiero del cuerpo, y la rebeldía alborotadora de sus movimientos, que cuando estaba en la noche de su miseria la voluntad nuestra caida, discurrían con libertad, y lo metían todo á sangre y á fuego ; en comenzando á lucir el rayo del buen amor, y en mostrándose el dia del bien, vuelve luego el pié atrás, y se esconde en su cueva, y deja que lo que es hombre en nosotros salga á luz, y haga su oficio sosegada y pacíficamente, y de sol á sol.

Porque á la verdad ¿qué es lo que hay en el cuerpo que sea

poderoso para desasosegar á quien es regido por una voluntad y razon semejante? ¿Por ventura el deseo de los bienes desta vida le solicitará, ó el temor de los males della le romperá su reposo? ¿Alterarse ha con ambicion de honras, ó con amor de riquezas? ¿ó con la aficion de los ponzoñosos deleites desalentado saldrá de sí mismo? ¿Cómo le turbará la pobreza al que desta vida no quiere mas de una estrecha pasada? ¿Cómo le inquietara con su hambre el grado alto de dignidades y honras, al que huella sobre todo lo que se precia en el suelo? ¿Cómo la adversidad, la contradicion, las mudanzas diferentes, y los golpes de la fortuna le podrán hacer mella al que á todos sus bienes los tiene seguros y en sí? Ni el bien le azozobra, ni el mal le amedrenta, ni el alegría lo engrie, ni el temor le encoge, ni las promesas le llevan, ni las amenazas le desquician, ni es tal, que ó lo próspero ó lo adverso le mude. Si se pierde la hacienda, alégrase como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene á Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el odio ó si la envidia arma los corazones agenos contra él, como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme. En las mudanzas está quedo, y entre los espantos seguro: y cuando todo á la redonda dél se arruine, él permanece mas firme, y como dijo aquel grande elocuente, luce en las tinieblas, y empelido de su lugar no se mueve. Y lo postrero con que aqueste bien se perficiona últimamente, es otro bien que nasce de aquesta paz interior, y nasciendo della, acresciento á esa misma paz de donde nasce y procede. Y este bien es el favor de Dios que la voluntad así concertada tiene, y la confianza que se le despierta en el alma con aqueste favor.

Porque ¿quién pondrá alboroto ó espanto en la conciencia que tiene á Dios de su parte? ¿Ó cómo no tendrá á Dios de su parte el que es una voluntad con él, y un mismo querer? Bien dijo Sófoeles: *Si Dios manda en mí, no estoy sujeto á cosa mortal*. Y cierto es, que no me puede dañar aquello á quien no estoy sujeto. Así que de la paz del alma justa nasce la seguridad del amparo de Dios, y desta seguridad se confirma mas, y se fortifica la paz. Y así David juntó, á lo que parece, aquestas dos cosas, paz y confianza cuando dijo en el psalmo (vii): *En paz, y en uno dormiré y reposaré*. Adonde como veis con la paz puso el sueño, que es obra, no de ánimo solícito, sino de pecho seguro y confiado. Sobre las cuales palabras, si bien me acuerdo, dice así san Crisóstomo: *Esta es otra especie de merced que hace Dios á los suyos, que les da paz. De paz, dice, gozan los que aman tu ley, y ninguna cosa*

les es estropiezo. Porque ninguna cosa hace ansi paz, como es el conocimiento de Dios, y el poseer la virtud, lo cual destierra del ánima sus perturbaciones, que son su guerra secreta, y no permite que el hombre traiga bandos consigo. Que á la verdad el que desta paz no gozare, dado que en las cosas de fuera tenga gran paz, y no sea acometido de ningun enemigo, será sin duda miserable y desventurado sobre todos los hombres. Porque ni los Scitas bárbaros, ni los de Tracia, ni los Sármatas, ó los Indios, ó Moros, ni otra gente ó nacion alguna, por mas fiera que sea, pueden hacer guerra tan cruda, como es la que hace un malvado pensamiento cuando se lanza en lo secreto del ánimo, ó una desordenada codicia, ó el amor del dinero sediento, ó el deseo entrañable de mayor dignidad, ó otra aficion cualquiera acerca de aquellas cosas que tocan á esta vida presente. Y la razon pide que sea ansi, porque aquella guerra es guerra de fuera, mas aquesta es guerra de dentro de casa. Y vemos en todas las cosas, que el mal que nasce de dentro, es mucha mas grave que no aquello que acomete de fuera.

Porque al madero la carcoma que nasce de dentro dél lo consume mas; y á la salud y fuerzas del cuerpo las enfermedades que proceden de lo secreto dél, le son mas dañosas que no los males que le advienen de fuera. Y á las ciudades y repúblicas no las destruyen tanto los enemigos de fuera, quanto las asuelan los domésticos, y los que son de una misma comunidad y linaje. Y por la misma manera á nuestra alma lo que la conduce á la muerte, no son tanto los artificios é ingenios con que es acometida de fuera, quanto las pasiones y enfermedades suyas, y que nascen en ella. Por donde si algun temeroso de Dios compusiere los movimientos turbados del ánimo, y si les quitare á los malvados deseos, que son como fieras, que no vivan y alienten; y si no les permitiendole que hagan cueva en su alma, apaciguare bien esta guerra: ese tal gozará de paz pura y sosegada. Esta paz nos dió Cristo viniendo al mundo. Esta misma desea san Pablo cuando dice en todas sus cartas: Gracia en vosotros, y paz de Dios padre nuestro. El que es señor desta paz, no solo no teme al enemigo bárbaro, mas ni al mismo demonio; antes hace burla dél, y de todo su ejército: vive sosegado, y seguro, y alentado mas que otro hombre ninguno, como aquel á quien ni la pobreza le aprieta, ni la enfermedad le es grave, ni le turba caso ninguno adverso de los que sin pensar acontecen. Porque su alma como sana y valiente se vadea fácil y generosamente por todo. Y para que veais á los ojos, que es aquesto verdad, pongamos que es uno envidioso, y



*que en lo demás no tiene enemigo ninguno: ¿qué le aprovechará no tenerlo? él mismo se hace guerra á sí mismo, él mismo afila contra sí sus pensamientos mas penetrables que espada. Oféndese de cuanto bien vee, y llágase á sí con cuantas buenas dichas suceden á otros: á todos los mira como á enemigos, y para con ninguno tiene su ánimo desenconado y amable. ¿Qué provecho pues le trae al que es como este el tener paz por de fuera; pues la guerra grande que trae dentro de sí le hace andar discurrendo furioso y lleno de rabia, y tan acosado della, que apetesce ser antes traspasado con mil saetas, ó padecer antes mil muertes, que ver á alguno de sus iguales, ó bien reputado, ó en otra alguna manera próspero? Demos otro que ame el dinero; cierto es que levantará en su corazon por momentos discordias innumerables, y que acosado de su turbada afición, ni aun respirar no podrá. No es así, no, el que está libre de semejantes pasiones, antes como quien está en puerto seguro de espacio y con reposo hinche su pecho de deleites sabios, ageno de todas las molestias sobredichas.*

Esto dice pues san Crisóstemo. Y en lo postrero que dice, descubre otro bien, y otro fruto que de la paz se recoge, y que en este nuestro discurso será lo postrero, que es el gozo santo que halla en todo el que está pacífico en sí. Porque el que tiene consigo guerra, no es posible que en ninguna cosa halle contento puro y sencillo. Porque así como el gusto mal dispuesto por la demasia de algun humor malo que le desordena, en ninguna cosa halla el sabor que ella tiene; así el que trae guerra entre sí, no le es posible gozar de lo puro y de la verdad del buen gusto. En el ánimo con paz sosegado, como en agua reposada y pura, cada cosa sin engaño ni confusion se muestra cual es, y así de cada una coge el pozo verdadero que tiene, y goza de sí mismo, que es lo mejor. Porque así como de la salud y buena afición de la voluntad que Cristo por medio de su gracia pone en el hombre, como decíamos, se pacifica luego el alma con Dios, y cesa la rencilla que antes desto habia entre el entender y querer, y tambien el sentido se rinde, y lo bullicioso dél ó se acaba, ó se esconde, y de toda esta paz nasce el andar el hombre libre y bien animado y seguro; así de todo aqueste amontonamiento de bien nasce aqueste gran bien, que es gozar el hombre de sí, y poder vivir consigo mismo, y no tener miedo de entrar en su casa, como debajo de hermosas figuras conforme á su costumbre lo profetiza Miqueas, diciendo lo que en la venida de Cristo al mundo, y en la venida del mismo en el alma de cada uno, habia de acontecer á los suyos. *No le-*

*vantará, dice, espada una nacion contra otra, y olvidarán de alli adelante las artes de guerra, y cada uno asentado debajo de su vid, y debajo de su higuera gozará della y no habrá quien de alli con espanto le aparte.* Adonde juntamente con la paz hecha por Cristo, pone el descanso seguro con que gozará de sí y de sus bienes el que en esta manera tuviere paz.

Mas David en el psalmo, vuelto á la Iglesia, y á cada uno de los justos que son parte della, con palabras breves, pero llenas de significacion y de gozo, comprehende todo quanto habemos dicho muy bien. Dice: *Alaba Hierusalem al Señor: esto es, todos los que sois Hierusalem poseedores de paz, alabad al Señor.* Y aunque les dice que alaben, y aunque parece que así se lo manda, este mandar propriamente es profetizar lo que desta paz acontece y nasce: porque, como dijimos, al punto que toma posesion de la voluntad, luego el alma hace paces con Dios, de donde se sigue luego el amor y el loor.

Mas añade David: *Porque fortaleció las cerraduras de tus puertas, y bendijo á tus hijos en tí.* Dice la otra paz que se signe á la primera paz de la voluntad, que es la conformidad y el estar á una entre sí todas las fuerzas y potencias del alma, que son como hijos della, y como las puertas por donde le viene ó el mal, ó el bien. Y dice maravillosamente que está fortalecido y cerrado dentro de sus puertas el que tiene esta paz. Porque como tiene rendido el deseo y la razon, y por el mismo caso como no apesce desenfrenadamente ninguno de los bienes de fuera; no puede venirle de fuera, ni entrarle en su casa sin su voluntad cosa ninguna que le dañe ó enoje: sino cerrado dentro de sí, y bastescido y contento con el bien de Dios que tiene en sí mismo, y como dice el Poeta (1) del sabio, *liso y redondo*, no halla en él asidero ninguno la fuerza enemiga. Porque ¿cómo dañará el mundo al que no tiene ningunas prendas en él? Y en lo que luego David añade se vee mas claramente esto mismo. Porque dice así: *Y puso paz en tus términos.* Porque de tener en paz el alma á todo aquello que vive dentro de sus murallas y de su casa, de necesidad se sigue, que tendrá tambien pacifica su comarca; que es decir, que no tiene cosa en que los que andan fuera della, y al derredor della, dañarla puedan. Tiene paz en su comarca, porque en ninguna cosa tiene competencia con su vecino, ni se pone á la parte en las cosas que precia el mundo y desea: y así nadie le mueve guerra, ni en caso que se la quisiesen mover, tienen en que hacerla. Porque su comarca aun por esta razon es pa-

(1) Ausonio, Edyll XVI. v. 5,

cífica, porque es campiña rasa y estéril, que no hay viñedos en ella, ni sembrados fértiles, ni minas ricas, ni arboledas, ni jardines, ni caserías deleitosas é ilustres: ni tiene el alma justa cosa que precie, que no la tenga encerrada dentro de sí, y por eso goza seguramente de sí: que es el fruto último, como decíamos, y el que significa luego este psalmo en las palabras que añade: *Y te mantiene con hartura con lo apurado del trigo*. Porque á la verdad los que sin esta paz viven, por mas bien afortunados que vivan, no comen lo apurado del pan. Salvados son sus manjares, el desecho del bien es aquello por quien andan golosos: su gusto y su mantenimiento es lo grosero, y lo moreno, y lo feo, y sin duda las escorias de lo que es substancia y verdad.

Y aun eso mismo, tal cual es, y en la manera que es, no se les da con hartura. Mi pacífico solo es el que come con abundancia, y el que come lo apurado del bien. Para él nasce el día bueno, y el sol claro, él es el que solamente le vee: en la vida, en la muerte, en lo adverso, en lo próspero, en todo halla su gusto: y el manjar de los Angeles es su perpetuo manjar, y goza dél alegre, y sin miedo que nadie le robe: y sin enemigo que le pueda ser enemigo, vive en dulcísima abundosísima paz, divino bien, y excelente merced hecha á los hombres solamente por Cristo. Por lo cual tornando á lo primero del psalmo, le debemos celebrar con continos y soberanos loores, porque él salió á nuestra causa perdida, y tomó sobre sí nuestra guerra, y puso nuestro desconcierto en su órden, y nos amistó con el cielo, y encarceló á nuestro enemigo el demonio, y nos libertó de la codicia y del miedo, y nos aquietó y pacificó cuanto hay de enemigo y de adverso en la tierra; y el gozo y el reposo, y el deleite de su divina y riquísima paz él nos le dió, el cual es la fuente y el manantial de donde nasce, y su autor único, por donde con justísima razon es llamado su PRINCIPE. Y habiendo dicho aquesto Marcelo calló. Y Juliano incotinente viéndole callar dijo: Es sin duda, Marcelo, PRINCIPE DE PAZ Jesu Cristo, por la razon que decís, mas no mudando eso que es firme, sino añadiendo sobre ello, paréceme á mi que lo podemos tambien llamar así, porque con solo él se puede tener aquesto que es paz. Aquí Sabino, vuelto á Juliano, y como maravillado de lo que decia: No entiendo bien, dice, Juliano, lo que decís, y traslúceseme que decís gran verdad. Y así si no recibís pesadumbre, me holgaria que os declarásedes mas. Ninguna respondió Juliano. Mas decidme, pues así os place,

Sabino, ¿entendeis que todos los que nascen y viven en esta vida, son dichosos en ella y de buena suerte, ó que unos lo son y otros no? Cierto es dijo Sabino, que no lo son todos. ¿Y sonlo algunos? añadió Juliano. Respondió Sabino: Si son.

Y luego Juliano dijo: Decidme pues, ¿el serlo así, es cosa que se nasce, ó caso de suerte, ó viéneles por su obra é industria? No es nascimiento ni suerte, dijo Sabino, sino cosa que tiene principio en la voluntad de cada uno, y en su buena eleccion. Verdad es, dijo Juliano, y habeis dicho tambien que hay algunos que no vienen á ser dichosos, ni de buena suerte. Si he dicho, respondió. Pues decidme, dijo Juliano, ¿esos que no lo son, no lo quieren ser, ó no lo procuran ser? Antes, dijo Sabino, lo procuran, y lo apatescen con ardor grandísimo. Pues, replicó Juliano, ¿escóndeseles por ventura la buena dicha, ó no es una misma? Una misma es, dijo Sabino, y á nadie se esconde; antes, cuanto es de su parte, ella se les ofrece á todos, y se les entra en su casa: mas no la conocen todos, y así algunos no la resciben. Por manera que decís, Sabino, dijo Juliano, que los que no vienen á ser dichosos, no conocen la buena dicha, y por esa causa la desechan de sí. Así es, respondió Sabino. Pues decidme, dijo Juliano, ¿puede ser apatescido aquello de quien el que lo ha de amar no tiene noticia? Cierto es, dijo Sabino, que no puede. Y decís que los que no alcanzan la buena dicha, no la conocen, dijo Juliano. Respondió Sabino, que era así Y tambien habeis dicho, añadió Juliano, que esos mismos que no lo son, apatescen y aman el ser bienaventurados. Concedió Sabino que lo habia dicho. Luego, dijo Juliano, apatescen lo que no saben ni conocen. Y así se concluye una de dos cosas, ó que lo no conocido puede ser amado, ó que los de mala suerte no aman la buena suerte: que cada una dellas contradice á lo que, Sabino, habeis dicho. Ved agora si que-  
reis mudar alguna dellas.

Reparó entonces Sabino un poco, y dijo luego: Parece que de fuerza se habrá de mudar. Mas Juliano, tornando á tomar la mano dijo así: Id conmigo, Sabino, que podria ser que por esta manera llegásemos á tocar la verdad. Decidme, la buena dicha es ella alguna cosa que vive, ó que tiene ser en en sí misma, ó ¿qué menera de cosa es? No entiendo bien, Juliano respondió Sabino, lo que me preguntais. Agora, dijo Juliano, lo entenderéis. El avariento, decidme, ¿ama algo? Sí ama dijo Sabino. ¿Qué? dijo Juliano, El oro sin duda, dijo Sabino, y las riqueza ¿Y el que las gasta añadió Juliano,

en fiestas y en banquetes, en aquello que hace, busca y apescesce algun bien? No hay duda deso, dijo Sabino. ¿Y qué bien apescesce? preguntó Juliano. Apescesce respondió Sabino, á mi parecer, su gusto proprio y su contento. Bien decís, Sabino, dijo Juliano luego. Mas decidme, ¿el contento que nasce del gastar las riquezas, y esas mismas riquezas tienen una misma manera de ser? ¿No os parece que el oro y plata es una cosa que tiene substancia y tomo, que la veís con los ojos, y la tocaís con las manos? Mas el contento no es así, sino como un accidente que sentís en vos mismo, ó que os imagináis que sentís. Y no es cosa que ó la sacáis de las minas, ó que el campo, ó de suyo, ó en vuestra labor lo produce, y producida la cogéis dél, y la encerráis en el arca, sino cosa que resulta en vos de la posesion de alguna de las cosas que son de tomo, que ó poseéis ó os imagináis poseer. Verdad es dijo Sabino, lo que decís. Pues agora dijo, Juliano, entenderéis mi pregunta, que es: Si la buena dicha tiene ser como las riquezas y el oro, ó como las cosas que llamamos gusto y contento. ¿Cómo el gusto y contento? dijo Sabino luego Y aun me parece á mí, que la buena dicha no es otra cosa sino un perfecto y entero contento seguro de lo que se teme, y rico de lo que se ama y apescesce. Bien habeis dicho, dijo Juliano; mas si es como el contento, ó es el contento mismo, y habemos dicho, que el contento es una cosa que resulta en nosotros de algun bien de sustancia, que ó tenemos, ó nos imaginamos tener: necesaria cosa será, que de la buena dicha haya alguna cosa de tomo que sea como su fuente y raiz de manera que le dé ser dichoso al que la poseyere, cualquiera que él sea. Eso, dijo Sabino, no se puede negar. Pues decidme, ¿hay una fuente sola, ó hay muchas fuentes? Parece, dijo Sabino, que hay una sola.

Con razon os parece así, dijo Juliano entonces, porque el entero contento del hombre en una sola manera puede ser: y por la misma razon no tiene sino una sola causa. Mas esta causa que llamamos fuente, y que como decís es una ¿ámanla y búscanla todos? No la aman, dijo Sabino. ¿Por qué? respondió Juliano. Y Sabino dijo: Porque no la conocen. Y ninguno, dijo Juliano, deja de amar, como antes decíamos, lo que es buena dicha. Así es, respondió. Y no se ama, replicó, lo que no se conoce. Luego habeis de decir, Sabino, que los que aman el ser dichosos, y no lo alcanzan, conocen lo general del descanso y del contento, mas no conocen la particular y verdadera fuente de donde nasce, ni aquello uno en que consiste, y que lo produce. Y habeis de decir, que lleva-

dos por una parte del deseo, y por otra parte no sabiendo el camino, ni pueden parar, ni les es posible atinar, al revés de los que hallan la buena suerte. Mas decidme, Sabino, los que buscan ser dichosos, y nunca vienen á serlo, ¿no aman ellos algo tambien, y lo procuran haber como á fuente de su buena dicha, la que ellos pretenden? Aman, dijo Sabino, sin duda. Y ese su amor, dijo Juliano ¿hácelos dichosos? Ya está dicho que no los hace, respondió Sabino, porque la cosa á quien se allegan, y á quien le piden su contento y su bien, no es la fuente dél, ni aquello de donde nasce. Pues si ese amor no les da buena dicha, dijo Juliano, ¿hace en ellos otra cosa alguna, ó no hace nada? ¿No bastará, dijo Sabino, que no les dé buena dicha? Por mí, dijo Juliano, baste en buena hora, que no deseo su daño: mas no os pido aquello con que yo por ventura quedaria contento, si fuese el repartidor; sino lo que la razon dice, que es juez que no se dobla.

Parésceme, dijo Sabino, que como el hijo de Priamo, que puso su amor en Helena, y la robó á su marido, persuadiéndose que llevaba con ella todo su descanso y su bien, no solo no halló allí el descanso que se prometia, mas sacó della la ruina de su patria, y la muerte suya, con todo lo demas que Homero canta de calamidad y miseria: así por la misma manera los no dichosos por fuerza viene á ser desdichados y miserables. Porque aman como á fuente de su descanso lo que no lo es: y amándolo así, pidenselo, y búscanlo en ello; y trabájanse miserablemente por hallarlo, y al fin no lo hallan. Y así los atormenta juntamente, y como en un tiempo el deseo de haberlo, y el trabajo de buscarlo, y la congoja de no poderlo hallar. De donde resulta, que no solo no consiguen la buena dicha que buscan, mas en vez della caen en infelicidad y miseria. Recojamos, dijo Juliano entonces, todo lo que habemos dicho hasta agora, y así podrémos despues mejor ir en seguimiento de la verdad. Pues tenemos de todo lo sobredicho: lo uno, que todos aman y pretenden ser dichosos: lo otro, que no lo son todos: lo tercero, que la causa desta diferencia está en el amor de aquellas cosas que llamamos fuentes ó causas, entre las cuales la verdadera es sola una, y las demás son falsas y engañosas. Y lo último tenemos que como el amor de la verdadera hace buena suerte, así hace no solo falta della, sino miseria extremada el amor de las falsas. Todo eso está dicho: mas de todo eso, dijo Sabino, ¿qué quereis, Juliano, inferir? Dos cosas inferio, dijo Juliano luego: la una, que todos aman, los buenos y los malos, los felices y los infelices, y que no se puede vivir sin amar,

La otra, que como el amor en los unos es causa de su buena andanza, así en los otros es la fuente de su miseria: y siendo en todos amor hace en los unos y en los otros efectos muy diferentes, ó por decir verdad, claramente contrarios.

Así se infiere, dijo Sabino. Mas decidme, añadió Juliano, ¿atreveros heis, Sabino, á buscar conmigo la causa de aquesta desigualdad y contrariedad, que en sí encierra el amor? ¿Qué causa decís, Juliano? respondió Sabino. El porqué, dijo Juliano, el amor que nos es tan necesario y tan natural á todos es en unos causa de miseria, y en otros de felicidad y buena suerte. Claro está esto, dijo Sabino luego; porque aunque en todos se llama amor, no es en todos uno mismo: mas en unos es amor de lo bueno, y así les viene el bien dél, y en otros de lo malo, y así les fructifica miseria. ¿Puede, replicó Juliano, amar nadie lo malo? No puede, dijo Sabino, como no puede desamar á sí mismo. Mas el amor malo que digo, llámole así, no porque lo que ama es en sí malo, sino porque no es aquel bien, que es la fuente y el minero del sumo bien. Eso mismo, dijo Juliano, es lo que hace mi duda, y mi pregunta mas fuerte. Mas fuerte, respondió Sabino, ¿y en qué manera? Desta manera, dijo Juliano: porque si los hombres pudieran amar la miseria, claro y descubierto estaba el porqué el amor hacia miserables á los que la amaban; mas amando todos siempre algun bien, aunque no sea aquel bien de donde nasce el sumo bien, ya que este su amor no los hace enteramente dichosos, á lo menos, pues es bien lo que aman, justo y razonable seria que el amor dél les hiciese algun bien. Y así no parece verdad lo que poco antes asentábamos por muy cierto, que el amor hace tambien á las veces miseria en los hombres.

Así parece, respondió Sabino. No os rindais, dijo Juliano, tan presto, sino id conmigo inquiriendo el ingenio y la condicion del amor; que si la hallamos, ella nos podrá descubrir la luz que buscamos. ¿Qué ingenio es ese, respondió Sabino, ó cómo se ha de inquirir? Muchas veces habréis oido decir, Sabino, respondió Juliano, que el amor consiste en una cierta unidad. Sí he, dijo Sabino, oido y leído que es union el amor, y que es unidad, y que es como un lazo estrecho entre los que juntamente se aman, y que por ser así, se transforma el que ama en lo que ama, por tal manera que se hace con él una misma cosa. ¿Y parésceos, dijo Juliano, que todo el amor es así? Sí parece, respondió Sabino. ¿Apolo, dijo Juliano, á vuestro parecer, amaba cuando en la fábula, como

canta el Poeta (1), sigue á Dafne, que le huye? O el otro de la comedia (2), cuando pregunta, ¿dónde buscará? ¿dónde descubrirá? ¿á quién preguntará? ¿cuál camino seguirá para hallar á quien habia perdido de vista? pregunto, ¿amaba tambien? Así, dijo, parece. Y ambos, replicó Juliano, estaban tan lejos de ser unos con lo que amaban, que el uno era aborrescido dello, y el otro no hallaba manera para alcanzarlo. Verdad es, dijo Sabino, cuanto al hecho; mas cuanto al deseo ya lo eran, porque esa unidad era lo que apetescian, si amaban.

Luego, digo Juliano, ya el amor no será él la unidad, sino un apetito y deseo della. Así, dijo, parece. Pues decidme, añadió Juliano, ¿aquestos mismos si consiguieran su intento, ó otros cualesquiera que aman, y que lo que aman, lo consiguen y alcanzan, y vienen á ser uno mismo con ello, dejan de amarle luego, ó ámanlo todavía tambien? Como puede uno no amar á sí mismo, así podrán, dijo Sabino, dejar de amar al que ya es una misma cosa con ellos. Bien decís, dijo Juliano: mas decidme, Sabino, ¿será posible que desée alguno aquello mismo que tiene? No es posible, dijo Sabino. Y habeis dicho, añadió Juliano, que ya aquestos tales han venido á tener unidad. Si han venido, dijo. Luego habeis de decir, replicó Juliano, que ya no la desean, ni apestecen. Así es, dijo, verdad. Y es verdad que se aman, añadió Juliano: luego no lo es decir que el mar es desear la unidad. Estuvo entonces sobre sí Sabino un poco, y dijo luego: No sé, Juliano, que fin han de tener hoy estas redes vuestras, ni que es lo que con ellas deseais prender. Mas pues así me estrechais, dígoos, que hay dos amores, ó dos maneras de mar, una de deseo, y otra de gozo. Y dígoos, que en el uno y en el otro amor hay su cierta unidad: el uno la desea, y cuanto es de su parte la hace; y el otro la posée, y la abraza, y se deleita y aviva con ella misma: el uno camina á este bien, y el otro descansa y se goza en él: el uno es como el principio, y el otro es como lo sumo y lo perfecto: y así el uno como el otro se rodea como sobre quicio, sobre la unidad sola, el uno haciéndola, y el otro como gozando della.

No han hecho mala presa estas que llamais mis redes, Sabino, dijo Juliano entonces, pues han cogido de vos esto que decís agora, que está muy bien dicho: y con ello estoy ya mas cerca del fin que pretendo, de lo que vos Sabino, pensais,

(1) Ovidio. *Metamorph*, lib. I. v. 452. seq.

(2) Terencio, *Eunuch*. act. II. scen. III. vers. 3.



Porque pues es así que todo amor, cada uno de su manera, ó es unidad, ó camina á ella, y la pretende; y pues es así, que es como el blanco y el fin del bien querer, el ser unos los que se quieren: cosa cierta será, que todo aquello que fuere contrario, ó en alguna forma dañoso á aquesta unidad, será desabrido enemigo para el amor; y que el que amare, por el mismo caso que ama, padecerá tormento gravísimo todas las veces que ó le aconteciere algo de lo que divide el amor, ó temiere que le puede acontecer. Porque como en el cuerpo siempre que se corta, ó que se divide lo uno dél, y lo que está ayuntado y contino, se descubre luego un dolor agudo: así todo lo que en el amor, que es unidad, se esfuerza á poner division, pone por el mismo caso en el alma que ama una miseria y una congoja viva, mayor de lo que declarar se puede. Esa es verdad en que no hay duda, dijo entonces Sabino. Pues si en esto no hay duda añadió Juliano, podréisme decir, Sabino, ¿cuántas y cuáles sean las cosas que tienen esta fuerza, ó que la pretenden tener, de cortar y dividir aquello con que el amor se añuda, y se hace uno? Tiene, dijo Sabino, esa fuerza todo aquello, que á cualquiera de los que aman, ó le deshace en el ser, ó le muda y le trueca en la voluntad, ó totalmente, ó en parte: como son, en lo primero la enfermedad, y la vejez, y la pobreza, y los desastres, y finalmente la muerte; y en lo segundo, la ausencia, el enojo, la diferencia de pareceres, la competencia en unas mismas cosas, el nuevo querer, y la liviandad nuestra natural. Porque en lo primero, la muerte deshace el ser, y así aparta aquello que deshace, de aquello que queda con vida: y la enfermedad, y vejez y pobreza y desastres, así como disponen para la muerte, así también son ministros y como instrumentos con que este apartamiento se obra. Y en lo segundo, cierto es que la ausencia hace olvido, y que el enojo divide, y que la diferencia de pareceres pone estorvo en la conversacion; y así apartando el trato, enagena poco á poco las voluntades, y las desata para que cada una se vaya por sí. Pues con el nuevo amor claro es que se corta el primero, y manifiesto es, que nuestro natural mudable es como una lima secreta, que de contino con deseo de hacer novedad va dividiendo lo que está bien ajuntado.

No se dará bien conforme á eso, Sabino, dijo Juliano entonces, el amor en cualquier suelo. Respondió Sabino, ¿cómo no se dará? Y Juliano dijo: Como dicen de algunos frutales, que plantados en Persia, su fruta es ponzoña, y nacidos en estas provincias nuestras, son de manjar sabroso y saluda-

ble; así digo que se concluye de lo que hasta agora está dicho, que el amor y la amistad todas las veces que se plantare en lo que estuviere sujeto á todos ó á algunos deseos accidentales que habeis contado, Sabino, como planta puesta en lugar, no solo ageno de su condicion, mas contrario y enemigo de la cualidad de su ingenio, producirá no fruta que recree, sino tóxico que mate. Y si como poco antes decíamos, para venir á ser dichosos y de buena suerte nos conviene que amemos algo que nos sea como fuente de aquesta buena ventura; y si la naturaleza ordenó que fuese el medio y el tercero de toda la buena dicha el amor: bien se conoce ya lo que arriba dudábamos, que el amor que se empleare en aquello que está sujeto á las mudanzas y daños que dicho habeis, no solo no dará á su dueño ni el sumo bien, ni aquella parte de bien, cualquiera que ella se sea, que posee en sí aquello á quien se endereza, mas le hará triste y miserable del todo. Porque el dolor que le traspasará las entrañas, cuando alguno de los casos y de los accidentes que dijistes, Sabino, pues no se escusan, le acontesciere, y el temor perpetuo de que cada hora le pueden acontescer, le convertirán el bien en continua miseria. Y no le valdrá tanto lo bueno que tiene aquello que ama, para acarrearle algun gusto, cuanto será poderoso lo quebradizo, y lo vil, y lo mudable de su condicion, para le afligir con perpetuo é infinito tormento. Mas si es tan perjudicial el amor cuando se emplea mal, y si se emplea mal en todo lo que está sujeto á mudanza, y si todo lo semejante le es suelo enemigo, adonde si prende, produce frutos de ponzoña y miseria; ya veis, Sabino, la razon porque dije al principio, que solo Cristo es aquel con quien se puede tener paz y amistad: porque él solo es el no mudable y el bueno, y aquel que cuanto de su parte es, jamás divide la unidad del amor que con él se pone: y así él es solo el sujeto proprio, y la tierra natural y feliz, adonde floresce bienaventuradamente, y adonde hace buen fruto esta planta. Porque ni en su condicion hay cosa que lo divida, ni se aparta dél por las mudanzas y desastres á que está sujeta la nuestra, como nosotros libremente no lo apartemos dejándole. Que ni llega á él la vejez, ni la enfermedad le enflaquesce, ni la muerte le acaba, ni puede la fortuna con sus desvarios poner cualidad en él que le haga menos amable. Que como dice el Psalmista, *Aunque tú, Señor, mismo desde el principio cimentaste la tierra, y aunque son obra de tus manos los cielos; ellos perescerán, y tú permanecerás; ellos se envejecerán como se envejece la ropa, y como se pliega la capa los plegarás, y serán plegados: mas tú*

*eres siempre uno mismo, y tus años nunca desmenganan. Y tu trono, Señor, por siglos y siglos, vara de derechezas la vara de tu gobierno.* Esto es, en el ser: que en su voluntad para con nosotros, si nosotros no le huimos primero, no puede caber desamor.

Porque si viniéremos á pobreza, y á menos estado, nos amará: y si el mundo nos aborresciere, él conservará su amor con nosotros: en las calamidades, en los trabajos, y en las afrentas, en los tiempos temerosos y tristes, cuando todos nos huyan, él con mayores regalos nos recogerá á sí. No temeremos que podrá venir á menos su amor por ausencia, pues está siempre lanzado en nuestra alma, y presente. Ni cuando, Sabino, se marchitare en vos esa flor de la edad, ni cuando corriendo los años, y haciendo su obra, os desfiguraren la belleza del rostro, ni en las canas, ni en la flaqueza, ni en el temblor de los miembros, ni en el frio de la vejez se resfriará su amor en ninguna cosa para con vos. Antes rico para hacer siempre bien, y de riquezas que no se agotan haciéndole, y deseosísimo continuamente de hacerlo, cuando se os acabare todo, se os dará todo él, y renovará vuestra edad como el águila, y vistiéndoos de inmortalidad y de bienes eternos como esposo verdadero vuestro, os ayuntará del todo consigo con lazo, que jamás faltará, estrecho y dulcísimo. Mas esto ya os toca á vos, Marcelo (dijo Juliano prosiguiendo, y volviéndose á él) porque es del nombre de esposo de que últimamente habeis de decir, y de que yo de propósito os he detenido, que no dijédeses, con aquesto que he dicho; no tanto por añadir cosa que importase á vuestras razones, cuanto para que reposádeses entre tanto vos, y así entrádeses con nuevo aliento en aquesto que os resta.

Vos, Juliano, dijo Marcelo entonces, siempre que habláredes, será con propósito y provecho mucho: y lo que habeis hablado agora ha sido tal, que haceis mal en no llevarlo adelante. Y pues ello mismo os habia metido en el nombre de esposo, fuera justo que lo prosiguiérades vos, á lo menos si quiera porque entre tanto malo como he dicho yo, tuviera tan buen remate esta plática. Que yo os confieso, que en este nombre no puede decir lo que hay en él, quien no lo ha sabido sentir; y de mí ya conocéis cuan lejos estoy de todo buen sentimiento. Ya conocemos, dijeron juntos Juliano y Sabino, cuan mal sentís de estas cosas, y por esa causa os queremos oír en ellas: demás de que es justo que sea de un paño todo. Justo es, dijo Marcelo, que sea todo de sayal, y que á cosa tan grosera no se añada pieza mas fina. Mas pues es forzoso, se-

rá necesario, que como suelen hacer los poetas en algunas partes de sus poesías, adonde se les ofrece algun sujeto nuevo, ó mas dificultoso que lo pasado, ó de mayor cualidad, que tornan á invocar el favor de sus musas; así yo agora torne á pedir á Cristo su favor y su gracia, para poder decir algo de lo que en un misterio como aqueste se encierra, porque sin él no se puede entender ni decir. Y con esto humilló Marcelo templadamente la cabeza hácia el suelo, y como encogiendo los hombros calló por un espacio pequeño; y luego tornándola á alzar, y tendiendo el brazo derecho, y en la mano dél, que tenia cerrada, abriendo ciertos dedos della, y extendiéndolos, dijo:

## V.

Tres cosas son, Juliano y Sabino, las que este nombre de ESPOSO nos da entender, y las de que nos obliga á tratar. El ayuntamiento y la unidad estrecha que hay entre Cristo y la Iglesia: la dulzura y deleite que en ella nasce de aquesta unidad; los accidentes, y como si dijésemos los aparatos y circunstancias del desposorio. Porque si Cristo es ESPOSO de toda la Iglesia y de cada una de las ánimas justas, como de hecho es, manifiesto es, que han de concurrir en ello aquestas tres cosas. Porque el desposorio ó es un estrecho ñudo, en que dos diferentes se reducen en uno, ó no se entiende sin él: y es ñudo por muchas maneras dulce; y ñudo que quiere su cierto aparato y á quien le anteceden siempre, y le siguen algunas cosas dignas de consideracion. Y aunque entre los hombres hay otros titulos y otros conciertos, ó ordenados por su voluntad dellos mismos, ó con que naturalmente nascen así, con que se ayuntan en uno unas veces mas y otras menos (porque el titulo de deudo, ó de padre, es unidad que hace la naturaleza con el parentesco; y los titulos de rey, y de ciudadano, y de amigo, son respetos de estrechezas, con que por su voluntad los hombres se adunan) mas aun que esto es así, el nombre de ESPOSO, y la verdad de este nombre hace ventaja á los demás en dos cosas. La primera, en que es mas estrecho y de mas unidad que ninguno: la segunda, en que es lazo mas dulce, y causador de mayor deleite que todos los otros.

Y en aqueste articulo es muy digna de considerar la maravillosa blandura, con que ha tratado Cristo á los hombres: que con ser nuestro padre, y con hacerse nuestra cabeza, y con regirnos como pastor, y curar nuestra salud como médi-

co, y allegarse á nosotros, y ayuntarnos á sí con otros, mil títulos de estrecha amistad; no contento con todos, añadió á todos ellos aqueste ñudo y aqueste lazo tambien, y quiso decirse y ser nuestro, ESPOSO.

Que para lazo es el más apretado lazo, y para deleite el mas apacible y mas dulce, y para úniidad de vida el de mayor familiaridad, y para conformidad de voluntades el mas uno, y para amor el mas ardiente y el mas encendido de todos. Y no solo en las palabras, mas en el hecho es así nuestro ESPOSO, que toda la estrechez de amor y de conversacion y de uníidad de cuerpos, que en el suelo hay entre dos marido y mujer, comparada con aquella con que se enlaza con nuestra alma este ESPOSO, es frialdad y tibieza pura. Porque en el otro ayuntamiento no se comunica el espíritu, mas en este su mismo espíritu de Cristo se da y se traspasa á los justos: como dice san Pablo: *El que se ayunta á Dios, hácese un mismo espíritu con Dios.* En el otro así dos cuerpos se hacen uno, que se quedan diferentes en todas sus cualidades: mas aquí así se ayuntó la persona del Verbo á nuestra carne, que osa decir san Juan, *que se hizo carne.* Allí no recibe vida el un cuerpo del otro: aquí vive y vivirá nuestra carne por medio del ayuntamiento de la carne de Cristo. Allí al fin son dos cuerpos en humores é inclinaciones diversos: aquí ayuntando Cristo su cuerpo á los nuestros, los hace de las condiciones del suyo, hasta venir á ser con él cuasi un cuerpo mismo, por una tan estrecha y secreta manera, que apenas explicarse puede. Y así lo afirma y encaresce san Pablo. *Ninguno, dice, aborresció jamás á su carne, antes la alimenta y la abriga, como Cristo á la Iglesia: porque somos miembros de su cuerpo, de su carne dél, y de sus huesos dél. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se ayuntará á su mujer, y serán dos en una carne. Este es un secreto y un sacramento grandísimo, mas enténdolo yo en la Iglesia con Cristo*

Pero vamos declarando poco á poco, cuanto nos fuere posible, cada una de las partes de aquesta uníidad maravillosa, por la cual todo el hombre se enlaza estrechamente con Cristo, y todo Cristo con él. Porque primeramente el ánima del hombre justo se ayunta y se hace una con la Divinidad y con el alma de Cristo, no solamente porque las añuda el amor, esto es, porque el justo ama á Cristo entrablemente, y es amado de Cristo por no menos cordial y entrañable manera; sino tambien por otras muchas razones. Lo uno, porque imprime Cristo en su alma dél, y le debuja una semejanza de sí

mismo viva, y un retrato eficaz de aquel grande bien, que en sí mismas contienen sus dos naturalezas humana y divina. Con la cual semejanza figurado nuestro ánimo, y como vestido de Cristo, parece otro él, como poco ha que decíamos hablando de la virtud de la gracia. Lo otro, porque demás desta imagen de gracia, que pone Cristo como de asiento en nuestra alma, le aplica también su fuerza y su vigor vivo y que obra, y lánzalo por ella toda: y apoderado así della, dale movimiento, y despiértala, y hácela que no repose, sino que conforme á la santa imagen suya, que impresa en sí tiene, así obre, y se menee, y bulla siempre, y como fuego arda y levante llama, y suba hasta el cielo ensalzándose.

Y como el artifice, que como alguna vez acontece, primero hace de la materia que le conviene, lo que le ha de ser instrumento en su arte, figurándolo en la manera que debe para el fin que pretende; y despues cuando lo toma en la mano, queriendo usar dél, le aplica su fuerza, y le menea, y le hace que obre conforme á la forma de instrumento que tiene, y conforme á su cualidad y manera; y en cuanto está así el instrumento, es como un otro artifice vivo, porque el artifice vive en él, y le comunica cuanto es posible, la virtud de su arte: así Cristo despues que con la gracia, semejanza suya, nos figura y concierta en la manera que cumple, aplica su mano á nosotros, y lanza en nosotros su virtud obradora, y dejándonos llevar della nosotros sin le hacer resistencia, obra él, y obramos con él y por él lo que es debido al ser suyo que en nuestra alma está puesto, y á las condiciones hidalgas y al nascimiento noble que nos ha dado: y hechos así otro él, ó por mejor decir, investidos en él, nasce dél y de nosotros una obra misma, y esa cual conviene que sea la que es obra de Cristo. Mas ¿por ventura parará aquí el lazo con que se añuda Cristo á nuestra alma? Antes pasa adelante. Porque (sea esto lo tercero, y lo que ha de ser forzosamente lo último) porque no solamente nos comunica su fuerza y el movimiento de su virtud en la forma que he dicho, mas también por una manera que apenas se puede decir, pone presente su mismo Espíritu Santo en cada uno de los ánimos justos. Y no solamente se junta con ellos por los buenos efectos de gracia y de virtud y de bien obrar que allí hace, sino porque el mismo Espíritu divino suyo está dentro dellos presente, abrazado y ayuntado con ellos por dulce y bienaventurada manera. Que así como en la divinidad el Espíritu santo, inspirado juntamente de las personas del Padre y del Hijo, es el amor, y como si dijésemos, el ñudo dulce y estrecho de ambas; así

él mismo inspirado á la Iglesia, y con todas las partes justas della enlazado, y en ellas morando, las vivifica, y las enciende, y las enamora, y las deleita, y las hace entre sí y con él una cosa misma. *Quien me amare, dice Cristo, será amado de mi Padre, y vendrémos á él, y harémos morada en él.* Y san Pablo: *La caridad de Dios nos es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado.* Y en otra parte dice, que nuestros cuerpos son templo suyo, y que vive en ellos y en nuestros espíritus. Y en otra, que nos dió el Espíritu de su Hijo, que en nuestras almas y corazones á boca llena le llama Padre y mas Padre.

Y como aconteció á Eliseo con el hijo de la huéspeda muerto, que le aplicó primero su báculo, y se ajustó con él despues, y lo último de todo le comunicó su aliento y espíritu; así en su manera es lo que pasa en este ayuntamiento y en este abrazo de Dios. Que primero pone Dios en el alma sus dones, y despues aplica á ella sus manos y rostro, y últimamente le infunde su aliento y espíritu, con el cual la vuelve á la vida del todo, y viviendo á la manera que Dios vive en el cielo, y viviendo por él, dice con san Pablo: *Vivo yo, mas no yo, sino vice en mi Jesu Cristo.* Esto pues es lo que hace en el alma, y no es menos maravilloso que esto lo que hace con el cuerpo, con el cual ayunta el sayo estrechísimamente. Porque demás de que tomó nuestra carne en la naturaleza de su humanidad, y la ayuntó con su persona divina con ayuntamiento tan firme que no será suelto jamás, el cual ayuntamiento es un verdadero desposorio, ó por mejor decir un matrimonio indisoluble celebrado entre nuestra carne y el Verbo, y el tálamo donde se celebró fué, como dice san Augustin, el vientre purísimo: así que dejando esta union aparte que hizo con nuestra carne, haciéndola carne suya, y vistiéndose della, y saliendo en pública plaza en los ojos de todos los hombres abrazado con ella; tambien esta misma carne y cuerpo suyo, que tomó de nosotros, lo ayunta con el cuerpo de su Iglesia, y con todos los miembros della, que debidamente le reciben en el sacramento del altar, allegando su carne á la carne dellos, y haciéndola, quanto es posible, con la suya una misma. (1).

*Y serán, dice, dos en una carne. Gran sacramento es este, pero enténdolo yo de Cristo y de la Iglesia.* No niega san Pablo, decirse con verdad de Eva y de Adam aquello, *y serán una carne los dos*, de los cuales al principio se dijo; pero

(1) Ad Ephes. cap. V. vs. 31. 32,



Y serán, *dice*, dos en una carne.

Ad. Ephss., cap. v.



dice, que aquella verdad fue semejanza de aqueste otro hecho secreto. Y dice que en aquello la razon dello era manifiesta y descubierta razon; mas aqui dice que es oculto misterio. Y á este ayuntamiento real y verdadero de su cuerpo y el nuestro miran tambien claramente aquellas palabras de Cristo (1): *Si no comièredes mi carne, y bebièredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros.* Y luego, ó en el mismo lugar: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, queda en mi, y yo en él.* Y ni mas ni menos lo que dice san Pablo: *Todos somos un cuerpo; los que participamos de un mismo mantenimiento.* De lo cual concluye, que así como por razon de aquel tocamiento son dichos ser una carne Eva y Adam, así y con mayor razon de verdad, Cristo ESPOSO fiel de su Iglesia, y ella esposa querida y amada suya por razon deste ayuntamiento que entre ellos se celebra, cuando reciben los fieles dignamente en la hostia su carne, son una carne y un cuerpo entre sí. Bien y brevemente Teodoreto sobre el principio de los Cantares (2), y sobre aquellas palabras dellos (3): *Bésemme de besos de su boca,* es este propósito dice desta manera. *No es razon que ninguno se ofenda de aquesta palabra de beso, pues es verdad que al tiempo que se dice la misa, y al tiempo que se comulga con ella, tocamos al cuerpo de nuestro ESPOSO, y le besamos, y le abrazamos, y como con ESPOSO así nos ayuntamos con él.*

Y san Crisóstomo dice mas larga y mas claramente lo mismo *Somos, dice, un cuerpo, y somos miembros suyos hechos de su carne, y hechos de sus huesos. Y no solo por medio del amor somos uno con él, mas realmente nos ayunta, y como conierte en su carne por medio del manjar de que nos ha hecho merced. Porque como quisiese declararnos su amor, enlazó y como mezcló con su cuerpo el nuestro, y hizo que todo fuese uno, para que así quedase el cuerpo unido con su cabeza, lo cual es muy proprio de los que mucho se aman. Y así Cristo para obligarnos con mayor amor, y para mostrar mas para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que le aman, sino quiere ser tambien tocado dellos, y ser comido, y que con su carne se encierra la dellos: como diciéndoles: Yo deseé y procuré ser vuestro hermano, y así por este fin me vesti como vosotros de carne y de sangre; y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, eso mismo yo agora os lo doy y comunico. Aqui Juliano, asiendo*

(1) Joan. cap. VI. vs. 54. 55.

(2) Luego al principio del lib. I

(3) Cantic. cap. 1. v. 1.

de la mano de Marcelo, le dijo: No os canseis en eso Marcelo, que lo mismo que dicen Teodoreto y Crisóstomo, cuyas palabras nos habeis referido, lo dicen por la misma manera cuasi toda la antigüedad de los santos, san Ireneo, san Hilario, san Cipriano, san Augustin, Tertuliano, Ignacio, Gregorio Niseno, Cirilo, Leon, Phocio, y Teofilacto. Porque así como es cosa notoria á los fieles, que la carne de Cristo debajo de los accidentes de la hostia, rescebida por los Cristianos, y pasada al estómago, por medio de aquellas especies toca á nuestra carne, y es nuestra carne tocada della: así tambien es cosa en que ninguno que lo hubiere leído puede dudar, que así las sagradas letras como los santos Doctores usan por esta causa de aquesta forma de hablar, que es decir, que somos un cuerpo con Cristo, y que nuestra carne es de su carne, y de sus huesos los nuestros, y que no solamente en los espiritus, mas tambien en los cuerpos estamos todos ayuntados y unidos. Así que estas dos cosas ciertas son, y fuera de toda duda estan puestas.

Lo que agora, Marcelo, os conviene decir, si nos quereis satisfacer, ó por mejor decir, si deseais satisfacer al sujeto que habeis tomado, y á la verdad de las cosas, es declarar, como por solo que se toque una carne con otra, y solo porque el un cuerpo con el otro cuerpo se toquen, se puede decir con verdad, que son ambos cuerpos un cuerpo, y ambas carnes una misma carne, como las sagradas letras y los santos Doctores, que así las entienden, lo dicen ¿Por ventura no toco yo agora con mi mano á la vuestra: mas no por eso son luego un mismo cuerpo, y una misma carne, vuestra mano y mi mano? No lo son sin duda, dijo Marcelo entonces, ni menos es un cuerpo y una carne la de Cristo y la nuestra solamente porque se tocan, quando rescebimos su cuerpo. Ni los Santos por solo este tocamiento ponen esta unidad de cuerpo entre él y nosotros (que los pecadores, que indignamente le reciben, tambien se tocan con él) sino porque tocándose ambos, por razon de haber rescebido dignamente la carne de Cristo, y por medio de la gracia que se da por ella, viene nuestra carne á remedar en algo á la de Cristo, haciéndosele semejante. Eso dijo Juliano entonces, dejando á Marcelo, nos dad mas á entender. Y Marcelo callando un poco, respondió luego desta manera:

Quedará muy entendido, si yo, Juliano, hiciere agora clara la verdad de dos cosas. La primera, que para que se diga la verdad que dos cosas son una misma, basta que sean muy semejantes entre sí. La segunda, que la carne de Cristo, to-

cando á la carne del que le rescibe dignamente en el sacramento, por medio de la gracia que produce en el alma, hace en cierta manera semejante nuestra carne á la suya. Si vos probais eso, Marcelo, respondió Juliano, no quedará lugar de dudar. Porque si una grande semejanza es bastante para que se digan ser unos los que son dos; y si la carne de Cristo, tocando á la nuestra, la asemeja mucho á si misma: clara cosa es, que se puede decir con verdad, que por medio deste tocamiento venimos á ser con él un cuerpo y una carne. Y á lo que á mí me parece, Marcelo, en la primera desas dos cosas propuestas no teneis mucho que trabajar ni probar. Porque cosa razonable y conveniente parece, que lo muy semejante se llame uno mismo, y ansi lo solemos decir. Es conveniente, respondió Marcelo, y conforme á razon, y rescibido en el uso comun de los que bien sienten y hablan. ¿De dos cuando mucho se aman, por ventura no decimos, que son uno mismo, y no por mas de porque se conforman en la voluntad y querer? Luego si nuestra carne se despoja-re de sus cualidades, y se vistiere de las condiciones de la carne de Cristo, serán como una ella y la carne de Cristo: y demás de muchas otras razones, será tambien por esta razon carne de Cristo la nuestra, y como parte de su cuerpo y parte muy ayuntada con él. De un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en substancia lo sea, sino porque en las cualidades, en el ardor, en el encendimiento, en la color, y en los efectos lo es: pues así para que nuestro cuerpo se diga cuerpo de Cristo, aunque no sea una substancia misma con él, bien le debe bastar el estar acondicionado como él. Y no para traer á comparacion lo que mas vecino es y mas semejante, ¿no dice á boca llena san Pablo, que *el que se ayunta con Dios, se hace un espíritu con él*? ¿Y no es cosa cierta, que el ayuntarse con Dios el hombre no es otra cosa sino recibir en su alma la virtud de la gracia, que como ya tenemos dicho otras veces, es una cualidad celestial, que puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios, y la figura muy á su semejanza?

Pues si el espíritu de Dios y al nuestro espíritu los dice ser uno el Predicador de las gentes por la semejanza suya que hace en el nuestro el de Dios; bien bastará para que se digan nuestra carne y la carne de Cristo ser una carne, el tener la nuestra (si lo tuviere) algo de lo que es proprio y natural á la carne de Cristo. Son un cuerpo de república y de pueblo mil hombres en linaje extraños, en condiciones diversos, en

oficios diferentes, y en voluntades é intentos contrarios entre sí mismos, porque los ciñe un muro, y porque los gobierna una ley: ¿y dos carnes tan juntas, que traspasa por medio de la gracia mucho de su virtud y de su propiedad la una en la otra, y cuasi la embebe en sí misma, no serán dichas ser una? Y si en esto no hay que probar por ser manifiesto, como, Juliano, decís; ¿cómo puede ser obscuro ó dudoso lo segundo que propuse, y que despues de aquesto se sigue? Un guante oloroso traído por un breve tiempo en la mano, pone su buen olor en ella, y apartado della lo deja allí puesto y la carne de Cristo virtuosísima y eficacísima estando ayuntada con nuestro cuerpo, y hinchendo de gracia nuestra, alma ¿no comunicará su virtud á nuestra carne? ¿Qué cuerpo estando junto á otro cuerpo, no le comunica sus condiciones? Este aire fresco que agora nos toca, nos refresca; y poco antes de agora, quando estaba encendido, nos comunicaba su calor, y encendia. Y no quiero decir que esta es obra de naturaleza; ni digo que es virtud que naturalmente obra, la que acondiciona nuestro cuerpo y le asemeja al cuerpo de Cristo; porque si fuese así, siempre y con todos aquellos á quien tocase, sucederia lo mismo; mas no es con todos así, como parece en aquellos que le reciben indignos. En los cuales el pasar atrevidamente á sus pechos sucios el Cuerpo santísimo de Jesu Cristo, demás de los daños del alma, les es causa en el cuerpo de malos accidentes y de enfermedades, y á las veces de muerte, como claramente nos lo enseña san Pablo.

Así que no es obra de naturaleza aquesta, mas es muy conforme á ella, y á lo que naturalmente acontece á los cuerpos, quando entre sí mismos se ayuntan. Y si por entrar la carne de Cristo en el pecho no limpio, ni convenientemente dispuesto, como agora decia, justamente se le destempla la salud corporal á quien así le recibe; quando por el contrario estuviere bien dispuesto el que la recibiere, ¿cómo no será justo que con maravillosa virtud, no solo le santifique el alma, mas tambien con la abundancia de la gracia que en ella pone, le apure el cuerpo, y le avecine á sí mismo todo cuanto pudiere? Que no es mas inclinado al daño que al bien, el que es la misma bondad; ni el bien hacer le es dificultoso, al que con el querer solo lo hace. Y no solamente es conforme á lo que la naturaleza acostumbra, mas es muy conveniente y muy debido á lo que piden nuestras necesidades. ¿No deciamos esta mañana, que el soplo de la serpiente, y aquel manjar vedado y comido nos desconcertó el alma, y nos emponzoñó el cuerpo? Luego convino que este manjar, que se

ordenó contra aquel pusiese no solamente justicia en el alma, sino tambien por medio della santidad y pureza celestial en la carne: pureza digo que resistiese á la ponzoña primera, y la desarraigase poco á poco del cuerpo. Como dice san Pablo: *Ansi como en Adam murieron todos, ansi cobraron vida en Jesu Cristo.* En Adam hubo daña de carne y de espíritu, y hubo inspiracion del demonio espiritual para el alma, y manjar corporal para el cuerpo. Pues si la vida se contrapone á la muerte, y el remedio ha de ir por las pisadas del daño, necesario es, que Cristo en ambas á dos cosas produzga salud y vida, en el alma con su espíritu, y en la carne ayuntando á ella su cuerpo.

Aquella manzana pasada al estómago así destempló el cuerpo, que luego se descubrieron en él mil malas cualidades mas ardientes que el fuego: esta carne santa allegada debidamente á la nuestra por virtud de su gracia, produzga en ella frescor y templanza. Aquel fruto atosigó nuestro cuerpo con que viene á la muerte: esta carne comida enriquezcanos así con su gracia, que aun descienda su tesoro á la carne, que la apure, y le dé vida, y la resucite. Bien dice acerca desto san Gregorio Niseno: *Ansi como en aquellos que han bebido ponzoña, y que amatan su fuerza mortifera con algun remedio contrario, conviene que conforme á como hizo el veneno, ansi mismo la medicina penetre por las entrañas, para que se derrame por todo el cuerpo el remedio: ansi nos conviene hacer á nosotros, que pues comimos la ponzoña que nos desata, recibamos la medicina que nos repara, para que con la virtud desta desechemos el veneno de aquella. ¿Mas esta medicina cual es? Ninguna otra sino aquel santo Cuerpo que sobrepujó á la muerte, y nos fué causa de vida. Porque ansi como un poco de levadura, como dice el Apóstol, asemeja así á toda la masa; ansi aquel cuerpo á quien Dios dotó de inmortalidad, entrando en el nuestro, le traspasa en si todo, y le muda. Y ansi como lo ponzoñoso con lo saludable mezclado, hace á lo saludable dañoso: nsi al contrario este cuerpo inmortal á aquel de quien es recebido, le vuelve semejantemente inmortal.* Esto dice Niseno Mas entre todos san Cirilo lo dice muy bien (1): *No podia, dice, este cuerpo corruptible traspasarse por otra manera á la inmortalidad y á la vida, sino siendo ayuntado á aquel Cuerpo, á quien es como suyo el vivir. Y si á mi no me crees, da fe á Cristo que dice: Sin duda os digo, que si no comièredes la carne del Hijo del hombre, y si no bebièredes su san-*

(1) Ciril. Alex. in Joan. Evang. lib. IV. cap. 14 et 15.

gre, no tendreis vida en vosotros. Que el que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el postrero dia. *Bien oyes cuan abiertamente te dice, que no tendrás vida, sino comes su carne, y si no bebes su sangre. No la tendréis, dice, en vosotros, esto es, dentro de vuestro cuerpo no la tendréis. ¿Mas á quien no tendreis? á la vida. Vida llama convenientemente á su carne de vida, porque ella es la que en el dia último nos ha de resucitar. Y deciros he como.*

*Esta carne viva por ser carne del Verbo unigénito posee la vida, y así no la puede vencer el morir: por donde si se junta á la nuestra, alanza de nosotros la muerte, porque nunca se aparta de su carne el Hijo de Dios. Y porque está junto, y es como uno con ella; por eso dice, y yo le resucitaré en el dia postrero. Y en otro lugar el mismo Doctor dice así: Es de advertir que el agua, aunque es de su naturaleza muy fria, sobreviniéndole el fuego, olvidada de su frialdad natural, no cabe en si de calor. Pues nosotros por la misma manera, dado que por la naturaleza de nuestra carne somos mortales, participando de aquella vida, que nos retira de nuestra natural flaqueza, tornamos á vivir por su virtud propia della. Porque convino que no solamente el alma alcanzase la vida por comunicársele el Espiritu Santo, mas que tambien este cuerpo tosco y terreno fuese hecho inmortal; con el gusto de su metal, y con el tacto dello, y con el mantenimiento. Pues como la carne del Salvador es carne que vivifica, por razon de estar ayuntada al Verbo, que es vida por naturaleza; por eso cuando la comemos tenemos vida en nosotros, porque estamos unidos con equello que está hecho vida. Y por esta causa Cristo, cuando resucitaba á los muertos, no solamente usaba de palabra y de mando como Dios, mas algunas veces les aplicaba su carne como juntamente obradora, para mostrar con el hecho, que tambien su carne, por ser suya y por estar ayuntada con él tenía virtud de dar vida.*

Esto es de Cirilo. Así que la mala disposicion que puso en nosotros el primero manjar, nos obliga á decir, que el cuerpo de Cristo, que es su contrario, es causa que haya en el nuestro, por secreta y maravillosa virtud, nueva pureza y nueva vida. Y lo mismo podemos ver, si ponemos los ojos en lo que se puso por blanco Cristo, en quanto hizo, que es declararnos su amor por todas las maneras posibles. Porque el amor, como platicábades agora, Juliano y Sabino, es unidad, ó todo su oficio es hacer unidad: y quanto es mayor y mejor la unidad, tanto es mayor y mas excelente el amor. Por donde quanto por mas particulares maneras fueren uno mismo dos

entre sí, tanto sin duda ninguna se tendrán mas amor. Pues si en nosotros hay carne y espíritu, y si con el espíritu ayunta el suyo Cristo por tantas maneras, poniendo en él su semejanza, y comunicándole su vigor, y derramando por él su espíritu mismo, ¿no os parecerá, Juliano, forzoso el decir, ó que hay falta en su amor para con nosotros, ó que ayunta tambien su cuerpo con el nuestro, cuanto es posible ayuntarse dos cuerpos? Mas ¿quién se atreverá á poner mengua en su amor en esta parte, el cual por todas las demás partes es sobre todo encarescimiento extremado? Porque pregunto, ¿ó no le es posible á Dios hacer esta union, ó hecha, no declara ni engrandesce su amor ó no se precie Dios de engrandecerle? Claro es, que es posible; y manifiesto, que añade quilates; y notorio sin duda, que se precia Dios de ser en todo lo que hace perfecto.

Pues si esto es cierto, ¿cómo puede ser dudoso, si hace Dios lo que puede ser hecho, y lo que importa que se haga para el fin que pretende? El mismo Cristo dice rogando á su Padre: *Señor, quiero que yo y los míos seamos una misma cosa, así como yo soy una misma cosa contigo.* No son una misma cosa el Padre y hijo solamente porque se quieren bien entre sí, ni solo porque son así en voluntades como en juicios conformes; sino tambien porque son una misma substancia; de manera que el Padre, vive en el Hijo, y el Hijo vive por el Padre, y es un mismo ser y vivir el de entrambos. Pues así para que la semejanza sea perfecta cuanto ser puede, conviene sin dubda que á nosotros los fieles entre nosotros, y á cada uno de nosotros con Cristo, no solamente nos añude, y haga uno la caridad, que el espíritu en nuestros corazones derrama, sino que tambien en la manera del ser, así en la del cuerpo, como en la manera del alma, seamos todos uno, cuanto es hacedero y posible.

Y conviene que siendo muchos en personas, como de hecho lo somos, empero por razon de que mora en nuestras almas un espíritu mismo, y por razon que nos mantiene un individuo y solo manjar, seamos todos uno, en un espíritu y en un cuerpo divino; los cuales espíritu y cuerpo divino, ayuntándose estrechamente con nuestros propios cuerpos y espíritus, los cualifiquen y los acondicionen á todos de una misma manera; y á todos de aquella condicion y manera, que le es propria á aquel divino Cuerpo y Espíritu; que es la mayor unidad que se puede hacer ó pensar en cosas tan apartadas de suyo. De manera que como una nube, en quien ha lanzado la fuerza de su claridad y de sus rayos el sol, llena de luz, y (sí aquesta palabra aquí se permite) en luz empa-

pada, por donde quiera que se mire es un sol; así ayuntando Cristo no solamente su virtud y su luz, sino su mismo espíritu y su mismo cuerpo con los fieles y justos, y como mezclando en cierta manera su alma con la suya dellos, y con el cuerpo dellos su cuerpo, en la forma que he dicho, les brota Cristo, y les sale afuera por los ojos, y por la boca, y por los sentidos: y sus figuras todas, y sus semblantes, y sus movimientos, son Cristo, que los ocupa así á todos, y se enseña dellos tan intimamente, que sin destruirles ó corromperles su ser, no se verá en ellos en el último día, ni se descubrirá otro ser mas del suyo, y un mismo ser en todos. Por lo cual así él como ellos, sin dejar de ser él y ellos, serán un él, y uno mismo. Grande ñudo es aqueste, Sabino, y lazo de unidad tan estrecho, que en ninguna cosa de las que ó la naturaleza ha compuesto, ó el arte inventado, las partes diversas que tiene se juntaron jamás con juntura tan delicada, ó que así huyese la vista, como es esta juntura. Y cierto es ayuntamiento de matrimonio tanto mayor y mejor, cuanto se celebra por modo mas uno y mas limpio. Y la ventaja que hace al matrimonio ó desposorio de la carne en limpieza, esa ó mucho mayor ventaja le hace en unidad y estrechez. Qué allí se inficionan los cuerpos, y aquí se deifica el alma y la carne. Allí se aficionan las voluntades, aquí todo es una voluntad y un querer. Allí adquieren derecho el uno sobre el cuerpo del otro; aquí, sin destruir su substancia, convierte en su cuerpo, en la manera que he dicho, el esposo Cristo á su esposa. Allí se yerra de ordinario; aquí se acierta siempre. Allí de continuo hay solicitud y cuidado enemigo de la conformidad y unidad, aquí seguridad y reposo ayudador y favorecedor de aquello que es uno. Allí se ayuntan para sacar á luz á otro tercero; aquí por un ayuntamiento se camina á otro, y el fruto de aquesta unidad es afinarse en ser uno, y el abrazarse es para mas abrazarse. Allí el contento es aguardo, y el deleite breve y de bajo metal; aquí lo uno y lo otro tan grande, que baña el cuerpo y el alma, tan noble, que es gloria, tan puro, que ni antes le precede, ni despues se le sigue, ni con él jamás se mezcla ó se ayunta el dolor.

Del cual deleite, pues habemos dicho ya del ayuntamiento, que es lo que propusimos primero, lo que el Señor nos he comunicado, será bien que digamos agora lo que se pudiere decir, aunque no sé si es de las cosas que no se han de decir: á lo menos cierto es, que como ello es, y como pasa, ninguno jamás lo supo, ni pudo decir. Y así sea esta primera prueba, y argumento primero de su no medida grandeza, que

nunca cupo en lengua humana. Y que el que mas lo prueba, lo calla mas. Y que su experiencia enmudece la habla. Y que tiene tanto de bien que sentir que ocupa el alma toda su fuerza en sentirlo, sin dejar ninguna parte della libre para hacer otra cosa. De donde la sagrada Escritura en una parte adonde trata de aqueste gozo y deleite, le llama (1) *maná abscondido*, y en otra (2), *nombre nuevo*, que no lo sabe leer sino aquel solo que lo recibe: y en otro (3), introduciendo como en imágen una figura de aquestos abrazos, venido á este punto de declarar sus deleites dellos, hace que se desmaye, y que quede muda y sin sentido la esposa que lo representa.

Porque así como en el desmayo se recoge el vigor del alma á lo secreto del cuerpo, y ni la lengua, ni los ojos, ni los pies, ni las manos hacen su oficio; así este gozo al punto que se derrama en el alma, con su grandeza increíble la lleva toda á sí, por manera que no le deja comunicar lo que siente á la lengua. Mas ¿qué necesidad hay de rastrear por indicios lo que abiertamente testifican las sagradas letras, y lo que por clara y llana razon se convence? David dice en su divina Escritura: *¿Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la que abscondiste para los que te temen?* Y en otra parte: *Serán, Señor vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y daréisles á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites.* Y en otra parte (4): *Gustad y ved cuan dulce es el Señor.* Y en otra (5) *Un rio de avenida baña con deleite la ciudad Dios.* Y (6): *Voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos* (7): *Bienaventurado es el pueblo que sabe que es jubilacion.* Y finalmente Esaiás (8): *Ni los ojos lo vieron, ni lo oyeron los oídos, ni pudo caber en humano corazón, lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en él.*

Y conviene que como aqui se dice, así sea por necesaria razon, y tan clara que se tocara con las manos, si primero entenderemos, qué es, y como se hace aquesto que llamamos deleite. Porque deleite, es un sentimiento y movimiento

(1) Apocal. cap. II. v. 17.

(2) En el mismo lugar.

(3) Cantic. cap. II. v. 4-6.

(4) Psalm. XXXIII. v. 9.

(5) Psalm. XLV. v. 5.

(6) Psalm. CXVII. vs. 15.

(7) Psalm. LXXXVIII. v. 16.

(8) Esai. cap. LXIV. v. 4.

dulce, que acompaña, y como remata todas aquellas obras en que nuestras potencias y fuerzas conforme á sus naturalezas ó á sus deseos sin impedimiento ni estorbo se emplean. Porque todas las veces que obramos así, por el medio de aquestas obras alcanzamos alguna cosa, que ó por naturaleza, ó por disposicion y costumbre, ó por eleccion y juicio nuestro, no es conveniente y amable. Y como cuando no se posee, y se conoce algun bien, la ausencia dél causa en el corazon una agonía y deseo; así es necesario decir, que por el contrario, y cuando se posee y se tiene, la presencia dél en nosotros, y el estar ayuntado y como abrazado con nuestro apetito y sentidos, conociéndolo nosotros así, los halaga y regala. Por manera que el deleite es un movimiento dulce del apetito. Y la causa del deleite son lo primero, la presencia, y como si dijésemos, el abrazo del bien deseado: al cual abrazo se viene por medio de alguna obra conveniente que hacemos: y es como si dijésemos el tercero desta concordia, ó por mejor decir, el que la saborea y sazona, el conocimiento y el sentido della. Porque á quien no siente ni conoce el bien que posee, ni si lo posee, no le puede ser el bien ni deleitoso ni apacible. Pues esto presupuesto de aquesta manera, vamos agora mirando estas fuentes de donde mana el deleite, y examinando á cada una dellas por sí, que adonde quiera que las descubriéremos mas, y en todas aquellas cosas adonde halláremos mayores y mas abundantes mineros dél, en aquellas cosas sin duda el deleite dellas será de mayores quilates. Es pues necesario para el deleite, y como fuente suya de donde nasce, lo primero, el conocimiento y sentido; lo segundo, la obra, por medio de la cual se alcanza el bien deseado; lo tercero, ese mismo bien; lo cuarto y lo último, su presencia y ayuntamiento dél con el alma. Y digamos del conocimiento primero, y despues dirémos de lo demás por su orden.

El conocimiento quanto fuere mas vivo, tanto quanto es de su parte, será causa de mas vivo y mas acendrado deleite. Porque por la razon que no pueden gozar dél todas aquellas cosas, que no tienen sentido, por esa misma se convence que las que le tienen, quanto mas dél tuvieren, tanto sentirán la dulzura mas, conforme á como la experiencia lo demuestra en los animales. Que en la manera que á cada uno dellos conforme á su naturaleza y especie, ó mas ó menos se les comunica el sentido; así ó mas ó menos les es deleitable y gustoso el bien que poseen. Y quanto en cada una orden dellos está la fuerza del sentido mas bota, tanto quando se

deleitan, es menor su deleite. Y no solamente se vee esto entre las cosas que son diferentes, comparándolas entre sí mismas, mas en un linaje mismo de cosas, y en los particulares que en sí contiene, se vee. Porque los hombres, los que son de mas buen sentido, gustan mas del deleite: y en un hombre solo, si ó por acaso ó por enfermedad tiene amortecido el sentido del tacto en la mano, aunque la tengan fria, y la allegue á la lumbre, no le hará gusto el calor. Y como se fuere en ella por medio de la medicina, ó por otra alguna manera despertando el sentir, así por los mismos pasos, y por la medida misma, crecerá en ella el poder gozar de deleite. Por donde si esto es así, ¿quién no sabe ya cuan mas subido y agudo sentido es aquel con que se comprehende y sienten los gozos de la virtud, que no aquel de quien nascen los deleites del cuerpo? Porque el uno es conoscimiento de razon, y el otro es sentido de carne. El uno penetra hasta lo último de las cosas que conoce; el otro para en la sobrehaz de lo que siente. El uno es sentir bruto y de aldea, el otro es entender espiritual y de alma.

Y conforme á esta diferencia y ventaja, así son diferentes, y se aventajan entre sí los deleites que hacen. Porque el deleite que nasce del conocer del sentido, es deleite ligero, ó como sombra de deleite, y que tiene dél como una vislumbre ó sobrehaz solamente, y es tosco y aldeano deleite: mas el que nos viene del entendimiento y razon, es vivo gozo, y macizo gozo, y gozo de substancia y verdad. Y así como se prueba la grande substancia de aquestos deleites del alma por la viveza del entendimiento que los siente y conoce; así tambien se vee su nobleza, por el metal de la obra que nos ayunta al bien de dó nascen. Porque las obras, por cuya mano metemos á Dios en nuestra casa, que puesto en ella la hinch de gozo, son el contemplarle, y el amarle, y el ocupar en él nuestro pensamiento y deseo, con todo lo demás que es santidad y virtud. Las cuales obras ellas en sí mismas son por una parte tan proprias de aquello que en nosotros verdaderamente es ser hombre, y por otra tan nobles en sí, que ellas mismas por sí, dejado á parte el bien que nos traen, que es Dios, deleitan al alma, que con sola su posesion dellas se perficiona y se goza. Como al revés todas las obras que el cuerpo hace, por donde consigue aquelló con que se deleita el sentido, sean obras, ó no proprias del hombre, ó así toscas y viles, que nadie las estimaria, ni se alegraria con ellas por sí solas, si ó la necesidad pura, ó la costumbre dañada no le forzase. Así que en lo bueno, antes que ello deleite,

hay deleite; y eso mismo que va en busca del bien, y que lo halla, y le hecha las manos, es ello en si bien que deleita, y por un gozo se camina á otro gozo: por el contrario de lo que acontece en el deleite del cuerpo, adonde los principios son intolerable trabajo, los fines enfado y hastío, los frutos dolor y arrepentimiento. Mas cuando acerca desto faltase todo lo que hasta agora se ha dicho, para conocer que es verdad, basta la ventaja sola que hace el bien de donde nascen estos espirituales deleites, á los demás bienes que son cebo de los sentidos. Porque si la pintura hermosa presente á la vista deleita los ojos, y si los oidos se alegran con la suave armonia, y si el bien que hay en lo dulce, ó en lo sabroso, ó en lo blando, causa contentamiento en el tacto, y si otras cosas menores, y menos dignas de ser nombradas, pueden dar gusto al sentido; injuria será que se hace á Dios, poner en cuestion si deleita, ó que tanto deleita al alma que se abraza con él. Bien lo sentia esto aquel que decia: *¿Qué hay para mi en el cielo, y fuera de vos, Señor, que puedo desear en la tierra?*

Porque si miramos lo que, Señor, sois en vos, sois un Océano infinito de bien: y el mayor de los que por acá se conocen y entienden, es una pequeña gota comparado con vos, y es como una sombra vuestra obscura y ligera. Y si miramos lo que para nosotros sois, y en nuestro respeto, sois el deseo del alma, el único paradero de nuestra vida, el proprio y solo bien nuestro, para cuya posesion somos criados, y en quien solo hallamos descanso, y á quien, aun sin conocerlos, buscamos en todo cuanto hacemos. Que á los bienes del cuerpo, y cuasi á todos los demás bienes que el hombre apetece, apetécelos como á medios para conseguir algun fin, y como á remedios y medicinas de alguna falta ó enfermedad que padesce: busca el manjar, porque le atormenta la hambre; allega riquezas, por salir de pobreza; sigue el son dulce, y vase en pos de lo proporcionado y hermoso, porque sin esto padescen mengua el oido y la vista. Y por esta razon los deleites que nos dan estos bienes, son deleites menguados y no puros: lo uno, porque se fundan en mengua, y en necesidad, y tristeza; y lo otro, porque no duran mas de lo que ella dura, por donde siempre la traen junto á sí, y como mezclada consigo. Porque si no hubiese hambre, no seria deleite el comer; y en faltando ella, falta él juntamente. Y así no tienen mas bien, de cuanto dura el mal para cuyo remedio se ordenan. Y por la misma razon no puede entregarse ninguno á ellos sin rienda, antes es necesario que los use, el que dellos usar quisiere, con tasa, si le han de ser, con-

forme á como se nombran, deleites: porque lo son hasta llegar á un punto cierto, y en pasando dél no lo son. Mas vos, Señor, sois todo el bien nuestro, y nuestro soberano fin verdadero: y aunque sois el remedio de nuestras necesidades, y aunque haceis llenos todos nuestros vacios; para que os ame el alma mucho mas que á sí misma, no le es necesario que padezca mengua: que vos por vos mereceis, todo lo que es el querer y el amor. Y cuanto el que os amare, Señor, estuviere mas rico y mas abastado de vos, tanto os amará con mas veras. Y así como vos en vos no teneis fin ni medida, así el deleite que nasce de vos en el alma, que consigo os abraza dichosa, es deleite que no tiene fin, y que cuanto mas cresce, es mas dulce; y deleite en quien el deseo, sin recelo de caer en hartura, puede alargar la rienda cuanto quisiere, porque como testificais de vos mismo (1). *Quien bebiere de vuestra dulzura, cuanto mas bebiere, tendrá en ella mas sed.* Y por esta misma razon (si, Juliano, no os desagrada, y según que agora á la imaginacion se me ofrece) en la sagrada Escritura aqueste deleite que Dios en los suyos produce, es llamado con nombres de avenida y de rio: como cuando el Psalmista decia, que da de beber Dios á los suyos un rio de deleite grandísimo.

Porque en decirlo así, no solamente quiere decir que les dará Dios á los suyos grande abundancia de gozo; sino tambien nos dice y declara, que ni tiene limite aqueste gozo, ni menos es gozo, que hasta en cierto punto es sabroso, y pasado dél, no lo es, ni es como lo son los deleites que vemos, agua encerrada en vaso que tiene su hondo, y que fuera de aquellos términos, con que se cerca, no hay agua, y que se agota y se acaba bebiéndola; sino que es agua en rio que corre siempre, y que no se agota bebida, y que por mas que se beba, siempre viene fresca á la boca, sin poder jamás llegar á algun paso, adonde no haya agua, esto es, adonde aquel dulzor no lo sea. De manera que por razon de ser Dios bien infinito, y bien que sobrepuja sin ninguna comparacion á todos los bienes, se entiende que en el alma que le posee, el deleite que hace es entre todos los deleites el mayor deleite: y por razon de ser nuestro último fin, se convence, que jamás aqueste deleite da en cara. Y si esto es por ser Dios el que es, ¿qué será por razon del querer que nos tiene, y por el estrecho nudo de amor con que con los suyos se enlaza? Que si el bien presente y poseido deleita, cuanto mas presente y mas ayun-

(1) Eccli. cap. XXIV v. 29 Psal. XLV. v. 4.

tado estuviere, sin ninguna duda deleitará mas. Pues ¿quién podrá decir la estrechez no comparable de aqueste ayuntamiento de Dios? No quiero decir lo que agora he ya dicho, repitiendo las muchas y diversas maneras como se ayunta Dios con nuestros cuerpos y almas: mas digo, que cuando estamos mas metidos en la posesion de los bienes del cuerpo, y somos hechos mas dellos señores, toda aquella union y estrechez es una cosa floja y como desatada en comparacion deste lazo.

Porque el sentido y lo que se junta con el sentido solamente se tocan en los accidentes de fuera (que ni veo sino lo colorado, ni oigo sino el retintin del sonido, ni gusto sino lo dulce ó amargo, ni percibo tocando sino es la aspereza ó blandura) mas Dios abrazado con nuestra alma, penetra por ella toda, y se lanza á sí mismo por todos sus apartados secretos hasta ayuntarse con su mas intimo ser: adonde hecho como alma della, y enlazado con ella, la abraza estrechisimamente. Por cuya causa en muchos lugares la Escritura dice, que mora Dios en el medio del corazon. Y David en el psalmo (cxxxii) le compara el aceite, que puesto en la cabeza del sacerdote viene al cuello, y se estiende á la barba, y descende corriendo por las vestiduras todas hasta los piés. Y en el libro de la Sabiduría (1) por aquesta misma razon es comparado Dios á la niebla que por todo penetra. Y no solamente se ayunta mucho Dios con el alma, sino ayúntase todo; y no todo, sucediéndose unas partes á otras, sino todo junto, y como de un golpe, y sin esperarse lo uno á lo otro: lo que es al revés en el cuerpo, á quien sus bienes, los que él llama bienes, se le allegan de espacio y repartidamente, y sucediéndose unas partes á otras, agora una, y despues desta otra y cuando goza de la segunda, ha perdido ya la primera. Y como se reparten y se dividen aquellos, ni mas ni menos se corrompen y acaban, y cuales ellos son, tal es el deleite que hacen: deleite como exprimido por fuerza, y como regateado, y como dado blanca á blanca con escasez, y deleite al fin que vuela ligerísimo, y que se desvanece como humo, y se acaba. Mas el deleite que hace Dios, viene junto, y persevera junto y estable, y es como un todo no divisible, presente siempre todo á sí mismo: y por eso dice la Escritura en el psalmo, que deleita, Dios con río y con impetu á los vecinos de su ciudad, no gota á gota, sino, con todo el impetu del río así junto.

---

(1) Eccli. cap. XXIV. v. 6.

De todo lo cual se concluye, no solamente que hay deleite en este desposorio y ayuntamiento del alma y de Dios, sino que es un deleite, que por donde quiera que se mire, vence á cualquier otro deleite. Porque ni se mezcla con necesidad, ni se agua con tristeza, ni se da por partes, ni se corrompe en un punto, ni nasce de bienes pequeños, ni de abrazos tibios ó flojos, ni es deleite tosco, ó que se siente á la ligera, como es tosco y superficial el sentido; sino divino bien, y gozo íntimo, y deleite abundante, y alegría no contaminada, que baña el alma toda, y la embriaga y anega por tal manera, que como ello es, no se puede declarar por ninguna. Y así la Escritura divina cuando nos quiere ofrecer alguna como imágen de aqueste deleite, porque no hay una que se le asemeje del todo, usa de muchas semejanzas é imágenes. Que unas veces, como antes de agora decíamos, le llama *maná abscondido*. Maná, porque es deleite dulcísimo, y dulcísimo no de una sola manera, ni sabroso con un solo sabor, sino como del maná se escribe en la sabiduría (1), hecho al gusto del deseo, y lleno de innumerables sabores. Maná abscondido, porque está secreto en el alma, y porque si no es quien lo gusta, ninguno otro entiende bien lo que es.

Otras veces le llama *apósito de vino*, como en el libro de los Cantares (2): y otras (3) el vino mismo: y otras (4) licor mejor mucho que el vino. Apósito de vino, como quien dice amontonamiento y tesoro de todo lo que es alegría. Mas que el vino, porque ninguna alegría, ni todas juntas se igualan con esta. Otras veces nos le figura, como en el mismo libro, por nombre de *pechos*. Porque no son los pechos tan dulces ni tan sabrosos al niño, como los deleites de Dios son deleitables á aquel que los gusta. Y porque no son deleites que dañan la vida, ó que debilitan las fuerzas del cuerpo; sino deleites que alimentan el espíritu, y le hacen que crezca, y deleites, por cuyo medio comunica Dios al alma la virtud de su sangre hecha leche, esto es, por manera sabrosa y dulce. Otras veces son dichos *mesa y banquete*, como por Salomon y David: para significar su abastanza, y la grandeza y variedad de sus gustos, y la confianza, y el descanso, y el regocijo, y la seguridad, y esperanzas ricas que ponen en el alma del hombre. Otras los nombra *sueño*, porque se repara en ellos el espíritu de cuanto padesce y lacera en la continua contradi-

(1) Sap. cap. XVI. v. 20.

(2) Cant. cap. II. v. 4.

(3) Cant. V. v. 1. et VIII. v. 2.

(4) Cant. I. vs. 2.—3 et IV. v. 10.

cion que la carne y el demonio le hace. Otras (1) los compara á *guija*, ó á *pedrecilla* pequeña y blanca, y escrita de un nombre que solo el que le tiene le lee. Porque así como según la costumbre antigua, en las causas criminales, cuando echaba el juez una piedra blanca en el cántaro, era dar vida; y como los días buenos y de sucesos alegres los antiguos los contaban con pedrezuelos de aquesta manera: así mismo el deleite que da Dios á los suyos, es como una prenda sensible de su amistad, y como una sentencia que nos absuelve de su ira, que por nuestra culpa nos condenaba al dolor y á la muerte: y es voz de vida en nuestra alma, y día de regocijo para nuestro espíritu, y de suceso bienaventurado y feliz. Y finalmente otras veces significa aquestos deleites con nombre de *embriaguez*, y de *desmayo*, y de enagenamiento de sí, porque ocupan toda el alma, que con el gusto dellos se mete tan adelante en los abrazos y sentimientos de Dios, que desfallece al cuerpo, y cuasi no comunica con el su sentido, y dice y hace cosas el hombre, que parecen fuera de toda naturaleza y razón.

Y á la verdad, Juliano, de las señales que podemos tener de la grandeza destes deleites, los que deseamos conocerlos, y no merecemos tener su experiencia, una de las mas señaladas y ciertas es, el ver los efectos, y las obras maravillosas, y fuera de toda orden comun, que hacen en aquellos que experimentan su gusto. Porque si no fuera dulcísimo incomparablemente el deleite que halla el bueno con Dios, ¿cómo hubiera sido posible, ó á los mártires padecer los tormentos que padecieron, ó á los ermitaños durar en los yerros por tan luengos años en la vida, que todos sabemos? Por manera que la grandeza no medida deste dulzor, y la violencia dulce con que enagena y roba para sí toda el alma, fue quien sacó á la soledad á los hombres, y los apartó de cuasi todo aquello que es necesario al vivir. Y fue quien los mantuvo con yerbas y sin comer muchos días, desnudos al frío, y descubiertos al calor, y sujetos á todas las injurias del cielo. Y fue quien hizo fácil, y hacedero y usado, lo que parecia en ninguna manera posible. Y no pudo tanto, ni la naturaleza con sus necesidades, ni la tiranía y crueldad con sus no oidas crueldades para retraerlos del bien, que no pudiese mucho mas para detenerlos en él aqueste deleite; y todo aquel dolor que pudo hacer el artificio y el cielo, la naturaleza y el arte, el ánimo enerudelescido, y la ley natural poderosa, fue mucho

---

(1) Apocal. cap. 11. v. 17.

menor que este gozo. Con el cual esforzada el alma, y cebada y levantada sobre sí misma, y hecha superior sobre todas las cosas, llevando su cuerpo tras sí, le dió que no pareciese ser cuerpo. Y si quisiésemos agora contar por menudo los ejemplos particulares y extraños que desto tenemos, primero que la historia, se acabaria la vida: y así baste por todos uno, y este sea el que es la imágen comun de todos, que el Espíritu Santo nos debujó en el libro de los Cantares, para que por las palabras y acontecimientos que conoscemos, veamos cómo en idea todo lo que hace Dios con sus escogidos. Porque ¿qué es lo que no hace la ESPOSA allí para encarecer aqueste su deleite que siente, ó lo que el ESPOSO no dice para este mismo propósito? No hay palabra blanda, ni dulzura relagada, ni requiebro amoroso, ni encarecimiento dulce, de cuantos en el amor jamás se dijeron ó se pueden decir, que ó no lo diga allí, ó no lo oiga la ESPOSA. Y si por palabras, ó por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí: y comenzando de menores principios, van siempre subiendo; y esforzándose siempre mas el soplo de gozo, al fin las velas llenas navega el alma justa por un mar de dulzor, y viene á la fin á abrasarse en llamas de ducísimo fuego, por parte de las secretas centellas que rescibió al principio en sí misma. Y acontésele quanto á este propósito al alma con Dios, como al madero no bien seco, cuando se le avvicina el fuego le aviene. El cual así como se va calentando del fuego, y rescibiendo en sí su calor; así se va haciendo sujeto apto y dispuesto para rescebir mas calor, y lo rescibe de hecho. Con el cual calentado, comienza primero á despedir humo de sí, y á dar de cuando en cuando algun estadillo; y corren algunas veces gotas de agua por él; y procediendo en esta contienda, y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salia, se enciende de improviso en llama que luego se acaba, y dende á poco se torna á encender otra vez, y á apagarse tambien: y así hace la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego ya lanzado en lo íntimo del madero, y hecho señor de todo él, sale todo junto, y por todas partes á fuera levantando sus llamas: las cuales prestas y poderosas, y á la redonda bullendo, hacen parecer un fuego el madero.

Y por la misma manera cuando Dios se avvicina al alma, y se junta con ella, y le comienza á comunicar su dulzura; ella así como la va gustando así la va deseando mas, y con el deseo se hace á sí misma mas hábil para gustarla; y luego la

gusta mas, y así creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda, y luego la comienza á ablandar; y suenan de rato en rato unos tiernos sospiros; y corren por las mejillas á veces sin sentir algunas dulcísimas lágrimas: y procediendo adelante enciéndese de improviso como en una llama compuesta de luz y de amor, luego desaparece volando; y torna á repetirse el suspiro, y torna á lucir y cesar otro no sé qué resplandor; y acreciéntase el lloro dulce, y anda así por un espacio haciendo mudanzas el alma traspasándose unas veces, y otras veces tornándose á sí; hasta que sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre si misma, y no cabiéndola en si misma, espira amor, y ternura, y derretimiento por todas sus partes, y no entiende ni dice otra cosa sino es luz, amor, vida, descanso sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo, y que me convierta en ti toda, Señor. Mas callemos, Juliano, lo que por mucho que hablemos no se puede hablar. Y calló diciendo esto Marcelo un poco; y tornó luego á decir: Dicho he del ñudo y del deleite deste desposorio lo que he podido: quedame por decir lo que supiere de las demas circunstancias y requisitos suyos. Y no quiero referir yo agora las causas que movieron á Cristo, ni los accidentes de donde tomó ocasion para ser nuestro esposo, porque ya en otros lugares hemos dicho hoy acerca desto lo que conviene: ni diré de los terceros que entrevinieron en estos conciertos, porque el mayor, y el que á todos nos es manifiesto, fue la grandeza de su piedad y bondad: mas diré de la manera como se ha habido con esta su esposa por todo el espacio que desde que se prometieron corre, hasta el dia del matrimonio legitimo; y diré de los regalos y dulces tratamientos que por este tiempo, le hace, y de las prendas y joyas ricas, y por ventura de las leyes de amor, y del tálamo, y de las fiestas y cantares ordenados para aquel dia. Porque así como acontece á algunos hombres que se desposan con mujeres muy niñas, y que para casarse con ellas aguardan á que lleguen á la legitima edad, así nos conviene entender que Cristo se desposó con la Iglesia luego en nasciendo ella, ó por mejor decir, que la crió y hizo nacer para Esposa suya, y que se ha de casar con ella á su tiempo.

Y habemos de entender que como aquellos cuyas esposas son niñas, las regalan, y les hacen caricias primero como niñas y así por consiguiente como va creciendo la edad, van ellos tambien creciendo de manera en la amor que les tienen, y en las demostraciones del que les hacen: así Cristo á su espo-

SA la Iglesia la ha ido criando y acariciando conforme á sus edades, y diferentemente segun sus diferencias de tiempos; primero como á niña y despues como á algo mayor, y agora la trata como á doncella y bien entendida, y crecida, y cuasi ya casadera. Porque toda la edad de la Iglesia, desde su primer nascimiento, hasta el dia de la celebridad de sus bodas, que es todo el tiempo que hay desde el principio del mundo hasta su fin, se divide en tres estados de la Iglesia, y tres tiempos. El primero que llamamos de naturaleza, y el segundo de ley, y el tercero y postrero de gracia. El primero fue como la niñez desta ESPOSA: en el segundo vino á algun mayor ser: en este tercero que agora corre, se va acercando mucho á la edad de casar, Pues como ha ido creciendo la edad y saber, el ansí se ha habido con ella diferentemente su ESPOSO, midiendo con la edad los favores, y ajustándolos siempre con ella por maravillosa manera, aunque siempre por manera llena de amor y de regalo, como se vee claramente en el libro, de quien poco antes decia, de los Cantares: el cual no es sino un debujo vivo de todo aqueste trato amoroso y dulce que ha habido hasta agora, y de aquí adelante ha de haber entre estos dos ESPOSO y ESPOSA, hasta que llegue el dichoso día del matrimonio, que será el dia cuando se cerraren los siglos.

Digo, que es una imágen compuesta por la mano de Dios, en que se nos muestran por señales y semejanzas visibles, y muy familiares al hombre, las dulzuras que entre estos dos esposos pasan, y las diferencias que dellas conforme á los tres estados y edades diferentes que he dicho. Porque en la primera parte del libro, que es hasta cuasi la mitad del segundo capítulo, dice Dios lo que hace significacion de las condiciones desta su ESPOSA en aquel su estado primero de naturaleza, y la manera de los amores que le hizo entonces su ESPOSO. Y desde aquel lugar, que es donde se dice en el segundo capítulo: *Veis mi amado me habla y dice: Levántate, y apresúrate, y ven,* hasta el capítulo quinto adonde torna á decir: *Yo duermo, y mi corazon vela,* se pone lo que pertenece á la edad de la ley. Mas desde allí hasta el fin, todo cuanto entre aquestos dos se platica, es imágen de las dulzuras de amor que hace Cristo á su ESPOSA en aqueste postrero estado de gracia. Porque comenzando por lo primero y tocando tan solamente las cosas, y como señalándolas desde lejos (porque decirlas enteramente seria negocio muy largo, y no de aqueste breve tiempo que resta) ansí que diciendo de lo que pertenece á aquel estado primero; como era entonces niña la

ESPOSA, y la era nueva y reciente la promesa de Dios de hacerse carne como ella, y de casarse con ella, como tierna, y como deseosa de un bien tan nunca esperado, del cual entonces comenzaba á gustar, entra con la licencia que le da su niñez. y con la impaciencia que en aquella edad suele causar el deseo, pidiendo apresuradamente sus besos. *Bésememe dice, de besos de su boca, que mejor son los tus pechos que el vino.* En que debajo deste nombre de besos le pide ya su palabra, y el aceleramiento de la promesa de desposarla en su carne, que apenas le acaba de hacer. Porque desde el tiempo que puso Dios con el hombre, de vestirse de su carne dél, y de así vestido ser nuestro esposo, desde ese punto el corazón del hombre comenzó á haberse regalada familiarmente con Dios; y comenzaron desde entonces á bullir en él unos sentimientos de Dios nuevos y blandos, y por manera nunca antes vista dulcísimos.

Y hace significacion de aquesta misma niñez lo que luego dice y prosigue: *Las niñas doncellicas te aman:* porque las doncellicas y la Esposa son una misma. Y el aficionarse al olor y el comparar, y amar al ESPOSO como á un ramillete florido, y el no poderse aun tener bien en los pies, y el pedir al ESPOSO que le dé la mano diciendo: *Llévame empós de tí correrémos,* y el prometerle el ESPOSO tortolicas y sartalejos; todo ello demuestra lo niño y lo imperfecto de aquel amor y conocimiento primero. Y porque tenia entonces la Iglesia presentes y como delante de los ojos dos cosas, la una su culpa y pérdida, y la otra la promesa dichosa de su remedio, como mirándose á sí, por eso dice allí así: *Negra soy, mas hermosa, hijas de Hierusalem, como los tabérnáculos de Cedar, y como las tiendas de Salomon.* Negra por el desastre de mi culpa primera, por quien he quedado sujeta á las injurias de mis penalidades; mas hermosa por la grandeza de dignidad y de rica esperanza, á que por ocasion deste mal he subido. Y si el aire y el agua me maltratan de fuera, la palabra que me es dada, y la prenda que della en el alma tengo me enriquece y alegra. Y si los hijos de mi madre se encendieron contra mí, porque viniendo de un mismo Padre el ángel y yo, el ángel malo encendido de envidia, convirtió su ingenio en mi daño; y si me pusieron por guarda de viñas, sacándome mi de felicidad al polvo, y al sudor, y al desastre continuo desta larga miseria; y si la mi viña, esto es, la mi buena dicha primera, no la supe guardar: como sepa yo agora adonde, ó ESPOSO, sesteas, y como tenga noticia y favor para ir á los lugares bienaventurados adonde está de tu rebaño su

pasto, yo quedaré mejorada. Y así por esta causa misma el esposo entonces no se le descubre del todo, ni le ofrece luego su presencia y su guía, sino dícele, que si le ama como dice, y si le quiere hallar, que siga la huella de sus cabritos.

Porque la luz y el conocimiento que en aquella edad dió guía á la Iglesia, fue muy pequeño y muy flaco conocimiento en comparacion del de agora. Y porque ella era pequeña entonces, esto es, de pocas personas en número, y esas esparcidas por muchos lugares, y rodeadas por todas partes de infidelidad; por eso la llama allí y por regalo la compara á la rosa que las espinas, la cercan. Y tambien es rosa entre espinas, porque cuasi ya al fin de aquesta niñez suya, y cuando comenzaba á florecer, y brotaba ya á fuera su hermosa figura, haciendo ya cuerpo de república y de pueblo fiel con muchedumbre grandísima, que fue estando en Egipto, y poco antes que saliese de allí, fue verdaderamente rosa entre espinas; así por razon de los Egipcios infieles que la cercaban, como por causa de los errores y daños que se le pegaban de su trato y conversacion; como tambien por respeto de la servidumbre con que la oprimian. Y no es lejos de aquesto, que en sola aquella parte del libro la compara el esposo á cosas de las que en Egipto nascian, como cuando le dice: *Á la mi yegua en los carros de Faraon te asemejé, amiga mia.* Porque estaba sujeta ella á Faraon entonces, y como juncida al carro trabajoso de su servidumbre. Mas llegando á este punto, que es el fin de su edad la primera, y el principio de la segunda; la manera como Dios la trató, es lo que luego, y en el principio de la segunda parte del libro se dice: *Levántate, y apresúrate, amiga mia, y ven, que ya se pasó el invierno, y la lluvia ya se fue,* con lo que despues desto se sigue. Lo cual todo por hermosas figuras declara la salida desta santa Esposa, de Egipto. Porque llamándola el esposo á que salga, significa el Espíritu Santo no solo que el esposo la saca de allí, mas tambien la manera como la hace salir.

*Levántate,* dice, porque con la carga del duro tratamiento estaba abatida y caída. *Y apresúrate,* porque salió con grandísima priesa de Egipto, como se cuenta en el Exôdo. *Y ven,* porque salió siguiendo á su esposo. Y dice luego todo aquello que la convida á salir. Porque ya, dice, el invierno y los tiempos ásperos de su servidumbre han pasado; y ya comienza á parescer la primavera de su mejor suerte. Y ya, dice, no quiero que te me demuestres como rosa entre espinas, sino como *paloma en los agujeros de la barranca;* para significar el lu-

gar desierto, y libre de compañías malas á dó la sacó. Y así ella como ya mas crecida y osada responde alegremente á este llamamiento divino, y deja su casa, y sale en busca de aquel á quien ama. Y para declarárnoslo, dice: *En mi lecho, y en la noche* de mi servidumbre y trabajo, *busqué, y levanté el corazón á mi ESPOSO; busquéle, mas no le hallé. Levantéme, y rodeé la ciudad, y pregunté á las guardas della* por él. Y dice esto así para declarar todas las dificultades y trabajos nuevos que se le recrescieron con los de Egipto, y con sus príncipes dellos, desde que comenzó á tratar de salir de su tierra, hasta que de hecho salió. Mas luego en saliendo halló como presente en figura de nube, y en figura de fuego á su esposo; y así añade, y le dice: *En pasando las guardas, hallé al que ama mi alma, asile, y no le dejaré hasta que le encierre en la casa de mi madre, y en la recámara de la que me engendró.* Porque hasta que entró con él en la tierra prometida, adonde caminaba por el desierto, siempre le llevó como delante de sí. Y porque se entienda que se habla aquí de aquel tiempo y camino, poco mas abajo le dicen: *¿Quién es esta que sube por el desierto como varilla de humo de mirra, y de incienso y de todos los buenos olores?* Y lo que despues se dice del lecho de Salomon, y de las guardas dél, con quien es comparada la Esposa, es la guarda grande, y las velas que puso el ESPOSO para la salud y defensa suya por todo aquel camino y desierto. Y lo de la litera que Salomon hizo, y la pintura de sus riquezas y obra, es imágen de lo obra del arca y del santuario, que en aquel mismo lugar y camino ordenó para regalo de aquesta su Esposa. Y cuando luego por todo el capítulo cuarto dice della su ESPOSO encarecidos loores, cantando una por una todas sus figuras y partes; en la manera del loor, y en la cualidad de las comparaciones que usa bien se deja entender, que el que allí habla, aquello de que habla, lo concebía como una grande muchedumbre de ejército asentado en su real, y levantadas sus tiendas, y divididas en sus estancias por órden, en la manera como seguía su viaje, entonces el pueblo desposado con Dios.

Porque como en el libro de los Números vemos, el asiento del real de aquel pueblo, cuando peregrinó en el desierto, estaba repartido en cuatro cuarteles de aquesta manera. En la delantera tenían sus tiendas y asientos los del tribu de Judá, con los de Isacar, y Zabulon á sus lados. Á la mano derecha, tenían su cuartel los de Ruben, con los de Simeon, y de Gad juntamente. Á la izquierda moraban con los de Dan, los de Aser, y Neftalim. Lo postrero ocupaban Efraim con los

tribus de Benjamin, y de Manases. Y en medio deste cuadrado estaba fijado el tabernáculo del testimonio, y al derredor dél por todas partes tenian sus tiendas los Levitas y Sacerdotes, y conforme á esta órden de asiento seguian su camino cuando levantaban real. Porque lo primero de todo iba la coluna de nube que les era su guia. Enpós della seguian sus banderas tendidas Judá con sus compañeros. Á estos sucedian luego los que pertenescian el cuartel de Ruben. Luego iban el tabernáculo con todas sus partes, las cuales llevaban repartidas entre sí los Levitas. Efraím y los suyos iban despues. Y los de Dan iban en la retaguarda de todos. Pues teniendo como delante los ojos el esposo esta órden, y como deleitándose en contemplar esta imágen, en el lugar que digo la va loando, como si loara en una persona sola y hermosa sus miembros.

Porque dice, que *sus ojos*, que eran la nube y el fuego que les servian de guia, *eran como de paloma*. Y *sus cabellos*, que es lo que se descubre primero, y el cuartel de los que iban adelante, *como hatos de cabras*. Y *sus dientes*, que son Gad y Ruben, *como manadas de ovejas*. Y *sus labios y habla*, que eran los Levitas y Sacerdotes, por quien Dios les hablaba, *como hilo de carmesi*. Y por la misma manera llama *mejillas* á los de Efraím, y á los de Dan *cuello*. Y á los unos y á los otros los alaba con hermosos apodos. Y á la postre dice maravillas de sus dos pechos, esto es, de Moisen y Aaron, que eran como el sustento dellos, y como los caminos por donde venia á aquel pueblo, lo que los mantenía en vida y en bien. Y porque el paradero deste viaje era, el llegar á la tierra que les estaba guardada, y el alcanzar la posesion pacífica della; por eso en habiendo alabado la órden hermosa que guardaban en su real y camino, llégalos á la fin del camino, y mételos como de la mano en sus casas y tierras; Y por esto le dice: *Ven del Libano, amiga mia, Esposa mia, ven del Libano, ven, y serás coronada de la cumbre de Amana, y de la altura de Sanir y de Hermon de las cuevas de los leones, de los montes de las onzas*, que es como una descripcion de la region de Judea. En el cual region, despues que della se apoderó Dios y su pueblo, creció y fructificó por muchos siglos con grandes acrescentamientos de santidad y virtudes de la Iglesia.

Por donde el esposo luego que puso á la Esposa en la posesion desta tierra, contemplando los muchos frutos de religion que en ella produjo, para darlo á entender, le dice que es huerto, y le dice que es fuente, y de lo uno y de lo otro dice en esta manera: *Huerto cercado, hermana mia Esposa, huerto cercado, fuente sellada. Tus plantas verjeles son de*

*granados, y de lindos frutales; el cipro, y el nardo, y la canela, y el cinamomo con todos los árboles del Libano, la mirra, y el sándalo, con los demás árboles del incienso.* Y finalmente diciendo y respondiéndose á veces, concluyen todo lo que á la segunda edad pertenesce. Y concluido, luego se comienza el cuento de lo que en esta tercera de gracia pasa entre Cristo y su esposa. Y comienza diciendo: *Voz, de mi amado que llama: Abrame, hermana mia, amiga mia, paloma mia, que mi cabeza llena está de rocío, y las mis quedejas con las gotas de la noche.*

Que por quanto Cristo en el principio desta edad que decimos, nasció cubierto de nuestra carne, y vino así á descubrirse visiblemente á su Esposa, vestido de su librea della, y sujeto, como ella lo es, á los trabajos y á las malas noches que en la oscuridad desta vida se pasan, por eso dice que viene meltratado de la noche, y calado del agua y del rocío. Lo cual hasta aquel punto nunca de sí dijo el ESPOSO, ni menos dijo otra cosa que se pareciese á ello, ó que tuviese significacion de lo mismo. Pues ruégale que le abra la puerta, por que sabia la dificultad con que aquel pueblo donde nació, y donde en aquel tiempo se sustentaba aqueste nombre de Esposa, le habia de rescibir en su casa. Y esta dificultad y mal acogimiento es lo que luego en continente se sigue: *Desnúdeme la mi camisa, ¿cómo tornaré á vestirmela? lavé los mis pies, ¿cómo los ensuciaré?* Y así mal recibido se pasa delante á buscar otra gente. Y porque algunos de los de aquel pueblo aunque los menos dellos, le recibieron, por eso dice, que al fin salió la Esposa en su busca. Y porque los que le recibieron, padescieron por la confesion y predicacion de su fe muchos muy luengos trabajos, por eso dice que lo rodeó todo buscándole, y que no le halló, y que la hallaron á ella los guardas que hacian de ronda, y que la despojaron, y que la hirieron con golpes. Y las voces que da llamando á su ESPOSO escondido, y las gentes que movidas de sus voces acuden á ella, y le preguntan que busca, y por quien vocea con ansia tan grande, no es otra cosa sino la predicacion de Cristo, que ardiendo en su amor, hicieron por toda la gentilidad los Apóstoles: y los que se allegan á la Esposa, y los ofrecen su ayuda y compañía para buscar el que ama, son los mismos Gentiles, todos aquellos que abriendo los oidos del alma á la voz del santo Evangelio, y dando asiento á las palabras de salud en su corazon, se juntaron con fe viva á la Esposa, y se encendieron con ella en un mismo amor y deseo de ir en seguimiento de Cristo. Y como llegaba ya la Iglesia

á su debido vigor, y estaba, como si dijésemos, en la flor de su edad, y habia conforme á la edad crecido el conocimiento, y el ESPOSO mismo se le habia manifestado hecho hombre; da señas dél allí la esposa, y hace pintura de sus facciones todas, lo que nunca antes hizo en ninguna parte del libro. Porque el conocimiento pasado, en comparacion de la luz presente, y lo que supo de su ESPOSO la Iglesia en la naturaleza y la ley, puesto con lo que agora sabe y conoce, fue como una niebla cerrada, y como una sombra obscurísima.

Pues como es agora su amor de la Esposa y su conocimiento mayor que antes, así ella en esta tercera parte es mas aventajada que nunca en todo género de espiritual hermosura; y no está como estaba antes encogida en un pueblo solo, sino extendida por todas las naciones del mundo. En significacion de lo cual el ESPOSO en esta parte, lo que no habia hecho en las partes primeras, la compara á ciudades, y dice, que es semejante á un grande y bien ordenado escuadron, y repite todo lo que habia dicho antes loándola, y añade sobre lo dicho otros nuevos y mas soberanos loores. Y no solamente él la alaba, sino tambien como á cosa ya hecha pública por todas las gentes, y puesta en los ojos de todas ellas, alábanla con el ESPOSO otros muchos. Y la que antes de agora no era alabada, sino desde la cabeza hasta el cuello, es loada agora de la cabeza á los pies, y aun de los pies es loada primero, porque lo humilde es lo mas alto en la Iglesia. Y la que antes de agora no tenia hermana, porque estaba, como he dicho, sola en un pueblo; agora ya tiene hermana, y casa, y solicitud y cuidado della, extendiéndose por innumerables naciones. Y ama ya á su bien, y es amada dél por diferente y mas subida manera: que no se contenta con verle y abrazarle á sus solas, como antes hacia, sino en público y en los ojos de todos, y sin mirar en respetos y en puntos, como trae una mozueta á su niño y hermano en los brazos, y como se abalanza á él, á dó quier que le vee, desea traerle ella así siempre, y publicamente añudado con su corazón, como de hecho le trae en la Iglesia todo lo que merece perfectamente aqueste nombre de Esposa.

Que es lo que da á entender cuando dice: *¿Quién te me diese como hermano, mamante pechos de mi madre? Hallariate fuera, y besariate, y cierto no me despreciarian á mi. Asiré de ti, y te llevaré á casa de la mi madre, y tú me abezarás, y yo te regalaré.* Y porque llegando aquí ha venido á todo lo que en razon de Esposo puede llegar, no le queda sino que desee y que pida la venida de su ESPOSO á las bodas, y el dia feliz

en que se celebrará aqueste matrimonio dichoso. Y así lo pide finalmente diciendo: *Huye, amado mio, y aseméjate á la cabra, y al cervatico sobre los montes.* Porque el huir, es venir apriesa y volando; y el venir sobre los montes, es hacer que el sol, que sobre ellos amanece, nos descubra aquel dia. Del cual dia, y de su luz, á quien nunca sucede noche, y de sus fiestas que no tendrán fin, y del aparato soberano del tálamo, y de los ricos arreos con que saldrán en público el novio y la novia, dice san Juan en el Apocalipsi cosas maravillosas, que no quiero yo agora decir, ni si vá á decir verdad, puedo decirlas, porque las fuerzas me faltan. Y valga por todo lo que David acerca desto dice en el psalmo cuarenta y cuatro, que es proprio y verdadero cantar destas bodas, y cantar adonde el Espiritu Santo habla con los dos novios por divina y elegante manera. Y digalo Sabino por mí, pues yo no puedo ya, y el decirlo le toca á él. Y con esto Marcelo acabó, y Sabino dijo luego:

Un rico y un soberano pensamiento,  
me bulle dentro el pecho  
A tí, divino Rey, mi entendimiento  
dedico, y cuanto he hecho  
A ti yo lo enderezo: y celebrando  
mi lengua tu grandeza,  
Irá como escribano volteando  
la pluma con presteza.  
Traspasas en beldad á los nascidos,  
en gracia estás bañado:  
Que Dios en tí á sus bieues escogidos  
eterno asiento ha dado.  
Sus, ciñe ya tu espada, poderoso,  
tu prez, y tu hermosura,  
Tu prez, y sobre carro glorioso  
con próspera ventura.  
Ceñido de verdad y de clemencia  
y de bien soberano,  
Con hechos hazañosos su potencia  
dirá tu diestra mano.  
Los pechos enemigos tus saetas  
traspasen herboladas:  
Y besen tus pisadas las sujetas  
naciones derrocadas.  
Y durará. Señor, tu trono erguido  
por mas de mil edades.

Y tu reino el sceptro esclarecido  
cercado de igualdades.  
Prosigues con amor lo justo y bueno  
lo malo es tu enemigo.  
Y así te colmó, ó Dios, tu Dios el seno  
mas que á ningun tu amigo.  
Las ropas de tu fiesta producidas  
de los ricos marfiles.  
Despiden en tí puestas descogidas  
olores mil gentiles.  
Son ámbar, y son mirra, y son preciosa  
algalia sus olores.  
Rodéate de infantas copia hermosa  
ardiendo en tus amores.  
Y la querida Reina está á tu lado  
vestida de oro fino.  
Pues, ó tú, ilustre hija pon cuidado,  
atiende de contínuo.  
Atiende y mira, y oye lo que digo:  
si amas tu grandeza,  
Olvidarás de hoy mas tu pueblo amigo,  
y tu naturaleza.  
Que el Rey por tí se abrasa, y tú le adora,  
que él solo es señor tuyo.  
Y tú tambien por él serás señora  
de todo el gran bien suyo.  
El Tiro, y los ricos mercaderes  
delante tí humillados  
Te ofrescen, desplegando sus haberes,  
los dones mas preciados.  
Y anidará en tí toda hermosura,  
y vestirás tesoro:  
Y al Rey serás llevada en vestidura  
y en recamados de oro.  
Y juntamente al Rey serán llevadas  
contigo otras doncellas.  
Irán siguiendo todas tus pisadas,  
y tu delante dellas.  
Y con divina fiesta y regocijos  
te llevarán al lecho.  
Dó en vez de tus abuelos tentrás hijos.  
de claro y alto hecho:

A quien del mundo todo repartido  
darás el szeptro y mando.  
Mi canto por los siglos extendido  
tu nombre irá ensalzando.  
Celebrarán tu gloria eternamente  
toda nacion y gente,

Y dicho esto, y ya muy noche, los tres volvieron á su lugar.





## LIBRO TERCERO

---

A D. Pedro Portocarrero, del Consejo de S. M., y del de la santa y general Inquisicion

### I

DE los dos libros pasados, que publiqué para probar en ellos lo que se juzgaba de aqueste escribir, he entendido, MUY ILUSTRE SEÑOR, que algunos han hablado mucho, y por diferente manera. Porque unos se maravillan, que un teólogo, de quien, como ellos dicen, esperaban algunos grandes tratados llenos de profundas cuestiones, haya salido á la fin con un libro en romance. Otros dicen, que no eran para romance las cosas que se tratan en estos libros, porque no son capaces dellas todos los que entienden romance. Y otros hay que no los han querido leer, porque estan en su lengua: y dicen, que si estuvieran en latin los leyeran. Y de aquellos que los leen hay algunos que hallan novedad en mi estilo: y otros que no quisieran diálogos; y otros que quisieran capitulos, y que finalmente se llegaran mas á la manera de hablar vulgar y ordinaria de todos, porque fueran para todos mas tratables y mas comunes. Y porque juntamente con estos libros publiqué una declaracion del capitulo último de los Proverbios, que intitulé: *La Perfecta Casada*, no ha faltado quien diga, que no era de mi persona ni de mi profesion decirles á las mujeres casadas lo que deben hacer. Á los cuales todos responderé si son amigos, para que se desengañen, y si no lo son, para que no se contenten; á los unos porque es justo satisfacerlos, y á los otros porque gusten menos de no estar satisfechos; á aquellos

para que sepan lo que han decir, á estos, para que conozcan lo poco que nos dañan sus dichos. Porque los que esperaban mayores cosas de mí, si las esperaban porque estiman en algo, yo les soy muy deudor; mas si porque tienen en poco aquestas que he escrito, no crean ni piensen, que en la teología que llaman, se tratan ningunas, ni mayores que las que tratamos aquí, ni mas dificultosas, ni menos sabidas, ni mas dignas de serlo.

Y es engaño comun tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance, que ha nascido, ó de lo mal que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin ser, ó de lo poco que entendemos della creyendo que no es capaz de lo que es de importancia: que lo uno es vicio, y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no de la lengua, ni de los que se esfuerzan á poner en ella todo la grave y precioso que en alguna de las otras se halla. Así que no piensen, porque ven romance, que es de poca estima lo que se dice; mas al revés, viendo lo que se dice, juzguen que puede ser de mucha estima lo que se escribe en romance, y no desprecien por la lengua las cosas, sino por ellas estimen la lengua; si acaso las vieron, porque es muy de creer, que los que esto dicen, no las han visto ni leído. Mas noticia tienen dellas, y mejor juicio hacen los segundos, que las quisieran ver en latin: aunque no tienen mas razon que los primeros, en lo que piden y quieren. Porque pregunto, ¿por qué las quieren mas en latin? No dirán que por entenderderlas mejor, ni hará tan del latino ninguno, que profese, entenderlo mas que á su lengua: ni es justo decir, que porque fueran entendidas de menos, por eso no las quisieran ver en romance: porque es envidia no querer que el bien sea comun á todos, y tanto mas fea, cuanto el bien es mejor. Mas dirán, que no lo dicen sino por las cosas mismas, que siendo tan graves, piden lengua que no sea vulgar, para que la gravedad del decir se conforme con la gravedad de las cosas. A lo cual se responde, que una cosa es la forma del decir, y otra la lengua en que lo que se escribe se dice. En la forma del decir, la razon pide, que las palabras y las cosas que se dicen por ellas, sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo mas levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen: mas en lo que toca á la lengua, no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas.

Y esto mismo de que tratamos, no se escribiera como debia, por solo escribirse en latin, si se escribiera vilmente: que

las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como á la gravedad le conviene, ó sean españolas, ó sean francesas. Que si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar, se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platon escribió no vulgarmente, ni cosas vulgares en su lengua vulgar. Y no menores, ni menos levantadamente las escribió Ciceron en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y por decir lo que es mas vecino á mi hecho, los santos Basilio, y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno, y Cirilo, con toda la antigüedad de los Griegos, en su lengua materna griega, que cuando ellos vivian la mamaban con la leche los niños, y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios mas divinos de nuestra Fe, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabian que no habia de ser entendido por muchos de los que entendian la lengua. Que es otra razon en que estriban los que nos contradicen, diciendo, que no son para todos los que saben romance estas cosas que yo escribo en romance. Como si todos los que saben latin, cuando yo las escribiera en latin, se pudieran hacer capaces dellas; ó como si todo lo que se escribe en castellano, fuese entendido de todos los que saben castellano, y lo leen. Porque cierto es que en nuestra lengua, aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas bien ó mal escritas, que pertenescen al conocimiento de diversas artes, que los que no tienen noticia dellas, aunque las lean en romance, no las entienden.

Mas á los que dicen, que no leen aquestos mis libros por estar en romance, y que en latin los leyeran, se les responde que les debe poco su lengua, pues por ella aborreçen, lo que si estuviera en otra tuvieran por bueno. Y no sé yo de donde les nasce el estar con ella tan mal, que ni ella lo merece, ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan mas de la suya, por poco que della sepan, como de hecho saben della poquísimo muchos. Y destos son los que dicen, que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden, y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo: y les doy su lugar. Porque piensan que hablar romance, es hablar como se habla en el vulgo; y no conocen que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio, que de las palabras que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonia

y dulzura. Y si dicen, que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que así como los simples tienen su gusto, así los sabios, y los graves, y los naturalmente compuestos no se aplican bien á lo que se escribe mal y sin orden: y confiesen, que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es. Y si acaso dijeren, que es novedad; yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del descaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presumpcion que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas; sino para que los que las tienen, se animen á tratar de aquí adelante su lengua, como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas: y para que la igualen en esta parte que le falta, con las lenguas mejores, á las cuales, segun mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes. Y por el mismo fin quise escribir en diálogo, siguiendo en ello el ejemplo de los escritores antiguos, así sagrados como profanos, que mas grave y mas elocuentemente escribieron.

Resta decir algo á los que dicen, que no fue de mi cualidad, ni de mi hábito el escribir del oficio de la Casada; que no lo dijieran si consideraran primero, que es oficio del sabio, antes que hable, mirar bien lo que dice. Porque pudieran facilmente advertir, que el Espíritu Santo no tiene por ageno de su autoridad escribirles á los casados su oficio, y que yo en aquel libro lo que hago solamente es, poner las mismas palabras que Dios escribe, y declarar lo que por ellas les dice; que es proprio oficio mio, á quien por titulo particular incumbe el declarar la Escritura. Demás de que del teólogo y del filósofo es decir á cada estado de personas las obligaciones que tienen. Y si no es del fraile encargarse del gobierno de las casas ajenas, poniendo en ello sus manos, como no lo es sin duda ninguna; es proprio del fraile sabio, y del que enseña las leyes de Dios, con la especulacion traer á luz lo que debe cada uno hacer, y decírselo; que es lo que yo allí hago, y lo que hicieron muchos sabios y santos. Cuyo ejemplo, que he tenido por blanco, así en esto como en lo demás que me oponen, puede comigo mas para seguir lo comenzado, que para retraerme dello aquestas imaginaciones y dichos: que demás de ser vanos, son de pocos, y cuando fueran de muchos, el juicio solo de V. M. y su aprobacion, es de muy mayor peso que todos. Con el cual alentado, con buen ánimo proseguiré lo que resta, que es lo que los de Marcelo

hicieron y platicaron despues, que fue, lo que agora se sigue.

El dia que sucedió, en que la Iglesia hace fiesta particular al apóstol san Pablo, levantándose Sabino mas temprano de lo acostumbrado, al romper del alba salió á la huerta, y de allí al campo, que está á la mano derecha della, hácia el camino que va á la ciudad. Por donde habiendo andado un poco rezando, vió á Juliano que descendia para él de la cumbre de la cuesta, que, como dicho he, sube junto á la casa. Y maravillándose dello, y saliéndole al encuentro le dijo: No he sido yo el que hoy ha madrugado, que, segun me parece, vos, Juliano, os habeis adelantado mucho mas, y no sé por qué causa. Como el exceso en las cenas suele quitar el sueño, respondió Juliano, así, Sabino, no he podido reposar esta noche, lleno de las cosas que oimos ayer á Marcelo, que demás de haber sido muchas, fueron tan altas, que mi entendimiento, por apoderarse dellas, apenas ha cerrado los ojos. Así que verdad es, que os he ganado por la mano hoy porque mucho antes que amanesciese ando por estas cuestas. ¿Pues porqué por las cuestas? replicó Sabino: ¿no fuera mejor por la ribera del rio en tan calurosa noche? Parece, respondió Juliano, que nuestro cuerpo naturalmente sigue el movimiento del sol que á esta hora se encumbra, y á la tarde se derrueca en la mar. Y así es mas natural el subir á los altos por las mañanas, que el descender á los rios, á que la tarde es mejor. Segun eso, respondió Sabino, yo no tengo que ver con el sol, que derecho me iba al rio, si no os viera. Debeis, dijo Juliano, de tener que ver con los peces. Ayer, dice Sabino, decia yo que era pájaro. Los pajaros y los peces, respondió Juliano, son de un mismo linaje, y así viene bien. ¿Cómo de un linaje mismo? dijo Sabino. Porque Moisen (1) dice, respondió Juliano, que crió Dios en el quinto dia del agua las aves y los peces. Verdad es que lo dice, dijo Sabino; mas bien disimulan el parentesco, segun se parecen poco. Antes se parecen mucho, respondió Juliano entonces, porque el nadar es como el volar, y como el vuelo corta el aire, así el que nada hiende por el agua; y las aves y los peces por la mayor parte nascen de huevos. Y si mirais bien, las escamas en los peces son como las plumas en las aves, y los peces tienen tambien sus alas, y con ellas y con la cola se gobiernan cuando nadan, como las aves cuando vuelan lo hacen. Mas las aves, dijo riendo Sabino, son por la mayor parte cantores y parleras, y los peces todos son mudos.

(1) Génes. Cap. 1, v. 22.

Ordenó Dios esa diferencia, respondió Juliano, en cosas de un mismo linaje, para que entendamos los hombres, que si podemos hablar, debemos tambien poder y saber callar. Y que conviene, que unos mismos seamos aves y peces, mudos y elocuentes, conforme á lo que el tiempo pidiere. El de ayer á lo menos, dijo Sabino, no sé si pedía, siendo tan caluroso, que se hablase tanto, mas yo que lo pedí, sé que deseo algo mas, ¿Mas? dice, ¿y qué hubo en aquel argumento que Marcelo no lo dijese? En lo que se propuso, dijo Sabino, á mi parescer, habló Marcelo, como ninguno de los que yo he visto hablar: y aunque le conozco, como sabeis, y sé quanto se adelanta en ingenio; quando le pedí que hablase, nunca esperé que hablase en la forma, y con la grandeza que habló: mas lo mas que digo es, no en los Nombres de que trató, sino en uno que dejó de tratar. Porque hablando de los Nombres de Cristo, no sé como no apuntó en su papel el nombre proprio de Cristo, que es JESUS, que de razon habia de ser, ó el principal, ó el primero. Razon teneis, respondió Juliano, y será justo que se cumpla esa falta, que de tal nombre aun el sonido solo deleita; y no es posible, sino que Marcelo, que en los demás anduvo tan grande, tiene acerca deste nombre recogidas y advertidas muchas grandezas. ¿Mas qué medio tendrémós? que parece no buen comedimiento pedirselo, que estará muy cansado, y con razon. El medio está en vestra mano, Juliano, dijo Sabino luego ¿Cómo en mi mano? respondió. Con hacer vos, dijo Sabino, lo que no os parece justo que se pida á Marcelo: que estas cuestras, y esta vuestra madrugada tan grande no son en balde sin duda. La causa fue, respondió Juliano, la que dije; y el fruto, el asentar en el entendimiento y en la memoria lo que oí con vos juntamente: y si fuera dello he pensado otra cosa, no toca á ese nombre, que nunca advertí hasta agora en el olvido que dél se tuvo ayer. Mas atrevámonos, Sabino, á Marcelo, que, como dicen, á los osados la fortuna. En buen hora, dijo Sabino. Y con esta determinacion ambos se volvieron á la huerta, y en la casa supieron que no se habia levantado Marcelo, y entendiendo que reposaba, y no le queriendo desasosegar, se tornaron á la huerta, paseándose por ella por un buen espacio de tiempo hasta que viendo que Marcelo no salia, y que el sol iba bien alto, Sabino con algun recelo de la salud de Marcelo, fue á su aposento, y Juliano con él. Adonde entrados le hallaron que estaba en la cama, y preguntándole, si se detenia en ella por alguna mala disposicion que sintiese, y respondiéndoles él, que solamente se sentia un poco cansado, y que en lo demás

estaba bueno, Sabino añadió: Mucho me pesara, Marcelo, que no fuera así por tres cosas, por vos principalmente, y despues por mí que os habia dado ocasion, y la postrera, porque se nos desbarataba un concierto. Aquí Marcelo sonriéndose un poco dijo: ¿Qué concierto, Sabino? ¿habeis por caso hallado hoy otro papel? No otro, dijo Sabino, mas en el de ayer he hallado que culparle, que entre los nombres que puso, olvidó el de JESUS, que es el proprio de Cristo, y así es vuestro el suplir por él. Y habemos concertado Juliano y yo, que sea hoy, por hacer con ello, en este dia suyo, fiesta á san Pablo: que sabeis cuan devoto fue deste nombre, y las veces que en sus escritos le puso, hermoseándolos con él, como se hermosea el oro con los esmaltes y con las perlas. Bueno es, respondió Marcelo; hacer concierto sin la parte.

Ese santo nombre dejóle el papel, no por olvido, sino por lo mucho que han escrito dél algunas personas. Mas si os agrada que se diga, á mí no me desagradará oír lo que Juliano acerca dél nos dijere, ni me parece mal el respecto de san Pablo, y de su dia, que, Sabino decís. Ya eso está andado, respondió al punto Sabino, y Juliano se excusa. Bien es que se excuse hoy, dijo Marcelo, quien puso ayer su palabra, y no la cumplió. Aquí como Juliano dijese, que no la habia cumplido por no hacer agravio á las cosas; y como pasasen acerca desto algunas demandas y respuestas entre los dos, excusándose cada uno lo mas que podia, dijo Sabino: y quiero ser juez en este pleito, si me lo consentís, y si os ofreceis á pasar por lo que juzgare. Yo consiento, dijo Juliano, y Marcelo dijo, que tambien consentia, aunque le tenia por algo sospechoso juez. Y Sabino respondió luego: pues porque veais, Marcelo, cuan igual soy, yo os condeno á los dos, á vos que digais del nombre de JESUS, y á Juliano que diga de otro, ó de otros nombres de Cristo que yo le señalare, ó que él se escogiere. Riéronse mucho desto Juliano y Marcelo, y diciendo que era fuerza obedecer al juez, asentaron, que caida la siesta, en el soto, como el dia pasado, primero Juliano, y despues Marcelo, dijesen. Y en lo que tocaba á Juliano que dijese del nombre que le agradase mas. Y con esto salieron fuera del aposento Juliano y Sabino, y Marcelo se levantó. Y despues de haber dado á Dios lo que el dia pedia, pasaron hasta que fue hora de comer en diversas razones, las mas de las cuales fueron sobre lo que juzgado Sabino, de que se reia Marcelo mucho. Y así llegada la hora, y habiendo dado su refeccion al cuerpo con templanza, y al ánimo con alegría moderada, poco despues Marcelo se recogió á su aposento á

pasar la siesta, y Juliano se fue á tenerla entre los álamos que en la huerta habia, estancia fresca y apacible: y Sabino, que no quiso escoger, ni lugar ni reposo, como mas mozo, decia, que advirtió de Juliano, que todo el tiempo que estuvo en la alameda, que fue mas de dos horas, lo pasó sin dormir, unas veces arrimado, y otras paseándose, y siempre metidos los ojos en el suelo, y pensando profundísimamente. Hasta que él, paresciéndole hora, despertó al uno de su pensamiento, y al otro de su reposo; y diciéndoles que su oficio era, no solo repartirles la obra, sino tambien apresurarlos á ella, y avisarlos del tiempo; ellos con él y en el barco se pasaron al soto, y al mismo lugar del dia de antes. Adonde asentados, Juliano comenzó así:

## II

Pues me toca el hablar primero, y está en mi eleccion lo de que tengo de hablar, pareceme tratar de un nombre que Cristo tiene, demás de los que ayer se dijeron dél y de otros muchos que no se han dicho, y este es el nombre de Hijo, que así se llama Cristo por particular propiedad. Y si hablara de mi voluntad, ó no hablara delante de quien tan bien me conoce, buscara alguna manera, con que deshaciendo mi ingenio, y escusando mis faltas, y haciéndome opinion de modestia, ganara vuestro favor. Mas pues esto no sirve, y vuestra atencion es cual las cosas lo piden, digamos en buen punto, y con el favor que el Señor nos diere, eso mismo que él nos ha dado á entender. Pues digo, que este nombre de HIJO se le dan á Cristo las divinas letras en muchos lugares. Y es tan comun nombre suyo en ellas, que por esta causa cuasi no lo echamos de ver cuando las leemos, con ser cosa de misterio, y digna de ser advertida. Mas entre otros en el psalmo setenta y uno, adonde debajo de nombre de Salomon refiere David, y celebra muchas de las condiciones y accidentes de Cristo le es dado este nombre por manera encubierta y elegante. Porque donde leemos (1): *Y su nombre será eternamente bendito, y delante del sol durará siempre su nombre*; por lo que decimos *durar*, ó *perseverar*, la palabra original á quien estas responden, dice propriamente lo que en castellano no se dice con una voz. Porque significa, el adquirir uno nasciendo el ser y el nombre de hijo, ó el ser hecho y producido, y no en otra manera que hijo, por manera que dirá así: *Y antes que el sol, le vendrá por nascimiento el te-*

(1) Psal. LXXI, v. 5. 17.

*ner nombre de HIJO.* En que David no solamente declara que es HIJO Cristo, sino dice que su nombre es ser HIJO. Y no solamente dice que llama así por haberle sido puesto este nombre, sino que es nombre que le viene de nascimiento, y de linaje, y de origen, ó por mejor decir, que nasce en él y con él este nombre; y no solo que solo que nasce en él agora ó que nació con él al tiempo que él nació de la Virgen, sino que nació con él, aun cuando no nascia el sol, que es decir, antes que fuese el sol, ó que fuesen los siglos. Y ciertamente san Pablo, en la epístola que escribe á los Hebreos, comparando á Cristo con los ángeles, y con las demás criaturas, y diferenciándole dellas, y aventajándole á todas, usa deste nombre de HIJO, y toma argumento dél, para mostrar, no solamente que Cristo es HIJO de Dios, sino que entre todos le es proprio á él este nombre. Porque dice desta manera: *Y hizole Dios tanto mayor que los ángeles, quanto por herencia alcanzó sobre ellos, nombre diferente. Porque á cual de los ángeles dijo: Tú eres mi HIJO, ¿yo te engendré hoy?*

En que se debe advertir, que segun lo que san Pablo dice, Cristo no solamente se llama HIJO, sino como deciamos, se llama así por herencia: y que es heredad suya, y como su legitima, el ser llamado HIJO entre todos. Y que con ser así que en la Divina Escritura llama Dios á algunos hombres sus hijos, como á los Judíos en Esaias cuando les dice *Engendré hijos, y ensalcélos, que me despreciaron despues;* y en el otro Profeta que dice (1): *Llamé á mi HIJO de Egipto;* y con ser tambien los ángeles nombrados hijos, como en el libro de Job, y en el libro de la creacion, y en otros muchos lugares: dice osadamente y á boca llena san Pablo, y como cosa averiguada, y en que no puede haber duda, que Dios á ninguno sino á solo Cristo le llamó HIJO suyo.

Mas veamos este secreto, y procuremos, si posible fuere, entender, por que razon ó razones, entre tantas cosas á quien les conviene este nombre, le es proprio á Cristo el ser y llamarse HIJO: y veamos tambien, que será aquello, que dándole á Cristo este nombre, nos enseña Dios á nosotros. Aquí Sabino, quanto á la naturaleza divina de Cristo, dice, no parece, Juliano gran secreto el porque Cristo, y solo Cristo se llama HIJO. Porque en la Divinidad no hay mas de uno á quien le pueda convenir este nombre. Antes, respondió Juliano, lo oscuro, y lo hondo, y lo que no se puede alcanzar de aqueste secreto, es eso mismo, que, Sabino, decís. Conviene á saber, como ó por que manera y razon la persona divina de Cristo

(1) Osæ, cap. XI. v. 1.

sola ella en la Divinidad es hijo, y se llama así, habiendo en la Divinidad la persona del Espíritu Santo, que procede del Padre también, y le es semejante, no menos que el hijo lo es. Y aunque muchos, como sabeis, se trabajan por dar desto razón; no se yo agora si es razón de las que los hombres no pueden alcanzar, porque á la verdad es de las cosas que la fe reserva para sí sola. Mas no turbemos la orden, sino veamos primero, que es Hijo, y sus condiciones cuales son, y que cosas se le consiguen como anexas y propias; y veremos luego, como se halla esto en Cristo, y las razones que hay en él, para que sea llamado hijo á boca llena entre todos. Y quanto á lo primero, hijo, como sabeis, llamamos, no lo que es hecho de otro como quiera, sino lo que nasce de la sustancia de otro, semejante en la naturaleza al mismo de quien nasce; y semejante así, que el mismo nascer le hace semejante, y le pinta, como si dijésemos, de las colores y figuras del padre, y pasa en él sus condiciones naturales. Por manera que el mismo ser engendrado, sea resebir un ser, no como quiera, sino un ser retratado, y hecho á la imagen de otro.

Y como en el arte el pintor que retrata, en el hacer del retrato mira al original, y por la obra del arte pasa sus figuras en la imagen que hace; y no es otra cosa el hacer la imagen sino el pasar en ella las figuras originales, que se pasan á ella por esa misma obra con que se forma y se pinta: así en lo natural el engendrar de los hijos, es hacer unos retratos vivos, que en la substancia de quien los engendra, su virtud secreta, como en materia, ó como en tabla dispuesta, los va figurando semejantes á su principio. Y eso es el hacerlos, el figurarlos, y el asemejarlos á sí. Mas como entre las cosas que son, haya unas de vida limitada, y otras que permanecen sin fin; en las primeras ordenó la naturaleza que engendrasen y tuviesen hijos, para que en ellos, como en retratos suyos, y del todo semejantes á ellos, lo corto de su vida se extendiese, y lo limitado pasase adelante, y se perpetuasen en ellos, los que son precederos en sí: mas en las segundas, cuando los tienen, ó las que dellas los tienen, el tenerlos, y el engendrarlos, no se encamina á que viva el que es padre en el hijo, sino á que se demuestre en él, y parezca, y salga á luz, y se vea. Como en el sol lo podemos ver, cuyo fruto, ó si lo habemos de decir así, cuyo hijo es el rayo que dél sale, que es de su misma cualidad y substancia, y tan lucido y tan eficaz como él. En el cual rayo no vive el sol, despues de haber muerto, ni se le

dió, ni le produce él, para fin de que quedase otro sol en él, cuando el sol peresciese, porque el sol no parece: mas si no se perpetúa en él luce en él, y resplandesce, y se nos viene á los ojos. Y así le produce, no para vivir en él, sino para mostrarse en él, y para que comunicándole toda su luz, veamos en el rayo, quien es el sol. Y no solamente le veamos en el rayo, mas también le gozemos, y seamos partícipes de todas sus virtudes y bienes. Por manera que el Hijo es como un retrato vivo del padre, retratado por él en su misma substancia, hecho en las que son eternas y perpetuas, para fin de que el padre salga á fuera en el Hijo, y aparezca, y se comunique. Y así para que uno se diga y sea hijo de otro, conviene lo primero, que sea de su misma substancia; lo segundo, que le sea en ella igual y semejante del todo; lo tercero, que el mismo nacer le haya hecho así semejante; lo cuarto, que ó substituya por su padre cuando faltare él, ó si durare siempre, le represente siempre en sí, y le haga manifiesto, y le comunique con todos. A lo cual se consigue, que ha de ser una voluntad, y un mismo querer el del Padre y del Hijo; que su estudio dél, y todo su oficio ha de ser emplearse en lo que es agradable á su Padre; que no ha de hacer sino lo que su Padre hace (porque si es diferente, ya no le es semejante, y por el mismo en aquello no es Hijo); que siempre mire á él, como á su dechado, no solo para figurarse dél, sino para volverle con amor, lo que rescibió con deleite, y para enlazarse en un querer puro, y ardiente, y recíproco el el Hijo y el Padre.

Pues siendo esto así, y en la forma que dicho habemos, como de hecho lo es, claramente se ve la razón porque Cristo entre todas las cosas es llamado Hijo de Dios á boca llena. Pues es manifiesto que concurren en él todas las propiedades de Hijo que he dicho, y que en ninguno otro concurren. Porque lo primero, él solo según la parte divina que en sí contiene, nasce de la substancia de Dios, semejante, por igualdad á aquel de quien nasce y semejante, porque el mismo nacer y la misma forma y manera como nasce de Dios, le asemeja á Dios y le figura como él tan perfecta y acabadamente, que le hace una misma cosa con él. Como él mismo lo dice: *Yo y el Padre somos una cosa*: de que diremos después mas copiosamente. Pues según la otra parte nuestra que en sí tiene, ya que no es de la substancia de Dios, mas como Marcelo ayer decia, parece mucho á Dios, y es casi otro él por razón de los infinitos tesoros de celestiales y divinísimos bienes que Dios en ella puso. Por donde él mis-

mo decia (1): *Philippe, quien á mi me vee, á mi Padre vee.* Demás desto, el fin para que las cosas eternas, si tienen HIJO, le tienen, que es para hacerse manifiestas en él, y como si dijésemos, para resplandecer por él en la vista de todos; Cristo solo es el que lo puede poner por obra, y el que de hecho lo pone. Porque él solo nos ha dado á conocer á su Padre, no solamente poniendo su noticia verdadera en nuestros entendimientos, sino tambien metiendo y asentando en nuestras almas con suma eficacia sus condiciones de Dios, y sus mañas, y su estilo, y virtudes. Segun la naturaleza divina hace este oficio, y segun que es hombre, sirvió y sirve en este ministerio á su Padre: que en ambas naturalezas es voz que le manifiesta, y rayo de luz que lo descubre, y testimonio que le saca á luz, y imágen y retrato, que nos le pone en los ojos.

En cuanto Dios, escribe san Pablo (2) dél, que *es resplandor de gloria, y figura de su Padre, y de su substancia.* En cuanto hombre, dice él mismo de sí: *Yo para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.* Y en otra parte tambien: *Padre, manifesté á los hombres tu nombre.* Y conforme á esto es lo que san Juan escribe dél: *Al Padre nadie le vió jamás, el Unigénito, que está en su seno, ese es el que nos dió nuevas dél.* Y como Cristo es HIJO de Dios solo, y singular en lo que habemos dicho hasta agora; así mismo lo es en lo que resta y se sigue. Porque él solo, segun ambas naturalezas, es de una voluntad y querer con él mismo. No dice él de sí: *¿Mi mantenimiento es el hacer la voluntad de mi Padre?* Y David dél en el psalmo: *En la cabeza del libro está escrito de mí, que hago tu voluntad, y que tu ley reside en medio de mis entrañas.* Y en el huerto, combatido de todas partes, ¿qué dice? *No lo que me pide el deseo, sino lo que tú quieres, eso, Señor, se haga.* Y por la misma manera siempre hace, y siempre hizo solamente aquello que vió hacer á su padre. No puede el HIJO, dice, *hacer de sí mismo ninguna cosa mas de lo que vee que su Padre hace.* Y en otra parte: *Mi doctrina no es mi doctrina sino de aquel que me envia.* Su Padre reposa en él con un agradable descanso, y él se retorna todo á su Padre con una increíble dulzura, y van y vienen del uno al otro llamas de amor ardientes y deleitosas. Dice el Padre: *Este es mi querido HIJO, en quien me satisfago y descanso.* Dice el HIJO: *Padre, yo te he manifestado sobre la tierra, ca perfeccionado he la obra que me encomendaste que hiciese.*

(1) Joan. cap. XIV. v. 9.

(2) Ad. Hebr. cap. I. v. 3.





...quién á mí me vee, á mi Padre vee.

Juan, cap. XIV. v. 9.

Y si el amor es obrar, y si en la obediencia del que ama á quien ama, se hace cierta prueba de la verdad del amor; ¿cuánto amó á su Padre, quien así le obedesció como Cristo? *Obedescióle*, dice, *hasta la muerte y hasta la muerte de cruz*: que es decir, no solamente que murió por obedecer, sino que por servir á la obediencia, el que es fuente de vida, dió en sí entrada á la muerte; y halló manera para morir, el que morir no podia; y que se hizo hombre mortal, siendo Dios, y que siendo hombre libre de toda culpa, y por la misma razon ageno de la pena de la muerte, se vistió de todos nuestros pecados, para padecer muerte por ellos; que puso en cárcel su valor y poder, para que le pudiesen prender sus contrarios; que se desamparó, si se puede decir, á sí mismo, para que la muerte cortase el lazo que añudaba su vida. Y porque ni podia morir Dios, ni al hombre se le debia muerte sino en pena de culpa, ni el alma que vivia de la vista de Dios, segun consecuencia natural, podia no dar vida á su cuerpo; se hizo hombre, se cargó de las culpas del hombre, puso estanco á su gloria para que no pasase los limites de su alma, ni se derramase á su cuerpo exentándole de la muerte, hizo maravillosos ingenios, solo para sujetarse al morir, y todo por obedecer á su Padre. Del cual él solo con justísima razon es llamado HIJO entre todas las cosas, porque él solo le iguala, y le demuestra, y le hace conocido é ilustre, y le ama, y le remeda, y le sigue, y le respeta, y le complace, y obedece tan enteramente, quanto es justo que el Padre sea obedescido y amado. Aquesto quede dicho en comun, mas descendamos agora á otras mas particulares razones.

Tiene nombre de HIJO Cristo, porque el hijo nasce, y porque le es á Cristo tan proprio, como si dijésemos, tan de su gusto nacer, que solo él nasce por cinco diferentes maneras, todas maravillosas y singulares. Nasce segun la Divinidad eternamente del Padre. Nació de la Madre virgen segun la naturaleza humana temporalmente. El resucitar despues de muerto á nueva y gloriosa vida para mas no morir, fue otro nacer. Nasce en cierta manera en la hostia, cuantas veces en el altar los sacerdotes consagran aquel pan en su cuerpo. Y ultimamente, nasce y cresce en nosotros mismos, siempre que nos santifica y renueva. Y digamos por su órden de cada uno destos nascimientos por sí. Grande tela, dijo al punto Sabino, me parece, Juliano, que urdís, y si no me engaño, maravillosas cosas se nos aparejan. Maravillosas son sin duda las que se encierran en lo que agora propuse, respondió Juliano, ¿mas quién las podrá sacar todas á luz? Y en caso que

alguno pueda, conocido teneis, Sabino, que yo no seré. De la grandeza de Marcelo, si vos fuérades buen juez, era propriamente a queste argumento. Dejad, dijo Sabino, á Marcelo agora, que ayer le cansamos, y hoy se cansará. Y vos no sois tan pobre de lo que Marcelo con tanta ventaja tiene, que os sea necesaria su ayuda. Marcelo entonces dijo sonriéndose: Hoy el mandar es de Sabino, y nuestro el obedecer: seguid, Juliano su voluntad, que el descanso que me ordena á mi, le rescibo, no tanto en callar yo, como en oiros á vos.

Yo la seguiré, dijo, y tornó luego á callar, y deteniéndose un poco, comenzó á decir así: Cristo Dios nasce de Dios, y es verdadera y propriamente HIJO suyo. Y así en la manera del nascer, como en lo que rescibe nasciendo, como en todas las circunstancias del nascimiento, hay infinitas cosas de consideracion admirable. Porque aunque parescerá á alguno, como á los infieles parece, que á Dios, siendo como es, en el vivir eterno, y en la perfeccion infinito, y cabal en sí mismo, ni le era necesario el tener HIJO, ni menos le convenia engendrarlo: pero considerando por otra parte, como es la verdad, que la esteridad es un género de flaqueza y pobreza, y que por la misma causa, lo rico y lo perfecto, y lo abundante, y lo poderoso, y lo bueno, conforme á derecha razon, anda siempre junto con lo fecundo; se ve luego, que Dios es fecundísimo, pues no es solamente rico y poderoso; sino tesoro infinito de toda riqueza y poder, ó por mejor decir, la misma bondad, y poderío y riqueza infinita. De manera que por ser Dios tan cabal y tan grande, es necesario que sea fecundo, y que engendre, porque la soledad era cosa tristísima. Y porque Dios es sumamente perfecto en todo cuanto es, fue menester, que la manera como engendra y pone en ejecucion la infinita fecundidad que en sí tiene, fuese sumamente perfecta: de arte que no solo careciese de faltas, sino tambien se aventajase á todas las otras cosas que engendran, con ventajas que no pudiesen tasar. Porque lo primero es así, que Dios para engendrar á su HIJO, no usa de tercero de quien lo engendre con su virtud, como acontece en los hombres, mas engéndralo de sí mismo, y prodúcelo de su misma substancia, con la fuerza de su fecundidad eficaz. Y porque es infinitamente fecundo, él mismo, como si dijésemos, se es el padre y la madre. Y así para que lo entendiésemos en la manera que los hombres podemos, que entendemos solamente lo que el cuerpo nos pinta, la sagrada Escritura le atribuye vientre á Dios, y dice en ella él á su HIJO en el psalmo, segun la letra latina: *Del vientre antes que nasciese el lucero yo te engendré.*

Para que así como en llamarle Padre la divina Escritura nos dice, que es su virtud la que engendra; así ni mas ni menos en decir que le engendra en su vientre, nos enseña que lo engendra de su substancia misma, y que él basta solo para producir este bien. Lo otro, no aparta Dios de sí lo que engendra, que eso es imperfeccion de los que engendran así, porque no pueden poner toda su semejanza en lo que de sí producen, y así es otro lo que engendran; y el hombre aunque engendra hombre, engendra otro hombre apartado de sí: que dado que se le parece y allega en algunas cosas, en otras se le diferencia y desvía, y al fin se aparta, y divide y desemeja, porque la division es ramo de desemejanza, y principio de disension y desconformidad.

Por donde así como fue necesario que Dios tuviese HIJO, porque la soledad no es buena; así convine tambien, que el HIJO no estuviese fuera del Padre, porque la division y apartamiento es negocio peligroso y ocasionado. Y porque en la verdad el HIJO, que es Dios, no podia quedar sino en el seno, y como si dijésemos en las entrañas de Dios. Porque la Divinidad forzosamente es una, y no se aparta, ni divide. Y así dice Cristo de sí, *que él está en su Padre y su Padre en él*. Y san Juan dice del mismo, *que está siempre en seno del Padre*. Por manera que es HIJO engendrado, y está en el seno del que lo engendra. En que por ser HIJO engendrado se concluye, que no es la misma persona del Padre que le engendró, sino otra y distinta persona; y por estar en el seno dél, se convence, que no tiene diferente naturaleza dél, ni distinta. Y así el Padre y el HIJO son distintos en personas para compañía, y uno en esencia de divinidad, para descanso y concordia. Lo tercero, aquesta generacion y nascimiento no se hace partidamente, ni poco á poco; ni es cosa que se hizo una vez, y quedó hecha, y no se bace despues; sino por cuanto es en sí limitado todo lo que se comienza y acaba, y lo que es Dios no tiene limite, desde toda la eternidad el HIJO ha nascido del Padre, y eternamente está nasciendo, y siempre nasce todo, y perfecto, y tan grande como es grande su Padre.

Por donde á este nascimiento, que es uno, la sagrada Escritura le da nombre de muchos. Como es lo que escribe Michéas, y dice: *De tí Bethleem me saldrá capitan para ser Rey en Israel, y sus manantiales desde ya antes, desde los dias de la eternidad*. Sus manantiales, dice, porque manó, y mana y manará, ó por mejor decir, porque es un manantial que siempre manó, y que mana siempre. Y así parecen muchos, siendo uno y sencillo, que siempre es todo, que nunca se comienza,

ni nunca se acaba. Lo otro, en esta generacion no se mezcla pasion alguna, ni cosa que perturbe la serenidad del juicio; antes se celebra toda con pureza y luz, y sencillez. Y es como un manar de una fuente, y como una luz que sale con suavidad del cuerpo que luce. Y como un olor, que sin alterarse espiran de sí las rosas. Por lo cual la Escritura dice deste divino HIJO, en una parte: *Es un vapor de la virtud de Dios, y una emanacion de la claridad del Todopoderoso limpia y sincera.* Y en otra: *Yo soy como canal de agua perpetua, como regadera que salió del rio, como arroyo que sale del Paraiso.* De arte que aquí no se turba el ánimo, ni el entendimiento se añubla: antes (y sea lo quinto) el entendimiento de Dios espejado y clarísimo es el que la celebra, como los santos antiguos lo dicen expresamente, y como las sagradas letras lo dan bien á entender.

Porque Dios entiende, por cuanto todo él es mente y entendimiento: y se entiende á sí mismo, porque en él solo se emplea su entendimiento como debe. Y entendiéndose á sí, y siéndole natural, por ser suma bondad, el apetecer la comunicacion de sus bienes; ve todos sus bienes, que son infinitos y vee y comprehende, segun que formas los puede comunicar, que son tambien infinitas: y de sí y de todo esto que vee en sí, dice una palabra, que lo declara, esto es; forma y debuja en sí mismo una imágen viva, en la cual pone á sí, y á todo lo que vee en sí, así como lo vee menuda y distintamente: y pasa en ella su misma naturaleza entendida y cotejada entre sí misma, y considerada en todas aquellas maneras, que comunicarse puede, y como si dijésemos, conferida y comparada con todo lo que della puede salir. Y esta imágen producida en esta forma es su HIJO. Porque como un grande pintor, si quisiese hacer una imágen suya que lo retratase, volveria los ojos á sí mismo primero, y pondria en su entendimiento á sí mismo, y entendiéndose menudamente, se dibujaria allí primero que en la tabla, y mas vivamente que en ella, y este dibujo suyo, hecho, como decimos, en el entendimiento, y por él, seria como un otro pintor, y si le pudiese dar vida, seria un otro pintor de hecho producido del primero, que tendria en sí todo lo que el primero tiene, y lo mismo que el primero tiene, pero allegado y hecho vecino al arte, y á la imágen de fuera: así Dios, que necesariamente se entiende, y que apetece el pintarse, desde que se entiende, que es desde toda su eternidad, se pinta y se debuja en sí mismo, y despues, cuando le place, se retrata de fuera. Aquella imágen es el HIJO: el retrato que despues hace fuera de sí, son las cria-

turas, así cada una dellas, como todas allegadas y juntas. Las cuales comparadas con la figura que produjo Dios en sí, y con la imagen del arte, son como sombras oscuras, y como partes por extremo pequeñas, y como cosas muertas en comparación de la vida. Y como (insistiendo todavía en el ejemplo, que he dicho) si comparamos el retrato que de sí pinta en la tabla el pintor, con el que dibujó primero en sí mismo, aquel es una tabla tosca, y unas colores de tierra, y unas rayas y apariencias vanas que carecen de ser en lo secreto, y este, si es vivo, como dijimos, es un otro pintor: así toda esta criatura es una ligera vislumbre, y una cosa vana, y mas de apariencia que de substancia, en comparación de aquella viva y expresa, y perfecta imagen de Dios.

Y por esta razón todo lo que en este mundo inferior nasce y se muere, y todo lo que en el cielo se muda, y corriendo siempre en torno, nunca permanece en un ser; en esta imagen de Dios tiene su ser sin mudanza, y su vida sin muerte, y es en ella de veras, lo que en sí mismo es cuasi de burlas. Porque el ser que allí las cosas tienen, es ser verdadero y macizo, porque es el mismo de Dios: mas el que tienen en sí es trefe y baladí, y como decimos en comparación de aquel es sombra de ser. Por donde ella misma dice de sí: *En mí está la manida de la vida y de la verdad: en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud.* En que diciendo, que está toda la vida en ella, manifiesta que tiene ella en sí el ser de las cosas; y diciendo que está la verdad, dice la ventaja que el ser de las cosas que tiene, hace al que ellas mismas tienen en sí mismas: que aquel es verdad, y este en su comparación es engaño. Y para la misma ventaja dice también: *Yo moro en las alturas, y mi asiento sobre la coluna de nube... Como cedro del Libano me empiné, y como en el monte Sion el ciprés: ensalcéme como la palma de Gades, y como los rosales de Jericó: como la oliva vistosa en los campos, y como el plátano á las corrientes del agua.* Y san Juan dice della en el capítulo primero de su Evangelio, que *todo lo hecho era vida en el Verbo*: en que dice dos cosas, que estaba en esta imagen lo criado todo, y que como en ella estaba, no solamente vivía, como en sí vive, sino que era la vida misma. Y por la misma razón aquesta viva imagen es sabiduría puramente, porque es todo lo que sabe de sí Dios, que es perfecto saber, y porque es el dechado, y como si dijésemos, el modelo de cuanto Dios hacer sabe, y porque es la orden, y la proporción, y la medida, y la decencia, y la compostura, y la armonía, y el límite, y el propio ser y razón de todo lo que Dios hace y puede.

Por lo cual san Juan, en el principio de su Evangelio le llamaba (*Logos*) por nombre, que como sabeis es palabra griega, que significa todo aquesto que he dicho.

Y por consiguiente aquesta imágen puso las manos en todo quanto Dios lo crió, no solamente porque era ella, el dechado á quien miraba el Padre quando hizo las criaturas, sino porque era dechado vivo y obrador, y que ponía en ejecución el oficio mismo que tiene. Que aunque tornemos al ejemplo que he puesto otra y tercera vez, si la imágen que el pintor debujó en sí de sí mismo, tuviese ser que viviese, y si fuese substancia capaz de razon; quando el pintor se quisiese retratar en la tabla, claro es que no solamente menearia el pintor la mano mirando á su imágen; mas ella misma por sí misma le regiria el pincel, y se pasaria ella á sí misma en la tabla: pues así san Pablo (1) dice de aquesta imágen divina, que hizo el padre por ella los siglos. *¿Y ella que dice? Yo sali de la boca del alto, engendrada primero que criatura ninguna: yo hice que nasciese en el cielo la luz, que nunca se apaga: y como niebla me extendi por toda la tierra.*

Y ni mas ni menos de aquesto se ve con cuenta razon esta imágen es llamada HIJO, y HIJO por excelencia, y solo HIJO entre todas las cosas. HIJO por que procede, como dicho es, del entendimiento del Padre, y es la misma naturaleza y substancia del Padre expresada, y viva con la misma vida de Dios. HIJO por excelencia, no solamente porque es el primero y el mejor de los hijos de Dios, sino porque es el que mas iguala á su Padre entre todos. HIJO solo, porque él solo representa enteramente á su Padre, y porque todas las criaturas que hace Dios, cada una por sí en este HIJO las parió, como si digamos, primero todas mejoradas y juntas. Y así, él solo es el parto del Dios cabal y perfecto, y todo lo demás que Dios hace, nació primero en este su HIJO. Y de la manera que lo que en las criaturas tiene nombre de padre, y de primera origen, y de primero principio, lo tiene segun que el Padre del cielo se comunica con él, y la paternidad criada es una comunicacion de la paternidad eternal, como el Apóstol lo significa dó dice: *De quien se deriva toda la paternidad de la tierra y del cielo:* por la misma manera quanto en lo criado es y se llama HIJO de Dios, de aqueste HIJO le viene que lo sea; porque en él nació todo primero, y por eso nasce en sí mismo despues, porque nació eternamente primero primero en él. ¿Qué dice acerca desto san Pablo?

(1) Ad Hebr. cap. I. v. 2.

*Es imágen de Dios invisible, primogénito de todas las criaturas, porque todas se produjeron por él, así las de los cielos, como las de la tierra, las visibles, y las invisibles.*

Dice que es imágen de Dios, para que se entienda que es igual á él, y Dios y como él. Y porque considereis el ingenio del apóstol san Pablo, y el acuerdo con que pone las palabras que pone, y como las ordena y las traba entre sí; dice, que esta imágen *es imágen de Dios invisible*, para dar á entender, que Dios que no se ve, por esta imágen se muestra, y que su oficio della es, segun que decíamos, sacar á luz, y poner en los ojos públicos, lo que se encubre sin ella. Y porque dice que era imágen, añade, que es *engendrado*, porque, como está dicho, siempre lo engendrado es muy semejante. Y dice, que es engendrado primero, ó que es *primogénito* no solo para dadir, que antecede en tiempo el que es eterno en nacer, sino para decir, que es el original universal engendrado, y como la idea eternamente nascida, de todo lo que puede por el discurso de los tiempos nacer, y el padron vivo de todo, y el que tiene en sí, y el que deriva de sí á todas las cosas su nascimiento y origen. Y así porque dice esto, añade luego á propósito dello y para declararlo mejor:

*Porque en él se produjeron todas las cosas, así las de los cielos, como las de la tierra, las visibles, y las invisibles.*

*En él*, dice, que quiere decir, en él y por él; en él primero y originalmente, y por él despues como por maestro y artífice. Así que comparándolo con todas las criaturas, él solo sobre todas es HIJO, y comparándolo con la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu santo, sola esta imágen es la que se llama HIJO con propiedad y verdad. Porque aunque el Espíritu santo sea Dios como el Padre, y tenga en sí la misma Divinidad y esencia que él tiene, sin que en ninguna cosa della se diferencie ni desemeje dél; pero no la tiene como imágen y retrato del Padre, sino como inclinacion á él, y como abrazo suyo: y así aunque sea semejante, no es semejanza, segun su relacion particular y propia, ni su manera de proceder tiene por blanco el hacer semejante, y por la misma razon no es engendrado, ni es HIJO. Quiero decir, que como yo me puedo entender á mí mismo, y me puedo amar despues de entendido; y como del entenderme á mí, nasce en mí una imágen de mí, y del amarme se hace tambien en mí un peso que me lleva á mí mismo, y una inclinacion á mí que se abraza conmigo: así Dios desde su eternidad se entiende y se ama, y entendiéndose, como dijimos, y comprendiéndose todo lo que su infinita fecundidad comprende, en-

gendra en sí una imagen viva de todo aquello que entiende; y de la misma manera, amandose á sí mismo, y abrazando en sí á todo cuanto en sí entiende, produce en sí una inclinacion á todo lo que ama así, y produce como dicho abemos, un abrazo de todo ello. Mas diferimos en esto, que en mí esta imagen, y esta inclinacion, son unos accidentes sin vida, y sin substancia; mas en Dios, á quien no puede advenir por accidente ninguna cosa, y en quien todo lo que es, es divinidad y substancia, esta imagen es viva y es Dios, y esta inclinacion ó abrazo que decimos es abrazo vivo, y que está sobre sí. Aquella imagen es hijo, porque es imagen; y esta inclinacion no es hijo, porque no es imagen, sino Espíritu, porque es inclinacion puramente: y estas tres personas, Padre, y Hijo, y Espíritu santo, son Dios y un mismo Dios; porque hay en todos tres una naturaleza divina sola, en el Padre de suyo, en el hijo rescebida del Padre, en el Espíritu rescebida del Padre y del hijo. Por manera que esta única naturaleza divina en el Padre está como fuente y original, y en el hijo como en retrato de sí misma, y en el Espíritu como en inclinacion hácia sí. Y en un cuerpo, como si dijésemos, y en un bulto de luz, reverberando ella en sí misma por inefable y diferente manera, resplandescen tres cercos. ¡Oh sol inmenso, y clarísimo! Y porque dije, Sabino, sol, ninguna de las cosas visibles nos representa mas claramente que el sol, las condiciones de la naturaleza de Dios, y de esta su generacion que decimos.

Porque así como el sol es un cuerpo de luz, que se derrama por todo; así la naturaleza de Dios inmensa, se extiende por todas las cosas. Y así como el sol alumbrando hace que se vean las cosas que las tinieblas encubren, y que puestas en escuridad parecen no ser: así la virtud de Dios aplicándose, trae del no ser á la luz del ser á las cosas. Y así como el sol de suyo se nos viene á los ojos, y cuanto de su parte es nunca se asconde, porque es él la luz y la manifestacion de todo lo que se manifiesta y se ve: así Dios siempre se nos pone delante, y se nos entra por nuestras puertas, si nosotros no le cerramos la puerta, y lanza rayos de claridad por cualquiera resquicio que halle. Y como al sol juntamente le vemos, y no le podemos mirar (vémosle, porque en todas las cosas que vemos, miramos su luz; no le podemos mirar, porque sí ponemos en él los ojos, los encandila), así de Dios podemos decir, que es claro y oscuro, oculto y manifiesto. Porque á él en sí no le vemos, y si alzamos el entendimiento á mirarle, nos ciega: y vémosle en todas las cosas que ha-

ce, porque en todas ellas resplandesce su luz. Y porque quiero llegar esta comparacion á su fin, así como el sol parece una fuente que mana, y que lanza claridad de continuo, con tanta priesa y agonía que parece que no se da á manos: así Dios, infinita bondad, está siempre como bulliendo por hacernos bien, y enviando como á borbollones bienes de sí, sin parar ni cesar.

Y para venir á lo que es propio de agora, así como el sol engendra su rayo (que todo este bulto de resplandor y de luz que baña el cielo y la tierra, un rayo solo es, que envia de sí todo el sol) así Dios engendra un solo HIJO de sí, que reina y se extiende por todo. Y como este rayo del sol, que digo, tiene en sí toda la luz que el sol tiene, y esa misma luz que tiene el sol, y así su imagen del sol es su rayo: así el HIJO que nasce de Dios, tiene toda la substancia de Dios, y esa misma substancia que él tiene; y es, como decíamos, la sola y perfecta imágen del Padre. Y así como en el sol, que es puramente luz, el producir de su rayo, es un enviar luz de sí, de manera que la luz, dando luz, le produce, esto es, que le produce la luz figurándose, y pintándose, y retratándose: así el Padre eterno, figurando su ser en sí mismo, engendra á su HIJO. Y como el sol produce siempre su rayo, que no lo produjo ayer, y cesó hoy de producirlo, sino siempre le produce; y con producirle siempre, no le produce por partes, sino siempre y continuamente sale dél entero y perfecto: así Dios siempre desde toda su eternidad engendró, y engendra, y engendrará á su HIJO, y siempre enteramente. Y como estándose en su lugar, su rayo no les hace presente, y en él y por él se extiende por todas las cosas el sol, y es visto y conocido por él: así Dios, de quien san Juan dice, que *no es visto de nadie*, en el HIJO suyo que engendra, nos resplandesce, y nos luce, y como el lo dice de sí, él es el que nos manifiesta á su Padre. Y finalmente, así como el sol por la virtud de su rayo obra adonde quiera que obra: así Dios lo crió todo, y lo gobierna todo en su HIJO, en quien si lo podemos decir, estan como las simientes de todas las cosas.

Mas oigamos en que manera en el libro de los Proverbios él mismo dice aquesto mismo de sí. *El Señor me adquirió en principio de sus caminos. Ante de sus obras desde entonces. Desde siempre fui ordenada, desde el comienzo, de en antes de los comienzos de la tierra. Cuando no abismos, concebida yo: cuando no fuentes, golpes grandes de aguas. En antes que se aplomasen los montes, primero yo que los collados formada. Aun no habia hecho la tierra, los tendidos, las cabezas de los*

*polos del mundo. Cuando aparejaba los cielos, allí, estaba yo, cuando señalaba circulo en redondo sobre la haz del abismo. Cuando fortificaba el cielo estrellado en lo alto, y ponía en peso las fuentes del agua. Cuando él ponía su ley á las mares, y á las aguas, que no traspasasen su orilla. Cuando establecía el cimientó á la tierra, y junto con él estaba yo componiéndolo, y un dia, y cada dia era dulces regalos. Jugando delante dél de continuo, jugando en la redondez de su tierra, y deleites míos con hijos de hombres.* En las cuales palabras, en lo primero que dice, que la adquirió Dios en la cabeza de sus caminos, lo uno entiende, que no caminará Dios fuera de sí, quiero decir, que no hiciera fuera de sí las criaturas que hizo, á quien comunicó su bondad, si antes y desde toda la eternidad no engendrara á su NIJO, que como dicho tenemos, es la razón, y la traza, y el artificio, y el artífice de todo cuanto se hace. Y el otro, decir que la adquirió, es decir que usó della Dios cuando produjo las cosas, y que no las produjo acaso, ó sin mirar lo que hacia, sino con saber y con arte. Y lo tercero, pues dice que Dios la adquirió, da bien á entender, que ni la engendró apartada de sí, ni engendrándola en sí, le dió casa aparte despues, sino que la adquirió, esto es, que nascida dél, queda dentro del mismo. Y dice con propiedad *adquirir*, que es allegar y ayuntar por menudo. Porque, como dijimos, no engendra á su NIJO el Padre entendiéndolo á bulto y confusamente su esencia, sino entendiéndola apuradamente, y con cabal distincion, y con particularidad de todo aquello, á que se extiende su fuerza. Y porque lo que digo *adquirir*; en el original es una palabra, que hace significacion de riquezas, y de tesoro que se posee, podriamos decir desta forma, que Dios en el principio la atesoró, para que se entendiese, que hizo tesoro de sí el Padre engendrando su NIJO. De sí, digo, y de todo lo que dél puede salir, por cualquiera manera que sea, que es el sumo tesoro.

Y como decimos que Dios la adquirió en el principio de su camino, el original da licencia que digamos tambien, como dijeron los que lo trasladaron en griego, que Dios la formó principio y cabeza de su camino: que es decir, que el NIJO divino es el príncipe de todo lo que Dios cria despues, porque estan en él las razones dello, y su vida. Y ni mas ni menos en lo que se sigue, *antes de sus obras desde entonces*; se puede decir tambien, *soy la antigüedad de sus obras*. Porque en lo que de Dios procede, lo que va con el tiempo es moderno, la antigüedad es lo que eternamente procede dél: y porque estas mismas obras presentes, y que saca á luz á ssu

tiempos, que en sí son modernas, son en el Hijo muy ancianas y antiguas. Pues en lo que añade, *desde siempre ¡fui ordenada*, lo que dice nuestro texto *ordenada*, se debe entender que es palabra de guerra, conforme á lo que se hace en ella cuando se ponen los escuadrones en órden, en que tiene sobre todos su lugar el capitán. Y así *ordenada* es aquí lo mismo que puesta en el grado mas alto, y como en el tribunal y en el principado de todo. Porque la palabra original quiere decir, *hacer principe*. Y porque significa tambien lo que los plateros llaman *vaciar*, que es infundir en el molde el oro, ó la plata derretida, para hacer la pieza principal que pretenden, entrando el metal en el molde, y ajustándose á él; podrémos decir aquí, que la sabiduría divina dice de sí, que fue vaciada por el Padre desde la eternidad, porque es imágen suya, que la pintó, no apartándola de sí, sino amoldándola en sí, y ajustándose del todo con ella. Y en lo que dice despues, *acrescencia lo geneneral que habia dicho*, especificándolo por sus partes en particular, y diciendo, que la engendró, cuando no habia comienzos de tierra, ni abismos, ni fuentes; antes que los montes se afirmasen con su peso natural, y que los collados subiesen, y que se extendiesen los campos, y que los quicios del mundo tuviesen ser. Y dice, no solamente que habia nascido de Dios antes que Dios hiciese estas cosas, sino que cuando las hizo, cuando obró los cielos, y fijó las estrellas, y dió su lugar á las nubes, y enfrenó el mar, y fundó la tierra, estaba en el seno del Padre, y junto con él componiéndolas.

Y como decimos, componiéndolas, da licencia el original que digamos, alentándolas, y abrigándolas, y regalándolas, y trayéndolas en los brazos, como el que llamamos ayo, ó ama que cria, suele traer á su niño. Que como nascian en su principio tiernas y como niñas las criaturas entonces, respondiendo á esta semejanza, dice la divina Sabiduría de sí, que no solo las crió con el Padre, sino que se apropió á sí el oficio de ser como su aya dellas, ó como su ama. Y llevando la semejanza adelante, dice, que era ella dulzuras y regocijos todos los dias: esto es, que como las amas dicen á sus niños dulzuras, y se estudian y esmeran en hacerles regalos, y los muestran, y á los que los muestran les dicen, que miren cuan lindos; así se esmeraba ella al criar de las cosas, en regalar las criadas, y en hacer como regocijos con ellas, y en decir, como quien las toma en la mano, y las muestra y enseña,

que eran buenas, muy buenas. *Y vió, dice (1), Dios todo lo que hecho habia, y era muy bueno.* Que á este regalo, que al mundo reciente se debía, miro, Sabino, tambien vuestro Poeta dó dice (2):

Verano era aquel, verano hacia  
el mundo en general, porque templaron  
los vientos su rigor y fuerza fria:

Cuando primero de la luz gozaron  
las fieras, y los hombres gente dura  
del duro suelo el cuello levantaron:

Y cuando de las selvas la espesura  
poblada de alimañas, cuando el cielo  
de estrellas fue sembrado y hermosura.

Que no pudiera el flaco y tierno suelo,  
ni las cosas recientes producidas,  
durar á tanto ardor. á tanto hielo;

Si no fueran las tierras y las vidas,  
templando entre lo frio y caluroso,  
con regalo tan blando rescibidas.

Y dice segun la misma forma é imágen, que hacia juegos de contino delante del Padre, como delante de los padres hacen las amas que crian. Y concluye con esta razon; porque dice, *y mis deleites hijos de hombres:* como diciendo, que entendia en su regalo, porque se deleitaba de su trato, y deleitábase de tratarlos, porque tenia determinado consigo de, venido su tiempo, nacer uno dellos. Del cual nas nascimiento segundo que nació este divino hijo en la carne, es bien que ya digamos, pues habemos dicho del primero, que aunque es tambien segundo en quilates, no por eso no es extraño y maravilloso, por donde quiera que le miremos ó miremos el que, ó el como, ó el porque. Y diciendo de lo primero, el *que* deste nascimiento, ó lo que en este nascimiento se hizo, todo ello es nuevo, no visto antes, ni imaginado que podia ser visto: porque en él nasce Dios hecho hombre. Y con tener las personas divinas una sola Divinidad, y con ser tan uno todas tres, no nascieron hechas hombre todas tres, sino la persona del hijo solamente. La cual así se hizo hombre, que no dejó de ser Dios, ni mezcló con la naturaleza del hombre la naturaleza divina suya: sino quedó una persona sola en dos distintas naturalezas, una que tenia de Dios, y otra que rescibió de los hombres de nuevo. La cual no la crió de nuevo, ni la hizo de barro, como formó la primera, sino hizola de la sangre virgen de una Virgen purísima, en su vientre della

(1) Genes. cap. I. v. 31.

(2) Virgil. Georg. lib. II. á v. 338.





El verbo se hizo carne...

Juan, cap. 1, v. 14.

misma, sin amancillar su pureza: y hizo que fuese naturaleza del linaje de Adam, y sin la culpa de Adam: y formó de la sangre, que digo, carne, y de la carne hizo cuerpo humano con todos sus miembros y órganos: y en el cuerpo puso alma de hombre dotada de entendimiento y razon, y con el entendimiento, y con el alma, y con el cuerpo ayuntó su persona, y derramó sobre el alma mil tesoros de gracia, y dióle juicio y discurso libre, y hízola que viese, y que gozase de Dios: y ordenó que la misma que gozaba de Dios con el entendimiento, sintiese desgusto en los sentidos, y que fuese juntamente bienaventurada y pasible.

Y toda esta compostura de cuerpo, y infusion de alma, y ayuntamiento de su persona divina, y la santificacion, y el uso de la razon, y la vista de Dios, y la habilidad para sentir dolor y pesares que dió á lo que á su persona ayuntaba, lo hizo todo en un momento, y en el primero en que se concibió aquella carne: y de un golpe, y en un instante solo salió en el tálamo de la Virgen á la luz desta vida un Hombre Dios, un niño ancianísimo, una suma santidad en miembros tiernos de infante, un saber perfecto en un cuerpo que aun hablar no sabia: y resultó en un punto, con milagro nunca visto, un niño y gigante, un flaco muy fuerte, un saber, un poder un valor no vencible, cercado de desnudez y de lágrimas. Y lo que en el vientre santo se concibió, corriendo los meses, salió dél, sin poner doler en él, y dejándole santo y entero. Y como el que nascia, era según su Divinidad rayo, como agora deciamos, y era resplandor, que manaba con pureza y sencillez de la luz de su Padre; dió tambien á su humanidad condiciones de luz, y salió de la Madre, como el rayo del sol pasa por la vidriera sin daño, y vimos una mezcla admirable, carne con condiciones de Dios, y Dios con condiciones de carne, y divinidad y humanidad juntas, y hombre y Dios nascido de padre y de madre, y sin padre y sin madre, sin madre en el cielo, y sin padre en la tierra, y finalmente vimos junta en uno la universalidad de lo no criado y criado. ¿Qué dice san Juan (1)? *El Verbo se hizo carne, y mora en nosotros lleno de gracia y de verdad, y vimos su gloria, gloria cual convenia á quien es Unigénito del Padre eterno.* ¿Y Esaías qué dice (2)? *El nascido nos ha nascido á nosotros, y el hijo á nosotros es dado y sobre su hombro su mando, y su nombre será llamada*

(1) Joan. cap. I v. 14.

(2) Esai. cap. IX v. 6.

*admirable, consejero, Dios, valiente, padre de la eternidad, principe de paz.*

*El nascido*, dice, *nos es nascido*, esto es, el engendrado eternalmente de Dios, ha nascido por otra manera diferente para nosotros; y el que es HIJO, en quien nació todo el edificio del mundo, se nos da nascido entre los del mundo como HIJO. Y aunque niño, es Rey: y aunque es recién nascido, tiene hombros para el gobierno: que se llama *admirable* por nombre, porque es una maravilla todo él, compuesto de maravillas grandísimas. Y llámase también *consejero*, porque es el ministro y la ejecución del consejo divino, ordenado para la salud de los hombres. Y es Dios, y es valiente, y Padre del nuevo siglo, y único autor de reposo y de paz. Y lo que dijimos que no tuvo padre humano en este segundo nascer, ayer lo probó bastantemente Marcelo: y que nasciendo no puso daño en su Madre, ¿por ventura no lo vió Salomon cuando dijo: *Tres cosas se me asconden, y cuatro de que nada no sé: el camino del águila por el aire, el camino de la culebra en la peña, el camino de la nave en la mar, y el camino del varon en la virgen?* En que por comparacion de tres cosas, que en pasando nadie puede saber por donde pasaron, porque no dejan rastro de sí, significa, que cuando salió este niño varon, que decimos, del sagrario virginal de su Madre, salió sin quebrar el sagrario, y sin hacer daño en él, ni dejar de su salida señal; como ni la deja de su vuelo el ave en el aire: ni la serpiente de su camino en la peña, ni en las mares la nave. Esto pues es el *que* deste nascimiento santísimo.

El *como* se hizo esto, es de las cosas que no se pueden decir. Porque las maneras ocultas, por donde sabe Dios aplicar su virtud para los efectos que quiere, ¿quién las sabe entender? Bien dice san Augustin (1), que en estas cosas, y en las que son como estas, la manera y la razon del hecho es el infinito poder del que lo hace. ¿En que manera se hizo Dios hombre? porque es de poder infinito. ¿Cómo una misma persona tiene naturaleza de hombre, y naturaleza de Dios? porque es de poder infinito. ¿Como crece en el cuerpo, y es perfecto varon en el alma? ¿tiene los sentidos de niño, y ve á Dios con en el entendimiento? ¿se concibe en mujer, y sin hombre? ¿sale nasciendo della, y la deja virgen? porque es de poder infinito. No hiciera Dios por nosotros mucho, si no hiciera mas de lo que nuestro sentido traza y alcanza. Que

(1) Aug. Epist. CXXXVII. n. 8.

cosa es hacer mercedes á gentes de poco saber, y de pecho angosto, que porque exceden á lo que ellos hicieran, ponen en duda, si se las hacen. ¿Cómo se hizo Dios hombre? Digo que amando al hombre. ¿Por ventura es cosa nueva, que el amor vista, del amado al que ama? ¿que le ayunte con el, que le transforme? Quien se inclina mucho á una cosa, quien piensa en ella de contino, quien conversa siempre con ella, quien la remeda, fácilmente queda hecho ella misma. ¿Qué decia poco ha el Verbo de sí? ¿no decia que era su deleite el tratar con los hombres? Y no solamente tratar con ellos, mas vestirse de su figura, aun antes que tomase su carne. Que con Adam habló en el Paraíso en figura, de hombre (como san Leon Papa, y otros muchos doctores santos lo dicen) y con Abraham quando descendió á destruir á Sodoma, y con Jacob en la lucha, y con Moisen en la zarza, y con Josué el capitán de Israel. Pues salióle el trato á la cara, y haciendo del hombre, salió hecho hombre: y gustando de disfrazarse con nuestra máscara, quedó con la figura verdadera á la fin: y pararon los ensayos en hechos. ¿Cómo está la deidad en la carne? Responde el divino Basilio:

*Como el fuego en el hierro, no mudando lugares, sino deramando sus bienes: que el fuego no camina hácia el hierro, sino estando en él, pone en él su cualidad; y desminuirse en sí, le hinche todo de sí, y le hace partícipe. Y el Verbo de Dios de la misma manera hizo morada en nosotros, sin mudar la suya, y sin apartarse de sí. No te imagines algun descendimiento de Dios, que no se pasa de un lugar á otro lugar, como se pasan los cuerpos: ni pienses que la Deidad, admitiendo en sí alguna mudanza, se convirtió en carne, que lo inmortal no es mudable. Pues ¿cómo nuestra carne no le pegó su infeccion? Como ni el fuego recibe las propiedades del hierro. El hierro es frio, y es negro; mas despues de encendido, se viste de la figura del fuego; y toma luz dél, y no le enegrece; y arde con su calor, y no le comunica su frialdad. Y ni mas ni menos la carne del hombre, ella rescibió cualidades divinas, mas no apegó á la divinidad sus flaquezas. ¿Qué? ¿no concederémos á Dios que obre lo que obra este fuego que muere?*

Esto dice Basilio. Y porqué los ejemplos dan luz, como el arca del testamento era de madera, y de oro, de madera que no se corrompia, y de oro finísimo; ella hecha de madera, y vestida de oro por todas partes, de arte que era arca de madera, y arca de oro, y era una arca sola, y no dos; así en este nascimiento segundo el arca de la humanidad inocente

salió ayuntada á la riqueza de Dios. La riqueza la cubria toda mas no le quitaba el ser, ni ella lo perdía; y siendo dos naturalezas, no eran dos personas, sino una persona. Y como el monte de Sina, cuando daba Dios la ley á Moisen, en lo alto estaba rodeado de llamas del cielo, y se vestía de la gloria de Dios, que allí reposaba y hablaba, y en las raíces padescia temblores y humo: así Cristo nasciendo hombre, que es monte, en lo alto de su alma ardia todo en llamas de amor, y gozaba de la gloria de Dios alegre y descansadamente; mas en la parte suya mas baja temblaba y humeaba, dando lugar en sí á las penalidades del hombre.

Y como el Patriarca Jacob (1), cuando en el camino de Mesopotamia ocupado de la noche se puso á dormir en el campo en el parescer de fuera era un mozo pobre, que tendido en la tierra dura, y tomando reposo parescia estar sin sentido; mas en lo secreto del alma contemplaba en aquella misma sazón el camino abierto desde la tierra hasta el cielo, y á Dios en él, y á los ángeles que andaban por él: así en aqueste nascimiento apareció por de fuera un niño flaco, puesto en un pesebre, que no hablaba y lloraba; y en lo secreto vivía en él la contemplación de todas las grandezas de Dios. Y como en el rio Jordan (2), cuando se puso en medio dél el arca de la Ley vieja, para hacer paso al pueblo que caminaba al descanso, en la parte de arriba dél las aguas que venian, se amontonaron creciendo, y en la parte de abajo siguieron su curso natural, y corrieron: así nasciendo en la naturaleza humana de Cristo Dios; y entrándose en ella, lo alto della siempre miró para el cielo, mas en lo inferior corrió como corremos todos, quanto á lo que es padecer dolores y males. Por donde debidamente en el Apocalipsi san Juan, al Verbo nascido hombre, le ve como cordero, y como degollado cordero, que es lo sencillo, y lo simple, y lo manso dél, y lo muy sufrido que en él se descubria á la vista; y juntamente le vió que tenia siete ojos, y siete cuernos, y que él solo llegaba á Dios, y tomaba de sus manos el libro sellado, y le abría; que es lo grande, lo fuerte, lo sabio, lo poderoso que encubria en sí mismo; y que se ordenaba para abrir los siete sellos del libro: que es el *porque* se hizo este nascimiento, y la tercera, y última maravilla suya. Porque fue para poner en ejecucion, y para hacer con la eficacia de su virtud claro y visible el consejo de Dios oculto antes, y escondido, y como sellado con siete sellos. En

(1) Genes. cap. XXVIII v. 12.

(2) Josue, cap. III. v. 13. seqq.

el cual, siendo abierto, lo primero que se descubre, es un caballo y caballero blancos con letra de victoria: y luego otro bermejo, que deshacia la paz del suelo, y lo ponía en discordia: y otro en pos deste negro, que pone peso y tasa en lo que fructifica la tierra: y despues otro descolorido y ceniciento, á quien acompañaban el infierno y la muerte: y en el quinto lugar se descubrieron los afligidos por Dios, que le piden venganza, y se les daba un entretenimiento y consuelo; y en el sexto se extremece todo, y se hunde la tierra: y en el séptimo queda sereno el cielo, y se hace silencio. Porque el secreto sellado de Dios, es el artificio que ordenó para nuestra santificacion y salud. En la cual lo primero sale y viene á nuestra alma la pureza blanca de la gracia del cielo, con fuerza para vencer siempre. Sucédele lo segundo el zelo de fuego, que rompe la mala paz del sentido, y mete guerra entre la razon y la carne, á quien ya no obedece la razon, antes le va á la mano, y se pone á sus desordenados deseos. Á este zelo se sigue el estudio de mortificacion triste y de negro, y que ponen en todo estrecha tasa y medida. Levántase aquí luego el infierno, y hace alarde de sus valedores, que armados de sus ingenios y fuerzas acometen á la virtud, y la maltratan y turban, afligiendo muchas veces, y derrocando por el suelo á los que la poseen, y haciendo de su sangre dellos y de su vida su cebo.

Mas esconde Dios despues desto debajo de su altar á los suyos, y defendiéndoles el alma debajo de la paciencia de su virtud, adonde le sacrifica la vida, consuélalos, y entretiénelos, y con particulares gozos los rodea, y los viste, en cuanto se llega el tiempo de su buena y perfecta ventura. Y probados y aprobados así, alarga á su misericordia la rienda, y extremece todo lo que contra ellos se empinaba en el suelo, y va al hondo la tierra maldita condenada á dar fruto de espinas. Despues de lo cual para todo en sosiego, y en un silencio del cielo. Mas porque ninguna criatura, como san Juan dice, no podia abrir estos sellos, ni poner en luz y en efecto esta obra; convino que el que los hubiese de abrir, y de poner en ejecucion su virtud, fuese cordero, que es flaco y sencillo por una parte, y por otra tuviese siete ojos y siete cuernos; que son todo el saber y poder: y que se juntasen en una la fortaleza de Dios con la flaqueza del hombre, para que por ser hombre flaco pudiese morir, y por ser masa santa, fuese su morir aceptable, y por ser Dios, fuese para nosotros

su muerte vida y rescate. De manera que nació Dios hecho carne, como Basilio dice:

*Para que diese muerte á la muerte, que en ella se escondia: que como las medicinas, que son contra el veneno, ayuntadas al cuerpo, vencen lo venenoso y mortal; y como las tinieblas que ocupan la casa, metiendo en ella la luz, desaparecen: así la muerte, que se apoderaba del hombre, juntándose Dios con él, se deshizo. Y como el hielo se enseñorea en el agua, en cuanto dura la escuridad de la noche; mas luego que el sol sale y caliente, le deshace su rayo: así la muerte reinó hasta que Cristo vino; mas despues que apareció la gloria saludable de Dios, y despues que amanesció el sol de justicia, quedó sumida en su victoria la muerte, porque no pudo hacer presa en la vida. ¡Oh grandeza de la bondad, y del amor de Dios con los hombres! Somos libertados, y preguntamos cómo, y para qué, debiendo gracias por beneficio tan grande? ¿Qué te habemos, hombre, de hacer? No buscamos á Dios, cuando se escondia en el cielo, no le rescibes, cuando descende y te conserva en la tierra; sino preguntas, ¿en qué manera, ó para qué fin se quiso hacer como tú? Conoce y aprende: porque eso es Dios carne, porque era necesario que esta carne tuya, que era maldita carne, se santificase, esta flaca se hiciese valiente, esta enagenada de Dios se hiciese semejante con él, esta, á quien echaron del Paraiso, fuese puesta en el cielo.*

Hasta aquí ha dicho Basilio. Y á la verdad es así, que porque Dios queria hacer un reparo general de lo que estaba perdido, se metió él en el reparo, para que tuviese virtud. Y porque el Verbo era el artífice, por quien el Padre crió todas las cosas, fue el Verbo el que se ayuntó, con lo que se hacia para el reparo dellas. Y porque de lo que era capaz de remedio el mas dañado era el hombre, por eso lo que se ordenó para medicina de lo perdido, fue una naturaleza de hombre. Y porque lo que sé hacia para dar á lo enfermo salud, habia de ser en sí sano; la naturaleza que se escogió, fue inocente y pura de toda culpa. Y porque el que era una persona con Dios, convenia que gozase de Dios; por eso desde que comenzó á tener ser aquella dichosa ánima, comenzó tambien á ver la divinidad que tenia. Y porque para remediar nuestros males, le convenia que los sintiese; así gozaba de Dios en lo secreto de su seno, que no cerraba por eso la puerta á los sentimientos amargos y tristes. Y porque venia á reparar lo quebrado, no quiso hacer ninguna quiebra en su Madre. Y porque venia á ser limpieza general, no fue justo que aman-

cillase su tálamo en alguna manera. Y porque era Verbo que nació con sencillez de su Padre, y sin poner en él ninguna pasión; nació también de su Madre hecho carne, con pureza, y sin dolor della. Y finalmente porque en la Divinidad es uno en naturaleza con el Padre y con el Espíritu santo, y diferente en persona; cuando nació hecho hombre, en una persona juntó á la naturaleza de su Divinidad la naturaleza diferente de su alma y su cuerpo. Al cual cuerpo, y á la cual alma, cuando la muerte las apartó, consintiéndolo él, él mismo las tornó á juntar con nuevo milagro despues de tres días, y hizo que nasciese á luz otra vez lo que ya habia desatado la muerte. Del cual nacimiento suyo, que es el tercero de los cinco que puse al principio, lo primero que agora decir debemos es, que fue nacimiento de veras: quiero decir, nacimiento que se llama así en la sagrada Escritura. Porque como ayer se decia, el Padre en el psalmo segundo, hablando desta resurreccion de su HIJO, como san Pablo lo declara, le dice: *Tu eres mi HIJO, que en este dia te engendré.*

Porque así como formó la virtud de Dios en el vientre de la Virgen, y de su sangre sin mancilla, el cuerpo de Jesu Cristo con disposicion conveniente, para que fuese aposento del alma: ni mas ni menos en el sepulcro, cuando se llegó la sazón, al cuerpo, á quien las causas de la muerte habian agujereado y herido, y quitado la sangre, sin la cual no se vive, y la muerte misma lo habia enfriado, y hecho morada inútil del alma; el mismo poder de Dios, abrazándolo y fomentándolo en sí, lo tornó á calentar, y le regó con sangre las venas, y le encendió la fornaza del corazón nuevamente, en que se tornaron luego á forjar espíritus, que se derramaron por las arterias palpitando y bulliendo, y luego el calor de la fragua alzó las costillas del pecho, que dieron lugar al pulmón, y el alma se lanzó luego en el, como en conveniente morada, mas poderosa y mas eficaz que primero. Porque dió licencia á su gloria que descendiese por toda ella, y que se comunicase á su cuerpo, y que le bañase del todo, con que se apoderó de la carne perfectamente, y redujo á su voluntad todas sus obras, y le dió condiciones y cualidades de espíritu: y dejándole perfecto el sentir, la libró del mal padecer: y á cada una de las partes del cuerpo les conservó ella por sí, con perpetuidad no mudable, el ser en que las halló, que es el proprio de cada una. De manera que sin mantenimiento da sustancia á la carne, y tiene vivo el calor del corazón sin ceballe, y sustenta los espíritus, sin que se evaporen, ó se consuman del uso. Y así desarraigó de allí todas las raíces

de muerte, y desterróla del todo, y destruyóla en su reino, y cuando se tenia por fuerte. Y traspasó su gloria por la carne, que como dicho he, la tenia apurada y sujeta á su fuerza, y resplandecióle el rostro y el cuerpo, y descargóla de su peso natural, y dióle alas y vuelo. Y renació el muerto mas vivo que nunca, hecho vida, hecho luz, hecho gloria, y salió del sepulcro, como quien sale del vientre, vivo y para vivir para siempre, poniendo espanto á la naturaleza con ejemplo no visto.

Porque en el nacimiento segundo, que hizo en la carne, cuando nació de la Virgen, aunque muchas cosas dél fueron extraordinarias y nuevas, en otras se guardó en él la orden comun: que la materia de que se formó el cuerpo de Cristo, fue sangre, que es la natural de que se forman los otros; y despues de formado, la Virgen con la sangre suya y con sus espíritus hinchio de sangre las venas del cuerpo del hijo, y las arterias de espíritu, como hacen las otras madres, y su calor della, conforme á lo natural, abrigó á aquel cuerpo ternisimo, y se lanzó todo por él, y le encendió fuego de vida en el corazon, con que comenzó á arder en su obra, como hace siempre la madre. Ella de su substancia le alimentó, segun lo que se usa, en cuanto le tuvo en su vientre, y él creció en el cuerpo por todo aquel tiempo por la misma forma que crecen los niños. Y así como hubo en esta generacion mucho de lo natural, y de lo que se suele hacer; así lo que fue engendrado por ella, salió con muchas condiciones de las que tienen los que por via ordinaria se engendran: que tuvo necesidad de comer para reparo de lo que en él gastaba el calor, y obraba en el mantenimiento su cuerpo, y le cocia, y le coloraba, y le apuraba hasta mudarle en sí mismo; y sentia el trabajo y conoscia la hambre, y le cansaba el movimiento excesivo, y podia ser herido, y lastimado, y llagado; y como los ñudos con que se ataba aquel cuerpo, los habia añudado la fuerza natural de su Madre, podian ser desatados con la muerte, como de hecho lo fueron. Mas en este nacimiento tercero todo fue extraordinario y divino: que ninguna fuerza natural pudo dar calor al cuerpo helado en la huesa, ni fue natural el tornar á él la sangre vertida, ni los espíritus, que discurren por el cuerpo y le avivan, se los pudo prestar ningun otro tercero. El poder solo de Dios, y la fuerza eficaz de aquella dichosa alma dotada de gloriosísima vida, encendió maravillosamente lo frio, y hinchio lo vacío, y compuso lo maltratado, y levantó lo caido, y ató lo desatado con ñudo inmortal, y dió abastanza en un ser á lo mendigo y mudable. Y como

ella estaba llena de la vida de Dios, y sujeta á él, y vestida dél, y arraigada en él con firmeza que mudar no se puede: así hizo lleno de vida á su cuerpo, y le bañó todo de alma, y le penetró enteramente, y le puso debajo de su mano, de tal manera que nadie se le puede sacar, y le vistió finalmente de sí, de su gloria, de su resplandor, desde la cabeza á los pies, lo secreto y lo público, el pecho y la cara, que de sí lanzaba mas claros resplandores que el sol. Por donde mucho antes David hablando de aqueste hecho decia: *En resplandores de santidad, del vientre, y del aurora, el rocío de tu nascimiento contigo.*

Que aunque ayer por la mañana lo declarastes, Marcelo, y con mucha verdad, del nascimiento de Cristo en la carne; bien entendeis, que con la misma verdad se puede entender de aqueste nascimiento tambien. Porque el Espíritu santo, que lo vee todo junto, junta muchas veces en unas palabras muchas y diferentes verdades. Pues dice, que nació Cristo, cuando resucitó del vientre de la tierra, en el amanecer del aurora, por su propia virtud, porque tenia consigo el rocío de su nascimiento, con que reverdescieron y florecieron sus huesos. Y esto en resplandores de santidad, ó como podemos tambien decir, en hermosuras santisimas, porque se juntaron en él entonces, y enviaron sus rayos, y hicieron públicas sus hermosuras tres resplandores bellisimos: la Divinidad que es la lumbre, el ánima de Cristo santa y rodeada de luz, el cuerpo tambien hermoso, y como hecho de nuevo, que echaba rayos de sí. Porque él resplandor infinito de Dios reverberaba su hermosura en el alma, y el alma con este resplandor echa una luz, resplandecia en el cuerpo, que vestido de lumbre, era como una imágen resplandeciente de los resplandores divinos. Y aun dice, que entonces nació Cristo con resplandores de santidad, ó con bellezas santas: porque cuando así nació del sepulcro, no nació solo él, como cuando nació de la Virgen en carne; sino nascieron juntamente con él, y en él las vidas, y las santidades, y las glorias resplandescientes de muchos.

Lo uno, porque trujo consigo á vida de luz, y á libertad de alegría las almas santas que sacó de las cárceles: lo otro y mas principal, porque como ayer de vos, Marcelo, aprendí, en el misterio de la última cena, y cuando caminaba á la cruz, ayuntó consigo por espiritual y estrecha manera á todos los suyos, y como si dijésemos fecundóse de todos, y cerrólos á todos en sí, para que en la muerte que padescia en su carne pasible, muriese la carne dellos mala y pecadora, y por

eso condenada á la muerte: y para que renasciendo él glorioso despues, renasciesen tambien ellos en él á vida de justicia y de gloria. Por donde por hermosa semejanza, á propósito deste nascimiento, dice él de sí mismo: *Si el grano de trigo puesto en la tierra no muere, quédase él; mas si muere, produce gran fruto.* Porque así como el grano sembrado, si atrae para sí el humor de la tierra, y se empreña de su jugo, y se pudre, saca en sí á luz, cuando nasce, mil granos, y sale ya no un grano solo, sino una espiga de granos: así y por por la misma manera Cristo metido muerto en la tierra por virtud de la muerte, allegó la tierra de los hombres á sí, y apurándola en sí, y vistiéndola de sus cualidades, salió resuscitando á la luz hecho espiga, y no grano. Así que no nació un rayo solo la mañana que amanesció del sepulcro este sol, mas nascieron en él una muchedumbre de rayos, y un amontonamiento de resplandores santisimos, y la vida, y la luz, y la reparacion de todas las cosas, á las cuales todas abrazó consigo muriendo, para sacarlas resuscitando todas vivas en sí. Por donde aquel día fue de comun alegría, pose que fue día de nascimiento comun. El cual nascimiento hace ventaja al primero que Cristo hizo en la carne, no solamente en que como decimos, en aquel nació pasible, y en este para mas no morir; y no solamente en que lo que se hizo en este fue todo extraordinario y maravilloso, y hecho por solas las manos de Dios, y en aquel tuvo la naturaleza su parte; y no solamente en que fue nascimiento, no de uno solo como el primero, sino de muchos en uno; mas tambien le hace ventaja, en que fue nascimiento despues de muerte, y gloria despues de trabajos y bonanza despues de tormenta gravisima. Que á todas las cosas la vecindad y el cotejo de su contrario las descubre mas, y las hace salir: y la buena suerte es mayor, cuando viene despues de alguna desventura muy grande.

Y no solamente es mas agradable este nascimiento, porque sucede á la muerte, sino en realiad de verdad la muerte que le precede, le hace subir en quilates: porque en ella se plantaron las raíces desta dichosa gloria, que fueron el padecer, y el morir. Que porque cayó, se levantó; y porque descendió, tornó á subir en alto, y porque (1) bebió del arroyo, alzó la cabeza; y porque obedeció hasta la muerte, vivió para señorearse del cielo. Y así cuanto fueron mayores los fundamentos, y mas firmes las raíces, tanto habemos de entender que es mayor lo que destas raíces nasce. Y á la medi-

---

(1) Psalm. CIX v. 7.

da de aquellos tantos dolores, de aquel desprecio no visto, de aquellas invenciones de penas, de aquel desamparo, de aquel escarnio, de aquella fiera agonía; entendamos que la vida á que Cristo nació por ello, es por todo extremo altísima y felicísima vida. Mas ¡cuán no comprensibles son las maravillas de Dios! El que nació resucitando tan claro, tan glorioso, tan grande, y el que vive para siempre dichoso en resplandores y en luz, halló manera para tornar á nacer cada día encubierto y disimulado en las manos del sacerdote en la hostia, como saboreándose en nacer este solo HIJO, este propriamente HIJO este HIJO que tantas veces, y por tantas maneras es HIJO.

Porque el estar Cristo en su sacramento y el comenzar á ser cuerpo suyo lo que antes era pan; y sin dejar el cielo, y sin mudar su lugar, comenzar de nuevo á ser allí adonde antes no era, convirtiendo toda la substancia del pan en su santísima carne mostrándose la carne como si fuese pan, vestida de sus accidentes, es como un nacer allí en cierta manera. Así que parece que Cristo nasce allí, porque comienza á ser de nuevo allí, cuando el sacerdote consagra. Y parece que la hostia es como el vientre adonde se celebra aqueste nascimiento, y que las palabras son como la virtud que allí le pone, y que es como la substancia toda la materia y toda la forma del pan que en él se convierte. Y es señal y prueba de que este nascimiento lo es en la forma que dijo, el llamar á Cristo HIJO la sagrada Escritura en este mismo caso y artículo. Porque bien sabeis, que en el psalmo setenta y dos leemos así: *Y habrá firmeza en la tierra, en las cumbres de los collados*. Adonde la palabra *firmeza*, segun la verdad, significa el trigo, que la Escritura lo suele llamar *firmeza*, porque da firmeza al corazon, como David en otro psalmo (ciii) lo dice: y bien sabeis que muchos de los nuestros, y aun algunos de los que nascieron antes que viniese Cristo, entienden este paso deste sagrado pan del altar. Y bien sabeis que las palabras originales, por quien nosotros leemos *firmeza*, son estas *Pisath-Bar*, que quieren puntualmente decir, particilla ó puñado de trigo escogido; y que *Bar*, como significa trigo escogido y mondado, tambien significa Hijo.

Y así dice el Profeta que en el reino del Mesías, y cuando floreciere su ley, entre muchas cosas singulares y excelentes habrá tambien un puñado, ó una particilla de trigo, y de hijo: esto es, que será el HIJO lo que parecerá un limpio y pequeño trigo, porque saldrá á luz en figura dél, y le veremos así hecho y amoldado, como si fuese un panecito pequeño.

Y no solamente aqueste consagrarse Cristo en el pan es un cierto nacer, mas es como una suma de sus nascimientos los otros, en que hace retrato dellos, y los debuja, y los pinta. Porque así como en la Divinidad nasce como palabra, que la dice el entendimiento divino: así aquí se consagra, y comienza á ser de nuevo en la hostia, por virtud de la palabra que el sacerdote pronuncia. Y como en la resurreccion nació del sepulcro con su carne verdadera, pero hecha á las condiciones del alma, y vestida de sus maneras y gloria: así consagrado en la hostia está la verdad de su cuerpo en realidad de verdad, mas está como si fuera espíritu, todo en la hostia toda, y en cada parte della todo tambien. Y como cuando nació de la Virgen, salió bienaventurado en la mas alta parte del alma, y pasible con el cuerpo, y sujeto á dolores y muerte; y en lo secreto era la verdadera riqueza, y en la apariencia, y en lo que de fuera se veia, era un pobre y humilde: así aquí por de fuera parece un pequeño pan despreciado, y en lo escondido es todos los tesoros del cielo; segun lo que parece, puede ser partido, y quebrado, y comido, mas segun lo que encubre no puede ni el mal ni el dolor llegar á él. Y como cuando nació de Dios, se forjaron en él, como en sus ideas, las criaturas, en la manera que he dicho; y cuando nació en la carne la rescibió para limpiar y librar la del hombre; y cuando nació del sepulcro, nos sacó á la vida á todos juntamente consigo, y en todos sus nascimientos siempre hubo algun respeto á nuestro bien y provecho: así en este de la consagracion de su cuerpo tuvo respeto al mismo bien. Porque puso en él no solamente su cuerpo verdadero, sino tambien el místico de sus miembros; y como en los demás nascimientos suyos nos ayuntó siempre á sí mismo, tambien en este quiso contenernos en sí: y quiso que encerrados en él y pasando á nuestras entrañas su carne, nos comunicásemos unos con otros, para que por él viniésemos todos á ser por union de espíritu un cuerpo y un alma.

Por lo qual el pan caliente, que estaba de continuo en el templo, y delante de la arca de Dios, que tuvo figura de aqueste pan divinísimo, le llamo, *pan de faces*, la sagrada Escritura. Para enseñar que este pan verdadero, á quien aquella imagen miraba, tiene faces innumerables: quiero decir, que contiene en sí á sus miembros, y que como en la Divinidad abraza en sí por eminente manera todas las criaturas, así en la humanidad y en este sacramento santísimo, donde se encierra, encierra consigo á los suyos. Y así hizo en este, lo que en los demás nascimientos hizo, que fue nuestro bien

que consiste en andar siempre juntos con él: ó por decir lo que parece mas proprio, trujo á efecto, y puso como en ejecucion lo que se pretendia en los otros. Porque aquí hecho mantenimiento nuestro, y pasándose en realidad de verdad dentro de nuestras entrañas, y juntando con nuestra carne la suya, si la halla dispuesta, mantiene al alma, y purifica la carne, y apaga el fuego vicioso, y pone á cuchillo nuestra vejez, y arranca de raíces el mal, y nos comunica su ser y su vida, y comiéndole nosotros, nos come él á nosotros, y nos viste de sus cualidades, y finalmente cuasi nos convierte en sí mismo. Y trae aquí á fruto y á espiga, lo que sembró en los demás nascimientos primeros. Y como dice en el psalmo David: *Hizo memorial de sus maravillas el Señor misericordioso y piadoso: dió á los que le temen manjar*. Porque en este manjar, que lo es propriamente para los que le temen, recapituló todas sus grandezas pasadas: que en él hizo ejemplo clarísimo de su infinito poder, ejemplo de su saber infinito, y de su misericordia, y de su amor con los hombres, ejemplo jamás oido ni visto. Que no contento, ni de haber nascido hombre por ellos, ni de haber muerto por ponerlos en vida, ni de haber renascido para subillos á gloria, ni de estar junto siempre, y á la diestra del Padre, para su defensa y amparo: para su regalo y consuelo, y para que le tengan siempre no solamente presente, sino le puedan abrazar consigo mismos, y ponerlo en su pecho, y encerrarlo dentro de su corazon, y como chuparle en sus bienes, y atraerlos á sí, se les presenta el manjar, y como si dijésemos les nasce en figura de trigo, para que así le coman y traguen, y traspasen á sus entrañas; adonde encerrado y ceñido con el calor del espíritu, fructifique y nasca en ellos en otra menera: que será ya la quinta, y la última de las que prometimos decir, y de que será justo que ya digamos, sí, Sabino, os parece.

Y calló: Y Sabino dijo sonriéndose: Huelgo, Juliano, que me conozcais por mayor, bien decia yo, que urdiades grande tela, porque sin duda habeis dicho grandes cosas hasta agora, sin lo que os resta, que no debe ser menos, aunque en ello tengo una duda aun antes que lo digais. ¡Qué! respondió Juliano, ¿no entendeis que nascé en nosotros Cristo, cuando Dios santifica nuestra alma? Bien entiendo, dijo Sabino, que san Pablo dice á los Gálatas: *Hijuelos míos, que os torno á parir; hasta que se forme Cristo en vosotros*, que es decir, que así como el ánima, que era antes pecadora, se convierte al bien, y se va desnudando de su malicia; así Cristo se va formando en ella, y nasciendo. Y de los que le

aman, y cumplen su voluntad, dice Cristo que *son su padre y su madre*. Pero como cuando el ánimo que era mala se santifica, se dice que nasce en ella Jesu Cristo; así tambien se dice, que ella nasce en él: por manera que es lo mismo, á lo que parece, nascer nosotros en Cristo, y nacer Cristo en nosotros, pues la razon porque se dice es la misma: y de nuestro nascimiento en Jesu Cristo ayer dijo Marcelo lo que se puede decir. Y así no parece, Juliano, que teneis mas que decir en ello. Y esta es mi duda.

Juliano entonces dijo: en eso que dudais, Sabino, habeis dado principio á mi razon. Porque es verdad que esos nascimientos andan juntos, y que siempre que nascemos nosotros en Dios, nasce Cristo en nosotros, y que la santidad, y la justicia, y la renovacion de nuestra alma, es el medio de ambos nascimientos. Mas aunque por andar juntos parecen uno, todavía el entendimiento atento y agudo los divide, y conoce que tienen diferentes razones. Porque el nascer nosotros en Cristo es propriamente, quitada la mancha de culpa con que nuestra alma se figuraba como demonio, rescebir la gracia y la justicia que cria Dios en nosotros, que es como una imágen de Cristo, y con que nos figuramos de su manera. Mas nascer Cristo en nosotros es, no solamente venir el don de la gracia á nuestra alma, sino el mismo Espiritu de Cristo venir á ella, y juntarse con ella, y como si fuese alma del alma, derramarse por ella, y derramado, y como embebido en ella, apoderarse de sus potencias y fuerzas, no de paso, ni de corrida, ni por un tiempo breve, como acontece en los resplandores de la contemplacion, y en los arrobamientos del espíritu, sino de asiento, y con sosiego estable, y como se reposa el alma en el cuerpo: que él mismo lo dice así: *El que me amare, será amado de mi Padre, y vendrémos á él, y harémos asiento en él*. Así que nascer nosotros en Cristo, es recibir su gracia, y figurarnos della; mas nascer en nosotros él, es venir él por su Espiritu á vivir en nuestras almas y cuerpos. Venir digo á vivir, y no solo á hacer deleite y regalo. Por lo cual aunque ayer Marcelo dijo de como nascemos nosotros en Dios, queda lugar para decir hoy del nascimiento de Cristo en nosotros. Del cual, pues habemos ya dicho que se diferencia, y como se diferencia del nuestro, y que propriamente consiste en que comience á vivir el Espiritu de Cristo en el alma; para que se entienda esto mismo mejor, digamos lo primero, cuan diferentemente vive en ella, cuando se le muestra en la oracion, y despues dirémos, cuando y como comienza Cristo á nascer en nosotros, y la fuerza deste su nascer y

vivir en nosotros, y los grados y crecimiento que tiene. Porque cuanto á lo primero entre esta venida y ayuntamiento del Espíritu de Cristo á nosotros, que llamamos nascimiento suyo, y entre las venidas que hace al alma del justo y las demostraciones que en el negocio de la oracion le hace de sí de las diferencias que hay, la principal, es, que en esto que llamamos nascer, el Espíritu de Cristo se ayunta con la esencia del alma, y comienza á ejecutar su virtud en ella, abrazándose con ella, sin que ella lo sienta ni entienda.

Y reposa allí como metido en el centro della, como dice Esaias: *Regocijate, y alaba hija de Sion, porque el Señor de Israel está en medio de ti*: y reposando allí, como desde el medio derrama los rayos de su virtud por toda ella, y la mueve secretamente, y con su movimiento dél, y con la obediencia del alma á lo que es dél movida, se hace por momentos mayor lugar en ella, y mas ancho y mas dispuesto aposento. Mas en las luces de la oracion, y en sus gustos, todo su trato de Cristo es con las potencias del alma, con el entendimiento con la voluntad y memoria, de las cuales á las veces pasa á los sentidos del cuerpo, y se les comunica por diversas y admirables maneras, en la forma que les son posibles aquestos sentimientos á un cuerpo. Y de la copia de dulzores que el alma siente, y de que está colmada, pasan al compañero las sobras. Por donde estas luces, ó gustos, ó este ayuntamiento gustoso del alma con Cristo en la oracion, tiene condicion de relámpago: digo, que luce, y se pasa en breve.

Porque nuestras potencias y sentidos, en cuanto esta vida mortal dura, tienen precisa necesidad de divertirse á otras contemplaciones y cuidados, sin los cuales ni se vive, ni se puede, ni debe vivir. Y júntase tambien con esta diferencia otra diferencia, que en el ayuntamiento del Espíritu de Cristo con el nuestro, que llamamos nascimiento de Cristo, el Espíritu de Cristo tiene vez de alma respeto de la nuestra, y hace en ella obra de alma moviéndola á obrar como debe en todo lo que se ofresce, y pone en ella ímpetu para que se menea, y así obra él en ella, y la mueve, que ella, ayudada dél obra con él juntamente; mas en la presencia que de sí hace en la oracion á los buenos por medio de deleite y de luz, por la mayor parte el alma y sus potencias reposan, y él solo obra en ellas por secreta manera un reposo, y un bien que decir no se puede. Y así aquel primer ayuntamiento es de vida, mas este segundo es de deleite y regalo: aquel es el ser y el vivir, aqueste es lo que hace dulce el vivir; allí recibe viviendo y estilo de Dios el alma, aquí gusta algo de su bie-

nandanza : y así aquello se da con asiento, y para que dure, porque si falta no se vive ; mas esto se da de paso, y á la ligera, porque es mas gustoso que necesario, y porque en esta vida, que se nos da para obrar, este deleite, en cuanto dura, quita el obrar, y le muda en gozar. Y sea esto lo uno. Y cuanto á lo segundo que decia, digo desta manera. Cristo nasce en nosotros, cuando quiera que nuestra alma, volviendo los ojos á la consideracion de su vida, y viendo las fealdades de sus desconciertos, y aborresciéndoles, y considerando el enojo merecido de Dios, y doliéndose dél, ansiosa por aplacarle, se convierte con fe, con amor, con dolor á la misericordia de Dios, y al rescate de Cristo. Así que Cristo nasce en nosotros, entonces. Y dicese que nasce en nosotros, porque entonces entra en nuestra alma su mismo Espiritu, que en entrando se entraña en ella, y produce luego en ella su gracia, que es como un resplandor, y como un rayo que resulta de su presencia, y que se asienta en el alma, y la hace hermosa. Y así comienza á tener vida allí Cristo : esto es, comienza á obrar en el alma y por el alma, lo que es justo que obre Cristo. Porque lo mas cierto, y lo mas propio de la vida es la obra. Y desta manera el que es en sí siempre, y el que vive en el seno del Padre antes de todos los siglos, comienza como digo, y cuando digo, á vivir en nosotros : y el que nació de Dios perfecto y cabal, comienza á ser en nosotros como niño. No porque en sí lo sea, ó porque en su Espiritu, que está hecho alma del nuestro, haya en realidad de verdad alguna disminucion, ó menoscabo porque el mismo que es en sí, ese mismo es el que en nosotros se mide con nuestro sujeto. Y aunque está en el alma todo él, no obra en ella luego que entra en ella, todo lo que vale y puede, sino obra conforme á como se le rinde, y se desnuda de su propiedad : para el cual rendimiento y desnudez él mismo la ayuda, y así decimos, que nasce entonces como niño.

Mas cuanto el alma movida y guiada dél, se le rinde mas, y se desnuda mas de lo que tiene por suyo ; tanto cresce en ella mas cada dia, esto es, tanto va ejecutando mas en ella su eficacia, y descubriéndose mas, y haciéndose mas robusto, hasta que llega en nosotros, como dice san Pablo, *á edad de perfecto varon, á la medida de la grandeza de Cristo* : esto es, hasta que llega Cristo á ser, en lo que es y hace en nosotros y con nosotros, perfecto, cual lo es en sí mismo. Perfecto, digo, cual es en sí, no en igualdad precisa, sino en manera semejante. Quiero decir, que el vivir y el obrar que tiene en nuestra alma Cristo, cuando llega á ser en ella va-

ron perfecto, no es igual en grandeza al vivir, y al obrar que tiene en sí, pero es del mismo metal y linaje. Y así aunque reposa en nuestra alma todo el Espíritu de Cristo desde el primer punto que nasce en ella, no por eso obra luego en ella todo lo que es, y lo que puede, sino primero como niño, y luego como mas crecido, y despues como valiente y perfecto. Y de la manera que nuestra alma en el cuerpo, desde luego que nasce en él, nasce toda, mas no hace luego que en él nasce, prueba de sí totalmente, ni ejercita luego toda su eficacia y su vida; sino despues sucesivamente, así como se van enjugando con el calor los organos con que obra; y tomando firmeza hábil para servir al obrar: así es lo que decimos de Cristo, que aunque pone en nosotros todo su Espíritu cuando nasce, no ejercita luego en nosotros toda su vida; sino conforme á como movidos dél, le seguimos, y nos apuramos de nosotros mismos, así él va en su vivir continuamente subiendo. Y como cuando comienza á vivir en nuestra alma se dice que nasce en ella, así se dice que cresce cuando vive mas: y cuando llega á vivir allí, al estilo que vive en sí, entonces es lo perfecto. De arte que segun aquesto tiene tres grados, este nascimiento y crecimiento de Cristo en nosotros.

El primero de niño en que comprendemos la niñez y la mocedad, lo principiante y lo aprovechante que decir solemos. El segundo de mas perfecto. El último de perfecto del todo. En el primero nasce, y vive en la mas alta parte del alma. En el segundo en aquella, y en la que llamamos parte inferior. En el tercero en esto, y en todo el cuerpo del todo. Al primero podemos llamar estado de ley, por las razones que diremos luego. El segundo es estado de gracia. Y el tercero y último estado de gloria. Y digamos de cada uno por sí, presuponiendo primero, que en nuestra alma, como sabeis, hay dos partes. Una divina, que de su hechura y metal mira al cielo, y apetece, quanto de suyo es (sino estorban, ó escurecen, ó llevan) lo que es razon y justicia: inmortal de su naturaleza y muy hábil para estar sin mudarse en la contemplacion, y en el amor de las cosas eternas. Otra de menos quilates, que mira á la tierra, y que se comunica con el cuerpo, con quien tiene deudo y amistad: sujeta á las pasiones, y mudanzas dél, que la turban y alteran con diversas olas de afectos: que teme, que se congoja, que cobdicia, que llora, que se engrie y urfana, y que finalmente por el parentesco que con la carne tiene, no puede hacer sin su compañía estas obras

Estas dos partes son como hermanas nascidas de un vientre en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias, y riñen, y se hacen guerra. Y siendo la ley, que esta segunda se gobierne siempre por la primera; á las veces, como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno, y hace fuerza á la mejor: lo cual le es vicioso, como le es natural el deleite, y el alegrarse, y el sentir en sí los demas afectos, que la parte mayor le ordenare. Y son propriamente la una como el cielo, y la otra como la tierra, y como un Jacob, y un Esaú concebidos juntos en un vientre, que entre sí pelean, como dirémos mas largamente despues. Esto así dicho, decimos agora, que cuando el alma aborresce su maldad, y Cristo comienza á nacer en ella, pone su Espiritu, como decíamos, en el medio, y en el centro, que es en la substancia del alma, y prende luego su virtud en la primera parte della; la parte que destas dos que decíamos, es la mas alta y la mejor. Y vive Cristo allí en el primer estado deste nascimiento, ejercitando en aquella parte su vida, esto es, alumbrándola, y enderezándola, y renovándola, y componiendola, y dándole salud y fuerzas, para que con valor ejercite su oficio. Mas á la otra parte menor, en este primero estado, el Espiritu de Cristo, que en lo alto del alma vive, no le desarraiga sus brios, porque aun no vive en aquesta parte baja: mas aunque no viva en ella como señor pacifico, dale ayo y maestro que gobierne aquella niñez, y el ayo es la parte mayor, en que él ya vive; ó él mismo, segun que vive en ella, es el ayo desta parte menor, que desde su lugar alto le da leyes por donde viva, y le hace que se conozca, y le va á la mano, si se mueve contra lo que se le manda, y la riñe, y la affige con amenazas y miedos, de donde resulta contradiccion, y agonía, y servidumbre, y trabajo.

Y Cristo que vive en nosotros, y desde el lugar donde vive, en este artículo se ha con esta menor parte como Moisen, que le da ley, y la amonesta, y la riñe, y la amenaza, y la enfrena: mas aun no la libra de su flaqueza, ni la sana de sus malos movimientos, por donde á este grado ó estado le llamamos de ley. En que como Moisen en el tiempo pasado gozaba de la habla de Dios y en la cumbre del monte conversaba con él, y rescibia su gracia, y era alumbrado de su lumbre, y descendia despues al pueblo carnal è inquieto, y sujeto á diferentes deseos, y que estaba á la falda de la sierra, á donde no veia sino el temblor y las nubes, y descendiendo á él, le ponía leyes de parte de Dios, y le avisaba que pusiese á sus deseos freno, y él se los enfrenaba quanto podia, con temores y pe-

nas: así la parte mas alta nuestra, luego al principio que Cristo en ella nasce, santificada por él, y viviendo por su Espiritu, como subida en el monte con Dios, al pueblo que está en la falda, esto es, á la parte inferior, que por los muchos movimientos de apetitos y pasiones diferentes que bullen en ella, es una muchedumbre de pueblo bullicioso y carnal, é inclinado á hacer lo peor, le escribe leyes, y le enseña lo que le conviene hacer ó huir, y le gobierna las riendas, á veces alargándolas, y á veces recogióndolas hácia sí, y finalmente la hinche de temor y de amenazas. Y como contra Moisen se rebeló por diferentes veces el pueblo, y como siempre con dificultad puso al yugo su mal domada cerviz, de donde nascieron contradicciones en ellos, y alborotos, y ejemplos de señalados castigos: así esta parte baja, en el estado que digo, oye mal muchas veces las amonestaciones de su hermana mayor, en que ya Cristo vive, y luchan las dos á veces, y despiertan entre sí crueles peleas. Mas como Moisen, para llevar aquella gente al asiento de su descanso, les persuadió primero que saliesen de Egipto, y los metió en la soledad del desierto, y los guió haciendo vueltas por él, por largo espacio de tiempo; y con quitarles el regalo, y el amparo de los hombres, y darles el amparo de Dios, en la nube, en la columna de fuego, en el maná que les llovian los cielos, y en el agua que les manaba la piedra, los iba levantando hácia Dios, hasta que al fin pasaron con Josué su capitan el Jordan, y limpiaron de enemigos la tierra, y reposaron en ella, hasta que vino últimamente Cristo á nacer en su carne: así su Espiritu, que ha nascido ya en lo que es principal en el alma, para reducir á su obediencia la parte que resta, que tiene las condiciones, y flaquezas, y carnalidades que he dicho, desde la razon donde vive, como otro Moisen, induciéndola á que se despida de los regalos de Egipto, y lavándola con las tribulaciones, y detestándola poco á poco de sus toscos consuelos, y quitándole de los ojos cada dia mas las cosas que ama, y haciéndola á que ame la pobreza y la desnudez del desierto, y dándole allí su maná, y pasando á cuchillo á muchas de sus enemigas pasiones, y acostumbrándola al descanso y reposo santo, va creciendo en ella, y aprovechando, y mitigando sus brios, y haciéndola cada dia mas hábil para poner su vida en su carne, y al fin la pone, y como si dijésemos, se encarna en ella, y la hinche de sí, como hizo á la mayor y primera. Y no le quita lo que le es natural, como son los sentimientos medidos, y el poder padecer y morir;

sino desarráigale lo vicioso, si no del todo, á lo menos cuasi del todo.

Y este es el grado segundo que dijimos, en el cual el Espíritu de Cristo vive en las dos partes del alma; en la primera, que es la celestial, santificándola, ó si lo habemos de decir así, haciéndola como Dios; y en la segunda, que mira á la carne, apurándola, y mortificándola de lo carnal y vicioso. Y en vez de la muerte que ella solia dar con su vicio al espíritu, Cristo agora pone en ella á cuchillo cuasi todo lo que es contumaz y rebelde. Y como se hubo con sus Discípulos, cuando anduvo con ellos, que los conversó primero, y dado que los conversaba, duraban en ellos los afectos de carne, de que los corregia poco á poco por diferentes maneras, con palabras, con ejemplos, con dolores y penas; y finalmente despues de su resurreccion, teniéndolos ya conformes, y humildes, y juntos en Hierusalem, envió sobre ellos en abundancia su Espíritu, con que los hizo perfectos y santos: así cuando en nosotros nasce, trata primero con la razon, y fortificala, para que no la venza el sentido; y procediendo despues por sus pasos contados, *derrma su espíritu*, como dice Joel, *sobre toda la carne*, con que se rinde y se sujeta al espíritu. Y cúmplese entonces lo que en la oracion (1) le pedimos, que se haga su voluntad, así como en el cielo, en la tierra: porque manda entonces Dios en el cielo del alma, y en lo terreno de ella es obedescido cuasi ni mas ni menos. Y baña el corazon de sí mismo, y hace ya Cristo en toda el alma oficio enteramente de Cristo, que es oficio de ungrir: porque la unge desde la cabeza á los pies, y la beatifica en cierta manera. Porque aunque no le comunica su vista, comunícale mucho de la vida que le ha durar para siempre, y sostiénela ya con el vivir de su Espíritu, con que há de ser despues sostenida sin fin.

Y este es el mantenimiento, y el pan que por consejo suyo pedimos á Dios cada dia, cuando decimos (2), *y nuestro pan*, como si dijésemos, él de despues, que eso quiere decir la palabra del original griego ΕΠΙΟΡΞΙΟΝ, *dánoslo hoy*; esto es, aquel pan nuestro, nuestro, porque nos le prometes; nuestro, porque sin él no se vive; nuestro, porque solo él hinche nuestro deseo: así que este pan, y esta vida, que prometida nos tienes, acorta los plazos, Señor, y dánosla ya, y viva ya tu hijo en nosotros del todo, dándonos entera vida, porque

(1) Matth. cap. VI. v. 9.

(2) Lucæ cap. XI. v. 3.



El pan nuestro de cada dia dánosle hoy...

Luc. cap. XI, v. 3.



él es el pan de la vida. De manera que cuando viene á este estado el nacimiento de Cristo en nosotros, y cuando su vida en mí ha subido á este punto, entonces Cristo es lisamente en nosotros el Mesías prometido de Dios por la razon sobre-dicha. Y el estado es de gracia, porque la gracia baña á casi toda el alma; y no es estado de ley, ni de servidumbre, ni de temor, porque todo lo que se manda se hace con gusto. Porque en la parte que solia ser rebelde, y que tenia necesidad de miedo y de freno, vive ya Cristo, que la tiene cuasi pura de su rebeldia. Y es estado de Evangelio, porque el nacer y vivir Cristo en ambas las partes del alma, y la santificacion de toda ella con muerte de lo que era en ella vejez, es el efecto de la buena nueva del Evangelio, y el reino de los cielos que en él se predica, y la obra propia y señalada: y que reservó para sí solo el hijo de Dios, y el Mesías que la ley prometia.

Como Zacarías en su cántico dice: *Juramento que juró á Abraham nuestro padre, de darse á nosotros. Para que librándonos de nuestros enemigos, le sirvamos sin miedo, le sirvamos en santidad y justicia, y en su presencia la vida toda.* Y es estado de gozo, por cuanto reina en toda el alma el Espiritu, y así hace en ella sin impedimiento sus frutos, que son como san Pablo dice, *caridad, y gozo, y paz, y paciencia, y larga espera en los males.* Por donde en persona de los de este grado dice el profeta Esaias: *Gozando me gozaré en el Señor, y regocijaré mi alma en el Dios mio, porque me vistió vestiduras de salud, y me cercó con vestidura de justicia. Como á esposo me hermoseó con corona, y como á esposa adornada con sus joyeles.* Y tambien en cierta manera es estado de libertad y de reino, porque es el que deseaba san Pablo á los Colosenses en el lugar donde escribe: *Y la paz de Dios alce bandera, y lleve la corona en vuestros corazones.* Porque en el primer grado estaba la gracia y paz de Dios, como quien residio en frontera, y vecina á los enemigos encerrada, y recatada, y solicita: mas agora ya se espacia, y se alegra, y se extiende, como señora ya del campo. Y ni mas ni menos es estado de muerte y de vida, porque la vida que Cristo vive en los que llegan aquí, da vida á lo alto del alma, y da muerte, y degüella á casi todos los afectos y pasiones malas del cuerpo. De que dice el Apóstol: *Si Cristo está en vosotros, vuestro cuerpo sin duda ha muerto, quanto al pecado: mas el espíritu vive por virtud de la justicia.* Y finalmente es estado de amor y de paz, porque se hermanan en él las dos partes del alma que decimos, y el sentido ama servir á la razon, y

Jacob y Esaú se hacen amigos, que fueron imágen desto; como antes decia.

Porque, Sabino, como sabeis, Rebeca mujer de Isaac (1), concibió de un vientre aquestos dos hijos, que antes que nascesen, peleaban entre sí mismos: por donde ella afligida consultó el caso con Dios, que le respondió, que tenia en su vientre dos linajes de gentes contrarias, que pelearian siempre entre sí, y que el menor en salir á luz, venceria al que primero nasciese. Llegado el tiempo nació primero un niño bermejo y velloso, y despues dél, y asido de su pié dél, nació luego otro de diferente cualidad del primero. Este postrero fue llamado Jacob, y el primero Esaú. Su inclinacion fue diferente, así como su figura lo era. Esaú aficionado á la caza y al campo, Jacob á vivir en su casa. En ella compró un dia por cierto caso á su hermano el derecho del mayorazgo, que se le vendió por comer. Poco despues con artificio le ganó la bendicion de su padre, que creyó que bendecia al mayor. Quedaron por esta causa enemigos, aborrecia de muerte Esaú á Jacob, amenazábale siempre. El mozo santo, aconsejado de la madre, huyó la ocasion, desamparó la casa del padre, caminó para Oriente, vió en el camino el cielo sobre sí abierto, sirvió en casa de su suegro por Lia y por Raquel, y casado tuvo abundancia de hijos y de hacienda: y volviendo con ella á su tierra, luchó con el ángel, fue bendecido dél, y enflaquecido en el muslo, mudó el andar con el nombre, y luego le vino al encuentro Esaú su hermano ya amigo y pacífico. Pues conforme á esta imágen, son de un parto las dos partes del alma, y riñen en el vientre, porque de su naturaleza tienen apetitos contrarios, y porque sin duda despues nascen dellas dos linajes de gentes enemigas entre sí, las que siguen en el vivir el querer del sentido, y las que miden lo que hacen por razon y justicia.

Nasce el sentido primero, porque se vee su obra primero: tras él viene luego el uso de la razon. El sentido es teñido de sangre, y vestido de los frutos della, y ama el robo, y sigue siempre sus pasiones fieras por alcanzarlas: mas la razon es amiga de su morada, adonde reposa contemplando la verdad con descanso. Aquí le vienen á las manos la bendicion y el mayorazgo. Mas enójanse los sentidos, y descubren sus deseos sangrientos contra el hermano, que guiado de la sabiduría, para vencerlos, los huye, y corta las ocasiones del mal. Y enagénase el hombre de los padres y de la casa, y puestos los

(1) Genes. cap. XXV, v. 22.

ojos en Oriente, camina á él la razon, á la cual en este camino se le aparece Dios, y le asegura su amparo, y con esto le mueve y guia á servir muchos años, y con mucho fruto por Raquel y por Lia; hasta que finalmente acercándose ya á su verdadera tierra, viene á abrazarse con Dios, y como á luchar con el ángel, pidiéndole que le santifique y bendiga, y ponga en paz sus sentidos, y sale con su porfía á la fin. Y con la bendicion muere el muslo (porque en el morir del sentido vicioso consiste el quedar enteramente bendito) y cojea luego el hombre, y es Israel. Israel, porque se vee en él, y se descubre la eficacia de la vida divina, que ya posee: cojo, porque anda en las cosas del mundo con solo el pié de la necesidad, sin que le lleve el deleite. Y así en llegando á este punto el sentido sirve á la razon, y se pacifica con ella, y la ama, y gozan ambas, cada una segun su manera, de riquezas y bienes: y son buenos hermanos Esaú y Jacob, y vive, como en hermanos conformes, el Espíritu de Cristo, que se derrama por ellos. Que es lo que se dice en el psalmo (cxxxii): *¿Cuán bueno es, y cuán lleno de alegría el morar en uno los hermanos? Como el unguento bueno sobre la cabeza, que descende á la barba, á la barba del sacerdote, y descende al gorjal de su vestidura. Como rocío en Hermon, que descende sobre los montes de Sion. Porqué allí estatuyó el Señor la bendicion, las vidas por los siglos.* Porque todo el descanso, y toda la dulzura, y toda la unidad desta vida entonces es, cuando aquestas dos partes nuestras, que decimos hermanas, viven tambien como hermanas en paz y concordia.

Y dice que es suave y provechosa esta paz, como lo es el unguento oloroso derramado, y el rocío que descende sobre los montes de Hermon, y de Sion. Porque en el hecho de la verdad el hijo de Dios, que nasce y que vive en estas dos partes, y que es unción y rocío como ya muchas veces decimos, derramándose en la primera dellas, y de allí descendiendo á la otra, y bañándola, hace en ellas esta paz provechosa y gustosa. De las cuales partes la una es bien como la cabeza, y la otra como la barba áspera, y como la boca, ó la márgen de la vistidura: y la una es verdaderamente Sion, adonde Dios se contempla, y la otra Hermon, que es asolamiento, porque consiste su salud en que se asuele en ella, cuanto levanta el demasiado y vicioso deseo. Y cierto cuando Cristo llega á nacer, y vivir en alguno desta manera, aquel en quien así vive, dice bien con san Pablo: *Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Jesu Cristo.* Porque vive y no vive. No vive por sí, pero vive, porque en él vive Cristo, esto es, porque Cristo

abrazado con él, y como infundido por él le alienta, y le mueve, y le deleite, y le halaga y le gobierna las obras, y es la vida de su feliz vida. Y de los que aquí llegaron, dice propiamente Esaías: *Alegráronse con tu presencia, como la alegría en la siega: como se regocijaron al dividir del despojo.*

De la siega dice, que es señalada alegría, porque se coge en ella el fruto de lo trabajado, y se conoce que la confianza que se hizo del suelo, no salió vacía, y se halla como por la largueza de Dios, mejorado y acrescentado, lo que pareciese perdido. Y así es alegría grandísima la de los que llegan aquí. Porque comienzan á coger el fruto de su fe y penitencia, y ven que no les burló su esperanza, y sienten la largueza de Dios en sí mismos, y un amontonamiento de no pensados bienes. Y dice del dividir los despojos, porque entonces alegran á los vencedores tres cosas, el salir del peligro, el quedar con honra, el verse con tanta riqueza. Y las mismas alegran á los que agora decimos. Porque vencido, y casi muerto del todo lo que en el sentido hace guerra, y esto porque el Espíritu de Cristo nasce, y se derrama por él; no solamente salen de peligro, sino se hallan improvisamente dichosos y ricos. Y por eso dice que se alegran en su presencia: porque la presencia suya en ellos, que es el nacer y vivir de Cristo en toda su alma, les acarrea este bien, que es el que añade luego diciendo: *Porque el yugo de pesadumbre, y la vara de su hombro, y el sceptro del ejecutor en él, lo quebrantaste como en el día de Madian.*

Que á la ley dura, que puso el pecado en nuestra carne, y á lo que heredamos del primer hombre, y que es hombre viejo en nosotros, lo llama bien, *yugo de pesadumbre*, porque es carga muy enlazada á nosotros, y que mucho nos enlaza: y *vara de su hombro*, porque con ella, como con vara de castigo, nos azota el demonio. Y dice *de su hombro*, por semejanza de los verdugos y ministros antiguos de justicia, que traían al hombro el manojó de varas, con que harían á los condenados. Y es *sceptro de ejecutor*, y en nosotros; porque por medio de la mala inclinación del viejo hombre, que reside en nuestra carne, ejecuta el enemigo su voluntad en nosotros. Lo cual todo quebranta Cristo, cuando de lo alto de alma extiende su vida á la parte baja della, y viene como nacer en la carne. Y quebrántalo, *como en el día de Madian*. Que ya sabeis en que forma alcanzó victoria Gedeon (1) de los Madianitas, sin sus armas, y con solo quebrar los cántaros, y resplandecer la luz que encerraban, y con tocar las trom-

petas. Porque comenzar Cristo á nacer en nosotros, no es cosa de nuestro mérito, sino obra de su mucha virtud: que primero como luz metida en el medio del alma, se encierra allí, y despues se descubre, y resplandesce, quebrantado lo terreno y carnal del sentido. A cuyo resplandor, y al sonido que hace la voz de Cristo en el alma, huyen los enemigos, y mueren. Y como en el sueño, que entonces vió uno de los del pueblo contrario, un pan de cebada, y cocido entre la ceniza, que se revolvia por el real de los enemigos, tocando las tiendas las derrocaba: así aquí Cristo, que es pan despreciado al parecer y cocido en trabajos, revolviéndose por los sentidos del alma, pone por el suelo los asientos de la maldad, que nos hacen guerra, y finalmente los abrasa y consume, como dice luego el Profeta. *Que toda la presa, ó pelea peleada con alboroto, y la vestidura revuelta en las sangres, será para ser quemada, será mantenimiento de fuego.*

Y dice bien, *la pelea peleada con alboroto*, cuales son las contradiciones que los deseos malos, cuando se encienden, hacen á la razon, y las polvaredas que levantan, y su alboroto, y su ruido. Y dice bien, *el vestido revuelto en la sangre*, que es el cuerpo y la carne, que nos vestimos, manchada con la sangre de sus viciosas pasiones. Porque todo ello en este caso lo apura el santo fuego, que Cristo en el Evangelio (2) dice, que vino á poner en la tierra. Y lo que el mismo Profeta en otro capítulo escribe tambien pertenesce á este negocio, por que dice desta manera: *Porque el pueblo en Sion habitará en Hierusalem. No llorará llorando: apiadando, se apiadará de ti. A la voz de tu grito, en oyéndola, te responderá. Y daros ha el Señor pan estrecho, y agua apretada: y no volverá mas tu maestro: y á tu maestro tus ojos le contemplarán. Y tus orejas oirán á las espaldas tuyas palabra que te dirá: este es el camino, andad en él no inclineis á la derecha, ó á la izquierda.*

Que es imágen desto mismo que digo, adonde el pueblo, que estaba en Sion, hace ya morada en Hierusalem; y la vida de Cristo que vivia en el alcázar del alma, se extiende por toda la cerca della, y la pacífica; y el que residia en Sion, hace ya su morada en la paz; y cesa el lloro, que es lloro, porque se usa ya con ellos de la piedad, que es perfecta. Y como vive ya Cristo en ellos, óyelos en llamando, ó por mejor decir, lo que él pide en ellos, eso es lo que piden: porque está en ellos su maestro metido, que no se les aparta ni ausen-

(1) Judic. cap. VII. v. 9.

(2) Luc. cap. XII. v. 49

ta, y que en hablando de ellos los oye. Y dales entonces Dios pan estrecho, y agua apretada, porque verdaderamente les da el pan y el agua que dan vida verdadera, su cuerpo y su espíritu, que se derrama por ellos y los sustenta. Mas dásele con brevedad y estrechez: lo uno, porque de ordinario mezcla Dios con este pan, que les da, adversidad y trabajos; lo otro, porque es pan que sustenta en medio de los trabajos y de las apreturas el alma; y lo último, porque en esta vida este pan vive como escondido, y como encogido en los justos. Que como dice dellos san Pablo: *Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, mas cuando él apareciere, que es vuestra vida, entonces le pareceréis á él en la gloria.* Porque entonces acabará de crecer en los suyos Cristo perfectamente y del todo, cuando los resuscitare del polvo inmortales y gloriosos, que será el grado tercero, y el último de los que arriba dijimos. Adonde su Espíritu y vida dél se comunicará de lo alto del alma á la parte mas baja della, y della se extenderá por el cuerpo, no solamente quitando dél lo vicioso, sino tambien desterrando dél lo quebradizo y lo flaco, y vistiéndolo enteramente de sí: de manera que todo su vivir, su querer, su entender, su parecer, y resplandecer será Cristo, que será entonces varon perfecto enteramente en todos los suyos, y será uno en todos, y todos serán hijos cabales de Dios, por tener en sí el ser y el vivir deste HIJO, que es único y solo HIJO de Dios, y lo que es HIJO de Dios, en todos los que se llaman sus hijos. Y así como Cristo nasce en todas estas maneras, así tambien en las Escrituras sagradas hebreas es llamado HIJO con cinco nombres diversos.

Porque como sabeis, Esaías, le llamaba IELED. Y David en el psalmo segundo le llama BAR. Y en el psalmo setenta y uno le llama NIN. Y de David y de Esaías es llamado BEN. Y llámale SIL Jacob en la bendicion de su hijo Judas en el libro de la creacion de las cosas. De manera que como Cristo nasce cinco veces, así tambien tiene cinco nombres de HIJO, que todos significan lo mismo que HIJO, aunque con sonidos diferentes, y con origen diversa. Porque IELED es, como si dijésemos, el engendrado. BAR, el criado, apurado, escogido. NIN, el que se va levantando. BEN, el edificio, Y SIL, el pacífico, ó el enviado. Que todas son cualidades que generalmente se dicen bien de los hijos, por donde los Hebreos tomaron nombres dellas para significar lo que es HIJO. Porque el hijo es engendrado, y criado, y sacado á luz, y es como lo apurado, y lo ahechado que sale del mezclarse los padres, y el que se levanta en su lugar, cuando ellos fallescen, sustentando su

nombre, y es como un edificio, (por donde aun en español á los hijos y descendientes les damos nombres de casa) y es la paz el hijo, y como el nudo de concordia entre el padre y la madre. Mas dejando lo general, con señalada propiedad son estos nombres de solo aqueste HIJO que digo. Porque él es el engendrado segun el nascimiento eterno, y el sacado á luz segun el nascimiento de la carne, y lo apurado y lo ahechado de toda culpa, segun ella misma, y el que se levantó de los muertos, y el edificio que encierra en la hostia donde se pone á todos sus miembros, y el que nasce en el centro de sus almas, de donde envia poco á poco por todas sus partes dellas la virtud de su Espíritu, que las apura, y aviva, y pacifica, y bastece de todos sus bienes. Y finalmente él es el HIJO de Dios, que solo es HIJO de Dios en sí, y en todos los demás que lo son. Porque en él se criaron, y por él se reformaron, y por razon de lo que dél contienen en sí, son dichos sus hijos. Y eso es ser nosotros hijos de Dios, tener á este su divino HIJO en nosotros. Porque el Padre no tiene sino á él solo por HIJO, ni ama como á hijos, sino á los que en sí le contienen, y son una misma cosa con él, un cuerpo, un alma, un espíritu. Y así siempre ama á solo él en todas las cosas que ama.

Y acabó Juliano aquí, y dijo luego : Hecho he, Sabino, lo que me pedistes, y dicho lo que he sabido decir : mas si os tengo cansado, por eso proveisteis bien que Marcelo sucediese luego, que con lo que dijere nos descansará todos. A Sabino, dijo entonces Marcelo, yo fio que no le habeis cansado ; mas habeisme puesto en trabajo á mí, que despues de vos no sé que podré decir que contente. Solo hay este bien, que me vengaré agora, Sabino, de vos en quitaros el buen gusto que os queda. Dijo Marcelo esto, y queria Sabino responderle; mas estorbóselo un caso que sucedió, como agora diré.

En la orilla contraria de dondo Marcelo y sus compañeros estaban, en un árbol, que en ella habia, estuvo asentada una avecilla de plumas y de figura particular, cuasi todo el tiempo que Juliano decia, como oyéndole, y á veces como respondiéndole con su canto, y esto con tanta suavidad y armonía, que Marcelo y los demás habian puesto en ella los ojos y los oidos. Pues al punto que Juliano acabó, y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le queria replicar, sintieron ruido hácia aquella parte, y volviéndose, vieron que lo hacian dos grandes cuervos, que revolando sobre el ave que he dicho, y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella al principio se defendia con las ramas del árbol, encubriéndose entre las mas espesas. Mas

creciendo la porfía, y apretándola siempre más á dó quiera que iba, forzada se dejó caer en el agua, gritando, y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron tambien al agua, y volando sobre la haz del rio la perseguian malamente, hasta que á la fin el ave se sumió toda en el agua, sin dejar rastro de sí. Aquí Sabino alzó la voz, y con un grito dijo: ¡Oh! la pobre, ¡y como se nos ahogó! Y así lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos como victoriosos se fueron alegres luego. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase á Sabino, que maldecia los cuervos, y no podia perder la lástima de su pájara, que así la llamaba; de improviso á la parte adonde Marcelo estaba, y cuasi junto á sus piés la vieron sacar del agua la cabeza, y luego salir del arroyo á la orilla toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre una rama baja que estaba allí junto, adonde extendió sus alas, y las sacudió del agua: y despues batiéndolas con presteza, comenzó á levantarse por el aire cantando con una dulzura nueva. Al canto como llamadas otras muchas aves de su linaje acudieron á ella de diferentes partes del soto. Cercábanla, y como dándole el parabien, le volaban al derredor. Y luego juntas todas, y como en señal de triunfo, rodearon tres ó cuatro veces el aire, con vueltas alegres, y despues se levantaron en alto poco á poco, hasta que se perdieron de vista. Fue grandísimo el regocijo y alegría que deste suceso recibió Sabino.

Mas decíame, que mirando en este punto á Marcelo, le vió demudado en el rostro, y turbado algo, y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló: y queriéndole preguntar que sentia, vióle que levantando al cielo los ojos como entre los dientes, y con un suspiro disimulado dijo: Al fin Jesus es Jesus. Y que luego sin dar lugar á que ninguno le preguntase mas, se volvió á él y le dijo: Atended, pues, Sabino, á lo que pedistes.

### III

Y porque, Sabino, veais, que no me pesa de obedesceros, y porque no digais, como soleis, que siempre os cuesta, lo que me oís, muchos ruegos; primero que diga del nombre que señalastes, quiero decir de un otro nombre de Cristo, que las últimas palabras de Juliano, en que dijo ser él, lo que Dios en todas las cosas ama, me le trujeron á la memoria: y es EL AMADO, que así le llama la sagrada Escritura en dife-

rentes lugares. Maravilla es veros tan liberal, Marcelo, dijo Sabino entonces: mas proseguí en todo caso, que no es de perder una añadidura tan buena. Digo pues, prosiguió luego Marcelo, que es llamado Cristo EL AMADO en la santa Escritura, como parece por lo que diré. En el libro de los Cantares la aficionada Esposa le llama con este nombre casi todas las veces. Esaías en el capítulo quinto hablando del mismo y con el mismo, le dice: *Cantaré al Amado el cantar de mi tío á su viña*. Y acerca del mismo Profeta en el capítulo veinte y seis á donde leemos: *Como la que concibió al tiempo del parto voceá herida de sus dolores, así nos acaesce delante tu cara*; la antigua translacion de los Griegos lee de esta manera: *Ansí nos aconteció con EL AMADO*. Que como Origenes declara, es decir, que el AMADO, que es Cristo concebido en el alma, la hace sacar á luz y parir lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta, cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la negacion de sí mismo.

Y David al psalmo cuarenta y cuatro, en que celebra los loores y los desposorios de Cristo, le intitula, *Cantar del AMADO*. Y san Pablo le llamó el hijo del amor, por aquesta misma razon. Y el mismo Padre celestial acerca de san Mateo le nombra su AMADO, y su hijo. De manera que es nombre de Cristo este, y nombre muy digno dél, y que descubre una su propiedad muy rara, y muy poco advertida. Porque no queremos decir agora, que Cristo es amable, ó que es mercedor del amor, ni queremos engrandecer su muchedumbre de bienes con que puede aficionar á las almas: que eso es un abismo sin suelo, y no es lo proprio que en este nombre se dice. Ansí que no queremos decir, que se le debe á Cristo amor infinito, sino decir que es Cristo EL AMADO, esto es, el que antes ha sido, y agora es, y será para siempre la cosa mas amada de todas. Y dejando aparte el derecho, queremos decir del hecho, y de lo que pasa en realidad de verdad, que es lo que propriamente importa este nombre, no menos digno de consideracion, que los demás nombres de Cristo. Porque así como es sobree todo lo que comprehende el juicio, la grandeza de razones, por las cuales Cristo es amable; así es cosa que admira la muchedumbre de los que siempre le amaron, y las veras y las finezas nunca oidas de amor con que los suyos le aman.

Muchos merescen ser amados, y no lo son, otros lo son mucho menos de lo que merescen: mas á Cristo aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible á los hombres. Y si dellos levantamos los ojos, y

ponemos en el cielo la vista, es AMADO de Dios todo cuanto merece. Y así es llamado debidamente EL AMADO. Porque ni una criatura sola, ni todas juntas las criaturas son de Dios tan amadas. Y porque él solo es el que tiene verdaderos amadores de sí. Y aunque la prueba deste negocio es el hecho, digamos primero del dicho, y antes que vengamos á los ejemplos, descubramos las palabras, que nos hacen ciertos desta verdad, y las profecias que della hay en los libros divinos. Porque lo primero, David en el psalmo en que trata del reino de aqueste su Hijo y Señor, profetiza, como en tres partes, esta singularidad de aficion con que Cristo habia de ser de los suyos querido. Que primero dice: *Adorarle han los reyes todas todas las gentes le servirán.* Y despues añade: *Y vivirá, y daránle del oro de Sabá, y rogarán siempre por él, bendecirle han todas las gentes.* Y á la postre concluye, *:Y será su nombre eterno, perseverará allende del sol su nombre, bendecirse han todos en él, y daránle bienandanzas.* Que como aquesta aficion que tienen á Cristo los suyos es rarissima por extremo, y David la contemplaba alumbrado con la luz del profeta, admirándose de su grandeza, y queriendo decirla, usó de muchas palabras, porque no se decia con una. Que dice, que la fuerza del amor para con Cristo, que reinaria en los ánimos fieles, les derrocaria por el suelo el corazon adorándole, y los encenderia con cuidado vivo para servirle, — les haria que le diesen todo su corazon hecho oro, que es dey cir, hecho amor, y que fuese su deseo contino rogar que su reino creciese, y que se extendiese mas y allende su gloria, y que les daria un corazon tan ayuntado, y tan hecho uno con él, que no rogarian al Padre ninguna cosa que no fuese por medio dél, y que del hervor del animo les saldria el ardor á la boca, que les bulliria siempre en loores, á quien ni el tiempo pondria silencio, ni fin el acabarse los siglos, ni pausa el sol cuando él se parare, sino que durarian quanto el amor que los hace, que seria perpetuamente, y sin fin. El qual mismo amor les seria causa á los mismos, para que ni tuviesen por bendito lo que Cristo no fuese, ni deseasen bien, ni á otros, ni á sí, que no nasciese de Cristo, ni pensasen haber alguno que no estuviese en él, y así juzgasen y confesasen ser suyas todas las buenas suertes, y las felices venturas.

Tambien vió aquestos estremos de amor, con que amarian á Cristo los suyos, el patriarca Jacob estando vecino á la muerte, quando profetizando á Joseph su hijo sus buenos sucesos, entre otras cosas le dice: *Hasta el Deseo de los colla-*

*dos eternos.* Que por cuanto le habia bendecido, y juntamente profetizado, que en él, y en su descendencia florescerian sus bendiciones con grandísimo efecto; y por cuanto conocia que al fin habia de perecer toda aquella felicidad en sus hijos por la infidelidad dellos, al tiempo que nasciese Cristo en el mundo; añadió, y no sin lástima, y dijo: *Hasta el Deseo de los eternos collados.* Como diciendo, que su bendicion en ellos tendria suceso, hasta que Cristo nasciese. Que así cuando bendijo á su hijo Judas le dijo, que mandaria entre su gente, y tendria el sceptro del reino, hasta que viniese el *Silo*: así agora pone limite y término á la prosperidad de Joseph en la venida del que llama, Deseo. Y como allí llama á Cristo *Silo* por encubierta y rodeo, que es decir el Enviado, ó el hijo della, ó el dador de la abundancia, y de la paz, que todas son propiedades de Cristo: así aqui le nombra el Deseo de los collados eternos.

Porque los collados eternos aqui son todos aquellos á quienes la virtud ensalzó, cuyo único deseo fue Cristo. Y es lástima, como decia que hirió en este punto el corazon de Jacob con sentimiento grandísimo, que viniese á tener fin la prosperidad de sus hijos, cuando salia á luz la felicidad deseada y amada de todos, y que aborresciesen ellos para su daño lo que fue el suspiro y el deseo de sus mayores padres, y que se forjasen ellos por sus manos su mal, en el bien que robaba para sí todos los corazones y amores. Y lo que decimos *Deseo* aqui, en el original es una palabra que dice una afición que no reposa, y que abre de continuo el pecho con ardor y deseo. Por manera que es cosa propria de Cristo y ordenada para solo él, y profetizada dél antes que nasciese en la carne, el ser querido y AMADO, y deseado con excelencia, como ninguno jamás ha sido ni querido, ni deseado ni amado. Conforme á lo cual fue tambien lo de Ageo (1), que hablando de aqueste general objeto de amor, y deste señaladamente querido, y diciendo de las ventajas que habia de hacer el templo segundo, que se edificaba cuando él escribia, al primero templo, que edificó Salomon, y fue quemado por los Caldeos; dice por la mas señalada de todas, que *vendria á él el Deseado de todas las gentes, y que le hinchiria de gloria.* Porque así como el bien de todos colgaba de su venida así le dió por suerte Dios, que los deseos é inclinaciones y aficiones de todos se inclinassen á él. Y esta suerte y condicion suya, que el Profeta miraba, la declaró llamándole el Deseado de todos.

(1) Agev. cap. II. v. 8

Mas por ventura no llegó el hecho á lo que la profecía decia, y el de quien se dice, que seria el Deseado y AMADO, cuando saliò á luz, ¿no lo fue? Es cosa que admira lo que acerca desto acontece, si se considera en la manera que es. Porque lo primero, puédesse considerar la grandeza de una aficion en el espacio que dura, que esa es mayor la que comienza primero, y siempre persevera continua, y se acaba ó nunca, ó muy tarde,

Pues si queremos confesar la verdad, primero que nasciese en la carne Cristo, y luego que los hombres, ó luego que los ángeles comenzaron á ser, comenzó á prender en sus corazones dellos su deseo y su amor. Porque, como altísimamente escribe san Pablo, cuando Dios primeramente introdujo á su Hijo en el mundo, se dijo: *Y adórente todos sus ángeles*. En que quiere significar y decir, que luego, y en el principio que el Padre sacó las cosas á luz, y dió ser y vida á los ángeles, metió en la posesion dello á Cristo su Hijo como á heredero suyo, y para quien se crió, notificándoles algo de lo que tenia en su ánimo acerca de la humanidad de Jesus, señora que habia de ser de todo, y reparadora de todo, á la cual se la propuso como delante los ojos, para que fuese su esperanza, y su deseo, y su amor. Ansi que cuanto son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo AMADO dellas: y como si dijésemos, en sus amores del se comenzaron los amores primeros, y en la aficion de su vista se dió principio al deseo, y su claridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta ella antes que ninguno otro que de fuera viniese. Y en la manera que san Juan (1) le nombra, *Cordero sacrificado desde la origen del mundo*, así tambien le debemos llamar, bien AMADO, y deseado, desde luego que nascieron las cosas. Porque así como fue desde el principio del mundo sacrificado en todos los sacrificios, que los hombres á Dios ofrecieron desde que comenzaron á ser, porque todos ellos eran imágen del único y grande sacrificio deste nuestro Cordero: así en todos ellos fue aqueste mismo señor deseado, y AMADO.

Porque todas aquellas imágenes, y no solamente aquellas de los sacrificios, sino otras innumerables que se compusieron de las obras, y de los sucesos, y de las personas de los padres pasados, voces eran que testificaban este nuestro general deseo de Cristo. Y eran como un pedirse á Dios, poniéndole devota y aficionadamente tantas veces su imágen delante, y como los que aman una cosa mucho, en testimonio

(1) Apoc. cap. XIII. v. 8.

de cuanto la aman, gustan de hacer su retrato, y de traerlo siempre en las manos: así el hacer los hombres tantas veces, y tan desde el principio imágenes y retratos de Cristo, ciertas señales eran del amor y deseo dél, que les ardía en el pecho. Y así las presentaban á Dios para aplacarle con ellas que las hacían también para manifestar en ellas su fe para con Cristo y su deseo secreto. Y este deseo y amor de Cristo, que digo, que comenzó tan temprano en hombres y en ángeles, no feneció brevemente, antes se continuó con el tiempo, y persevera hasta agora, y llegará hasta el fin, y durará cuando la edad se acabare, y florecerá fenecidos los siglos tan grandes y tan extendido, cuanto la eternidad es grande y se extiende. Porque siempre hubo, siempre hay, y siempre ha de haber almas enamoradas de Cristo. Jamás faltarán vivas demostraciones deste bienaventurado deseo. Siempre sed dél, siempre vivo el apetito de verle: siempre suspiros dulces, testigos fieles del abrasamiento del alma. Y como las demás cosas para ser amadas, quieran primero ser vistas y conocidas, á Cristo le comenzaron á amar los ángeles y los hombres sin verle, y con solas sus nuevas. Las imágenes y las figuras suyas, ó diremos mejor, aun las sombras oscuras que Dios les puso delante, y el rumor solo suyo, y su fama les encendió los espíritus con increíbles ardores.

Y por eso dice divinamente la Esposa: *En el olor de tus olores corremos, las doncellas te aman.* Porque solo el olor de aqueste gran bien, que tocó en los sentidos recién nascidos, y como donceles del mundo, les robó de tal manera las almas, que las llevó en su seguimiento encendidas. Y conforme á esto es también lo que dice el Profeta: *Esperamos en ti, tu nombre, y tu recuerdo, deseo del alma, mi alma te desea en la noche.* Porque en la noche, que es, según Teodoro (1) declara, todo el tiempo desde el principio del mundo, hasta que amanesció Cristo en él como luz, cuando á malas penas se devisaba, llevaba á sí los deseos: y su nombre apenas oído, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendían las almas. Mas ¿cuántas almas, pregunto, una, ó dos, ó á lo menos no muchas? Admirable cosa es los ejércitos sin número de los verdaderos amadores que Cristo tiene, y terná para siempre. Un amigo fiel es negocio raro, y muy dificultoso de hallar. Que como el sabio dice: *El amigo fiel es una fuerte defensa: el que le hallare, habrá hallado un tesoro.* Mas Cristo halló y halla infinitos amigos, que le aman con tanta fe, que son llamados los fieles entre todas las gentes

(1) Comm. in Daniel. Orat VIII.

como con nombre proprio, y que á ellos solos conviene. Porque en todas las edades del siglo, y en todos los años dél, y podemos decir, que en todos sus horas han nascido y vivido almas que entrañablemente le amen. Y es mas hacedero y posible que le falte la luz al sol, que faltar en el mundo hombres que le amen y adoren. Porque este amor es el sustento del mundo, y el que le tiene como de la mano, para que no desfallezca. Porque no es el mundo mas, de cuanto se hallare en él, quien por Cristo se abraze. Que en la manera como todo lo que vemos se hizo para fin y servicio y gloria de Cristo, segun que dijimos ayer; así en el punto que faltase en el suelo quien le reconociese, y amase, y sirviese, se acabarian los siglos, como ya inútiles para aquello á que son. Pues si el sol, despues que comenzó su carrera, en cada una vuelta suya produce en la tierra amadores de Cristo; ¿quien podrá contar la muchedumbre de los que amaron y aman á Cristo? Y aunque Aristotil pregunta, si conviene tener uno muchos amigos, y concluye que no conviene; pero sus razones tienen fuerza en la amistad de la tierra, adonde como en sujeto no proprio, prende siempre y fructifica con imperfeccion el amor.

Mas esa es la excelencia de Cristo, y una de las razones por donde le conviene ser EL AMADO con propiedad, que da lugar á que le amen muchos, como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben, y sin que él se embarce en responderse con tantos. Porque si los amigos, como dice Aristotil, no han de ser muchos, porque para el deleite bastan pocos, porque el deleite no es el mantenimiento de la vida, sino como la salsa della, que tiene su límite; en Cristo aquesta razon no vale, porque sus deleites, por grandes que sean; no se pueden condenar por esceso. Y si teniendo respecto al interés, que es otra razon, no nos convienen, porque tenemos de acudir á sus necesidades, á que no puede bastar la vida, ni la hacienda de uno, si los amigos son muchos; tampoco tiene aquesto lugar. Porque su poder de Cristo, haciendo bien, no se cansa, ni su riqueza repartida se disminuye, ni su alma se ocupa, aunque acuda á todos y á todas sus cosas. Ni menos impide aqui lo que entre los hombres estorba, que (y es la tercera razon) no se puede tener amistad con muchos si ellos tambien entre sí no son amigos. Y es dificultoso negocio que muchos entre sí mismos, y con un otro tercero, guarden verdadera amistad. Porque Cristo en los que le aman, él mismo hace el amor, y se pasa á sus pechos dellos, y vive en sus almas, y por la misma razon hace que tengan

todos una misma alma y espíritu. Y es fácil y natural que los semejantes y los unos se amen. Y si nosotros no podemos cumplir con muchos amigos, porque acontecería en un mismo tiempo, como el mismo filósofo dice, ser necesario sentir dolor con los unos, y placer con los otros; Cristo que tiene en su mano nuestro dolor y placer, y que nos le reparte cuando y como conviene, cumple á un mismo tiempo dulcísimamente con todos. Y puede él, porque nació para ser por excelencia EL AMADO, lo que no podemos los hombres, que es amar á muchos con estrechez y extremo. Que el amor no lo es, si es tibio ó mediano. Porque la amistad verdadera es muy estrecha. Y así nosotros no valemos sino para con pocos. Mas él puede con muchos, porque tiene fuerza para lanzarse en el alma de cada uno de los que le aman, y para vivir en ella, y abrazarse con ella, cuan estrechamente quisiere.

De todo lo cual se concluye, que Cristo, como á quien conviene el ser AMADO entre todos, y como aquel que es el sujeto propio del amor verdadero, no solamente puede tener muchos que le amen con estracha amistad, mas debe tenerlos, y así de hecho los tiene. Porque son sus amadores sin cuento. ¿No dice en los Cantares la Esposa: *Sesenta son sus reinas, y ochenta sus aficionadas, y de las doncellicas que le aman no hay cuento?* Pues la Iglesia ¿qué le dice cuando le canta, que se recrea entre las azucenas, rodeado de danzas, y de coros de vírgenes? Mas san Juan en su revelacion (1), como testigo de vista lo pone fuera de toda duda, diciendo, que *vió una muchedumbre de gente, que no podia ser contada, que delante del trono de Dios asistian ante la faz del Cordero vestidos de vestiduras blancas, y con ramos de palma en las manos.* Y si los aficionados que tiene entre los hombres son tantos; ¿qué será si ayuntamos con ellos á todos los santos ángeles, que son tambien suyos en amor, y en fidelidad, y en servicio? Los cuales en ninguna comparacion exceden en muchedumbre á las cosas visibles, conforme á lo que Daniel escribia, que asisten á Dios, y le sirven millares de millares, y de cuentos, y de millares.

Cosa sin duda no solamente rara y no vista, sino ni pensada, ni imaginada jamás; que sea uno AMADO de tantos, y que una naturaleza humana de Cristo abrase en amor á todos los ángeles, y que se extienda tanto la virtud deste bien, que encienda aficion de si cuasi en todas las cosas. Y porque dije, cuasi en todas, podemos, Juliano, decir, que las que ni juzgan, ni sienten, las que carecen de razon, y las que no tienen

(1) Apoc. cap. VII. v. 9.

ni razon ni sentido, apetecen tambien á Cristo, y se le inclinan amorosamente, tocadas deste su fuego, en la manera que su natural lo consiente. Porque lo que la naturaleza hace, que inclina á cada cosa al amor de su proprio provecho, sin que ella misma lo sienta; eso obró Dios, que es por quien la naturaleza se guia, inclinando al deseo de Cristo aun á lo que no siente ni entiende. Porque todas las cosas guiadas de un movimiento secreto amando su mismo bien, le aman tambien á él y sospiran con su deseo, y gimen por su venida en la manera que el Apóstol escribe. *La esperanza de toda la criatura se endereza, á quando se descubrirán los hijos de Dios: que agora está subjeta á corrupcion fuera de lo que apetece, por quien á ello le obliga, y la mantiene con esta esperanza. Porque quando los hijos de Dios vinieren á la libertad de su gloria, tambien esta criatura será libertada de su servidumbre y corrupcion. Que cosa sabida es, que todas las criaturas gimen y estan como de parto hasta aquel dia.* Lo cual no es otra cosa sino un apetito, y un deseo de Jesu Cristo, que es el autor desta libertad, que san Pablo dice, y por quien todo vocea. Por manera que se inclinen á él los deseos generales de todo, y el mundo con todas sus partes le mira y abraza.

Conforme á lo cual, y para significacion dello, decia en los Cantares la esposa: que *Salomon hizo para si una litera de cedro, cuyas colunas eran de plata, y los lados de la silla de oro, y el asiento de púrpura, y en medio el amor de las hijas de Hierusalem.* Porque esta litera en cuyo medio Cristo reside y se asienta, es lo mismo que este templo del universo, que como digo, él mismo hizo para si en la manera como para tal Rey convenia; rico y hermoso, y lleno de variedad admirable, y compuesto, y como si dijésemos, atizado con artificio grandísimo. En el cual se dice que anda él como en litera, porque todo lo que hay en él, le trae consigo, y le demuestra, y le sirve de asiento. En todo está, en todo vive, en todo gobierna, en todo resplandece y reluce. Y dice que está en medio, y llámale por nombre, *El amor encendido de las hijas de Hierusalem*, para decir que es el amor de todas las cosas, así las que usan de entendimiento y razon, como las que carecen della, y las que no tienen sentido. Que á las primeras llama *hijas de Hierusalem*, y en orden dellas le nombra amor encendido, para decir que se abrasan amándole todos los hijos de paz, ó sean hombres, ó ángeles. Y las segundas demuestra por la *litera*, y por las partes ricas que la componen, la caja, las colunas, el recodero, y el respaldar, y la peaña y asiento:

respecto de todo lo cual, dice, que este amor está en medio para mostrar que todo ello le mira ; y que como al centro de todo, su peso de cada uno le lleva á él los deseos de todas las partes derecha y fielmente, como van al punto las rayas desde la vuelta del círculo. Y no se contentó con decir que Cristo tiene el medio y el corazón desta universidad de las cosas, para decir que le encierran todas en sí ; ni se contentó con llamarle *amor* dellas, para demostrar, que todas le aman ; sino añadió mas, y llamóle *amor encendido*, con una palabra de tanta significacion, como es la original que allí pone : que significa no encendimiento como quiera, sino encendimiento grande, é intenso, y como lanzando en los huesos ; y encendimiento cual es el de la brasa en que no se ve sino fuego.

Y así diremos bien aquí *el amor abrasado*, ó *el amor que convierte en brasa los corazones de sus amigos*, para encarecer así mejor la fineza de los que le aman. Porque no es tan grande el número de los amadores, que tiene este AMADO, con ser tan fuera de todo número, como dicho tenemos, cuanto es ardiente, y firme, y vivo, y por maravilloso modo entrañable el amor que le tienen. Porque á la verdad, lo que mas aquí admira, es la viveza, y firmeza, y blandura, y fortaleza, y grandeza de amor con que es AMADO Cristo de sus amigos. Que personas ha habido, unas de ellas naturalmente bien quistas, otras que, ó por su industria, ó por sus méritos han allegado á sí las aficiones de muchos ; otras que enseñando sectas, y alcanzando grandes imperios, han ganado acerca de las naciones y pueblos reputacion, y adoracion, y servicio. Mas no diga uno de muchos, pero ni uno de otro particular íntimo amigo suyo, fue jamás AMADO con tanto encendimiento, y firmeza, y verdad, como Cristo lo es de todos sus verdaderos amigos, que son, como dicho habemos, sin número. Que sí, como escribe el Sabio. *El amigo leal es medicina de vida, y hallando los que temen á Dios : que el que teme á Dios hallará amistad verdadera, porque su amigo será otro como él* : ¿ qué podremos decir de la leal y verdadera amistad de los amigos que Cristo tiene, y de quien es AMADO, si han de responder á lo que él ama á Dios, y si le han de ser semejantes, y otros tales como él? Claro es, que conforme á esta regla, del Sabio, quien es tan verdadero y tan bueno, ha de tener muy buenos y muy verdaderos amigos : y que quien ama á Dios, y le sirve, segun que es hombre, con mayor intencion y fineza que todas las criaturas juntas, es AMADO de sus amigos mas firme y verdaderamente, que lo fue jamás criatura ninguna.

Y claro es, que el que nos ama, y nos recuesta, y nos solicita, y nos busca, y nos beneficia, y nos allega á si y nos abraza con tan increíble y no oída afición, al fin no se engaña en lo que hace, ni es respondido de sus amigos con amor ordinario. Y conócese aquesto aun por otra razón. Porque él mismo se forja los amigos, y les pone en el corazón el amor en la manera que él quiere. Y cuanto de hecho quiere ser AMADO de los suyos, tanto los suyos le aman. Pues cierto es, que quien ama tanto como Cristo nos ama, quiere y apetece ser AMADO de nosotros por extremada manera. Porque el amor solamente busca, y solamente desea al amor. Y cierto es, que pues nos hace que le seamos amigos, nos hace tales amigos cuales nos quiere y desea: y que pues enciende este fuego, le enciende conforme á su voluntad, vivo y grandísimo. Que si los hombres y los ángeles amaran á Cristo de su cosecha, y á la manera de su poder natural, y según su sola condición y sus fuerzas, que es decir, al estilo tosco suyo y conforme á su aldea; bien se pudiera tener su amor para con él por tibio y por flaco. Mas si miramos quien los atiza de dentro, y quien los despierta y favorece, para que le puedan amar, y quien principalmente cria el amor en sus almas: luego vemos, no solamente que es amor de extraordinario metal, sino también es incomparablemente ardentísimo. Porque el Espíritu santo mismo, que es de su propiedad el amor, nos enciende de sí para con Cristo, lanzándose por nuestras entrañas, según lo que dice san Pablo: *La caridad de Dios nos ha sido derramada por los corazones, por el Espíritu santo, que nos han dado.*

¿Pues que no será, ó cuáles quilates le faltarán, ó á que firmeza no allegará el amor que Dios en el hombre hace, y que enciende con el soplo de su Espíritu propio? ¿Podrá ser menos que amor nacido de Dios, y por la misma razón digno del, y hecho á la manera del cielo, adonde los serafines se abrasan? ¿Ó será posible, que la idea, como si dijésemos, del amor, y el amor con que Dios mismo se ama, crie amor en mí, que no sea en firmeza fortísimo, y en blandura dulcísimo, y en propósito determinado para todo y osado, y en ardor, fuego y en perseverancia, perpetuo, y en unidad estrechísimo? Sombra sin duda, Sabino, y ensayos muy imperfectos de amor los amores todos, con que los hombres se aman, comparados con el fuego que arde en los amadores de Cristo: que por eso se llama por excelencia EL AMADO, porque hace Dios en nosotros, para que le amemos, un amor diferenciado de los otros amores, y muy aventajado entre todos. ¿Mas que

no hará por afinar el amor de Cristo en nosotros, quien es Padre de Cristo? ¿quién le ama como á único hijo? ¿quién tiene puesta en solo él toda su satisfaccion y su amor? Que así dice san Pablo de Dios, que Jesu Cristo es su hijo de amor, que es decir segun la propiedad de su lengua, que es el hijo á quien ama Dios con extremo. Pues si nasce deste divino Padre, que amemos nosotros á Cristo su hijo: cierto es, que nos encenderá á que le amemos sino en el grado que él le ama, á lo menos en la manera que le ama él. Y cierto es, que hará que el amor de los amadores de Cristo sea, como el suyo, y de aquel linaje y metal, único, verdadero, dulce, cual nunca en la tierra se conoce ni vee.

Porque siempre midé Dios los medios con el fin que pretende. Y en que los hombres amen á Cristo su hijo, que les hizo hombre, no solo para que les fuese señor, sino para que tuviesen en él la fuente de todo su bien y tesoro; así que en que los hombres le amen, no sola mente pretende que se le dé su debido, sino pretende tambien, que por medio del amor se hagan unos con él y participen sus naturalezas humana y divina, para que desta manera se les comuniquen sus bienes. Como Orígenes dice: «Derámase la abundancia de la caridad en los corazones de «los santos, para que por ella participen de la naturaleza de «Dios, y para que por medio deste don del Espíritu santo, se «cumpla en ellos aquella palabra del Señor: *Como tú, Padre, «estás en mí y yo en ti, sean estos así unos en nosotros*. Con- «viene á saber, comunicándoles nuestra naturaleza por medio del amor abundantísimo que les comunica el Espíritu.»

Pregunto pues, ¿qué amor convendrá que sea el que hace una obra tan grande? ¿Qué amistad, la que llega á tanta unidad? ¿Qué fuego, el que nos apura de nuestra tanta vileza, y nos acendra, y nos sube de quilates hasta allegarnos á Dios? Es sin duda finísimo, y como Orígenes dice, abundantísimo el amor, que en los pechos enamorados de Cristo cria el Espíritu santo. Porque lo cria para hacer en ellos la mayor y mas milagrosa obra de todas, que es hacer dioses á los hombres, y transformar en oro fino nuestro lodo vil y bajísimo. Y como si en el arte de alquimia por solo el medio del fuego convirtiese uno en oro verdadero un pedazo de tierra, diríamos ser aquel fuego extremadamente vivo, y penetrable, y eficaz, y de incomparables virtud: así el amor con que de los pechos santos es amado este AMADO, y que en él los transforma, es sobre todo amor entrañable y vivísimo: y es no ya amor, sino como una sed, y una hambre insacia-

ble, con que el corazón que á Cristo ama, se abraza con él, y se entaña, y como él mismo lo dice, le come, y le traspasa á las venas. Que para declarar la grandeza dél y su ardor, el amar los santos á Cristo, llama la Escritura comer á Cristo. *Los que me comieren*, dice, *aun tendrán hambre de mí*. Y, *si no comiéredes mi carne, y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros*. Que es también una de las causas porque dejó en el sacramento de la hostia su cuerpo; para que en la manera que con la boca y con los dientes en aquellas especies y figuras de pan comen los fieles su carne, y lo pasan al estómago, y se mudan en ella ellos, como ayer se decía: así en la misma manera en sus corazones con el fuego del amor le coman y le penetren en sí, como de hecho lo hacen los que son sus verdaderos amigos: los cuales, como decíamos, abrasándose en él, andan, si lo debemos decir así, desalentados y hambrientos por él. Porque, como dice el Macario: Si el «amor que nasce de la comunicacion de la carne, divide del «padre y de la madre, y de los hermanos, y toda su aficion «pone en el consorte, como es escrito: *Por tanto dejará el «hombre al padre y á la madre, y se juntará con su mujer, y «serán un cuerpo los dos*: pues si el amor de la carne así desata al hombre de todos los otros amores; ¿cuanto mas todos los que fuesen dignos de participar con verdad aquel «don amable y celestial del espíritu, quedarán libres y desatados de todo el amor de la tierra? Y les parecerán todas las «cosas della supérfluas é inútiles, por causa de vencer en «ellos, y ser rey en sus almas el deseo del cielo. Aquello ape«tecen, en aquello piensan de continuo: allí viven, allí andan «con sus discursos, allí su alma tiene todo su trato, vencien«dolo todo, y levantando bandera en ellos el amor celestial y «divino, y la aficion del espíritu.»

Mas veremos evidentemente la grandeza no medida deste amor que decimos, si miráremos la muchedumbre, y la dificultad de las cosas que son necesarias para conservarle y tenerle. Porque no es mucho amar á uno, si para alcanzar y conservar, su amistad, es poco lo que basta. Aquel amor es verdaderamente grande, y de subidos quilates, que vence grandes dificultades. Aquel ama de veras, que rompe por todo; que ningun estorbo le puede hacer que no ame; que no tiene otro bien sino al que ama; que con tenerle á él, perder todo lo demás no lo estima; que niega todos sus propios gustos, por gustar del amor solamente; que se desnuda todo de sí, para no ser mas de amor. Cuales los verdaderos amadores de Cristo. Porque para mantener su amistad, es necesario lo pri-

mero, que se cumplan sus mandamientos. *Quien me ama á mí, dice, guardará lo que yo le mando*, que es no una cosa sola, ó pocas cosas en número, ó fáciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificultades sin cuento. Porque es hacer lo que la razón dice, y lo que la justicia manda, y la fortaleza pide, y la templanza, y la prudencia, y todas las demás virtudes estatuyen y ordenan.

Y es seguir en todas las cosas el camino fiel y derecho, sin torcerse por el interés, ni condescender por el miedo, ni vencerse por el deleite, ni dejarse llevar de la honra. Y es ir siempre contra nuestro mismo gusto, haciendo guerra al sentido. Y es cumplir su ley en todas las ocasiones, aunque sea posponiendo la vida. Y es negarse á sí mismo, y tomar sobre sus hombros su cruz, y seguir á Cristo, esto es, caminar por donde él caminó, y poner en sus pisadas las nuestras. Y finalmente es despreciar lo que se vee, y desechar los bienes que con el sentido se tocan, y aborrecer lo que la experiencia demuestra ser apacible y ser dulce, y aspirar á solo lo que no se vee ni se siente, y desear solo aquello que se promete y se cree, fiándolo todo de su sola palabra. Pues el amor que con tanto puede, sin duda tiene gran fuerza. Y sin duda es grandísimo el fuego, á quien no mata tanta muchedumbre de agua. Y sin duda lo puede todo, y sale valerosamente con ello este amor que tiene con Jesu Cristo los suyos. ¿Qué dice el Esposo á su Esposa? *La muchedumbre del agua no puede apagar la caridad, ni anegarla los rios.* ¿Y san Pablo que dice? *La caridad es sufrida, bienhechora: la caridad carece de envidia, no lisonjea, ni tacañea, no se encanece, ni hace de ninguna cosa caso de afrenta, no busca su interés no se encoleriza, no imagina hacer mal, ni se alegra del agravio, antes se alegra con la verdad: todo lo lleva: todo lo cree todo lo sufre.* Que es decir, que el amor que tienen sus amadores con Cristo, no es un simple querer, ni una sola y ordinaria afición; sino un querer que abraza en sí todo lo que es bien querer, y una virtud, que atesora en sí juntas las riquezas de las virtudes, y un encendimiento, que se extiende por todo el hombre, y le enciende en sus llamas.

Porque decir, que es *sufrida* es decir, que hace un ánimo ancho en el hombre, con que lleva con igualdad todo lo áspero que sucede en la vida y con que vive entre los trabajos con descanso, y en las turbaciones quieto, y en los casos tristes alegre, y en las contradicciones en paz, y en medio de los temores sin miedo. Y que como una centella, si cayese en la mar, ella luego se apagaría, y no haría daño en el agua

cualquier acontecimiento duro en el alma, á quien ensanchan este amor, se deshace y no empece. Que el daño si viniere, no conmueve esta roca: y la afrenta si sucediere, no desquicia esta torre: y las heridas si golpearan, no doblan aqueste diamante. Y añadir, que es *liberal y bienhechora*, es afirmar que no es sufrida para vengativa, ni calla para guardarse á su tiempo, ni ensancha el corazon, con deseo de mejor sazón de venganza; sino que por imitar á quien ama, se engolosina en el hacer bien á los otros. Y que vuelve buenas obras á aquellos de quien las recibe muy malas. Y porque este su bien hacer es virtud, y no miedo; por eso dice luego el apóstol, que *no lisonjea, ni es tacaña*: esto es, que sirve á la necesidad del prójimo por mas enemigo que le sea, pero que no consiente en su vicio, ni le halaga por defuera, y le aborrece en el alma, ni le es tacaña é infiel. Y dice, que *no se envanece*, que es decir, que no hace estima de sí, ni se hincha vanamente, para descubrir en ello la raíz del sufrimiento, y del ánimo largo, que tiene este amor. Que los soberbios y pundonorosos son siempre mal sufridos, porque todo les hierre. Mas es propiedad de todo lo que es de veras amor, ser humildísimo con aquello á quien ama: y porque la caridad que se tiene con Cristo por razón de su incomparable grandeza, ama por él á todos los hombres; por el mismo caso desnuda de toda altivez al corazon que posee, y le hace humilde con todos. Y con esto dice lo que luego se sigue, que *no hace de ninguna cosa caso de afrenta*. En que no solamente se dice, que el amor de Jesu Cristo en el alma, las afrentas y las injurias que otros nos hacen, por la humildad que nos cria, y por la poca estima nuestra que nos enseña, no las tiene por tales; sino dice tambien, que no se desdeña, ni tiene por afrentoso ó indigno de sí ningun ministerio, por vil y bajo que sea, como sirva en él á su AMADO en sus miembros. Y la razón de todo es lo que añade tras esto: *que no busca su interés, ni se enoja de nada*. Toda su inclinación es al bien, y por eso *el dañar á los otros aun aun no lo imagina*: los agravios ajenos, y que otros padecen, son los que solamente le duelen: y la alegría y felicidad ajena es la suya.

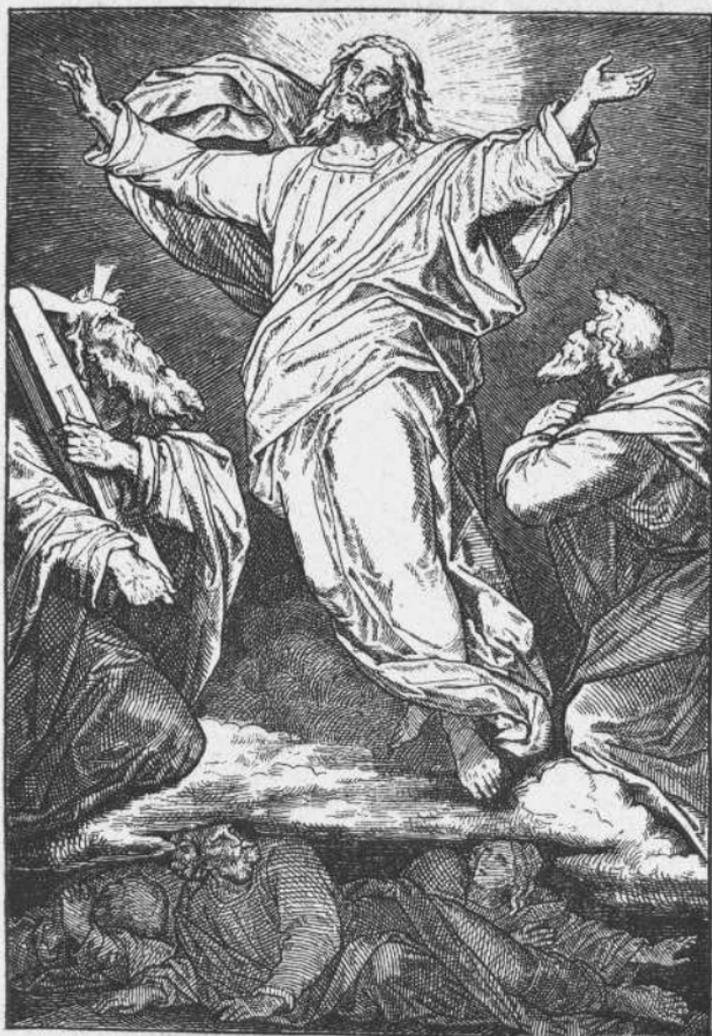
Todo lo que su querido Señor le manda, hace: todo lo que le dice, lo cree: todo lo que se detuviere, le espera: todo lo que le envia, lo lleva con regocijo, y no halla ninguno, sino es en solo él, á quien ama. Que como un grande enamorado bien dice: «Así como en las fiebres el que está inflamado con calentura, aborresce y abomina cualquier mantenimiento, que le ofrescen, por mas gustoso que

«sea, por razon del fuego del mal que le abrasa, y se apodera  
«dél, y le mueve: por la misma manera aquellos á quien en-  
«ciende el deseo sagrado del Espíritu celestial, y á quien lla-  
«ga en el alma el amor de la caridad de de Dios, y en quien  
«se enviste, y de quien se apodera el fuego divino, que Cristo  
«vino á poner en la tierra, y quiso que con presteza prendie-  
«se; y lo que se abrasa, como dicho es, en deseos de Jesu  
«Cristo; todo lo que se precia en este siglo, él lo tiene por de-  
«sechado y aborrecible, por razon del fuego de amor que le  
«ocupa y enciende. Del cual amor no los puede desquiciar  
«ninguna cosa, ni del suelo, ni del cielo, ni del infierno.  
«Como dice el Apostol: *Quien será poderoso para apartarnos*  
«*del amor de Jesu Cristo?* con lo que se sigue. Pero no se  
«permite que ninguno halle el amor celestial del Espíritu,  
«sino se enagena de todo lo que este siglo contiene, y se da  
«á sí mismo á sola la inquisicion del amor de Jesus, liber-  
«tando su alma de toda solitud terrenal, para que pueda  
«ocuparse solamente en un fin, por medio del cumplimiento  
«de todo cuanto Dios manda.

Por manera que es tan grande este amor, que desarraiga de nosotros cualquiera otra aficion, y queda él señor universal de nuestra alma. Y como es fuego ardentísimo, consume todo lo que se opone: y así destierra del corazon los otros amores de las criaturas, y hace él su oficio por ellos, y las ama á todas mucho mas y mejor que las amaban sus propios amores. Que es otra particularidad y grandeza deste amor con que es AMADO Jesus, que no se encierra en solo él, sino en él y por él abraza á todos los hombres, y los mete dentro de sus entrañas, con una afición tan pura, que en ninguna cosa mira á sí mismo; tan tierna, que siente sus males mas que los propios; tan solícita, que se desvela en su bien, tan firme, que no se mudará dellos, si no se muda de Cristo. Y como sea cosa rarísima, que un amigo, segun la amistad de la tierra, quiera por su amigo padecer muerte; es tan grande el amor de los buenos con Cristo, que porque así le place á él, padecerán ellos daños y muerte, no solo por los que conocen, sino por los que nunca vieron; y no solo por los que los aman, sino tambien por quien los aborresce y persigue. Y llega este AMADO á ser tan AMADO, que por él lo son todos. Y en la manera como en las demás gracias y bienes, es él la fuente del bien, que se derrama en nosotros; así en esto lo es. Porque su amor, digo, el que los suyos le tienen, nos provee á todos, y nos rodea de amigos, que olvidados por nosotros nos buscan; y no conocidos, nos conocen; y ofendidos,

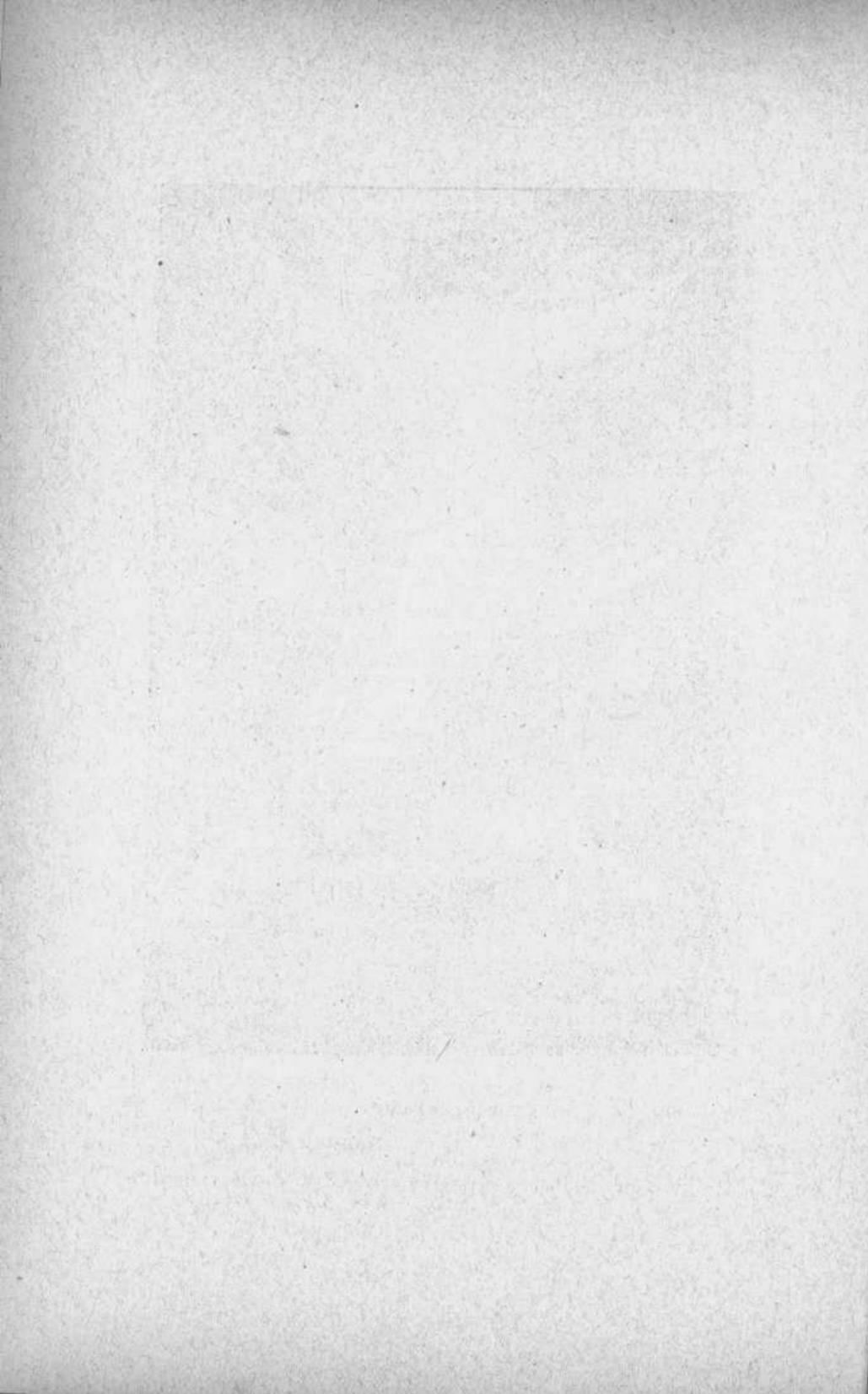
nos desean, y nos procuran el bien : porque su deseo es satisfacer en todo á su AMADO, que es el padre de todos. Al cual aman con tan subido querer, cual es justo que lo sea el que hace Dios con sus manos, y por cuyo medio nos pretenden hacer dioses, y en quien consiste el cumplimiento de todas sus leyes, y la victoria de todas las dificultades, y la fuerza contra todo lo adverso, y la dulzura en lo amargo, y la paz, y la concordia, y el ayuntamiento, y abrazo general y verdadero, con que el mundo se enlaza.

Mas ¿para qué son razones, en lo que se vee por ejemplos? Oigamos lo que algunos destes enamorados de Cristo dicen, que en sus palabras verémos su amor : y por las llamas que despiden sus lenguas, conocerémos el infinito fuego que les ardia los pechos. San Pablo ¿qué dice? *Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿la tribulacion por ventura? ó la angustia? ó la hambre? ó la desnudez? ó el peligro? ó la persecucion? ó la espada?* Y luego : *Cierto soy, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderios, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni finalmente criatura ninguna nos podrá apartar del amor de Dios en nuestro Señor Jesucristo.* ¿Qué ardor? qué llama? qué fuego? ¿Pues el del glorioso Ignacio cual era? «Yo escribo, «dice, á todos los fieles, y les certifico, que muero por Dios «con voluntad y alegría. Por lo cual os ruego, que no me «seais estorbo vosotros. Ruégoos mucho, que no me seais «malos amigos. Dejadme que sea manjar de las fieras, por «cuyo medio conseguire á Jesu Cristo. Trigo suyo soy, y tengo de ser molido con los dientes de los leones, para quedar «hecho pan limpio de Dios. No pongais estorbo á las fieras, «antes las convidad con regalo para que sean mi sepultura, y «no dejen fuera de sí parte de mi cuerpo ninguna. Entonces «seré discípulo verdadero de Cristo, cuando ni mi cuerpo «fuere visto en el mundo. Rogad por mí al Señor, que por «medio destes instrumentos me haga su sacrificio. No os «pongo yo leyes como san Pedro, ó san Pablo : que aquellos «eran apóstoles de Cristo, y yo soy una cosa pequeña : aquellos eran libres como siervos de Cristo, yo hasta agora «solamente soy siervo. Mas si como deseo, padezcó, seré «siervo libertado de Jesu Cristo, y resucitaré en él del todo «libre. Agora aprisionado por él aprendo á no desear cosa alguna vana y mundana. Desde Siria hasta Roma voy echado «á las bestias. Por mar y por tierra, de noche y de dia voy «atado á diez leopardos, que bien tratados se hacen peores. «Mas sus excesos son mi doctrina, y no por eso soy justo.



¡Oh luz del Padre!...

Himno á Cristo.



«Deseo las fieras que me estan aguardando, y ruego verme presto con ellas: á las cuales regalaré y convidaré que me traguen de presto, y que no hagan conmigo lo que con otros, que no osaron tocarlos. Y si ellas no quisieren de su voluntad, yo las forzaré que me coman. Perdonádmme, hijos, que yo sé bien lo que me conviene. Agora comienzo á aprender, á no apetecer nada de lo que se vee, ó no se vee, á fin de alcanzar al Señor. Fuego, y cruz, y bestias fieras, heridas, divisiones, quebrantamientos de huesos, cortamientos de miembros, desatamiento de todo el cuerpo, y cuanto puede herir el demonio, venga todo sobre mí, como solamente gane yo á Cristo. Nada me servirá toda la tierra, nada los reinos de este siglo. Muy mejor me es á mí morir por Cristo, que ser rey de todo el mundo. Al Señor deseo, al Hijo verdadero de Dios, á Cristo Jesus, al que murió y resucitó por nosotros. Perdonadme, hermanos míos, no me impidais el caminar á la vida. Que Jesus es la vida de los fieles. No querais que muera yo, que muerte es la vida sin Cristo.»

Mas veamos agora como arde san Gregoria el teólogo (1): «¡Oh luz del Padre! dice ¡Oh palabra de aquel entendimiento grandísimo, aventajado sobre toda palabra! ¡Oh luz infinita de luz infinita! ¡Unigénito: Figura del Padre: Sello del que no tiene principio: Resplandor que juntamente resplandesce con él: Fin de los siglos: Clarísimo resplandesciente: Dador de riquezas inmensas: ¡Asentado en trono alto: Celestial, poderoso, de infinito valor: Gobernador del mundo, y que das á todas las cosas fuerza que vivan! Todo lo que es, y lo que será, tú lo haces. Sumo artifice, á cuyo cargo está todo. Porque á tí, ó Cristo, se debe que el sol en el cielo con sus resplandores quite á las estrellas su luz, así como en comparación de tu luz son tinieblas los mas claros espiritus. Obra tuya es que la luna, luz de la noche, vive á veces y muere, y torna llena despues, y concluye su vuelta. Por tí el círculo que llamamos zodíaco, y aquella danza, como si dijésemos, tan ordenada del cielo, pone sazón y debidas leyes al año, mezclando sus partes entre sí, y templándolas como sin sentir con dulzura. Las estrellas, así las fijas, como las que andan y tornan, son pregoneros de tu saber admirable. Luz tuya son todos aquellos entendimientos del cielo, que celebran la Trinidad con sus cantos. Tambien el hombre es tu gloria, que colocaste en la tierra, como ángel tuyo pregonero y cantor. ¡Oh lumbre clarísima que por mí disimulas

(1) En un himno de Cristo.

«tu gran resplandor! ¡Oh inmortal, y mortal por mi causa!  
 «Engendrado dos veces. Alteza libre de carne, y á la postre  
 «para mi remedio de carne vestida. A tí vivo: á tí hablo: soy  
 «víctima tuya. Por tí la lengua encadenó: y agora por tí la  
 «desato: y pidote, Señor, que me des callar y hablar como  
 «debo.»

Mas oigamos algo de los regalos de nuestro enamorado Augustino (1). «¿Quién me dará, dice, Señor, que ropose yo  
 «en tí? ¿Quién me dará que vengas tú, Señor, á mi pecho, y  
 «que le embriagues, y que olvide mis males, y que abrace á  
 «tí solo mi bien? ¿Quién eres, Señor, para mí? (dame licencia  
 «que hable) ¿ó quién soy yo para tí? ¿Qué mandas que te ame,  
 «y sino lo hago te enojas conmigo, y me amenazas con gran-  
 «des miserias? Como si fuese pequeña, el mismo no amarte.  
 «¡Ay triste de mí! Dime por tus piedades, Señor y Dios mio,  
 «¿quién eres para mí? Dí á mi alma, yo soy tu salud. Dílo,  
 «como lo oya. Ves delante de tí mis oídos del alma: tú los  
 «abre, Señor, y dile á mi espíritu: Yo soy tu salud, correré  
 «empos de esta voz, y asiréte. No quieras, Señor, as-  
 «conderme tu cara. Moriré, para no morir si la viere. Estre-  
 «cha casa es mi alma, para que á ella vengas, mas ensánchala  
 «tú. Caediza es, mas tú la repara. Cosas tiene que ofenderán  
 «á tus ojos, sélo, y confíesolo. ¿Mas quién la hará limpia? ¿Ó  
 «á quien vocearé sino á tí? Limpiame, Señor, de mis encu-  
 «biertas, y perdona á tu siervo sus demasías.»

No tiene este cuento fin, porque se acabará primero la vi-  
 da, que el referir todo lo que los amadores de Cristo le dicen,  
 para demonstracion de lo que le aman y quieren. Baste por  
 todos lo que la Esposa dice, que sustenta la persona de todos.  
 Porque si el amor se manifiesta con palabras, ó las suyas lo  
 manifiestan, ó no lo manifiestan ningunas. Comienza desta  
 manera (2): *Bésemme de besos de su boca, que mejores son tus  
 amores que el vino* Y prosigue diciendo: *Llévame empos de tí,  
 y correrémos.* Y añade; *Dime, ó AMADO del alma, ¿adonde ses-  
 teas, y adonde apacientas al medio dia?* Y repite despues:  
*Ramillete de flores de mirra el mi AMADO para mi, pondréle  
 entre mis pechos.* Y despues siendo alabada dél, le responde  
 (3): *Ó como eres hermoso, AMADO mio, y gentil, y florida nues-  
 tra cama, y de cedro los techos de nuestros retretes.* Y compá-  
 ralo al manzano, y dice cuanto deseó estar asentada á su

(1) En las Confesiones, lib. I. cap. 5.

(2) Cantic. cap. I. v. 1.

(3) Cant. cap. III. vs. 1 seqq.

sombra, y comer de su fruta. Y desmáyase luego de amor: y desmayándose dice: que la socorran con flores, porque desfallece: y pide que el AMADO la abrace, y dice en la manera como quiere ser abrazada. Dice (1) que le buscó en su lecho de noche, y que no le hallando levantada, salió de su casa en su busca, y que rodeó la ciudad acuitada y ansiosa, y que le halló, y que no le dejó hasta tornarle á su casa. Dice (2) en otra noche salió tambien á buscarle, que le llamó por las calles á voces, que no oyó su respuesta, que la maltrataron las rondas, que les dijo á todos los que oyeron sus voces: *Conjúroos, ó hijas de Hierusalem, si sabréis de mi AMADO, que le digais que desfallezco de amor.* Y despues de otras muchas cosas le dice: *Ven, AMADO mio, salgamos al campo, hagamos vida en la aldea, madrugaremos por la mañana á las viñas, veremos si da fruto la viña, si está en cierce la uva, si florecen los granados, si las mandrágoras esparcen olor. Allí te daré mis amores. Que todos los frutos, ansi los de guarda, como los de no guarda, los guardo yo para ti.* Y finalmente abrasándose en vivo amor toda, concluye, y le dice (3): *¿Quién te me dará á ti como hermano mio amante los pechos de mi madre? hallariate fuera, besariate, y no me despreciaria ninguno, no haria befa de mi: asiria de ti: meteariate en casa de mi madre, abezarias; y dariate yo del adobado vino, y del arropo de las granadas: tu izquierdo debajo de mi cabeza, y tu derecha me ceñiria en derredor.* Pero escusadas son las palabras, adonde vocean las obras, que siempre fueron los testigos del amor verdadero. Porque ¿qué hombre jamás, no digo muchos hombres, sino un hombre solo, por mas amigo suyo que fuese, hizo las pruebas de amor, que hacen, y harán innumerables gentes por Cristo, en cuanto los siglos duraren? Por amor deste AMADO, y por agradecerle, ¿que prueba no han hecho de sí infinitas personas?

Han dejado sus naturales, hánse despojado de sus haciendas, hánse desterrado de todos los hombres, hánse desencarnado de todo lo que se parece y se vee: de sí mismos, de todo su querer y entender hacen cada dia renunciacion perfectissima. Y si es posible enagenarse un hombre de sí, y dividirse de sí misma nuestra alma, y en la manera que el Espíritu de Dios lo puede hacer, y nuestro saber no lo entiende; se enagenan, y se dividen amándole. Por él les ha sido la pobreza riqueza, y paraíso el desierto, y los tormentos deleite, y las

(1) Cantic. cap. III. v. 1.

(2) Ibid. cap. V. vs. 5. seqq.

(3) Ibid. cap. VIII. vs. 1, 3.

persecuciones descanso: y para que viva en ellos su amor escogen el morir ellos á todas las cosas, y llegan á desfigurarse de sí, hechos como un sujeto puro sin figura ni forma, para que el amor de Cristo sea en ellos la forma, la vida, el ser el parecer, el obrar y finalmente para que no se parezca en ellos mas de su AMADO. Que es sin duda el que solo es AMADO por excelencia entre todo. ¡Oh grandeza de amor! ¡Oh el deseo único de todos los buenos! ¡Oh el fuego dulce, por quien se abrasan las almas! Por tí, Señor, las tiernas niñas abrazaron la muerte. Por tí la flaqueza femenil holló sobre el fuego. Tus dulcísimos amores fueron los que poblaron los yerros. Amándote á tí, ó dulcísimo bien, se enciende se apura, se esclarece, se levanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne. Y paró Marcelo aquí, quedando como suspenso: y poco despues abajando la vista al suelo, y encogiéndose todo: Gran osadía, dice, mia es querer alcanzar con palabras, lo que Dios hace en el ánima, que ama á su Hijo, y la manera como es AMADO, y cuanto es AMADO. Basta para que se entienda este amor, saber que es don suyo el amarle. Y basta conocer, que en el amarle consiste nuestro bien todo, para conocer que el amor suyo que vive en nosotros, no es una grandeza sola, sino un amontonamiento de bienes, y de dulzuras, y de grandezas innumerables y que es un sol vestido de resplandores, que por mil maneras hermosean el alma. Y para ver que se nombra debidamente Cristo el AMADO, basta saber, que le ama Dios únicamente. Quiero decir, que no solamente le ama mucho mas que á otra cosa ninguna, sino que á ninguna ama, sino por su respeto, ó para decirlo como es, porque no ama sino á Cristo, en las cosas que ama. Porque su semejanza de Cristo, en la cual por medio de la gracia, que es imágen de Cristo, se transforma nuestra alma, y el mismo Espiritu de Cristo, que en ella vive, y así la hace una cosa con Cristo, que es lo que satisface á Dios en nosotros. Por donde solo Cristo es EL AMADO, por cuanto todos los amados de Dios son Jesucrito, por la imágen suya que tienen impresa en el alma; y porque Jesucristo es la hermosura con que Dios hermosea, conforme á su gusto, á todas las cosas, y la salud con que les da la vida, y por eso se llama JESUS. Que es el nombre de que diremos agora. Y calló Marcelo, y habiendo tomado algun reposo, tornó á hablar desta manera, puestos en Sabino los ojos.

## IV.

El nombre de JESUS, Sabino es el proprio nombre de Cristo; porque los demás que se han dicho hasta agora, y otros muchos que se pueden decir, son nombres comunes suyos, que se dicen dél por alguna semejanza que tiene con otras cosas, de las cuales tambien se dicen los mismos nombres. Los cuales y los propios difieren: lo uno, en que los propios, como la palabra lo dice, son particulares de uno, y los comunes competen á muchos: y lo otro, que los propios, si estan puestos con arte y con saber, hacen significacion de todo lo que hay en su dueño, y son como imágen suya, como al principio dijimos; mas los comunes dicen algo de lo que hay, pero no todo. Así que pues JESUS es nombre proprio de Cristo, y nombre que se le puso Dios por la boca del ángel; por la misma razon no es como los demás nombres, que le significan por partes, sino como ninguno de los demás, que dice todo lo dél, y que es como una figura suya, que nos pone en los ojos su naturaleza y sus obras, que es todo lo que hay, y se puede considerar en las cosas. Mas conviene advertir, que Cristo así como tiene dos naturalezas, así tambien tiene dos nombres propios. Uno, segun la naturaleza divina: en que nasce del Padre eternamente, que solemos en nuestra lengua llamar *Verbo, ó Palabra*, otro, segun la humana naturaleza, que es el que pronunciamos JESUS. Los cuales ambos son, cada uno conforme á su cualidad, retratos de Cristo perfectos y enteros. Retratos digo enteros, que cada uno en su parte dice todo lo que hay en ella, quanto á un nombre es posible: Y digamos de ambos, y de cada uno por sí. Y presupongamos primero, que en estos dos nombres, unos son los originales, y otros son los trasladados.

Los originales son aquellos mismos que reveló Dios á los Profetas, que los escribieron en la lengua que ellos sabian, que era sira, ó hebrea. Y así en el primer nombre que decimos *Palabra*, el original es DABAR, y en el segundo nombre JESUS, el original es IEHOSUAH: pero los trasladados son estos mismos nombres, en la manera como en otras lenguas se pronuncian y escriben. Y porque sea mas cierta la doctrina, diremos de los originales nombres. De los cuales en el primero, DABAR, digo, que es proprio nombre de Cristo, segun la naturaleza divina, no solamente porque es así de Cristo que no conviene, ni al Padre, ni al Espíritu

Santo, sino tambien porque todo lo que por otros nombres se dice dél, lo significa solo este. Porque DABAR no dice una cosa sola, sino una muchedumbre de cosas: y dícelas, como quiera, y por dó quiera que le miremos, ó junto á todo él, ó á sus partes cada una por sí, á sus sílabas, y á sus letras. Que lo primero la primera letra, que es D, tiene fuerza de artículo, como *El* en nuestro español: y el oficio del artículo es reducir á ser comun, y como demostrar y señalar lo confuso, y ser guia del nombre, y darle su cualidad, y su linaje, y levantarle de quilates, y añadirle excelencia: que todas ellas son obras de Cristo, segun que es la palabra de Dios. Porque él puso ser á las cosas todas, y nos las sacó á luz, y á los ojos, y les dió su razon, y su linaje: porque él en sí es la razon, y la proporcion, y la compostura y la consonancia de todas: y los guia él mismo, y las repara, si se empeoran y las levanta, y las sube siempre y por sus pasos á grandísimos bienes. Y la segunda letra que es B, como san Hierónimo enseña, tiene significacion de edificio, que es tambien propiedad de Cristo, así por ser el edificio original, y como la traza de todas las cosas, las que Dios tiene edificadas, y las que puede edificar, que son infinitas, como porque fue el obrero de ellas. Por donde tambien es llamado Tabernáculo en la sagrada escritura, como Gregorio Niceno dice: *Tabernáculo es el Hijo de Dios unigénito, por que contiene en sí todas las cosas, el cual tambien fabricó tabernáculo de nosotros.*

Porque como decíamos, todas las cosas moraron en él eternamente antes que fuesen, y quando fueron él las sacó á luz, y las compuso para morar él en ellas. Por manera que así como él es casa, así ordenó que tambien fuese casa lo que nascia dél. Y que de un tabernáculo nasciese otro tabernáculo, y de un edificio otro: y que lo fuese el uno para el otro, y á veces. El es tabernáculo, porque nosotros vivimos en él: nosotros lo somos, porque él mora en nosotros. *Y la rueda está en medio de la rueda, y los animales en las ruedas, y las ruedas de los animales,* como Ezequiel escribia. Y estan en Cristo ambas las ruedas: porque en él está la divinidad del Vervo, y la humanidad de su carne, que contiene en sí la universidad de todas las criaturas ayuntadas y hechas una, en la forma que otras veces he dicho. La tercera letra de DABAR es la R, que conforme al mismo doctor san Hierónimo tiene significacion de cabeza, ó principio, y Cristo es principio por propiedad. Y él mismo se llama *Principio* en el Evangelio, porque en él se dió principio á todas las co-

sas. Porque como muchas veces decimos, es el original dellas, que no solamente demuestra su razon, y figura su ser, sino que les da el ser, y la sustancia haciéndolas. Y es principio tambien, porque en todos los linajes de preeminencias, y de bienes tiene él la preeminencia, y el lugar mas aventajado; ó por decir la verdad, en todos los bienes es él la cabeza de aquel bien, y como la fuente de donde mana, y se deriva, y se comunica á los demás que lo tienen.

Como escribe san Pablo, que es el principio, y que en todo tiene las primerías. Porque en la órden del ser él es el principio, de quien les viene el ser á los otros. Y en la órden del buen ser, él mismo es la cabeza que todo lo gobierna y reforma. Pues en el vivir, él es el manantial de la vida; en el resucitar, el primero que resucita su carne, y el que es virtud, para que los demás resuciten. En la gloria, el padre, y el océano della. En los reyes el rey de todos; y en los sacerdotes el sacerdote sumo, que jamás desfallece; entre los fieles su pastor; en los ángeles su príncipe; en los rebeldes ó ángeles, ó hombres, su señor poderoso. Y finalmente él es el Principio, por donde quiera que le miremos. Y aun tambien la R significa, segun el mismo doctor, el espíritu, que aunque es nombre que conviene á todas las tres Personas, y que se apropria al Espíritu santo, por señalar la manera como se espira, y procede; pero dicese Cristo espíritu, demás de lo comun, por cierta particularidad y razon. Lo uno, porque el ser esposo del alma, es cosa que se atribuye al Verbo. Y el alma es espíritu, y así conviene que él lo sea, y se lo llame, para que sea alma del alma, y espíritu del espíritu. Lo otro, porque en el ayuntamiento que con ella tiene, guarda bien las leyes y la condicion del espíritu, que se va y se viene, y se entra y se sale, sin que sepais como, ni por donde. Como san Bernardo hablando de sí mismo lo dice con maravilloso regalo. Y quiero referir sus palabras, para que gustéis su dulzura.

«Confieso, dice, que el Verbo ha venido á mí muchas veces, aunque no es cordura el decirlo. Mas con haber entrado veces en mí, nunca sentí, cuando entraba. Sentíle estar en mi alma, acuérdome que le tuvo conmigo, y alguna vez pude sospechar que se entraria: mas nunca le sentí, ni entrar, ni salir. Porque ni aun agora puedo alcanzar de donde vino, cuando me vino, ni adonde se fue, cuando me dejó, ni por donde entró ó salió de mi alma. Conforme á aquello que dice: *No sabréis de donde viene, ni de donde se va.* Y no es cosa nueva, porque él es á quien dicen: *Y las huellas de tus*

«*pisadas no será conocida* Verdaderamente él no entró por «los ojos, porque no es sujeto á color; ni tampoco por los «oidos, porque no hizo sonido; ni menos por las narices, por- «que no se mezcló con el aire; ni por la boca, porque ni se «bebe, ni se come; ni con el tacto le sentí, porque no es tal «que se toca. ¿Por dónde pues entró? O por ventura no entró «porque no vino de fuera, que no es cosa alguna de las que «están por defuera. Mas ni tampoco vino de dentro de mí, «porque es bueno, y yo se que en mí no hay cosa que buena «sea. Subí pues sobre mí, y hallé que este Verbo aun estaba «mas alto. Descendí debajo de mi inquisidor curioso, y tam- «bien hallé, que aun estaba mas abajo. Si miré á lo de fuera, «víle aun mas fuera que todo ello. Si me volví para adentro, «halléle dentro tambien. Y conocí ser verdad lo que habia «deido, que *vivimos en él, y nos movemos en él, y somos en él.*

«Y dichoso aquel, que á él vive, y se mueve. Mas pregun- «tará alguno: ¿Si es tan imposible alcanzarle, y entenderle «sus pasos, de donde sé yo que estuvo presente en mi alma? «Porque es eficaz y vivo este Verbo, y así luego que entró, «despertó mi alma que se adormía. Movió, y hablandó, y lla- «gó mi corazon, que estaba duro, y de piedra, y mal sano. «Comenzó luego á arrancar, y á deshacer, y á edificar, y á «plantar, á regar lo seco, y á resplandecer en lo oscuro, á «traer lo torcido á derecho, y á convertir (1) las asperezas en «caminos muy llanos, de arte que bendicen al Señor mi alma «y todas mis entrañas á su santísimo nombre. Así que en- «trando el Verbo esposo algunas veces á mí, nunca me dió «á conocer que entraba con ningunas señas, no con voz, no «con figura, no con sus pasos. Finalmente no me fue notorio «por ningunos movimientos suyos, ni por ningunos sentidos «míos, el haberseme lanzado en lo secreto del pecho. Sola- «mente, como he dicho, de lo que el corazon me bullia, en- «tendi su presencia. De que huían los vicios, y los afectos «carnales se detenían, conocí la fuerza de su poder. De que «traía á luz mis secretos, y los discutía, y redargüía, me ad- «miré de la alteza de su sabiduría. De la enmienda de mis «costumbres, cualquiera que ella se sea, experimenté la bon- «dad de su mansedumbre. De la renovacion y reformation «del espíritu de mi alma, esto es, del hombre interior, perci- «bí, como pude, la hermosura de su belleza. Y de la vista de «todo esto juntamente quedé asombrado de la muchedumbre «de sus grandezas sin cuento: Mas porque todas estas cosas,

(1) Isai. Cap. XL. v. 4. Luc. II. 5.

«luego que el Verbo se aparta, como cuando quitan el fuego á la olla que hierve, comienzan con una cierta flaqueza á caerse torpes y frias, y por aquí, como por señal, conocia yo su partida; fuerza es, que mi alma quede triste, y lo esté hasta que otra vez vuelva, y torne, como solia, á calentarse mi corazon en mí mismo, y conozca yo así su tornada.»

Esto es de Bernardo. Por manera que el nombre DABAR, en cada una de sus letras significa alguna propiedad de las que Cristo tiene. Y si juntamos las letras en sílabas con las sílabas lo significa mejor: porque las que tiene son dos, DA, y BAR, que juntamente quieren decir, *el Hijo ó este es el Hijo*, que como Juliano agora decia, es lo proprio de Cristo, y á lo que el Padre aludió, cuando desde la nube, y en el monte de la gloria de Cristo, dijo á los tres escogidos discipulos: (1) *Este es mi Hijo*: que fue como decir, es DABAR, es el que nació eterna é invisiblemente de mí, nascido agora rodeado de carne, y visible. Y como haya muchos nombres, que significan el Hijo en la lengua desta palabra, á ella con misterio le cupo este solo, que es Bar, que tiene origen de otra palabra que significa el sacar á luz, y el criar: porque se entienda, que el hijo que dice, y que significa este nombre, es hijo que saca á luz, y que cria, ó si lo podemos decir así, es hijo que ahija á los hijos, y que tiene la filiacion en sí de todos. Y aun si leemos al revés este nombre, nos dirá tambien alguna maravilla de Cristo. Porque BAR vuelto, y leído al contrario es RAB, y RAB es muchedumbre, y ayuntamiento, ó amontonamiento de muchas cosas excelentes en una, que es puntualmente lo que vemos en Cristo, segun que es Dios, y segun que es hombre. Porque en su Divinidad estan las ideas y las razones de todo, y en su humanidad las de todos los hombres, como ayer en sus lugares se dijo. Mas vengamos á todo el nombre junto por sí, y veamos lo que significa, ya que habemos dicho lo que nos dicen sus partes: que no son menos maravillosas las significaciones de todo él, que las de sus letras y sílabas. Porque DABAR en la sagrada Escritura dice muchas, y diferentes grandezas. Que lo primero DABAR significa el Verbo, que concibe el entendimiento en sí mismo, que es una como imágen entera é igual de la cosa que entiende. Y Cristo en esta manera es DABAR, porque es la imágen que de sí concibe y produce, cuando se entiende, su Padre. Y DABAR significa tambien la palabra que se forma en la boca, que es imágen de lo que el ánimo esconde. Y

(1) Matth. cap. XVII. v. 5.

Cristo tambien es DABAR así, porque no solamente es imágen del Padre escondida en el Padre, y para solos sus ojos, sino es imágen suya para todos, é imágen que nos le representa á nosotros, é imágen que le saca á luz, y que le imprime en todas las cosas que cria.

Por donde san Pablo convenientemente le llama *Sello del Padre*, así porque el Padre se sella en él, y se debuja del todo, como porque imprime él, como sello, en todo, lo que cria y repara, la imágen dél, que en sí tiene. Y DABAR tambien significa la ley, y la razon, y lo que pide la costumbre y estilo, y finalmente el deber en lo que se hace, que son todas cualidades de Cristo: que segun la divinidad la razon de las criaturas, y la órden de su compostura y su fábrica, y la ley por quien deben ser medidas, así en las cosas naturales, como en las que exceden lo natural; y es el estilo de la vida, y de las obras de Dios; y el deber á quien tienen de mirar todas las cosas que no quieren perderse. Porque lo que todas hacer deben, es el allegarse á Cristo, y el figurarse dél, y el ajustarse siempre con él. Y DABAR tambien significa el hecho señalado, que de otro procede; y Cristo es la mas alta cosa que procede de Dios, y en lo que el Padre enteramente puso sus fuerzas, y en quien se traspasó, y comunicó cabalmente. Y si lo debemos decir así, es la grandisima hazaña, y la única hazaña del Padre, preñada de todas las demás grandezas que el Padre hace, porque todas las hace por él. Y así es luz nascida de luz, y fuente de todas las luces, y sabiduría de sabiduría nascida, y manantial de todo el saber, y poderío; y grandeza, y excelencia, y vida, é inmortalidad, y bienes sin medida ni cuenta, y abismo de noblezas inmensas, nascidas de iguales noblezass, y engendradoras de todo lo poderoso, y grande, y noble que hay. Y DABAR dice todo aquesto, que he dicho, porque significa todo lo grande, y excelente, y digno de maravilla que de otro procede. Y significa tambien, y con esto concluyo, cualquiera cosa de ser, y por la misma razon el ser mismo, y la realidad de las cosas; así Cristo debidamente es llamado por nombre proprio DABAR. Porque es la cosa que mas es, de todas las cosas, y el ser primero y original, de donde les mana á las criaturas su ser, su sustancia, su vida, su obra. Y esto cuanto á DABAR. Que justo es que digamos ya de JESUS, que como decimos, tambien es nombre de Cristo proprio, y que le conviene segun la parte que es hombre. Porque así como DABAR es nombre proprio suyo, segun que nasce de Dios, por razon de que este nombre solo con sus muchas significaciones dice de

Cristo, lo que otros muchos nombres juntos no dicen: así JESUS es su propio nombre, según la naturaleza humana que tiene; porque con una significación y figura que tiene sola, dice la manera del ser de Cristo hombre, y toda su obra y oficio, y la representa y significa mas que otro ninguno. A lo cual mirará todo lo que desde agora dijere.

Y no diré del número de las letras que tiene este nombre, ni de la propiedad de cada una dellas por sí, ni de la significación singular de cada una, ni de lo que vale en razón de aritmética, ni del número que resulta de todas, ni del poder, ni de la fuerza que tiene este número: que son cosas que las consideran algunos, y sacan misterios dellas, que yo no condeno, mas déjolas, porque muchos las dicen, y porque son cosas menudas, y que se pintan mejor que se dicen. Sola una cosa destas diré, y es, que el original deste nombre JESUS, que es IEHOSUAH, como arriba dijimos, tiene todas las letras de que se compone el nombre de Dios, que llaman de cuatro letras, y demás dellas tiene otras dos. Pues como sabeis, el nombre de Dios de cuatro letras, que se encierra en este nombre, es nombre que no se pronuncia, ó porque son vocales todas, ó porque no se sabe la manera de su sonido, ó por la religion y respeto que debemos á Dios, ó porque, como yo algunas veces sospecho, aquel nombre y aquellas letras hacen la señal, conque el mudo, que hablar no puede, ó cualquiera que no osa hablar, significa su afecto y mudez con un sonido rudo y desatado, y que no hace figura, que llamamos interjección en latin, que es una voz tosca, y como si dijésemos sin rostro, y sin facciones ni miembros. Que quiso Dios dar por su nombre á los hombres la señal, y el sonido de nuestra mudez, para que entendiésemos que no cabe Dios, ni en el entendimiento, ni en la lengua; y que el verdadero nombrarle, es confesarse la criatura por muda, todas las veces que le quisiere nombrar: y que el embarazo de nuestra lengua, y el silencio nuestro cuando nos levantamos á él, es su nombre y loor, como David lo decia (1). Así que es el nombre inefable, y que no se pronuncia este nombre.

Mas aunque no se pronuncia en sí, ya veis que en el nombre de JESUS, por razón de dos letras que se le añaden, tiene pronunciación clara, y sonido formado, y significación entendida. Para que acontezca en el nombre, lo mismo que pasó en Cristo, y para que sea, como dicho tengo, retrato el nombre del ser. Porque por la misma manera en la persona de Cristo se junta la Divinidad con el alma, y con la car-

(1) Psalm. L. XIV. Según el hebreo.

ne del hombre, y la palabra divina que no se leía, junta con estas dos letras se lee, y sale á luz lo escondido hecho conversable y visible: y es Cristo un JESUS, esto es, un ayuntamiento de lo divino, y humano, de lo que no se pronuncia, y de lo que pronunciarse puede, y es causa que se pronuncie, lo que se junta con ello. Mas en esto no pasemos de aquí, sino digamos ya de la significacion del nombre de JESUS, como le conviene á Cristo, y como es sola de Cristo, y como abraza todo lo que dél se dice, y las muchas maneras como aquesta significacion le conviene JESUS pues significa salvacion, ó salud, que el ángel (1) así lo dijo. Pues se llama salud Cristo, cierto será que lo es, y si lo es, que lo es para nosotros. Porque para sí no tiene necesidad de salud, el que en sí no padesce falta, ni tiene miedo de padescerla. Y si para nosotros Cristo es JESUS, y salud, bien se entiende que tenemos enfermedad nosotros, para cuyo remedio se ordena la salud de JESUS.

Veamos pues la cualidad de nuestro estado miserable, y el número de nuestras flaquezas, y los daños y males nuestros: que dellos conoceremos la grandeza desta salud, y su condicion, y la razon que tiene Cristo para que el nombre JESUS, entre tantos nombres suyos, sea su proprio nombre. El hombre de su natural, es movedizo y liviano, y sin constancia en un ser, y por lo que heredó de sus padres, es enfermo en todas las partes de que se compone su alma, y su cuerpo. Porque en el entendimiento tiene obscuridad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinacion, y en la memoria olvido, y en los sentidos en unos engaño, y en otros fuego, y en el cuerpo muerte, y desórden entre todas estas cosas que he dicho, y disensiones, y guerra, que le hacen ocasionado á cualquier género de enfermedad y de mal. Y lo que peor es, heredó la culpa de sus padres, que es enfermedad en muchas maneras, por la fealdad suya que pone, y por la luz y la fuerza de la gracia que quita, y porque nos enemista con Dios, que es fiero enemigo, y porque nos subjeta al demonio, y nos obliga á penas sin fin. A esta culpa comun añade cada uno las suyas, y para ser del todo miserables, como malos enfermos ayudamos el mal, y nos llamamos la muerte con los excesos que hacemos. Por manera que nuestro estado de nuestro nacimiento, y por la mala eleccion de nuestro albedrío, y por las leyes que Dios contra el pecado puso, y por las muchas cosas que nos convidan siempre á pecar, y por

---

(1) Lucæ, cap. I. v. 31.

la tiranía cruel, y el sceptro durísimo que el demonio sobre los pecadores tiene, es infelicísimo, y miserable estado sobre toda manera, por donde quiera que le miremos. Y nuestra enfermedad no es una enfermedad, sino una suma sin número de todo lo que es doloroso y enfermo. El remedio de todos estos males es Cristo, que nos libra dellos en las formas que ayer y hoy se ha dicho en diferentes lugares: y porque es el remedio de todo ello, por eso es, y se llama JESUS, esto es, salvacion y salud. Y es grandísima salud, porque la enfermedad es grandísima; y nóbrase propiamente della, porque como la enfermedad es de tantos senos, y enramada con tantos ramos, todos los demás oficios de Cristo, y los nombres que por ellos tiene, son como partes que se ordenan á esta salud, y el nombre de JESUS es el todo, segun que todo lo que significan los otros nombres, ó es parte desta salud que es Cristo, y que Cristo hace en nosotros, ó se ordena á ella, ó se sigue de ella por razon necesaria.

Que si es llamado *Pimpollo* Cristo, y si es, como deciamos, el parto comun de las cosas, ellas sin duda le parieron, para que fuese su JESUS, y salud. Y así Esaias cuando les pide que lo paran, y que lo saquen á luz, y les dice: *Rociad, cielos, dende lo alto, y vos, nubes lloved al justo*, luego dice el fin para que le han de parir. Porque añade: *Y tú, tierra, fructificarás la salud*. Y si es *Faces de Dios*, eslo, porque es nuestra salud, la cual consiste en que nos asemejemos á Dios, le veamos, como Cristo lo dice (1): *Esta es la vida eterna, conoscerte á ti, y á tu hijo*. Y tambien si le llamamos *Camino*, y si le nombramos *Monte*, es camino porque es guía, y es monte porque es defensa, y cierto es que no nos fuera JESUS, sino nos fuera guía y defensa: porque la salud, ni se viene á ella sin guía, ni se conserva sin defensa. Y de la misma manera es llamado *Padre del siglo futuro*, porque la salud que el hombre pretende, no se puede alcanzar, si no es engendrado otra vez: y así Cristo no fuera nuestro JESUS, si primero no fuera nuestro engendrador, y nuestro padre. Tambien es *Brazo* y *Rey de Dios*, y *Principe de paz*: *Brazo*, para nuestra libertad, *Rey* y *Principe*, para nuestro gobierno; y lo uno y lo otro, como se vee, tienen orden á la salud; lo uno que se le presupone, y lo otro que la sustenta. Y así porque Cristo es JESUS, por el mismo caso es *Brazo*, y es *Rey*. Y lo mismo podemos decir del nombre de *Esposo*: porque no es perfecta la salud sola y desnuda, sino la acompaña el

(1) Joan cap. XVII. v. 3.

gusto y deleite. Y esta es la causa porque Cristo, que es perfecto JESUS nuestro es tambien nuestro, Esposo, conviene á saber, es el deleite del alma, y su compañía dulce, y será tambien su marido, que engendrará della, y en ella, generacion casta, y noble, y eterna: que es cosa que nasce de la salud entera, y que de ella se sigue.

De arte que diciendo, que se llama Cristo JESUS, decimos que es Esposo, y Rey y Príncipe de paz, y Brazo, y Monte, y Padre, y Camino, y Pimpollo: y es llamarle, como tambien la Escritura le llama, Pastor y Oveja, Hostia y Sacerdote, Leon y Cordero, Vid, Puerta, Médico, Luz, Verdad, y Sol de justicia, y otros nombres así. Porque si es verdaderamente JESUS nuestro, como lo es, tiene todos estos oficios y títulos, y si le faltaran, no fuera JESUS entero, ni salud cabal, así como nos es necesaria. Porque nuestra salud, presupuesta la condicion de nuestro ingenio, y la cualidad y muchedumbre de nuestras enfermedades y daños, y la corrupcion que habia en nuestro cuerpo, y el poder que por ella tenia en nuestra alma el demonio, y las penas á que la condenaban sus culpas, y el enojo y la enemistad contra nosotros de Dios, no podía hacerse, ni venir á colmo, si Cristo no fuera Pastor, que nos apacentara y guiara, y Oveja, que nos alimentara y vistiera, y Hostia, que se ofresciera por nuestras culpas, y Sacerdote que interviniera por nosotros, y nos desenojara á su Padre, y Leon, que despedazara al Leon enemigo, y Cordero, que llevara sobre sí los pecados del mundo, y Vid, que nos comunicara su jugo, y Puerta, que nos metiera en el cielo, y Médico, que curara mil llagas, y Verdad, que nos sacara de error, y Luz, que nos alumbró los pies en la noche de esta vida escurisima; y finalmente Sol de justicia, que en nuestras almas, ya libres por él, nasciendo en el centro dellas derramara por todas las partes dellas sus lucidos rayos, para hacerlas claras y hermosas. Y así el nombre de JESUS está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos hay, se endereza y encamina, á que Cristo sea perfectamente JESUS. Como escribe bien san Bernardo diciendo:

«Dice Esaiás: *Será llamado admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, principe de paz.* Ciertamente «grandes nombres son estos, mas ¿qué se ha hecho del nombre que es sobretodo nombre, el nombre de JESUS, á quien «se doblan todas las rodillas? Sin duda hallarás este nombre «en todos estos nombres, que he dicho, pero derramado por «cierta manera, porque dél es lo que la Esposa amorosa dice:

«*Ungüento derramado tu nombre.* Porque de todos aquestos «nombres resulta un nombre JESUS, de manera que no lo fue-  
«ra, ni se lo llamara, si alguno dellos le faltara por caso. ¿Por  
«ventura cada uno de nosotros no ve en sí, y en la mudanza  
«de sus voluntades, que se llama Cristo *admirable*? Pues eso  
«ser JESUS. Porque el principio de nuestra salud es, cuando  
«comenzamos á aborrecer lo que antes amábamos, dolernos  
«de lo que nos daba alegría, abrazarnos con lo que nos ponía  
«temor, seguir lo que huíamos, y desear con ansia lo que de-  
«sechábamos con enfado. Sin duda admirable es, quien hace  
«tan grandes maravillas. Mas conviene que se muestre  
«tambien consejero en el escoger de la penitencia, y en el  
«ordenar de la vida, porque acaso no nos lleve el celo dema-  
«siado, ni le falte prudencia al buen deseo. Pues tambien es  
«menester que experimentemos que es Dios, conviene á sa-  
«ber, en el perdonar lo pasado, porque no hay sin este per-  
«don salud, ni puede nadie perdonar pecados, sino es solo  
«Dios. Mas ni aun esto basta para salvarnos, sino se nos  
«mostrare ser fuerte, defendiéndonos de quien nos guerrea,  
«para que no venzan los antiguos deseos, y sea peor que lo  
«primero lo postrero. ¿Parécenos que falta algo, para quien es  
«por nombre y por oficio JESUS? Sin duda faltara una cosa  
«muy grande, si no se llamara, y si no fuera *padre del siglo*  
«*futuro*, para que engendre, y resucite á la vida sin fin, á los  
«que somos engendrados para la muerte por los padres deste  
«presente siglo. Ni aun esto bastara, si como *principe de paz*  
«no nos pacificara á su padre, á quien hará entrega del  
«reino.»

De lo cual todo san Bernardo concluye, que los nombres que Cristo tiene, son todos necesarios para que se llame enteramente JESUS. Porque para ser lo que este nombre dice, es menester que tenga Cristo, y que haga lo que significan todos los otros nombres. Y así el nombre de JESUS es proprio nombre suyo entre todos. Y es suyo proprio tambien, porque como el mismo Bernardo dice, no le es nombre postizo, sino nascido nombre, y nombre que le trae embebido en el ser: porque, como diremos en su lugar, su ser de Cristo es JESUS, porque todo quanto en Cristo hay, es salvación y salud. La cual demás de lo dicho, quiso Cristo que fuese su nombre proprio, para declararnos su amor. Porque no escogió para nombrarse ningun otro título suyo de los que no miran á nosotros, teniendo tantas grandezas en sí, quanto es justo que tenga, en quien, como san Pablo dice, reside de asiento, y como corporalmente, toda la riqueza divina: sino escogió para

su nombre propio, lo que dice los bienes que en nosotros hace, y la salud que nos da, mostrando clarísimamente lo mucho que nos ama y estima, pues de ninguna de sus grandezas se precia, ni hace nombre, sino de nuestra salud. Que es lo mismo que á Moisen dijo en el Exódo, cuando le preguntaba su nombre, para poder decir á los hijos de Israel, que Dios le enviaba, porque dice allí así: *Esta manera dirás á los hijos de Israel: El Señor Dios de vuestros Padres, Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob, me envia á vosotros: que este es mi nombre para siempre, y mi apellido en la generacion de las generaciones.*

Dice que es su nombre, *Dios de Abraham*, por razon de lo que hasta agora ha hecho, y hará siempre por sus hijos de Abraham, que son los que tienen su fe. Dios que nasce de Abraham, que gobierna á Abraham, que lo defiende, lo multiplica, que lo repara, y redime y bendice, esto es, Dios, que es JESUS de Abraham. Y dice que este nombre es el nombre propio suyo, y el apellido que él mas ama, y el título por donde quiere ser conoscido, y de que usa y usará siempre y señaladamente en la generacion de las generaciones: esto es, en el renascer de los hombres nascidos, y en el salir á la luz de la justicia, los que habian ya salido á esta visible luz llenos de miseria y de culpa, porque en ellos propriamente, y en aquel nascimiento, y en lo que le pertenece y se le sigue, se muestra Cristo á la clara JESUS. Y como en el monte, cuando Moisen subió á ver la gloria de Dios, porque Dios le habia prometido mostrársela, cuando le puso en el hueco de la peña, y le cubrió con la mano, y le pasó por delante, quanto mostró á Moisen de sí, lo encerró en estas palabras que le dijo: *Yo soy amoroso entrañablemente, compasivo, ancho de narices, sufrido y de mucha espera, grande en perdon, fiel y leal en la palabra, y que extiendo mis bienes por mil generaciones de hombres:* como diciendo, que su ser es misericordia, y de lo que se precia es piedad, y que sus grandezas y perfecciones se resumen en hacer bien, y que todo quanto es, y quanto quiere ser, es blandura y amor. Así quando se nos mostró visible á los ojos, no subiendo nosotros al monte, sino descendiendo él á nuestra bajeza, todo lo que de sí nos descubre es JESUS. JESUS es su ser, JESUS son sus obras, y JESUS es su nombre, esto es, piedad y salud.

Mas: quiso Cristo tomar por nombre propio á la salud, que es JESUS: porque salud no es un solo bien, sino una universalidad de bienes innumerables. Porque en la salud estan las fuerzas, y la ligereza del movimiento, y el buen parecer,

y la habla agradable, y el discurso entero de la razon, y el buen ejercicio de todas las partes, y de todas las obras del hombre. El bien oír, el buen ver, y la buena dicha, y la industria, la salud la contiene en sí misma. Por manera que salud, es una preñez de todos los bienes. Y así porque Cristo es esta preñez verdaderamente, por eso este nombre es el que más le conviene. Porque Cristo, así como en la Divinidad es la idea, y el tesoro, y la fuente de todos los bienes, conforme á lo que poco ha se decia: así segun la humanidad tiene todos los reparos, y todas las medicinas, y todas las saludes que son menester para todos. Y así es bien y salud universal, no solo porque á todos hace bien, ni solamente porque tiene en sí la salud que es menester para todos los males; sino tambien porque en cada uno de los suyos hace todas las saludes y bienes, y para cada uno le es JESUS de innumerables maneras. Porque aunque entre los justos hay grados, así en la gracia que Dios les da, como en el premio que les dará de la gloria; pero ninguno dellos hay, que no tenga por Cristo, no solo todos los reparos que son necesarios para librarse del mal, sino tambien todos los bienes que son menester para ser ricos perfectamente. Esto es, que no hay dellós ninguno, á quien á la fin JESUS no les dé salud perfecta en todas sus potencias y partes, así en el alma y sus fuerzas, como en el cuerpo y sus sentidos.

Por manera que en cada uno hace todas las saludes que en todos, limpiando la culpa, dando libertad del tirano, rescatando del infierno, vistiendo con la gracia, comunicando su mismo Espíritu, enviando sobre ellos su amparo, y últimamente resuscitando, y glorificando los sentidos y el cuerpo. Y lo uno y lo otro, las muchas saludes que Cristo hace en cada uno de los suyos: y la copia universal que en sí tiene de salud, y de JESUS, dice David maravillosamente en el verso cuarto del psalmo ciento y nueve, que yo declaré ayer por una manera, y vos, Juliano, poco ha lo declarastes en otra, y consintiéndolas la letra todas, admite tambien la tercera: porque le podemos muy bien leer así (1): *Tu pueblo noblezas en aquel dia: tu ejército (noblezas) en los resplandores santos, que mas que en el vientre, y mas que la mañana hay en ti rocío de tu nacimiento.*

Porque dice, que en el dia que amanecerá, cuando se acabare la noche deste siglo escurísimo, que es verdaderamente dia, porque no camina á la noche, y dia, porque resplande-

(1) Psalm. CIX v. 4.

cerá en él la verdad, y así será día de resplandores santísimos, porque el resplandor de los justos, que agora se esconde en su pecho dellos, saldrá á luz entonces, y se descubrirá en público, y les resplandecerá por los ojos, y por la cara, y por todos los sentidos del cuerpo: pues en aquel día, que es día, todo el pueblo de Cristo será noblezas. Que llama pueblo de Cristo á los justos solos, porque en la Escritura ellos son los que se llaman pueblo de Dios, dado que Cristo es universal señor de todas las cosas. Y á los mismos que llama pueblo, llama despues ejército ó escuadron, ó puntualmente, como suena la letra original, poderio de Cristo, segun que en el español antiguo llamaban *poderes* al ayuntamiento de gentes de guerra. Y llama á los justos así, no porque ellos hacen á Cristo poderoso, como en la tierra los muchos soldados hacen poderosos los reyes; sino porque son prueba del grandísimo poder de Cristo, todos juntos, y cada uno por sí: del poder, digo, de su virtud, y de la eficacia de su Espiritu, y de la fuerza de sus manos no vencidas, con que los sacó de la postrera miseria á la felicidad de la vida. Pues este pueblo y escuadron de Cristo lucido, dice, que todo es nobleza. Porque cada uno dellos es no una nobleza, sino muchas noblezas, no una salud, sino muchas saludes, por razon de las no numerables saludes, que Cristo en ellos pone por su nobleza infinita, cercándolos de salud, y levantando por todas sus almenas dellos señal de victoria: lo cual puede bien hacer Jesu Cristo, por lo que se sigue. Y es, que tiene en sí rocío de su nascimiento, mas que vientre y mas que aurora. Porque rocío llama la eficacia de Cristo, y la fuerza del espíritu que da, que en las divinas letras suele tener nombre de agua: y llámale rocío de nascimiento, porque hace con él que nazcan los suyos á la buena vida, y á la dichosa vida: y nómbrale su nascimiento, porque lo hace él, y porque nasciendo ellos en él, él tambien nasce en ellos.

Y dice, *mas que vientre y mas que aurora*, para significar la eficacia, y la copia de aqueste rocío. La eficacia, como diciendo que con el rocío de JESUS, que en sí tiene, saca los suyos á luz de vida bienaventurada muy mas presto, y muy mas cierto que sale el sol al aurora, ó que nasce el parto maduro del vientre lleno. Y la copia, desta manera, que tiene Cristo en sí mas rocío de JESUS para serlo, que cuanto llueve por la mañana el cielo; y cuante envian las fuentes y sus manantiales, que son como el vientre donde se conciben, y de donde salen las aguas: y así son, como suena la palabra orijinal: la madre dellas; y en castellano, la canal, por donde, el rio corre, decimos que es la madre del rio. Pero vamos

mas adelante. La salud es un bien, que consiste en proporcion y en armonía de cosas diferantes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo: y lo mismo es el oficio que Cristo hace, que es otra causa porque se llama JESUS. Porque no solamente segun la Divinidad es la armonía, y la proporcion de todas las cosas, mas tambien segun la humanidad es la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo. Que así dice el Apóstol: *Que pacifíca con su sangre, así lo que está en el cielo, como lo que reside en la tierra*. Y en otra parte dice tambien, que quitó de por medio la division que habia entre los hombres y Dios, y en los hombres entre sí mismos, unos con otros, los Gentiles con los Judios, y que hizo de ambos uno. Y por lo mismo es llamado *pedra* en el psalmo, *puesta en la cabeza del ángulo*. Porque es la paz de todo lo diferente, y el ñudo que ata en sí lo visible con lo que no se vee, y lo que concierta en nosotros la razon y el sentido: y es la melodía acordada y dulce sobre toda manera, á cuyo santo sonido todo turbado se aquieta y compone. Y así es JESUS con verdad.

Demás desto llámase Cristo JESUS, y salud, para que por este su nombre entendamos, cual es su obra propria, y lo que hace señaladamente en nosotros: esto es, para que entendamos, en que consiste nuestro bien, y nuestra santidad y justicia, y lo que habemos de pedirle que nos dé, y esperar dél que nos lo dará. Porque así como la salud en el enfermo no está en los refrigerantes que le aplican por defuera, ni en las epítimas que en el corazon le ponen, ni en los regalos que para su salud le ordenan, los que le aman y curan; sino consiste, en que dentro dél sus cualidades y humores, que excedian el órden, se compongan, y se reduzcan á templanza debida; y hecho esto en lo secreto del cuerpo, luego lo que parece de fuera, sin que se le aplique cosa alguna, se tiempla y cobra su buen parecer, y su color conveniente: así es salud Cristo, porque el bien que en nosotros hace, es como aquesta salud; bien propriamente no de sola apariencia, ni que toca solamente en la sobre haz y en el cuero, sino bien secreto, y lanzado en las venas, y metido y embebido en el alma; y bien, no que solamente pinta las hojas, sino que propria y principalmente mundifica la raíz, y la fortifica. Por donde decia bien el Profeta, *Regocíjate, Hija de Sion, y derrama loores, porque el Santo de Israel está en medio de ti*. Esto es, no alrededor de ti, sino dentro de tus entrañas, en

tus tuétanos mismos, en el meollo de tu corazón, y verdaderamente de tu alma en el centro.

Porque su obra propia de Cristo es ser salud y JESUS, conviene á saber, componer entre sí y con Dios las partes secretas del alma, concertar sus humores é inclinaciones, apagar en ella el secreto y arraigado fuego de sus pasiones y malos deseos. Que el componer por de fuera el cuerpo y la cara, y el ejercicio exterior de las ceremonias, el ayunar, el disciplinar, el velar, con todo lo demás que á esto pertenesce, aunque son cosas santas, si se ordenan á Dios, así por el buen ejemplo que resciben dellas los que las miran, como porque disponen y encaminan el alma, para que Cristo ponga mejor en ella aquesta secreta salud y justicia que digo: mas la santidad formal y pura. y la que propriamente Cristo hacen en nosotros, no consiste en aquello. Porque su obra es salud, que consiste en el concierto de los humores de dentro, y esas cosas son posturas, y refrigerantes, ó fomentaciones de fuera que tienen apariencia de aquella salud, y se enderezan á ella, mas no son ella misma, como parece. Y como ayer largamente decíamos, todas esas son cosas que otros muchos, antes de Cristo y sin él, las supieron enseñar á los hombres, y los inducieron á ellas, y les tasarón lo que habian de comer, y les ordenaron la dieta, y les mandaron que se lavasen y ungiesen, y les compusieron los ojos, los semblantes, los pasos, los movimientos: mas ninguno dellos puso en nosotros salud pura y verdadera, que sanase lo secreto del hombre, y lo compusiese y templase, sino solo Cristo, que por esta causa es JESUS. ¡Qué bien dice acerca desto el glorioso Macario!

«Lo propio, dice, de los Cristianos no consiste en la apariencia, y en el traje, y en las figuras de fuera, así como piensan muchos, imaginándose, que para diferenciarse de los demás les bastan estas demostraciones, y señales que digo; y quanto á lo secreto del alma, y á sus juicios pasa en ellos, lo que en los del mundo acontece, que padescen todo lo que los demás hombres padescen, las mismas turbaciones de pensamientos, la misma inconstancia, las desconfianza, las angustias, los alborotos. Y diferenciáanse del mundo en el parecer, y en la figura del hábito, y en unas obras exteriores bien hechas: mas en el corazón y en el alma están presos con las cadenas del suelo, y no gozan en lo secreto, ni de la quietud que da Dios, ni de la paz celestial del espíritu. Porque ni ponen cuidado en pedírsela, ni confían que le aplacerá dársela. Y ciertamente la nueva cria-

«tura, que es el cristiano perfecto y verdadero, en lo que se «diferencia de los hombres del siglo, es en la renovacion del «espíritu, y en la paz de los pensamientos y afectos, en el «amar á Dios, y en el deseo encendido de los bienes del cielo. Que esto fue lo que Cristo pidió para los que en él cre- «yesen, que recibiesen estos bienes espirituales. Porque la «gloria del cristiano, y su hermosura, y su riqueza la del cielo es, que vence lo que se puede decir, y que no se alcanza «sino con trabajo, y con sudor, y con muchos trances y pruebas, y principalmente con la gracia divina.» Esto es de san Macario. Que es tambien aviso nuestro, que por una parte nos enseña á conocer en las doctrinas y caminos de vivir, que se ofrecen, si son caminos y enseñanzas de Cristo: y por otra nos dice, y como pone delante de los ojos el blanco del ejercicio santo, y aquello á que habemos de aspirar en él sin reposar, hasta que lo consigamos. Que cuanto á lo primero de las enseñanzas y caminos de vida, habemos de tener por cosa certísima, que la que no mirare á este fin de salud, la que no tratare de desarraigar del alma las pasiones malas que tiene, la que no procurare criar en el secreto della, orden, templanza, justicia; por mas que de fuera parezca santa, no es santa; y por mas que se pregone de Cristo, no es Cristo. Porque el nombre de Cristo es JESUS, y salud: y el oficio desta es sobresanar por defuera. La obra de Cristo propia es renovacion del alma, y justicia secreta: la desta son apariencias de salud y justicia. La definicion de Cristo es ungir, quiero decir, que Cristo es lo mismo que uncion, y de la uncion es ungir, y la uncion y el ungir, es cosa que penetra á los huesos: y este otro negocio que digo, es embarnizar, y no ungir. De solo Cristo es el deshacer las pasiones: esto no las deshace, antes las sobredora con colores y demonstraciones de bien. ¿Qué digo no deshace? antes vela con atencion sobre ellas, para, en conociendo á dó tiran, seguirlas, y cebarlas, y encaminarlas á su provecho.

Ansí que la doctrina, ó enseñamiento, que no hiciere, cuanto en sí es, esta salud en los hombres, si es cierto que Cristo se llama JESUS, porque la hace siempre, cierto será que no es enseñamiento de Cristo. Dijo Sabino aquí: tambien será cierto, Marcelo, que no hay en esta edad en la Iglesia enseñamientos de la cualidad que decís. Por cierto lo tengo, Sabino, respondió Marcelo; mas halos habido, y puédelos haber cada dia, y por esta causa es el aviso conveniente. Sin duda conveniente dijo Juliano, y necesario, porque sino lo fuera, no nos apercibiria Cristo en el Evangelio, como nos apercibe,

acerca de los falsos profetas. Porque falsos profetas son los maestros destos caminos, ó por decir lo que es, esos mismos enseñamientos vacios de verdad, son los profetas falsos, por de fuera como ovejas en las apariencias buenas que tienen, y dentro robadores lobos, por las pasiones fieras que dejan en el alma como en su cueva. Y ya que no haya agora, tornó Marcelo á decir, mal tan desvergonzado como ese; pero sin duda hay algunas cosas, que tiran á él, y le parecen. Porque decidme, Sabino, ¿no habeis visto alguna vez, ó oido decir, que para inducir al pueblo á limosna, algunos le han ordenado que hagan alarde, y se vistan de fiesta, y con pifano, y con atambor, y disparando los arcabuces en competencia los unos de los otros vayan á hacerla? ¿Pues esto qué es, sino seguir el humor vicioso del hombre, y no desarraigarle la mala pasion de vanidad, sino aprovecharse della, y dejársela mas asentada, dorándosela con el bien de la limosna de fuera? ¿Qué es sino atender agudamente á que los hombres son vanos, y amigos de presuncion, é inclinados á ser loados, y á parecer mas que los otros; y porque son así, no irles á la mano en estos sus malos siniestros, ni procurar librarlos dellos, ni apurarles las almas reduciéndolas á la salud de JESUS, sino sacar provecho dellos para interés nuestro, ó ageno, y dejárselos mas fijos y firmes? Que no porque mira á la limosna que es buena, es justo y bueno poner en obra, y traer á ejecucion, y arraigar mas con el hecho la pasion y vanidad de la estima misma, que vivia en el hombre. Ni es tanto el bien de la limosna que se hace, como es el daño que se recibe en la vanidad de nuestro pecho, y en el fruto que se pierde, y en la pasion que se pone por obra; y por el mismo caso se afirma mas, y queda no solamente mas arraigada, sino lo que es mucho peor, aprobada, y como santificada con el nombre de piedad, y con la autoridad de los que inducen á ello: que á trueco de hacer por defuera limosneros los hombres, los hacen mas enfermos en el alma de dentro, y mas agenos de la verdadera salud de Cristo, que es contrario derechamente de lo que pretende JESUS, que es salud.

Y aunque pudiéramos señalar otros ejemplos, bástenos por todos los semejantes el dicho, y vengamos á lo segundo que dije, que Cristo llamándose JESUS, y salud, nos demuestra á nosotros el único y verdadero blanco de nuestra vida y deseo. Que es mas claramente decir, que pues el fin del cristiano, es hacerse uno con Cristo, esto es, tener á cristo en sí, transformándose en él; y pues Cristo es JESUS, que es salud; y pues la salud no es el estar vendado, y fomentado ó refrescado

por de fuera el enfermo, sino el estar reducidas á templada armonía los humores secretos : entienda el que camina á su bien, que no ha de parar, antes que alcance aquesta santa concordia del alma. Porque hasta tenerla, no conviene que él se tenga por sano, esto es, por JESUS. Que no ha de parar, aunque que haya aprovechado en el ayuno, y sepa bien guardar el silencio, y nunca falte á los cantos del coro, y aunque ciña el cilicio, y pise sobre el hielo desnudos los pies, y mendigue lo que come, y lo que viste paupérrimo ; si entre esto bullen las pasiones en él, si vive el viejo hombre, y enciende sus fuegos : si se atufa en el alma la ira, si se hincha la vanagloria, si se ufana él proprio contento de sí, si arde la mala codicia, finalmente si hay respetos de odios, de envidias, de pundonores, de emulacion y ambicion.

Que si esto hay en él, por mucho que le parezca que ha hecho, y que ha aprovechado en los ejercicios que referi, tén-gase por dicho que aun no ha llegado á la salud, que es JESUS. Y sepa y entienda, que ninguno mientras que no sanó desta salud, entra en el cielo, ni vee la clara vista de Dios. Como dice san Pablo, *Amad la paz, y la santidad, sin la cual no puede ninguno ver á Dios.* Por Por tanto despierte el que así es, y conciba ánimo fuerte, y puestos los ojos en este blanco que digo, y esperando en JESUS, alargue el paso á JESUS. Y pídale á la salud, que le sea salud, y en cuanto no lo alcanzare, no cese, ni pare, sino como dice de sí san Pablo : *Olvidando lo pasado, y extendiendo con el deseo las manos á lo por venir, corra y vuele á la corona, que le está puesta delante.* ¿Pues qué? ¿es malo el ayuno, el cilicio, la mortificacion exterior? No es sino bueno, mas es bueno, como medicinas que ayudan, pero no como la misma salud: bueno como emplastos, pero como emplastos que ellos mismos son testigos que estamos enfermos: bueno como medio y camino para alcanzar la justicia; pero no como la misma justicia. Bueno, unas veces como causas, y otras como señales de ánimo concertado, ó que ama el concierto, pero no como la misma santidad, y concierto del ánimo. Y como no es ella misma, acontece algunas veces que se halla sin ella, y es entonces hipocresía y embuste, á lo menos es inútil y sin fruto sin ella. Y como debemos condenar á los herejes, que condenan contra toda razon aquesta muestra de santidad exterior, la cual ella en sí es hermosa, y dispone el alma para su verdadera hermosura, y es agradable á Dios, y merecedora del cielo, cuando nasce de la hermosura de dentro: así ni mas ni menos debemos avisar á los fieles, que no está en ella el paradero de su camino, ni me-

nos es su verdadero caudal, ni su justicia, ni su salud, la que de veras sana y ajusta su alma, y la que es necesaria para la vida que siempre dura, y la que finalmente es propia obra de Cristo JESUS.

Que seria negocio de lástima, que caminando á Dios, por haber parado antes de tiempo, ó por haber hecho hincapié en lo que solo era paso, se hallasen sin Dios, á la postre : y proponiéndose llegar á JESUS, por no entender que es JESUS, se hallasen miserablemente abrazados con Solon ó con Pitágoras, ó cuando mas con Moisen. Porque JESUS es salud, y la salud es la justicia secreta, y la compostura del alma, que luego que reina en ella, echa de sí rayos, que resplandecen de fuera, y serenán, y componen, y hermocean todos los movimientos y ejercicios del cuerpo. Y como es mentira y error, tener por malas, ó por no dignas de premio aquestas observancias de fuera ; así tambien es perjuicio y engaño, pensar que son ellas mismas la pura salud de nuestra alma, y la justicia que formalmente nos hace amables en los ojos de Dios : que esa propriamente es JESUS, esto es, la salud que derechamente hace dentro de nosotros, y no sin nosotros JESUS. Que es lo que habemos dicho, y por quien san Pablo, hablando de Cristo, dice *que fue determinado ser hijo de Dios en fortaleza, segun el espíritu de la santificación, en la resurreccion de los muertos de Jesu Cristo* Que es como si mas extendidamente dijera, que el argumento cierto, y la razon y señal propia, por donde se conoce que JESUS es el verdadero Mesias hijo de Dios prometido en la ley, como se conoce por su propia definición una cosa, es porque es JESUS : esto es, por la obra de JESUS que hizo, que era obra reservada por Dios, y por su Ley y Profetas, para solo el Mesias. ¿ Y esta qué fue ? Su *poderio* dice, y *fortaleza* grande. ¿ Mas en qué la ejercitó, y declaró ? *En el espíritu*, dice, *de la santificación*: conviene á saber : en que santifica á los suyos, no en la sobrehaz y corteza de fuera, sino con vida y espíritu. Lo cual se celebra en la *resurreccion de los muertos de Jesu Cristo*: esto es, se celebra resucitando Cristo sus muertos. Que es decir los que murieron en él cuando él murió en la Cruz, á los cuales él despues resuscitado comunica su vida. Que como la muerte que en él padescimos, es causa que muera nuestra culpa cuando segun Dios nascemos ; así su resurreccion, que tambien fué nuestra, es causa que cuando muere en nosotros la culpa, nazca la vida de la justicia, como ayer mañana dijimos.

Así que, segun que decia, el condenar la ceremonia, es

error; y el poner en ella la prora y la popa de la justicia es engaño. El medio destes extremos es lo derecho. Que la ceremonia es buena, cuando sirve y ayuda á la verdadera santificacion del alma, porque es provechosa; y cuando nasce della es mejor, porque es merecedora del cielo: mas que no es la pura y la viva salud que Cristo en nosotros hace, y porque se llama JESUS. Digo mas. No se llama JESUS así, porque solamente hace la salud que decimos, sino porque es él mismo esa salud. Porque aunque sea verdad, como de hecho lo es, que Cristo en los que santifica hace salud y justicia, por medio de la gracia que en ellos pone asentada, y como apegada en su alma; mas sin eso, como deciamos ayer, él mismo por medio de su Espiritu se junta con ella; y juntándose la sana y agracia, y esa misma gracia que digo, que hace en el alma, no es otra cosa, sino como un resplandor que resulta en ella de su amable presencia. Así que él mismo por sí, y no solamente por su obra y efecto, es la salud. Dice bien san Macario, y dice desta manera: «Como Cristo ve, que tu «le buscas, y que tienes en él toda tu esperanza siempre pues «ta, acude luego él, y te da caridad verdadera», esto es, dá-«sete así, que puesto en tí, se te hace todas las cosas, paraí-«so, árbol de vida, preciosa perla, corona, edificador, agri-«cultor, compasivo, libre de toda pasion, hombre, Dios, vino, «agua vital, oveja, esposo, guerrero, y armas de guerra, «finalmente Cristo, que es todas las cosas en todos.»

Ansi que el mismo Cristo abraza con nuestro espíritu el suyo, y abrazándose le viste de sí, segun san Pablo dice: *Vestios de nuestro Señor Jesu Cristo*. Y vistiéndole, le reduce y subjeta á sí mismo, y se cala por él totalmente. Porque se debe advertir, que así como toda la masa es desalada, y desazonada de suyo, por donde se ordenó la levadura que le diese sabor, á la cual con verdad podrémos llamar no solo la sazonzadora, sino la misma sazón de la masa, por razon de que la sazón no apartada della, sino junta con ella, adonde ella por sí cunde por la masa, y la transforma y sazón: así porque la masa de los hombres estaba toda dañada y enferma, hizo Dios un JESUS, digo, una humana salud, que no solamente estando apartada, sino juntándose, fuese salud de todo aquello, con quien se juntase y mezclase; y así él se compara á levadura (1) á sí mismo. De arte que como el hierró que se enciende del fuego, aunque en el ser es hierro y es fuego, en el parecer es fuego y no hierro: así Cristo ayuntado con-

(1) Matth. cap. XIII. v. 33.

migo, y hecho totalmente señor de mí, me apura de tal manera de mis daños y males, y me incorpora de tal manera en sus saludes y bienes, que yo ya no parezco yo, el enfermo que era ni de hecho soy ya el enfermo; sino tan sano, que parezco la misma salud que es JESUS. ¡O bienaventurada salud! ¡O JESUS dulce, y dignísimo de todo deseo, si ya me viese yo, Señor, vencido enteramente de tí! ¡Si ya cudieses, ó salud, por mi alma y mi cuerpo! ¡Si me apurases ya de mí escoria, de toda aquesta vejez! Si no viviese, ni pareciese, ni luciese en mí, sino tú! ¡O si ya no fuese quien soy! Que, Señor, no veo cosa en mí, que no sea digna de aborrescimiento y desprecio. Casi todo cuanto nasce de mí, son increíbles miserias, cuasi todo es dolor, imperfeccion, malatia, y poca salud.

Y como en el libro de Job se escribe (1): Cada dia siento en mi nuevas lástimas, y esperando ver el fin dellas he contado muchos meses vacíos, y muchas noches dolorosas han pasado por mí. Cuando viene el sueño, me digo, ¿si amanecerá mi mañana? Y cuando me levanto, y veo que no me amanescce, alargo á la tarde el deseo. Y vienen las tinieblas, y vienen tambien mis ages, y mis flaquezas, y mis dolores mas acrescentados con ellas. Vestida está, y cubierta mi carne de mi corrupcion miserable: y de las torpezas del polvo, que me compone, estan ya secos y arrugados mis cueros. Veo, Señor, que se pasan mis dias, y me han volado muy mas que vuela la lanzadera en la tela: acabados cuasi los veo, y aun no veo, Señor, mi salud. Y si se acaban, acábase mi esperanza con ellos. Miémbrate, Señor, que es ligero viento mi vida, y que, si paso sin alcanzar este bien, no volverán jamás mis ojos á verle. Si muero sin tí, no me verán para siempre en descanso los buenos. Y tus mismos ojos, si los enderezares á mí, no verán cosa que merezca ser vista. Yo, señor, me desecho, me despojo de mí, me huyo y desamo, para que no habiendo en mi cosa mia, seas tú solo en mi todas las cosas: mi ser, mi vivir, mi salud, mi JESUS. Y dicho esto, calló Marcelo, todo encendido en el rostro, y suspirando muy sentidamente, tornó luego á decir: No es posible, que hable el enfermo de la salud, y que no haga significacion de lo mucho que le duele el verse sin ella. Ansi que me perdonaréis, Juliano y Sabino, si el dolor que vive de continuo en mi, de conocer mi miseria, me salió á la boca agora, y se derramó por la lengua.

Y tornó á callar, y dijo luego: Cristo pues se llama JESUS,

(1) Job. cap. VII. v. 3. y sig.



Cada día siento en mí nuevas lástimas...

Job. cap. VII, v. 3 y sig.<sup>s</sup>



porque él mismo es salud. Y no por esto solamente, sino tambien porque toda la salud es solo él. Porque siempre que el nombre, que parece comun, se da á uno por su nombre proprio natural, se ha de entender, que aquel á quien se da, tiene en sí toda la fuerza del nombre; como si llamásemos á uno por su nombre virtud, no queremos decir, que tiene virtud como quiera, sino que se resume en él la virtud. Y por la misma manera, ser salud el proprio nombre de Cristo, es decir, que es por excelencia salud, ó que todo lo que es salud, y vale para salud, está en él. Y como haya en la salud, segun los sujetos, diferentes saludes, que una es salud del ánimo, y otra es la del cuerpo; y en el cuerpo tiene por sí salud la cabeza y el estómago, y el corazon, y las demás partes del hombre, ser Cristo por excelencia salud, y nuestra salud, es decir, que es toda la salud, y que él todo es salud, y salud para todas enfermedades y tiempos. Es toda la salud. Porque como la razon de la salud, segun dicen los médicos, tienen dos partes, una que la conserva, y otra que la restituye, una que provee lo que la puede tener en pié, otra que receipta lo que la levanta si cae; y como así la una como la otra tienen dos intenciones solas, á que enderezan, como á blanco, sus leyes, aplicar lo bueno, y apartar lo dañoso; y como en las cosas que se comen para salud, unas son para que crien substancia en el cuerpo, y otras para que le purguen de sus malos humores, unas que son mantenimiento, otras que son medicina: así esta salud, que llamamos JESUS, porque es cabal y perfecta salud, puso en sí aquestas dos partes juntas, lo que conserva la salud, y lo que la restituye cuando se pierde; lo que la tiene en pié, y lo que la levanta caida; lo que creia buena substancia, y lo que purga nuestra ponzoña. Y como es pan de vida, como él mismo se llama, se quiso amasar con todo lo que conviene para estos dos fines con lo santo que hace vida, y con lo trabajoso y amargo, que purga lo vicioso. Y templóse, y mezclóse, como si dijésemos, por una parte de la pobreza, de la humildad, del trabajarse, del ser trabajado, de las afrentas, de los azotes, de las espinas, de la cruz, de la muerte, que cada cosa para el suyo, y todas tóxico para todos los vicios; y por otra parte de la gracia de Dios, y de la sabiduría del cielo, y de la justicia santa, y de la rectitud, y de todos los demás dones del Espíritu Santo, y de su uncion abundante sobre toda manera; para que amasado y mezclado así, y compuesto de todos aquestos simples, resultase de todos un JESUS de veras, y una salud perfectísima, que allegase lo bueno, y apartase lo malo, que

alimentase, y purgase. Un pan verdaderamente de vida, que comido por nosotros con obediencia, y con viva fe, y pasado á las venas, con lo amargo desarraigase los vicios, y con lo santo arraigase la vida.

De arte que comidas en él sus espinas, purgasen nuestra altivez: y sus azotes tragados en él por nosotros, nos limpiasen de lo que es muelle y regalo: y su cruz en él comida de mí, me apurase del amor de mí mismo: y su muerte por la misma manera diese fin á mis vicios. Y al revés comiendo en él su justicia, se criase justicia en mi alma: y traspassando á mi estómago su santidad y su gracia, se hiciese en mi gracia y santidad verdadera: y nasciese en mí substancia del cielo, que me hiciese hijo de Dios, comiendo en él á Dios hecho hombre, que, estando en nosotros, nos hiciese á la manera que es él, muertos al pecado, y vivos á la justicia, y nos fuese verdadero JESUS. Así que es JESUS, porque es toda la salud. Es también JESUS, porque es salud todo él. Son salud sus palabras, digo, son JESUS sus palabras, son JESUS sus obras, su vida es JESUS, y su muerte es JESUS. Lo que hizo, lo que pensó, lo que padesció, lo que anduvo, vivo, muerto, resucitado, subido, y asentado en el cielo, y siempre en todo es JESUS. Que con la vida nos sana, y con la muerte nos da salud: con sus dolores quita los nuestros, y como Esaías dice, *somos hechos sanos con sus cardenales*: sus llagas son medicina del alma: con su sangre vertida, se repara la flaqueza de nuestra virtud. Y no solo es JESUS y salud con su doctrina, enseñándonos el camino sano, y declarándonos el malo y peligroso, sino también con el ejemplo de su vida, y de sus obras hace lo mismo, y no solo con el ejemplo dellas nos mueve al bien, y nos incita, y nos guía; sino con la virtud saludable que sale dellas, que la comunica á nosotros nos aviva, y nos despierta, y nos purga, y nos sana. Llámese pues con justicia JESUS, quien todo él, por donde quiera que se mire, es JESUS. Que como del árbol, de quien san Juan en el Apocalipsi escribe, se dice, que estaba plantado por ambas partes de la ribera del río de agua viva, que salía de la silla de Dios, y de su Cordero, y que sus hojas eran para salud de las gentes: así esta santa humanidad, arraigada á la corriente del río de las aguas vivas, que son toda la gracia del Espíritu Santo, y regada, y cultivada con ellas, y que rodea sus riberas por ambas partes, por que las abraza y contiene en sí todas, no tiene hoja que no sea JESUS, que no sea vida, que no sea remedio de males, que no sea medicina y salud.

Y llevaba también este árbol, como san Juan allí dice, doce

frutas, en cada mes del año la suya; porque como decíamos, es JESUS y salud, no para una enfermedad sola, ó para una parte de nosotros enferma, ó para una sazon ó tiempo tan solamente; sino para todo accidente, malo, para toda llaga mortal, para toda apostema dolorosa, para todo vicio, y para todo sujeto vicioso, agora, y en todo tiempo es JESUS. Que no solamente no sana el alma perdida, mas tambien da salud al cuerpo enfermo y dañado. Y no los sana solamente de un vicio, sino cualquiera vicio, que haya habido en ellos, ó que haya, los sana. Que á nuestra soberbia es JESUS, con su caña por sceptro; y con su púrpura por escarnio vestida para nuestra ambicion es JESUS. Su cabeza coronada con fiera y desapiadada corona es JESUS, en nuestra mala inclinacion al deleite: y sus azotes, y todo su cuerpo adolorido, en lo que en nosotros es carnal y torpe, es JESUS. Eslo para nuestra codicia su desnudez, para nuestro coraje su sufrimiento admirable, para nuestro amor proprio el desprecio que siempre hizo de sí.

Y así la Iglesia enseñada del Espíritu Santo, y movida por él en el dia en que cada año representa la hora, cuando aquesta salud se sazonó para nosotros en el lugar de la cruz, como presentándola delante de Dios, y mostrándosela enclavada en el leño, y conociendo lo mucho que esta ofrenda vale, y lo mucho que puede delante dél; ¿qué bien, ó qué merced no le pide? Pídele, como por derecho, salud para el alma y para el cuerpo. Pídele los bienes temporales, y los bienes eternos. Pídele para los papas, los obispos, los sacerdotes, los clérigos, para los reyes y principes, para cada uno de los fieles, segun sus estados. Para los pecadores penitencia, para los justos perseverancia, para los pobres amparo, para los presos libertad, para los enfermos salud, para los peregrinos viaje feliz, y vuelta con prosperidad á sus casas. Y porque todo es menos de lo que puede y meresce aquesta salud, aun para los herejes, aun para los paganos, aun para los judios ciegos que la desecharon, pone la Iglesia delante de los ojos de Dios á JESUS muerto y hecho vida en la Cruz, para que les sea JESUS. Por lo cual la esposa en los Cantares le llama *racimo de Copher*, diciendo desta manera: *Racimo de Copher mi amado á mi en las viñas de Engadi*. Y ordenó, á lo que sospecho, la providencia de Dios, que no supiésemos de Copher que árbol era, ó que planta, para que dejándonos de la cosa, acudiésemos al origen de la palabra, y así conociésemos, que Copher, segun aquello de donde nasce, significa aplacamiento, y perdon, y satisfaccion de pecados. Y por

consiguiente entendiésemos con cuanta razon le llama *racimo de Copher* á Cristo la Esposa, diciéndonos en ello por encubierta manera, que no es una salud Cristo sola, ni un remedio de males particular, ni una limpieza, ó un perdon de pecados de un solo linaje; sino que es un racimo, que se compone como de granos, de innumerables perdones, de innumerables remedios de males, de saludes sin número, y que es un JESUS, en quien cada una cosa de las que tiene es JESUS.

¡Oh salud! ¡oh JESUS! ¡oh medicina infinita! Pues es JESUS el nombre propio de Cristo, porque sana Cristo, y porque sana consigo mismo, y porque es toda la salud, y porque sana todas las enfermedades del hombre y en todos los tiempos, y con todo lo que en sí tiene; porque todo es medicinal, y saludable, y porque todo cuanto hace, es salud. Y por llegar á su punto toda aquesta razon, decidme, Sabino, ¿vos no entendeis, que todas las criaturas tienen su principio de nada? Entiendo, dijo Sabino, que las crió Dios con la fuerza de su infinito poder, sin tener sujeto, ni materia de que hacerlas. Luego, dice Marcelo, ninguna dellas tiene de su cosecha y en si alguna cosa que sea firme y maciza, quiero decir, que tenga de sí, y no rescebido de otro, el ser que tiene. Ninguna, respondió Sabino, sin duda. Pues decidme, replicó luego Marcelo, ¿puede durar en un ser el edificio, que ó no tiene cimientos ó tiene flacos cimientos? No es posible, dijo Sabino que dure. Y no tiene cimiento de ser macizo y suyo ninguna de las cosas criadas, añadió luego Marcelo: luego todas ellas, cuanto de sí es, amenazan caída; y por decir lo que es, caminan cuanto es de suyo al menoscabo y al empeoramiento; y como tuvieron principio de nada, vuélvense, cuanto es de su parte, á su principio, y descubren la mala lista de su linaje, unas deshaciéndose del todo, y otras empeorándose siempre. ¿Qué se dice en el libro de Job? De los ángeles dice (1): *Los que le sirven, no tuvieron firmeza, y en sus ángeles halló iorcimiento.* De los hombres añade: *Los que moran en casas de lodo, y cuyo apoyo es de tierra, se consumirán de polilla.* Pues de los elementos y cielos David: *Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y son obras de tus manos los cielos: ellos perecerán, y tú permanecerás, y se envejecerán todos, como se envejece una capa.*

En que, como vemos, el Espíritu Santo condena á caída, y á manoscabo de su ser á todas criaturas. Y no solamente da

(1) Job cap. IV. v. 18.

la sentencia, sino tambien demuestra, que la causa dello es, como decimos, el mal cimiento que todas tienen. Porque si dice de los ángeles, que se torcieron, y que caminaron al mal; tambien dice que les vino de que su ser no era del todo firme. Y si dice de los hombres, que se consumen; primero dijo, que eran sus cimientos de tierra. Y los cielos y tierra si dice que se envejecen; dice tambien como se envejecen, que es como el paño, de la polilla que en ellos vive, esto es, de la flaqueza de su nascimiento, y de la mala raza que tienen. Todo es, como decís, Marcelo, dijo Sabino: mas decidnos lo que quereis decir por todo ello. Dirélo, respondió, si primero os preguntare. ¿No asentamos ayer, que Dios crió todas las criaturas, á fin de que viniese en ellas, y de que luciese algo de su bondad? Ansi se asentó, dijo Sabino. Pues añadió Marcelo, si las criaturas por la enfermedad de su origen forcejan siempre por volverse á su nada, y quanto es de suyo, se van empeorando y cayendo; para que dure en ellas la bondad de Dios, para cuya demonstracion las crió, necesario fue que ordenase Dios alguna cosa, que fuese como el reparo de todas, y su salud general, en cuya virtud durase todo en el bien, y lo que enfermase sanase. Y así lo ordenó, que como engendró desde la eternidad al Verbo su Hijo, que, como agora se decia, es la traza viva, y la razon, y el artificio de todas las criaturas, así de cada una por sí, como de todas juntas; y como por él las trujo á luz, y las hizo: así cuando le pareció, y en el tiempo que él consigo ordenado tenia, le engendró otra vez hecho hombre JESUS, ó hizo hombre JESUS, en el tiempo, aquel, á quien por toda la eternidad comunica el ser Dios. Para que en el mismo que era la traza y el artifice de todo, segun que es Verbo de Dios, fuese segun que es hombre hecho una persona con Dios, el reparo y la medicina, y la restitucion, y la salud de todas las cosas; y para que el mismo que por ser, segun su naturaleza divina, el artificio general de las criaturas, se llama segun aquella parte en hebreo DABAR, y en griego ΛΟΓΟΣ, y en castellano Verbo y palabra; ese mismo, por ser segun la naturaleza humana que tiene, la medicina, y el restaurativo universalmente de todo, sea llamado Jesus en hebreo: y en romance salud.

De manera que en Jesu Cristo como en fuente, ó como en Océano inmenso, está atesorado todo el ser; y todo el buen ser; toda la substancia del mundo, y porque se daña de suyo, y para cuando se daña, todo el remedio, y todo el JESUS de esa misma substancia; toda la vida, y todo lo que puede conservar eternamente la vida sana, y en pie. Para que, como decia san Pablo

*en todo tenga las primicias, y sea él el alpha y el omega, el principio y el fin: el que las hizo primero, y el que deshaciéndose ellas, y corriendo á la muerte, las sana, y repara: y finalmente está encerrado en él el Verbo: y JESUS, esto es, la vida general de todos, y la salud de la vida. Porque de hecho es así, que no solamente los hombres, mas tambien los ángeles, que en el cielo moran, reconocen que su salud es JESUS: á los unos sanó que eran muertos, y á los otros dió vigor para que no muriesen. Esto hace con las criaturas que tienen razon, y á los demás que no la tienen, les da los bienes que pueden tener: porque su cruz lo abraza todo, y su sangre limpia se clarifica, y su humanidad santa lo apura, y por él tendrán nuevo estado y nuevas cualidades mejores que las que agora tienen, los elementos y cielos, y es en todos, y para todos JESUS.*

Y de la manera que ayer al principio destas razones dijimos, que todas las cosas, las sensibles, y las que no tienen sentido, se criaron para sacar á luz este parto, que dijimos ser parto de todo el mundo comun, y que se nombra por esta causa *fruto, ó pimpollo*: así decimos agora que el mismo papara cuyo parto se hicieron todas, fue hecho como en retorno, ra reparo y remedio de todas ellas, y que por esto le llamamos la salud, y el JESUS. Y para que, Sabino, admireis la sabiduría de Dios, para hacer Dios, á las criaturas, no hizo hombre á su Hijo, mas hizole hombre para sanarlas y reharcerlas. Para que el Verbo fuese el artífice, bastó solo ser Dios: mas para que fuese el JESUS, y la salud, convino que tambien fuese hombre. Porque para hacerlas, como no las hacia de alguna materia, ó de algun sujeto que se le diese, como el escultor hace la estatua del mármol que le dan, y que él no lo hace, sino que, como decíades, la fuerza solo de su no medido poder las sacaba todas al ser; no se requería que el artífice se midiese, y se proporcionase el sujeto, pues no le habia: y como toda la obra salía solamente de Dios, no hubo para que el Verbo fuese mas que solo Dios para hacerla. Mas para reparar lo ya criado, y que se desataba de suyo, porque el reparo, y la medicina se hacia en sujeto que era, fue muy conveniente, y conforme á la suave orden de Dios necesario, que el reparador se avecinase á lo que reparaba, y que se proporcionase con ello; y que la medicina que se ordenaba fuese tal que la pudiese actuar el enfermo, y que la salud y el JESUS, para que lo fuese á las cosas criadas, se pusiese en una naturaleza criada, que con la persona del Verbo junta hiciese un JESUS. De arte que una misma persona en dos na-

turalizas distintas, humana y divina, fuese criador en la una, y médico, y redemptor, y salud en la otra, y el mundo todo como tiene un hacedor general, tuviese tambien una salud general de sus daños, y concurriesen en una misma persona este formador y reformador, esta vida y esta salud de vida JESUS.

Y como en el estado del Paraíso, en que puso Dios á nuestros primeros padres tuvo señalados dos árboles, uno que llamó del saber; y otro que servía al vivir, de los cuales en el primero habia virtud de conoscimiento y de ciencia y en el segundo fruta, que comida reparaba todo lo que el calor natural gasta continuamente la vida; y como quiso que comiesen los hombres deste, y del otro del saber no comiesen: así en este segundo estado, en un supuesto mismo tiene puestas Dios aquestas dos maravillosísimas plantas. Una del del saber que es el Vervo, cuyas profundidades nos es vedado entenderlas segun que se escribe: *Al que escudriñare la magestad, hundiralo la gloria:* y otro del reparar, y del sanar, que es JESUS, de la cual comerémos, porque la comida de su fruta, y el incorporar en nosotros su santísima carne: se nos manda, no solo no se nos veda. Que él mismo lo dice: *Si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y no bebiéredes su sangre, no tendréis vida.* Que como sin la luz del sol no se vee, porque es fuente general de la luz, así sin la comunicacion deste grande JESUS, deste que es salud general, ninguno tiene salud.

El es JESUS nuestro en el alma, él lo es en el cuerpo, en los ojos, en las palabras, en los sentidos todos y sin este JESUS no puede haber en ninguna cosa nuestra JESUS, digo, no puede haber salud, que sea verdadera salud en nosotros. En los casos prósperos tenemos JESUS en JESUS: en lo miserable y adverso tenemos JESUS en JESUS: en el vivir, en el morir tenemos JESUS en JESUS. Que como diversas veces se ha dicho, quando nascemos en Dios por JESUS, nascemos sanos de culpas: quando despues de nascidos andamos y vivimos en él, él mismo nos es JESUS para los rastros que el pecado deja en el alma: quando perserveramos viviendo, él tambien extiende su mano saludable, y la pone en nuestro cuerpo mal sano, y templa sus infernales ardores, y lo mitiga y desencarna de sí, y casi le transforma en espíritu: y finalmente quando nos deshace la muerte, él no desampara nuestras cenizas, sino junto y apegado con ellas al fin les es tan JESUS, que las levanta, y resuscita, y las viste de vida que ya no muere, y de gloria que no fallece jamás. Y tengo por

cierto, que el profeta David, cuando compuso el psalmo ciento y dos, tenía presente á esta salud universal en su alma. Porque lleno de la gradeza desta imágen de bien, y no le cabiendo en el pecho el gozo que de contemplarla sentia, y considerando las innumerables saludes, que esta salud encerraba, y mirando en una tan sobrada, y no merecida merced, la piedad infinita de Dios con nosotros; reventándole el alma en loores, habla con ella misma, y convidala, á lo que es su deseo, á que alabe al Señor, y le engrandezca, y le dice: *Bendice, ó alma mia al Señor*. Di bienes dél, pues él es tan bueno. Dale palabras buenas siquiera, en retorno de tantas obras tuyas tan buenas. Y no te contentes con mover en mi boca la lengua y con enviarle palabras que diga; sino tórnate en lenguas, tú, y haz que tus entrañas sean lenguas, y no quede en tí parte que no derrame loor.

Lo público, lo secreto, lo que se descubre, y lo íntimo: que por muchos que hablen, hablarán mucho menos de lo que se debe hablar. Salga de lo hondo de tus entrañas la voz, para que quede asentada allí, y como esculpida perpetuamente su causa: hablen los secretos de tu corazón loores de Dios, para que quede en él la memoria de las mercedes que debe á Dios, á quien loa; para que jamás se olvide de los retornos de Dios, de las formas diferentes con que responde á tus hechos. Tu te convertias en nada, y él hizo nueva orden para darte su ser. Tú eras pestilencia de tí, y ponzoña para tu misma salud; y él ordenó una salud, un JESUS general contra toda pestilencia y ponzoña. JESUS, que dió á todos tus pecados perdon. JESUS, que medicinó todos los ages y dolencias que en tí dellos quedaron. JESUS, que hecho deudo tuyo, por el tanto de su vida saco la tuya de la sepultura. JESUS, que tomando en sí carne de tu linaje, en ella libra á la tuya de lo que corrompe la vida. JESUS, que te rodea toda apiadándose de tí toda. JESUS, que en cada parte tuya haya mucho que sanar, y que todo lo sana. JESUS y salud, que no solamente de la salud, sino salud blanda, salud que de tu mal se enternece, salud compasiva, salud que te colma de bien tus deseos, salud que te saca de la corrupcion de la huesa, salud, que de lo que es su grande piedad y misericordia, te compone premio y corona. Salud finalmente, que hinche de sus bienes tu arreo, que enoja con ricos dones de gloria tu vestidura que glorifica vuelto á vida tu cuerpo, que le remoza, y le renueva, y le resplandece, y le despoja de toda su flaqueza y miseria vieja, como el águila se despoja y remoza.

Porque dice, Dios á la fin es deshacedor de agravios, y gran hacedor de justicias. Siempre se compadesce de los que son saqueados, y les da su derecho: que si tú no merecias, merced, el engaño con que tu pozoñoso enemigo te robó tus riquezas voceaba delante dél por remedio, Desde que lo vió, se determinó remediarlo, y les manifestó á Moisen, y á los hijos de su amado Israel su consejo, el ingenio de su condicion, su voluntad, y su pecho, y les dijo: Soy compasivo y clemente, de entrañas amorosas y pias, largo en sufrir, copioso en perdonar, no me acelera el enojo, antes el hacer bienes y misericordias me acucia: paso con ancho corazon mis ofensas, no me doy á manos en el derramar mis perdones: que no es de mi el enojarme contino, ni el barajar siempre con vosotros no me puede aplacer. Así lo dijistes, Señor, y así se vee por el hecho, que no has usado con nosotros conforme á nuestros pecados, ni nos pagas conforme á nuestras maldades. Cuan lejos de la tierra está el cielo, tan alto se encumbra la piedad de que usas, con los que por suyo te tienen. Ellos con tierra baja, mas tu misericordia es el cielo. Ellos esperan como tierra seca su bien, y ella llueve sobre ellos sus bienes. Ellos como tierra son viles, ella como cosa del cielo es divina. Ellos perecen como hechos de polvo, ella como el cielo es eterna. A ellos que estan en la tierra los cubren, y los escurecen las nieblas, ella que es rayo celestial luce y resplandece por todo. En nosotros se inclina lo pesado como en el centro, mas su virtud celestial nos libra de mil pesadumbres. Quanto se extiende la tierra, y se aparta el nascimiento del sol de su poniente, tanto alejaste de los hombres sus culpas.

Habiamos nascido en el poniente de Adam, traspusistenos, Señor, en tu oriente Sol de justicia. Como padre que há piedad de sus hijos, así tu, deseoso de darnos largo perdon, en tu Hijo te vestiste para con nosotros de entrañas de padre. Porque, Señor, como quien nos forjastes, sabeis muy bien nuestra hechura cual sea. Sabes, y no lo puedes olvidar, muy acordado estás que soy polvo. Como yerba de heno son los dias del hombre: nasce, y sube, y floresce, y se marchita corriendo. Como las flores ligeras parece algo, y es nada, promete de sí mucho, y para en un flueco que vuela: tócale á malas penas el aire, y peresce sin dejar rastro de sí. Mas cuanto son mas deleznable los hombres, tanto tu misericordia, Señor, persevera mas firme. Ellos se pasan, mas tu misericordia sobre ellos dura desde un siglo hasta otro siglo, y por siempre. De los padres pasa á los hijos, y de los hijos á

los hijos dellos, y dellos por continua sucesion en sus descendientes, los que te temen, los que guardan el concierto que hiciste, los que tienen en sus mentes tus fueros : porque tienes tu silla en el cielo, de donde lo miras : porque la tienes afirmada en él, para que nunca te mudes : porque tu reino gobierna todos los reinos, para que todo lo puedas. Bendigante pues, Señor, todas las criaturas, pues eres de todas ellas JESUS. Tus ángeles te bendigan, tus valerosos, tus valientes ejecutores de tus mandamientos, tus alertos á oír lo que mandas : tus ejércitos te bendigan, tus ministros que estan prestos, y aprestados para tu gusto. Todas las obras tuyas te alaben, todas cuantas hay por quanto se extiende tu imperio, y con todas ellas, Señor, alábase mi alma tambien. Y como dice en otro lugar (1) : Busqué para alabarte nuevas maneras de cantos : no es cosa usada, ni siquiera hecha otra vez, la grandeza tuya que canta, no la cante por la forma que suele. Hiciste salud de tu brazo, hiciste de tu Verbó JESUS: lo que es tu poder, lo que es tu mano derecha, y tu fuerza, hiciste que nos fuese medicina blanca y suave. Sacaste hecho JESUS á tu hijo en los ojos de todos, pusistelo en público, justificaste para con todo el mundo tu causa. Nadie te argüirá, de que nos permitiste caer, pues nos reparaste tambien. Nadie se te querellará de la culpa, para quien supiste ordenar tan gran medicina. Dichoso, si se puede decir, el pecar, que nos mereció tal JESUS. Y esto llegue hasta aquí. Vos, Sabino, justo es que remateis esta plática como soleis. Y calló. Y sabino dijo : El remate que conviene, vos le habeis puesto, Marcelo, con el psalmo que habeis referido : lo que suelo haré yo, que, es deciros los versos. Y dijo luego:

Alaba, ó alma, á Dios, y todo cuanto  
encierra en si tu seno

Celébrese con loor su nombre santo  
de mil grandezas lleno.

Alaba, ó alma, á Dios, y nunca olvide,  
ní borre tu memoria

Sus dones, en retorno á lo que pide  
tu torpe y fea historia.

Quel solo por sí solo te perdona  
tus culpas y maldades,

(1) Psalm. XCVII.



83

Que solo por sí solo te perdona  
tus culpas y maldades ..



Y cura lo herido, y deséncona  
de tus enfermedades.  
El mismo de la huesa, á la luz bella  
resituyo tu vida:  
Cercóla con su amor, y puso en ella  
riqueza no creida.  
Y en eso que te viste, y te rodea,  
tambien pone riqueza  
Ansi renovarás lo que te afea,  
cual águila en belleza.  
Que al fin hizo justicia, y dió derecho  
al pobre saqueado.  
Tal es su condicion, su estilo, y hecho,  
segun lo ha revelado.  
Manifestó á Moisen sus condiciones  
en el monte subido,  
Lo blando de su amor, y sus perdones  
á su pueblo escogido.  
Y dijo: Soy amigo, y amoroso,  
soportador de males  
Muy ancho de narices, muy piadoso  
con todos los mortales.  
No riñe, no se amansa, no se aire  
y dura siempre airado.  
No hace con nosotros, ni nos mira  
conforme á lo pecado.  
Mas cuanto al suelo vence, y cuanto excede  
el cielo reluciente,  
Su amor tanto se encumbra, y tanto puede  
Sobre la humilde gente.  
Cuan lejos de dó nasce el sol fenescce  
el soberano vuelo,  
Tan lejos de nosotros desaparece  
por tu perdon el duelo.  
Y con aquel amor que el padre cura  
sus hijos regalados,  
La vida tu piedad y el bien procura  
de tus amedrentados  
Conosces á la fin que es polvo y tierra  
el hombre, y torpe lodo:  
Contemplas la miseria que en si encierra,  
y le compone todo.  
Es heno su vivir, es flor temprana,  
que sale, y se márchita:

Un flaco soplo, una ocasion liviana  
la vida y ser le quita.  
La gracia del Señor es la que dura,  
y firme persevera,  
Y va de siglo en siglo su blandura  
en quien en él espera.  
En los que su ley guardan, y sus fueros  
con viva diligencia,  
En ellos, en los nietos, y herederos  
por larga descendencia.  
Que así dó se rodea el sol lucido  
estableció su asiento,  
Que ni lo que será, ni lo que ha sido,  
es de su imperio esento.  
Pues lóente, Señor, los moradores  
de su rica morada,  
Que emplean valerosos sus ardores  
en lo que mas te agrada.  
Y alábeta el ejercito de estrellas.  
que en alto resplandescen,  
Que siempre en sus caminos claras, bellas  
tus leyes obedescen.  
Alábente tus obras, todas cuantas  
la redondez contiene,  
Los hombres, y los brutos, y las plantas,  
y lo que las sostiene,  
Y alábeta con ellos noche y dia  
tambien el alma mia.

Y calló. Y con este fin le tuvieron las pláticas de los Nombres de Cristo, cuya es toda la gloria por los siglos de los siglos.

AMEN.

---

---

## NOMBRE DE CORDERO

---

### APÉNDICE AL LIBRO III DE «LOS NOMBRES DE CRISTO»

---

#### I

El nombre de CORDERO, de que tengo de decir, es nombre tan notorio de Cristo, que es excusado probarlo. Que quién no oye cada día en la misa, lo que refiere el Evangelio haberle dicho el Baptista: *¿Este es el CORDERO de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo?* Mas si esto es fácil y claro, no lo es lo que encierra en sí, toda la razón deste nombre, sino escondido y misterioso, mas muy digno de luz. Porque CORDERO pasándolo á Cristo dice tres cosas, mansedumbre de condición, y pureza y inocencia de vida, y satisfacción de sacrificio y ofrenda, como san Pedro juntó casi en este propósito hablando de Cristo. *El que, dice, no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca, que siendo maldecido no maldecía, y padeciendo no amenazaba, antes se entregaba al que le juzgaba injustamente; el que llevó á la cruz sobre sí nuestros pecados.* Cosas que encierran otras muchas en sí, y en que Cristo se señaló y aventajó por maravillosa manera. Y digamos por sí de todas tres. Pues cuanto á lo primero, CORDERO dice mansedumbre, y esto se nos viene á los ojos, luego que oímos CORDERO, y con ello la mucha razón con que de Cristo se dice, por el extremo de mansedumbre que tiene, así en el trato, como en el sufrimiento; así en lo que por nosotros sufrió, como en lo que cada día nos sufre. Del trato Esaías decía: *No será bullicioso, ni inquieto, ni causador de alboroto.* Y el de sí mismo (1): *Aprended de mí, que soy manso y de corazón humilde.* Y respondiendo bien con las palabras de blandura de su acogimiento con todos los que

---

(1) Matth. cap. XI, v. 29.

se llegaron á él por gozarle, cuando vivió nuestra vida, con los humildes humilde, con los mas despreciados y bajos mas amoroso, y con los pecadores, que se conocian, dulcísimo.

La mansedumbre deste CORDERO salvó á la mujer adúltera, que la ley condenaba (1): y cuando se la puso en su presencia la malicia de los Fariseos, y le consultó de la pena, no parece que le cupo en la boca palabra de muerte, y tomó ocasion para absolverla dél faltarle acusador, pudiendo solo él ser acusador, y juez, y testigo. La misma mansedumbre admitió á la mujer pecadora (2), y hizo que se dejase tocar de una infame, y consintió que le lavasen sus lágrimas, y dió limpieza á los cabellos que le limpiaban sus piés. Esa misma puso en su presencia los niños que sus Discípulos apartaban della (3); y siendo quien era, dió oídos á las largas razones de la Samaritana (4); y fue causa que no desechase de sí á ninguno, ni se cansase de tratar con los hombres, siendo él quien era, y siendo su trato dellos tan pesado, y tan impertinente como sabemos. ¿Mas qué maravilla que no se enfadase entonces, cuando vivia en el suelo el que agora en el cielo, donde vive tan exento de nuestras miserias, y declarado por Rey universal de todas las cosas, tiene por bueno de venirse en el sacramento á vivir con nosotros? y lleva con mansedumbre verse rodeado de mil impertinencias, y vilezas de hombres, y no hay aldea de tan pocos vecinos, adonde no sea casi como uno de ellos en su Iglesia, nuestro CORDERO, blando, manso, sufrido á todos los estados? Y aunque leemos en el Evangelio que castigó Cristo á algunas personas con palabras, como á á san Pedro una vez (5), y muchas á los Fariseos (6), y con las manos tambien, como cuando hirió con el azote á los que hacian mercado en su templo (7): mas en ninguna encendió su corazon en fiereza, ni mostró semblante bravo; sino en todas con serenidad de rostro conservó el sosiego de mansedumbre, desechando la culpa, y no desdiciendo de su gravedad afable y dulce. Que como en la Divinidad sin moverse lo mueve todo, y sin recibir alteracion, riñe y corrige, y durando en quietud y sosiego, lo castiga y altera: así en la humanidad, que como mas se le allega: así es la criatura que mas se le parece, nunca turbó la dulzura de su ánimo manso, el hacer en los otros lo que el des concierto de sus razones, ó de sus obras pedia, y reprehendió sin pasion, y castigó sin enojo, y fue aun en el reñir un ejemplo de amor. ¿Qué dice la Esposa? *Su garganta suavísima, y amable todo él, y todas sus cosas.*

Y aquella voz, dijo Sabino aquí, paréceos, Marcelo, que será muy amable:

(1) Joan. cap. VIII. v. 11.

(2) Luc. cap. VII. v. 38.

(3) Matth. cap. XVIII. v. 2.

(4) Joan. cap. IV. v. 7 y sig.

(5) Marc. cap. VIII. v. 33.

(6) Matth. cap. XXIII. et alibi.

(7) Joann. cap. II. v. 15.

*¿Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno aparejado para el demonio? ¿ó será voz que se podrá decir sin braveza, ó oír sin espanto? Y si tan manso es el trato todo de Cristo, ¿qué le queda para ser leon, como en la Escritura se dice? Bien decís, respondió Marcelo. Mas en lo primero creo yo muy bien, que les será muy espantable á los malos aquella tan horrible sentencia, y que el parecer ante el juez, y el rostro y el mirar del juez les será de increíble tormento. Mas tambien habeis de entender, que será sin alteracion de la alma de Cristo, sino que manso en sí, bramará en los oídos de aquellos, y dulce en sí mismo y en su rostro, les encandilará con terriblez y fiereza los ojos.*

Y á la verdad lo que mas me declara el infinito mal de la obstinacion del pecado, es ver que trae á la mansedumbre, y al amor, y á la dulzura de Cristo á términos de decir tal sentencia, y que pone en aquella boca palabras de tanto amargor; y que quien se hizo hombre por los hombres, y padesció lo que padesció por salvarlos, y el que dice que su deleite es su trato, y el que vivo y muerto, mortal y glorioso, ni piensa, ni trata sino de su reposo y salud, y el que todo cuanto es, ordena á su bien; los pueda apartar de sí con voz tan horrible, y que la pura fuerza de aquella no curable maldad mudará la voz al CORDERO. Y siendo lo ordinario de Dios con los malos asconderles su cara, que es alzar la vista de su favor, y dejarlos para que sus designios con sus manos los labren, conforme á lo que decia el Profeta: *Abscondiste de nosotros tu cara, y con la mano de nuestra maldad nos quebrantaste;* aquí el celo del castigo merecido le hace que la descubra, y que tome la espada en la mano, y en la boca tan amarga y espantable sentencia. Y á lo segundo del leon, que Sabino dijistes, habeis de entender, que como Cristo lo es, no contradice, antes se compadesce bien con el ser para con nosotros CORDERO. Porque llámase Cristo, y es leon por lo que á nuestro bien y defensa toca, por lo que hace con los demonios enemigos nuestros, y por la manera como defiende á los suyos. Que en lo primero, para librnarnos de sus manos les quitó el mando, y derrocóles de su tiranía usurpada, y asolóles los templos, y hizo que los blasfemasen los que poco antes los adoraban y servian, y abajó á sus reinos oscuros, y quebrantóles las cárceles, y sacóles mil prisioneros; y entonces, y agora, y siempre se les muestra fiero, y los vence, y les quita de las uñas la presa. A que mira san Juan para llamarle leon, cuando dice: *Venció el leon de Judá.* Y en lo segundo, así como nadie se atreve á sacar de las uñas del leon lo que prende, así no es poderoso ninguno á quitarle á Cristo de su mano los suyos. Tanta es la fuerza de su firme querer. *Mis ovejas,* dice él, *ninguno me las sacará de las manos.* Y Esaías en el mismo propósito: *Porque dice el Señor: Así como cuando brama el leon, y el cachorro del leon sobre su presa, no teme para dejarla, si le sobreviene multitud de pastores, á sus voces no teme, ni á su muchedumbre se espanta: así el Señor descenderá, y peleará sobre el monte de Sion, sobre el collado suyo.*

Así que ser Cristo leon le viene de ser para nosotros amoroso, y manso

CORDERO; y porque nos ama y nos sufre con amor y mansedumbre infinita, por eso se muestra fiero con los que nos dañan, y los desama, y maltrata. Y así cuando á aquellos no sufre, nos sufre; y cuando es con ellos fiero, con nosotros es manso. Y hay algunos, que son mansos para llevar las importunidades ajenas, pero no para sufrir sus descomedimientos; y otros, que si sufren malas palabras, no sufren que les pongan las manos: mas Cristo como en todo, así en esto perfecto CORDERO, no solamente llevó con mansedumbre nuestro trato importuno, mas tambien sufrió con igualdad nuestro atrevimiento injurioso. Como CORDERO, dice Esaiás, *delante del que le trasquila*. ¿Qué no sufrió de los hombres por amor de los hombres? ¿de qué injuria no hicieron experiencia en él los que vivian por él? Con palabras le trataron desmedidas, con testimonios falsísimos, pusieron sus manos sacrílegas en su divina persona, añadieron á las bofetadas azotes y á los azotes espinas, y á las espinas clavos y cruz dolorosa, y como á porfía probaron en hacerle mal sus descomulgados ingenios y fuerzas. Mas ni la injuria mudó la voluntad, ni en la paciencia y mansedumbre hizo mella el dolor. Y si, como dice san Agustín mi padre, es manso el que da vado á los hechos malvados, y que no resiste al mal que le hacen, antes le vence con el bien; Cristo sin duda es el extremo de mansedumbre. Porque ¿contra quién se hicieron tantos hechos malvados, ó en cuyo daño se esforzó mas la maldad? ¿ó quién le hizo menos resistencia que Cristo? ¿ó la venció con retorno de beneficios mayores? Pues á los que le huyen busca, y á los que le aborrescen abraza, y á los que le afrentan, y dan dolorosa muerte, con esa misma muerte los santifica, y los lava con esa misma sangre, que enemigamente le sacan.

Y es puntualmente en este nuestro CORDERO, lo que en el CORDERO antiguo, que dél tuvo figura (1), que todo le comian y despedazaban, y con todo él se mantenian, la carne, y las entrañas, y la cabeza, y los pies. Porque no hubo cosa en nuestro bien, adonde no llegase el cuchillo y el diente; al costado, á los pies, á las manos, á la sagrada cabeza, á los oidos, y á los ojos, y á la boca con gusto amarguísimo. Y pasó á las entrañas el mal, y afligió por mil maneras su ánima santa, y le tragó con la honra la vida. Mas con cuanto hizo, nunca pudo hacer que no fuese CORDERO, y no CORDERO solamente, sino provechoso CORDERO, no solamente sufrido y manso, sino en eso mismo, que tan mansa y igualmente sufría, bienhechor utilísimo. Siempre le espinamos nosotros, y siempre él trabaja por traernos á fruto. Y como Dios en el profeta de sí mismo dice: *Adam es mi ejemplo desde mi mocedad*. Porque como en la manera que fue por Dios sentenciado y mandado, que Adam trabajáse y labrase la tierra, y la tierra labrada y trabajada le fructificase abrojos y espinas: así con su mansedumbre nos sufre, y nos torna á labrar, aunque le fructifiquemos ingratitude. Y no solo en cuanto anduvo en el suelo, mas agora en el cielo glorioso,

(1) Exod. cap. XII. v. 9.

y emperador sobre todo, y señor universal declarado, nos vee que despreciamos su sangre, y que, cuanto es por nosotros, hacemos sus trabajos inútiles, y pisamos, como el Apóstol dice (1), su riquísima satisfaccion y pasion: y nos sufre con paciencia, y nos aguarda con sufrimiento, y nos llama, y despierta, y solicita con mansedumbre y amor entrañable. Y á la verdad, porque es tan amoroso, por eso es tan manso, y porque es excesivo el amor, por eso es la mansedumbre en exceso. Porque la caridad, como el Apóstol dice (2), de su natural es sufrida, y ansí conservan una regla, y guardan una medida misma en el querer y el sufrir.

De manera que cuando no hubiera otro camino, por este solo del amor entendiéramos la grandeza de la mansedumbre de Cristo: porque cuanto nos quiere bien, tanto se ha con nosotros mansa y sufridamente, y quiérenos, cuanto vee que su Padre nos quiere; el cual nos ama por tan rara y maravillosa manera, que dió por nuestra salud la vida de su unigénito Hijo. Que como el mismo dice: *Así amó al mundo Dios, que dió su Hijo unigénito, para que no perezca quien creyere en él.* Porque dar aquí es entregar á la muerte. Y el Apóstol: *Quien no perdonó á su Hijo proprio, antes le entregó por nosotros, ¿qué cosa de cuantas hay dejó de darnos con él?* Ansí que es sin medida el amor que Cristo nos tiene, y por el mismo caso la mansedumbre es sin medida, porque corren á las parejas lo amoroso y lo manso. Aunque sino lo fuera ansí, ¿cómo pudiera ser tan universal señor, y tan grande? Porque un señorío, y una alteza de gobierno semejante á la suya, si cayera ó en un ánimo bravo, ó mal sufrido y colérico, intolerable fuera, porque todo lo asolara en un punto. Y ansí la misnaturaleza de las cosas pide, y la razon del gobierno y mando, que cuanto uno es mayor señor, y gobierna á mas gentes, y se encarga de mas negocios y oficios, tanto sea mas sufrido y mas manso. Por donde la Divinidad, universal emperatriz de las cosas, sufre y espera, y es mansa, lo que no se puede encarescer con palabras. Y ansí ella usó de muchas, cuando quiso declarar esta su condicion á Moisen, que le dijo: *Soy piadoso, misericordioso, sufrido, de larguísima espera, muy ancho de narices, y que extendiendo por mil generaciones mi bien.* Y del mismo Moisen, que fue su lugartiniente, y cabeza puesta por él sobre todo su pueblo, se escribe, que fue mansísimo sobre todos los de su tiempo. Por manera que la razon convence, que Cristo tiene mansedumbre de CORDERO infinita, lo uno, porque es su poderío infinito, y lo otro, porque se parece á Dios mas que otra criatura ninguna, y ansí le imita y retrata en esta virtud, como en las demás sobre todos.

(1) Ad Rom. cap. II. v. 4.

(2) I. ad Corinth. cap. XIII. v. 4.

## II

Y si es CORDERO por la mansedumbre, ¿cuán justamente lo será por la inocencia y pureza? que es lo segundo de las tres cosas, que decir propuse. ¿Qué dice san Pedro? *Redimidos no con oro y plata que se corrompe, sino con la sangre sin mancilla del CORDERO inocente.* Que en el fin porque lo dice, declara y engrandesce la suma inocencia de aqueste CORDERO nuestro. Porque lo que pretende es persuadirnos, que estimemos nuestra redencion, y que cuando ninguna otra cosa nos mueva, á lo menos por haber sido comprados con una vida tan justa, y lavados del pecado con una sangre tan pura, porque tal vida no haya padescido sin fruto, y tal sangre no se derrame de balde, y tal inocencia y pureza, ofrescida por nosotros á Dios, no carezca de efecto; nos aprovechemos dél, y nos conservemos en él, y despues de redimidos, no queramos ser siervos. Dice Santiago, *que es perfecto el que no estropieza en las palabras y lengua.* Pues de nuestro CORDERO dirá, *que ni hizo pecado, ni en su boca fue hallado engaño,* como dice san Pedro. Cierta cosa es, que lo que Dios en sus criaturas ama y precia más, es santidad y pureza. Porque el ser puro uno, es andar ajustado con la ley que le pone Dios, y con aquello que su naturaleza le pide, y eso mismo es la verdad de las cosas, decir cada uno con lo que es, y responder el ser con las obras. Y lo que Dios manda, eso ama, y porque dello se contenta lo manda; y al que es el ser mismo, ninguna cosa le es mas agradable, ó conforme á lo que con su ser responde, que es lo verdadero y lo cierto, porque lo falso y lo engañoso no es. Por manera que la pureza es verdad de ser y de ley, y la verdad es lo que mas agrada al que es puro ser. Pues si Dios se agrada mas de la humanidad santa de Cristo, concludido queda, que es mas santa y pura que todas las criaturas, y que se aventaja en esto á todas tanto, cuantas son y cuan grandes son las ventajas, con que de Dios es amada.

¿Qué? ¿No es ella el Hijo de su amor que Dios llama, y el de quien únicamente se complace, como certificó á los Discípulos en el monte, y el Amado por cuyo amor, y para cuyo servicio hizo lo visible y lo invisible que crió? Luego si va fuera de toda comparacion el amor, no la puede haber en la santidad y pureza, ni hay lengua que la declare, ni entendimiento que comprehenda lo que es. Bien se vee, que no tiene su grandeza medida, en la vecindad que con Dios tiene, ó por decir verdad, en la unidad, ó en el lazo estrecho de union, con que Dios consigo mismo le enlaza. Que si es mas claro lo que al sol se avecina mas, ¿qué resplandores no tendrá de santidad y virtud el que está, y estuvo desde su principio, y estará para siempre lanzado, y como sumido en el abismo de esa misma luz y pureza? En las otras cosas resplandesce Dios, mas con la humanidad, que decimos, está unido personalmente: las otras lléganse á él, mas esta tiene la lanzada en el seno: en las otras reverbera este Sol, mas

en esta hace un sol de su luz. *En el sol*, dice (1), *puso su morada*: porque la luz de Dios puso en la humanidad de Cristo su asiento, con que quedó en puro sol transformada. Las otras centellean hermosas, esta es de resplandor en tesoro; á las otras les adviene la pureza y la inocencia de fuera, esta tiene la fuente y el abismo della en sí misma; finalmente las otras resciben y mendigan virtud, esta riquísima de santidad en sí, la derrama en las otras.

Y puesto todo lo santo, y lo inocente, y lo puro nasce de la santidad y pureza de Cristo, y cuanto deste bien las criaturas poseen, es particilla que Cristo les comunica; claro es, no solamente ser mas santo, mas inocente, mas puro que todas juntas, sino tambien ser la santidad, y la pureza, y la inocencia de todas, y por la misma razon la fuente y el abismo de toda la pureza y inocencia. Pero apuremos mas aquesta razon, para mayor claridad y evidencia. Cristo es universal principio de santidad y virtud, de donde nasce toda la que hay en las criaturas santas, y bastante para santificar todas las criadas, y otras infinitas que fuese Dios continuamente criando. Y ni mas ni menos es la víctima y sacrificio aceptable, y suficiente á satisfacer por todos los pecados del mundo, y de otros mundos sin número. Luego fuerza es decir, que ni hay grado de santidad, ni manera della, que no le haya en el alma de Cristo; ni menos pecado, ni forma, ni rastro, de que del todo Cristo no carezca. Y fuerza es tambien decir, que todas las bondades, todas las perfecciones, todas las buenas maneras y gracias, que se esparcen, y podian esparcir en infinitas criaturas que hubiesen, estan ayuntadas, y amontonadas, y unidas sin medida ni cuenta en el manantial dellas, que es Cristo; y que no se aparta tanto el ser del no ser; ni se aleja tanto de las tinieblas la luz, quanto dél mismo toda especie, todo género, todo principio, toda imaginacion de pecado, hecho ó por hacer, ó en alguna manera posible, está apartado y lejísimo

Porque necesario es, y la ley no mudable de la naturaleza lo pide, que quien cria santidades, las tenga, y quien quita los pecados, ni los tenga, ni pueda tenerlos. Que como la naturaleza á los ojos, para que pudiesen rescibir los colores, cria limpios de todos ellos; y el gusto, si de suyo tuviese algun sabor infundido, no percibiria todas las diferencias del gusto: ansí no pudiera ser Cristo universal principio de limpieza y justicia, sino se alejara dél todo asomo de culpa, y sino atesorara en sí toda la razon de justicia y limpieza. Que porque habia de quitar en nosotros los hechos malos que escurecen el alma, no pudo haber en él ningun hecho desconcertado y oscuro. Y porque habia de borrar en nuestras almas los malos deseos, no pudo haber en la suya deseo que no fuese del cielo. Y porque reducía á órden y á buen concierto nuestra imaginacion varia, y nuestro entendimiento turbado, el suyo fue un cielo sereno, lleno de concierto y de luz. Y porque habia de corregir nuestra

---

(1) Psalm. XVIII v. 6.

voluntad mal sana y enferma, era necesario que la suya fuese una ley de justicia y salud. Y porque reducía á templanza nuestros encendidos y furiosos sentidos, fueron necesariamente los suyos la misma moderacion y templanza. Y porque habia de poner freno, y desarraigar finalmente del todo nuestras malas inclinaciones, no pudo haber en él ni movimiento ni inclinacion que no fuese justicia. Y porque era limpieza y perdon general del pecado primero, no hubo ni pudo haber, ni en su principio, ni en su nacimiento, ni en el discurso de sus obras y vida, ni en su alma, ni en sus sentidos y cuerpo, alguna culpa, ni su culpa dél, ni sus reliquias y rastros. Y porque á la postre, y en la nueva resurreccion de la carne, la virtud eficaz de su gracia habia de hacer no pecables los hombres, forzoso fue que Cristo no solo careciese de toda culpa, mas que fuese desde su principio impecable. Y porque tenia en sí bien y remedio para todos los pecados, y para en todos los tiempos, y para en todos los hombres, no solo en todos los que son justos, mas en todos los demás que no lo son, y lo podrian ser si quisiesen, no solo en los que nascerán en el mundo, mas en todos los que podrian nascer en otros mundos sin cuento; convino y fue menester, que todos los géneros y especies del mal actual, lo de original, lo de imaginacion, lo del hecho, lo que es, y lo que camina á que sea, lo que será y lo que pudiera ser por el tiempo, lo que pecan los que son, y lo que los pasados pecaron, los pecados venideros, y los que, si infinitos hombres nasceran, pudieran suceder y venir, finalmente todo ser, todo asomo, toda sombra de maldad ó malicia estoviese tan lejos dél, cuanto las tinieblas de la luz, la verdad de la mentira, de la enfermedad la medicina, estan lejos. Y convino que fuese un tesoro de inocencia y limpieza, porque era, y habia de ser el único manantial della riquísimo. Y como en el sol, por mas que penetreis por su cuerpo, no veréis sino una apurada pureza de resplandor y de lumbre, porque es de las luces y resplandores la fuente: así en este Sol de justicia de donde manó todo lo que es rectitud y verdad, no hallaréis, por mas que lo divida y penetre el ingenio, por mas que desmenuce sus partes, por mas agudamente que las examine y las mire, sino una sencillez pura, y una rectitud sencilla, una pureza limpia, que siempre está bullendo en pureza, una bondad perfecta entrañada en cuerpo y en alma, y en todas las potencias de ambos, en los tuétanos dellos, que por todos ellos lanza rayos de sí. Por que veamos cada parte de Cristo, y verémos como cada una de ellas no solo está bañada en la limpieza que digo, mas sirve para ella y la ayuda.

En Cristo consideramos cuerpo, y consideramos alma, y en su alma podemos considerar, lo que es en sí para el cuerpo, y los dones que tiene en sí por gracia de Dios, y el estar unida con la propia persona del Verbo. Y cuanto á lo primero del cuerpo, como unos cuerpos sean de su mismo natural mas bien inclinados que otros, segun sus compusturas y formas diferentes, y segun la templanza diferente de sus humores; que unos son de suyo coléricos, otros mansos, otros alegres, y otros tristes, unos honestos y vergonzosos, otros poco honestos

y mal inclinados, modestos unos y humildes, otros soberbios y altivos: cosa fuera de toda duda es, que el cuerpo de Cristo de su misma cosecha era de inclinaciones excelentes, y en todas ellas fue loable, honesto, hermoso, y excelente. Que se convence, así de la materia de que se compuso, como del Artífice que le fabricó. Porque la materia fue la misma pureza de la sangre santísima de la Virgen, criada y encerrada en sus limpias entrañas. De la cual habemos de entender, que aun en ley de sangre fué la mas apurada, y la mas delgada, y mas limpia y mas apta para crialla, y mas agena de todo afecto bruto, y demás buenas cualidades de todas.

Porque allende de lo que la alma puede obrar, y obra en los humores del cuerpo que sin duda los altera y califica segun sus afectos, y que por esta parte el alma santísima de la Virgen hacia santidad en su sangre, y sus inclinaciones celestiales della, y los bienes del cielo sin cuento que en sí tenia, la espirituallizaba y santificaban en una cierta manera: así que allende de esto, de suyo era la flor de la sangre, quiero decir, la sangre mas agena de las condiciones groseras del cuerpo, y mas adelgazada en pureza, que en género de sangra despues de la de su Hijo jamás hubo en la tierra. Porque se ha de entender, que todas las santificaciones y purificaciones, y limpiezas de la ley de Moisen, el comer estos manjares, y no aquellos, los lavatorios, los ayunos, el tener cuenta en los dias, todo se ordenó para que adelgazando, y desnudando de sus afectos brutos la sangre, y los cuerpos, y de unos en otros apurándose siempre mas, como en el arte del destilar acontece, viniese últimamente una doncella á hacer una sangre virginal por todo extremo limpísima, que fuese materia del cuerpo purísimo sobre todo extremo de Cristo. Y todo aquel artificio viejo, y antiguo fue como un destilatorio, que de un licor puro sacando otro mas puro, por medio de fuego y vasos diferentes, llegue á la sutileza, y pureza postrera. Así que la sangre de la Virgen fué la flor de la sangre, de que se compuso todo el cuerpo de Cristo. Por donde aun en ley de cuerpo, y por parte de su misma materia fué inclinado al bien perfectamente, y del todo.

Y no solo aquesta sangre virginal le compuso mientras estuvo en el vientre sagrado, mas despues que salió dél, le mantuvo vuelta en leche en los pechos santísimos. De donde la divina Virgen aplicando á ellos á su Hijo de nuevo, y enclavando en él los ojos, y mirándole, y siendo mirada dél dulcemente, encendida, ó á la verdad abrasada en nuevo y castísimo amor, se la daba, si decir se puede, mas santa y mas pura. Y como se encontraban por los ojos las dos almas bellísimas, y se trocaban los espíritus, que hacen paso por ellos, con los del Hijo deificada la Madre mas, daba al Hijo mas deificada su leche. Y como en la Divinidad nasce luz del Padre, que es luz, así tambien quanto á lo que toca á su cuerpo nasce de pureza, pureza. Y si esto es quanto á la materia de que se compone, ¿qué podrémos decir por parte del Artífice, que le compuso? Porque como los otros cuerpos humanos los componga la virtud del varon, que la madre con su calor contiene en su vientre, en este edificio del

santísimo cuerpo de Cristo el Espíritu Santo hizo las veces de aquesta virtud, y formó por su mano él, y sin que entreviniere otro ninguno, este cuerpo. Y si son perfectas todas las obras, que Dios hace por sí, ¿ésta que hizo para sí, qué será? Y si el vino que hizo en las bodas fué vino bonísimo, porque sin medio de otra causa le hizo de la agua Dios por su poder, á quien toda la materia por indispueta que sea, obedece enteramente sin resistencia, ¿qué pureza, qué limpieza, qué santidad tendrá el cuerpo, que fabricó el infinitamente Santo de materia tan santa? Cierto es que le amasó con todo el extremo de limpieza posible: quiero decir, que le compuso por una parte tan ageno de toda inclinacion, ó principio, ó estreno de vicio, quanto es agena de las tinieblas la luz; y por otra tan hábil, tan dispuesto, tan hecho, tan de sí inclinado á todo lo bueno, lo honesto, lo decente, lo virtuoso, lo heróico y divino, quanto sin dejar de ser cuerpo, en todo género de posibilidad, se sufría. Y de esto mismo se vee, cuando era de su cosecha pura su alma, y de su natural inclinada á toda excelencia de bien, que es la otra fuente desta inocencia y limpieza, de que platicamos agora.

Porque, como sabeis Juliano, en la filosofia cierta, las almas de los hombres, aun que sean de una especie todas, pero son mas perfectas en sí, y en su substancia unas que otras, por ser de su natural hechas para ser formas de cuerpos, y para vivir en ellos, y obrar por ellos, y darles á ellos el obrar y el vivir. Que como no son todos los cuerpos hábiles en una misma manera, para recibir este influjo y acto de la alma; así las almas no son todas de igual virtud y fuerza para ejecutar esta obra, sino medida cada una para el cuerpo, que la naturaleza le da. De manera que cual es la hechura, y compostura, y habilidad de los cuerpos, tal es la fuerza y poderío natural para ellos de la alma; y segun lo que en cada cuerpo, y por el cuerpo puede ser hecho, así cria Dios hecha, y trazada, y ajustada cada alma, que estaria como violentada, si fuese al revés. Y si tuviese mas virtud de informar, y dar ser de lo que el cuerpo segun su disposicion sufre ser informado, no seria fluido natural y suave el de la alma y del cuerpo, ni seria su casa de la alma la carne fabricada por Dios para su perfeccion y descanso, sino cárcel para tormento, y mazmorra. Y como el artífice que encierra en oro alguna piedra preciosa, la conforma á su engaste; así Dios labra las ánimas y los cuerpos de manera que sean conformes, y no encierra, ni engasta, ni enlaza en un cuerpo duro, y que no puede ser reducido á alguna obra, una ánima muy virtuosa, y muy eficaz para ello: sino pues los casa, aparéalos, y pues quiere que vivan juntos, ordena como vivan en paz. Y como vemos en la lista de todo lo que tiene sentido, y en todos sus grados, que segun la dureza mayor ó menor de la materia que los compone, y segun que está organizada, y como amasada mejor, así tienen unos animales naturalmente ánima de mas alto y perfecto sentido. Que de suyo y en sí misma la ánima de la concha es mas torpe que la del pez, y el ánima de las aves es de mas sentido que las de los que viven en el agua; y en la tierra

la de las culebras es superior al gusano, y la del perro á los topes, y la de los caballos al buey, y la de los jímios á todos. Y pues vemos en una especie de cuerpos humanos tantas y tan notables diferencias de humores, de complejiones, de hechuras, que con ser de una especie todos, no parecen ser de una masa; justamente dirémos, y será muy conforme á razon, que sus almas por aquella parte que mira á los cuerpos, estan hechas en diferencias diversas, y que son de un grado en espíritu, y mas y menos perfectas en razon de ser formas.

Pues si hay este respecto y condicion en las almas, la de Cristo fabricada de Dios para ser la del mas perfecto cuerpo, y mas dispuesto, y mas hábil para toda manera de bien, que jamás se compuso, forzosamente dirémos, que de suyo y de su naturaleza misma está dotada sobre todas las otras de maravillosa virtud, y fuerza para toda santidad y grandeza; y que no hubo género, ni especie de obras, ó morales, ó naturales, perfectas y hermosas, á que así como su cuerpo de Cristo era hábil, así no fuese de suyo valerosa su alma. Y como su cuerpo estaba dispuesto, y fue sujeto naturalmente apto para todo valor; así su alma por la natural perfeccion, y vigor que tenia, aspiró siempre á todo lo excelente y perfecto. Y como aquel cuerpo era de suyo honestísimo, y templado de pureza y limpieza; así el alma, que se crió para él, era de su cosecha esforzada á lo honesto. Y como la compostura del cuerpo era para mansedumbre dispuesta; así la alma de su misma hechura era mansa y humilde. Y como el cuerpo por el concierto de sus humores era hecho para gravedad y mesura; así la alma de suyo era alta y gravísima. Y como de sus calidades era hábil el cuerpo para lo fuerte y constante; así el alma de su vigor natural era hábil para lo generoso y valiente. Y finalmente como el cuerpo era hecho para instrumento de todo bien; así la alma tuvo natural habilidad para ser ejecutora de toda grandeza, esto es, tuvo lo sumo en la perfeccion de toda la latitud de su especie.

Y si por su natural hechura era aquesta sacratísima alma tan alta y tan hermosa, tan vigorosa y tan buena; ¿qué podrémos decir della, con lo que en ella la gracia sobrepone y añade? Que si es condicion de los bienes del cielo, cualesquiera que ellos sean, mejorar aun en lo natural su sujeto, y la semilla de la gracia en la buena tierra puesta da ciento por uno; en naturales no solo tan corregidos, sino tan perfectos de suyo, y tan santos, ¿qué hará tanta gracia? Porque ni hay virtud heróica, ni excelencia divina, ni belleza del cielo, ni dones y grandezas de espíritu, ni ornamento admirable y nunca visto, que no resida en su alma, y no viva en ella sin medida ni tasa. Que, como san Juan dice, *no le dió Dios con mano limitada su espíritu*. Y como el Apóstol dice: *Mora en él la plenitud de la Divinidad toda*. Y Esaias: *Y reposará sobre él el Espíritu del Señor*. Y en el psalmo (XLIV): *Tu Dios te ungió, ó Dios, con uncion de alegría sobre todos tus particioneros*. Y con grande razon puso mas en él que juntos en todos, pues eran particioneros suyos, esto es, pues habia

de venir por él á ellos, y habian de ser ricos de sus migajas y sobras. Porque la gracia y la virtud divina, que el alma de Cristo atesora, no solo era mayor en grandeza que las virtudes y gracias fundidas, y hechas una, de todos los que han sido justos, y son agora, y serán adelante; mas es fuente de donde manaron ellas, que no se disminuye enviándolas, y que tiene manantiales tan no agotables y ricos, que en infinitos hombres mas, y en infinitos mundos que hubiese, podria derramar en todos y sobre todos excelencia de virtud y justicia, como un abismo verdadero de bien.

Y como aqueste mundo criado, así en lo que se nos viene á los ojos, como en lo que nos encubre su vista, está variado, y lleno de todo género, y de toda especie, y diferencias de bienes; así aquesta divina alma, para quien, y para cuyo servicio esta máquina universal fue criada, y que es sin ninguna duda mejor que ella, y mas perfecta, en sí abraza y contiene lo bueno todo, lo perfecto, lo hermoso, lo excelente, y lo heróico, lo admirable y divino. Y como el divino Verbo es una imágen del Padre, viva y expresa, que contiene en sí quantas perfecciones Dios tiene: así esta alma soberana (que como á él mas cercana, y enlazada con él, y que no solo de continuo, mas tan de cerca le mira, y se remira en él, y se espeja, y recibiendo en sí sus resplandores divinos se fecunda, y figura, y viste, y engrandesce, y embellece con ellos, y traspasa á sí sus rayos, cuanto es á la criatura posible) le remeda, y se asemeja, y le retrae tan al vivo; que despues dél, que es la imágen cabal, no hay imágen de Dios como la alma de Cristo: y los querubines mas altos; y todos juntos y hechos uno los ángeles, son rascuños imperfectos, y sombras escurísimas, y verdaderamente tinieblas en su comparacion. ¿Qué diré pues de lo que se añade y sigue á esto, que es el lazo que con el Verbo divino tiene, y la personal union, que ella sola, quando todo lo demás faltara, es justicia y riqueza inmensa?

Porque ayuntándose el Verbo con aquella dichosa ánima, y por ella tambien con el cuerpo, así la penetra toda, y embebe en sí mismo, que con suma verdad no solo mora Dios en él, mas es Dios aquel hombre, y tiene aquella alma en sí todo quanto Dios es, su ser, su saber, su bondad, su poder; y no solamente en sí lo tiene, mas tan enlazado y tan estrechamente unido consigo misma, que ni puede desprenderse dél, ó desenlazarse, ni es posible que mientras dél presa estuviere, ó con él unida en la manera que digo, no viva, y se conserve en suma perfeccion de justicia. Que como el hierro que la fragua enciende, penetrado y poseido del fuego, y que parece otro fuego, siempre que está en la hornaza es y parece así; y si della no pudiese salir, no tendria, ni tener podria ni otro parecer, ni otro ser: así lanzada toda aquella feliz humanidad, y sumida en el abismo de Dios, y poseida enteramente, y penetrada por todos sus poros de aquel fuego divino, y formado con no mudable ley que ha de ser así siempre, es un hombre que es Dios, y un hombre que será Dios, quanto Dios fuere, y quanto está lejos de no lo ser, tanto está apartado de no tener en su alma toda innocencia, y rectitud y justicia. Que como

ella es medianera entre Dios y su cuerpo, porque con él se ayunta Dios por medio del alma; y como los medios comunican siempre con los extremos, y tienen algo de la naturaleza de ambos: por eso la alma de Cristo, que como forma de la carne dice con ella, y se le avecina y allega; como mente criada para unirse y enlazarse con Dios, y para resebir en sí, y derivar de sí en su cuerpo, así natural como místico, los influjos de la Divinidad, fue necesario se asemejase á Dios, y se levantase en bondad y justicia, mas ella sola, que juntas las criaturas; y convino que fuese un espejo de bien, y un dechado de aquella suma Bondad, y un sol encendido y lleno de aquel Sol de justicia, y una luz de luz, y una resplandor de resplandor, y un piélagó de bellezas cebado de un abismo bellísimo. Y rodeado y enriquecido con toda aquesta hermosura, y justicia, y inocencia, y mansedumbre nuestro santo CORDERO, como tal, y para serlo cabalmente, y del todo, se hizo nuestro único y perfecto sacrificio, aceptando y padesciendo, por darnos justicia y vida, muerte afrentosa en la cruz.

En que se ofrece á la lengua infinito, mas digamos solo el como fue sacrificio, y la forma de aquesta expiacion. Que cuando san Juan deste CORDERO dice, *que quita los pecados del mundo*, no solamente dice que los quita, sino que segun la fuerza de la propria palabra, así los quita de nosotros, que los carga sobre sí mismo, y los hace como suyos, para ser él castigado por ellos, y que quedásemos libres. De manera que cuanto al como fue sacrificio, decimos, que lo fue no solamente padesciendo por nuestros pecados, sino tomando primero á nosotros y á nuestros pecados en sí, y juntándolos consigo, y cargándose de ellos, para que padesciendo él, padesciesen los que con él estaban juntos, y fuesen allí castigados. En que es gran maravilla, que si padesciéramos en nosotros mismos, doliéranos mucho, y valiéranos poco. Y mas, como acaesce á los árboles, que son sin fruto en el suelo dó nascen, y transplantados dél fructifican; así nosotros traspasados en Cristo morimos sin pena, y fuémos fructuosa la muerte. Que la maldad de nuestra culpa habia pasado tan adelante en nosotros, y estendídose, y cundido tanto en el alma, que lo tenia estéril todo, y inútil, y no se quitaba la culpa, sino pagando la pena, y la pena era muerte. De manera que por una parte nos convenia morir, y por otra, siendo nuestra, era inútil la muerte. Y así fue necesario, no solo que otro muriese, sino tambien que muriésemos nosotros en otro, que fuese tal y tan justo, que por ser en él, tuviese tanto valor nuestra muerte, que nos acarrease la vida. Y como esto era necesario, así fue lo primero que hizo el CORDERO en sí, para ser propriamente nuestro sacrificio. Que como en la Ley vieja (1) sobre la cabeza de aquel animal, con que limpiaba sus pecados el pueblo, en nombre dél ponía las manos el sacerdote, y decia que cargaba en ella todo lo que su gente pecaba: así él, porque era tambien sacerdote, puso sobre sí mismo las culpas,

---

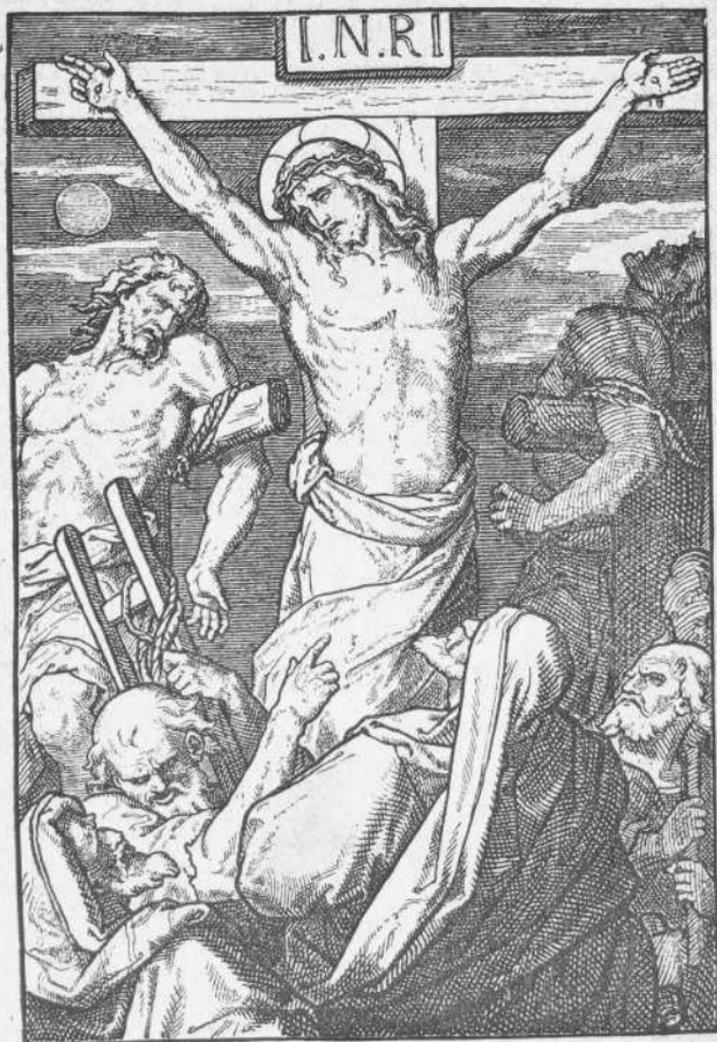
(1) Levit. cap. XVI v. 21.

y las personas culpadas, y las ayuntó con su alma, como en lo pasado se dijo, por una manera de union espiriual y inefable, con que suele Dios juntar muchos en uno, de que los hombres espirituales tienen mucha noticia. Con la cual union encerró Dios en la humanidad de su Hijo á los que segun su ser natural estaban della muy fuera, y los hizo tan unos con él, que se comunicaron entre sí, y á veces, sus males, y sus bienes, y sus condicicnes, y muriendo él, morimos de fuerza nosotros, y padesciendo el CORDERO, padescimos en él, y pagamos la pena que debíamos por nuestros pecados: los cuales pecados juntándonos Cristo consigo, por la manera que he dicho, los hizo como suyos propios, segun que el en psalmo dice: *Cuan lejos de mi salud las voces de mis delitos.* Que llama delitos suyos los nuestros, porque de hecho así á ellos, como á los autores dellos tenia sobre los hombros puestos, y tan allegados á sí mismo, y tan juntos, que se le pegaron las culpas dellos, y le sujetaron al azote, y al castigo, y á la sentencia contra ellos dada por la justicia divina.

Y pudo tener en él asiento, lo que no podía ser hecho, ni obrado por él. En que se consideran con nueva maravilla dos cosas, la fuerza del amor, y la grandeza de la pena y dolor. El amor, que pudo en un sujeto juntar los extremos de justicia y de culpa: la pena, que nasceria en un alma tan limpia, cuando vió no solamente vecina, sino tan por suya tanta culpa y torpeza. Que sin duda, si bien se considera, verémos ser esta una de las mayores penas de Cristo: y si no me engaño, de dos causas que le pusieron en agonía, y en sudor de sangre en el huerto, fue esta la una. Porque dejando aparte el ejército de dolores que se le puso delante, y la fuerza que en vencerlos puso, de que dijimos arriba (1), ¿qué sentimiento seria. ¿qué digo sentimiento? qué congoja, qué ansia, qué basca, cuando el que es en sí la misma santidad y limpieza, y el que conoce la fealdad del pecado, quanto conocida ser puede, y el que la aborresce, y desama quanto ama su justicia, y quanto á Dios mismo, á quien ama con amor infinito, vió que tanta muchedumbre de culpas, cuantas son todas las que desde el principio hasta la fin cometen los hombres, tan graves, tan enormes, tan feas, y con tantos modos, y figuras torpes y horribles, se le entraban por su casa, y se le avecinaban al alma, y la cercaban y rodeaban, y cargaban sobre ella, y verdaderamente se le apegaban, y hacian como suyas sin serlo, ni haberle podido ser? ¿Qué agonía, y qué tormento tan grande, quien aborreció tanto este mal, y quien via á los ojos, quanto de Dios aborrecido era y huido, verse dél tan cargado; verse leproso, el que en ese mismo tiempo era la salud de la lepra; y como vestido de injusticia y maldad, el que en ese mismo tiempo era justicia; y herido y azotado, y como desechado de Dios, el que en esa misma hora sanaba las heridas nuestras, y era el descanso del Padre? Así que fué caso de terrible congoja el unir consigo Cristo purísimo, inocen-

(1) Nombre de Rey.





...y eso mismo que fué hacerse *Cordero* del sacrificio...

Juventísimo y Justiniano.

tísimo, y justísimo tantos pecadores y culpas, y el vestirse tal Rey, de tanta dignidad, de nuestra vejez y vileza.

Y eso mismo que fué hacerse CORDERO de sacrificio, y poner en sí las condiciones y cualidades debidas al CORDERO, que sacrificado limpiaba, fue en cierta manera un gran sacrificio: y disponiéndose para ser sacrificado, se sacrificaba de hecho con el fuego de la congoja que de tan contrarios extremos en su alma nascia: y antes de subir á la cruz, le era cruz esa misma carga, que para subir á ella sobre sus hombros ponía. Y subido y enclavado en ella, no le rasgaban tanto, ni lastimaban sus tiernas carnes los clavos, cuanto le traspasaban con pena el corazon la muchedumbre de malvados y de maldades, que ayuntados consigo, y sobre sus hombrás tenia: y le era menos tormento el desatarse su cuerpo, que el ayuntarse en el mismo templo de la santidad tanta y tan grande torpeza. A la cual por una parte su santa ánima la abrazaba y recogía en sí, para desahacerla por el infinito amor que nos tiene; y por otra esquivaba, y rehuía su vecindad, y su vista movido de su infinita limpieza, y así peleaba, y agonizaba, y ardía como sacrificio aceptísimo, y en el fuego de su pena consumía eso mismo que con su vecindad le penaba, así como lavaba con la sangre, que por tantos vertía, esas mismas mancillas que la vertían, á que, como si fueran propias, dió entrada y asiento en su casa. De suerte que ardiendo él, ardieron en él nuestras culpas, y bañándose su cuerpo de sangre, se bañaron en sangre los pecadores, y muriendo el CORDERO todos los que estaban en él por la misma razón pagaron lo que el rigor de la ley requería. Que como fué justo que la comida de Ádam, porque en sí nos tenía, fuese comida nuestra, que su pecado fuese nuestro pecado, y que emponzoñándose él, nos emponzoñásemos todos: así fué justísimo que ardiendo en la ara de la cruz, y sacrificándose este dulce CORDERO, en quien estaban encerrados, y como hechos uno todos los suyos, cuanto es de su parte, quedasen abrasados todos y limpios. De lo cual Juliano veréis, con cuanta razón se llama Cristo CORDERO, que fué lo que al principio declarar propuse, y según lo mucho que hay que decir, he declarado algún tanto.





24.9.57







FR  
L

12

FR. LUIS  
DE  
LEON



LOS

DOMBRES

**G 17469**